



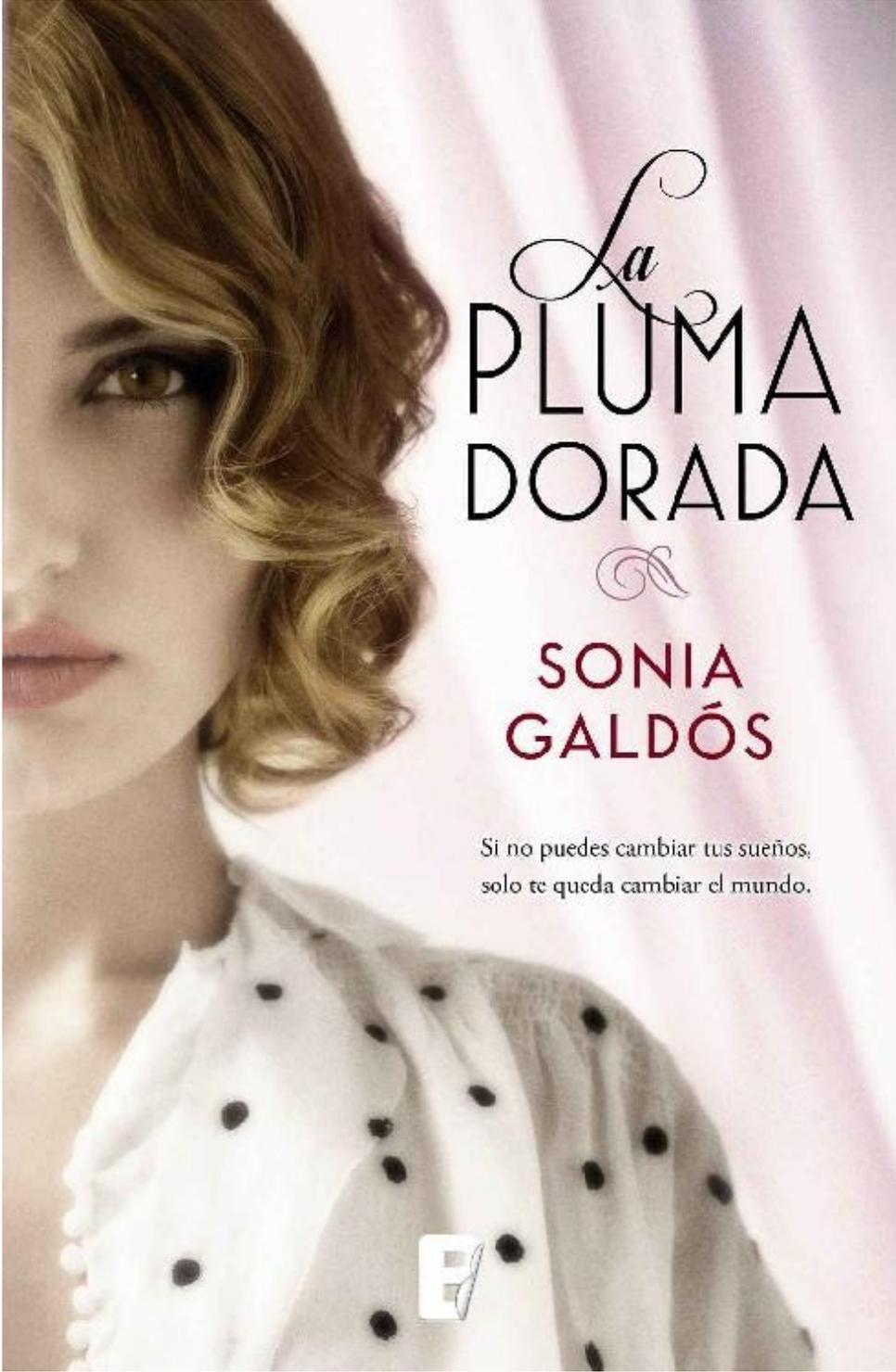
*La*  
PLUMA  
DORADA



SONIA  
GALDÓS

Si no puedes cambiar tus sueños,  
solo te queda cambiar el mundo.





*La*  
PLUMA  
DORADA

*~*  
SONIA  
GALDÓS

Si no puedes cambiar tus sueños,  
solo te queda cambiar el mundo.



# LA PLUMA DORADA

*Sonia Galdós*



1.ª edición: abril 2017

© Sonia Galdós Esquide, 2017

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

[www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-688-0

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

# Contenido

Prólogo

PRIMERA PARTE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

SEGUNDA PARTE

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

TERCERA PARTE

26

27

28

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

#### [CUARTA PARTE](#)

[42](#)

[43](#)

[Epílogo](#)

## Prólogo

*Madrid, junio de 1928*

Cuando Áurea atravesó el vestíbulo de viajeros de la Estación del Norte y bajó las escaleras del andén, estuvo a punto de perder el poco valor que le quedaba. El bullicio de la masa de viajeros a punto de partir le resultó abrumador. Cerró unos instantes los ojos, herida por los destellos que el sol arrancaba de los vagones del Sudexpreso. Una bocanada de vapor húmedo y sofocante la alcanzó. Y por un instante estuvo tentada de ceder a aquella sensación de debilidad.

«Lo siento, mi amor.»

El instinto le hizo aferrar el bolso con más fuerza. En él iba la carta que lo obligaría a marcharse. Trató de imaginar dónde estaría; si permanecería sentado en su compartimento, confiando en verla; si estaría inquieto, pensando que ella se retrasaba.

O si ya había comprendido que no iba a huir con él.

Porque su marido se lo había advertido: «Está en tus manos, Áurea. Lo que le suceda está en tus manos.»

A su izquierda, un mozo gritó pidiendo paso al carro de equipajes. Áurea se apartó, mirando aquel tren a punto de partir. ¿La creería? ¿Creería aquella sarta de mentiras que hablaban de remordimientos, de mala conciencia, de escrúpulos y cobardía?

Avanzó por el andén, sin perder de vista los vagones que la habrían llevado a Hendaya y luego a París. Un mecánico que tiraba de una carretilla de carbón chocó con ella sin excusarse. Áurea se tambaleó y el desánimo estuvo a punto de ganarle la partida.

Entonces, al volverse otra vez hacia el andén, lo vio. Bajaba la escalerilla del segundo coche Pullman y escudriñaba el andén con expresión inquieta.

Áurea dio un paso atrás para esconderse entre el gentío. No podía dejar que la viera, porque si la miraba a los ojos lo adivinaría todo. Y ella no quería exigirle más sacrificios. No podía. Aquel trabajo era la ilusión de su vida, y su futuro. No dejaría que lo perdiera por quedarse a su lado.

El silbido procedente del andén la hizo volver a la realidad. Se giró de espaldas. Un muchacho con un montón de periódicos bajo el brazo salía de una

de las salas de espera.

—¡Chico! —lo llamó. El muchacho se detuvo y la miró, receloso—. Chico, necesito que hagas un recado. Necesito que entregues esta carta. Aquel hombre... El del sombrero gris que mira a ambos lados del andén, ¿lo ves? Necesito que se la lleves ahora mismo. Te pagaré, pero date prisa. Ve.

La promesa de dinero hizo que el muchacho dejara su carga en el suelo y saliera corriendo hacia el tren. Áurea retrocedió hasta la sala de espera. Desde allí vio el gesto de alerta, la repentina tensión de él al recibir la carta. Lo vio rasgar el sobre, inclinar la cabeza y, acto seguido, mirar de nuevo hacia el andén, hacia el vestíbulo del edificio, hacia los árboles que se adivinaban sobre el Manzanares.

Áurea ni siquiera recordaba bien qué había escrito en aquella carta. «No me atrevo a escapar, no puedo renunciar a mi trabajo...» Tal vez había recurrido a la presión social, la familia, el pecado, los escrúpulos, el qué dirán... La única verdad consciente la había escrito al final: «Te deseo que seas feliz.»

Antes de que su decisión flaqueara, se enjugó unas lágrimas incipientes y se fue. Subió de nuevo las escaleras, cruzó el patio y alcanzó el exterior de la estación justo cuando el humo gris del tren comenzaba a elevarse al cielo, tras la cúpula de una de las torres de la fachada.

Se detuvo junto a un árbol para recuperar el aliento. Había hecho lo que debía.

Pero dolía. Cómo dolía aquella renuncia.

La vista de la cola de gente junto a la marquesina del tranvía la desanimó aún más. Estaba cansada. No cansada de un día, de una jornada difícil, de una renuncia demoledora; estaba cansada desde hacía tiempo. Pero con veintiséis años y una hija por la que luchar, no tenía derecho a rendirse. Las mujeres llevaban años luchando; ella llevaba años luchando. Y alguna vez lo conseguirían: la igualdad civil, el derecho a decidir sobre sus vidas, todas esas cosas por las que ella y muchas otras batallaban desde hacía tiempo.

Y algún día, también, el divorcio.

La campanilla del tranvía hizo que la cola de gente se agitara. Áurea se resguardó de codazos y pisotones y logró sentarse al final del coche. Un fino rastro de humo persistía suspendido hacia el oeste, donde el tren había enfilado el camino de Hendaya. Su mirada permaneció fija en aquel vapor que se resistía a disolverse en el cielo azul del temprano otoño.

Había hecho lo que debía, se repitió, enfrentando con dignidad las miradas curiosas, atraídas por las señales de golpes en su rostro. Ahora, en ese momento de su vida, no le quedaba otra salida.

Pero ahora era solo eso, ahora. Tenía una vida. E iba a luchar.

Por su hija.

Por él.

Y, sobre todo, por ella misma. Por la persona que siempre había querido llegar a ser.

«Algún día lo conseguiré», se juró cuando el tranvía se puso en marcha con un chirrido. Se lo juró a sí misma, al humo, a los demás pasajeros, a los árboles que pasaron veloces por su lado antes de que los edificios del paseo ocultaran todo rastro de la estación.

Era un juramento. Y una esperanza.

Algún día...

# PRIMERA PARTE

*Madrid, marzo de 1916*

—¿Se puede saber dónde te has metido? Ven aquí, donde pueda verte. Escondida tras la cortina del mirador, Áurea se sobresaltó.

—Estoy mirando la calle, tata.

—Que vengas, te digo.

Áurea dejó el periódico en el suelo, procurando no hacer ruido. Luego se puso en pie y salió de detrás de las cortinas.

—No estaba haciendo nada malo.

—A mí no me engañas con esa carita de niña buena, que te conozco. Estabas leyendo un libro, ¿verdad?

—No —contestó con rapidez, aliviada porque *El Heraldo de Madrid* no fuera un libro.

—Por las mañanas puedes hacer lo que quieras. Si prefieres dejarte los ojos en esos libros que te enseña tu padre, allá tú. Pero las tardes son para tratar de hacer de ti una señorita. ¿Dónde está tu labor?

—Ahí. —Señaló una tela abandonada en el suelo, junto a una silla.

—Pero ¿cómo la tiras así? Tráela que la vea. A ver, déjame... ¡Pero, Jesús, si no has hecho nada! ¿Cómo vas a terminar este pañuelo si no te aplicas? ¿No ibas a regalárselo a tu padre?

Áurea se encogió de hombros.

—Papá se fue hace veinte días, así que faltan dos meses para que vuelva. Tengo tiempo de sobra.

—¡Y que siempre tengas que dar una contestación! ¿Cuándo vas a aprender a no ser tan impertinente?

Áurea bajó la cabeza, fingiendo sumisión. Había escuchado tantas veces aquel reproche que no se inmutaba.

—Lo siento, tata.

—Sí, seguro —murmuró la mujer con escepticismo—. Y ahora, venga, sigue con la labor.

El aya volvió a recostarse en la butaca. En apenas unos segundos, sus ojos se habían cerrado. Con fastidio, Áurea tomó el bastidor y se sentó frente al fuego. Ni sabía ni le gustaba coser, y si su padre hubiera estado allí, habría dicho

al aya que la dejara tranquila. Pero el profesor Nebreda se había marchado a Argentina para impartir unas conferencias en la Universidad de Buenos Aires, y aunque ella le había rogado durante semanas que la llevara, la había dejado en Madrid. «Es un viaje de trabajo, Áurea, no podría ocuparme de ti. Pero si todo sale como espero, es muy posible que acabemos yendo a vivir allí.»

La idea de dejar su casa para vivir en un país desconocido no le entusiasmaba, pero por su padre deseaba que todo saliera bien. Hacía año y medio que el profesor Nebreda había perdido su cátedra en el Instituto San Isidro, represaliado por el artículo de prensa en que criticaba los motivos políticos de la destitución de Unamuno como rector de la Universidad de Salamanca. Perder un medio de vida que lo apasionaba le había hecho daño, pero no renunciar a sus ideas; ni la necesidad de recortar gastos en la casa, ni la intercesión de sus amigos para que las autoridades educativas lo perdonaran a cambio de una disculpa, habían conseguido que diera su brazo a torcer. De momento vivían de las traducciones y correcciones encargadas por su amigo Gerardo Ríos, hasta que pudiera regresar a la docencia; si para eso había que cruzar un océano, estaba dispuesto a hacerlo.

La posibilidad de que su padre recuperara su trabajo le provocaba sentimientos encontrados. Sabía que necesitaban el dinero tanto como el amor propio de su padre necesitaba aquella rehabilitación. Pero el despido había tenido una consecuencia positiva, y era que su padre se había ocupado en persona de su formación. Tras la marcha de su última institutriz a Inglaterra, angustiada por aquella guerra europea que acababa de enviar a su hermano pequeño al frente, el profesor Nebreda no había querido ni hablar de institutrices españolas —productos y productoras, en su opinión, de una educación beata, exigua y superficial—. Sin europeas a las que recurrir, había decidido matricularla en el Instituto Cardenal Cisneros como alumna libre y formarla él mismo en casa. Para espanto de su aya, los resultados académicos de Áurea le habían dado la razón. «Fíjate, Engracia, la mejor en aritmética, y sobresaliente en lengua, geografía y francés.» «Virgen del Socorro, y eso qué más dará —se horrorizaba ella—. No sabe ni coger una aguja, ¿cómo vamos a casarla, si solo entiende de latines y números?»

Áurea no veía extraño que aquella mujer expresara su opinión con total libertad; la había criado, la había mimado y cuidado desde pequeña, y ahora trataba de hacer de ella una señorita sin rendirse ante lo difícil de la misión. «No, Áurea, así no. Estate quieta, ponte recta, deja eso, termina ya. No seas impertinente, descarada, frívola, caprichosa.»

Solo en una ocasión se había enfadado de veras con ella. Fue cuando la primera de sus institutrices llegó a la casa. O, mejor dicho, cuando se marchó.

Miss Claire había sido una institutriz estupenda, tan alegre y divertida como hermosa. Durante un tiempo, Áurea fantaseó con la idea de que se convirtiera en su madre. En muchas ocasiones insinuó a su padre lo guapa que era o lo agradable que resultaba su *nanny*, pero el profesor no hizo avances en tal sentido. Áurea sabía que estaba muy ocupado con su cátedra, sus reuniones del Círculo Republicano y las tertulias con amigos y colegas, pero cuando, al cabo de dos años, miss Claire se despidió para casarse con un compatriota que estudiaba en Madrid, Áurea se enfadó de verdad. Ella quería una madre. Todos los niños del parque tenían una, y si faltaba, solían tener abuelos o tíos, o algo. Áurea solo tenía a su padre; lo que estaba bien, porque lo adoraba, pero ¿qué había de malo en querer tener a alguien más?

Pero el tema de su madre era muy espinoso; el único capaz de hacer que su padre y la vieja Engracia perdieran la paciencia con ella. Cada vez que Áurea insinuaba que quería tener una madre, o se le ocurría preguntar qué le había pasado a la suya, su padre se enfadaba y la mandaba al cuarto de peor humor que si ella hubiera dicho que quería meterse a monja. Entonces el aya se la llevaba a rastras murmurando algo sobre la sangre de los Garay que Áurea nunca llegaba a entender, y que luego negaba haber murmurado.

A veces, después de uno de aquellos momentos, su padre se disculpaba; pero le rogaba que entendiera que su madre no estaba y ella tendría que conformarse con él. Al fin y al cabo, la quería por dos, por un padre y una madre, ¿acaso no le bastaba? Y en su sonrisa compungida y esperanzada naufragaban los deseos de Áurea de pedir una madre. Las institutrices, algunas mejores que otras, habían tenido que valerle.

Y ahora, ya ni eso.

Cuando la aguja traspasó la tela y se le clavó en un dedo, no lo pudo soportar más. Dejó su labor sobre el brazo de la butaca y, de puntillas, se encaminó al mirador. Estaba a punto de escabullirse tras la cortina cuando el sonido de la puerta la paralizó.

—Han llamado —explicó con aspecto culpable cuando la mirada adormilada de la anciana se posó en ella.

Doña Engracia se incorporó, tratando de espabilarse. La voz masculina que saludó a la criada impidió los reproches. Áurea respiró con alivio; con la visita de Gerardo Ríos se acababa la costura por aquel día.

Cuando su padrino apareció en la sala, Áurea lo saludó, le preguntó por su salud y se ofreció a pedirle un té, dispuesta a demostrar a su aya que las lecturas y lecciones no le impedían ser una buena anfitriona. Pero el hombre no contestó, ni apartó la mirada de ella. Como si tratara de hallar la respuesta a una cuestión difícil en su rostro, los ojos de él recorrieron sus rasgos una y otra vez. Áurea se

inquietó. Conocía bien la precaria salud del editor, que lo llevaba durante largas temporadas a los mejores balnearios y centros termales de Europa. Pero aquel día, pálido y tenso, parecía peor que de costumbre.

—¿Se encuentra bien, don Gerardo? ¿No quiere tomar asiento?

Sus preguntas parecieron sacarlo de su trance.

—No, no. Estoy bien. Necesito... —Se volvió hacia el aya—. Debo hablar con usted, doña Engracia.

—¿Qué pasa? —inquirió Áurea, sorprendida.

Gerardo Ríos volvió a mirarla.

—Un poco de té estaría bien, Áurea, ¿puedes encargarte de que lo preparen?

Su voz sonó suave y afectuosa, pero terminante. Áurea sintió que las palmas de sus manos se humedecían.

—Dígame qué pasa, don Gerardo.

—Áurea, no seas impertinente —la reconvino la anciana—. Don Gerardo quiere hablar conmigo, no contigo. Ve a encargarte del té.

—Por favor, don Gerardo —insistió la niña, ignorando al aya—. Tengo casi catorce años, soy mayor. Quiero saber qué pasa.

El hombre vaciló. Su incomodidad era tan evidente que Áurea ya no dudó de que algo grave sucedía.

—No solo eres mayor sino también fuerte, me consta. Pero no sé si es lo correcto... Había pensado que si hablaba primero con doña Engracia... Aunque es inevitable que antes o después te enteres. Pero ojalá no fuera yo quien tuviera que decírtelo.

Tiempo más tarde, Áurea se maravillaría al recordar aquel momento de cruda lucidez en que supo que su vida había cambiado para siempre. Recordaría el silencio que se hizo, como si todos en la habitación se hubieran vuelto estatuas de sal. Recordaría el rayo de sol iluminando el suelo ante ella, encendiendo una franja clara ante sus zapatos de niña. Y recordaría que supo, con categórica certeza, que cuando sus oídos escucharan la verdad su niñez se habría cerrado para siempre.

Y aunque pensó en irse, en ignorarla, en taparse los oídos para impedir que el futuro la alcanzara, no fue suficientemente rápida para hacerlo.

—Lo siento mucho, Áurea —dijo Gerardo Ríos, compungido, tendiendo la mano para acariciar su cabello—. El *Príncipe de Asturias* ha naufragado.

—¿Qué tal se encuentra ella? —preguntó el abogado desde la puerta.

—Adelante, Gálvez. —Gerardo Ríos se hizo a un lado, franqueando el paso—. Asustada, supongo, y muy triste, pero trata de mostrarse entera. Es una niña valiente. Y bien, ¿ha podido hablar con alguien de la naviera?

—Del ministerio. Como nos dijeron, no son mucho más de cien los supervivientes. La búsqueda está a punto de darse por finalizada. Aunque es algo irregular, dadas las circunstancias me han permitido traer esto.

El abogado tendió a Ríos un pequeño paquete envuelto en papel de estraza. El editor se sobresaltó.

—Hablemos antes un momento.

Ambos miraron hacia las butacas con prudencia, antes de dirigirse a la biblioteca. Áurea los ignoró, irritada. Era como si todo el mundo a su alrededor se hubiera puesto de acuerdo para hablar de ella como si no estuviera. Qué tal la niña, cómo lo ha tomado, qué va a ser ahora de ella, quién se va a encargar... Varias veces había estado a punto de gritar: «Lo estoy oyendo todo, ¿os enteráis?» Pero sospechaba que solo habría conseguido que chasquearan la lengua para decirse «pobre criatura, qué desgracia».

Giró la cabeza hacia la carta que aferraba, enviada por su padre desde Cádiz, donde el *Príncipe de Asturias* había hecho escala días antes de acabar devorado por el océano frente a las costas de Brasil. Todos esos adultos llenos de buena intención no sabían nada. No era posible que su padre se hubiera ahogado. Era él quien le había enseñado a nadar en el mar de San Juan de Luz, y Áurea lo había visto atravesar la bahía desde el espigón hasta Ciboure. Cómo iba a ahogarse. Aunque fuera cierto que el barco había chocado contra los arrecifes de Punta Pirabura, su padre se habría agarrado a algún tablón y habría aguantado, resistido, esperando que lo rescataran.

Áurea dobló de nuevo el papel, temiendo que alguna lágrima acabara por estropearlo. Cuando oyó pasos en el corredor, lo guardó en el bolsillo. No quería que la vieja Engracia comenzara a llorar de nuevo.

—Te tengo dicho que no apoyes los zapatos en la butaca. La vas a estropear.

La vio pasar ante ella arrastrando los pies. En cualquier otro momento, Áurea habría contestado algo que su aya habría calificado como insolente, y habría tenido que acallar sus reproches con un beso en la mejilla. Aquel día, Áurea sacó los pies de debajo de su cuerpo y los bajó al suelo sin protestar.

—He oído la puerta, ¿ha venido alguien? —inquirió la mujer, palpando el sofá donde hacía unos minutos había abandonado su rosario.

—El señor Gálvez.

—No sé dónde he dejado... Ya es que ni sé... Ah, aquí está. —Con la sarta de cuentas en sus manos, se acomodó en el asiento—. ¿Y qué ha dicho el

abogado?

—No lo sé. Aún está con don Gerardo.

—Tendrán tantas cosas que decidir... Pobre, pobrecito Andrés —sollozó, y las cuentas tintinearón al entrechocar entre sus manos.

Áurea inspiró hondo, tratando de contener las ganas de llorar. O gritar. O tomar cualquier objeto frágil, lanzarlo contra la pared y machacar los añicos hasta reducirlos a polvo... Algo, algo que parara el torbellino que le subía del estómago a la garganta. Por hacer algo, bajó la mirada y comenzó a rezar acompañando a la anciana. Repetir la letanía de oraciones no conseguía aliviar la incertidumbre, pero no sabía qué más hacer.

Los minutos que transcurrieron hasta que los hombres abandonaron la biblioteca le resultaron eternos. O tal vez era que después de quince días sin salir de casa había perdido la noción del tiempo. Imaginaba que cuando su padre apareciera, esos días de angustia se encogerían en la memoria, disminuidos por el alivio hasta quedar en nada; pero ahora resultaban devastadores.

Cuando los dos hombres entraron en la sala, ellas se pusieron en pie.

—Hola, Áurea —la saludó el abogado—. ¿Qué tal te encuentras?

—Bien, don Matías. ¿Ha recibido noticias de mi padre?

Era una pregunta obligada, aunque no esperaba una respuesta afirmativa; no habrían estado una hora reunidos si Andrés Nebreda hubiera aparecido por fin.

—Áurea, mi niña —intervino Gerardo Ríos con suavidad—, me temo que las noticias que tenemos no son buenas. Siéntate, por favor. —Ella obedeció, y los hombres tomaron asiento en el sofá contiguo—. Hemos hablado con el representante de la naviera y con el agregado de la embajada. Tu padre, Andrés, no está entre los supervivientes que han llevado a Santos.

—Bueno. Estará en otra ciudad. Ha podido nadar a otro sitio, y...

—Áurea...

—O igual lo ha encontrado algún barco que iba a Estados Unidos, o a Cuba, o a... ¿A qué países pueden ir los barcos que pasan por allí, don Gerardo?

—Áurea...

—Tienen que buscarlo en esos países, puede que no recuerde...

—Áurea, no.

El tono consternado del editor molestó a la muchacha.

—Pero puede que...

—No, cariño, no. —Él adelantó la mano, pero Áurea se apartó—. Lo siento mucho. Tu padre no está entre los supervivientes. Dimos una descripción muy precisa de su aspecto, y el agregado ha confirmado que uno de los... Dios mío, no puedo ni decirlo.

Viendo que el hombre no iba a serle de mucha ayuda, el abogado se inclinó

hacia delante.

—¿La reconoces, Áurea?

Ella se volvió hacia él. Tendía una pluma estilográfica como la que su padre utilizaba a diario en sus traducciones y escritos, pero envejecida.

—¿La reconoces?

El hombre le acercó la mano, invitándola a tomarla. Ella obedeció. Ni la ebonita negra ni la camisa bañada en oro brillaban como en la pluma de su padre. Parecían rugosas y mates, pero por lo demás era el mismo modelo. La hizo girar en su mano. Las mismas iniciales A. N. S. Entrelazadas de igual modo. Grabadas en el mismo lugar.

Levantó la cabeza.

—Parece la pluma de mi padre. Pero más vieja.

Se giró al escuchar el gemido de su aya. Cuando se volvió de nuevo hacia el abogado, la miraba con tal compasión que el corazón de Áurea se aceleró.

—No más vieja, solo deteriorada por el agua y la sal. Lo siento mucho, Áurea.

—¿Qué siente? —preguntó, negándose a entenderle.

—La pluma estaba en el bolsillo de la chaqueta de uno de los fallecidos.

—¿Y qué? —Hizo un esfuerzo por sacar una voz que parecía romperse en su garganta.

—Áurea, lo siento mucho.

Esta vez fue Ríos quien repitió aquellas palabras que ella no iba a comprender. Cuando de nuevo trató de tomar su mano, se apartó enojada.

—No.

—Áurea, tienes que aceptarlo, tu padre...

—¡No!

—Lo siento, pero es la verdad —zanjó el abogado sin contemplaciones—. Tú misma has reconocido su pluma. Su cadáver fue uno de los que enterraron hace una semana en Santos.

—¡No! ¡No es verdad! ¡No lo es!

El llanto que se había esforzado en contener a lo largo de aquellos días brotó con tal fuerza que sintió que se mareaba. Unos puntitos negros comenzaron a danzar ante sus ojos. Trató de conseguir aire, de inspirar una bocanada que eliminara aquella angustiosa sensación. Unas manos la obligaron a inclinarse sobre las rodillas y agachar la cabeza.

Cuando recuperó la respiración, los rostros preocupados de los hombres aparecieron ante su vista.

—Lo siento mucho, Áurea, pero ahora tienes que ser fuerte. Hay tantas cosas de las que ocuparse... ¡Benita, puede dejar de buscar las sales! —gritó el

abogado hacia la puerta.

Áurea sentía la cabeza a punto de estallar. El dolor que la embargaba era tal que apenas podía inspirar si no se obligaba a ello.

—¿Me has escuchado, Áurea? ¿Has llegado a comprender lo que te he dicho?

Claro que sí. Lo había escuchado y comprendido, aunque no fuera verdad. Era solo que no podía hablar, y se limitó a mover la cabeza mientras trataba de dar una boqueada que deshiciera el nudo que estrangulaba sus pulmones.

Los hombres intercambiaron una mirada compasiva. Pero cuando el editor hizo amago de levantarse, Áurea adelantó su mano.

—¿Y qué va a ser de mí?

Gerardo Ríos miró la pequeña mano aferrada a la chaqueta de su traje.

—Bien, Áurea, no sé si ahora es buen momento...

—Ya nunca habrá un buen momento, don Gerardo.

El hombre movió la cabeza con afecto. Retiró la mano que ella apoyaba en él y la tomó entre las suyas.

—A veces tienes tales cosas de adulta que no sé ni qué contestarte... En fin, si crees que puedes hablar ahora de tu futuro, hablaremos. Verás, tu padre hizo testamento, lo sé porque me lo dijo en una ocasión. En él me nombra tu tutor. Pero no me parece que un solterón de casi cincuenta años con una salud deplorable sea la mejor solución para tu futuro. Tu padre era mi amigo más entrañable, y no hay muchas cosas a las que me hubiera negado, pero que yo sea tu tutor... no es lo correcto. Gálvez y yo lo hemos hablado, y creo que lo mejor es que renuncie a la tutela, y que sea el Consejo Familiar quien elija al más adecuado para gestionar tus intereses.

Con los ojos aún húmedos, Áurea lo miró sin entender qué le estaba contando. ¿Qué consejo? ¿Qué intereses? ¿Qué tenía eso que ver con su vida?

—Pero yo seguiré viviendo con doña Engracia, ¿verdad? —preguntó, pasándose la manga del vestido por el rostro.

—No es posible, Áurea, no es familiar ni tu padre la designó —intervino el abogado con tono práctico—. Pero, por supuesto, doña Engracia recibirá una renta adecuada. Podrá vivir sin estrecheces.

Aquellas palabras la confundieron aún más.

—¿Vivir sin estrecheces?

—Sí, no debes preocuparte por ella. Doña Engracia podrá residir en una pensión, o un asilo, o lo que prefiera, y no le faltará de nada.

Los súbitos sollozos a su espalda solo aumentaron su confusión.

—Pero... ¿y yo? Si ella se va a una pensión, ¿qué haré yo?

—Vivir con tu familia, por supuesto.

—¡Mi familia! Si yo no tengo familia...

El abogado frunció el ceño.

—Me refiero a tus tíos. Los que viven en Burgos.

—Yo no tengo ningún tío.

—Tu tío Joaquín. El hermano de tu padre. Y tu tía Luisa, su mujer. —Ella negó con la cabeza y el abogado miró al editor con sorpresa—. Pero cómo, ¿es que esta niña no sabe nada de su familia?

—El señor Andrés tenía sus razones —intervino el aya entre hipidos, aumentando el estupor de Áurea.

—Pues espero que al menos ellos sí sepan de su existencia.

—Sí, claro que sí —terció el editor—. En el telegrama que envié ayer como respuesta, su tío dejó claro que se ocuparía de ella. En cuanto llegue mañana, iremos a presentarnos ante el magistrado. Esta mañana he acudido al tribunal para exponer mis motivos para la renuncia, y ha estado de acuerdo en que, habiendo familiares de segundo grado que puedan ejercer la tutela, y dado el resto de... digamos, circunstancias especiales, será lo más correcto.

Llorosa, Áurea miró a su aya, tratando de comprender qué historia era esa de una familia de la que jamás había oído hablar, esperando que la anciana recobrara la cordura y lo negara como ella había hecho. Pero los ojos húmedos de Engracia rehuyeron los suyos, en un gesto de culpabilidad tan evidente que ya no le quedaron dudas de que lo que aquel hombre decía era cierto.

Trató de aferrarse a algo real: a la existencia de la casa, de sus muebles, de sus cosas. El abogado le aclaró que cancelarían el contrato de la casa y guardarían los muebles hasta que fuera mayor de edad. Gerardo Ríos, que se había levantado para tomar su sombrero, volvió a sentarse en el sofá.

—Vas a estar con tu familia, Áurea. Es lo más adecuado ahora.

—Pero no los conozco.

—Sí, lo sé; pero son tu familia.

—Mi familia eran mi padre y doña Engracia.

—¡Pero qué cosas tienes! No me corresponde a mí juzgar las razones de tu padre para no hablarte de ellos, pero desde luego que son tu familia, y están dispuestos a acogerte. Tienes incluso una prima de tu edad. Se llama Paula. Mañana, cuando llegue tu tío Joaquín, podrás comprobar que lo que digo es cierto.

¡Una prima! La consternación la dejó sin habla. Su deseo más constante, a lo largo de su infancia, había sido tener alguien con quien jugar. A menudo se descubría en el parque envidiando las discusiones y risas de las familias que paseaban por allí. Y cuando comprendió que su pequeña familia no iba a crecer, pues no habría mejor candidata que miss Claire y su padre la había

desaprovechado, comenzó a pedirle que la matriculara en un colegio.

—¿En qué colegio? —replicaba él—. Todos los colegios que conozco están llenos de beatería e ignorancia; estás mucho mejor formándote en casa.

—Pero yo quiero amigas.

—Bueno, veremos. Cuando cumplas otro año. Tal vez donde Giner de los Ríos.

Así, año tras año. Y ahora, después de tanto pedir y suplicar, parecía que su deseo infantil de tener compañeras de juego iba a cumplirse.

Al terrible precio de haber perdido a su padre.

—No me importa mi familia —dijo, enjugándose bruscamente las lágrimas—. No quiero ninguna prima si para eso tengo que abandonar a doña Engracia, ni quiero dejar mi casa, ni el instituto, ni irme a Burgos. Seguro que mi padre nos ha dejado algo de dinero. Viviremos con eso hasta que yo pueda trabajar.

—Virgen santísima, cómo vas a trabajar... —sollozó la anciana al escucharla.

—Áurea, comprendo que estás consternada —intervino el abogado—, pero no se trata de si puedes trabajar o no, un absurdo fuera de discusión; tu familia se va a ocupar de ti. Cualquier juez ante el que presentemos el caso dirá que es lo correcto.

—Pero yo no quiero irme. Dentro de tres meses termina el curso, y estoy sacando muy buenas notas. Cuando acabe voy a ir a la universidad para ser profesora como mi padre. Si hay algo de dinero, puedo vivir con doña Engracia y seguir estudiando. En cuanto termine trataré de conseguir una plaza, y...

—Áurea, no hay más opciones —cortó el abogado, cansado de su resistencia—. Eres una niña, y las únicas personas que pueden hacerse cargo de ti son tus tíos de Burgos. Doña Engracia podrá vivir dignamente, y seguro que ellos te traerán a visitarla cuando desees. Pero, una vez que Ríos ha renunciado a tu tutela, no hay ninguna posibilidad de que te quedes en Madrid.

La afirmación cayó sobre su ánimo como un mazazo. Aún pasó un tiempo hasta que los hombres abandonaron la casa, y cuando por fin lo hicieron, Áurea se secó las lágrimas, apretó la pluma contra su pecho y se dirigió a la biblioteca en busca de la enciclopedia. Recordaba Burgos, una de las estaciones donde el tren se detenía camino de Francia. En los veranos en que había viajado a San Juan de Luz con su padre, había estirado las piernas en un andén de aquella ciudad, sin sospechar que alguna vez sería su estación definitiva.

Inclinada sobre las fotos de una catedral enorme y puntiaguda, no pudo evitar los sollozos al recordar aquellos tiempos perdidos. Ahora dejaría su casa camino de una ciudad que apenas recordaba, salvo por un cartel con su nombre en un andén bajo una pirámide de cristal. Camino de una familia cuya existencia

acababa de descubrir, y de la que sabía incluso menos que de la propia ciudad.

*Burgos, abril de 1916*

—Creo que el asunto es lo suficientemente serio como para tratarlo ahora mismo —zanjó Alonso Montero con determinación.

Su esposa alzó las cejas, sorprendida.

—Pero tu hermana nos está esperando, Alonso. Le prometimos que acudiríamos a apoyarla, y no quiero que piense que le fallamos en un momento así.

—Y esa es otra. A santo de qué tenemos que meternos en un asunto privado de los Nebreda. A saber qué pensará la muchacha, cuando llegue agotada del viaje y se encuentre un comité de bienvenida en el salón de la casa.

—Vamos porque somos familia, Alonso. Y recuerda que fue ella quien nos pidió que la acompañáramos hoy.

Su esposo se detuvo con los brazos en jarras.

—A mí Luisa nunca me ha pedido nada por el estilo. Ya habrá sido cosa tuya.

—Bueno, lo que es seguro es que tu hermana nos espera en media hora —replicó su esposa con terquedad.

Alonso bajó los brazos. Los erráticos razonamientos de su esposa siempre le quitaban las fuerzas para mantener el enfado. Le costó unos segundos retomar el hilo de su pensamiento.

—El colegio —profirió con satisfacción al conseguirlo. Recogió un papel de la mesa y lo agitó en el aire—. Estábamos hablando del colegio cuando me has distraído. Trescientas pesetas me reclaman, entre los cristales del invernadero, el carro del lechero y la bicicleta que quitaron al bedel. ¿Se puede saber qué explicación tiene tu hijo para esto?

—No hables de Ignacio como si no fuera también hijo tuyo —se sulfuró su mujer—. Siempre lo haces cuando algo sale mal, como si yo tuviera la culpa de las travesuras que se les ocurren a los muchachos. Además, ¿por qué vamos a pagar nosotros? También estaba de por medio el pequeño de los Aparicio. Ese muchacho es de la piel del diablo, que ha salido al abuelo, al que todavía recuerdo...

—El árbol genealógico de los Aparicio me importa un bledo. Pero si el

director decide expulsar a Ignacio, te juro que lo mando interno a Lecaroz, como fue Gabriel. O a Orduña, con los jesuitas.

—¡No se atreverán! Estoy segura de que todo lo empezó ese tarambana. Ignacio, hijo mío. —Justina se giró hacia su izquierda—. ¿A que fue Aparicio quien empezó todo? Estoy segura de que tú no pudiste prever lo que sucedería.

El joven sentado en el butacón contiguo sopesó su respuesta. Claro que él no había previsto el resultado; la rotura de los radios oxidados que le había arrojado contra Ramón Aparicio y el invernadero le había hecho perder la apuesta.

—No, no pude preverlo —contestó, tratando de conseguir la mezcla justa de arrepentimiento y ofendida dignidad—. Nuestras bicicletas chocaron y caí contra el invernadero. Fue un accidente.

Justina dirigió una mirada triunfal a su esposo, pero Alonso no se dejó embaucar.

—Le quitaste la bicicleta al bedel. Eso no pudo ser un accidente.

—Yo no se la quité, padre. Nadie me dijo de dónde la habían sacado.

Alonso miró a su hijo un largo instante con tanta intensidad que, por un segundo, Ignacio pensó que no lo había engañado. Lo que no era justo, pues ni él la había tomado, ni se había preocupado por saber dónde habían conseguido sus amigos las bicicletas para la apuesta.

—Trescientas pesetas —repitió su padre sin dejar de mirarlo—. Si crees que...

El ruido de la puerta los interrumpió. Ambos volvieron la cabeza hacia el umbral de la habitación.

—Ah, Gabriel, pasa —invitó Alonso a su hijo mayor.

El joven se quedó en la puerta.

—No pretendía interrumpirles, padre. Ya he terminado el listado que me encargó y estoy preparado para ir a casa de mis tíos, pero volveré cuando hayan acabado.

—Qué cosas tienes, Gabriel —contestó su padre, desconcertado—. No tienes por qué irte, esta es tu casa. Además, solo hablábamos de la última barrabasada de tu hermano.

—No puedes llamarlo barrabasada —discrepó Justina, mirando con acritud a su hijastro—. No ha sido más que una tontería. Una chiquillada.

Gabriel asintió, contemplando a su medio hermano.

—Siempre lo es, con Ignacio. Cosas de la edad.

La tranquila observación irritó a Ignacio. La indiferencia de Gabriel siempre conseguía enojarlo. Estaba harto de que lo responsabilizara de todo. ¿Qué culpa tenía él de haber estado tan enfermo de pequeño como para que

hubieran decidido enviar a Gabriel interno a un colegio de Navarra?

—Bien, supongo que no es el momento de resolver esto —concedió Alonso a regañadientes, antes de dirigirse al menor de sus hijos—. Si finalmente deciden no empeorar la sanción inicial, podrás considerarte afortunado. Pero no creas que vas a hacer como si nada hubiera pasado; me encargaré de que respondas por los desperfectos.

—No será con el dinero que tengo —musitó el joven.

Sus palabras fueron poco prudentes, pues su padre las oyó. Pero Justina impidió la réplica de su marido.

—Deberíamos salir ya. Aunque seamos familia, no podemos llegar tarde a casa de tu hermana. Joaquín vendrá cansado del viaje, y lo último que querrá será tener que esperar para la cena. Ignacio, por favor, avisa a Pura que nos vamos.

Ignacio aguardó un instante. Cuando se convenció de que su padre no iba a seguir abroncándole, salió en busca de la criada.

Sabía que tendría que haberse mordido la lengua, lo sabía; pero las explicaciones dadas por su padre dos años atrás, al hacer su testamento, aún le sacaban de quicio. Daba igual que las acciones de los ferrocarriles y los depósitos bancarios hubieran sido la dote de Claudia Sola, la primera mujer de su padre; una vez muerta, esos bienes habían pasado a pertenecer a Alonso, que legalmente podía repartirlos entre sus hijos por igual.

Pero no; más allá de legalidades, Alonso Montero había recurrido a la ética para justificar que los bienes que provenían de los Sola recayeran en un Sola; es decir, Gabriel. Y así, creando un fondo a su nombre al que asignar tanto dichos bienes como las rentas de su usufructo, había creado una inmensa desigualdad que Ignacio difícilmente iba a disculpar.

Cuando regresó a la sala, aguantó la mirada de advertencia de su madre. Normalmente, el asunto de la herencia lo mantenía resentido durante horas. Sin embargo, dado que aquel día su padre podría haber optado por muchos castigos sin haberse decantado por ninguno, decidió no pensar más en ello. Además, siempre le gustaba acudir a casa de su tío Joaquín; la comida sería excelente, podría ganar unos duros jugando contra él al billar, y seguiría reforzando una relación que le proporcionaba fundadas esperanzas de que, llegado el momento, su tío le ayudaría a establecerse. Si, para ello, tenía que soportar un rato el parloteo insustancial de Paula y la nueva incorporación a la familia —pues imaginaba que, dada su edad, le resultaría tan insufrible como su prima—, era un precio pequeño a cambio de los beneficios de la velada.

—Se están retrasando.

Luisa no replicó ante el superfluo comentario de su cuñada, pero su mirada se deslizó hacia el reloj que presidía la chimenea.

—El tren es un invento del siglo pasado, mamá —intervino Ignacio, descartando un naipe en la mesa—. El tío tendría que haber ido a Madrid en su propio coche. Figúrate, seis cilindros, cincuenta caballos, tres velocidades... Podrían haber hecho el viaje en menos de seis horas.

—Y matarse por el camino —replicó Luisa con sequedad—. No des ideas a tu tío, Ignacio, ya está lo suficientemente apegado al Mitchell sin que tú le digas cuánto lo admiras.

Su sobrino sonrió sin dejar de mirar sus naipes, pero el comentario hizo que Justina arrugara la nariz.

—No sé cómo nadie puede admirar esas máquinas horribles. Por mi parte, prefiero con mucho un buen coche de caballos. Esos automóviles, con su humo y su ruido, y las manchas de grasa que dejan por todas partes...

El gesto de disgusto no engañó a Luisa; sabía que Justina estaba orgullosa de ser parte de una familia que podía demostrar su prosperidad de una forma tan visible, aunque creyera que parte de esa prosperidad tendría que haber sido suya. Luisa nunca perdía el tiempo en recordarle que, tras la muerte de su padre, Alonso se había quedado la casa de Zarauz, mientras que a ella le había tocado la ruinosa fábrica de lanas y un puñado de parcelas en Salas solo aptas para rebaños de ovejas no muy exigentes con su alimentación. Que la fábrica hubiera prosperado de manera inesperada gracias a la guerra mundial y los altos precios que los países combatientes pagaban por sus productos había sido una cuestión de pura suerte.

—Tal vez deberíamos cenar ya sin aguardarlos —sugirió, viendo que las manecillas del reloj avanzaban y no había rastro de su marido y su sobrina.

No tenía esperanzas de que Justina aceptara. Inesperadamente, fue Ignacio quien acudió en su ayuda.

—Mi tía tiene razón, mamá, es muy tarde y si seguimos aquí acabaremos por ser considerados invitados indeseables, de los que los anfitriones nunca saben cómo desprenderse.

—No digas bobadas, Ignacio —se sulfuró su madre—. Somos familia, no invitados. Quiero conocer a la niña y, además, tampoco es tan tarde. Tu padre ni siquiera ha regresado de casa de las Robles. Qué fastidio, que lo llamaran esas inoportunas justo cuando estábamos a punto de salir. Ojalá les hubiera dicho que no podía atenderlas fuera de horas...

—Padre nunca faltaría a su deber de esa manera. Y si la tía Luisa considera que deberíamos cenar ya, por mi parte estoy de acuerdo —intervino Gabriel,

cerrando el pesado tomo que estaba consultando en la butaca más alejada de la chimenea.

Justina apretó los labios con rabia y Luisa contempló pensativa a su sobrino. Nunca había creído que enviarlo interno a Lecaroz, siendo tan pequeño, fuera acertado, pero nada podía decir de las decisiones en una casa que no era la suya. Casi desde el comienzo de aquel segundo matrimonio de su hermano había percibido que Justina no simpatizaba con el niño silencioso que era Gabriel. Su embarazo dificultoso y la precaria salud de Ignacio al nacer solo habían acentuado aquella frialdad. Con los años, Gabriel había ido creciendo como un muchacho formal y reservado, y pocas cosas alteraban tanto a Justina como la calma que siempre mostraba su hijastro.

Estaba a punto de dar la orden de que se sirviera la cena cuando sonó el timbre de la puerta. Inevitablemente, y aunque había tratado de prepararse para aquello, se envaró.

—Ya están aquí —anunció Justina con un brillo en la mirada que Luisa prefirió esquivar.

Ignacio arrojó los naipes al centro de la mesa, Gabriel cerró el libro y Paula se volvió hacia la puerta con tal expresión de rabia que, aunque tarde, hizo que Luisa se arrepintiera de cómo había encarado la llegada de aquella muchacha cuya existencia siempre habían preferido ignorar.

Cuando la sala se abrió y Joaquín y la joven entraron en el salón, la amarga sensación de que aquello ya lo había vivido antes hizo que sus dedos se hincaran en la butaca.

Debería haberlo esperado.

Como en sus peores pesadillas, con los nudillos casi blancos de tanto apretar una estilográfica dorada que aferraba ante sí, como si fuera la pluma quien la sostuviera a ella y no al revés, la viva imagen de Teresa Garay acababa de hacerse presente en su salón.

—El tren tuvo algún retraso en Guadarrama, pero lo recuperó en cuanto alcanzó el llano —explicaba Joaquín Nebreda a la mujer sentada a su izquierda, que no dejaba de mirar a Áurea de reajo, haciendo que le costara cada vez más esfuerzo tragar la cena que le habían servido.

Áurea nunca se había sentido incómoda entre adultos. Desde que tenía uso de razón, se recordaba saludando a los invitados de su padre, incluso compartiendo parte de sus veladas. En más de una ocasión, doña Engracia le había advertido que su desparpajo al tratar con gente mayor podría interpretarse

como una falta de decoro, por lo que trataba de ser cuidadosa cuando le presentaban a extraños, bajando la cabeza con recato y no sosteniendo su mirada de forma directa. Sin embargo, ninguno de los presentes parecía dispuesto a mostrar igual grado de civilidad con ella.

No sabía por qué, pero era evidente que su llegada había conmocionado a las dos mujeres que aguardaban en la sala. Sin embargo, mientras una de ellas había reaccionado con algo que a Áurea le pareció irónica satisfacción, la otra, la que le habían presentado como su tía Luisa, había permanecido rígida, distante. Y aunque hacía horas que el trozo de empanada que había almorzado en el viaje era solo un recuerdo, Áurea apenas podía tocar los alimentos que la doncella servía en su plato.

—¿Qué nombre es ese, Áurea?

Ahogando un suspiro de impotencia, miró al frente. También aquella muchacha que le habían presentado como su prima Paula parecía dispuesta a mostrarse hostil.

—Pues un nombre. ¿Qué pasa con él?

—Que no es un nombre de verdad. Seguro que te llamas Aurelia y te lo has cambiado para parecer interesante.

—Me llamo Áurea. Y sí es un nombre de verdad.

—Sole dice que no lo es. Y que te llamaremos Leli.

—No me llamaréis nada parecido —replicó Áurea con tan poca cortesía como su prima, sintiendo que el cansancio de las más de siete horas de viaje acababa de arrebatarle las escasas energías que la desaparición de su padre le había permitido conservar.

Desde que las habían presentado, aquella muchacha de cabellos castaños, tez pálida y figura redondeada había dejado claro que no le agradaba que Áurea estuviera allí. «Es mi cuarto de juegos, no toques nada», le había advertido en un siseo rabioso cuando Áurea había subido para dejar su maleta.

En cualquier otra circunstancia, Áurea habría tratado de entender qué le sucedía a aquella muchacha para comportarse así con ella. Pero aquella noche no. El pesado viaje en tren había sido el agotador colofón a veinte días de angustia. Veinte días en los que se había resistido a aceptar que su padre no iba a volver nunca, y en los que apenas había podido descansar, desvelada por horribles pesadillas en las que se ahogaba en una habitación cerrada y oscura. Y cuando abría los ojos en la penumbra, agitada, llorando a veces, gritando casi siempre, la conciencia de una realidad aún peor que sus pesadillas no le permitía volver a dormir.

No; le daban igual los motivos de aquella prima enojada, a ella no le quedaba ni gota de paciencia en el cuerpo.

—¿Y habéis pensado qué haréis con ella ahora?

Áurea dejó la cuchara sobre la mesa, rindiéndose. Odiaba que la gente hablara como si fuera una mascota extraviada a la que había que buscar un rincón, pero ¿qué podía hacer? ¿Decir: «Eh, señora, que estoy aquí, y soy una persona»? Sí; y así la acusarían de ser impertinente y descarada. O soberbia. O todo a la vez. Doña Engracia se lo había advertido: «La señora Luisa no va a aguantar tus salidas de tono como lo hago yo. Sé prudente, sé sensata.» Tal vez aquella gente de la que nada sabía solo estuviera aguardando un desliz para llevarla al hospicio. Al menos, su prima parecía esperar.

—Según me explicó el abogado, mi hermano decidió que se formara en casa. Institutrices extranjeras, ya puedes imaginar. —La voz de su tío encontró la comprensión de Justina—. Nunca la matriculó en un colegio femenino, y eso me genera enormes dudas sobre la educación que haya podido recibir. Pero voy a resolverlo sin demora. Mañana mismo Luisa hablará con sor Angustias para que acuda al colegio con Paula. Queda poco para que el curso finalice, pero eso es mejor que nada. Y luego, ya veremos.

El anuncio sorprendió tanto a Áurea que levantó la cabeza y los miró con fijeza. Su tío sonrió en su dirección.

—¿Qué te parece, Áurea, acudir con tu prima al Niño Jesús? Es el mejor colegio de Burgos.

¿Que qué le parecía? Tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse a llorar. Primero, una familia; y ahora, un colegio. Todo lo que había deseado. Lo que había pedido a su padre con insistencia.

Palpó el bolsillo de su vestido, tratando de obtener fuerzas de la estilográfica dorada de su padre. Una vez, tiempo atrás, había leído en un libro una frase que entonces había desechado por incongruente. Una frase que sostenía que había que tener cuidado con lo que se deseaba, pues podía conseguirse.

—No parece que la idea le haya hecho muy feliz.

La ironía del muchacho de cabellos claros sentado frente a ella la hizo reaccionar. Llevaba un rato mirándola con insistencia, pero hasta entonces Áurea había evitado su mirada, porque sonreía con irreverencia y sus ojos chispeaban, y ella no estaba acostumbrada a jóvenes de su edad guapos y descarados.

Reuniendo las fuerzas que le quedaban, se obligó a contestar:

—Me parece bien. Gracias, señor.

—No me las des, es mi deber ocuparme de tu futuro de ahora en adelante. Y ya te he dicho que no me llames señor, como si fuéramos desconocidos.

—Sí, tío. Gracias, tío.

—Y el año que viene, veremos. Tu tía Luisa decidirá. Tal vez la academia de *madame Roche*. ¿No es eso, Luisa, lo que consideras mejor?

—Sí. Una vez finalizado el colegio, lo mejor es la academia.

De repente, Áurea sintió que se había perdido parte de la conversación. ¿Cómo iba a finalizar el colegio si aún no había aprobado tercero?

—Pero yo no puedo ir el curso que viene a la academia —replicó, suponiendo que había entendido mal—. Aún me quedan tres años para terminar el bachillerato.

El silencio que siguió a sus palabras la convenció de que no lo había comprendido bien. El único que reaccionó fue el joven sentado frente a ella.

—¿Bachillerato? —inquirió con una amplia sonrisa.

—Sí —contestó ella, confundida, pues de reojo vio la mirada que intercambiaron las dos mujeres sentadas a la cabecera de la mesa—. Este año estoy matriculada en tercero.

—No me digas. Y apuesto a que incluso sacas buenas notas.

Su frase fue cortada en seco por Justina.

—Ignacio, por favor. No la alientes.

—Es que es asombroso, madre. No conozco a ninguna muchacha que estudie bachillerato.

—Desde luego, típico de mi hermano. —Su tío negó con la cabeza, flemático—. Pero que a él le gustara trastocar el orden social no quiere decir que su hija deba sufrir las consecuencias. Áurea, en esta casa recibirás la misma educación que tu prima y haremos de ti una joven perfectamente preparada y modesta. Con nosotros, tus posibilidades de futuro estarán aseguradas. Somos tu familia, y cuidaremos de tu porvenir.

Aquella afirmación reconfortó a la muchacha. Era un alivio pensar que alguien iba a ocuparse de ella, después de la desertión de Ríos.

—Entonces, ¿podré acabar el bachillerato?

—No. ¿Para qué ibas a acabar el bachillerato?

—Pues para ir a la universidad.

Si hasta entonces sus palabras habían causado asombro entre los presentes, aquello pareció producir el efecto de una bomba de aquellas que describían los periódicos que informaban sobre los combates de la Gran Guerra en Europa. Los gestos de incredulidad de las mujeres y de su tío fueron tan patentes que Áurea se encontró revisando sus palabras, por temor a haber dicho algo diferente a lo pretendido. Incluso el joven risueño sentado frente a ella y el otro, el de cabellos morenos y aspecto tranquilo que apenas hablaba, la miraban con seriedad.

—¡A la universidad! —dijo al fin su tío, cuando consiguió reponerse un poco—. ¿Qué ocurrencia es esa?

—Mi padre quería que yo estudiara en la universidad —explicó con cautela, asombrada por el efecto que su anuncio había producido—. Para ser catedrática,

como él.

—¡Para ser catedrática! —repitió Joaquín Nebreda, estupefacto—. En mi vida he escuchado mayor desvarío. Las mujeres no van a la universidad, y desde luego no son catedráticas.

—Ahora sí, tío —aclaró, ajena al desagrado que sus palabras estaban causando—. Cuando yo era pequeña aprobaron una ley para que las mujeres puedan estudiar en la universidad y presentarse a oposiciones para ser catedráticas. Me lo dijo mi padre.

—¿Que pueden presentarse a oposiciones? —volvió a repetir su tío.

—Sí, ahora sí, así que si sigo estudiando, dentro de unos años podré ser catedrática como mi padre.

—Bueno, esto es el colmo —bramó Joaquín—. Áurea, ni siquiera alcanzo a imaginar las estrambóticas ideas que mi hermano metió en tu cabeza, pero hay una cosa que tiene que quedar clara: las mujeres no van a la universidad, ni son catedráticas, ni trabajan de ninguna otra manera, incluso si hacen veinte leyes para permitirlo, ¿entendido? La universidad es algo muy serio, donde se acude para obtener un título profesional y aprender un oficio. Por eso son los hombres quienes acuden a la universidad. Solo faltaba eso, que las mujeres ociosas fueran a hacer la competencia a los hombres honrados que necesitan un trabajo para sostener una familia.

El calor ascendió por las mejillas de Áurea. Nunca lo había visto así, pero solo tuvo que pensarlo un segundo para decidir que los razonamientos de su tío no la convencían. Porque si había algo seguro en aquel comienzo de siglo, era que las mujeres trabajaban: modistas, lavanderas, dependientas de comercio, maestras, auxiliares de correos, incluso obreras... Y aunque la prudencia le aconsejaba callar, cedió a aquel defecto que tanto alarmaba a su aya: no permitir que su lógica se rindiera fácilmente.

—También las mujeres trabajan.

—Las pobres.

—Y otras.

Su tío ya no se esforzó en ocultar su irritación, en medio del precavido silencio de los demás presentes.

—Sí, a veces. En ocasiones tienen la mala suerte de necesitarlo, cuando alguna desgracia sucede a la familia, como la muerte del padre o el marido. Entonces nada hay que objetar a que las hijas trabajen como maestras, o incluso, si me apuras, a que realicen unas oposiciones a correos. Pero ese no es tu caso.

—Yo soy huérfana.

—Pero ¿es que vas a seguir replicando? —Una vena se hinchó en el cuello de Joaquín Nebreda cuando arrojó la servilleta sobre la mesa—. Dejemos las

cosas claras de una vez: estudiarás lo que diga tu tía, la ayudarás en lo que ella crea oportuno, aceptarás la propuesta de matrimonio que yo estime conveniente, y una vez que te cases será tu marido quien se ocupe de ti. Y antes de que repliques que tal vez no haya ningún marido, como estoy seguro que ibas a hacer, te aseguro que tu dote será lo suficientemente importante como para que no haya problemas a la hora de concertar tu matrimonio.

La voz de su tío se había ido elevando poco a poco, y Áurea no tuvo fuerzas para seguir discutiendo. Tuvo la sensación de que los presentes respiraban aliviados al hacerse el silencio. Retomó la cuchara sabiendo que el nudo de su estómago no le dejaría acabar la cena, pero trató de consolarse pensando que quedaba mucho para que llegara el momento de ir a la universidad. Había sido una noche desconcertante, consecuente remate de unos días inesperados y desoladores. Pero estaba cansada y triste, y en esas condiciones todo parecía siempre peor. Con seguridad, la luz del amanecer haría que todo le resultara menos sombrío, menos confuso.

Menos descorazonador.

Aquella misma noche, cuando sus invitados ya se habían ido, Luisa perdió la batalla que libraba consigo misma para callar.

—Tal vez deberías esperar un poco, antes de volver a Salas.

Se había detenido en la puerta del despacho, mientras Joaquín revisaba el borrador del discurso sobre la subida de las subsistencias encargado por el partido.

—Imposible. Las elecciones están al caer. No prevemos problemas, porque Zumárraga se presenta en la capital, pero quiero asegurarme de que tanto los aparceros como la gente del pueblo saben a quién votar.

Luisa bajó la mirada un segundo, porque aquel tema azuzaba una rabia en su interior que no se podía permitir. Inspiró hondo varias veces, hasta que se sintió capaz de responder:

—Pero no puedes pretender que yo me haga cargo de ella. Ya has visto cómo es.

Un silencio helado siguió a su rechazo. Luisa levantó la cabeza, dispuesta a enfrentar el reproche de su esposo. No tuvo que esperar para comprobar que lo seguía conociendo tan bien como siempre.

—Es mi sobrina. ¿Es mucho pedir que te muestres más comprensiva?

—Soy comprensiva. Está aquí, ¿no?

—Está aquí, sí. Y a cada segundo demuestras cuánto te desagrada su

presencia.

—Pero está aquí. No creo que se me pueda pedir más, Joaquín. No solo he tenido que recibirla en mi casa, sino que ahora tú te vas y me dejas encargada de remediar su falta de educación.

—Luisa, no seas absurda. La educación de una muchacha es cosa de mujeres. No voy a enseñarle yo a coser. Además, se ha quedado sola en la vida. ¿Qué pretendías, que la mandara a un hospicio?

—No. A un hospicio no. Pero existen internados.

Su marido no respondió. Ella sabía que eso era difícil de rebatir. El día que llegó el telegrama anunciando la muerte de Andrés Nebreda, ella se había temido lo peor. Y lo peor había sucedido cuando Joaquín le comunicó que acogerían a la muchacha bajo su techo. Casi había perdido la voz tratando de razonar con él, sin resultado. Para su propia sorpresa, había descubierto que la puñalada dolía ahora tanto como hacía catorce años.

—Ni siquiera ha estado nunca en un colegio —razonó su esposo al cabo de un rato, dejando las hojas sobre la mesa—. ¿Cómo podría enviarla a un internado, después de perder a su padre?

«¡Ah, los lazos de sangre!», se burló mentalmente Luisa con amargura. El padre, un hermano con el que no se hablaba desde antes de que la niña naciera. Al que en la práctica habían desterrado de la familia al mismo tiempo que él renegaba de los suyos.

—Tan extraños hemos resultado nosotros para ella como habría resultado un internado. ¡Por Dios, si ni siquiera sabía que existíamos! Que yo no quiera que esté en esta casa no es ningún pecado. Andrés tampoco lo quería, y era su padre, ¿no?

Su esposo hizo caso omiso de la ironía.

—¿Es que crees que los votantes del partido habrían visto bien que no me ocupara de ella?

—¿Qué tienen que ver ahora los votantes? Si ni siquiera estás en las listas...

—No estoy en las listas porque Aparicio es indiscutible, y teníamos que hacer sitio en la candidatura a Velayos. Ni sabe dónde está Burgos, pero es el hijo del presidente del Gobierno, ¿qué querías?

Aquella sarta de excusas acabó con la paciencia de Luisa.

—Por favor, Joaquín, no me tomes por idiota. No me vengas con bobadas de listas ni votos ni elecciones. Sé bien que no tienen nada que ver con que ella esté aquí. La verdad, prefería la farsa de tu devoción fraternal.

Un silencio glacial siguió a sus palabras. Luisa sabía que había ido demasiado lejos, abriendo la puerta de un camino que nunca, hasta entonces, había querido tomar; el camino del despecho, del resentimiento que lleva a

olvidar que, en una discusión con el marido, la esposa siempre tiene las de perder.

Por un segundo, el deseo de que Joaquín se enzarzara con ella en una pelea de final imprevisible la dejó casi sin aliento. Pero lo conocía bien. No esperaba nada diferente de lo que hizo cuando, con expresión contrariada, enrolló de nuevo los papeles y se puso en pie.

—Veo que esta noche estás de un humor extraño. Me retiraré a mi habitación. Por si este arrebato te ha hecho olvidarlo, te recuerdo que la abadesa nos espera mañana en el convento después de misa.

A su pesar, Luisa se estremeció. El control de las emociones era una cualidad de la que se enorgullecía, pero aquella vez no pudo evitarlo: la indiferencia de su marido, que surgía tan natural en él, tan sin esfuerzo, espoleó una rabia que no quiso retener.

—Ni siquiera tú esperabas que se te pareciera tan poco, ¿verdad?

A punto de cruzar la puerta, Joaquín se detuvo y la miró con expresión sombría. A pesar de su aparente seguridad, por un instante Luisa creyó ver en él una mínima vacilación; y deseó que hablara, por fin, después de tantos años; que se defendiera, tal vez que acusara; pero que dijera algo de una vez, algo que rompiera el silencio que los hacía caminar juntos por la vida sin apenas tocarse, que los hacía compartir una misma existencia sin conocerse de verdad.

Pero como siempre sucedía en su matrimonio, sus deseos y temores resultaban igualmente absurdos. Joaquín apretó los labios, dio un toque al marco de la puerta con los papeles enrollados y desapareció por el corredor.

Cuando se quedó a solas, Luisa se permitió una leve sonrisa, plena de burla y amargura. Era muy tarde ya para arrepentirse de sus elecciones. Tan tarde como catorce años.

### 3

El sol de abril no era enemigo para el viento que barría el paseo del Espolón. Áurea se encogió dentro de su abrigo negro, observando a los músicos del templete. Al salir de la iglesia, la idea de pasear le había parecido agradable; pocos minutos después, ya había cambiado de opinión. El Espolón estaba a rebosar de gente que iba y venía, deteniéndose cada dos por tres para saludar y ser saludados; y la infinidad de toques de sombrero e inclinaciones de cabeza intercambiados con sus tíos acababa siempre en miradas fijas en ella. Miradas curiosas, sorprendidas, disimuladas o penetrantes, Áurea no habría recibido más miradas de ser un monstruo de feria.

La voz de la mujer que hablaba con su tía se entremezcló con la música del quiosco.

—Así que la has acogido en tu casa...

Disimuladamente, giró la cabeza en su dirección. Por la autoridad con que hablaba y la seriedad del gesto de su tía, dedujo que aquella mujer gruesa y enojada era una de las fuerzas vivas de la localidad.

La banda de música terminó la pieza y comenzó a prepararse para interpretar una nueva partitura. Impaciente, Áurea miró a su tío Joaquín, que charlaba con dos miembros de su partido. El recuento de votos de las elecciones había terminado con violentos choques en el centro de Burgos entre los partidarios de Zumárraga y las fuerzas del orden. El Cuerpo de Lanceros se había desplegado por la ciudad para evitar más problemas, pero ellas habían tenido que permanecer encerradas en casa dos días, sin acudir al colegio ni salir a la calle.

—Mano dura es lo que falta en el país —defendía su tío ante sus compañeros de partido—. Solo hay que ver a esos piojosos de la UGT, que el otro día se presentaron en la fábrica para afiliarse obreros. Mi administrador tuvo que llamar a la Guardia Civil para echarlos.

—Pero los echaron, ¿verdad? Ten cuidado: con que se te afilie uno, se pudre todo el cesto.

Cada vez más aburrida, Áurea miró en derredor. También su prima Paula estaba charlando con una amiga que había salido del Café Suizo, pero ella no conocía a nadie en Burgos, ¿con quién iba a hablar?

Trató de no darse por enterada cuando la muchacha señaló en su dirección y

Paula se volvió para mirarla. Después del encontronazo del primer día, Áurea había decidido que llevarse bien con su prima era un esfuerzo que le correspondía a ella. Era injusto, porque era ella quien había sido arrancada de su hogar y tenido que cambiar la presencia de doña Engracia por la acogida hostil de unos familiares tan desconocidos como extraños; pero era eso, o vivir enfrentada a aquella mirada enfurruñada a diario.

Así que, al día siguiente de su llegada, había arrastrado el colchón de lana, las mantas y su ropa hasta una de las habitaciones del piso superior. «Yo no he venido para quitarte nada», había dicho a su prima, cuando la encontró con Luisa en la puerta de aquella habitación, comprobando con ojos como platos si era cierto lo que había dicho la doncella, que la nueva muchacha se había trasladado a uno de los cuartos reservados a los criados. «Yo no te dejaría quitarme nada», había sido la cortante respuesta de Paula. Pero una chispa de extrañeza había asomado a sus ojos, y se había parado unos segundos en la puerta, antes de seguir a su madre escaleras abajo.

La reacción no había sido exactamente prometedor, pero tampoco hostil. Áurea solo podía esperar haber hallado el camino correcto.

Mientras las miraba con disimulo, Paula y su amiga se acercaron a Luisa y la mujer enjoyada. Sin siquiera escucharlas, Áurea supo que, de nuevo, ella era el tema de conversación. Pero esta vez, la mujer no se limitó a mirarla de lejos, sino que enfiló con decisión hacia ella.

—Así que esta es la hija de Teresa Garay...

El corazón de Áurea dio un vuelco. En los escasos días que llevaba en Burgos, era la segunda vez que alguien mencionaba ante ella el apellido Garay. Eso nunca sucedía en Madrid; allí, era solo la hija de Andrés Nebreda, a secas. Los Garay, su propia madre, eran una ausencia profunda de la que se había resentido a menudo, pero que nadie parecía dispuesto a llenar. «Es imposible que eches de menos a tu madre —había zanjado más de una vez doña Engracia, llena de suspicacia—. No la conociste.»

Era extraño tener que aceptar que no la había conocido, pues a veces creía recordarla. «Imaginaciones tuyas. Jesús, siempre imaginando...» Pero daba igual; no haber conocido a su madre no impedía que la echara de menos. Sin embargo, contra todo lo que habría imaginado, allá en Burgos, en una tierra en la que jamás hasta entonces había pensado, la gente sí la había conocido y hasta la mencionaban. La pregunta que anhelaba hacer —«¿Cómo era? ¿Cariñosa, bella, alegre como la he imaginado en estos años de preguntas sin respuestas, cuando hablaba con ella antes de dormirme por las noches?»— se quedó retenida en sus labios, pues de algún modo supo que tampoco allí sus preguntas serían bien recibidas.

—Tienes que moldearla a tu imagen y semejanza, Luisa —concluyó la mujer, quitándose las gafas—. Como si fuera la propia Paulita, o más. No me importa que Soledad se relacione con ella, siempre que me garantices que lo harás. Recuerda demasiado a ella...

El corazón de Áurea se aceleró. Aquella era la primera vez en su vida que escuchaba algo así. Salvo las referencias entre dientes a la sangre de los Garay que alguna vez se le escapaban a doña Engracia, jamás había escuchado hablar sobre su madre. No tenía ni idea de cómo era, nunca había visto un retrato, ni siquiera sabía cómo o cuándo había fallecido. Saber que recordaba a ella era como encontrar una luz en la negrura más absoluta. Incluso aunque ese parecido aparentaba desagradar a la marquesa.

Reconfortada por el descubrimiento, Áurea sonrió a la joven que le presentaron. Hacer amigas había sido siempre uno de sus más profundos deseos. Pero en aquella fría y luminosa mañana de primavera, en el corazón de aquella ciudad desconocida a la que tendría que aprender a considerar su hogar, no necesitó más que unos segundos para comprender que Soledad Goñi y ella difícilmente llegarían a serlo.

—Así que tú eres la famosa Áurea de la que hablan las chicas del colegio. Parece que te has hecho muy popular estos días que yo no he estado...

No fueron sus palabras, sino el desdén de su voz, lo que puso a Áurea sobre aviso.

Llegar a medio curso desde Madrid la había convertido en el centro de atracción del colegio, y varias niñas le habían preguntado por su familia y el motivo de su traslado. Saber que su padre iba en el *Príncipe de Asturias* había revolucionado a sus compañeras. El barco había sido el buque insignia de la marina mercante española, y su hundimiento frente a las costas de Brasil, dejando más de cuatrocientos fallecidos y poco más de cien supervivientes, había conmocionado al país durante semanas. Algunas, con nulo tacto, le habían pedido detalles del naufragio, y una, incluso, había tenido la ocurrencia de preguntarle dónde estaba su padre cuando el barco chocó contra los arrecifes.

—Es que, solo de imaginarme atrapada en un camarote que se va inundando, sin poder hacer nada... Qué horrible sería. Espero que tu padre estuviera en cubierta cuando se ahogó.

Le había ofrecido una sonrisa compasiva, mientras Áurea la miraba incrédula. Unas arcadas la habían hecho salir del aula.

A pesar de ello, el problema de su inadaptación al colegio no fue ocasionado por sus compañeras, sino por sus continuos incidentes con las monjas.

Áurea nunca había asistido a ningún colegio, pero una vez había

acompañado a su padre a uno. Mientras esperaba en una pequeña sala que él acabara la reunión con su amigo Azcárate, se había asomado a un patio con árboles donde un grupo de niños y niñas, sentados en la hierba, escuchaban las explicaciones de una maestra. Luego, ese mismo grupo se había puesto en pie, en fila de dos, y cuando habían pasado charlando y riendo ante la puerta abierta de la sala donde esperaba, Áurea se había prometido que algún día estudiaría en un colegio así.

Pero cualquier parecido entre las Damas Negras y su recuerdo era pura coincidencia.

Para empezar, no podían decir ni una palabra desde que entraban en el recinto hasta que salían, salvo para contestar las preguntas de las monjas. Lo que de ellas se esperaba entre los muros del colegio era recogimiento, piedad, silencio y oración. La regla era dispensada en el recreo que disfrutaban a media mañana, cuando se les permitía salir al patio y jugar; pero entonces debían tener cuidado de no reunirse en grupos pequeños, pues, en palabras de sor Prudencia, «el diablo anda entre dos personas que charlan a solas». Una sentencia inquietante cuya lógica Áurea no era capaz de descifrar.

Sin embargo, eso no era lo peor. Lo que más la había decepcionado era la propia actividad académica en sí. De manera resumida, el colegio era religión, más religión y de nuevo religión, y costura. Todas las mañanas, a las ocho y media, las muchachas acudían puntuales a la comunión diaria y los rezos del *Veni Creator*. Luego llegaban las clases: catecismo durante horas e historia sagrada, y cuando acababan, algunas nociones básicas de geografía, cálculo, historia... Tras el almuerzo, la jornada se dedicaba a bordar y coser, mientras sor Prudencia les leía con voz monótona la vida de santos, hasta que llegaba la hora de rezar el rosario y regresar a casa.

El problema era que las nociones de las asignaturas eran tan tan básicas que Áurea había tenido que corregir a la profesora en un par de ocasiones, con el consiguiente revuelo entre sus compañeras. A eso debía de estar refiriéndose aquella joven cuya sonrisa no alcanzaba sus fríos ojos.

—Y tú debes de ser esa Soledad de la que tanto habla mi prima —contestó con la misma confianza que había empleado la joven—. Aunque no te haya visto en el colegio, ya es como si te conociera.

Su descaro había correspondido al de la muchacha, pero al ver su mueca Áurea comprendió que no estaba acostumbrada a que nadie se dirigiera a ella de esa forma.

—Me han dicho que sabes muy bien francés. Mejor que sor Prudencia.

Áurea miró a su prima, que enrojeció, confirmando así que era la responsable de aquel cotilleo.

Uno de los primeros días de clase, sor Prudencia había hecho que Áurea saliera al estrado para traducir una frase que la religiosa había leído. El problema era que, en el contexto en que se encontraba, la frase podía interpretarse en dos sentidos, pues *verre blanc*, vidrio blanco, y *vers blanc*, verso libre, se pronunciaban igual. Pero la religiosa se había negado a aceptar que *vers blanc* tuviera ningún sentido, y cuando Áurea había tratado de darle algunos ejemplos de rima libre, la había castigado a copiar cien veces en una cuartilla: «No aceptar las correcciones que nuestros maestros se vean obligados a aplicarnos es una falta grave de soberbia, añadida a la ya cometida. Nuestros maestros obran siempre estimulados por el deseo de conseguir nuestro bien, y es deber del alumno corresponder a este noble deseo mejorando su conducta y cumpliendo fielmente sus deberes.»

—Hablo bien francés —replicó con calma—. No es culpa mía que sor Prudencia no quisiera atender a razones.

—También me han dicho que corregiste a sor Antonia en clase de geografía.

—No podía dejar que las demás creyeran que Uruguay está situado junto a Paraguay.

Las comisuras de la boca de la joven se alzaron ligeramente, en un gesto más mordaz que comprensivo.

—Como sigas así, no acabas el curso. No creerás que las monjas van a aguantar tus insolencias, ¿verdad?

Áurea se limitó a callar. ¿Qué podía decir? En aquel colegio mudo y sombrío, donde ni siquiera sabían en qué clase ubicarla, pues con dos cursos de bachillerato aprobados y una total falta de destreza con la aguja, era una extravagancia que nunca antes habían encontrado; nadie parecía saber qué hacer con ella. Después de lo de Uruguay, había permanecido el resto de la clase en el pasillo, de cara a la pared, obligada a reflexionar sobre aquella soberbia que las cien copias no habían corregido, mientras las monjas mandaban aviso a su tía sobre su conducta. Por supuesto, en cuanto había llegado a la casa había corrido al despacho en busca de un atlas. «Véalo usted misma, tía. No están juntos.»

La inexistencia de una frontera común no la había librado de un castigo por insolente.

—Bien, Soledad, Luisa y yo vamos a subir a casa de mi hermana para saludarla. Podéis pasear si queréis, pero no salgáis del Espolón. Estaremos de nuevo aquí en veinte minutos, y no quiero tener que esperar.

—Descuide, madre, no nos alejaremos.

Sintiendo una inseguridad a la que no estaba acostumbrada, Áurea vio cómo su tía y la marquesa desaparecían en el interior de uno de los portales del

paseo. No le apetecía en absoluto charlar con su prima y aquella muchacha que no dudaba en clavar sobre ella su mirada incisiva, pero suponía que tendría que hacer de tripas corazón y fingir una cordialidad que estaba lejos de sentir.

Resignada, se volvió hacia la gente que paseaba. Varias hileras de árboles dividían la explanada en tres zonas diferentes. Desde que habían llegado, Áurea y su familia habían paseado por la más cercana a las casas, la «acera»; pero había una zona delimitada por acacias y tilos a la que llamaban «centro», y una tercera más cercana al río, con jardines de estilo inglés, el «salón». Y cuanto más cerca del río se hallaban, más parecían disfrutar los niños.

Pero su propuesta de acercase allí solo halló el rechazo de su prima.

—¡El río! Claro que no. Nosotras no vamos allí.

—¿Por qué no? Parece divertido.

—Porque no. Nosotros paseamos por la acera.

—Bueno, pero podemos cambiar, ¿no?

—No, no podemos.

—¿Por qué no? —insistió, deseando abandonar aquella acera donde todo el mundo parecía mirarla de arriba abajo—. Vamos a acercarnos a esos niños, igual nos dejan jugar.

—Pero ¿cómo vamos a jugar con ellos? ¿Es que no ves que no tienen ni sombrero? —intervino Soledad, desdeñosa.

Áurea los miró de reojo.

—Se lo habrán quitado. Además, ¿qué más da que tengan sombrero o no?

—Claro que da. Si no tienen sombrero es porque son ordinarios.

—¡Ordinarios! —Áurea la miró con recelo—. ¿A qué te refieres?

—La gente ordinaria no lleva sombrero —explicó Paula con impaciencia—.

Mucho corregir a las monjas, y ni siquiera sabes algo tan elemental.

La mente de Áurea voló al recuerdo de sus paseos diarios por El Retiro. Era verdad que las niñas con que jugaba iban acompañadas por ayas con cofias y *nannies* con pequeños sombreritos ladeados sobre sus cabezas. En cambio, la señora Patro, la portera, llevaba la cabeza cubierta por un pañuelo y, aun así, solía guardarle un poco de aquella crema tan rica que hacía y la llamaba «mi niña». Podía ser sencilla y campechana, pero no ordinaria. Áurea no quiso dar su brazo a torcer.

—No se trata de saber, es que eso que dices me parece absurdo.

—Porque no sabes nada.

—Ni tú tampoco.

—Y tú eres una necia. Y, además, ¿para qué quieres acercarte al río? ¿Vas a ahogarte tú también, como tu padre?

Aquellas palabras golpearon a Áurea con una fuerza casi física, dejándola

tan paralizada que no pudo decir nada cuando Paula y Sole se agarraron del brazo y retomaron el paseo por la acera. Pero cuando al fin reaccionó, la furia había ganado la partida a la lástima por sí misma.

Se acercó a grandes pasos a ellas. Caminaban con la vista al frente, ignorándola. Áurea se colocó a la par, buscando las palabras que aplacaran la rabia amotinada en su garganta. Paula había sido cruel, o estúpida. O ambas cosas a la vez.

—Eso que has dicho ha sido perverso. Discúlpate.

—Y si no quiere, ¿qué? —replicó Sole con altanería, girándose hacia ella—. ¿Es que no sabes aguantar una broma? Nadie te quiere aquí, así que si no te gusta, te puedes ir.

«Te puedes ir.» La mirada enrabiada de Áurea pasó de la joven a Paula. Y aguardó. Aguardó porque eran familia, porque se había hecho un propósito, porque sus palabras habían sido tan desalmadas que cualquier persona con un mínimo de humanidad se arrepentiría de ellas. Cuando fue evidente que no iba a recibir ni una disculpa, ni una palabra de apoyo, se dio la vuelta con decisión.

«¿Me puedo ir?»

No se lo pensó dos veces.

Ignacio estaba en la esquina del Ayuntamiento cuando vio a la recién llegada a casa de sus tíos cruzar la plaza hecha una furia. No pudo evitar sonreír al imaginar el horror de su tía Luisa ante aquellas zancadas tan poco femeninas.

La noche de la cena en casa de sus tíos había disfrutado de la disparatada situación. Por supuesto, estaba de acuerdo con su padre en que ellos no pintaban nada en aquella recepción. Pero en varias ocasiones había escuchado a su madre hablando de «esa muchacha» como si fuera la hija del diablo, y había sentido una gran curiosidad por conocerla. Luego, al verla por primera vez en el umbral del salón, tan seria y tan grave, con sus cabellos negros y sus ojos profundos y su vestido de luto, y observar su transformación en una combativa y espléndida Minerva cuando su tío había tumbado sus deseos de estudiar en la universidad, se había ganado su simpatía. Y dado que eso era algo que en raras ocasiones sucedía, Ignacio decidió posponer el encuentro con sus amigos para averiguar adónde iba con tanta prisa.

No tuvo que correr demasiado, pues la joven se detuvo en el centro de la plaza, desorientada por el desorden de los coches de punto, los *landeau* aparcados en espera de visitantes a la Cartuja o Las Huelgas, y los pasajeros del correo a Salas, que con los equipajes sobre el suelo esperaban la salida de aquel

autobús, cuyo portón trasero desprendía un inquietante humo gris.

Pero su indecisión fue breve. Antes de que Ignacio la alcanzara, ya se había puesto en marcha hacia la calle San Bartolomé. Su intención coincidió con el anuncio del chófer de que el autobús no partiría y las airadas protestas de los pasajeros. Para evitarlos, la joven trató de pasar por encima de unas jaulas de madera con gallinas, pero el movimiento de una mujer la desequilibró, justo cuando el vehículo procedente de Pradoluengo maniobraba para ocupar su espacio.

El tirón de Ignacio evitó que el autobús la atropellara.

—Si no tienes más cuidado, acabarás conociendo el hospital antes que los bailes del Casino.

La joven se volvió con el sobresalto reflejado en el rostro. Transcurrió un largo instante sin demostrar reconocimiento, lo que hizo que Ignacio sonriera divertido.

—Primo de tu prima. Nos conocimos en la cena de tu llegada. ¿Recuerdas?

—Claro que sí. Ya lo sé, es que... estaba un poco distraída, y...

—¿Perdida?

—No. —Agitó la cabeza con decisión—. No me he perdido. Quería llegar a casa. Es que no esperaba todo este barullo.

—Vaya. Veo que te burlas de un pobre provinciano. ¿Acaso pretendes que crea que un poco de jaleo pueblerino va a intimidar a una muchacha de Madrid?

Áurea vaciló. Aquel era el muchacho que en la cena había sonreído al escucharla hablar de sus estudios, pero la expresión de sus ojos la había desconcertado, pues no había llegado a descifrar si la comprendía o se reía de ella. Tampoco ahora estaba segura de cuál era su ánimo.

—No... Es decir, no me burlo.

Su desconcierto hizo que el joven sonriera.

—Era una broma.

Áurea apretó los labios, suspicaz.

—Ya lo sé.

—Dado que soy el primo de tu prima, es decir, casi tu medio primo, creo que debo preguntar qué hace una niña como tú sola por la calle. ¿Acaso te has perdido?

—No me he perdido. Y no soy una niña —protestó, molesta.

—Oh, sí, ya lo creo que lo eres —aseguró él, divertido—. Una niña que algún día será la primera universitaria que haya conocido, pero una niña aún. Y las niñas deberían estar paseando con su familia, en vez de atropellando autobuses mientras buscan el camino a casa.

—Ya te he dicho que no me he perdido. ¿Es que no te cansas de hablar

siempre en broma?

—La vida es muy absurda como para tomársela en serio. Y tú, ¿no te cansas de estar siempre a la defensiva?

—Yo no estoy a la defensiva.

—¿No? Mírate. —Señaló los brazos que Áurea había cruzado sobre el pecho, y ella los descruzó al instante, provocando la risa del joven—. ¡Qué carácter tienes! Desde luego, no te pareces nada a Paula. Y antes de que protestes, eso era un cumplido. Ahora en serio, ¿dónde está mi tía?

Era difícil mantener las distancias ante el vivaz descaro del joven. Áurea cedió a regañadientes.

—Visitando a una amiga.

—¿Y Paula?

—Por ahí, con otra amiga.

—Y tú te has sentido sola y te has ido a casa. O te has enfadado con ellas, o ellas contigo. ¿Ando desencaminado? —Áurea guardó silencio, y el muchacho hizo una mueca de resignación—. Mira, Áurea-Aurelia o como te llames, por alguna razón que es un absoluto misterio incluso para mí, resulta que no deseo que te metas en problemas con mis tíos, y como estoy seguro de que andar sola por la calle va a ser un problema, quiero ayudarte. Pero la verdad es que mis amigos me están esperando, y el tiempo que tengo para entenderte se me acaba. ¿Están en el Espolón? Si es así, te acompañaré a su lado.

Áurea se resistió cuando él la tomó del codo para indicar el camino.

—No quiero ir al Espolón.

El joven miró al cielo, rogando paciencia.

—Si llego a saber que eras tan infantil como mi prima y sus amigas, no me habría molestado en acercarme. Las tonterías de niñas me aburren soberanamente. Si me he desviado de mi camino para ayudarte es porque el día de la cena me pareciste diferente, pero si vas a ser igual...

—¿Es que no me has escuchado? —lo cortó Áurea, molesta—. No quiero reunirme con mi prima y esa... esa... ¡esa boba de la Goñi! —estalló al fin.

Ignacio entornó los ojos al mirarla.

—¿Todo esto es por Sole? ¿Porque ha dicho algo que te ha molestado? Viéndote plantar cara a mi tío en la cena, no imaginaba que las tonterías de Sole pudieran hacerte salir corriendo.

—No ha sido ella, y no he salido corriendo —negó con tozudez, sabiendo que eso era exactamente lo que había hecho—. Y, además, te agradezco tu ayuda, pero no es cosa tuya.

—Eso es cierto. De hecho, si me conocieras comprenderías lo anormal que es que yo esté aquí preocupándome por alguien que no soy yo, y me

acompañarías al paseo para poner fin a este absurdo. Pero como no me conoces...

Áurea lo miró con suspicacia, sin acabar de discernir cuándo hablaba en serio y cuándo en broma. Pero tras su mirada formal asomaba un brillo travieso, y aunque quería seguir enfadada, no pudo evitarlo: contra su voluntad, sonrió. A pesar de su irritación, del resentimiento, de aquella dolorosa sensación de soledad que aleteaba en sus venas desde su llegada a la ciudad, sonrió. Y fue como si el aire se hubiera vuelto más puro, menos asfixiante.

—Eso está mejor —afirmó él, ofreciéndole el brazo—. Vamos a la plaza. Conmigo delante, Sole no se atreverá a molestarte. Y si está mi tía, déjame hablar a mí. Las excusas son mi especialidad; pero tú, con ese aspecto que tienes de no saber decir una mentira, te ganarías un castigo seguro.

En su vuelta hacia el paseo, las palabras del joven mantuvieron a Áurea en silencio. Paula estaba donde la había dejado, y su tía Luisa se hallaba con ella; afortunadamente, no había ni rastro de Soledad y su madre. Como le había dicho, Ignacio ofreció a su tía una explicación sobre unos sellos que Áurea quería comprar y un pésimo sentido de la orientación que la había llevado en la dirección errónea, donde él la había encontrado, muy asustada por no saber volver.

Ignacio aguantó sin pestañear la mirada de reproche que esa última invención arrancó de la joven, y tras intercambiar unas palabras de cortesía con su tía, se despidió de ellas.

A pesar de la explicación, Luisa se enfadó con Áurea. Que creyera que podía irse sola de compras, sin hacerse acompañar por una criada, decía mucho de la deficiente educación que había recibido. Pero como la joven apenas habló, respondiendo solo con monosílabos a las preguntas de su tía, Luisa tuvo que dar el tema por zanjado. No sabía cuánta gente la habría visto andar sola por la ciudad, pero regresarían a casa antes de que la muchacha diera más que hablar.

## 4

La aventura del Espolón dejó en el ánimo de Áurea una muesca de amargura. No tanto por la crueldad de la supuesta broma de Paula, sino por el hecho de que, desde esta, su prima parecía rehuirla cuando se encontraban por la casa. A menudo, Áurea se decía que ese comportamiento se debía a que la propia Paula estaba avergonzada por su frase; pero sus disculpas, si es que estaba dispuesta a emitir las, no acababan de llegar.

Sin embargo, su poco ánimo no le impidió sentarse a la mesa de su cuarto y cumplir el compromiso que había adquirido con doña Engracia. Por supuesto, en sus cartas nunca le decía la verdad de su situación, ¿de qué serviría? Su aya sufriría al saberla inadaptada, así que solo le contaba que iba al mejor colegio femenino de Burgos, que tenía su propia habitación en la casa de sus tíos, que su familia ocupaba un lugar preferente entre la buena sociedad de aquella ciudad y que, a pesar de cuánto la añoraba, estaba bien.

Áurea tomó la carpeta donde guardaba su papel de cartas y la puso a su derecha. Luego sacó la caja de madera en que protegía la estilográfica rescatada del naufragio, y la abrió. Después de haber pasado días en el océano, la ebonita negra y el oro se habían vuelto opacos. La acarició, y la inevitable arcada que cada día estaba a punto de hacerla vomitar compareció puntual. Y como todos los días, Áurea la aguantó y se sobrepuso, luchando contra la imagen de su padre flotando sin vida entre los restos del naufragio. Luego, se permitió sentir la rabia que hacía temblar su cuerpo, las ideas que estallaban disparatadas en su cabeza. Conocía perfectamente cada uno de los estadios de aquel pequeño tormento por el que se obligaba a pasar a diario, y los aceptó con la misma entereza con que había aceptado su orfandad. En unos minutos pasarían, en cuanto ella volviera a colocar la bella e inservible pluma en su caja y tomara el vulgar lapicero que le permitía perderse en mundos que solo existían en su cabeza. Escribir la hacía sentir cerca de su padre. «Como la Pardo Bazán, Engracia, ya verás», solía decir el profesor, satisfecho, cuando ella terminaba algún relato, provocando la indignación del aya. «Virgen santa, dónde se habrá visto, una cuentista, y que su padre lo aplauda...»

Algún día, con su primer sueldo como catedrática de instituto, o con las ventas de su primer libro de relatos, llevaría la pluma de su padre al mejor taller que pudiera encontrar en el país para que la dejaran como nueva. Mientras tanto,

se conformaría con llevarla consigo a diario, como otros acudían a la iglesia para rezar por sus familiares.

Con todo preparado, se dispuso a comenzar. Pero cuando abrió la carpeta y la encontró vacía, el desánimo fue superior a sus fuerzas. Ahora tendría que salir de su habitación para buscar a su prima y pedírselo, porque en aquella crisis de subsistencias de la que hablaban a diario los periódicos, el papel era uno de los artículos que subían de precio de manera imparable, convirtiéndose casi en un lujo. No era algo que pudieran darle los criados.

Los días que no había colegio, era habitual que, después del almuerzo, todos se retiraran un rato a sus habitaciones para descansar. Ante la puerta cerrada del cuarto de su prima, Áurea dudó. Ella nunca dormía por las tardes, pero Paula sí; y si la despertaba, no se mostraría muy predispuesta a compartir nada con ella.

Estaba a punto de irse cuando escuchó un ruido breve y áspero al final del corredor, en el cuarto de juegos de su prima. Aquello la animó; si había ruido allí, quería decir que Paula no estaba dormida.

—¿Sí?

—Soy yo, Áurea. ¿Puedo entrar?

Pasó un rato hasta que su prima contestó:

—Entra.

Áurea conocía aquel cuarto, pues allí había pasado su primera noche en la casa, en un somier arrimado a la pared y ya retirado. Pero no lo conocía así.

—¡No me digas que pintas! —exclamó asombrada, al ver el armazón de madera colocado junto a la ventana abierta, la larga bata gris de su prima y los manguitos sobre sus antebrazos.

—Sí. Qué pasa, ¿te importa?

—Claro que no. ¿Puedo verlo?

Se acercó a ella. Paula dejó la paleta en el alféizar del mirador, repleto de pinceles, cuencos de agua y paños de algodón.

—¿Qué es? Me suena, pero no estoy segura...

—Si te refieres a la iglesia, Santa Gadea. Si te refieres a la técnica, acuarela.

—Ya sé que es una acuarela. Que sea incapaz de juntar cuatro rayas no quiere decir que sea tan ignorante. Y tampoco que no sepa apreciar la belleza de una pintura. Es una imagen magnífica, Paula.

Lo dijo con absoluta sinceridad, asombrada, incluso algo conmovida. Faltaban varias capas para que la imagen estuviera acabada, pero la delicadeza de las formas insinuadas, la reserva del blanco que representaría la nieve caída ante el portal, le resultaron de una destreza magistral.

Paula se encogió de hombros, sin replicar. Pero retomó la paleta y el pincel,

y no pidió a Áurea que se fuera para continuar su labor.

Con cierta cautela, pues no sabía qué podría espolear de nuevo el desagrado de su prima, Áurea se acercó a la pequeña butaca en que había depositado su ropa la primera noche, desatando la furiosa advertencia de Paula —«no toques mis cosas»—. Cuando la giró, su prima se limitó a ignorarla y continuar con las suaves pinceladas que representarían las losas grises del pórtico de la iglesia.

Pasaron así muchos minutos, en un silencio solo roto por el susurro del pincel sobre el lienzo, y el rumor del agua en que Paula lo limpiaba. Áurea se encontró imaginando la historia de una princesa cambiada en su cuna por la hija de una hechicera, cuyo único compañero de juegos era un búho procedente del Bosque del Arcoíris Oscuro. Una princesa callada y reflexiva que poseía el don de ver en colores lo que el corazón de la gente albergaba, y ninguna sonrisa la engañaba si descubría un humo gris tras los ojos de las personas.

Estaba sopesando los posibles nombres de su protagonista cuando la voz de su prima la sacó de su fantasía.

—Por hoy ya está bien. ¿Querías algo?

Áurea no contestó de inmediato. Cuando fijó su atención en el lienzo, la imagen que reproducía era de tal realismo que olvidó por completo su pretensión.

—¿Dónde has aprendido a pintar así?

—En el colegio nos han enseñado un poco. Y me gusta pintar. No tiene más mérito.

—¿Que no? Pues yo creo que lo haces muy bien. ¿Nunca has ido a clases de pintura?

Paula negó con la cabeza, cruzando los brazos.

—¿Y no te gustaría hacerlo, cuando acabes el colegio?

La mirada de su prima encontró la suya en un silencio que, repentinamente, se tornó incómodo. Paula le dio la espalda con brusquedad para acercarse al alféizar.

—¿Qué querías? —repitió, recogiendo con demasiada vehemencia sus artículos de pintura, haciendo que parte del agua se derramara sobre el suelo.

Reteniendo un suspiro de resignación, pues los cambios de humor de su prima le resultaban confusos, Áurea tomó un trapo y se agachó junto a ella para secar el suelo.

—Necesito papel de escribir. He pensado que tú podrías decirme dónde encontrarlo.

—¿Para qué lo quieres?

Ambas se miraron. Por un instante, Áurea pensó en contarle la historia que había nacido en su cabeza. Al fin y al cabo, alguien que pintaba con la

sensibilidad de Paula debería ser capaz de apreciar su fantasía. Pero como le sucedía a su heroína, comprendió que la nube opaca que velaba los ojos de su prima indicaba que aún no era el momento.

—Tengo que escribir a doña Engracia. Se lo prometí.

Tuvo que esperar hasta que del cuarto de juegos de su prima desapareció todo rastro de la actividad que había ocupado su sobremesa. Luego la condujo al despacho de su tío y le señaló el cajón superior del escritorio.

—Ahí tienes todo el papel que necesites.

Pero Áurea no había esperado que el papel de cartas estuviera en una dependencia privada de su tío, y en un mueble tan privado como su propio escritorio. Su reticencia provocó en su prima una mueca burlona. Fue ella quien se adentró en el despacho y abrió el cajón sin miramientos.

—Mi padre tiene otro escritorio en su antecámara, y se lleva sus cosas allí, así que no creas que aquí encontrarás nada importante. Puedes abrir este cajón siempre que quieras, pero si no te atreves, me lo pides y lo hago yo. Jesús, tan valiente para algunas cosas, y para otras...

Áurea no se ofendió por la burla. De alguna manera, comprendió que la frase inconclusa de Paula revelaba más alivio que censura, como si aquel supuesto defecto la hiciera más soportable. Tuvo que trotar tras ella por el corredor, de vuelta a sus habitaciones, pues su prima había enfilado el camino de su cuarto con determinación.

—¿Querías algo más? —inquirió Paula cuando alcanzó su puerta—. Porque, si no, creo recordar que tu habitación está ahora en el piso de arriba, con los criados.

—Sí. Bueno... —Áurea miró el papel con el escudo de los Nebreda, y luego de nuevo a su prima. Paula había vuelto a cruzar los brazos, y supo que los avances en la relación con ella habían tocado techo por el momento—. Gracias por el papel. —Reculó un paso mientras su prima abría la puerta de su habitación—. De verdad que creo que tienes mucho talento, Paula. Esa acuarela es preciosa.

Parapetada tras la puerta entreabierta, Paula apretó los labios.

—Gracias. Pero no es cierto. Solo es un dibujo normal y corriente.

Áurea no supo qué replicar mientras la puerta se cerraba. Sus palabras sobre el talento de Paula las había dicho con absoluta sinceridad. Ya se había vuelto y comenzado a andar hacia las escaleras cuando la puerta se abrió de nuevo.

—Lo que te dije el otro día... —escuchó a sus espaldas—. Lo del río. Estuvo mal. No debí hacerlo. Lo siento.

La oscuridad la rodeó de nuevo antes de poder reaccionar. Se quedó unos instantes allí, por si aquella prima tan imprevisible decidía añadir algo. Como no

fue así, se marchó.

Como excusa no había sido muy lucida, arrojada a sus espaldas en un pasillo en penumbra donde sus ojos no iban a encontrarse. Sin embargo, tal como habían transcurrido los días desde su llegada, era más que suficiente. Y cuando dispuso el papel de cartas sobre la mesa de su habitación, ya había decidido que el nombre de la protagonista de su siguiente cuento sería Paulina. Y tal vez, más adelante, cuando la nube tras los ojos de su prima siguiera aclarándose hasta resultar blanca, o verde agua, o azul celeste, tal vez entonces incluso le dejara leer el cuento.

—¿Que Joaquín se ha marchado otra vez a Salas? ¿En un momento como este?

Luisa elevó la mantilla sobre sus cabellos y traspasó con decisión la puerta de Santa María.

—Tenía que marcharse. El administrador le envió un aviso, y sabes que Joaquín es extremadamente celoso de su deber.

—Ya. Pues muy graves deben de ser los problemas que lo reclaman en Salas, para irse justo ahora.

Conteniendo su exasperación ante el nulo tacto de su cuñada, Luisa mojó sus dedos en la pila de agua bendita, hizo la señal de la cruz y comenzó a andar por el pasillo lateral de la catedral. A Justina no le quedó más remedio que seguirla en su marcha hacia la capilla de Santa Tecla. Hasta que ambas estuvieron arrodilladas y con el rosario entre las manos, Luisa no retomó la conversación.

—Este momento no tiene nada de especial, Justina. Las elecciones han pasado y no habrá más riñas por ese motivo. Si en algún sitio es necesario Joaquín es en el pueblo, con los sindicalistas queriendo engatusar a los arrendatarios.

—No me refería a la política.

—Pues no sé a qué te referías.

Justina no ocultó su impaciencia.

—Quiero decir que dejarte a ti a cargo de esa joven y marcharse como si no pasara nada... Será tu marido, pero perdóname que sea franca, ha demostrado una total falta de delicadeza.

Con una costumbre de años, Luisa dominó su irritación. Por mucho que ella estuviera tentada de pensar lo mismo, la impertinencia de su cuñada no le dejaba más salida que excusarlo.

—Sabes que esa joven es su sobrina, y no había nadie que pudiera ocuparse de ella. El deber familiar nos obligaba a acogerla.

—Luisa, que estás hablando conmigo... De todas formas, también es mala suerte que se parezca tanto a su madre. La gente ya había olvidado aquello, pero al verla...

—Justina, por favor —cortó Luisa con frialdad—. Prestar oídos a los cotilleos es cosa de tenderas y modistillas. Lo único cierto es que la muchacha está aquí; eso es algo que ya no tiene remedio.

La recriminación ofendió a su cuñada, que enfrentó de nuevo el altar alzando la nariz. Luisa se dedicó a formular sus oraciones sin una pizca de arrepentimiento. Sabía bien que si algo ponía a Justina a la defensiva, era cualquier mención que recordara su modesta procedencia social. Más pragmática que ella —o menos necia, opinaba cuando conseguía sacarla de sus casillas—, Luisa no se engañaba sobre su admisión en los círculos más selectos de la buena sociedad de Burgos. Habían tenido que conjuntarse su matrimonio con Joaquín y la fortuna labrada por su padre al otro lado del Atlántico para que ella pudiera acceder a su privilegiada posición. Algunas personas conocían su humilde procedencia, pero la disculparían mientras el dinero continuara afluyendo a su hogar. Sin embargo, para su hija —y esa era la gran ambición de su vida— las cosas serían diferentes. La mezcla del dinero de los Montero y el abolengo de los Nebreda aseguraría para Paula y sus descendientes la pertenencia a los más altos círculos de la sociedad. Y una vez asegurada esa valoración social, si alguno de esos descendientes se apartaba del camino de la corrección social, sería disculpado con indulgencia, pues hasta en las mejores familias existe un garbanzo negro.

Pero eso sería en otra generación, no en la suya. Para Luisa Montero, el único camino, la única posibilidad, era la corrección más exquisita. Por eso no podía permitir que Áurea Nebreda los alejara ni un milímetro de aquella corrección.

La madera crujió a sus espaldas. Apoyada en su bastón, la viuda del antiguo propietario de la fábrica de velas entró en la capilla. Luisa inclinó la cabeza en su dirección, y continuó moviendo los labios en silencio, ajena al ceño malhumorado de su cuñada.

Además de por su propia percepción de desventaja social, Justina odiaba aquel tipo de insinuaciones porque le hacían pensar en la desigualdad que separaba a su hijo Ignacio de su medio hermano. Su cuñada se resentía profundamente de las atenciones que la familia Sola dispensaba a Gabriel. Cualquier invitación, atención o regalo que su abuelo concedía al joven la mantenía enojada durante días. Y para rematarlo, el asunto de la herencia había

sido un mazazo del que aún no se había repuesto.

—Déjalo ya —solía insistirle Luisa—. Si continúas murmurando sobre ese tema, solo conseguirás que Ignacio acabe resentido contra Alonso, y no digamos ya contra su hermano.

—Su medio hermano —replicaba ella, desdeñosa—. ¿Y es que acaso no es un asunto para resentirse? Si no tengo cuidado, Gabriel acabará por quedarse con todo. ¡Pero si incluso ha retrasado su vuelta a Madrid para acompañar a Alonso en la consulta!

—Tengo entendido que Alonso quiere que ponga en práctica sus estudios universitarios.

—Por favor, si solo está cursando el preparatorio... ¿A santo de qué se va a quedar aquí dos semanas más, si ya han acabado las vacaciones del trimestre? Pero Ignacio también va a estudiar medicina. Entonces tendrá que aceptar que tiene igual o más derechos que él a la consulta.

Costaba creer que Ignacio, cuyo rendimiento académico estaba siempre lastrado por su propensión a las gamberradas, fuera a estudiar medicina con algún provecho. Pero su madre así lo afirmaba, y Luisa se guardaba su escepticismo. Las once campanadas que resonaron en el interior de la catedral la sacaron de sus razonamientos. Era hora de reunirse con su grupo de Damas de la Caridad. Se puso en pie, y casi había olvidado su anterior desencuentro con Justina cuando, al salir de la capilla, su cuñada preguntó en una voz tan baja como cargada de intención:

—¿Sabe algo de su madre?

A punto de santiguarse, Luisa detuvo el gesto en el aire. Por un momento, creyó que Justina hablaba de la fallecida madre de Gabriel. Cuando comprendió que su cuñada seguía insistiendo en el tema de Áurea, se volvió hacia ella sin disimular ya su fastidio.

—Lo que sabe es que murió cuando ella era muy pequeña.

Una chispa de burla brilló en los ojos de Justina. Tras hacer la señal de la cruz, se volvió hacia la entrada de la catedral, dejando que la pregunta sobrevolara el eco de sus pisadas.

—¿Y no has pensado sacarla en algún momento de su error?

Con el paso de los días, Áurea fue haciéndose a las nuevas rutinas y costumbres de su vida, a las interminables tardes de costura en el colegio, a las veladas en casa de su familia durante las cuales apenas charlaban, entregadas de nuevo a la aguja. Había algo letárgico en esa vida, pero no le importaba

aletargarse. Aletargarse implicaba no pensar. No sufrir.

También la hostilidad de Paula había ido remitiendo semana a semana, aunque aún quedara un rastro de desconfianza que impedía a Áurea tratarla con naturalidad. En cuanto al resto de la familia, las ausencias de su tío Joaquín eran cada vez más frecuentes, y Áurea había advertido que el humor de su tía era más sombrío a medida que la ausencia se alargaba. «¿Qué retiene tanto tiempo al tío en el pueblo?», se le ocurrió preguntar una noche en que la encontró especialmente absorta. La cortante respuesta —«Los negocios, por supuesto»— no consiguió ocultar a tiempo un destello de dolor, y la conciencia de haber tocado alguna llaga invisible le quitó las ganas de volver a preguntar.

Tal vez si el colegio hubiera sido más acorde a sus inquietudes, Áurea se habría amoldado mejor a aquella existencia. Y no es que no lo intentara: aunque siguiera aburriéndose soberanamente en clase, se obligaba a callar cuando sor Antonia situaba mal en el mapa una ciudad, o explicaba en un pasaje histórico que la Virgen o algún santo se habían aparecido para lograr la rendición de unas murallas. Pero a pesar de sus esfuerzos, sus tropiezos en las Damas Negras fueron continuos.

Primero fue lo sucedido en la Jornada Misional destinada a desarrollar la virtud de la caridad en las alumnas. Todas tenían que donar alguna prenda de vestir que ya no utilizaran. Áurea escogió una de sus blusas favoritas, ligera y adecuada para las remotas regiones de África, donde suponía que vivían los misioneros. Pero cuando se colocó junto a las demás alumnas en el porche acristalado y vio las prendas de lana que llevaban Paula y su grupo de amigas, y una fila de alumnas de caridad cruzó la puerta del fondo del jardín, supo que algo no funcionaba.

Era la primera vez que Áurea veía a aquellas alumnas. Desde la ventana de su aula se distinguía el edificio donde estudiaban, pero no sabía nada más de ellas. Sus patios de recreo eran diferentes, como también las puertas de acceso, los horarios, el uniforme y la enseñanza que recibían. Nada de lecciones de música, francés o delicados bordados para ellas, solo zurcidos de puntadas cruzadas y remiendos con punto de bastilla, un poco de sumas y restas, y mucho de doctrina cristiana y catecismo, como si su riesgo de pérdida espiritual fuera mayor que en las demás.

Áurea se volvió hacia su prima al descubrir que eran aquellas jóvenes las destinatarias de su caridad.

—Paula. La ropa que hemos traído ¿es para las alumnas externas?

—Sí. ¿Por qué?

—Y esa falda, ¿es tuya?

Con una sonrisa burlona, Soledad Goñi se colocó junto a ella.

—¿Sucede algo?

Y de repente, ella comprendió.

—No son vuestras cosas —afirmó asombrada, pasando la mirada de la blusa azul a los gastados objetos de Paula y sus amigas—. No es ropa vuestra.

—¿Ropa nuestra? —Soledad levantó las cejas—. Pues claro que no. Qué espanto, solo de pensarlo... ¿Te imaginas ver a diario nuestras cosas en una pobre? Traemos ropas viejas de la cocinera o las criadas. Luego nuestras madres les dan dinero para algo nuevo, y todos contentos.

La sorpresa de Áurea se trocó con rapidez en enfado. ¿Y esa era la caridad que querían enseñarle? Cuando fue su turno para entregar la ropa, rompió la fila para acercarse a sor Prudencia.

—No voy a participar. No me parece honesto.

Sus palabras escandalizaron a las monjas. «¡Honesto!» «¡Cómo se le ocurre!» «¡Qué soberbia!» «¡Qué egoísmo!» «¡Qué maldad!» Aquel día no pudo acudir al comedor y pasó la tarde castigada, copiando en su cartilla una y otra vez las obras de misericordia materiales y espirituales que todo cristiano debía practicar.

Luego fue lo sucedido en la clase de arte. Unos días antes, Áurea había sembrado la curiosidad entre sus compañeras al explicar que muchos de los cuadros que veían en las ilustraciones del libro no eran realmente así.

—En realidad, *Las Tres Gracias* están desnudas.

—¿Desnudas? ¿Totalmente?

—Por completo.

—¿Y tú cómo lo sabes? —Desde el otro lado del pasillo, la voz escéptica de Sole se había impuesto a las exclamaciones de las jóvenes.

Áurea sostuvo su mirada con firmeza.

—Porque he visto el cuadro.

Lo había visto en el taller de restauración del Museo del Prado, en una magnífica jornada que su padre y ella habían disfrutado guiados por un amigo miembro de la Academia de Bellas Artes de San Fernando. Pero no era necesario haberlo visto alguna vez para deducir que el cuadro no era así originariamente, pues la forma en que se habían retocado las ilustraciones con lo que pretendía representar una capa o túnica era tosca y burda.

Unos días después, al volver del recreo, Áurea se encontró un corrillo de compañeras cuchicheando junto a su mesa. Cuando se acercó, la muchacha bajita que solía sentarse junto a ella dijo, entre escandalizada y admirada:

—Tenías razón, Áurea. ¡Están desnudas!

Áurea bajó la mirada hacia la postal de *Las Tres Gracias* que emergía de las manos de Soledad Goñi. Pero antes de que pudiera decir nada, el deleite de la

clase se transformó en espanto cuando la muchacha que había quedado vigilando la puerta no avisó a tiempo de la llegada de sor Prudencia. Para cuando quisieron darse cuenta, la monja avanzaba entre las mesas mientras el corro de muchachas se dispersaba en todas direcciones. Áurea ni siquiera advirtió que la postal había quedado sobre su mesa hasta que la monja se la señaló.

—¿Qué es eso, señorita Nebreda?

La sangre abandonó el rostro de Áurea. Supo que tratar de defenderse sería inútil, y prefirió el camino de la digna derrota.

—Una reproducción de *Las Tres Gracias* de Rubens —explicó—. Tal cual es.

—¿Tal cual es?

Sor Prudencia tomó la postal, la acercó a la nariz, y enrojeció de furia. Lo siguiente que Áurea supo fue que la había arrastrado sin miramientos hasta la tarima, con la mano derecha tendida hacia delante, y el feroz impacto de la regla de madera le arrancaba un grito de dolor y lágrimas de humillación que se tragó con rabia, pues a nadie iba a dar la satisfacción de escucharle pedir clemencia.

Aquella noche, cuando en la cena su tía vio que no utilizaba la mano derecha, Áurea no quiso explicar nada. Pero la intervención de Paula desbarató sus intenciones.

—Ella no tuvo la culpa.

Áurea no encontró la manera de decirle que callara. La postal no era suya, pero escudarse en ello era equivalente a admitir que contemplar aquel cuadro merecía el castigo recibido. Cuando Paula finalizó la explicación, su tío se mostró sorprendido. Qué cosas tenían a veces las monjas. Seguramente, un cuadro que estaba en el Museo del Prado no podía ser tan indecente. Además, si la postal la había llevado Soledad Goñi...

—Pero ¿por qué no dijo nada? —Molesta, su tía se dirigió a ella—. Áurea, ¿por qué no dijiste que no te pertenecía? Tenías que haber dicho que no era tuya. Ahora todo el mundo pensará que sí fue tu culpa. ¿No lo comprendes?

Áurea miró en silencio a su prima, y luego su palma inflamada. Cómo no. No importaba la injusticia del castigo, solo los cuchicheos burlones que su tía imaginaba en las casas de sus compañeras. «Sí, la muchacha nueva, la hija de la Garay. Qué escándalo. Una descarada... Y Luisa Montero, ¿acogiéndola en su casa? Aunque tal vez no haya tenido más remedio.»

Qué dirán. Qué pensarán. Áurea giró la mano, dejando que el enrojecimiento y la injusticia desaparecieran de su vista. Ella no había hecho nada malo. No tenía por qué justificarse.

En mayo, Áurea fue expulsada de las Damas Negras.

Ese mismo día, Alonso Montero cedió a las insistentes peticiones de su esposa para que Ignacio lo acompañara en una de sus visitas médicas.

—Verás cómo aprovecha la oportunidad, Alonso.

Él calló, resignado. Hasta ese momento, siempre se había negado a hacer caso a Justina en aquel asunto. Ni la preparación ni la vocación de sus hijos eran iguales. Pero aquel día no tenía fuerzas para resistirse. La última expulsión temporal de Ignacio del colegio había colmado su paciencia. Esta vez, al fin, se había puesto en contacto con los jesuitas de Orduña; y esa misma mañana le habían confirmado la admisión de su hijo para el curso siguiente. Alonso sabía que hacía lo correcto para tratar de enderezar el carácter de Ignacio, pero también que aquella noticia pondría fin, durante un tiempo, a la paz de su hogar. Tal vez por eso acababa de aceptar la machacona petición de Justina. «Mala cosa es la culpabilidad», se dijo cuando tomó su maletín y salió de la casa, seguido por los dos hermanos. Y peor cuando no se tenían motivos para sentirla.

La visita al capellán era tan sencilla como su diagnóstico. Una dispepsia de libro, que tan solo requería una dieta más estricta de la que el hombre estaba dispuesto a seguir. Pero dada su escasa voluntad, Alonso había acabado por recetarle unas gotas, cuyo consumo podría haber evitado con un poco de moderación.

Acababa de sacar el estetoscopio del maletín cuando una llamada a la puerta los interrumpió. La hermana enfermera reclamaba al doctor Montero porque una de las alumnas se había herido en el rostro. La interrupción no agradó al capellán, que comenzó a quejarse de aquella intrusión por una herida de nada.

—De nada no —replicó la monja, ofendida—. Yo no los habría interrumpido por nada.

De sus explicaciones, Alonso Montero dedujo que la herida no era grave, pero requeriría que la cosiera. Sin embargo, aquello no aplacó al capellán, que consideraba el dolor en su costado de mayor importancia que un mísero corte.

—Puedo hacerlo yo, padre, si lo considera oportuno.

El ofrecimiento de Gabriel decidió el asunto. El orgullo de Alonso ante la solución se vio empañado por la punzada de decepción que sintió al mirar a

Ignacio. Desde que habían llegado, se había mantenido silencioso y a cierta distancia, como si la idea de ser médico le generara más desagrado que otra cosa. Siendo sincero, Alonso dudaba de que Ignacio quisiera realmente estudiar medicina. Por supuesto, a él le encantaría que sus hijos siguieran sus pasos. Si Ignacio lo hiciera, si estudiara medicina como Gabriel, Alonso les cedería gustosamente la consulta en cuanto pudieran hacerse cargo de esta.

La clave del asunto era que Ignacio deseara dedicarse a la medicina tanto como lo deseaba Gabriel. Y aunque Justina insistía a diario en que así era, Alonso no estaba convencido.

—Ignacio.

Su llamado encontró al joven asomado a la ventana.

—Dígame, padre.

—Ve con tu hermano, y ayúdale.

La orden extrañó a Ignacio, pero tras un segundo de duda obedeció. Alonso aguardó unos instantes tras su marcha, esperando que aquel fuera el camino correcto. Si Ignacio realmente pensaba estudiar medicina, cuanto antes pusiera a prueba su vocación mejor para todos.

La sorpresa de Áurea al ver aparecer en el aula a los primos de Paula fue tal que, por un instante, olvidó el dolor sobre su ceja. Dos jóvenes en el aula, por mucho que fueran los hijos del médico y estuvieran acompañados por la hermana enfermera, era algo extraordinario. Y, en opinión de sor Prudencia, muy impropio; si no los echó de allí al momento fue porque el horror de la clase, llena de alumnas pálidas y mareadas, la mantenía indecisa.

Cuando Gabriel Montero preguntó qué había sucedido, sor Prudencia le contó indignada que la joven se había revuelto en el último momento ante su merecido castigo y, en el forcejeo, la regla de madera había golpeado su rostro. Al sentir la mirada de los jóvenes, Áurea apretó los dientes y elevó la barbilla con orgullo. Otra vez, nadie tendría en cuenta lo injusto del castigo: solo importaría que se había negado a aceptarlo con sumisión.

Eso fue lo que creyó leer en los ojos de Gabriel Montero cuando este se acercó a examinar su herida. Bajo su escrutinio se mantuvo firme por puro coraje, ignorando el dolor, la palpitación de la carne abierta sobre su ceja, el mareo que le impedía moverse por temor a acabar en el suelo.

—Es que sangra mucho, Gabriel, no está bien —intervino Paula con un hilo de voz cuando el joven pidió a Áurea que saliera al pasillo sin que ella se moviera.

No iba a ceder. No iba a moverse. Obligar a sus compañeras a ver la sangre era la forma de reprocharles su cobardía. Sentía tanta rabia, tanta humillación...

No le habían importado las dos horas de pasillo, de pie contra la pared, por citar a Darwin en clase y cuestionar a Adán y Eva como origen real de la humanidad. Su padre le habría exigido que defendiera las explicaciones racionalistas frente al oscurantismo beato. Por eso había aguantado su castigo con orgullo. Pero al cumplirlo y regresar al aula, había tanteado en su pupitre en busca de la pluma dorada que la reconfortaba. No estaba.

Ni siquiera le había importado que sor Prudencia estuviera a punto de regresar. Furiosa, se había puesto en pie, avisando que daba diez segundos para que alguien le dijera dónde estaba. Nadie había respondido, así que había decidido tomarse la justicia por su mano y registrar ella misma los pupitres, comenzando por el de Sole. Sor Prudencia había regresado corriendo al oír los gritos de la joven, y las había encontrado forcejeando. Y a la pregunta de la monja, Sole había contestado sin remordimientos que Áurea pretendía robarle su pluma.

No había habido más preguntas. Sor Prudencia había arrastrado a Áurea hasta el estrado, decidida a escarmentar de una vez por todas la anomalía que constituía en aquel colegio. Y a Áurea no le había quedado más remedio que revolverse para tratar de impedir la injusticia.

—Por favor, sal del aula —volvió a pedir Gabriel Montero, mirándola a los ojos con seriedad.

Pero ella no iba a moverse, no iba a irse hasta que le devolvieran su pluma y sus compañeras le pidieran perdón por no haberse opuesto a la estúpida broma de Sole, y las monjas reconocieran que no había nada de malo en ser como ella era...

Un súbito tirón en su brazo le arrancó un grito.

—¿Es que siempre tienes que meterte en líos? —murmuró Ignacio junto a ella.

No pudo ni replicar. En medio de las exclamaciones de sus compañeras, Ignacio la elevó por los aires, y ella solo pudo aferrarse al cuello del joven.

—Seguro que quieres matarme, pero al cuerno. —Sonrió él, siguiendo a Gabriel y la enfermera—. Estabas sangrando y apuesto que a punto de caerte, así que te estoy haciendo el favor de ahorrarte el ridículo. Y no me agarres tan fuerte del cuello, que no me voy a escapar.

Furiosa, Áurea aflojó los brazos, y giró el rostro hacia delante para no manchar su chaqueta de sangre. Sentía rabia, mucha rabia, y la acción de Ignacio solo había conseguido aumentarla. Cuando Gabriel comenzó a curarla, el dolor y el susurro del hilo al deslizarse en la carne no le dejaron pensar en más; pero

cuando el joven finalizó la tarea, la comprensión de que parte de aquella rabia se dirigía contra su propio padre, por haberla dejado en Madrid e irse sin ella, por no haberse casado con *miss* Claire, por no haber previsto una solución más adecuada para su futuro, la sumió en un llanto desconsolado que alarmó a los presentes hasta el punto de que Ignacio tuvo que ir en busca de su padre.

—Es la tensión de lo sucedido —restó él importancia al llegar a la enfermería—. A ver, ven aquí, niña, que vea cómo ha quedado...

Vencida por su ataque de llanto, Áurea dejó que la examinara. El hombre posó las manos a ambos lados de su cara, haciendo que la inclinara ligeramente hacia la luz. Cuando pareció satisfecho, la soltó.

—Un buen trabajo, Gabriel.

—Gracias, pero no era gran cosa. Solo cinco puntos.

—Pero cinco puntos muy conciencudos. Estoy orgulloso de ti, hijo. Cubre la herida, y ya estará todo.

Cuando Gabriel se acercó de nuevo a ella, con una gasa en la mano, Áurea lo miró con hostilidad. Qué fácil era decir que no había sido gran cosa, cuando la estaban obligando a tragarse el dolor y la dignidad mientras Sole le robaba impunemente lo único que le quedaba de su padre. Su mirada furiosa fue interceptada por Ignacio. Áurea le vio guiñar el ojo, un gesto cómplice, tal vez su manera de disculparse por haberla sacado del aula contra su voluntad. El joven era la única presencia en su vida a quien parecía caerle bien, pero en aquel momento prefirió girar la cabeza e ignorarle.

Sin embargo, cuando se decidió que él la acompañara a casa, mientras Alonso y Gabriel seguían con sus visitas, no pudo desentenderse de su presencia.

—¿Estás bien?

Era la segunda vez en pocos minutos que trataba de entablar conversación con ella, y apenas habían rebasado el Palacio de Justicia. Áurea comprendió que no la dejaría seguir en silencio.

—Sí. Cansada pero bien.

—¿Te duele? ¿Es por eso que no hablas?

—Un poco, sí —mintió—. Pero estoy bien, no te preocupes.

—Desde luego, mi hermano es la sensibilidad personificada. Solo a él se le ocurre decir que no ha sido nada.

Áurea se encogió de hombros, reacia a compartir sus sentimientos.

—Supongo que para alguien acostumbrado a ver problemas mayores, realmente no era nada.

Ignacio emitió un bufido.

—Por favor, si solo está cursando el preparatorio de medicina. Lo más parecido a tu herida a lo que se ha enfrentado hasta ahora fue la disección de una

rana.

Ella no respondió ante una comparación tan chocante, y continuaron su marcha por el paseo del río. Hasta que cruzaron la puerta de Santa María, él no volvió a hablar. La pregunta de por qué la habían castigado nubló el rostro de Áurea.

—Si te sirve de consuelo —sonrió el joven ante su silencio—, te informo de que no vas a encontrar a mucha gente que haya recibido más castigos que yo en el colegio. Mírame, ahora mismo estoy aquí acompañándote porque me han expulsado tres semanas. ¿Quién va a entenderte mejor?

Ella se encogió de hombros.

—No necesito que me entienda nadie. —Lo miró de reajo un instante—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Imagino que las haces hasta cuando no recibes permiso.

Áurea ignoró la broma.

—¿De verdad es tan malo que quiera estudiar en la universidad?

Se detuvieron al paso de un carro repleto de toneles que tuvo que maniobrar para girar y enfilear la calle Huerto del Rey. Los gritos del arriero a las mulas y a los viandantes retrasaron la respuesta. Cuando al fin el carro se alejó, el gesto de Ignacio se había vuelto reflexivo.

—Bueno, más que malo, me resulta absurdo.

—Mi padre creía importante que yo estudiara. Y a mí me gusta aprender —se defendió ella.

—Ya, ya. Pero aprender es una cosa, y asistir al colegio y a la universidad otra diferente. Es curioso, tú no tienes ninguna necesidad de hacerlo, pero quieres ir. Yo, en cambio, sería feliz sin hacer nada, pero como no tengo dinero he de seguir estudiando, elegir una profesión y trabajar hasta que no pueda ni moverme de viejo. La maldición de los pobres segundones.

Áurea lo miró de soslayo. A pesar de que seguía sonriendo, un matiz amargo se había colado en sus palabras finales.

—Nadie es feliz sin hacer nada —replicó.

—¿Quién te ha dicho esa tontería? ¿Acaso conoces a algún rico que trabaje?

—Sí. Claro que trabajan.

—No, no lo hacen. Tener una charla con el administrador de las tierras, reunirse con compañeros de partido a comer o decidir si colocan madera de olmo o roble en un despacho no es trabajar. Trabajar es lo que tendré que hacer yo cuando mi padre se muera dejando todo a Gabriel, y yo me encuentre con una mano delante y otra detrás.

La crudeza de la frase sorprendió a Áurea. Por lo que ella sabía, un padre

no podía dejar todo a un hijo a costa del otro salvo que mediaran motivos graves y tasados por la ley, y aquel no parecía el caso. Sin embargo, decidió callar. El joven había sido amable con ella, pero no sabía nada ni de él ni de su familia. Además, la casa donde residían sus tíos ya estaba a la vista, y su problema ahora sería explicarles lo sucedido.

Cuando Áurea apareció en la casa con un aparatoso vendaje en la frente, Luisa estaba a punto de salir para reunirse con el arquitecto de la nueva casa. Sin embargo, nada más ver a la joven supo que su destino aquella mañana no sería el despacho del arquitecto, sino el de la directora del colegio.

Lo que no esperaba era que las cosas hubieran llegado tan lejos.

—No es solo una cuestión de disciplina o falta de respeto —insistió la monja, después de que Luisa aceptara sin pestañear sus explicaciones sobre la herida de su sobrina—. Su motivación por nuestras enseñanzas es escasa. Ciertamente, resulta difícil interesar en el bordado a una muchacha que sueña con ir a la universidad. No creo que su continuidad sea aconsejable.

—Pero precisamente por eso quiero que siga aquí —repuso ella, conmovida al descubrir que aquella absurda pretensión era *vox populi* en el colegio.

—Lo comprendo, pero no creo que podamos aportarle ya mucho. Verá, sus conocimientos académicos son elevados, muestra una gran competencia lectora y matemática... —La monja se ajustó las lentes para contemplar mejor el papel que sostenía—. Se expresa correctamente en inglés y francés, conoce el lenguaje de las diferentes manifestaciones artísticas... —Hizo una pausa, y dejó el papel sobre la mesa—. En resumen, y como le he dicho antes, salvo las clases de costura y doctrina cristiana, poco le podemos aportar académicamente. Y dado que en breve cumple la edad para dejar el colegio, no vemos razón alguna para que continúe.

El disgusto de Luisa fue tan evidente que la directora añadió, tratando de consolarla:

—¿Sabe?, tenemos algunas alumnas que van a estudiar en la Normal de Maestras el año que viene. No son muchas, claro, pero hoy día las cosas...

—¿Qué alumnas?

—Bueno, está la hija de la viuda Miralles y... déjeme pensar... la sobrina del dueño del estanco, y...

—Comerciantes.

El tono amargo de Luisa no amilanó a la directora.

—Sí. Familias honradas aunque, claro, no pueden equipararse a la suya. Pero el año pasado la hija de Méndez, el boticario, comenzó a cursar bachillerato. Va a estudiar farmacia, por si tiene que hacerse cargo del negocio el día de mañana. Como el hombre no tiene hijos...

«Y ella es más fea que Picio, así que el padre no tiene esperanzas de casarla», pensó Luisa, molesta porque la directora parecía sugerir que no sería tan malo que una muchacha de su familia estudiara, como si fueran unos mercaderes o unos agricultores cualquiera. Estaba segura de que no le diría eso mismo a la marquesa.

Aquella noche, en una parrafada sin paños calientes y ante la que Áurea no pudo oponer nada, repasó la lista de cualidades de las que su sobrina carecía, y le prohibió volver a hablar de la universidad. El verano estaba a punto de comenzar e irían a Salas como solían hacer. Luego, a la vuelta, en septiembre, Paula y ella se inscribirían en la academia de *madame* Roche, donde adquirirían la soltura necesaria para desenvolverse en sociedad. Costura, música, higiene, economía doméstica. Esos eran los saberes que Áurea debía dominar para casarse bien antes de los veinte años, y ese era el deber al que Luisa iba a consagrar sus esfuerzos. Y si luego, una vez casada, seguía empeñada en dar que hablar con sus rarezas, el problema sería de su marido, no de su tía.

Pero aunque Áurea no discutió aquel futuro, ni protestó o trató de convencerla de algo diferente, no se resignó. Su cabeza bullía de ideas, de planes que solo esperarían un viento favorable para ponerse en marcha.

Lo que no imaginaba aquella noche era lo pronto que ese viento comenzaría a soplar.

*Salas de los Infantes, agosto de 1916*

Para Áurea, el verano era su padre dormitando a la sombra de una parra en la casa de San Juan de Luz, el rumor de las olas sucumbiendo en la arena, los helados del quiosco de la plaza, y la sensación de felicidad y despreocupación que parecía adherirse al alma en aquellos atardeceres con olor a puerto y sal. El verano de Salas no se parecía en nada a sus recuerdos, y aun así era infinitamente preferible a su vida en Burgos.

Aunque normalmente sus tíos pasaban en esa localidad el mes de julio, y en agosto se trasladaban a Zarauz, aquel año el luto de Áurea no hacía adecuado el traslado. Así pues, iban a pasar todo el verano en la casona que había heredado Luisa de su padre a las afueras de la población, en un terreno situado entre el río y el camino que se adentraba en el barrio de Santa María. Una casa de dimensiones modestas pero acogedoras, con su tejado a dos aguas, su balconada de madera en el frente y su jardín trasero. Y la localidad estaba llena de hermosos paseos, como el que conducía a Castrovido siguiendo el curso del río Arlanza, que pronto se convirtió en el favorito de Áurea.

También la población tenía su pequeña sociedad, en la que sus tíos desempeñaban un papel incluso más destacado que en Burgos. Cuando acompañaban a su tía a la parroquia de Santa María o paseaban hasta el hostel de la plaza, todas las personas con que se cruzaban los saludaban con una deferencia rayana en el temor. Al principio Áurea no comprendió aquel comportamiento, hasta que, una tarde, Joaquín, en un arranque de apego familiar que sorprendió a todas, las llevó en el Mitchell a dar un paseo por sus tierras.

—Y esa es la fábrica —indicó, extendiendo la mano hacia una construcción ancha y gris asentada en una elevación sobre un meandro del río—. Más de doscientos trabajadores, en estos momentos. Compramos la lana a los ganaderos de la zona y, desde que comenzó la guerra, exportamos prácticamente todo lo que manufacturamos. Podría decirse que la prosperidad de la zona depende de mí.

Áurea no hizo caso de la vanidad del comentario y se interesó por el proceso de transformación de la lana. Pero Joaquín despachó su pregunta con una escueta descripción: máquinas feísimas, mucho ruido, polvo, calor, y gente

sucia y maloliente.

«Créeme, es un sitio horroroso, lleno de porquería y grasa —le confió Paula más tarde, mientras su tío conducía el coche por el serpenteante camino lleno de baches—. No sé cómo esas gentes pueden trabajar allí.»

Prudentemente, Áurea omitió su opinión sobre la diferencia entre querer trabajar y necesitar hacerlo. Desde el incidente que había supuesto su expulsión del Niño Jesús, la relación entre ambas primas había cambiado. Cuando, quince días antes de finalizar el curso, Luisa había comunicado a Áurea que no volvería al colegio, el decaimiento de la joven era total. Había perdido las ganas de escribir o leer, y la conciencia de su soledad, la añoranza de su padre, habían hecho que su sensibilidad se extremara. Lloraba por todo, o por nada, pensaba ella misma, cuando se quedaba a solas en su cuarto.

Inesperadamente, fue una visita de Paula la que mitigó su tristeza. Su prima se había presentado una tarde en su habitación, sin pedir ni aguardar permiso para hacerlo. Durante varios minutos la incomodidad las había mantenido en silencio, hasta que Paula rompió el hielo:

—No has comido nada en el almuerzo.

—No tenía hambre.

—Matilde dice que como sigas así, enfermarás.

Áurea se encogió de hombros. La doncella le había dicho eso mismo en varias ocasiones, pero no por ello regresaban su apetito ni las ganas de esforzarse por nada.

Sentada en el borde de la cama, los dedos de Paula jugaron con la colcha antes de preguntar:

—¿De verdad crees que nuestros antepasados fueron monos?

—Eso dicen algunos. Yo no lo sé.

—Entonces, ¿por qué te empeñaste tanto en mantenerlo ante sor Prudencia?

Era una buena pregunta. Si Áurea solo hubiera mencionado a Darwin, posiblemente no habría sucedido nada. Sor Prudencia la habría ignorado, arrugando la nariz como solía, y la clase habría continuado sin más. Pero ella se había obstinado, insistiendo incluso cuando la monja le había exigido que callara, hasta que había perdido la paciencia.

El recuerdo de su propia testarudez se entremezcló con el de su padre discutiendo con su amigo Ríos su negativa a disculparse con el rector.

«No lo haré. No voy a rebajarme a eso.»

«Pero tendrá consecuencias. Piensa en tu hija.»

«Porque pienso en ella es por lo que no puedo someterme. ¿Qué ejemplo le estaría dando, renunciando a mi conciencia?»

Tuvo que fijar la vista en la ventana del patio para luchar contra las

lágrimas que amenazaban con regresar.

—Mi padre creía que la religión ya había hablado muchos siglos, y ahora tocaba dejar hablar a la ciencia.

—¿Y por qué no dijiste que la postal de *Las Tres Gracias* no era tuya? Podías haber explicado que era de Sole.

—El problema no era quién había llevado la postal, Paula, sino que nos condenaran por contemplar el mundo tal como es. Yo no merecía el castigo, pero tampoco la estúpida de Sole. El resultado habría sido el mismo.

—El resultado es esa cicatriz que vas a tener de por vida en la frente.

Instintivamente, se llevó la mano a la sien. Unos días antes, Justina y los chicos la habían visitado para saber qué tal se encontraba. La mujer no había tenido empacho en decir con satisfacción: «Eso la afeará.» Pero Ignacio se había acercado por la espalda para susurrarle al oído: «No hagas caso, Áurea. Esa cicatriz es especial, es la prueba de que eres diferente.»

—La cicatriz me tiene sin cuidado.

—Eres rara, Áurea. Muy rara —fue la conclusión de su prima—. Yo sé que no me comporté bien cuando llegaste a casa, pero no me gusta que siempre parezca que eres mejor que las demás, que nos mires por encima del hombro. Puede que no sea tan lista como tú, pero no soy menos.

—Yo jamás he dicho que lo seas.

—No. No lo dices, pero lo piensas.

—Eso no es cierto.

—Yo creo que sí. Y eso molesta, ¿sabes?

—¿Que eso molesta? Pues entonces es que no te has parado a pensar cómo me pude sentir yo al llegar a tu casa. Ni un gesto amable, ni una palabra de comprensión. Solo malos modos, reproches y burlas.

—Tenía mis motivos.

—No. No los tenías.

—Sí, aunque tú no los conozcas, porque no lo sabes todo. Yo no quería que vinieras. Mis padres discutieron muchísimo por tu causa. Cuando mi padre dijo que te iba a traer, mi madre tuvo tal disgusto que la escuché gritar. Figúrate, mi madre, que jamás ha dicho una palabra más alta que otra... Me acerqué a escondidas por el pasillo; mi madre exigía que te enviara a un internado, pero mi padre se mostró inflexible, y acabaron diciéndose cosas tan... Después de eso, mi madre alegó una jaqueca y se encerró durante días en su habitación. Yo traté de portarme mejor que nunca, pero era como si ni siquiera existiera. Por eso, cuando al fin llegaste, estaba predispuesta a que no me gustaras.

—Y qué culpa tenía yo de eso... —musitó Áurea, dolida al ver confirmada tan crudamente su impresión de no ser querida en esa casa.

Su prima se encogió de hombros, y ambas se quedaron en silencio hasta que Paula sacó del bolsillo de su delantal un objeto dorado que Áurea reconoció al momento.

—Aquí tienes. He tenido que discutir un montón con Sole para que me la devolviera, así que lo menos que puedes hacer es cenar esta noche y dejar de amargarnos con tu cara de lástima. Fue una broma estúpida, pero tampoco tenías por qué ponerte así por una estilográfica que ni siquiera funciona.

El agradecimiento de Áurea fue emotivo y sincero, y diluyó muchos de los resquemores que las separaban, como si ambas, mirándose de frente entre la reticencia y la curiosidad, se hubieran sabido condenadas a entenderse. Desde esa tarde, Paula empezó a presentarse en su habitación a la vuelta del colegio para ponerla al día de las lecciones que habían estudiado, por mucho que sospechara que Áurea se sentía por encima de ellas. Por su parte, esta se esforzó en mostrarse discreta y paciente, escuchando con atención cualquier historia que contara su prima y que, en otros tiempos, habría desechado por su trivialidad.

A medida que los días pasaban, Áurea apreciaba más la libertad de aquel veraneo para deambular por donde quisiera. Todas las tardes paseaba por la ribera del río hasta Castrovido, o se sentaba a leer en el jardín trasero de la casa. En ocasiones, Paula también salía al jardín con su cuaderno de dibujo y una barra de carboncillo. Así, acompañadas pero en silencio, pasaban las horas muertas, hasta que oían la voz de Matilde llamándolas por orden de su tía.

Una tarde, mientras su tía y Paula recibían a la esposa e hijas del farmacéutico, Áurea se escabulló al jardín con un libro que había tomado del salón. La tarde era fresca, barrida por ráfagas de aire que arrastraban nubes desde la sierra. En busca de los escasos rayos de sol que conseguían atravesarlas, se acercó a las tierras de cereal que marcaban el fin de la finca. Eligió para sentarse un pequeño claro resguardado por rocas. De vez en cuando escuchaba el silbido de algún sisón que cruzaba el cielo, y el rumor del río, pero por lo demás todo era silencio. Soledad. Paz.

No supo que se había dormido hasta que las voces de dos hombres la sobresaltaron. Se puso en pie de un brinco y se asomó con cautela tras las rocas. Al otro lado del río había una modesta construcción de madera. Un hombre joven y fibroso estrujaba una gorra entre las manos, poseído por una rabia sorda a la que no podía dar rienda suelta. Áurea comprendió por qué al ver al destinatario de sus reproches.

Con las manos a la espalda, Joaquín Nebreda callaba, aguantando sin

pestañear las recriminaciones de alguien que, a ojos vista, era socialmente inferior a él. Y aquello la sorprendió tanto que ni se dio cuenta de que iba dando pasos hacia delante, hasta que los hombres descubrieron su presencia.

Su aparición puso un fin abrupto a la discusión.

—¡Áurea! —incredó su tío al verla—. ¿Qué haces aquí?

También el joven se volvió a mirarla, sin haberse desprendido aún de la rabia que lo dominaba instantes antes.

—Estaba paseando y... Lo siento, no sabía que usted... No quería interrumpir. Ya me iba...

—Quédate. Ya he terminado. Te acompañaré a casa.

La voz enojada de su tío no admitía réplica. Áurea mantuvo la cabeza gacha mientras su tío cerraba de un portazo la caseta y se acercaba. Ni se despidió ni miró al joven antes de cruzar las losas de piedra que sorteaban el riachuelo. Pero cuando la construcción de madera comenzaba a desaparecer de su vista, exclamó:

—¡Sindicalistas! Siempre montando jaleo para que los obreros se afilien. No voy a deslomarme para mantener a una panda de haraganes. Despedidos, antes de que arruinen el negocio. Así aprenderán.

Áurea echó un vistazo sobre el hombro. El joven seguía allí, mirándolos alejarse, con las piernas firmes en el suelo y la gorra entre las manos. Apenas había entendido algunas palabras de su discusión, pero no le había parecido la riña de un patrón y un obrero. Claro que ella no sabía nada de aquellos temas, más allá de los incesantes avisos sobre huelgas que publicaban los diarios. Un día eran los ferrocarriles; al siguiente, las fábricas de vidrio, y al otro, los tintoreros. Parecía que no había capital de provincia sin su huelga. Pero en cuanto a los motivos, lo que unos pedían y otros negaban, la situación de aquellos obreros que cada vez con mayor decisión se agrupaban en torno a sindicatos, Áurea no sabía nada.

Y en cualquier caso, fuera cual fuese el motivo de la discusión, no era cosa suya.

Días después, volvió a ver al joven, esta vez en la plaza. De nuevo discutía, ahora en el patio trasero de la posada, y con una de las muchachas que despachaba allí.

Áurea se detuvo en seco al reconocerlo. «No me ha visto», pensó con un alivio absurdo, pues no hacía nada malo parándose en el patio. Pero retrocedió, procurando hacerlo con sigilo, y salió de nuevo a la calle sin la limonada,

ganándose los reproches de Paula, que ya le había advertido que debía ser Matilde quien fuera en busca de la bebida.

Esa noche pensó de nuevo en ellos. Le había parecido una discusión de novios, y no era extraño, si a él lo habían despedido. Por la forma en que los habitantes del pueblo se inclinaban ante su tío, sería difícil que alguien se atreviera a contratarlo si estaba enemistado con el patrón.

Su padre había sido obstinado y terco, pero no rencoroso. ¿Sería rencoroso su tío? Ese pensamiento la hizo consciente de lo poco que sabía sobre él. A pesar del parentesco, en los pocos meses que llevaba en la casa apenas si había llegado a conocerlo. Cuando no estaba en Salas, ocupado con sus negocios, dedicaba su tiempo a sus reuniones con los miembros del partido, las que realizaba con los concejales del Ayuntamiento, o las de los múltiples consorcios, asociaciones e instituciones de las que formaba parte. Y si le sobraban algunos minutos, era más fácil encontrarlo en el Casino o en el Café Suizo que en su propio hogar. Nunca tenía para su hija los momentos que el padre de Áurea había tenido para ella. Medio año después, cuando ya se había hecho a la idea de que él no iba a volver, cuando la ausencia de su padre era un desgarró que laceraba su alma pero le permitía seguir respirando, era todavía más capaz de comprender lo excepcional que había sido Andrés Nebreda, como padre y como hombre. Su tío se mostraba realmente orgulloso de cuanto poseía: de su negocio de manufacturación de lana, de su coche de seis cilindros, de su desempeño en política, de ser parte indudable de la buena sociedad de Burgos... Todo aquello podía estar bien, pero nada de eso habría enorgullecido tanto a Andrés como su hija, a la que consideraba lo mejor de su existencia.

El fin del veraneo y la vuelta a la ciudad avivaron el mal humor de Áurea. En Salas había disfrutado de una libertad inimaginable en Burgos. Allí se había sentado con sus libros en el jardín, había paseado hasta el castillo; se había quedado dormida sobre la hierba, escuchando el canto de las cigarras, sin importarle que su vestido se manchara al hacerlo. Había cogido moras y sido feliz a ratos. Y eso era más de lo que había vivido en los últimos meses.

A diferencia de en el campo, en la ciudad Áurea no podía salir sin que alguna criada la acompañara, sin que su sombrero estuviera perfectamente colocado, sin recibir la orden de erguirse, de caminar con compostura, de no reírse a carcajadas, de saludar con recato, de aceptar los halagos con modestia, de evitar cualquier tema incompatible con la impecable crianza que la gente de su clase debía demostrar. La mano férrea de su tía vetaba la lectura de historias

que desbocaran su imaginación, marcaba los temas de las conversaciones que debía sostener, señalaba las únicas aspiraciones que se consideraban legítimas para ellas: un buen matrimonio, una buena casa. Ahí comenzaba y concluía todo.

Tampoco la carta de doña Engracia que la esperaba a su vuelta a Burgos la animó. La anciana se decía contenta en la residencia del convento del Sagrado Corazón, donde había ingresado; pero a menudo sus cartas eran solo una mezcla de nimiedades y anécdotas que descorazonaba a Áurea, pues no la reconocía en ellas. A veces, sospechaba que la mujer no estaba lo feliz que parecía y simplemente ocultaba sus sentimientos para no angustiarse. Se hacía mayor, los achaques serían cada vez más frecuentes... «Resiste, tata —pensaba en muchos momentos—, resiste hasta que sea mayor de edad y pueda ir a buscarte.»

Su experiencia del colegio, tan breve como decepcionante, no la predisponía favorablemente a la academia, pero aquel iba a ser su destino. Su tía Luisa lo había dejado bien claro: la academia por las mañanas, visitas y reuniones sociales por las tardes, y el grupo de las Damas de la Caridad los sábados.

Miró el reloj de su mesilla. Aún faltaba mucho para que su tía y Paula volvieran de la visita a casa de la marquesa, así que no tendría que dar explicaciones de por qué necesitaba de nuevo papel de cartas. Con la excusa de un fuerte dolor de cabeza no del todo falsa —solo con pensar en Sole el dolor aparecía—, le habían permitido quedarse, y ella se había sentado ante su mesa para terminar la historia del Bosque del Arcoíris Oscuro. Pero la historia había cobrado nuevos bríos, el Viento del Lago Marino había arrastrado a su heroína a otra aventura, y a ella se le habían agotado las cuartillas.

Aunque el servicio de sus tíos se componía de seis personas, la casa estaba tranquila a aquellas horas de la tarde. Con sigilo, Áurea se acercó al despacho de su tío. Para su decepción, en el cajón del escritorio del que la vez anterior Paula había extraído el papel solo halló un par de sobres.

Decidida a encontrar lo que necesitaba, registró el resto de cajones. Uno estaba atascado y en los demás tampoco hubo suerte. Con un suspiro, volvió al que se le resistía, aferrando con ambas manos el tirador. En vano: el cajón se negaba a abrirse, y tras mucho esfuerzo apenas consiguió que se deslizara unos centímetros. Pero lo peor fue que al tratar de cerrarlo de nuevo, tampoco pudo, como si algo se hubiera quedado atrancado en su estructura.

Un sudor frío humedeció sus palmas. No podía dejarlo así, pues sabrían que alguien había revuelto en el mueble, y por mucho que Paula dijera que no importaba, estaba convencida de que sí importaría. Afortunadamente, sus muñecas eran tan delgadas que pudo introducir la mano en el cajón.

Estaba a punto de rendirse cuando palpó algo frío y estrecho en la parte

superior. Identificó la forma de unos minúsculos eslabones. Tuvo que hacer grandes esfuerzos hasta que consiguió alcanzar la cadena, aferrarla y tirar de ella para que quedara libre.

Cuando al fin el cajón se abrió, el medallón que tanto le había costado desatracar cayó sobre la madera con un leve tintineo. Áurea lo tomó, era una pequeña y femenina pieza de plata ennegrecida, surcada por filigranas irregulares en uno de sus lados, como si se hubieran derretido bajo una llama.

Sin pensarlo mucho, presionó el cierre. Tuvo que hacer algo de fuerza para acceder a aquel interior que contenía la fotografía estropeada de una joven de cabello oscuro y ropas anticuadas. Era lo esperable, un retrato; pero el corazón de Áurea comenzó a palpar.

Había algo tan familiar en aquella foto, en aquel rostro orgulloso que se enfrentaba a quien lo contemplaba con una leve sonrisa retadora, que su corazón lo supo mucho antes que su conciencia. No la había conocido, y sin embargo lo supo.

Sus manos temblaban cuando cerró el cajón, escondiendo en su palma el retrato de su madre, sin pararse a pensar quién ni por qué lo habría escondido en el fondo de un cajón después de quemarlo, o lo que sucedería el día que esa persona lo buscara en vano. Era el tesoro más valioso que jamás habría imaginado descubrir, y por su posesión asumiría cualquier castigo.

A finales de septiembre comenzaron las clases en la academia de *madame Roche*. Los primeros días fueron para Áurea tan decepcionantes como había anticipado: reglas de urbanidad, tratamientos de cortesía, música, francés, baile, caligrafía, cultura general y bordados, impartido todo todo ello por la propia *madame Roche*, una mujer de edad indefinible y ademanes elegantes, viuda de un catedrático francés con el que había residido largo tiempo en París.

Sin embargo, a pesar de que las enseñanzas le resultaban insulsas, Áurea acabó por disfrutar sus mañanas en la academia. Tal vez por la convicción con que la mujer abordaba sus clases, tal vez por las anécdotas con que, de vez en cuando, salpicaba sus explicaciones, el caso es que Áurea se encontró contenta allí. Ya hablara de los tipos de flores más adecuados para una mesa de gala, ya de cómo opinar sobre arte sin resultar pretenciosa, Áurea descubría tras los consejos de la profesora una vida y una experiencia que la intrigaban. A veces, cuando la mujer les dirigía advertencias sobre el delicado equilibrio que debían cuidar para mostrarse cultivadas sin dejar de ser «femeninas», le parecía que sus ojos chispeaban divertidos, y se preguntaba hasta qué punto la profesora se

aplicaba a sí misma esas lecciones sobre contención que le harían parecer menos brillante de lo que era.

Una de las tareas obligatorias de la academia era el servicio del té de media mañana. Cada día, una alumna dejaba anticipadamente la clase para supervisar la labor de la criada, y volvía cuando había dispuesto el servicio en la sala contigua. *Madame* Roche insistía en que esta labor se hiciera correctamente, pues pocas actividades reflejarían mejor la refinada educación de las jóvenes que aquella.

Cuando fue su turno, Áurea afrontó el cometido con el mismo entusiasmo con que afrontaba las clases de costura o baile; es decir, ninguno. Incluso aunque sus tíos se salieran con la suya y acabaran por casarla, no se imaginaba sirviendo el té a su marido con dulces de azúcar sobre servilletas de hilo. Aun así, supervisó la correcta preparación de la bandeja, con las tazas sobre sus platillos y el azucarero con sus pinzas. Iba a regresar al aula cuando vio los periódicos sobre el secreter, a un lado de la ventana. No pudo resistirse.

Cuando *madame* Roche entró en la sala, extrañada de que todavía no hubiera terminado, la encontró sentada en el suelo con un ejemplar del *ABC* sobre las rodillas.

—Estoy revisando las noticias de sociedad —se excusó Áurea con lo primero que le vino a la mente al ver la cara de asombro de la mujer—. Como yo vivía en Madrid, por si aparece alguno de mis conocidos.

Imaginó que había enrojecido al ver las comisuras de la boca de *madame* Roche estirándose.

—Y supongo que aparecen, ya que llevas más de quince minutos de retraso en la actividad.

—Sí... es decir, no, pero he vuelto a revisarlas, por si me hubiera... Es decir, hoy no, pero puede que otro día...

—Ya. Supongo que no hay nada malo en que quieras obtener noticias de tus conocidos, pero no en este momento. Tus compañeras están esperando su té, y ninguna anfitriona responsable las haría esperar como has hecho tú. Así que, por favor, sigamos con nuestras clases...

Áurea dejó el periódico donde lo había encontrado y obedeció resignadamente, suponiendo que aquellas palabras eran una manera elegante de zanjar la cuestión. La vez que había solicitado a sus tíos una suscripción a algún periódico, la respuesta de su tía Luisa había sido: «Válgame el cielo, lo que nos faltaba ya contigo. Un periódico para saber cómo va la guerra. ¿Y qué será lo siguiente, fumar en un café y querer votar?»

Por eso, días después, le sorprendió la decisión de la profesora de asignarle clases de refuerzo de bordado en aquella misma sala.

—Es evidente que necesitas mejorar tu habilidad con la aguja. Aplícate y acaba tu labor a tiempo, antes de que tus compañeras terminen su clase. Si después te queda tiempo libre, ya verás a qué lo dedicas.

Áurea se quedó pasmada, pero aceptó de inmediato. Y así, los lunes después del té se esforzaba en la labor de aguja que correspondiera para poder terminarla cuanto antes y abrir los periódicos de la semana anterior. Mientras sus compañeras hacían sus ejercicios de caligrafía, *madame* Roche se pasaba por la salita para revisar su tarea, y le preguntaba por las noticias de compromisos, bodas o defunciones de sus conocidos. Para evitar que sospechara que no conocía a nadie, Áurea empezó a inventar historias de la gente que aparecía en la prensa, mezclando relatos que había escuchado alguna vez con hechos de su propia invención. *Madame* Roche revisaba sus bordados y encajes mientras la escuchaba, levemente admirada, intercalando de vez en cuando algún fascinado «¡quién lo hubiera dicho!» o un pasmado «¡qué cosas suceden!», sin opinar sobre el hecho de que Áurea supiera tantos detalles pintorescos de la vida de la gente a la que solo conocía de refilón. Ella, por su parte, disfrutaba inventando aquellas crónicas que luego, en la soledad de su cuarto, convertía en cuentos, y abriendo de nuevo aquella ventana al mundo que eran los periódicos.

Porque, aunque el *ABC* no tenía los artículos de su admirada Colombine, a cambio publicaba muchas más noticias sobre el avance de la guerra. Aquellas eran las primeras páginas que abría. A veces, cuando no reconocía alguno de los lugares que el periódico mencionaba, acudía al atlas que había en la sala y seguía con el dedo en el mapa las líneas de las posiciones que aparecían en la nota, tratando de imaginar hacia dónde avanzarían los combates y dónde los detendrían las trincheras. Luego miraba la posición de San Juan de Luz, el lugar de sus veraneos felices, y respiraba aliviada por su distancia respecto al corazón de la sangrienta contienda.

No veía nada malo en aquellas mentirijillas que le permitían saber lo que sucedía en el mundo. Ella necesitaba saber que la guerra aún estaba lejos de su fin. Que la subida descontrolada de los precios estaba causando múltiples tensiones sociales. Que había desesperación entre los miles de personas que ya no llegaban a fin de mes, y que esa desesperación, plasmada en una huelga general en diciembre contra la que su tío despotricó durante días, acabaría por estallar algún día, de alguna manera mucho más violenta.

De no ser por los periódicos, ignoraría todo eso. En su casa no había ni rastro de dificultades: el carbón abundaba en la cocina, la chimenea estaba permanentemente encendida en el salón, su tía se reunía semanalmente con el arquitecto para decidir el mobiliario de la nueva casa, y en la mesa encontraba fruta fresca a diario. Pero su padre la había alentado a abrir los ojos al mundo y

animado a desarrollar su intelecto y su curiosidad; y si ahora se rindiera, si se limitara a vivir como pretendían sus tíos, rezando, cosiendo y cerrando los ojos a lo áspero de la vida, sentiría que estaba traicionándolo. Haciendo que muriera una segunda vez.

*Burgos, primavera de 1917*

A mediados de marzo, las noticias de una revolución popular en San Petersburgo agitaron toda Europa. Después de la confusión inicial, los diarios describieron un panorama plagado de huelgas, asaltos a comisarías, ametrallamientos para disolver manifestaciones, y crecientes negativas de los soldados a apoyar la represión del pueblo.

Aquellas noticias, que Áurea absorbió con avidez a través de los periódicos de *madame Roche*, le produjeron un profundo impacto. Porque esa revolución, en apariencia tan lejana, tan desconectada de su vida, la habían comenzado grupos de mujeres obreras. Mujeres solas, cuyos maridos habían sido enviados al frente; mujeres desesperadas, a quienes las interminables jornadas en las fábricas no libran de elegir entre alimentar a sus hijos o calentarlos, entre dejarlos morir de hambre o de frío. Esas mujeres se habían lanzado a las calles, consiguiendo movilizar tras ellas a miles de obreros, y se habían encarado en el puente sobre el Neva con los cosacos y la policía, gritando con las manos desnudas que solo querían pan para sus hijos.

Vista desde la insignificante vida que llevaba en Burgos, a Áurea aquella realidad le resultó difícil de digerir. Las rusas y el resto de europeas eran mujeres como ella, pero sus vidas distaban tanto como la Tierra de las estrellas. Porque en aquel continente en guerra, las mujeres habían ocupado los puestos de los obreros en las fábricas, y hasta se acercaban a las líneas del frente como enfermeras o conductoras de ambulancias. Y mientras las europeas fabricaban armas, ella dedicaba horas a dibujar un infame boceto de jarrón. Mientras las europeas luchaban por el pan de sus hijos con uñas y dientes, ella aprendía a hacer reverencias y distinguir cuándo alguien era «ilustrísimo» y cuándo, «excelentísimo». Las europeas tenían existencias productivas y valientes, pero ella ni siquiera podía argumentar que quería seguir estudiando sin que la acusaran de egoísmo e ingratitud.

Y un soleado día de abril, la diferencia se le hizo insoportable.

—Aún no puedo creer que me hayas convencido para ayudarte. Cuando mi padre se entere, me despellejará.

—Nadie va a enterarse de nada, Ignacio, no seas agorero.

Áurea cerró el cuello de su abrigo y apretó el paso para dejar atrás cuanto antes las escaleras de la oficina de Correos. Aunque el joven se quejaba de que lo había engatusado, no la engañaba; en realidad, estaba disfrutando aquello. Todo lo que fuera alborotar las convenciones sociales ejercía sobre él una fascinación irresistible. Apenas había tenido que mencionar su intención de solicitar el traslado de su expediente académico del Cardenal Cisneros al Técnico de Burgos para que aceptara ayudarla. A cambio, ella tenía que acompañarlo a empeñar una cadenita de oro sin hacer preguntas.

Él había cumplido su parte del trato, franqueando la carta, y ahora le tocaba a ella seguirlo por aquella parte de la ciudad en la que nunca había estado. Su reparo provocó la risa del joven.

—Venga, Áurea, el barrio es pobre pero no va a pasarnos nada. Podríamos rodearlo, pero resulta que el camino más rápido hacia la tienda es este.

A Áurea no le quedó más remedio que atravesar el revoltijo de calles estrechas y oscuras que conformaban aquel barrio. Un extraño olor, mezcla de lodo estancado y verdura cocida, parecía impregnar las calles. Niños que jugaban descalzos ante las casas y hombres sentados a la puerta de un cafetín los miraron al pasar. Un sentimiento de tristeza la acompañó en su recorrido hacia los confines del arrabal.

La casa de empeños se alzaba tras una plazoleta algo menos oscura, en una calle amplia a la salida del barrio. Deseando irse de allí cuanto antes, Áurea aceleró el paso. Estaban a punto de rebasar el hostel que separaba la plazoleta de la avenida cuando la figura de un hombre desapareciendo en su interior, atraído por una mano femenina, capturó su atención.

Se detuvo en seco. No podía ser.

Su primer pensamiento, tras el estupor inicial, fue de espanto: no podía permitir que la viera allí. Explicar qué hacía en aquella calle, sola con Ignacio, les causaría un buen problema a ambos.

—¿Se puede saber qué haces ahora? —preguntó Ignacio al verla correr a esconderse tras el árbol que presidía la plazoleta.

—¡Ssssh! —susurró ella, haciendo un gesto con la mano para que se aproximara—. He creído ver a una persona.

Ignacio trastabilló al ser obligado a agacharse tras el tronco.

—¿A quién?

—Al tío.

Asomando la cabeza con precaución, Áurea atisbó los cristales de la puerta.

En efecto; era su tío quien, con aspecto incómodo, sacudía el brazo para librarse de la mano que aferraba su manga. También conocía a la propietaria de aquella mano: era la joven que atendía el hostel de la plaza de Salas, la que había discutido con el sindicalista.

Junto a ella, Ignacio meneó la cabeza con ironía.

—Qué poco discreto, el tío.

Áurea le dirigió una mirada fugaz.

—¿A qué te refieres?

—A que le puede ver cualquiera, tan cerca de casa. Por Dios, si incluso la tía podría haberse encontrado con él...

—Bueno. ¿Y qué más daría que la tía lo encontrara?

Su tono ingenuo hizo que Ignacio la mirara burlón.

—Vaya, Áurea, ¿no crees que la disgustaría?

La muchacha no pudo decir lo que creía, pues en aquel momento su tío volvió la cabeza hacia el exterior, amagando con irse, y ella sintió que el corazón se le salía del pecho. ¿Qué explicación iba a darle si la descubría espiándolo? No podía siquiera imaginarlo.

Pero los insistentes ruegos de la joven, que tiraba de él hacia el interior, acabaron por hacer desaparecer ambas figuras en la pensión. Entonces, cuando estuvo segura de no ser descubierta, Áurea salió corriendo de detrás del árbol. Se detuvo en la esquina de la plazoleta, sintiendo que le temblaban las rodillas. En cuanto Ignacio la alcanzó, ella le preguntó de nuevo:

—¿Por qué has dicho lo de mi tía?

—Pero ¿de verdad no imaginas lo que pasa?

—No. ¿Qué pasa, según tú?

—Pues si no lo has comprendido, no debo decírtelo. A veces se me olvida que aún no tienes ni quince años.

—Pero los cumplo en pocos meses. Además, eso no importa. ¿Qué pasa con mi tío? Y no me trates como si fuera boba, o no te acompañaré a la casa de empeños. —Su mirada recelosa encontró la burlona del joven.

—A ver, Áurea, la chica estaba preñada, ¿es que no te has fijado?

Ella se quedó muda. Su mente reprodujo la silueta abultada, recortada contra la penumbra del portal.

—Por lo menos de seis meses —continuó él—. El tío estaba molesto, deseando largarse cuanto antes, eso lo habrás visto hasta tú. Pero ha acabado por ceder y ella ha parecido aliviada. No hay que ser muy avisado para entender lo que pasaba.

—¿Qué pasaba? —inquirió, sin importarle que la acusación de ingenuidad se repitiera.

—Pues, Áurea, una joven preñada y llorosa pidiendo ayuda al tío, ¿qué va a ser? Que el tío es el padre de la criatura.

—¡Virgen santa! —se escandalizó—. Pero ¿qué dices?

—¿Es alguna de vuestras criadas?

—¡No, por Dios! ¡Cómo se te ocurre!

—Pues porque no sería nada raro. Pero no, claro, ya lo habríais advertido, de serlo.

Sintiéndose tan aturdida que no se le ocurría qué decir, Áurea le dio la espalda y volvió a mirar hacia el edificio de la posada. No era tan ingenua como él creía; sabía que esas cosas pasaban. Los sermones de los curas estaban llenos de advertencias sobre la virtud de las jóvenes y las conductas pecaminosas que atentaban contra su pureza. Pero una cosa era leer sobre mujeres descarriadas en las novelas, o escucharlo en los sermones de los curas, y otra muy diferente enfrentarse a la idea de que su propio tío era inductor de ese tipo de conducta.

—Igual te equivocas —se escuchó decir a sí misma—. Puede que le esté pidiendo ayuda por otro motivo. Tal vez el sindicalista es su marido, y después de que el tío le echó no ha encontrado trabajo, y ella ha venido a pedirle que lo readmita...

—¿Qué sindicalista? ¿De qué hablas?

Pero Áurea ya no pudo contestar, porque el vértigo la inundó cuando, de repente, las piezas del puzle encajaron a la perfección en su cabeza.

Por eso su tío apenas había vuelto por casa en los últimos tiempos. Cuando le había interesado, había permanecido en Salas sin dar explicaciones a nadie. Y ahora que ya no le gustaba el resultado, se escondía de él en Burgos. La repulsión encogió su estómago. Y su tía lo sabía, o al menos lo sospechaba. De ahí esos meses de abatimiento; de ahí también su satisfacción cuando las ausencias dejaron de producirse. Pero ¿cuánto sabía? O dicho de otra forma, ¿cuánto estaba dispuesta a perdonar? El collar de brillantes que su tío le había regalado por Navidad, el abrigo de armiño de su cumpleaños, ¿eran el precio de mirar para otro lado e ignorar la existencia de un bastardo?

Viendo su aturdimiento, el joven la tomó del brazo para arrastrarla hacia la casa de empeños antes de que cerraran. Áurea no protestó. Permaneció en silencio mientras llegaban al local, y durante la larga negociación entre Ignacio y el hombre sobre el precio. Al fin, cuando el prestamista se alejó para extender el recibo, Ignacio susurró, molesto:

—No tenía que haberte dicho nada. Reacciona, que tampoco es para tanto. Estas cosas pasan todos los días. El tío lo arreglará, y aquí paz y después gloria.

—¿Y cómo se arreglan esas cosas que, según tú, pasan todos los días? —inquirió en voz baja, con una amargura que le sorprendió a ella misma.

—Pues como se arreglan. Con dinero. Para que se vaya a otro sitio, para que algún familiar del pueblo se encargue de la criatura, o para no tenerla, qué sé yo. Y no me mires así, no soy yo quien se ha dejado enredar.

Minutos después, ambos desandaban el camino hacia el paseo del río. A punto de llegar, y viendo que ella seguía perturbada, Ignacio suspiró con impaciencia.

—Áurea, no le des más vueltas. Ella se lo ha buscado. Hay que ser muy tonta, o algo peor, para liarse con un hombre casado y quedarse preñada. No dejes que eso te preocupe.

El consejo quedó flotando mientras Áurea llamaba a la puerta de la academia y él se alejaba silbando una tonadilla.

Esa noche, en su cama, tardó horas en conciliar el sueño. Se sentía alterada, pero no sabía si lo que la mantenía en vela era la infidelidad de su tío, la inquietante aceptación de su tía, o la idea de que algunas mujeres arriesgaban tanto en la vida por un hombre que acababan por perderlo todo. En cualquier caso, el descubrimiento de la aventura de su tío era un conocimiento demasiado perturbador e incómodo, y cuando sus ojos al fin se cerraron, lo hicieron con la firme intención de olvidarlo cuanto antes.

Áurea no consiguió su propósito. Su mayor deseo era relegar el encuentro de la plazoleta al último rincón de su mente, pero le fue imposible. Las noches que su tío Joaquín permanecía en casa, su tía debía ocuparse de que todo estuviera a su gusto: la cena, la copa de jerez que tomaba en el salón, la presencia callada de las primas, ocupadas en sus bordados pero sujetas a cualquier pregunta que él tuviera a bien hacerles...

Áurea los miraba y no podía evitar preguntarse si así serían todos los matrimonios. No era de naturaleza romántica, pero la idea de vivir con un esposo que mantuviera amantes fuera de la casa le desagradaba profundamente. El día que Ignacio regresaba a Orduña, le preguntó en la estación si las cosas serían así en todas las casas. El joven se había reído. «Seguramente. Por mucho que lo santifiquen, un matrimonio no es sino un contrato donde cada parte obtiene lo que quiere. Vosotras, el medio de vida que necesitáis. Nosotros, un heredero. Nunca pienses que es algo más. Sería el camino más seguro para amargarse.»

Aquella infidelidad que deseaba no haber conocido ocupaba tanto sus pensamientos que incluso olvidó la carta que había enviado al Instituto Cardenal Cisneros. Y no volvió a pensar en ella hasta la tarde en que su tío la llamó al despacho.

Al ver el gesto tenso con que él la recibió, lo primero que Áurea pensó fue que la había descubierto fuera del hostel. Por instinto, se llevó la mano a la garganta, buscando el consuelo del diminuto medallón que colgaba bajo su ropa. Entonces se le ocurrió que tal vez ese fuera el problema: que su tío había buscado el medallón sin encontrarlo. En realidad, ninguna de las dos posibilidades era agradable, y su corazón latía apresurado cuando su tío comenzó su discurso.

—Áurea, esta mañana he tenido una conferencia telefónica de lo más incomprensible —le dijo con sequedad cuando ella estuvo sentada en la butaca con las manos unidas para disimular su temblor—. Gerardo Ríos me llamó para informarme de que el consejo estaba de acuerdo con la solicitud de trasladar tu expediente de bachillerato de Madrid a Burgos. Huelga decir que su información me tomó completamente por sorpresa, pues yo en ningún momento he solicitado ese traslado.

El alivio de Áurea al comprender que no la habían descubierto fue tal que, sin pensar demasiado, replicó:

—En realidad fui yo, tío. No quería perder otro curso.

Los ojos de él se entornaron al escucharla.

—¿Y debo deducir, por tanto, que cuando no quieras que algo suceda, actuarás por tu cuenta y riesgo al margen de lo que yo opine, o incluso desobedeciendo?

Su tono glacial hizo comprender a Áurea el torpe error que había cometido.

—Por supuesto que no, tío —aclaró—. Usted es mi tutor, y yo acato sus decisiones. Pero esto es diferente, mi padre quería que yo estudiara, y tenía que hacer algo.

—Es decir, escribir al instituto sin que yo lo supiera.

—No quise molestarlo de nuevo con este tema. Sé bien lo ocupado que está y cuánto le requieren desde el partido y la fábrica. No quise ser más carga de lo que ya soy.

—Carga o no, es mi responsabilidad decidir lo que es mejor para ti. Tú no tienes ni la experiencia ni la capacidad para tomar decisiones tan graves.

Ella agachó la cabeza.

—Le agradezco mucho su preocupación y sus desvelos, pero mi padre siempre quiso que yo siguiera sus pasos. Creo que cumplir su voluntad es respetar su memoria, más incluso que llevar luto. Y para eso, para hacer lo que él quiso para mí, necesito realizar primero el bachillerato. Ya tengo dos cursos aprobados, y si hubiera sido un chico, hasta me habrían animado a que lo terminara.

—¡Pero no eres un chico, cuándo se te va a meter en la cabeza! La

instrucción que necesitas no incluye física, latín ni geometría. Lo que has de saber para servir de ayuda a tu esposo es economía doméstica, costura, incluso piano si él lo aprecia. Esos saberes hacen especialmente valiosa a una mujer, pero no la literatura ni la química.

—Pero yo no voy a descuidar esa formación, tío. Seguiría yendo con Paula a la academia, y cumpliría con todas las actividades que mi tía creyera conveniente. La única diferencia sería que tendría que hacer unos exámenes.

—¿Te burlas de mí? ¿De verdad crees que esa sería la única diferencia?

—Además, ¿y si no me caso? Entonces sería una carga para ustedes de por vida, y no quiero serlo. En cambio, si estudio tendría una manera de ganarme la vida. Llegado el caso, quiero ser capaz de tener mis propios medios para vivir.

—Llegado el caso —atajó su tío con irritación— descubrirás que tu herencia es suficiente para vivir sin necesidad de trabajar, que es la inconcebible posibilidad que parece querer sugerir. Pero incluso si así no fuera, estás bajo mi tutela y es mi responsabilidad hacerme cargo de ti. ¿Cómo imaginas que yo permitiría que una sobrina que vive bajo mi techo tuviera que trabajar para ganarse la vida? ¿Qué diría la gente?

—Mi padre quería que estudiara —repitió con impotencia, sabiendo que si las conveniencias sociales jugaban la partida, apenas tendría posibilidades—. Y yo también lo quiero.

Su insistencia estaba sacando a su tío de sus casillas, lo supo por su expresión crispada cuando se puso en pie para acercarse a la ventana. Ni siquiera la miró al hablar de nuevo.

—A pesar de las desavenencias con Andrés, cuando oí lo sucedido no dudé en acogerte bajo mi techo. No dudé, pese a las muchas opiniones que trataron de convencerme de que no lo hiciera. He pretendido darte un hogar decente, moral e intachable, que sustituya al que conociste. Te he ofrecido la misma educación que ofrezco a Paula, sin hacer distinciones entre vosotras. Y cuando llegue el momento, tu tía se encargará de buscar para ti un vínculo tan adecuado como el que tratará de conseguir para su propia hija. Pero nada de esto es suficiente. No te conformas. Nunca te conformas.

La manera en que dijo aquello fue tan extraña, tan amarga y a la vez tan impersonal, que Áurea tuvo la curiosa impresión de que no se lo decía a ella. Y cuando su tío volvió la cabeza para mirarla, la sensación de irrealidad se acentuó al ver que sus ojos la traspasaban sin verla.

Pero la sensación duró poco. Como si tratara de despertar de un sueño, su tío agitó la cabeza, y la opresiva atmósfera que los rodeaba pareció saltar por los aires en un estallido invisible que dejó a Áurea desconcertada.

Años después, Áurea llegaría a conocer muy bien la esencia de la presencia

desconocida que sintió alzada entre ellos, volviéndolos extraños a pesar del parentesco, ajenos a pesar de la convivencia. Pero entonces, en aquella tarde de abril, solo sintió el corazón acelerarse en su pecho, mientras los ojos de su tío se clavaban en los suyos.

—Así que, a pesar de lo que yo opino, tú insistes en seguir estudiando.

La voz sonaba de nuevo dura. Fuera lo que fuese lo que había ocupado su mente, su tío lo había apartado. Pero Áurea seguía sin entenderlo, ¿qué tenían de malo unos libros, unos exámenes...? ¿Por qué no podían comprender sus deseos de que en su vida hubiera algo más que rezos y encajes?

Inspiró hondo. Si la iban a acusar de insolencia, que fuera con motivos.

—Sé que solo buscan lo mejor para mí, tío, pero ya no soy una niña. Creo que lo que mi padre deseaba debería guiarte a la hora de tomar decisiones que me conciernan.

Un segundo, dos, tres... Contó hasta ocho antes de que su tío consiguiera sobreponerse al furioso estupor que su impertinencia le ocasionó.

—No, no eres una niña, pero esta obstinación tuya solo demuestra que eres más egoísta de lo que pensaba. ¿Es que no comprendes que nos pones a todos en evidencia con tu actitud? ¿Qué van a pensar nuestros conocidos, nuestros vecinos? Ya sé, porque lo has repetido una y otra vez, que tu padre quería que estudiaras. Pero tu padre no solo está muerto, sino que ni siquiera en vida fue un buen ejemplo de la existencia respetable a la que aspiro para mi familia. Lamento que no seas capaz de comprender que solo pretendo lo mejor para ti, pero tendrás que conformarte con esta vida que tan aburrida e insignificante te resulta.

Conmocionada, Áurea ni siquiera escuchó la irónica disculpa de su tío: las palabras sobre su padre habían pulverizado el resto del discurso.

—Mi padre era un hombre excelente —protestó con rabia—. El mejor que he conocido.

—Tu padre, mi hermano, fue un hombre egoísta que no dudó en hacer su voluntad como le vino en gana, sin pensar cómo afectaba eso a su familia. Ninguna consideración, ni de lealtad ni de respeto, pudo con su obstinación. Exactamente como tú en estos momentos. Pero será mejor que dejemos el tema; podría decir mucho más, pero ni tú tienes edad para entenderlo ni deseo hablar mal de un fallecido. Es mejor dejar el pasado enterrado; removerlo ya no puede hacer ningún bien. Eso es todo.

Y se puso en pie, dando por finalizada la entrevista, pero las palabras contra su padre habían azuzado una rabia profunda en Áurea. ¿Quién se creía su tío que era para hablar así? No era nadie. Nadie.

—Al menos él no pregona respetabilidad mientras escondía a amantes en

hostales —espetó a sus espaldas, cuando su tío se retiraba.

Nunca supo de dónde le surgió el atrevimiento para decir aquello. Se encogió cuando su tío se volvió, pero no pudo evitar el impacto de la bofetada que la hizo caer en la silla que había a sus espaldas.

—¿Cómo te atreves a hablarme así?

Una mirada de emociones se filtró en la entonación de su tío. Incredulidad, rabia, desdén, resentimiento.

—Mi padre era un hombre excepcional, a pesar de lo que usted diga de él —fue lo único que ella pudo replicar, con la mano en la mejilla abofeteada.

Aquel momento entre ambos resultó eterno y penoso. Ella se sentía clavada a la silla, incapaz de moverse.

—Eres como tu madre.

Las palabras de su tío, llenas de repugnancia, parecieron retumbar en la habitación. Joaquín le dedicó una última mirada asqueada antes de abandonar la sala, y cuando el sonido de sus pasos se disolvió en la oscuridad de la escalera, Áurea se sintió morir.

Consternada, corrió a esconderse en su habitación. Posiblemente, ni en sus peores sueños habría imaginado su tío que una joven que viviera bajo su techo pudiera mostrarse tan descarada e insolente. Pero es que Joaquín Nebreda no había tenido ningún derecho a hablar así de su padre. Ninguno.

Se encogió en la cama, sacando el medallón que ocultaba bajo sus ropas. Nada quedaba de su familia, pero a nadie iba a permitir traspasar aquella línea que su tío había bordeado. Si por decir la verdad y defender el recuerdo de quien más la había querido en esta vida, la mandaban interna a algún colegio estricto y cerrado de donde no saldría hasta su mayoría de edad, bienvenido fuera ese castigo.

Por primera vez desde hacía meses, tuvo que echarse sobre la almohada para ahogar el llanto que brotó incontenible.

Los días que siguieron le resultaron penosos. Por necesidad, tenía que encontrarse a su tío en la mesa del comedor y en las veladas tras la cena. Cuando se hallaba en casa, el comportamiento de su tío no dejó entrever ningún rastro de lo sucedido. Joaquín Nebreda apenas se dirigía a Áurea, pero cuando lo hacía sus palabras eran medidas, frías y correctas. Ella contestaba con igual urbanidad, mientras por dentro se sentía aterrada.

La simple idea de encontrarse con él a solas en la casa conseguía que las manos le temblaran. Aunque su tío se comportaba como si las palabras de Áurea nunca hubieron sido pronunciadas, ella estaba segura de que tendrían consecuencias. Alargaba cuanto podía su estancia en la academia, lo que ocasionaba las quejas de Paula, y cuando al fin volvían, se encerraba en su habitación para leer algún libro hasta que oía a su tío salir.

Así estuvo hasta que, una tarde de comienzos de mayo, la criada le avisó que su tío quería verla en el despacho. Áurea sintió el corazón en la boca. Mientras avanzaba por el pasillo, trataba de darse ánimos diciéndose que el horror de la familia al qué dirán impediría un castigo brutal.

Pero su tío no estaba solo en el despacho.

—Dios santo, Áurea, no imaginaba que hubieras crecido tanto. —Gerardo Ríos se puso en pie para besarla—. Creí que venía al encuentro de la niña que hacía pregunta tras pregunta en la biblioteca de su padre, pero es evidente que esta encantadora jovencita la ha relevado.

Desconcertada por la inesperada aparición, Áurea permitió su saludo, mirando a su tío. Después de año y medio sin verla y apenas tres cartas, lo último que esperaba era encontrar allí a quien se había negado a ser su tutor; y a juzgar por la expresión de Joaquín, él tampoco parecía muy feliz. De hecho, alegando una reunión de la Junta Directiva del Casino, delegó en su visitante las explicaciones oportunas y se marchó de la casa.

Áurea sintió alivio al verlo marcharse. Mientras se sentaba, Gerardo Ríos hizo varios comentarios sobre la ciudad, el excelente aspecto de Áurea y cuánto deseaba que se encontrara bien, antes de abordar el tema que lo había llevado allí.

—Verás, Áurea, cuando el director del Cisneros me dijo que había recibido una carta tuya, solicitando el traslado de matrícula a Burgos, me sentí muy

sorprendido. Estaba seguro de que tu tío se encargaría de todo lo relativo a tu educación.

A ella no se le había ocurrido que el director del instituto, antiguo amigo de su padre, pudiera ser también amigo de Gerardo Ríos. Pero eso no eliminaba el resquemor que sentía contra aquel hombre que la había alejado de sí en cuanto había podido.

—Mi tío «se encarga» de todo lo relativo a mi educación. Que una chica quiera saber algo más que rezos y costura no entra en esa categoría.

Gerardo Ríos no pareció alarmarse por su tono mordaz, pero entendió a las claras sus sentimientos.

—Áurea, quiero que sepas que, cuando renuncié a tu tutela, lo hice pensando en tu bien. Sé que Andrés tenía ideas propias sobre tu educación, pero limitarte la posibilidad de ser criada como una joven de tu clase necesita... No, no creo que en eso estuviera acertado.

Áurea contuvo las ganas de replicar que, para decirle aquello, no hacía falta venir desde Madrid.

—Pero cuando Sáez Orive me habló de tu carta —continuó él—, reconozco que las dudas me asaltaron. Yo habría tenido que enviarte a un internado, por supuesto, no habría tenido otra opción, y la posibilidad de estar con tu familia me pareció en su momento la mejor solución.

—Estoy bien con mi familia, don Gerardo. No se preocupe.

—El caso es que tu carta me hizo sentir algo culpable. Así que reuní al consejo y les recordé que el testamento de tu padre establecía un fondo específico para estudios, incluida la carrera universitaria de tu elección, si consiguieras ser admitida. Por supuesto, si no quisieras estudiar, ese dinero se uniría al resto y lo recibirías al cumplir los veintitrés años, o al casarte. Pero tu carta significaba que deseabas estudiar. Hubo ciertas dudas, pues el Código Civil dice que un tutor no puede ignorar la voluntad del padre fallecido de dar al menor una carrera u oficio, pero tú eres mujer y, por tanto, no necesitas oficio. En cualquier caso, lo que no es discutible es que tu padre quería que estudiaras. Así que finalmente decidimos consentir que continúes el bachillerato, con la única condición de que esos estudios no interfieran con la formación que tu tía considere adecuada para una joven de tu edad. Creo que es lo que querías.

Áurea lo miró con ironía. Era lo que quería, sí; pero siendo su vida, todo pasaba a sus espaldas. Unos hombres a los que apenas conocía habían decidido permitirle estudiar. También habrían podido decidir lo contrario.

—¿Sabe esto mi tío?

—Por supuesto. Hablé con él después de la reunión del consejo.

—¿Y está de acuerdo?

—No. Le parece totalmente inadecuado. Pero si el consejo decide que puedes seguir estudiando, tu tío no puede oponerse.

—¿Y dónde voy a vivir, si estudio?

—Pues aquí. ¿Dónde, si no?

—No creo que a mi tío le agrade que viva en su casa, en estas circunstancias.

—Bueno, estas cosas no son tan sencillas, es tu familiar más cercano y tiene una responsabilidad a la que no puede renunciar así como así. Si fuera otra cosa... Pero solo se trata de cumplir los términos de un testamento, y no creo que cumplir un deber pueda encuadrarse en las causas legítimas para renunciar a una tutela. Además, Joaquín Nebreda es un hombre honorable. Él no se desentendería de su responsabilidad.

Era imposible que aquellas palabras no trajeran a la mente de Áurea el recuerdo del hostel. Tuvo que morderse la lengua varias veces para poder volver al asunto de sus estudios.

—Y aunque me dejen seguir viviendo aquí, ¿cómo voy a estudiar? Para mis tíos es impensable que una muchacha asista a un instituto.

—Bueno, no estás matriculada como alumna oficial, sino como alumna libre. No hace falta que asistas a las clases. En el Cardenal Cisneros hay varias chicas que así lo hacen. No te diré que a todo el mundo le agrade verlas, pero se sientan juntas en la primera fila del aula, en los claustros las supervisa el bedel, y no hay ningún problema con ello. Aunque supongo que en Burgos puede ser algo diferente.

—En Burgos no sé. En la casa de mis tíos sí, desde luego.

—Bien, entonces lo lógico es buscar alguien que pueda supervisar tu formación. Pediré a tu tío que se encargue de encontrar la persona adecuada.

Así zanjado el tema, su conversación derivó hacia otros asuntos. Supo por él que una familia emigrada de Alsacia había alquilado su casa el año anterior. No es que aquello la hiciera feliz, pero por momentos le parecía que aquel hombre le hablaba de otro mundo, al mencionar a personas y lugares que hacía más de un año que no frecuentaba. Ríos le preguntó por el colegio, por las amigas que había hecho, por los cuentos que tanto le gustaba escribir. Áurea respondió sin entusiasmo y, poco a poco, los temas de conversación se les acabaron. Cuando él al fin se despidió para retomar su camino al balneario de Cestona, del que Burgos y ella solo habían sido una estación de paso, Áurea fue intensamente consciente de lo sola que estaba en la vida. Paula, Ignacio y su anciana aya: esos eran todos los afectos que había reunido a su alrededor. Esas eran todas las ayudas con que podía contar.

A pesar del enfado de Joaquín, a quien más disgustó la decisión del Consejo de Familia fue a Luisa. Cuando su esposo le comunicó que Áurea estaba matriculada en el instituto para el curso siguiente, no pudo disimular su resentimiento. Así que la hija se iba salir con la suya como lo había hecho antes la madre. Pero su negativa a ocuparse de ella en tales circunstancias encontró el rechazo de su esposo.

—La decisión del consejo es legal. A mí me disgusta más que a ti, pero no puedo oponerme.

No hubo más que decir. Tampoco su razonamiento de que ninguna familia de bien la aceptaría entre sus miembros fue aceptado por Joaquín.

—Confío en tu capacidad para encontrarle un buen enlace.

Durante un instante, Luisa estuvo tentada de dejar la prudencia y decir lo que realmente pensaba. Sin embargo, se contuvo. Algún día, una discusión sobre Áurea los llevaría a discutir sobre Teresa. Sobre lo que Luisa sabía, lo que había visto, el dolor que permanecía clavado en su corazón desde hacía tantos años. Algún día, pero no aún.

No le quedó más remedio que aceptar que Áurea estudiaría lo que le diera la gana. Para más escarnio, tuvo que encargarse de buscar un profesor que pudiera instruirla en casa. En ese momento, pensó que ni a propósito Joaquín podría humillarla más.

Se equivocó. Días después, la visita de Antonia Sánchez asestó una puñalada mortal a su orgullo.

La Tona, como la habían llamado toda la vida en Salas, había trabajado como criada en casa de sus padres. La recordaba con afecto, una mujer recia, tempranamente viuda, que había sacado adelante a sus hijos gracias a su duro trabajo al servicio de los padres de Luisa. Siempre que regresaba a Salas, Luisa se encargaba de que le entregaran alguna cesta con verduras o embutidos de las granjas. Pero aquel día hubiera deseado fulminarla.

La mujer pretendía que Luisa intercediera por su nieto. Un tal Manuel, hijo de su difunto Antonio. Luisa lo había visto alguna vez en Salas, pero no comprendía qué tenía ella que ver con aquel asunto.

—Porque usted es la única que puede ayudarme, señora, que es buen chico pero tiene mal vino, y uno de los obreros le tiró de la lengua, pero señora Luisa, se lo juro, nunca le haría daño al señor. Fue el disgusto, figúrese, luego metió la cabeza en la fuente y se le pasó, pero alguien le fue al administrador con el cuento, y ahora en el cuartelillo quieren darle caza como a un perro rabioso. Y no, señora, que no puede ser, yo respondo por él, que es el único que me queda, y aunque ya le han *quintao* y se libró, si el señor retira la denuncia se va a África sin decir ni mu, pero por lo más sagrado, señora, haga que el señor quite la

denuncia.

Exasperada, Luisa hizo un gesto de rechazo cuando la anciana amagó con arrodillarse ante ella.

—Por la Virgen santísima, Tona, ponte en pie, que no tienes edad.

—Lo que no tendré son ganas de vivir si le pasa algo a mi Manuel, señora. Que solo es un chiquillo, y no es malo, se lo juro que no es malo, es solo que esa perdida se le metió en la sangre y...

La mujer calló abruptamente. Después de tantas vueltas y ruegos y llantos, Luisa supo que por fin habían llegado al fondo del asunto.

—Así que todo ha sido por una mujer.

Las arrugas se acentuaron alrededor de la boca de la anciana cuando apretó los labios. Pero Luisa no tenía paciencia para aquello. Su exigencia de que se explicara encontró el gesto dolorido de la mujer, lágrimas, excusas, gimoteos, y finalmente, cuando ya desesperaba de llegar a ella, la verdad.

—Señora, es que para mi nieto ella ya está muerta, y para sus tíos, que la han criado, también. Solo quiero que mi Manuel no pague por una perdida que lo ha vuelto loco.

La mujer extrajo un pañuelo de la manga del vestido y se secó las lágrimas a medio derramar.

—¿Me hablas de Paca, la del hostal?

—Sí, señora.

—¿Está embarazada?

El silencio culpable de la anciana fue más expresivo que cien mil afirmaciones. Luisa suspiró.

—Y deduzco que, según los chismosos del pueblo, mi marido es el padre de la criatura.

La mujer se santiguó y comenzó a gimotear de nuevo.

—Ay, señora, que yo no le quiero mal a nadie, que yo solo quiero que dejen a mi Manuel irse a África *pa* olvidarla. Que con el pronto del cabo Núñez, si entra en el cuartelillo no sale, señora, que bien sabe todo el pueblo lo que le pasó al pequeño de los Ulloa el año pasado... Y que no tengo más, que ya Dios me quitó dos hijos y un marido, y es mucho, señora, es mucho *pa* llevar a cuestras...

Los gimoteos dieron paso a un llanto quedo, y Luisa se acercó a la ventana para darle tiempo a rehacerse.

Bueno, estaba hecho. Se había empeñado en saber la verdad, y ahora ya no podía ignorarla.

Sonrió con amargura a su reflejo en el cristal; sus sospechas nunca andaban desencaminadas. Tanto viaje a Salas, tanta explicación sobre la fábrica y las tierras, y los problemas de unos y otros... ¿Desde cuándo le importaba a Joaquín

la fábrica? Y lo peor era que podría haberlo sabido antes, pero no había querido. La imagen empañada que le devolvía el cristal era la de una mujer aún joven de ojos brillantes y piel tersa, pero era solo la ilusión de las imágenes borrosas. Una falsedad. Se estaba haciendo mayor, perdía la energía...

O las cosas ya no le importaban tanto.

Pero necesitaba que le importaran. No por ella, sino por Paula. Con uñas y dientes iba a defender lo que correspondía a su hija. Había tenido que tolerar lo de Áurea, pero todo podría cambiar si el bastardo por llegar fuera un chico.

Se volvió hacia la mujer.

—Te ayudaré, Tona, pero de esto ni una palabra a nadie. El señor no tiene nada que ver con la muchacha, y yo no sé nada de esto. ¿Queda claro?

La mujer le juró que callaría y se deshizo en exclamaciones de agradecimiento. Incómoda, Luisa apartó la mano cuando la anciana trató de besarla, y le ordenó irse ya.

Sabía qué tenía que hacer: encargar aquello a Pedro Herrero.

Conocía al administrador desde que eran niños. Desde que jugaban en los trigales a las afueras de Salas y bajaban al río a pescar cuando nadie estaba pendiente de ellos. Él enganchaba en su anzuelo las lombrices que había recogido para ella, y luego compartían los dulces que Luisa sacaba de la despensa de su casa. A veces, su madre parecía desconfiar de aquella relación entre ellos, tan cercana, pero su padre siempre la disculpaba —«aún son unos chiquillos, mujer, y Pedro la quiere como un hermano»—. Luisa, que ya tenía un hermano al que adoraba, no podía confesar que lo que sentía por aquel amigo del que no se había separado hasta los quince años tenía poco de fraternal.

La marcha del joven para estudiar comercio en la capital le había dolido, pero había tenido que sobreponerse, porque su madre, con su voluntad de hierro y su ojo para las oportunidades, había comenzado a valorar las ofertas por su mano. Y poco después había llegado la propuesta de Joaquín Nebreda, y su futuro se había decidido.

No podría haber sido diferente. La fortuna de los Montero hacía imposible su afecto por Pedro. Y así, pronto cada uno siguió su camino; Luisa aceptó la oferta del hijo de una familia «bien» venida a menos, un enlace que ennoblecía el dinero generado por el ingenio azucarero que su padre había vendido en Cuba; y Pedro se casó con Reme, la del molino, y sucedió a su padre en la administración de las propiedades de los Montero ahora en manos de Joaquín Nebreda. La última generación de los Herrero al servicio de esas propiedades, pues Pedro y Reme, que había fallecido aún joven el año anterior, no habían tenido hijos.

El tiempo había alejado sus vidas sin distanciarlas del todo. Durante el año,

se veían a veces durante el mes de veraneo en Salas, o cuando el administrador era llamado por Joaquín a Burgos. Y era tan curioso como triste que, después de tantos años y la distancia social que separaba sus existencias, cuando la obra de su vida se enfrentaba a problemas, en la única lealtad que pudiera confiar fuera la de Pedro Herrero.

Durante la primavera, la seguridad de que el administrador gestionaría aquel asunto con discreción hizo que Luisa alejara de su mente aquel problema para volcar todo su esfuerzo en la enorme casa que su marido había construido en el paseo de la Isla. Conseguir que aquellas grandes estancias resultaran cálidas y acogedoras requería dinero y tiempo. El primero no era un problema; no tenía por qué escatimar en gastos a la hora de volver habitable aquella casona. Ventanas labradas, vidrieras policromadas, suelos de bruñida madera, baldosas hidráulicas...

En cuanto al tiempo, tampoco lo era. Precisamente aquella actividad era un alivio para Luisa, porque le impedía pensar en el próximo nacimiento del bastardo de su marido. Solo de vez en cuando recordaba aquel desagradable asunto, cuando Pedro acudía a la casa y ella aguardaba expectante hasta saber a quién venía a ver. Cuando el administrador entraba en el despacho de su marido, respiraba hondo y regresaba a su vida.

Por eso, cuando a mitad de junio el administrador se presentó en la casa y pidió hablar con ella, supo que el momento había llegado.

Luisa dejó a un lado las muestras de telas para la sala de música de la nueva casa y dio orden de hacer entrar al administrador. Mientras aguardaban a que Matilde le trajera una copa de jerez, Luisa habló del frío del último mes, de la marcha de la sementera y la madurez del cereal. En cuanto la copa estuvo servida y Matilde de vuelta a su trabajo, no pudo contenerse más.

—¿Ha sucedido algo, Pedro?

Contuvo el aliento mientras él tomaba la copa, la acercaba a los labios y, sin mojarlos siquiera, la bajaba de nuevo con desazón.

—Sí... Pero, señora, esto no está bien. Si el señor se enterara...

—Te aseguro que no debes temer verte perjudicado.

—No lo temo. No me preocupa mi posición. Se trata de que no está bien que yo me entrometa en asuntos privados.

Luisa pasó lentamente la mano por el brazo de su butaca. La luz que se reflejó en su alianza la hizo parpadear un par de veces.

—Son privados solo mientras un hombre lo desea —reflexionó sin

emoción, con la mirada fija en sus dedos extendidos sobre la tela rojiza—. Si de repente, años después, decide hacerlos públicos, entonces las cosas ya no tienen remedio. Por eso tengo que ocuparme ahora, Pedro. Si la lealtad que debes al señor es mayor que la que me tienes a mí, entonces...

Dejó la frase en suspenso, sin mirarlo. Él, sin embargo, sí la miró a ella. En silencio, un largo instante.

—Sabe que eso no es así.

Era la respuesta que Luisa esperaba.

La que no soportaría dejar de recibir.

—Entonces, dime de una vez qué ha sucedido.

El hombre inspiró hondo.

—La muchacha estuvo aquí, en la Casa de Maternidad.

—¿Estuvo? ¿Es que ya no está?

—No. Dio a luz hace quince días. Una niña.

—¿Se la ha dejado a las monjas?

Él negó con la cabeza.

—La niña no sobrevivió más que unos días. La enterraron allí mismo.

Un suspiro de alivio escapó de los labios de Luisa. No era desalmada, lamentaba que la pobre criatura hubiera fallecido, pero siendo práctica, la infeliz estaría ya en la gloria del Señor, y ella acababa de librarse de un problema.

—Y Paca, ¿adónde ha ido?

—No lo sé. No dejó dirección ni explicó sus intenciones.

—Qué intenciones va a tener, después de esto. Suerte tendrá si es capaz de no acabar en un burdel. En fin, no le deseo ningún mal, pero, eso sí, no la quiero más en Salas. Si vuelves a verla por allí, dale tres meses de jornal y que abandone el pueblo cuanto antes.

Pedro Herrero no contestó al momento. Tendió la mano hacia la copa, inclinándola sin levantarla de la mesa. Sabía bien el precio de aquel líquido oscuro y cobrizo porque él mismo en persona había encargado las botellas en La Colonial. Lo que no sabía era si Luisa Montero creía que la riqueza que tanto se esforzaba en demostrar lo impresionaba algo, cuando las botellas de a seis duros, la lujosa casa del paseo y los pendientes de brillantes tenían para él un mismo significado: el precio de su venta al mejor postor.

Su mirada seguía fija en la copa cuando se atrevió a decir lo que pensaba.

—Eso no es justo, señora.

Luisa, que después de escuchar las noticias se había relajado, alzó la cabeza con sorpresa.

—¿Cómo has dicho?

—He dicho que no es justo. La Paca no tiene más familia que sus tíos. Si

ellos quisieran emplearla otra vez en el hostel, debería dejar que lo hicieran. No sé si podrán perdonarla; pero si lo hacen, no creo que ni yo ni usted tengamos autoridad moral para echarla de allí.

El inicial asombro de Luisa se transformó en indignación. Si Pedro Herrero creía que, porque ella le seguía con infantil devoción cuando eran niños, iba a tolerar una insolencia así, era que no la conocía en absoluto, o había perdido la conciencia de la realidad.

—Sin embargo, no recuerdo haber preguntado lo que tú crees. Solo te he dicho que no la quiero allí.

—Y que yo debo ocuparme de echarla.

—No te ocupes tú, si tienes tantos escrúpulos. Avisa al cabo Núñez cuando lo veas. Estoy segura de que él sí sabrá lo que hacer en este caso. Pero en cuanto a ti —añadió con frialdad, poniéndose en pie—, esos miramientos no casan bien con tu trabajo, Pedro. Me temo que vas a tener que decidir de parte de quién estás.

Luisa sintió la soberbia de su propia frase restallando entre ambos y, conteniendo el aliento, aguardó la reacción del administrador. Pero esta no se produjo, más allá de la rigidez con que Pedro Herrero se puso en pie para inquirir si mandaba alguna cosa más. Luisa no contestó, y él salió por la puerta sin mirar atrás, dejándola dividida entre la rabia por su insolencia, el asombro por su atrevimiento y la íntima pena que siempre le producía la deslucida imagen de sí misma que veía reflejada en los ojos de aquel hombre.

*Burgos, otoño de 1917*

La huelga de las Navidades de 1916 contra la que tanto había protestado Joaquín Nebreda no terminó con las tensiones sociales y económicas del país. Al contrario, el hecho de que nada cambiara tras esta dio razones a quienes exigían una actitud revolucionaria para solucionar de una vez por todas los problemas de aquella sociedad hastiada.

Y así, en agosto de 1917, la subida de precios que incrementaba los beneficios de la oligarquía industrial pero no se trasladaba a los jornales, las duras condiciones de vida de mineros y obreros, la existencia de grandes propietarios absentistas frente a masas de campesinos sin tierras que debían aceptar rentas abusivas se conjugaron para impulsar la convocatoria de una huelga general que se dejó sentir con intensidad en las zonas industriales. Una dura represión con setenta muertos, cientos de heridos y miles de detenidos, que a la postre costaría a Eduardo Dato su puesto como presidente del Gobierno, puso fin a esta. Pero todo eso, Áurea no lo supo hasta su regreso a la academia.

—Fue mucho peor de lo que esperaba. Te confieso que pasé miedo. Mucho miedo —admitió *madame* Roche, elevando los libros hacia la escalera de mano.

Faltaban pocos días para la apertura de la academia, y ella y sus dos criadas estaban terminando la limpieza general de las salas. Con la excusa de ayudar, Áurea había obtenido permiso de su tía para pasar allí la mañana. Por supuesto, después de todo un verano en que apenas había podido hacerse con un par de periódicos, lo que la había llevado allá no era la intención de tomar un trapo y quitar el polvo. Eso lo sabía muy bien *madame* Roche, pero no le importaba fingir que la joven había acudido para ayudarla.

—*Madame*, todo eso que me ha contado es horrible. —Desde lo alto de la escalera, la voz de Áurea reflejó consternación—. Quiero decir, los mineros estaban desarmados, había mujeres con ellos, y que el ejército no dudara en disparar...

La profesora asintió, tendiéndole los libros de poemas.

—Fue horrible, sí. Desde la casa de mi prima oía los disparos, y los gritos, y no podía hacer nada. Luego salieron a cazarlos en los montes. Dos de mis primos de La Felguera están presos. Tuvieron suerte; varios de sus compañeros

murieron. Algunas minas siguen cerradas, en otras han vuelto algunos mineros... En cuanto fue seguro viajar, me fui de allí. Tuve que dejar a mi prima al cuidado de una vecina, pero te confieso que, egoístamente, me sentí aliviada de poder escapar.

Áurea terminó de colocar los libros y bajó de la escalera.

—En Zarauz escuchamos hablar de la huelga, pero salvo por los retrasos de los trenes, apenas nos enteramos de nada. La verdad, me siento algo culpable de haberme mantenido tan ignorante.

—No tienes por qué; yo preferiría seguir ignorante. Soy la primera que cree que hay que mantener el orden, y no simpatizo con esos anarquistas que lo mismo asesinan a un capataz que a Canalejas. Pero, por otra parte, la vida en la mina es tan dura, y lo que reciben a cambio tan poco... Cómo no habrían de estar desesperados, si se parten el alma para sacar dos míseros duros con los que apenas pueden comprar nada. Si vieras aquello, todo tan triste y áspero... En cuanto lleva una semana sin llover, no hay quien abra las ventanas. La ropa de cama, la vajilla, la comida de la despensa... todo se llena de un polvo negro que no hay quien saque. Y luego, los accidentes, que el pueblo está lleno de viudas y huérfanos. Y mientras cada día el pan es más caro y ellos no pueden ni comprar medicinas para sus hijos, los patronos construyen ostentosas casas donde invitan a sus amigos a *champagne* y ostras. Tuve miedo, pero te confieso que comprendo su desesperación.

Se volvió para anotar en un cuaderno el número de barras de cera utilizadas para abrillantar la madera. Áurea se alegró de que la mujer no viera su cara, pues inevitablemente había pensado en la fiesta de presentación que sus tíos iban a ofrecer en cuanto se trasladaran a la casa nueva.

—Vete a saber cuántos quedan en los montes, sin querer volver o sin atreverse a hacerlo —terminó *madame* Roche, cerrando el cuaderno con decisión y quitándose los manguitos con que había protegido su vestido—. Pero dejemos ese tema, que me deprime, y hablemos de algo más alegre. Por ejemplo, ¿a quién conoces hoy de toda esa gente que aparece en el *ABC*? Me vendría bien escuchar una de tus historias...

A punto de tomar el periódico, Áurea se dio la vuelta con recelo.

—*Madame*... si se refiere a eso... En realidad, no es que sean «mis» historias...

—¿No? —Se había sentado en su butaca, y la miraba con algo que a Áurea le pareció diversión—. Pues es una lástima. Ya creí que tenía asegurada una fuente inagotable de entretenimiento. Si las historias no son tuyas, ¿de dónde las sacas, si puede saberse?

Áurea buscó rápidamente alguna justificación, pero no podía mentir

abiertamente.

—No las saco de ningún sitio.

—Las inventas.

A regañadientes, la muchacha lo admitió.

—Sí.

—No te sorprendas, cualquiera podía ver que era mucha casualidad que casi cada semana apareciera en el *ABC* alguien a quien conoces, teniendo en cuenta que te fuiste de Madrid con trece años. Pero me gustaba tanto escuchar tus historias que me costaba prescindir de ellas. Estuvo mal dejarte continuar con la ficción, pero la disfrutaba.

—Yo nunca he deseado mentirle, *madame* —se excusó, sabiendo que eso era exactamente lo que había hecho.

—No importa, Áurea. En realidad, yo soy más culpable que tú. Tus tíos me han confiado tu educación, y aunque no creo que hayamos hecho mal a nadie, puesto que las clases de cultura general apenas te aportan nada nuevo, sí tengo curiosidad. Me gustaría saber por qué...

Resignada, Áurea comenzó a explicarse, aunque eso supusiera confesar su aburrimiento ante las clases de bordados, protocolos y etiqueta. Fue consciente de la atención, incluso simpatía, con que *madame* Roche la escuchó; y aunque no pretendía hacerlo, acabó por hablarle de su padre, de las ilusiones que tenía respecto a ella, de la presión de su tía para convertirla en una joven virtuosa y modesta, de su resistencia a encajar en un molde que la asfixiaba, de su deseo de ir a la universidad...

Cuando acabó, la profesora la contempló pensativa. Áurea supuso que también a ella le desagradaba aquella pretensión que nadie, salvo su difunto padre, parecía considerar adecuada. Pero no era eso lo que la mujer estaba pensando.

—Áurea, llevas en esta academia un año, y casi desde el principio supe que eras una joven inteligente y curiosa. Pero con toda tu inteligencia, aún no has sido capaz de comprender que, si tales son tus deseos, con más motivo debes encajar en el molde.

Desde luego, no era lo que Áurea esperaba escuchar. Se mantuvo expectante mientras la mujer explicaba que solo siendo más virtuosa, correcta y discreta que las demás podría permitirse ciertas peculiaridades. Según *madame* Roche, si las demás eran piadosas, ella había de serlo dos veces. Si las demás eran modestas, ella sería un modelo de discreción y recato.

—Que nadie pueda reprocharte nada. Que seas tú el ejemplo de comportamiento que las demás imiten. Acude todos los días a la iglesia, aumenta tus obras de caridad, domina esa inquietud intelectual que sientes, en vez de

dejar que ella te domine a ti. No vayas de frente cuando sientas una injusticia, sino busca una manera sutil de resolver la situación.

—Eso suena a hipocresía.

—Eso es sensatez. ¿Acaso crees que sirve de algo derribar un muro a cabezazos, si te abres la cabeza? Te aprecio, Áurea, y disfruto de tu compañía, pero no soy ciega a tus defectos. Y el principal es tu impulsividad. Acabarás aprendiendo que, en esta vida, no hay gran cosa que ganar cuando se deja al corazón tomar el control de tus actos. Lo que no sé es qué precio habrás pagado para entonces.

La reflexión hizo pensar a Áurea. Era consciente de que *madame* Roche no le había dicho que debía renunciar a sus deseos; solo que debía perseguirlos con mayor sutileza. Pero recordaba a su padre negándose a disculparse con el rector, y fingir que estaba de acuerdo con cosas que le disgustaban le parecía una traición a su memoria.

Sus recelos fueron desechados por la profesora.

—Tu padre era hombre —concluyó con contundencia—. Para ellos todo es más fácil, y no comprenden el sutil equilibrio que nosotras debemos mantener entre la apariencia y la realidad de nuestra vida. Si lo que más deseas en este mundo es ir a la universidad, encontrarás tu ocasión. Pero mientras esta llega, no puedes dar carnaza a los chismosos que no tienen nada mejor que hacer que criticar a los demás. Tu comportamiento será tu protección, Áurea. Hagamos que sea exquisito.

Y así, ignorando las dudas de la joven, la mujer se tomó como un deber personal convertir a Áurea en el paradigma de todo aquello que detestaba. Etiqueta, urbanidad, reverencias, saludos, frases de cortesía... Áurea callaba y trataba de cumplir lo exigido, aunque no estaba segura de que la mujer tuviera razón. Al fin y al cabo, vivía de dar clases como aquellas, ¿qué otra cosa iba a decir, sino que eran necesarias?

Lo intentó. Al margen del tiempo dedicado a sus clases con el profesor Gil, el resto del día trató de cumplir lo que su tía pretendía: colectas de caridad, visitas sociales, misas en la capilla del Cristo de la catedral... Ciertamente que la charla de las amistades de su tía la aburría mortalmente, y que el rato en la iglesia lo aprovechaba para repasar mentalmente sus lecciones; pero como en las reuniones permanecía callada con modestia, y en la iglesia arrodillada, con la frente apoyada en las manos, su tía Luisa acabó por creer que su influencia estaba consiguiendo cambiar a la joven.

Desde luego, el momento era el adecuado; ya no estaban de luto y acababan de trasladarse a la casa del paseo de la Isla. Aquella mudanza daba paso a una nueva etapa en sus vidas, en la que el principal objetivo sería conseguir enlaces matrimoniales adecuados para Paula y Áurea.

El primer paso hacia dicho propósito fue la fiesta de inauguración de la casa. Aunque ante sus amistades Luisa presentó su fiesta como una «pequeña reunión íntima», el listado de invitados incluyó a todas aquellas familias «bien» de Burgos y alrededores que tenían entre sus miembros hijos en edad casadera, y todos los compromisos políticos y sociales que recordó, aunque su relación no fuera más allá de correctos saludos en el Espolón.

Entre las familias invitadas estuvieron los Amat. Una familia a la que Luisa no conocía, pero Joaquín le ordenó incluirla en su listado.

—Estoy muy interesado en mantenerme en buenos términos con el señor Amat. Lo conocí en la Junta Directiva del ferrocarril entre Haro y Ezcaray. Hasta hace poco era dueño de una fábrica de sedas en Reus, pero tuvo que venderla cuando los anarquistas tirotearon al encargado. Ha comprado una patente en Checoslovaquia para fabricar seda a partir de celulosa de esparto, y busca un socio industrial que desarrolle el proyecto. Tal como está la fábrica, asociarme con él sería una oportunidad magnífica. Comparto su idea de que el futuro del textil no está en las fibras naturales sino en las artificiales, así que confío en ti para hacer que se sienta como en su casa.

—¿Tiene hijos, el señor Amat? —preguntó Luisa, indiferente a la superioridad del esparto sobre los gusanos de seda, pero muy centrada en sus planes matrimoniales.

El descubrimiento de que había un hijo al que el padre estaba formando para hacerse cargo de sus negocios el día de mañana encendió la luz.

—¿Y está casado, ese hijo?

—No. No creo siquiera que esté prometido. Parece que le está costando terminar sus estudios. Pero en cuanto lo haga, su padre lo nombrará socio del negocio familiar.

Socio del negocio familiar. No existían palabras más atractivas para una madre. Luisa envió de inmediato al matrimonio una invitación para alojarse con ellos unos días con motivo de la fiesta. Se sintió muy complacida cuando Bárbara de Amat la aceptó en nombre propio, de su marido y de su «querido hijo, Roberto».

Cuando los Amat llegaron a Burgos la víspera de la fiesta, Luisa apreció de inmediato la calidad social de aquella familia. En la cena de recibimiento para hacerlos sentir «como en casa», tanteó las ideas de Bárbara de Amat sobre el futuro de su hijo. La mujer no tenía dudas sobre la importancia de instruir a

muchachas modestas, piadosas y cristianas, esposas ideales para hombres de alta valía como su querido Roberto. Nada fortalecía más un hogar que una muchacha con la mezcla perfecta de dulzura y paciencia, decoro, modestia, carácter y buen juicio.

Luisa tomó nota mental de aquello, decidida a utilizar su estancia para mostrarle a Paula como modelo de aquel ideal. En cuanto al joven Roberto, en quien tantas esperanzas tenían puestas sus amantísimos progenitores, le pareció poseedor de una mente más metódica que brillante, por decirlo con amabilidad. Pero eso no era ningún inconveniente para la felicidad de una esposa; más bien al contrario. Un joven moderado y discreto de una familia adinerada y bien relacionada. No podía pedir más.

Quien no afrontó la fiesta con la misma satisfacción que Luisa fue Áurea. A pesar de las palabras y consejos de *madame Roche*, era demasiado consciente de que, a partir de aquel día, su tía comenzaría a maquinarse para casarlas.

De hecho, sabía que aquella fiesta era el primer paso de su plan. Por mucho que su tía hubiera restado importancia a la reunión, no podía ser casualidad que aquella noche hubiera reunido a la flor y nata de los jóvenes solteros de Burgos. Áurea charló con varios muchachos que conocía, hermanos de sus compañeras en las Damas Negras o amigos de Ignacio o Gabriel. Y lo hizo según los consejos de *madame Roche*: escuchó sus conversaciones con atención, rio sus bromas con modestia y los contempló como si de sus bocas salieran perlas de sabiduría, en vez de las arrogancias algo ingenuas de jóvenes que veían el mundo como un coto de caza fascinante e inexplorado.

Lo que no hizo, a pesar de las múltiples peticiones que recibió, fue bailar con ninguno de ellos. Sus negativas, cordiales pero firmes, generaron desilusión en los jóvenes, y sorpresa y reticencia en sus madres. Algunas, las menos, las achacaron a aquel luto recién levantado que la joven podía llevar aún en el corazón. Otras, las más, lo creyeron una artimaña para espolear el interés de los jóvenes; artimaña que, siendo hija de quien era, la joven debía llevar en la sangre.

Ni unas ni otras estaban en lo cierto. A Áurea nunca le habían gustado la música ni el baile. No es que no poseyera esa capacidad de apreciar una melodía que en una mujer denotaba sensibilidad y buena crianza. Era peor: la música le hacía sentir tensa, inquieta y enfadada.

Aquel día, su malestar había comenzado ya por la mañana, con los últimos preparativos de la fiesta. El continuo ruido de muebles en movimiento y voces

emitiendo instrucciones había acabado por irritarla de una manera que a ella misma le resultaba ilógica. Un poco de nerviosismo habría sido comprensible, pero ella no estaba nerviosa, sino de mal humor. Durante todo el día, ráfagas de recuerdos inconexos se habían deslizado en sus pensamientos, generándole una angustia inexplicable. Tul blanco. Luces deslumbrantes. Una risa cristalina. «No, Áurea, no. Quita. Vete. No.»

Había estado tan tensa que incluso había discutido con Paula. Ni siquiera recordaba por qué. ¿Le había dicho de malos modos que se pusiera como le diera la gana aquel broche que había cerrado y abierto docenas de veces ante el espejo? ¿Le había pedido que no volviera a preguntarle si los rizos quedaban mejor cayendo ante las orejas o tras ellas? Daba igual, el caso es que su prima, ofendida, había anunciado que aquella noche prefería la compañía de Sole a la suya, y la estaba ignorando por completo.

Y aunque Áurea trataba de sobrellevar aquel rechazo charlando con los asistentes y sonriendo, se sentía triste, observada, criticada y confundida. Como si aquella fiesta, la música, las risas y conversaciones de los invitados le fueran a robar algo.

En cierto momento, la sensación de sentirse abandonada entre la multitud la sobrepasó. Abandonó el salón en cuanto la orquesta retomó los instrumentos tras el descanso. Quería estar sola, y el único sitio donde supuso que podría estarlo, en una noche fría como aquella, era en la terraza exterior que comunicaba con el invernadero.

Tras asegurarse de que no había nadie allí, se acomodó en el diván recubierto de cojines rojizos, encogiéndose las piernas bajo el vestido como cuando era pequeña y se escondía tras las cortinas del mirador. Pero ni siquiera allí, en el exterior de su nuevo hogar, a cubierto de una gélida noche que presagiaba nieve, podía librarse de una intensa sensación de tristeza para la que no encontraba razones.

Apenas fue consciente de que había roto a llorar hasta que una voz inquirió desde el seto:

—¿Se encuentra bien?

Sobresaltada, ella emitió un gritito sofocado. Miró hacia su izquierda, hacia el pantalón grana con raya azul y las botas negras que revelaban la presencia de un soldado de infantería. Cuando el hombre dio un paso al frente, Áurea descubrió, pasmada, que ya lo conocía.

Ante su exclamación de sorpresa, el joven hizo amago de retirarse. La mano de Áurea lo retuvo cuando estaba a punto de abandonar la terraza. Aquel era el joven al que había visto discutir con su tío en Salas, el que había hecho llorar a la joven del hostel. El tercer vértice de un triángulo que había desazonado a Áurea

profundamente. La pregunta con que evitó que él se fuera —«Usted no es invitado, ¿verdad?»— provocó la burla del joven.

—Ha debido descender mucho el listón de la exigencia de su padre, si me ha creído uno de ellos.

El joven, que se presentó como Manuel Ochoa, había acudido como chófer del coronel Revilla. Áurea le aclaró que era la sobrina de Joaquín Nebreda, no su hija. Luego, cuando iba a preguntar por qué estaba escondido en el jardín, se le ocurrió que tal vez sus intenciones no fueran del todo honestas. Su temor debió de reflejarse en su rostro, pues él resopló, mordaz, en la penumbra.

—Esté tranquila. No tengo nada contra usted. Solo quería ver.

—¿Ver? ¿Qué se puede ver en un jardín a escondidas en una noche oscura?

—Cómo es la vida cuando se puede obtener de ella cuanto uno quiere.

Un rayo de luna se coló un instante entre las nubes, suficiente para que Áurea siguiera la dirección de su mirada hasta las ventanas donde se recortaban siluetas a contraluz. Pero ella no creía que nadie pudiera tener cuanto quiere de la vida, y él replicó que, entonces, sería porque quieren demasiado.

La respuesta sonó implacable. Áurea no pudo resistirse a preguntar por la joven del hostel de Salas. ¿Era su novia, su hermana...? La pregunta sorprendió al joven, pero también pareció divertirlo.

—Supongo que podría decirse que era mi novia. Era. Ya no es nada.

—¿Sabe si está bien? ¿Ha...?

—He oído en el pueblo que tuvo una niña. Pero no lo sé. Nadie habla ya de ella. Al menos, delante de mí —concluyó con un punto de ironía—. ¿Se puede saber de qué me conoce? Me cuesta mucho creer que su padre le haya hablado de mí.

Áurea le repitió que era la sobrina de Joaquín, no su hija, y le habló de la discusión que había presenciado en Salas. Él no reconoció en la joven esbelta que tenía ante sí a la niña que les había interrumpido. Mientras ella le contaba cómo había descubierto lo del embarazo, él se quitó la pelliza y se la tendió. Pero justo al acabar su relato, una voz lejana llamó a Áurea.

—Me va a disculpar, pero la están buscando, y no quiero que me vean aquí. He venido como chófer del coronel, y si descubre que he entrado en la propiedad tendré problemas. No he podido resistirme, quería ver la casa, pero ha sido una estupidez.

Áurea le devolvió la pelliza y le rogó que no se fuera aún. Se daba cuenta de que, a pesar de sus ropas militares, hablaba con cultura, y no imaginaba por qué querría ir a Marruecos. Él se rio, porque era militar contra su voluntad. Tras la discusión con Joaquín Nebreda lo habían despedido de la fábrica, y el dinero ahorrado para estudiar en la Normal y ser maestro resultó insuficiente. Y cuando

lo amenazó en público y alguien le denunció, su suerte quedó echada.

—Mi abuela consiguió que la denuncia se retirara a cambio de que me fuera a África. Ya ve, después de que la suerte me libró en el sorteo, he tenido que alistarme voluntariamente y sin vuelta atrás. Pasaremos las Navidades en Burgos, pero en cuanto comience el año embarcaremos para Melilla. Son los resultados de mi mala cabeza. No puedo culpar a nadie más.

—De su mala cabeza y de su orgullo. Estoy convencida de que le habría bastado con una disculpa.

—Su ingenuidad es enternecedora.

—Y su cinismo desventajoso, pues le va a llevar a África.

Una puerta se abrió en algún lugar de la terraza. El joven dio un paso atrás, buscando el cobijo del seto.

—Sí, pero no se preocupe. Sé leer y escribir, así que lo más probable es que acabe en una oficina donde la misión más peligrosa que me encarguen sea matar cucarachas. Y ahora me voy. La están buscando, y yo no puedo permitir que me descubran aquí. Cuide esa ingenuidad, Áurea. No creo que le vaya a durar mucho, sabiendo cómo es la vida.

Ella apenas pudo desearle suerte antes de que el joven se alejara.

Estaba pensando en el vivo contraste entre aquella noche cubierta y cerrada y los deslumbrantes cielos que lo acogerían en Marruecos cuando Roberto Amat apareció del interior de la casa.

—Por fin aparece. La llevo buscando un buen rato. ¿Hablabas con alguien? He creído oír voces.

—No —mintió, dejando de contemplar el jardín para volverse hacia Amat.

—Será mejor que vayamos dentro. Aquí va a enfermar. ¿Qué hacía aquí, con este frío de muerte?

Algunos copos de nieve habían comenzado a blanquear el jardín. A Áurea no le quedó más remedio que dejarse conducir al interior de la casa. Pero en cuanto estuvieron dentro, se libró de la sujeción con toda la delicadeza que pudo.

—¿Por qué me buscaba?

—Su tía ha preguntado por usted. Le he dicho que yo la encontraría.

El joven le ofreció una sonrisa que Áurea no replicó. No tenía nada contra él, pero tampoco podía decirse que sintiera una especial simpatía. Posiblemente, porque las ideas de ambos sobre las mujeres y sus intereses eran diametralmente opuestas.

El día de la llegada de los Amat a la casa, la familia y sus invitados se habían reunido, tras la cena en la sala de música, en torno a aquel piano que Paula tocaba sin gracia y al que ella ni se acercaba. Entre pieza y pieza de la interpretación de Mozart que Paula perpetró, Bárbara de Amat había ido dejando

clara su filosofía de vida, desde la fe que tenía en la prudente educación católica de las muchachas, hasta su repugnancia por la moderna pretensión de las jóvenes de querer comportarse como hombres.

—Figúrese, querida Luisa, que en Barcelona a algunas muchachas de las mejores familias les ha dado por conducir automóviles. ¡Automóviles, nada menos! ¿Adónde vamos a llegar? Y Roberto opina como yo, ¿verdad, hijo?

Áurea no lo pudo evitar. La bonachona confirmación del joven a la pregunta de su madre, la enésima de la noche, desató el diablillo interior que no siempre conseguía dominar.

—Pues en Europa hay mujeres que conducen ambulancias y camiones — comentó con naturalidad.

—¡Camiones y ambulancias!

—Sí, en el frente, ¿no lo sabía? Como los hombres están luchando en la guerra, ellas tienen que hacer «cosas de hombres».

La mujer la había mirado con absoluto desconcierto. Luisa, que conocía a su sobrina lo suficiente para que su aspecto inocente no la engañara, trató de cambiar el tema de conversación. Pero en cuanto Bárbara de Amat se repuso, volvió a predicar con mayor calor sobre la relajada educación de las jóvenes en aquellos tiempos y las lastimosas costumbres de la vida moderna. Entonces, Áurea reveló con total tranquilidad que ella estudiaba bachillerato y pretendía asistir a la universidad. Ante el gesto consternado de la mujer, Luisa tuvo que aclarar que Áurea era huérfana y no habían podido hacer nada para oponerse a la voluntad de su difunto padre.

No, Áurea no tenía nada contra los Amat, siempre que no pretendieran entrometerse en su vida.

—Está resultando una velada muy agradable. —Cuando el joven le ofreció el brazo de nuevo, ella no encontró forma de rechazarlo—. Sus tíos son unos anfitriones excelentes. Hacen sentir a uno como en su casa.

—Lo imagino.

—Pero hay una cosa que me tiene completamente intrigado desde ayer. ¿De verdad pretende usted ir a la universidad?

—En efecto.

—Pero es una pretensión bastante contraria a la naturaleza de una joven, ¿no le parece?

—No. Si me lo pareciera, no trataría de hacerlo, ¿no lo cree usted?

—Lo que quiero decir es que me resulta admirable que una joven desee educarse, pero hay estudios más apropiados para su naturaleza. No le diría nada si estudiara música, o enseñanza infantil. Tenga en cuenta que el pensamiento femenino es básicamente memorístico, no especulativo. Por supuesto, imagino

que una muchacha inteligente como usted tiene capacidad para memorizar los textos propuestos, pero siempre le será más difícil generar un pensamiento autónomo.

A Áurea no dejaba de sorprenderle la confianza con que algunos hombres se permitían opinar sobre las mujeres. Pero por mucho que quisiera hacerlo, no podía discutir abiertamente con un invitado de sus tíos.

Él intuyó su desacuerdo.

—Pero no se enfade conmigo. Si la conociera a usted Sófocles, estoy seguro de que se cuestionaría aquello de «aborrezco a la mujer sabia».

—Bueno, si Sófocles se cuestionara una cita de Eurípides, creo que este se molestaría.

La corrección violentó al joven. Con una sonrisa azorada, declaró que estaba seguro de que la cita era de Sófocles. Ella sabía que no lo era, pero calló. Habían llegado al salón y tenía que acudir donde su tía. Agradeció a Roberto Amat su compañía y se disponía a alejarse cuando el joven retuvo su mano unos instantes.

—Mi padre está valorando la posibilidad de asociarse a su tío. Tenemos una patente con grandes posibilidades de desarrollo, y solo necesitamos el socio industrial adecuado. En caso de que las negociaciones lleguen a buen puerto, es muy posible que yo viaje a Burgos a menudo.

Como mandaban las lecciones de la academia, Áurea le deseó educadamente que las negociaciones fructificaran, aunque no se le ocurría qué podría importarle a ella eso. En cuanto pudo, aprovechó el comienzo de una nueva pieza musical para alejarse. Nada más entrar en la sala, había detectado la mirada con que su tía los había visto aparecer. Y aunque Áurea había tratado de seguir al pie de la letra los consejos de *madame* Roche sobre decoro y corrección, haciendo que su comportamiento hacia un invitado de sus tíos fuera agradable y exquisito, por la expresión recelosa de su tía supo que, esa vez, tampoco había acertado.

*Burgos, primavera de 1918*

El acuerdo comercial entre Joaquín Nebreda y la familia Amat se tradujo en la creación conjunta de una nueva empresa, la Burgalesa de Exportaciones e Inversiones S.A., a la que su tío traspasó la propiedad de la fábrica de paños y telas de Salas, y los Amat, las patentes y el dinero necesario para la modernización de las instalaciones productivas. Al poco de cerrarse el acuerdo, Joaquín y Roberto, apoderado por su padre en la nueva empresa, se trasladaron a Alemania para comprar una moderna hilandera de metal. A su regreso, Roberto Amat decidió que él en persona supervisaría la instalación. Aunque estaba seguro de que Pedro Herrero era un hombre competente, no quería dejar el proyecto en manos de alguien que no se jugaba su dinero.

La decisión avivó el optimismo de Luisa. Ciertamente le resultaba absurdo dudar de la capacidad de Pedro Herrero para gestionar la fábrica o cualquier otro negocio, pero se alegraba de aquel celo profesional que iba a hacer que Roberto Amat pasara largas temporadas en Burgos.

Y así, a medida que avanzaba la primavera, Roberto se fue convirtiendo en una presencia habitual en casa de los Nebreda. Primero fue la discusión del proyecto eléctrico encargado a un ingeniero de la ciudad; luego, las múltiples reuniones con la Diputación para mejorar la acometida. En cada una de esas ocasiones, el joven almorzaba a diario en casa de los Nebreda y permanecía hasta media tarde, mucho más allá de lo que exigía la cortesía social.

Al principio, Luisa tuvo sus dudas sobre la influencia de Áurea en aquel comportamiento. El día del baile los había visto entrar juntos en la sala y, le fastidiara o no, la belleza de su sobrina era un hecho cada día más notable. Pero pronto se tranquilizó al comprobar que el joven Amat opinaba como su madre en cuanto al carácter deseable en las muchachas. Cuando Áurea llegaba de sus clases y se reunía con ellos, Roberto solía decir cosas como: «Es admirable su tesón, pero ¿no se encontraría usted más a gusto dedicando su esfuerzo a algo que le permita desarrollar sus habilidades femeninas?» O: «Me disgusta pensar en esos dedos manchados de tinta y polvo, cuando bien podrían estar acariciando las teclas del piano.»

Las clases con el profesor Gil, que tanto habían desagradado a Luisa

cuando tuvo que tolerarlas, resultaban ahora una bendición, pues tras las sobremesas Áurea se iba, y Paula permanecía junto a Roberto. Ambos encontraron pronto una afición común de la que charlar, el *cinema*. Paula adoraba los seriales americanos que proyectaba el Salón Parisiana, y Roberto prefería los cortometrajes que protagonizaban Charles Chaplin o Harold Lloyd, pero ambos compartían su entusiasmo por aquel nuevo entretenimiento de moda. Cuando en junio el Parisiana anunció su nuevo programa, que incluía los capítulos finales de *La heroína de Nueva York*, el serial favorito de Paula por entonces, Roberto Amat las invitó al palco que alquiló. Luisa aprobó, complacida, todas las ocasiones en que el joven, sentado tras Paula, se inclinaba hacia ella para reseñar alguna parte del diálogo o señalar algún matiz de la escena.

El hecho de que, al inclinarse hacia delante, Roberto pudiera alcanzar a ver el perfil de Áurea, sentada en el extremo del palco, o que cuando elevaba la voz lo hiciera para que ella pudiera escuchar sus comentarios, le pasó desapercibido. Y por eso, al acabar la velada Luisa se sintió muy satisfecha del avance de su propósito, y decidida a tantear a Bárbara de Amat sobre aquella posibilidad de unión cuyas ventajas nadie podía ignorar.

Sin embargo, la epidemia que asoló el país a la vuelta del veraneo hizo que los planes de Luisa tuvieran que aguardar. A principios de septiembre, una gripe tan mortífera como no se había visto hasta entonces comenzó a extenderse desde la frontera de Francia como una imparable mancha de aceite. La enfermedad desbordó los servicios sanitarios de Burgos. Lo más dramático del caso era que la gripe se cebaba de manera especial en hombres y mujeres jóvenes, lo que hacía que su mortalidad, inexplicablemente elevada, fuera más trágica que de costumbre.

Al principio, Luisa combatió el temor al contagio haciendo que las criadas limpiaran la casa de arriba abajo con zotal. Luego, a medida que los casos fueron creciendo de manera exponencial, prohibió a las muchachas pasear, incluso ir a misa. Las únicas que salieron aquellos días fueron las criadas, a las que tampoco permitía más actividad que ir al mercado y regresar velozmente a la casa. Pero nada de eso evitó que la gripe llegara al hogar de los Nebreda.

La primera que sucumbió al malestar y la fiebre fue una de las doncellas. Luego, Luisa; la cocinera; otras tres doncellas; Matilde; Paula... Solo quedaron Áurea y otra criada para atender a todas las enfermas, pues el pánico a la enfermedad era tal que no consiguieron que ninguna otra muchacha aceptara

reforzar el servicio doméstico.

A pesar de la situación de su hogar, Joaquín Nebreda decidió permanecer en Barcelona, con Roberto Amat, cerrando un acuerdo con un distribuidor. En el telegrama que les envió razonaba que no tenía sentido exponerse también él al contagio.

Por negligente que aquella decisión pareciera, Áurea se alegró de su ausencia. Estaba segura de que su tío, lejos de ser una ayuda, habría sido una carga añadida. De la noche a la mañana su vida se había convertido en una sucesión de tisanas y jugos de salvia, paños humedecidos en agua con romero, pulverizaciones de extracto de eucalipto, habitaciones que airear y sábanas que cambiar, soportando en todo momento los lloriqueos de la criada y luchando contra su propio temor al contagio. Las noches las pasaba en un colchón colocado en el cuarto al que habían trasladado a Luisa y Paula. Cuando al fin se tumbaba sobre las sábanas, sudorosa, molida y pendiente de cualquier movimiento que hicieran sus familiares, los desvaríos de la alta fiebre de las enfermas apenas le dejaban pegar ojo. Por las mañanas, todo comenzaba de nuevo: las tisanas, los paños humedecidos, la muchacha que se negaba a acudir sola al mercado, la desesperación de no ver un atisbo de mejoría en las enfermas...

También Alonso, que acudía a diario para examinar a las pacientes, parecía cada vez más agotado. Ante la taza de café fuerte que Áurea le preparaba nada más verlo llegar, le confesó que Justina se había encerrado en su dormitorio, llena de aprensión, y nadie conseguía hacerla salir. La criada se les había ido porque su hermana había fallecido y tenía que cuidar de sus sobrinos. Él se pasaba el día visitando enfermos de sol a sol, y al llegar a casa su hogar estaba manga por hombro. Gabriel, que con tan solo escucharlo por teléfono había adivinado el estado de agotamiento de su padre, había solicitado permiso al rectorado para ausentarse de sus clases y acudir en su ayuda a Burgos.

—Llega hoy, y no sé si he hecho bien en permitirle venir. Y tampoco sé si debí aceptar que regresara Ignacio, aunque claro, en su caso no había remedio, pues el internado ha cerrado para evitar el contagio. Ya ves, los colegios cerrados, pero todos los cafés y tabernas abiertos. Deben de creer que el vino cura. Tú tampoco estudias, ¿verdad?

No. El señor Gil también había suspendido las clases, y de *madame Roche* lo único que sabía era que, en su portal, un cartel anunciaba el cierre temporal de la academia. Pero aunque hubiera abierto, Áurea habría tenido que faltar: la atención a las enfermas y la organización de la casa agotaban todas sus fuerzas. Por las mañanas, se echaba la capa sobre los hombros y agarraba del brazo a la criada para obligarla a acudir al mercado. Si se cruzaban con algún entierro,

rezaba rápidamente una oración por el alma del difunto y tiraba de la muchacha con más ahínco, pues cada coche fúnebre que veían parecía arrancarle el poco ánimo que tenía. Áurea nunca había pelado cebolla, ni cortado apio ni limpiado pollo, pero había tenido que aprender a marchas forzadas a hacerlo. Tampoco había fregado ollas ni desinfectado suelos, pero ahora lo hacía, sin pensar en sus manos llenas de heridas y rozaduras.

El único respiro que se permitía era el paseo diario a su vuelta del mercado. Haciendo oídos sordos a los miedos de la criada, daba un pequeño rodeo para regresar a la vista del río. A menudo pasaba la puerta de Santa María y se acodaba en la balaustrada de piedra del puente, inspirando hondo para sentir el aire fresco que en la casa le estaba negado. Algunas veces, incluso, cerraba los ojos y rezaba por su familia. Era lo único que podía hacer, aunque no estaba segura de creer como creía la gente; un Dios que dejaba a Teresa Garay morir tan joven, y a Andrés Nebreda ahogarse en un naufragio, no podía ser de fiar.

Uno de aquellos días, mientras descansaba apoyada en el puente, sintió que algo la levantaba en volandas. Dio un chillido, asustada, hasta que identificó la risa de Ignacio. Enojada, empujó las manos que él había colocado en su cintura para que la bajara. Él lo hizo riendo.

—Con el miedo que tiene todo el mundo, no esperaba ver muchos conocidos por la calle. Pero tenía que haber imaginado que tú sí te atreverías a salir. Siempre tan valiente...

Ella no lo negó. En realidad, no era valiente; había muchas cosas que le daban miedo, desde ahogarse en un naufragio y que nunca encontraran su cuerpo, hasta morir sola cuando fuera mayor. Pero de ninguna manera iba a admitirlo ante Ignacio.

Él las acompañó de vuelta a casa, paseando sin prisas por el Espolón. Había pocos conocidos por la calle, pero quienes dependían de su trabajo no podían permitirse el lujo de encerrarse unos días. El joven le contó entre risas su último castigo por una «fiesta» en uno de los dormitorios del internado, en la que su habilidad con los naipes había dejado en ropa interior al hijo de un importante industrial de Bilbao. Cuando el internado reabriera sus puertas, él aún podría estar castigado por aquello.

—Y por mí, como si no vuelvo. No soporto aquello. ¿Qué tal tú?

Áurea no tenía mucho que contar. Se habían visto en verano, y desde entonces lo único de lo que podía hablarle era de la epidemia de gripe. Pero lo conocía lo suficiente para saber que cualquier mención a su trabajo cuidando de las enfermas lo aburriría con rapidez.

—Pero no es por insensibilidad, Áurea, sino porque estoy harto del tema de la gripe. Mi padre y Gabriel se pasan el día hablando de eso. ¡Como si él supiera

algo! Se cree muy listo por venir a ayudar a mi padre. Pero claro, así hace méritos para que le ceda la consulta. No se conforma con todo lo que ya le va a dejar, también quiere eso. De verdad, estudiaría medicina solo por evitar que la consiga. Qué suerte tú, que tu padre te dejó dinero para vivir bien.

La falta de tacto de la frase hizo que Áurea replicara, cortante:

—Suerte sería que mi padre siguiera vivo, ¿no te parece?

Pero su tono molesto no evitó la risa del joven.

—Venga, Áurea, sabes que no quería decir eso.

—Y, además, ¿de dónde has sacado que tengo dinero para vivir?

—De mi madre. Un día la escuché decir que tienes una renta de dos mil duros al año. Si es que vas a resultar un buen partido...

Sorprendida, ella valoró la cifra. No cuadraba con las estrecheces de los últimos años de su padre, desde que dejara su cátedra.

—Yo creo que tu madre se equivoca.

—No me digas que no sabes cuánto dinero te dejó tu padre.

—Pues no, y es de muy mal gusto hablar de eso. Además, de qué me sirve el dinero si no puedo hacer nada de lo que me gustaría porque soy mujer y no puedo decidir nada por mí misma.

—Qué tontería. ¿Por qué no vas a poder hacer lo que quieras?

—¿Porque necesito la autorización de mi tío para cualquier cosa, por ejemplo?

—Solo mientras vivas con ellos.

—¿Y con quién quieres que viva?

—Bueno, algún día te casarás. Lo único que tienes que hacer es buscar un marido que te deje hacer lo que quieras.

—¡Ah, claro! Pues ya me dirás dónde puedo encontrar un marido que prefiera que su mujer estudie en la universidad en vez de ponerle las zapatillas en cuanto llegue a casa.

—Si mi esposa saliera a recibirme como un perrillo faldero cuando llegara a casa, me volvería corriendo a la calle. Yo te dejaría estudiar, Áurea. A diferencia de ti, no soy nada romántico. Lo único que espero del matrimonio es que me sirva para vivir mejor.

La joven lo miró de reojo, dudando de si toda la conversación era una de las burlas de Ignacio.

—¿De dónde has sacado que soy una romántica?

—Bueno, es innegable. Las mujeres no suelen serlo, solo quieren a alguien que pueda mantenerlas. Pero tú aspiras a estudiar, trabajar, vivir por tu cuenta... Una idealista sin ningún sentido práctico.

Áurea permaneció pensativa mientras abandonaban el paseo del río para

adentrarse en las callejuelas de la ciudad. A punto de llegar a su casa, preguntó:

—Ignacio, eso que has dicho... ¿De verdad crees que un marido me dejaría estudiar?

—Bueno, yo lo haría. Tú trabajarías como catedrática, y yo viviría de tu salario y tu herencia. Formaríamos un buen equipo.

—¡Ignacio! —Le dio un golpe en el brazo, enfadada porque llevara tomándole el pelo un buen rato sin que ella se hubiera dado cuenta—. Paula tiene razón, a veces eres odioso.

Sin dejar de sonreír, Ignacio le tomó la mano y la retuvo entre las suyas.

—No estaba riéndome de ti, Áurea. Creo sinceramente que formaríamos un buen equipo, y no descarto recordártelo dentro de unos años, cuando hayas crecido. Mientras tanto, trata de ser un poco menos idealista y persigue siempre tu interés, porque nadie lo va a hacer por ti.

Se inclinó y depositó un beso en su mano. Áurea lo vio marchar con aquella despreocupación que tan atrayente resultaba, tratando de contener el temblor que le había sobrevenido. Ignacio había bromeado como siempre hacía, estaba segura, y creerle sería el camino seguro a la decepción.

Pero muchos años después, a punto de tomar la decisión más importante de su vida, aquellas palabras regresarían a Áurea para cambiar el rumbo de su futuro.

Diez días después del comienzo de la epidemia en casa de los Nebreda, Matilde y la cocinera cayeron fulminadas por la enfermedad.

La consternación en la casa fue grande. Luisa todavía no recibía visitas, y ni siquiera pareció enterarse de la noticia, pero Paula, que ya había comenzado a levantarse algunos minutos de la cama, volvió a encerrarse en su cuarto. Áurea también tuvo que encargarse de organizar el funeral de las criadas, sin orientación ni ayuda. Cuando Justina supo que había concertado uno de tercera categoría, se indignó. «¡Dónde se habrá visto —mascullaba—, un funeral de tercera por unas criadas, a cuarenta pesetas la broma!»

Pero a finales de noviembre, al fin se levantó el estado de epidemia en Burgos. Ignacio regresó a su colegio y Gabriel, a sus estudios de medicina. Áurea fue recibida de nuevo por el profesor Gil, que retomó la labor con energía para recuperar el tiempo perdido. Sin embargo, sus mañanas continuaron ociosas, pues la academia de *madame Roche* no reabrió sus puertas.

Al principio, Áurea temió que la profesora hubiera sido otra víctima de la epidemia. Pero el portero del edificio le dijo que había recibido una carta suya,

matasellada en La Granja de San Ildefonso, en la que le pedía que colocara el aviso del cierre de la academia.

—*Osease* —concluyó el hombre—, que está vivita y coleando. Yo creo que cierra por el alquiler, ¿sabe? Antes del verano, el casero quería subirlo. El doble, le pedía. Y como discutieron, puede que la haya echado.

A Áurea le dolió saber que *madame* Roche había tenido dificultades y ella ni siquiera se había enterado. Había llegado a creer que entre ellas se había tejido cierta confianza, y se preguntó si tal vez Paula tenía razón cuando le achacaba que nunca tenía tiempo para los problemas de los demás.

Así que su prima y ella se encontraron con las mañanas libres por completo. Ni siquiera iban a misa, porque su tía Luisa aún no quería salir de su habitación. La melancolía que se había apoderado de ella preocupaba a su hermano, Alonso. Era cierto que su fiebre había durado mucho más que la del resto de enfermas, pero a aquellas alturas ya debería estar sacudiéndose el quebranto de su ánimo. Sin embargo, ninguno de los reconstituyentes que, con su mejor voluntad, encargaba a su boticario de confianza conseguía sacarla de su postración.

En realidad, solo una parte del mutismo de Luisa se debía a la enfermedad. La otra parte se debía al sobre recibido el mismo día de caer enferma. Un sobre conteniendo la factura de una joyería de Barcelona, que nunca debería haber llegado a su poder. Pero para entonces la criada que recibía el correo ya estaba enferma, y repartir adecuadamente la correspondencia era la menor de las preocupaciones en la casa. Y aunque Luisa sabía bien que era absurdo dejar que, a aquellas alturas, algo así la afectara tanto, había sucedido.

Porque no había mucho que hacer ante aquel hallazgo. Sí, Luisa podía presentarse con ella ante Joaquín y exigirle que le contara de quién se trataba esa vez. ¿Una vicetiple del Paralelo? ¿Alguna suripanta de coro de medio pelo, que se sentaría en sus rodillas después de las representaciones? Pero ¿qué iba a hacer, después de revelarle que había descubierto que también en Barcelona tenía una «amiga»? ¿Montarle una escena, para que saliera corriendo incluso más rápido de lo habitual? ¿Cerrar la puerta de su habitación con llave, cuando hacía años que Joaquín no la pisaba? Separarse para dejarlo hacer cuanto le viniera en gana no era una opción: en su mundo, los matrimonios no se separaban. Así pues, no le quedaba mucha más salida que entregarla a Pedro Herrero y olvidar su existencia.

Le costó hacerlo. Dejó que pasara una semana, y otra, y otra, hasta que se armó de valor. Porque durante la enfermedad y la convalecencia, los recuerdos de sus padres, de su casa de Salas, de sus correrías infantiles por los trigales siguiendo a Pedro Herrero la habían agitado hasta hacerla llorar. Mientras dormitaba prendida en fiebre, y también cuando esta cesó, se recordaba a sí

misma tumbada en las hierbas altas, junto al hijo del administrador, contemplando los sisones que cruzaban el cielo en formaciones ordenadas y ruidosas.

—Algún día volaré. Me iré volando de aquí y veré las tierras de tu padre desde lo alto, llegaré hasta Burgos y más allá, hasta Valladolid, hasta Madrid tal vez —recordaba que afirmaba él, convencido de aquel sueño imposible que hacía que Luisa lo mirara como si hubiera perdido la cabeza—. Veré el mundo, Luisa, y solo regresaré para contarte cómo es.

—Estás loco —solía decirle ella, con una seguridad que no sentía y rogando a Dios que sus deseos jamás se cumplieran, que nunca se alejara de allí.

No estaba bien recordar cuántas veces había deseado que él replicara «loco por ti», pero en aquellos días de fiebre y delirio, Luisa lo recordó a menudo.

Le costó entregarle la factura, pero lo hizo. Cuando Pedro Herrero terminó de leer el papel, lo dobló, lo introdujo en el bolsillo de su chaqueta y le dijo que sentía que hubieran confundido el destinatario de la factura.

—No han confundido el destinatario, no me tomes por tonta. Y en cualquier caso, no eres tú quien ha de sentirlo.

—Aun así, lo siento.

—¿Sí? ¿De verdad?

Él sostuvo su mirada con firmeza, pero por un brevísimo instante; algo parecido a la irritación se reflejó en ella.

—Sí. De verdad. Señora.

Luisa lo dudó. A los hombres aquellos asuntos les eran indiferentes. De repente, se sintió agotada. Se preguntó por qué. Por qué iba a callar, a fingir que ignoraba lo sucedido, a conservar la compostura. Por qué no podía acudir a la Iglesia, o a un tribunal, para exigir a su marido el mismo sacrificio que ella hacía por su matrimonio. A ese mismo marido que recompensaba su entrega de tantos años comprando un carísimo brazalete de esmeraldas para su última amante, sin tomar siquiera las precauciones necesarias para que enviaran la factura a su despacho, de manera que su esposa jamás tuviera conocimiento de aquello.

Pero sabía la respuesta: porque era lo que se hacía en su mundo. Callar, ignorar y seguir viviendo. Y no podía permitir que la imagen de un brazalete de esmeraldas se entremezclara con el recuerdo de las hierbas altas mecidas por el viento a las afueras de Salas, para hacerle plantearse cuántas de sus convicciones eran ciertas, y cuántas, un mero intento de probarse a sí misma que su vida era lo que había pretendido, lo correcto, lo adecuado.

Porque a aquellas alturas de su vida, Luisa no tenía ya la energía ni la capacidad de aceptar que, tal vez —solo tal vez—, Teresa Garay hubiera estado, al menos en una mínima parte, en lo cierto.

*Burgos, fin de 1918*

Roberto Amat no pudo regresar a casa de los Nebreda hasta poco antes de las Navidades. En noviembre, el desvanecimiento que sufrió el señor Amat congregó a toda su familia en torno a su cabecera, en previsión de lo peor. Por fortuna, todo quedó en un susto, pero su médico de confianza le advirtió que, si continuaba llevando el ritmo de trabajo que había mantenido hasta la fecha, no garantizaba que la siguiente ocasión pudiera resolverse tan felizmente.

Roberto Amat quedó a la cabeza de los negocios de su padre. Ya no iba a poder dedicar a la fábrica de Salas tanto tiempo como a comienzos de año. Aquello era un inconveniente para los planes de Luisa, pero el joven también parecía sentir profundamente sus futuras ausencias.

—Trataré de venir al menos una vez al mes. Lamentaré tanto no disfrutar de su compañía como hasta ahora... Pero regresaré en febrero, para el cierre de cuentas. Y les prometo que en cuanto el raid Londres-Madrid pare en Vitoria en primavera, yo mismo en persona las llevaré al aeródromo de Lacua. Un familiar de nuestro agente de negocios en Inglaterra pilotará un Bristol de la guerra. Estoy seguro de que a las muchachas les gustará verlo de cerca.

Luisa respondió con la cortesía esperada que ahora lo primero era la salud de su padre, que era una fortuna que estuviera él para hacerse cargo de todo, y que, por supuesto, aceptaban y agradecían la invitación. Y aunque disimuló bien su contrariedad, cuando siguió dedicando elogios al joven y repitiendo cuánto echarían de menos su compañía, Áurea comenzó a sospechar sobre sus intenciones. Durante el resto de la tarde, la joven observó disimuladamente a su prima, tratando de detectar signos de inclinación romántica hacia el joven. No los halló. Sin embargo, cuanto más escuchaba y observaba, más se iba convenciendo de que Luisa tenía intenciones de emparentar con los Amat. No le extrañaba, pues siempre había sabido que su tía contemplaba como su deber buscarles una buena posición. Aquel era el elegido para Paula. Temblaba solo de pensar que a continuación habría un elegido para ella.

Tan inesperado como descubrir las intenciones de su tía fue recibir la visita de *madame Roche*, una mañana de diciembre. Quedaban solo tres días para Navidad, y Áurea y Paula estaban colocando las figuritas del Nacimiento en el tablero que iba a presidir el salón de la casa. A Áurea aquella tradición aún se le hacía extraña: en su casa nunca había habido Nacimiento, solo el canasto de piedra que doña Engracia instalaba junto a la chimenea el día de Nochebuena, con la figura de un pequeñuelo de rizos rubios y sonrisa alegre. Aquella representación atraía todas las críticas de su padre. «Habrás visto, Engracia, un judío rubio y coloradote. Si quieres poner una figura, al menos pon un niño atezado y delgaducho. Qué patrañas va a aprender Áurea si te empeñas en perpetuar mentiras.»

La visita alegró sobremanera a Áurea. A pesar de las afirmaciones del portero, había temido que la gripe hubiera afectado a la mujer. Pero *madame Roche* no mostraba signos de haber estado enferma. Más bien al contrario, parecía tranquila, serena y satisfecha.

Explicó a Luisa que estaba visitando a todos los padres de sus alumnas para informales en persona del cierre definitivo de la academia.

—Es lo menos que puedo hacer, después de no reabrir tras la epidemia. Un asunto privado me reclamó en La Granja, y he decidido quedarme allí.

La palabra «privado» impedía cualquier pregunta sobre el asunto, pero Áurea se moría de curiosidad por saber qué podía llevarla a cerrar la academia, después de toda una vida invertida en ella. Tal vez fuera el asunto del alquiler; desde luego, era posible, porque la subida de los alquileres era uno de los graves problemas que los políticos abordaban con palabras grandilocuentes y ninguna solución. Pero cambiar incluso el lugar de residencia por eso parecía una solución algo drástica.

Sin embargo, lo más sorprendente de la visita fueron las solicitudes de *madame Roche* a Luisa; la primera, que permitiera a Áurea pasar algún verano con ella en La Granja. La petición desconcertó a Luisa, que respondió, sin comprometerse, que la tendría en cuenta. Áurea no creía que sus tíos fueran a permitirle aquel viaje, pero sintió una oleada de gratitud hacia su maestra. Había pocos afectos en su vida, y recibir uno nuevo era un inesperado regalo.

La segunda petición fue que Áurea acudiera al día siguiente a la academia.

—Es por mi vista, ¿sabe? He recibido desde Londres una carta de un familiar de mi difunto esposo, que en paz descanse. Pero apenas distingo las letras cuando son pequeñas, y pocas personas leen el inglés tan bien como Áurea. Iba a traerla, pero con el trajín de las visitas lo olvidé. Si fuera tan amable de permitirlo, doña Luisa...

No había motivos para negar aquella ayuda. Al día siguiente, una de las

doncellas acompañó a Áurea hasta la academia, de donde la recogería al terminar la compra en el mercado.

*Madame Roche* la recibió con un abrazo y una ancha sonrisa. Luego la condujo hasta la sala donde, durante meses, Áurea había leído los periódicos mientras ambas fingían que la joven progresaba en sus lecciones.

—Y llámame Francisca, es mi verdadero nombre. Francisca Pérez Quijano. Roche era el apellido de mi difunto esposo.

A Áurea la sorprendieron muchas cosas aquel día. Conocer el nombre de pila de la mujer, caer en la cuenta de que hasta entonces lo ignoraba, descubrir que no había ninguna carta de Londres y, sobre todo, la pregunta que la profesora le dirigió, colocando ambas manos sobre una caja de cartón depositada en la mesa donde servían el té.

—Entonces, estudiar letras ¿es tu voluntad?

—¿Cómo dice?

—Que si es lo que realmente quieres hacer.

—Pues claro. Lo sabe desde la primera vez que vine.

—No, lo que quiero decir es si se trata de lo que tú quieres hacer, o solo estás cumpliendo lo que tu padre pretendía de ti.

Una pregunta tan directa contravenía las normas que la mujer se había empeñado en enseñarle. Pero más allá de la urbanidad, Áurea se sintió perturbada por su contenido. Nunca, hasta que su familia se había escandalizado en Burgos, había dudado de que su futuro era ir a la universidad y ser catedrática como su padre. Luego había sido censurada, castigada y casi humillada por defender que aquello era lo que quería. Le habían dicho que era imposible, que solo los hombres eran catedráticos, que ella era una simple mujer y por ello su misión en la vida era cuidar de su marido y sus hijos. Áurea había luchado a brazo partido para dejar un resquicio de posibilidad a su sueño. ¿Cómo podía dudarle *madame Roche*?

—Porque te aprecio —respondió con calma—. Te aprecio, y quiero estar segura de que voy a hacer lo correcto.

—No la entiendo.

—No, tú no lo entiendes, pero yo soy mucho más vieja que tú, y tengo mis buenos motivos para dudar. —Sus manos acariciaron la superficie de la caja—. Verás, esto que voy a entregarte ahora alentará tu sueño, pero no estoy segura de que sea buena idea alentararlo. Me dirás que los tiempos están cambiando, que las mujeres ya no solo se casan, sino que estudian, y muchas trabajan, y no dependen de un marido para vivir. Pero creo que no me gusta ese cambio, Áurea. Que la mujer se pase el día encerrada en una oficina para sobrevivir, en vez de en su propio hogar. Que dedique horas a aporrear unas teclas de linotipia, en

lugar de ocuparse de sus propios hijos. Y eso, las afortunadas. Los barrios obreros están repletos de niños llenos de mocos a los que tiene que cuidar una hermana de doce años porque la madre trabaja once horas en la fábrica por tres pesetas al día... No me gusta este progreso, Áurea. Pero supongo que nadie puede pararlo.

Con un gesto de la mano, invitó a la joven a que abriera la caja. Aún sin comprender, esta soltó la cuerda que la cerraba. En el interior encontró revistas, panfletos y artículos recortados de prensa. En el fondo, envueltos en papel de seda, algunos libros que desempaquetó con asombro.

—¿Carmen de Burgos?

—Tu admirada Colombine. Una loca que se proclama libre y un día cogió a su hija bajo el brazo y abandonó a su marido para dedicarse a ser corresponsal de guerra. Y aunque confieso que no la comprendo, también reconozco que no sé cuánto hay de genialidad en su locura.

Áurea no discutió aquella semblanza de Colombine, aunque estaba segura de que la locura no tenía nada que ver con la trayectoria vital de aquella escritora y periodista a quien tanto admiraba. Sin decir nada, se dispuso a revisar aquellos escritos. No solo estaba Colombine, sino otras muchas autoras que ella desconocía, como Isabel Oyarzábal, María Lejárraga, Celsia Regis o Margarita Nelken.

—Cuando los leas —continuó la mujer—, verás que no estás sola, que no eres tan rara como crees. Aunque ya te digo que no estoy segura de que alentar esa independencia que muestras sea razonable. Luchar contra las convenciones que limitan y asfixian a las mujeres puede ser admirable, pero tiene un precio. Todo tiene un precio, Áurea. Y yo preferiría que no fueras tú quien tuviera que pagarlo.

Ella no entendió las referencias a un precio, pero aquellas páginas la llenaron de curiosidad. Hojeó los escritos. Los artículos hablaban de la mujer. De su condición, de sus derechos, de sus anhelos. De sus estudios y sus trabajos, de sus penurias y realizaciones. De su pretensión de asociarse para defenderse unas a otras en la Unión de Mujeres de España o la Asociación Nacional de Mujeres Españolas recientemente fundadas.

Bajó los papeles y miró a su maestra.

—¿Por qué cierra la academia? ¿Es por el dinero del alquiler? ¿Porque el casero le exige mucho?

—No. —Sonrió con afecto—. Es cierto que pide como si esto fuera un palacio nazarí, pero no. Tengo motivos personales para irme. La Granja es el sitio donde quiero estar en este momento de mi vida. En cuanto a ti, la invitación la he hecho de corazón. Me encantaría que pasaras unas semanas allí conmigo.

Aunque supongo que después del incendio del pasado agosto la familia real buscará otro sitio para veranear, los habituales seguiremos fieles al sitio. Te gustará.

Áurea no dudaba de que le gustaría, pero no creía que su tía le permitiera el viaje. La llegada de la criada puso fin al tiempo de la visita. *Madame* Roche — Áurea no se acostumbraba a llamarla doña Francisca— acordó que un mozo de cuerda llevaría la caja a su casa al día siguiente, y se despidió de nuevo con un abrazo, arrancando a la joven la promesa de escribirle todos los meses.

Aquella Navidad, Áurea descubrió a algunas de las mujeres que defendían contra viento y marea las mismas ideas que, a ojos de sus tíos o las monjas, la convertían en un ser extraño. Aquellas autoras, de las que nunca hasta entonces había oído hablar, exigían reivindicaciones y derechos femeninos con razonamientos incontestables. Algunas ideas le resultaban díscolas, transgresoras. Otras, en cambio, eran tan razonables que no podía concebir que aquellos derechos no existieran ya para las mujeres. Reivindicaciones como equiparar la retribución del trabajo de hombres y mujeres, que la esposa tuviera control sobre sus propios bienes, que las viudas mantuvieran la patria potestad de sus hijos aunque volvieran a casarse, o que las madres solteras pudieran exigir que el padre reconociera a sus hijos ilegítimos.

Aquel fue el primer contacto de Áurea con el incipiente movimiento feminista que, cada vez más, se hacía oír en el país. Junto a las reivindicaciones de derechos e igualdad, las autoras abogaban por la educación, el saber, por permitir a las niñas el desarrollo de su imaginación e intelecto. Era la educación lo que dignificaría la vida de las mujeres, decían. Y dignificando la vida de la madre de familia, las clases humildes en su totalidad se liberarían de su miseria.

La educación. Ese era el mensaje que su padre había defendido con vehemencia hasta su muerte. El mensaje que *madame* Roche le había querido dejar, y confirmaba que Áurea no estaba equivocada en sus sueños. Y por difícil que fuera, por incomprendido que resultara, se iba a hacer digna de él.

No tuvo muchas dudas de cómo comenzar su labor.

Cuando, tras las Navidades, dijo a su tía que quería colaborar con la escuela que las Damas de la Caridad mantenían en la barriada, Luisa vaciló. Su instinto aún desconfiaba de las intenciones de su sobrina. Pero sabía que, durante la

epidemia de gripe, se había echado el cuidado de la casa a la espalda. Alonso le había contado cómo había manejado a la llorosa criada que había quedado en pie, cómo había pasado las noches cuidándolas, cómo había trabajado duro en la casa sin quejarse nunca. Aquello era algo que Luisa podía apreciar en su justa medida. No quería descuidarse y olvidar el peligro de que la deficiente educación recibida en su infancia los pusiera en evidencia, pero desde luego apreciaba el cambio que la muchacha había experimentado, y quería creer que estaban en el buen camino.

Así que le dio permiso. Paula, sin embargo, se negó a acompañarla cuando Áurea se lo pidió. No se le había perdido nada en una escuela de caridad, y no tenía ningún interés por las pobres desgraciadas que acudían allí.

Tampoco la pálida y apocada muchacha contratada como maestra pareció muy contenta de verla. Por lo que Áurea había comprendido, la principal virtud de aquella joven para ocupar el puesto era ser hija de un empleado de los marqueses, fallecido durante una partida de caza en circunstancias no muy claras. Cuando la marquesa se ocupó de buscar ocupación a sus huérfanos, no preguntó si la joven tenía un interés vocacional por la enseñanza.

El primer día, Áurea no necesitó ni una hora para decidir que aquella escuela necesitaba una transformación. La sala donde se reunían unas veinte muchachas de diferentes edades resultaba triste y fría, con pintura desconchada en las esquinas y manchas de humedad bajo las ventanas. La mesa de la profesora cojeaba y, junto a ella, una estufa averiada había pasado a mejor vida. Pero lo peor fue la actividad de la clase en sí: preguntas y respuestas del catecismo que las voces de las alumnas trataban de recitar de corrido sin equivocarse, mirándola a hurtadillas, temerosas de su reacción cuando no lo conseguían.

Eso fue todo lo que pudo escuchar su primera mañana.

—¿Y qué más estudian después del catecismo? —preguntó con ímpetu cuando las preguntas ya se habían repetido dos veces, y amenazaban con comenzar una tercera ronda.

—¿Más?

—Sí, qué más. ¿Geografía, tal vez?

La maestra se quedó en silencio.

—O matemáticas.

Más silencio.

—¿Algo de historia?... ¿Literatura?... —El escepticismo de Áurea fue en aumento a medida que el listón de sus expectativas bajaba—. ¿Sumar y restar? ¿El alfabeto? —Finalmente, preguntó con resignación—: ¿Alguna alumna sabe leer, al menos?

Tímidamente, se alzaron tres manos.

Áurea pensó que daban ganas de echarse a llorar. Que era también lo que la maestra, ruborizada y avergonzada, parecía querer hacer. Se defendió diciendo que enseñaba lo que le pedían las señoras. Lo que las chicas necesitaban para ser mujeres abnegadas y cristianas. Pero sus ojos se humedecieron, y Áurea sintió una punzada de remordimiento. Había que ser muy engreída para llegar a una escuela de la que nada sabía e interrogar a aquella infeliz contratada como maestra como si fuera la culpable del ínfimo nivel educativo de sus alumnas.

Paula se burló de ella cuando le habló de su desilusión con la escuela.

—¿Y qué querías? Es una escuela de caridad, no las Damas Negras. Bastante milagro es que esas pobres puedan estar ahí, en vez de cuidando de sus hermanos o ayudando a lavar ropa en el río.

Pero que la escuela fuera de caridad no significaba que tuviera que ser horrible. Y las ideas de mejora ya habían comenzado a agolparse en su mente. Ideas que no requerían dinero, sino tiempo y algo de imaginación. Hacer más acogedor aquel entorno, preparar cartillas de lectura, encontrar su viejo pizarrín, crear una pequeña biblioteca... Se imaginó ante las muchachas como recordaba la escuela que una vez había visto en Madrid, llena de alumnos risueños y satisfechos.

Durante las siguientes semanas se dedicó al propósito que se había marcado. Comenzó rescatando del sótano de la casa algunos objetos que sabía allí abandonados: un mapamundi con una esquina rota; dos de los braseros sustituidos por calefacción en los cuartos de los criados; unas tablas que sujetas a la pared servirían de estanterías; su viejo pizarrín. Y muchos de los libros de cuentos que la habían acompañado en su destierro desde Madrid.

Los lapiceros los compraría en Almacenes Ceylán, pidiendo que los anotaran en la cuenta de la casa. También llevaría dos plumillas, su pequeño tintero de viaje y la estilográfica de su padre. Decidido aquello, quedaba un último detalle para que su plan fuera perfecto: un atlas como el que tanto había disfrutado de niña, escondida de doña Engracia tras las cortinas de la sala.

En casa de sus tíos había al menos tres, todos iguales. Podía parecer extraño, pero la mayoría de los libros de la biblioteca no habían sido comprados para ser leídos, sino para armonizar con el mobiliario. La cubierta de cuero negro repujado del atlas entonaba con las de los otros libros con que compartía estantería. Nadie los iba a consultar.

Pero cuando Áurea levantó el escabel para situarlo ante la balda del atlas, la voz de su tío la sobresaltó:

—¡Es intolerable!

Se detuvo con el escabel en la mano, paralizada. Enseguida comprendió que

el reproche no se dirigía a ella. La puerta que comunicaba la biblioteca con el despacho estaba mal cerrada. De allí llegó la voz que reconoció como la de Roberto Amat.

—Don Joaquín, mi pretensión es perfectamente legítima. Solo deseo conocer el contenido concreto de ese contrato de corretaje. No debe ofenderse porque quiera obtener esa información. Las pérdidas acumuladas este año exigen incrementar el capital, no lo dudo, pero antes quiero estar seguro de la exactitud de las cuentas.

Áurea dio un paso hacia la rendija abierta. La espalda de Roberto Amat ocultaba la visión del despacho.

—¡Exactitud! Lo que usted está haciendo es insinuar que he desviado parte de los beneficios en mi propio favor.

—Esa no es mi intención...

—Pero lo está haciendo. Y yo no voy a tolerar acusaciones semejantes.

Sabiendo que no debería escuchar aquello, Áurea comenzó a retroceder con sigilo. Pero justo cuando iba a salir del ángulo de visión de la puerta, el joven se dio la vuelta y sus ojos la encontraron a través del resquicio.

Horrorizada, se quedó quieta como un ratoncillo al ser descubierto. El joven pareció desconcertado al verla. Cuando la voz de su tío siguió protestando, tuvo que darse la vuelta. Entonces, Áurea dejó el escabel y salió corriendo.

No había pretendido escuchar. No quería más incidentes con su tío. Si había problemas en la fábrica, ella era la última persona del mundo que deseaba conocerlos. Para evitar al joven, se dirigió al jardín. De ninguna de las maneras esperaba que él fuera a buscarla.

Cuando lo vio llegar, estuvo a punto de esconderse; pero no creía que ser grosera mejorara las cosas, así que lo esperó en el sendero de piedra, junto a los parterres preparados para acoger los bulbos de narciso que el jardinero mimaba en su cobertizo.

—Lo siento, la puerta del despacho estaba mal cerrada —se excusó antes de que él dijera nada.

—No lo sienta, hemos sido nosotros quienes hemos perdido los papeles. Por mi parte, ya me he disculpado con su tío. Pero no hay mal que por bien no venga, pues ahora puedo invitarla a pasear.

El joven le ofreció el brazo, pero Áurea se excusó. Quería regresar a la biblioteca, y luego tenía que ir a la escuela de las Damas de la Caridad.

—En tal caso, permita que me despida de su tío y la acompañe allí.

—No, por favor. Solo va a estar aquí un par de días. Estoy segura de que tiene cosas mucho más importantes que hacer que escoltarme por Burgos.

—Pero no tan agradables.

Sin embargo, la galantería no consiguió que ella cediera. Le tendió la mano para despedirse, y Roberto Amat apenas ocultó su contrariedad.

—Al menos, prométame que será parte de mi pequeña excursión para ver el raid aéreo.

A Áurea le dio igual prometérselo, porque solo quería irse de allí. Mientras recorría el sendero de gravilla hasta la casa, fue consciente de lo incómoda que se sentía. Se dijo que era porque había escuchado una discusión que no era cosa suya y eso la hacía sentir culpable. De ahí debía derivar su sensación de haber hecho algo indebido, porque no había hecho nada en absoluto.

Al acercarse a la puerta del invernadero, levantó la cabeza para asegurarse de que no había nadie mirándola desde el primer piso. La soledad del mirador de su tía le hizo dar un suspiro de alivio.

«Absurdo», se dijo de nuevo. Ella no había hecho nada.

*Burgos, primavera de 1919*

Durante días, Áurea temió que la discusión entre su tío y Amat por motivos económicos pudiera producir algún tipo de consecuencia en la casa. Sin embargo, lo único fuera de lo corriente fue que algunos miembros del partido de su tío trataron de convencerlo de que se presentara al Congreso en cuanto se convocaran elecciones. Desde las anteriores solo había pasado un año, pero ya iban por el tercer gobierno, y todo el mundo sabía que no iba a aguantar mucho.

Joaquín Nebreda dijo que iba a pensarlo.

Al enterarse por su hermano Alonso de aquella posibilidad, Luisa se quedó helada. Si Joaquín se trasladaba a Madrid, aquello supondría un cambio drástico en la vida de la familia. Pero su marido no se lo había consultado, ni siquiera se lo había dicho. Ella, como esposa, estaría obligada a vivir donde él decidiera; pero no por ello tenía voz o voto en la decisión.

Áurea, por su parte, siguió dedicando las tardes a sus estudios, y las mañanas a aquella escuela de la que comenzaba a sentirse orgullosa. Ya no pretendía cambiarla por completo; había comprendido que era un absurdo. Muchas chicas no asistían a diario, a veces ni siquiera semanalmente. Si un hermano estaba enfermo, o había que ayudar a los padres, o simplemente no les apetecía ir, no iban. Pero algunas tenían capacidad e interés por aprender, y eso le bastaba a Áurea.

Como había prometido, Roberto Amat regresó en mayo para llevarlas al aeródromo de Lacua. Pero cuando la criada anunció su llegada, Luisa se quedó sorprendida.

—Discúlpeme, pero creí que la cita era mañana.

—Y así era, pero el raid ha tenido que alterar su ruta por la previsión de tormentas. Según el telegrama que recibí ayer, se ha adelantado la salida desde Hendaya. Tendríamos que partir en una hora. Espero que esto no suponga un problema...

Sí lo suponía, porque Paula y ella estaban esperando la visita de la

marquesa, y no veía cómo cancelar la cita sin ofenderla gravemente. Pero no quería renunciar al viaje, así que decidió conseguir que la visita concluyera a tiempo.

Al llegar, la marquesa saludó a Roberto Amat con cordialidad. Desde que lo había conocido en la fiesta de Navidad, había descubierto que tenían conocidos en común en Madrid, lo que había convertido al joven en uno de los suyos. Como Luisa esperaba, la mujer monopolizó la conversación. Eso no le importaba, siempre que se fuera en la media hora de rigor que se consideraba cortés a aquellas horas del día. Pero lo que no había previsto fue que la marquesa preguntara a Amat por sus próximos planes y que este le hablara del raid.

—¡Pero eso es fantástico! ¿Podríamos conocer a los pilotos? ¡Sole, Sole..!  
—La cabeza de su hija, agachada junto a Paula, se alzó—. ¿No te gustaría ver esos enormes aviones? A mí me horroriza la mera idea de volar, pero estoy segura de que a los jóvenes...

A Luisa se le congeló la sonrisa. Era el colmo de la grosería unirse a una excursión a la que no había sido invitada. Sin embargo, no podía rechazar su pretensión sin ofenderla; por mucho rango social que tuvieran los Nebreda, los marqueses de Vilamorta estaban muy por encima de ellos.

Así que no hubo discusión. Media hora después, la marquesa ordenó al chófer preparar el Hispano-Suiza. A punto de salir, Roberto preguntó si Áurea no iba con ellos. Luisa iba a contestar que no cuando Paula se le adelantó.

—Está en la escuela de la barriada. Vendrá en una hora. Pero podemos ir a buscarla.

Luisa tuvo que disimular su contrariedad. No tenía motivos para dejar a Áurea en Burgos, más allá de la inquietud que su belleza le seguía provocando, pero habría preferido hacerlo. El día no estaba saliendo como pretendía, y algo le decía que no iba a mejorar.

El espectáculo de dos coches en la plazoleta tras la iglesia no era habitual en la barriada. Unos niños que jugaban con tabas de cordero junto a la tapia se acercaron corriendo al verlos. El chófer de la marquesa les soltó un manotazo para que no tocaran el coche. Roberto prefirió extraer de su chaleco una moneda y encargarles que lo vigilaran, con la promesa de una recompensa similar a su vuelta.

Desde que Áurea la había sorprendido con su decisión de pasar las mañanas en aquella escuela, Luisa apenas le había prestado atención. Primero habían sido las secuelas de la gripe; luego, la factura; luego, su proyecto de que Paula y el joven Amat pasaran juntos el mayor tiempo posible... Había habido muchos motivos para desentenderse de ella. Pero en cuanto la marquesa abrió la puerta de la clase, comprendió que se había desentendido demasiado.

—Dios santo. ¿Se puede saber qué ha sucedido aquí?

Al oír a la marquesa, las alumnas de la escuela se pusieron precipitadamente en pie. Desde su lugar junto a las mayores, Áurea sostuvo la mirada atónita de la marquesa. Siempre había sabido que en algún momento tendría que explicar aquellos cambios, pero no había esperado que fuera ante una audiencia que incluyera a la marquesa, a Sole y a Roberto Amat.

—He sido yo, excelencia. —Dio un paso al frente—. Me he encargado de pintar las paredes y he colocado esas flores junto a la ventana para que se vea más alegre. También he traído un mapamundi, ceras de colores, un atlas, algunos libros... Y dos braseros.

—¿Y puedo saber el porqué de estos cambios?

—Quería mejorar la escuela.

—¡Mejorarla! ¿Qué tenía esta escuela de malo, si puede saberse?

Áurea sintió sobre sí las miradas de todos los presentes. No iba a caer en la trampa de aquella pregunta capciosa.

—La estufa no funcionaba. Hacía demasiado frío.

—Yo diría que entre traer un brasero y convertir el aula en un salón de té hay alguna diferencia. ¿Y qué estaban haciendo las muchachas cuando hemos llegado? No me ha parecido que estudiando el catecismo. ¿Qué estaban haciendo, Casilda?

Todos miraron a la muchacha que, de pie ante la pared, parecía querer fundirse con ella. De nuevo, fue Áurea quien asumió la responsabilidad.

—Leían una poesía.

—¿Una poesía? ¿De la Biblia?

—No. No de la Biblia.

Áurea no apartó la mirada tras contestar. No pretendía parecer desafiante, pero no se avergonzaba de lo que había hecho. Sin embargo, con el rabillo del ojo vio la inquietud de su tía, y una punzada de culpabilidad la asaltó. A ella no le intimidaba la marquesa, pero de ningún modo quería perjudicar a su familia.

Con un gesto seco, la marquesa solicitó a la maestra que le acercara una silla. Cuando la joven lo hizo, no le permitió retirarse.

—Imperdonable. No esperaba esto de usted, Casilda. Pasaré por alto la planta y el cuadro, pero de ningún modo puedo aceptar el esfuerzo estéril que han hecho estas niñas para aprender un poema que no les servirá de nada en la vida. ¿Acaso no se da cuenta de que ese tiempo malgastado en poesías es imprescindible para perfeccionar su moral cristiana? ¿Acaso no tiene absolutamente claro que estas niñas están aquí para aprender catecismo y doctrina cristiana? Su falta de responsabilidad es absolutamente decepcionante.

De la garganta de la joven maestra surgió un sonido estrangulado.

Consciente de lo injusto de la situación en que la había colocado, Áurea intervino de nuevo.

—Excelencia, Casilda enseña todos los días el catecismo. Puede preguntarles cuanto quiera, que ellas sabrán contestar correctamente.

La marquesa le dedicó una mirada hostil.

—Ellas, tal vez. Tú, desgraciadamente, sigues sin tener la más mínima idea de lo que es corrección.

En el silencio que siguió a la hiriente frase, Áurea aguantó el tipo. No iba a flaquear, porque enseñar a leer y escribir a algunas alumnas no era ningún crimen. Inesperadamente, fue Roberto Amat quien acudió en su ayuda.

—Tal vez esa sea una buena idea, que nos muestren su conocimiento de catecismo. Aún tenemos unos minutos. Por favor, señorita. —Tendió la mano hacia la profesora—. Si pudiera comenzar con las preguntas...

La joven vaciló. A regañadientes, y por no contrariarlo, la marquesa aceptó la propuesta de Roberto. Solo entonces la joven se acercó al escritorio y abrió con manos temblorosas el cuaderno que descansaba en él.

—¿Cuál es el primer mandamiento de la Ley de Dios?

—Amar a Dios sobre todas las cosas.

—¿Quién ama a Dios?

—El que guarda sus mandamientos.

—¿Qué es amarle sobre todas las cosas?

—Querer antes perderlas todas que ofenderle.

—¿A qué más nos obliga este mandamiento?...

El ritmo monótono de las respuestas ayudó a que los ánimos se templaran. Diez minutos después, Roberto Amat interrumpió la demostración, recordando que debían partir ya. Pero en cuanto el grupo salió del local, y una temblorosa Casilda cerró la puerta con una firmeza desacostumbrada en ella, la marquesa se encaró de nuevo con Áurea.

—De todas las ocurrencias desafortunadas que has tenido desde que llegaste a Burgos, y han sido muchas, esta es sin duda la peor. Esta escuela que hemos levantado es para que estas muchachas se formen en la piedad cristiana, no para que pierdan el tiempo. Estas infelices acuden a la escuela tres horas al día para ser formadas en los sólidos preceptos de la virtud. No muchas son mayores de doce años, trece a lo sumo. El tiempo que tenemos para hacer de ellas cristianas piadosas es escaso, pues en cualquier momento se quedarán en su casa cuidando a sus hermanos o ayudando a sus madres con las ropas que deben lavar o planchar, si no les aguardan cosas peores. Entonces ya no habrá oportunidad de alimentar su espíritu. Así que catecismo —concluyó con rotundidad—. Catecismo es lo que necesitan, y no distracciones de ningún tipo.

Por atractivos que puedan parecer los poemas, los mapamundis y los libros, esas distracciones roban el poco tiempo de que disponemos para hacer de ellas cristianas de provecho. Daré orden de que lo retiren todo inmediatamente. Espero que esto no vuelva a repetirse.

Áurea estaba a punto de replicar que aquello debía decidirlo la Junta de Damas, y no ella, cuando notó que las uñas de su tía se hincaban en su brazo. Ahogó un gemido y sacudió el brazo para liberarse. Luisa le dio un empujón para que avanzara hacia la plazoleta, susurrando: «Ya hablaremos de esto.» Al pasar junto a Sole, mantuvo la mirada fija en la pared tras ella. Una pintada animaba a los vecinos a afiliarse a la UGT y proclamaba: «Viva el pueblo libre.» Ignoró la sonrisa burlona de la joven.

Estaban a punto de llegar al coche cuando una mujer dobló la esquina de una de las calles que desembocaban en la plazoleta. Llevaba una cesta de ropa apoyada en la cadera y caminaba encorvada por el peso. No vio al grupo hasta que casi chocó con ellos. Cuando se detuvo en seco, y alzó la cabeza, Áurea se quedó sin aliento.

La joven no la reconoció, o tal vez ni siquiera la vio, pues su mirada se clavó en Luisa. Desde luego, a ella sí la había reconocido, porque su semblante se llenó de resentimiento.

Áurea se volvió hacia su tía. Se mantenía aparentemente ajena a la presencia de la mujer, pero el gesto de tensión en sus labios delataba que también la había visto. Áurea estaba pensando lo desagradable que resultaría que Paula comprendiera algo cuando la mirada de su tía se clavó en la suya. Y la muchacha no pudo sostenerla. A pesar de que aquello equivaliera a aceptar que conocía lo sucedido, desvió la mirada para no enfrentar la de su tía. La voz de Roberto Amat, invitándola a subir al coche, le dio la excusa perfecta para no volver a cruzarla. Se sentó en la banqueta junto a su prima, agachó la cabeza y no la levantó hasta que el coche enfiló la carretera de Vitoria, pues el adulterio de su tío era algo que jamás debería haber sabido, y solo deseaba olvidarlo cuanto antes.

Aunque Áurea no simpatizara mucho con Roberto Amat, tuvo que reconocerle el mérito de una jornada memorable.

Cuando el coche se detuvo junto a las tiendas de lona que habían instalado en el aeródromo de Lacua, este estaba a rebosar de gente deseosa de admirar aquellos ingenios que surcaban los cielos de Salisbury a Madrid sin estrellarse. El joven las condujo hasta la pequeña tribuna que se había levantado para la

ocasión, donde al resguardo de un toldo bebieron limonada y aguardaron la llegada de los aparatos. Desde allí vieron aterrizar, uno tras otro, a los dos Havilland y el Bristol que participaban en el raid.

Mientras los mecánicos repostaban los aviones, Roberto las condujo hasta la pista para presentarles a los oficiales de la Royal Air Force que los pilotaban. El comandante Payne, familiar del agente de negocios en Londres de los Amat, se mostró muy dispuesto a explicar en detalle las características del Bristol de dos plazas y motor Rolls-Royce que se consideraba uno de los mejores aparatos de combate que habían participado en la Gran Guerra.

Roberto fue traduciendo sus palabras, tan orgulloso como si él fuera quien pilotara el avión. El aparato alcanzaba la increíble velocidad de doscientos kilómetros por hora. La marquesa y Sole emitieron exclamaciones de gozoso temor al tocar las dos ametralladoras que llevaba.

—¿Se puede saber qué te pasa? —inquirió Paula por lo bajito, volviéndose hacia Áurea, que permanecía un paso detrás de todos—. No has dicho ni mu. ¿No irás a amargarnos la excursión por eso de la escuela...?

La intervención de la marquesa la había hecho hervir de rabia. De no ser por el empujón de su tía, habría dicho algo de lo que, posiblemente, más tarde se hubiera arrepentido. Pero era el encuentro con la muchacha del hostel lo que la mantenía silenciosa. El viaje a Vitoria le había dado tiempo para reflexionar, y estaba segura de que su tía se había dado cuenta de que lo sabía.

—No creo que a nadie le importe si hablo o no. Pero descuida, no pienso amargar nada.

—Pues cambia la cara. ¿No ves lo que está disfrutando Sole a tu costa?

Después de que la marquesa hubiera arruinado todo su esfuerzo con la escuela, la diversión de Sole era el menor de sus problemas, pero por su prima decidió disimular. Cuando les presentaron al coronel Beatty y el capitán Pace, Áurea les preguntó directamente el porqué de la tercera ametralladora que tenían los Havilland.

Las caras de los hombres reflejaron asombro y deleite al escucharla. Ambos se enzarzaron en una explicación de tipo técnico que interesó a Áurea más de lo que ella misma había pensado. No fue hasta la tercera pregunta que les hizo cuando se dio cuenta de que Amat la miraba con la boca abierta, y la marquesa, con aborrecimiento.

—Pero ¿qué haces ahora hablando en inglés con ellos? —susurró Paula, entre exasperada y divertida—. ¿Te crees que los demás entendemos algo? Roberto ni siquiera ha podido traducirte, y la marquesa está que trina.

Áurea se ruborizó al percatarse de que todas las miradas estaban clavadas en ella.

—Lo aprendí con mis *nannies* —dijo a modo de explicación, jurándose que era la última vez que abría la boca aquel día—. *Miss Claire*, y las demás.

Fue en aquel momento, al ver el gesto fascinado, la mirada encandilada de Roberto Amat, cuando todas las alarmas de Luisa se encendieron. Comprendió de golpe. Y aunque era suficientemente honesta para admitir que nada en el comportamiento de Áurea parecía encaminado a despertar el interés del joven, aquello era lo que había sucedido. Pero ella no lo iba a permitir.

Una imagen de Teresa Garay reclinada en un diván de brocado rosa y ocre apareció de súbito en su cabeza para terminar de perturbarla. Antes de que fueran otros recuerdos los que ocuparan su mente, agradeció a los pilotos su amable atención y manifestó a Roberto Amat su deseo de regresar a Burgos enseguida, antes de que el ocaso los encontrara en la carretera.

Pasaron varios días hasta que Luisa encontró el momento adecuado para enfrentarse a Áurea. Tuvo que esperar al día que Paula acudió a la ordenación sacerdotal del hermano de una antigua compañera de las Damas Negras. Entonces la llamó a su presencia.

Era aquella una conversación difícil de plantear y sostener. Por eso, porque no había una manera agradable de abordar el asunto, Luisa fue directamente al grano, preguntándole de qué conocía a la mujer que habían visto el día de la excursión al aeródromo. En sus respuestas, Áurea fue tan discreta como podría desear, pues solo reconoció recordarla de Salas. Pero aquel día Luisa prefería la franqueza a la discreción.

—Hablemos claro: sé que conoces la desafortunada historia de esa muchacha y tu tío.

Aquella manera de preguntar no dejaba salidas. Áurea asintió, reacia a explicar cómo lo había descubierto. Pero, a esas alturas, a Luisa ya no le importaba que se hubiera escabullido a correos para hacer algo que tenía prohibido. Lo que sí le importó, y mucho, fue descubrir que la infidelidad de Joaquín podía haber estado a la vista de todo Burgos.

Mientras su tía trataba de digerir aquello, Áurea se recordó que ella no era culpable de lo sucedido. Estaban en la habitación de Luisa, en dos butacas colocadas frente a la puerta del balcón. La luz intensa que bañaba la estancia hacía que Luisa tuviera que entornar la mirada, revelando pequeñas arrugas alrededor de los ojos. Apenas nada más en su figura revelaba el paso de los años, y Áurea trató de imaginar cómo sería ella a la edad de su tía; si mantendría la elegancia de movimientos, si conseguiría conservar la cintura y el cabello denso

sin apenas canas. Su tía no era una belleza en el sentido clásico del término, pero resultaba distinguida. Nunca había pensado en ella como mujer, pero aquella mañana de principios de junio, en que ambas compartieron un conocimiento que no podía revelarse, decidió que sería tan sincera como su tía exigía.

—¿Entiende ahora por qué yo quiero algo más que casarme en esta vida, tía?

La pregunta molestó a Luisa. Era tan insolente y tan propia de su sobrina...

Tan propia de Teresa...

Se volvió hacia ella, dispuesta a ponerla en su sitio. Pero no pudo hacerlo, porque de repente los recuerdos de los últimos tiempos de su noviazgo la asaltaron. Recuerdos de su ilusión destrozada a manos de Teresa y Joaquín.

Con la excusa de cerrar las cortinas, se puso en pie para ganar tiempo y recuperarse. Desde la ventana, de espaldas a la joven, replicó:

—A nadie le importa lo que tú quieras. Entiéndelo de una vez.

—Pues entonces, dígame cómo se hace. Cómo se sigue adelante cuando no hay siquiera respeto.

—No se te ocurra hablar así. —Se volvió hacia ella, indignada—. ¿Qué tonterías se te han metido en la cabeza? Esa idea absurdamente romántica del matrimonio que tienes será tu desgracia. No confundas las cosas; las mujeres y los hombres somos diferentes por naturaleza, y nuestras necesidades también lo son. El único respeto posible parte de aceptar la diferencia. ¿Que cómo se sigue adelante? Cumpliendo cada uno con su misión, por supuesto. El principal deber de un hombre al casarse no es la fidelidad, sino mantener a su familia. La pasión, antes o después, se acaba, y lo que mantiene unido un matrimonio a lo largo de la vida es la defensa de los intereses compartidos y de los hijos. Eso es lo que hacemos nosotras, las mujeres: defender con uñas y dientes a nuestros hijos y lo que les corresponde.

Regresó a su butaca. Antes de sentarse, exigió a su sobrina que jamás revelara a Paula aquel desafortunado descubrimiento. Luego, afrontó la segunda parte de su conversación, aún más espinosa. Luisa no podía acusar a Áurea de haber fomentado de ningún modo las atenciones de Roberto Amat. A diferencia de su madre, la joven no parecía dispuesta a utilizar su belleza para resolver su futuro. Fuera porque no era consciente de ello o porque sencillamente no le importaba, Áurea se mostraba indiferente a su propio aspecto. Pero Luisa sabía bien el riesgo que suponía la mezcla de indiferencia y belleza si un hombre fijaba los ojos en una mujer, y no se anduvo con rodeos. Su advertencia de que mantuviera a distancia al joven hirió a su sobrina.

—Tía, yo no tengo ninguna intención respecto a Roberto Amat. No creo que haya ningún interés que compartamos, ni siquiera me conoce, no sabe nada

de mí. Si lo hiciera, si supiera cómo soy realmente, dudo de que lo aprobara.

—Yo soy la primera convencida de eso, pero no te conoce, tú lo has dicho. Y, por desgracia, parece encontrar tu persona muy atrayente.

—Pero si yo ni siquiera deseo casarme. Lo que yo quiero es ir a la universidad. Si usted me apoyara, mi tío acabaría por aceptar. Entonces se libraría de mí.

—Me pides un absurdo que va contra mis creencias.

—Lo que le pido es que me permita hacer lo que mi padre quería.

—¡Tu padre...!

El desdén de su voz silenció a Áurea. Se mantuvo a la expectativa, viendo en el gesto de su tía un hartazgo que iba más allá de la discusión que mantenían.

—Verás, Áurea, no voy a discutir ahora el asunto de tus estudios —zanjó Luisa al cabo de unos instantes—. No es por eso por lo que te he hecho venir. Aún no se lo he dicho a Paula, pero Bárbara nos ha invitado a pasar el mes de agosto en su casa de San Sebastián.

Áurea elevó la cabeza con brusquedad. Comprendía perfectamente que, si había intenciones matrimoniales de por medio, nada podía consolidarlas mejor que un veraneo compartido. La playa, los bailes, las carreras del hipódromo, las regatas, los fuegos artificiales...

Y con la misma claridad, comprendió que ella sería la nota discordante en aquel verano.

Luisa se lo había dicho: las mujeres defendían con uñas y dientes los intereses de sus hijos. Era su lucha, su papel en la vida. Por una vez, tal vez la primera desde su llegada a Burgos, Áurea pensó que aquello no era algo personal. No del todo, al menos. Aun así, cuando su tía expresó su deseo de que no los acompañara aquel verano, no pudo evitar que las lágrimas afloraran a sus ojos.

—Creo que lo mejor para ti sería aceptar el ofrecimiento de *madame Roche*.

Áurea asintió. Si la decisión estaba tomada, no podía hacer más. Le sorprendió el dolor que hacía que sus ojos escocieran. A aquellas alturas, ya debería estar acostumbrada. Sus diecisiete años de vida habían sido una sucesión de pérdidas y desapariciones. Su madre, su padre, *miss Claire*, doña Engracia, Gerardo Ríos... Ningún amor había sido tan poderoso como para permanecer a su lado, así que, ¿por qué habría de extrañarle que Paula y sus tíos se sumaran a la lista? Antes o después, todo el mundo la abandonaba. Y pasar agosto en La Granja con *madame Roche* era una buena solución. Sería egoísta quejarse.

No parecía haber mucho más que decir, y Áurea se puso en pie para regresar a su habitación. En la puerta, sin embargo, Luisa la llamó de nuevo.

—Áurea.

Ella se enjugó las lágrimas antes de volverse.

—Dígame.

—Gracias por entenderlo.

Una carcajada amarga se quedó trabada en la garganta de la joven. Como si tuviera otra posibilidad...

—No hay de qué —replicó con una formalidad que sonó plena de ironía—. Pero dentro de un año, cuando termine el bachillerato y pueda solicitar mi acceso a la universidad, le pediré que sea usted quien entienda mis deseos. Y espero que entonces sea tan comprensiva como lo he sido yo hoy.

*Burgos, septiembre de 1919*

—Cuánto me alegro de que hayas vuelto.

El espontáneo abrazo de Paula pilló a Áurea por sorpresa. A lo largo de su veraneo en La Granja, se había acordado de su prima muchas veces. Pero lo que no esperaba era que Paula se hubiera acordado de ella.

Sentadas en la cama de su habitación, en la penumbra de las contraventanas entreabiertas de aquella tarde de septiembre, Áurea comprendió hasta qué punto se habían acostumbrado la una a la otra. Despachó la crónica de su verano con algunas pinceladas sobre el palacio de La Granja, los bailes del Blas-Club, los campeonatos deportivos y la pesca en el río que hicieron que Paula tildara sus vacaciones de bucólicas y aburridas, lo que hizo sonreír a ambas. Por su parte, Paula le habló de su estancia en San Sebastián, que habían alargado tanto que al final ni siquiera acudieron a Salas.

—Oh, lo he pasado muy bien, todo ha sido estupendo. Te habrían encantado los fuegos acuáticos. Las corridas de toros no, que sé que te disgustan, pero los bailes... Y vimos a los reyes. Qué decepción, Áurea, el rey es enclenque y muy poco favorecido. La reina me pareció mejor, pero tampoco te figures la estatua de alabastro que dicen los periódicos.

—Yo conocí a la infanta Isabel en los jardines del Real Sitio. Una mujer muy interesante.

—Más que su sobrino, sin duda. Sin embargo, mamá estaba tan contenta de verlos... Hasta Ignacio estuvo agradable conmigo ese día.

—¿Ignacio estuvo en San Sebastián?

—Sí. Lo invitó un amigo del colegio, o algo así, la verdad es que no le hice mucho caso. Me harta que siempre esté burlándose de mí. Aunque, claro, no sé qué te digo a ti sobre Ignacio...

Áurea esquivó la mirada de su prima.

—Yo conocí al abuelo de Gabriel. Qué casualidades tiene la vida, es muy amigo de *madame* Roche. Me dijo que había esperado ver a Gabriel algún día, pero al parecer no pudo acudir.

—Sí, se marchó a Berlín. ¿O era Zúrich? No lo sé, el tío Alonso dijo algo, pero ya no me acuerdo.

—Y ¿qué tal con los Amat?

Paula se dejó caer sobre los cojines que adornaban la cama.

—Bien... al principio. Doña Bárbara conoce a mucha gente en San Sebastián, y se portó muy bien con nosotras. Nos presentó a todos sus conocidos en el Náutico, y un día unos amigos de su padre nos invitaron a navegar hasta Fuenterrabía. Me puse un poco mala con las olas, y ella no se separó de mi lado hasta que me recuperé del mareo. Además, nos llevó a los mejores bailes que se organizaban en la ciudad, y el día de la Virgen nos invitó a ver los fuegos acuáticos desde un reservado en el Casino. Pero luego pasó algo, no me enteré bien. Algo de una avería en la fábrica, por la sequía, o algo así... O puede que no fuera una avería, sino una máquina que no funciona bien. O no sé, la verdad es que no me enteré de mucho, pero Roberto se marchó a Salas y papá y el señor Amat discutieron. Los últimos días, mamá y Bárbara estaban muy disgustadas. Fue un poco incómodo, si quieres que te diga la verdad.

La noticia de la discusión sorprendió a Áurea.

—¿Y Roberto Amat?

—Ya te he dicho que se fue. Pero no te preocupes, no está enfadado contigo. ¿Sabes que la tarde que fuimos a merendar a Igueldo me hizo muchas preguntas sobre ti? Que si tienes previsto seguir estudiando, que si te gusta vivir en Burgos o quieres volver a Madrid, que qué flores son tus favoritas... —Paula se echó a reír al ver su semblante espantado—. Bueno, eso no me lo preguntó, pero estoy segura de que lo habría hecho si le hubiera dejado seguir hablando, porque todo era que si la señorita Nebreda esto, que si la señorita Nebreda lo otro... Yo diría que le interesas.

A Áurea le costó reaccionar.

—No puede ser.

—Claro que puede ser. ¿Se puede saber qué te pasa ahora? ¿No te gusta Roberto? Ya sé que es aburrido, y ni de lejos tan apuesto como te parece a ti Ignacio, pero...

—Paula, por favor...

—Es un buen partido, todo el mundo lo dice. Y a mí me parece que le interesas. Hasta Sole lo cree, pero no veo el problema.

—No habrás hablado con Sole de esto —soltó con incredulidad.

—Lo comentamos una tarde. No recuerdo cómo surgió el tema, pero ambas estuvimos de acuerdo en que el día de la escuela de caridad te defendió más de lo necesario.

—Paula, por Dios bendito...

—¿Qué? —se molestó ella, incorporándose—. Tampoco me parece que sea tan horrible interesarle a Roberto Amat. Es verdad que no es guapo, pero según

Sole es socio de los mejores clubes de caballeros de Madrid, y tiene una casa en el barrio más elegante solo para él.

—Paula, por favor, no quiero hablar más de esto —imploró Áurea, horrorizada por la simple idea de que su tía las escuchara—. Hablemos de otra cosa. Dime algo más de la discusión sobre la fábrica.

Pero Paula se negó en redondo a hablar de un tema tan desagradable, y Áurea no pudo saber más de lo que había acontecido entre los Amat y su familia.

A pesar del sombrío panorama que la discusión presagiaba, aquel otoño Roberto Amat no desapareció de la vida de los Nebreda. Antes bien, su presencia en la casa y en las reuniones con Joaquín y Pedro Herrero se volvió más frecuente, pues él se echó a las espaldas la responsabilidad de evitar la ruptura de las relaciones entre los socios.

Aquello animó a Luisa. No conocía la causa de la discusión, porque las preguntas que había hecho a Joaquín fueron eludidas por él sin explicaciones. —«Son asuntos de negocios. No es algo que importe a las mujeres»—. Tuvo que recurrir a Pedro Herrero, que a disgusto le habló de un problema de liquidez cuyas causas no había comprendido del todo. Y es que el administrador no se atrevió a explicarle a las claras que el señor Amat acusaba a Joaquín de utilizar un contrato para desviar fondos en su favor, ni que él, como administrador, desconocía aquel contrato entre Joaquín y una sociedad de representación de un compañero de partido, lo que le situaba en una posición tan comprometida como desairada.

Así que, ignorando aquello, Luisa se sentía prudentemente optimista sobre su proyecto, pues si Roberto continuaba visitándolos a pesar del enfado de su padre, significaba que las cosas no eran tan graves.

Lo que sí comenzaba a hacerse necesario era que Paula aceptara la propuesta. Y así, una tarde en que había enviado a Áurea a la consulta de Alonso, decidió hablar con su hija.

Luisa prescindió de rodeos para ir directa al grano: Paula estaba en la edad adecuada para comprometerse, y su madre creía que no había mejor enlace posible que Roberto Amat. ¿Qué le parecía?

Paula la miró desconcertada. A medida que lo que su madre sugería tomaba cuerpo en su mente, fue palideciendo. No protestó, ni se negó. Lo más parecido a un reparo que emitió fue: «Pero a él le interesa Áurea.»

Luisa no aceptó el reparo. «Los jóvenes a veces se dejan deslumbrar por cosas que no les convienen.» Lo que Roberto Amat necesitaba a su lado no era

una bachillera con la cabeza llena de pájaros, sino una joven bien educada, sensata y prudente, capaz de llevar un hogar con mano firme y de apoyarlo en sus ambiciones. Es decir, lo que Paula era.

Viendo el desconcierto de su hija, aquel primer día no quiso insistir. Prefirió dejar que la idea germinara en su mente, que se acostumbrara a ella, que comenzara a imaginarse como la dueña del hermoso palacete de los Amat en Madrid. Que visualizara sus veraneos en San Sebastián, sus viajes a París para encargar la ropa de temporada, las recepciones en consulados y embajadas donde un par de veces al año coincidiría con la reina.

Era imposible que Paula no quisiera aquello, en cuanto lo comprendiera.

Los días siguientes, se ocupó de poner de relieve con sutileza —y a veces sin ella— las ventajas del enlace. Nunca había pensado obligar a Paula a contraer un matrimonio contra su voluntad. Por eso mismo deseaba de todo corazón que ella apreciara las ventajas de aquel enlace. Se sintió muy complacida cuando intuyó un levísimo cambio de comportamiento en ella. Siempre había tratado a Roberto Amat con cordial indiferencia, pero ahora, en las ocasiones en que se encontraban, le pareció que Paula estaba más pendiente de él, más atenta a sus palabras.

Áurea también lo notó.

—Tu madre te ha dicho lo que pretende, ¿verdad? —dijo un día en que Paula había espiado la llegada del joven desde la ventana de la sala, donde estaban terminando de empacar los mitones de lana que habían tejido para la parroquia.

Paula se volvió, estupefacta.

—¿Lo sabías, y has sido capaz de no decirme nada?

—Bueno, no es que lo supiera —mintió—. Solo lo sospechaba.

—Pues podías haberme puesto sobre aviso.

—No creí que hiciera falta. ¿Cuándo le vas a decir que no estás interesada?

Las manos de su prima se detuvieron sobre la caja.

—No voy a decirle eso.

—¿Cómo que no? No irás a decirme que te interesa Roberto Amat...

Paula la apartó al pasar para recoger el último montón de mitones.

—Es un buen enlace para mí. Roberto es un joven educado, y con un futuro próspero en los negocios de su familia. No sé por qué iba a decirle que no, si me pidiera matrimonio. Cosa que, por cierto, no ha hecho.

Áurea la miró con gesto confundido.

—No lo dices en serio.

—Ya lo creo que sí.

—Pero si ni siquiera te gusta. Solo estás repitiendo las palabras de tu

madre.

—Bueno, pero la ventaja de tener una madre es que se pueden repetir sus palabras, ¿verdad? Y si considera que lo mejor es Roberto Amat, no sé por qué no iba a hacerle caso.

La retorcida manera de dar la vuelta a la mención a su madre hizo que la sangre hirviera en las venas de Áurea. A veces, Paula era tan atroz que le daban ganas de abofetearla.

—Paula, a ti Roberto Amat te importa un bledo —espetó con acritud, conteniéndose a duras penas—. Solo lo estás diciendo para enfadarme.

—Y que siempre quieras ser el centro de todo... ¿Es que crees que los demás hacemos las cosas en función de lo que tú vayas a opinar? Además, no sé por qué tendría que enfadarte que yo mire con buenos ojos a ese joven. Salvo que tengas algún interés en él. ¿Lo tienes, Áurea?

—Sabes perfectamente que no.

Paula cerró de mala manera la caja y la levantó.

—Pues entonces, no te entrometas en este tema. Ya que estás decidida a hacer con tu vida lo que te dé la gana, te ruego que me dejes hacer lo mismo. Y toma. —Le lanzó la caja, y Áurea estuvo a punto de caerse al atraparla—. A ver si ayudas un poco, que solo piensas en ti.

Después de la discusión, ambas primas estuvieron días sin hablarse. En las horas en que solían compartir actividades, Áurea permanecía en su habitación, escribiendo una historia sobre una joven que encontraba en un lago un cisne malherido al que cuidaba, y que al recuperarse le ofrecía un trato mágico: ella podría volar, montada en su espalda, a cualquier lugar del mundo, siempre que a cambio le enseñara a cantar. Lo que la muchacha no sabía era que, en realidad, el cisne era un duende maligno que solo quería arrebatarle la voz.

Por su parte, Paula decidió involucrarse a fondo con el proyecto de Sole para aquellas Navidades: una subasta benéfica a favor de los huérfanos de la epidemia de gripe del año anterior.

La idea entusiasmó a la marquesa, que no cesó de alabar la iniciativa y el ingenio de su hija. El resto de las Damas de la Caridad estuvo de acuerdo en que la joven era un ejemplo de consideración y diligencia.

A Paula se le ocurrió ceder el retrato al carboncillo de Áurea que había pintado aquella primavera. El que Áurea había agradecido de corazón y pensaba regalar a su aya en cuanto regresara a Madrid.

—No puedes ceder ese cuadro, es mío —protestó, estupefacta al descubrir

que el retrato había desaparecido de su lugar sobre la cómoda.

—No; es mío. Lo pinté yo, ¿recuerdas?

—Y me lo regalaste.

—No, no te lo regalé. Y, además, aunque lo hubiera hecho, ¿serías tan egoísta de quedártelo, cuando puede aportar algún alivio a huérfanos que lo necesitan tanto?

El tramposo argumento la dejó sin opciones. El día de la subasta en el Círculo de Burgos, su retrato ocupó una posición destacada, apoyado en un caballete entre el resto de objetos donados.

Áurea se detuvo ante él en su paseo por la abarrotada sala en que se habían colocado los objetos para su examen antes de las pujas. Por mucho que le fastidiara reconocer ningún mérito a Sole, tanto la idea como su puesta en escena eran brillantes. No solo habían conseguido la cesión de múltiples objetos —cerámicas, litografías, óleos, algunas exóticas figuras de madera de ébano—, sino que en la ciudad no se hablaba de otra cosa desde hacía semanas.

Cuando las miradas de algunos visitantes pasaron del retrato a ella, se retiró de allí. Su tía y Paula estaban reunidas con el autodenominado Comité Organizador de Pujas, pero ya que Áurea no había aportado nada a aquella ocasión, no le habían pedido que se reuniera con ellas.

Salió de la sala en busca de algún conocido. Quería averiguar cómo recuperar el retrato para su aya. Estaba segura de que a nadie más le interesaría, así que el importe no sería muy alto. Pero cuando se encontró de frente con Ignacio, él se echó a reír.

—Lo siento, Áurea, tu retrato me lo llevaré yo. Lo voy a colocar en mi mesa en la habitación de la residencia, así podré ver a diario a una de las pocas personas de este mundo que no me resultan completamente absurdas.

Áurea notó el calor que subió a sus mejillas, pero conocía demasiado bien a Ignacio para tomar aquello en serio, y prefirió seguir la broma.

—Con lo formal que es la Residencia de Estudiantes, ¿qué te van a decir viendo el retrato de una chica en tu habitación?

—Nada, puesto que pienso dejarla tan pronto como pueda.

—¿Dejarla? Pero ¿por qué?

—Porque necesito respirar, y con Gabriel encima de mí todo el día es imposible. Es mi peor pesadilla, estar en la universidad y tener que seguir viviendo con él. Siempre está criticando lo que hago o dejo de hacer, como si yo fuera un niño de pecho. No, Áurea, lo último que necesita un universitario es tener a la niñera en casa. Un amigo me ha recomendado a la patrona de una casa de huéspedes. En cuanto quede una habitación libre, me largo allí.

Áurea no dijo nada ante lo que le pareció un capricho de Ignacio. Ella no

sabía gran cosa de la residencia, pero en una ocasión había leído en el *ABC* que, en cuanto a estímulo intelectual, no tenía nada que envidiar a los mejores *colleges* ingleses.

Con lo que a ella le habría gustado un sitio así...

En cuanto el Comité Organizador volvió a la sala, Áurea tomó asiento. Como era de esperar, la subasta fue todo un éxito. Parecía que todas las familias bien de Burgos se hubieran concentrado allí con sus monederos rebosantes para adquirir artículos que jamás hasta entonces habían creído necesitar. Alonso Montero se hizo con el retrato de Áurea. Luisa pujó con una de sus amigas por un juego de tocador de plata, y Paula se hizo con una peineta de nácar. Por su parte, Áurea se encaprichó de una brújula cedida por el dueño de la talabartería. Su prima observó su adquisición con escepticismo.

—Yo no sé si me pondré la peineta, pero tú no sé para qué quieres eso. Si está roto, ¿no ves cómo se mueve el bastoncillo?

A Áurea la alivió tanto que Paula le hablara de nuevo, que no la corrigió.

Había comenzado ya el baile y Áurea se dirigía al tocador con una antigua compañera de colegio, cuando Roberto Amat se interpuso en su camino.

—Áurea. Al fin la encuentro. ¿Dónde se había metido?

La forma tan directa de abordarla sorprendió a la joven. La había llamado por su nombre de pila ante una de las compañeras más chismosas que recordaba.

—Buenas tardes, señor Amat. —Empleó el tratamiento con formalidad, decidida a no dejar ni un resquicio a las habladurías. Tras las presentaciones de rigor, se despidió de su amiga. Solo cuando se quedaron a solas, volvió a hablar con él—. No sabía que tuviera intención de venir a la subasta.

—He estado a punto de no llegar. La reunión con su tío ha sido más dura de lo que pensaba. Menos mal que el administrador se ha ofrecido a terminar el documento de acotaciones para que mañana podamos examinar las cuentas. Un buen hombre, ese Herrero. Pero por lo que veo, finalmente me he perdido la subasta. Con lo que yo deseaba participar...

Ella sonrió por compromiso, mirando en derredor en busca de curiosos que pudieran considerar su conversación digna de atención.

—¿Desea bailar? Veo que mira la pista. No soy un gran bailarín, pero si tiene paciencia conmigo, podría hacer un papel aceptable ante sus amigos.

Su invitación tomó a Áurea por sorpresa.

—No, yo nunca bailo.

—Dice eso porque no quiere dejarme en ridículo, pero le aseguro que estoy dispuesto a pasar esa prueba con tal de hacerme digno de su compañía.

—Digo eso porque no me gusta bailar.

—¡Siempre tan modesta! Si no me concede el placer de un baile, al menos

siéntese conmigo unos instantes. Hay un asunto del que me gustaría hablarle en privado.

Áurea vaciló. No consideraba que tuvieran nada de que hablar en privado, pero no quería ofenderlo. Como solución de compromiso, aceptó sentarse en las sillas más apartadas de la pista, lejos de la puerta que comunicaba el salón con la cafetería, donde nadie podría escucharlos pero seguirían a la vista de todos. Amat fue en busca de un vaso de limonada. Al regresar, se lo tendió y se sentó junto a ella.

—En realidad, aunque lamento no haber llegado a tiempo, solo tenía interés en un objeto.

Una alarma se encendió en la cabeza de Áurea.

—Supongo que el astrolabio del dueño de los almacenes de la plaza —comentó, mirando alrededor en busca de su tía.

—¿Un astrolabio? ¿Y para qué querría yo un astrolabio? No sabría qué hacer con él.

—Pues la tabaquera de plata del almirante.

—Ya tengo tabaqueras de sobra.

—Bien, pues no lo sé. No creo que fueran los chales de *crochet*.

—¿Qué chales de...? No, no, solo me interesaba su retrato.

El corazón de Áurea dio un vuelco. Quiso ponerse en pie, pero él retuvo su mano.

—Su retrato, Áurea —repitió mientras ella liberaba la mano y se sentaba de nuevo para no llamar la atención—. Era lo más valioso de la subasta para mí.

Áurea trató de sonar calmada.

—El único valor que tiene ese cuadro es el que le presta el talento de mi prima.

—No para mí.

—No puede tener otro. Créame.

Había pretendido sonar terminante. Debió de conseguirlo porque, cuando al fin se atrevió a mirarlo a la cara, los ojos del joven reflejaban desconcierto.

—¿Es que la he ofendido en algo?

—No, por Dios, cómo se le ocurre... —Áurea apartó la mirada. La música había cesado y las parejas se movían para abandonar la pista u ocuparla. Iban a comenzar a atraer miradas en cualquier momento, así que recurrió a lo primero que se le ocurrió—. Pero su padre y mi tío han discutido. Tal vez no les agrade que estemos hablando.

La explicación pareció relajar al joven.

—Bueno, el asunto no es sencillo, claro. Ante todo, quiero decirle que yo nunca la culparía de las decisiones de su tío. Tal vez mi familia no esté de

acuerdo, pero soy mayor de edad y, aunque considere a mi padre con todo el respeto y el afecto que merece, también tengo mi propio criterio.

La inquietud de Áurea fue en aumento.

—Desconozco lo sucedido, pero no creo...

Roberto Amat alzó la mano para pedirle un momento.

—Verá, sé que no es adecuado hablar de estos asuntos con una mujer, pero usted es tan diferente que creo que merece una explicación. Cuando decidimos invertir en la fábrica fue en base a unas previsiones de negocio que cambiaron radicalmente en poco tiempo. Con el fin de la guerra y la recuperación de la industria europea la rentabilidad de las fibras que fabricamos ha caído en picado. Por raro que le parezca, los productos traídos de Inglaterra o Irlanda son más baratos que los que obtenemos aquí. Tampoco ha ayudado el decreto que bajó la jornada de los obreros a ocho horas, incrementando los costes de personal. Y luego está el asunto de la generación eléctrica, absolutamente ineficiente. Con tres saltos de agua escasos de caudal no se puede mantener una empresa con maquinaria moderna.

—¿Es eso lo que está pasando, que los ingresos no cubren los costes?

—Sabía que usted comprendería. Es parte de lo que está pasando, aunque ese es un riesgo que siempre se asume al invertir. Las pérdidas económicas siempre son una posibilidad.

Pérdidas económicas. Áurea ató cabos. Por eso hacía un mes habían prescindido del segundo jardinero, no porque descuidara su trabajo. Por eso no habían sustituido a la criada que se había despedido para casarse. Por eso su tío no había cambiado el Mitchell por el Hispano-Suiza del que tanto había alardeado.

—¿Y el resto de lo que está pasando?

Amat la miró con un gesto de disculpa no exento de respeto.

—El resto es un asunto demasiado delicado para exponérselo. Discúlpeme, pero, al fin y al cabo, usted es familia y hay temas... Digamos que se ha producido la pérdida de la confianza entre los socios. En cualquier caso, y aunque solo hay una cosa que me libra de considerar este asunto como un completo fracaso, me alegro de haber hecho la inversión.

—¿Cómo puede decir que se alegra? —preguntó ella con malestar, recordando el disgusto de Paula porque su padre no había querido comprarle una nueva gargantilla de perlas para ese día.

—Porque así he podido conocerla.

La sangre abandonó el rostro de Áurea.

—No diga eso.

—No lo diré si no quiere, pero es la pura verdad. Discúlpeme, pero si aún

estoy permitiendo que su tío trate de convencernos de que la contabilidad que ha presentado es correcta, es por usted.

Áurea se puso en pie. Esta vez, él no pudo retenerla.

—Sé que apenas nos hemos tratado y no pretendo forzarla a tomar ninguna decisión todavía —continuó él, alzándose a su vez—. Y entiendo que se haya ruborizado, dada su modestia, pero solo le pido que me dé la oportunidad de verla de vez en cuando, y conocernos un poco mejor.

—No. —Ni siquiera se esforzó en ser cortés.

—¿No? Bien, sé que debí hablar primero con su tío, solicitarle permiso para cortejarla, pero dadas las circunstancias...

—No, por favor, Roberto. Por favor. No.

La voz de Áurea sonó tan disgustada que el joven enrojeció.

—Creí... He debido interpretar mal... ¿La he ofendido de algún modo?

—No, no, no diga eso. No me ha ofendido. Es... otra cosa. Agradezco mucho su interés, pero es de todo punto imposible que pueda corresponderlo.

El tajante rechazo, que Áurea ni pensó en endulzar, hirió el amor propio de Roberto Amat. Aun así, su orgullo le llevó a un último intento de salvar la situación de una manera honrosa.

—Sé que tal vez me he precipitado, pero si me da la oportunidad de explicarle las ventajas de lo que...

—No. No puedo corresponderle. Entiéndalo, por favor.

Sin darle tiempo a decir nada más, Áurea abandonó su compañía y salió del salón en busca de un rincón donde estar a solas. Se sentía horrorizada. Si su tía se enteraba de aquello le arrancaría la piel a tiras. Y en cuanto a Paula, no quería ni imaginar su reacción.

Se escabulló tras las cortinas de terciopelo que cerraban la sala de la subasta, ahora semivacía en espera de que los objetos más voluminosos fueran embalados y transportados. Se acercó al caballete con su retrato, apoyado contra la pared del fondo. Había rechazado las palabras de Roberto Amat de una manera tan tajante que había resultado descortés, pero no podía permitir la mínima sospecha de haber alentado sus avances.

*Burgos, febrero de 1920*

Pasó la fiesta, pasaron las Navidades. Pasó el mes de enero, y Roberto Amat no aceptó ninguna de las invitaciones que Luisa le hizo llegar. «Está de viaje» o «Está cerrando un contrato en Madrid» fueron algunas de las excusas que Luisa recibió de boca de Pedro Herrero. Las relaciones entre los socios habían comenzado a producirse exclusivamente a través del administrador, y aquella circunstancia pesaba cada vez más en el ánimo de este. Cuando Roberto Amat le ofreció trabajar para ellos, en caso de que la ruptura mercantil que comenzaba a parecer inevitable se produjera, lo único que le impidió aceptar al momento fue pensar en Luisa.

Pero lo que hizo a Luisa consciente de la gravedad del asunto fue que las cartas de Bárbara de Amat desaparecieron. Preocupada por la situación, se presentó en la casa de Pedro Herrero.

—Mi marido no quiere decirme nada. ¿Qué ha sucedido con los Amat? Bárbara se ha excusado con palabras amables pero firmes. No creo que tenga ninguna intención de mantener el contacto conmigo.

Pedro no ocultó su malestar por verla allí. Luisa fue consciente de que el cabello húmedo y la camisa abotonada a medias delataban que lo había interrumpido en medio de su aseo. Pero era su patrona, y se dijo que tenía todo el derecho del mundo a estar allí. El gesto indignado de la criada revelaba que no pensaba lo mismo, pero Pedro la envió a sus quehaceres y condujo a Luisa a la pequeña estancia que hacía las veces de salón y despacho.

Durante largos minutos, el administrador le habló de los mismos problemas de liquidez y rentabilidad de los que ya le había hablado antes, y que ella seguía sin comprender. Lo que sí entendió a la primera fue que aún no habían pagado en Almacenes Ceylán los uniformes de invierno de los criados, y que el proyecto del Hispano-Suiza quedaba definitivamente descartado.

Mientras trataba de digerir aquello, Luisa dejó que su mirada vagara por la estancia. Nunca antes había estado allí. No había ningún toque femenino que atenuara la sobria atmósfera creada por el mobiliario de nogal y las butacas oscuras colocadas ante la chimenea. Ningún rastro de que, alguna vez, la fallecida esposa de Pedro hubiera tenido mano en aquella vivienda sólida,

modesta y discreta como su arrendatario.

Tal vez nunca lo tuvo. Tal vez, al revés de lo que sucedía en su caso, Salas era la vida familiar y cotidiana del hombre, y Burgos, la libertad y la aventura.

Pensar en eso la irritó.

—Pedro, quiero que sepas que tengo intención de concertar el enlace matrimonial de Paula y Roberto Amat.

—Un enlace conveniente al que no creo que, en estos momentos, ellos sean proclives.

—¿Por qué?

Él se pasó la mano por el cabello. Luisa vio la gota de agua que se coló bajo el cuello de la camisa que ninguna corbata cerraba. Desvió la mirada hacia la ventana. La repetición de las explicaciones sobre desencuentros contables entre los socios la hizo suspirar con impaciencia.

—Pedro, no estoy dispuesta a mendigar la información. Dime de una vez qué sucede, y si es de tal entidad que pueda hacer a Bárbara de Amat replantearse un enlace que a ambas nos convencía.

Su tono cortante fue recibido por el hombre con disgusto. Le recomendó que, si quería sinceridad, acudiera a su marido, pues él no era quién para hablar de según qué cosas. Su digna respuesta enfureció a Luisa.

—Comienzo a pensar que me has dicho todo esto porque no quieres que siga adelante con mi intención de acordar el compromiso de Paula con Roberto Amat.

Él se encogió de hombros.

—No es asunto mío con quién decide casar a su hija.

—No, por supuesto que no. Pero tú censuras esa decisión.

—No recuerdo haber dicho nada sobre el tema.

—No. No con palabras. Tu mirada habla por ti. Pero yo, como madre, solo busco lo mejor para mi hija.

—¿Y lo mejor para ella es un matrimonio acordado donde no tenga opinión?

—No sé por qué das por supuesto que ella no tendrá opinión. Que yo crea que Roberto Amat es una excelente oportunidad no quiere decir que ella no vaya a creer lo mismo, cuando lo piense.

—¿Y si no lo cree?

—Estoy convencida de que lo creerá —replicó ella con rotundidad—. Y date la vuelta de una vez. Es una grosería imperdonable que des la espalda a tu patrona.

Luisa tuvo que dar un paso atrás cuando él se volvió de repente. Cuando sus miradas se encontraron en la exigua distancia que los separaba, ella sintió un

hormigueo en el estómago. El mismo hormigueo del pasado, cuando aún tenían trece años, y sus aventuras y discusiones lo eran todo para ella. Y aunque nada hacía ya allí, no se decidía a irse.

No se decidía a dejarlo en paz.

—Lo que te sucede, Pedro, es que nunca has comprendido la necesidad de ciertos matrimonios —afirmó, mordaz, aceptando la oleada de calor que su atrevimiento envió a través de su cuerpo.

El dardo dio en la diana. Pedro Herrero ya no fue capaz de ocultar su irritación.

—¿Se puede saber qué quieres de mí, Luisa? ¿Para qué has venido, además de para ponerme en un compromiso con tu marido? Te recuerdo que este es mi medio de vida. Si estás decidida a que tu hija arregle la situación de la familia, adelante. Estás en tu derecho de intentarlo. Pero no trates de convencerme de que es lo bueno, o de que te dé la razón. Lo único que de verdad es mío en la vida, lo único que de verdad me pertenece, son mi opinión y mi honor, y no están en venta ni por un plato de lentejas ni por todo el oro del mundo. Si lo que quieres es que renuncie, estás a punto de conseguirlo.

Luisa sintió que la sangre abandonaba su rostro. Hacía mucho tiempo que temía que él anunciara su marcha, pero no era lo mismo temerlo que escuchar la amenaza.

—No seas tan dramático —dijo con tanto aplomo como pudo reunir—. No pretendo comprar tu dignidad, ni nada parecido. Solo he venido para saber la situación a la que me enfrento. Las decisiones que tome, a partir de este momento, son asunto mío.

—Por supuesto. —Pedro abrió la puerta de la estancia. Luisa no tuvo más remedio que salir.

Ya había comenzado a descender la escalera cuando oyó la voz a su espalda:

—Y la próxima vez, señora Montero, solicite la información que necesite a su esposo. Será mucho más conveniente para todos.

Luisa salió a la calle sin mirar atrás.

No quiso cuestionarse por qué, después del impropio tuteo que había empleado su administrador, el regreso del correcto tratamiento formal le dolía tanto.

Luisa estaba ya por abandonar su propósito cuando una mañana luminosa, en la que el frío de la noche había creado carámbanos de hielo en los aleros del

tejado, el cartero apareció con la deseada carta de Roberto Amat.

Y al ver el destinatario de esta, Luisa comprendió.

No quiso esperar. De inmediato, ordenó que su sobrina acudiera a su recámara. Le ordenó cerrar la puerta y, en cuanto estuvieron a solas, puso en su conocimiento que hacía una hora había llegado una carta de Roberto Amat.

—Al fin —exclamó ella con alivio.

Después de la subasta benéfica, Áurea había temido que su desplante hubiera asestado la puntilla a la relación con los Amat. No sabía si el joven era resentido o vengativo, y tampoco sabía hasta qué punto eran irresolubles los problemas que le había dejado entrever. La indeseada atención de Roberto no le había dejado más opción que mostrarse firme, pero no quería sobre su conciencia la ruptura entre los Nebreda y los Amat.

Pero la seca aclaración de su tía cayó sobre ella como un mazazo.

—Una carta dirigida a ti, Áurea. Para ser entregada en persona.

Su tía tendió la mano, ofreciéndole el sobre, y la muchacha sintió que el alma se le caía a los pies.

No tenía respuesta para la fría interrogación contenida en el gesto de su tía. Las palabras del joven en la subasta la habían tomado por sorpresa. Desde que su tía manifestara sus pretensiones, Áurea se había mostrado distante con él, tan distante como la educación había permitido. Y en la subasta, cuando había comenzado a expresar su inclinación hacia ella, lo había parado en seco para dejar claro que sus atenciones no eran bienvenidas.

Sin embargo, al ver la frialdad de su tía, intuyó que ella no lo iba a creer así.

—Tómala de una vez —insistió Luisa, al ver que no decía nada.

Áurea negó con la cabeza.

—Tendrás que abrirla —se impacientó su tía—. No querrás que lo haga yo por ti.

—Pues sí, tía. Eso es precisamente lo que quiero que haga.

—¡Por amor de Dios! —Luisa la miró exasperada—. Qué disparates se te ocurren siempre...

—Ningún disparate, tía. No tengo nada que ocultar. Contra lo que usted parece creer, nunca he dado motivos a Roberto Amat para que me escriba en privado, ni he perseguido ni deseo esas atenciones.

—Pero, al parecer, las has conseguido.

La ironía no desalentó a Áurea.

—Abra la carta, tía. No niego que el día de la subasta me confesó que querría que nos conociéramos más, pero lo rechacé con tanta claridad como supe. Lo único que puedo suponer es que me haya escrito para decir que acepta mi decisión. Ábrala. Nada va a haber en ella de lo que deba avergonzarme.

Luisa dio un par de vueltas al sobre sin dejar de mirar a su sobrina. Tan sobria, tan digna, tan segura de sí misma...

Era increíble cómo le recordaba a Teresa y, a la vez, lo diferentes que eran. Desde luego, Teresa jamás habría cambiado una sesión en la modista por una tarde estudiando álgebra en casa de un catedrático jubilado, salvo que se le hubiera antojado añadir al catedrático a la recua de sus rendidos admiradores. Pero aunque Áurea no fuera como su madre, tenía algo de ella, y no solo físicamente. En aquel parecido ambiguo y engañoso residía ese último resquemor de Luisa que hacía que, a pesar de los años, no consiguiera aceptarla del todo.

Y eso que, incluso contra lo que ella habría esperado cuando Áurea apareció por primera vez en su salón, aferrada a una pluma estilográfica como si en ello le fuera la vida, no la detestaba. Se habían acostumbrado a aquella especie de convivencia manejable que ambas sabían destinada a finalizar para siempre en algún momento: al salir de la casa del brazo de su marido, en la intención de Luisa, o regresando a Madrid para asistir a la universidad, en la esperanza de la muchacha.

Qué tentada estaba a veces de ceder, si con ello llegaba el final. Si eran discretos, simplemente contando que ella se había vuelto a Madrid, sin más explicaciones, ¿quién iba a censurarlos por ello? La gente pronto olvidaría que alguna vez había estado en Burgos.

Rasgó el sobre, aun sabiendo que no encontraría en su interior nada incriminatorio. Era cierto que Áurea no hacía nada por fomentar su atractivo. Prefería enterrarse en libros que brillar en bailes; descifrar espantosas frases en latín que reír con picardía las bromas de los hombres. Pero eso no la hacía menos peligrosa: su sincera indiferencia era un arma poderosa, pues nada atrae tanto como aquello que no podemos tener.

No necesitó más de unos segundos para saber que estaba en lo cierto. La carta probaba la admiración del joven Amat por Áurea, pero él se disculpaba en tantas ocasiones por la manera en que le había hablado en el Círculo que nadie en su sano juicio albergaría dudas de que, si algo no había hecho ella, era alentarla.

Cómo se burlaría Teresa si la pudiera ver así, sintiéndose amenazada por aquella pálida imitación de su madre que era Áurea.

Levantó la cabeza.

—Bien, ya la he abierto y leído, como deseabas. Ahora, tómala.

Tendió las cuartillas con brusquedad, deseando desprenderse de ellas cuanto antes. Una de las hojas se deslizó entre sus dedos, y cayó bajo la butaca.

Áurea se arrodilló para recogerla. Hizo un verdadero esfuerzo para que su

voz se mantuviera firme.

—No he hecho nada malo, tía.

Se incorporó con la cuartilla en la mano, dispuesta a seguir defendiéndose. Pero cuando encontró la dirección de la mirada de su tía, el estómago se le encogió.

—¿Qué es eso?

Instintivamente, Áurea se llevó la mano a la garganta, donde brillaba el medallón que había escapado de la camisa. Pero no pudo tapanlo antes de que Luisa lo alcanzara.

La joven apretó los dientes al sentir el tirón de la cadena en el cuello. Casi al momento, su tía lo soltó como si quemara.

—¿De dónde lo has sacado?

En cualquier circunstancia, la respuesta habría sido difícil. ¿Cómo iba a reconocer que lo había robado del cajón donde estaba escondido? Pero la voz de su tía había sonado tan airada, tan llena de cólera, que ni siquiera se esforzó en buscar ninguna excusa.

—Comprendo —fue cuanto Luisa dijo ante su silencio, antes de retirarse para mantener de una vez por todas aquella conversación para la que le había costado dieciocho años prepararse.

—Debe irse. Cuanto antes.

Luisa afrontó la mirada irritada de su esposo. Había sido más brusca de lo que pretendía, pero aunque había dado muchas vueltas al tema, buscando la mejor manera de plantearlo, al final la indignación se había impuesto. Joaquín no estaba acostumbrado a que su esposa lo abordara a aquellas horas de la mañana, menos en su despacho, y mucho menos si era para darle órdenes, pero la indiferencia con que había recibido sus explicaciones había espoleado la rabia de Luisa.

Respiró hondo para controlarse mientras su esposo se reclinaba en la butaca, mirándola con gesto exasperado.

—Mi vida está llena de preocupaciones, Luisa, entre la fábrica, la caída de los precios de la lana y las dificultades del gobierno de Allendesalazar, que no creo que pueda resistir mucho más en esta situación. Estoy seguro de que nos veremos abocados a nuevas elecciones antes de que acabe el año. Y esta vez creo que aceptaré ir en las listas. Así que, cuando estoy en casa, aspiro al menos a que mi esposa me libere de las preocupaciones domésticas. Y tú me vienes ahora con esa pretensión descabellada, cuando creía que el asunto de Áurea lo habíamos

zanjado hace ya muchos años.

—Yo también lo creía hasta hace cuatro años, cuando tuve que recibirla en el salón de mi casa.

—Luisa, no estoy para tonterías. Áurea se irá de esta casa cuando se case, ni antes ni después. Ya lo hemos hablado. Además, ya no es una niña que puedas mandar a un internado. ¿Adónde quieres que vaya, a sus años?

—A donde ella quiere ir: a la universidad.

La frase provocó un gesto de escepticismo en su marido.

—Discúlpame si no acabo de entenderte. Después de todo lo que tú y tus damas habéis murmurado en contra de esa moda de dejar que las muchachas estudien, vienes ahora a decirme que Áurea debe hacerlo. ¿Puedo preguntar qué razones te mueven a un cambio de opinión tan radical?

—Por supuesto —concedió Luisa—. La quiero fuera del camino de Paula.

—¿De qué camino?

—Del de cualquier enlace apropiado que mi hija pueda intentar.

Joaquín se puso en pie para dirigirse a la licorera. El rumor del líquido cayendo en el vaso se sobrepuso a la pregunta que formuló sin emoción.

—¿Puedo saber de qué modo se ha interpuesto Áurea en el camino de Paula?

—De ninguna manera voluntaria que a mí me conste —reconoció Luisa—. Simplemente, estando.

—Como explicación, me resulta necia, Luisa. Tendrás que darme más detalles.

Ella esbozó un gesto irónico.

—Como deseas. Hace tiempo que vengo barajando la posibilidad de un enlace entre Paula y Roberto Amat.

—Eso va a ser imposible —cortó él, súbitamente tenso.

—Lo imagino, a estas alturas. Pero no se trata de eso.

—Luisa, me estás impacientando con tanta explicación a medias. ¿De qué se trata, entonces? ¿De qué es culpable Áurea, además de tener la cabeza llena de pájaros sin que tú hayas conseguido meterla en vereda?

—¡Yo! Es tan obstinada como su madre; bastante más culpa tendrá ella que yo. O su padre.

Joaquín detuvo el vaso a media altura. Su mirada se clavó en la de Luisa con ira apenas reprimida, pero ella continuó sin inmutarse:

—No quiero entrar a juzgar la conducta de Áurea. Tal vez ella tenga razón, y solo haya sido una boba ingenua. Pero culpable o no, te vuelvo a solicitar que la alejes de esta casa. No la quiero aquí mientras tenga que buscar un enlace adecuado para Paula.

—¿Y vas a explicarme de una buena vez por qué?

—Por supuesto. Porque Áurea da sombra a Paula, y yo quiero ver a mi hija brillar.

—En la vida he escuchado algo tan absurdo.

—De acuerdo. Pues si mis motivos de madre no te convencen, recurriré a los de esposa. Me lo debes, Joaquín.

Él la miró de hito en hito como si se hubiera vuelto loca.

—¿Que te lo debo? ¿Que yo te debo algo, después de todo cuanto he hecho para mantener a esta familia, para daros esta casa —hizo un gesto ampuloso señalando la sala— y cualquier capricho que hayas querido? Es lo que me faltaba por escuchar.

—Claro que sí. Acabo de ver el medallón de Teresa, Joaquín. Me lo debes.

El efecto de aquella revelación fue instantáneo. Él palideció y, aunque trató de aparentar indiferencia, no fue capaz de sostener la mirada de su esposa.

—No sé de qué me hablas —atajó, agarrando de nuevo la licorera.

—Si no lo recuerdas, no me importa refrescarte la memoria. Te hablo del medallón de Teresa. El medallón sobre el que me juraste que no habías vuelto a verla. El mismo que arrojé al fuego delante de ti.

Joaquín ni siquiera la miró. Vació el vaso de un trago, lo dejó junto a la licorera y se acercó de nuevo a su mesa, pero Luisa no iba a permitirle esa ventaja.

—Ni con todas las promesas que me hiciste tuviste la decencia de dejarlo arder —continuó, interponiéndose entre él y la mesa tras la que iba a parapetarse—. Lo arrojé al fuego, pero en cuanto me di la vuelta corríste a recuperarlo. —Él la rodeó para esquivarla, pero ella dio un paso atrás, cerrando de nuevo el camino—. ¿No lo niegas, Joaquín? ¿Ni siquiera vas a tratar de mentirme de nuevo, de convencerme de que tus juramentos eran verdad?

Joaquín la agarró del brazo para apartarla, pero su esposa se zafó.

—Luisa, déjame pasar —advirtió, furioso—. Creo que estás perdiendo el juicio.

—Siempre ha estado ahí, ¿no es cierto? Ni un solo día has dejado de pensar en ella.

—No seas estúpida.

—Desde la maldita tarde en que mis padres la recibieron en casa con los brazos abiertos te manejó a su antojo. No hubo ni una sola de las promesas que me hiciste que pudieras mantener. Ni una.

—Cállate, Luisa.

—¿Por qué, si según tú ya no te importa? Mira en lo que te convirtió. Un infeliz que ni siquiera pudo dejar arder un mísero retrato suyo. Di, ¿cómo

podiste volver a verla, después de que me lo juraras? ¿Qué hizo de tu dignidad? Yo te perdoné. Te perdoné de corazón cuando juraste que jamás volverías a verla. Por esa promesa mantuve nuestro matrimonio, pero veo que subestimé tu amor al dinero. A mi dinero. Casi lamento que ella no hubiera estado presente aquel día. Cómo se habría burlado de ver cómo te arrastrabas ante mí a pesar de que seguías adorándola como un idiota.

—¡Cállate!

El sonido de la bofetada pareció rebotar entre los libros y la cabeza de Luisa, entre su rostro y el de su marido.

—No te tolero que me hables así —rugió Joaquín, respirando entrecortadamente, con la mano aún alzada.

Ella se llevó la mano a la boca, notando un rastro salado en los labios.

—Mi silencio no cambiará la verdad. —Se tragó la mezcla de sangre y amargura para seguir hablando—. A diferencia de ti, he sido una esposa fiel durante años. He soportado sin rechistar tus escapadas, y jamás te he reprochado ni el dinero ni el tiempo que has derrochado en tus amantes. Me he preocupado de que no hubiera murmuraciones, de mantener y soportar tu imagen de hombre justo y responsable. Ninguna otra esposa hubiera hecho más que yo. He cumplido con creces mi parte del trato, cumple ahora la tuya. No estoy dispuesta a que mi hija pase por lo mismo que yo ni a que tenga que renunciar a cuanto le corresponde solo porque Áurea esté aquí. Me lo debes, Joaquín.

En un silencio helado, él la rodeó para alcanzar su mesa. Luisa se miró de reojo en el espejo sobre la chimenea. Su mejilla estaba enrojecida; su labio, hinchado. Los criados ya habrían comenzado a murmurar sobre el grito de Joaquín, y en cuanto la vieran sabrían hasta qué punto había llegado la discusión. Retiró una gota de sangre que rodó hasta su barbilla, negándose a sucumbir a la rabia.

Ella no iba a perder los estribos. No iba a gritar, no iba a reprochar aquel golpe que quedaría para siempre entre ellos, entre sus conciencias y aquellas cuatro paredes. No iba a acusarlo de nada más, una vez que había puesto las cartas sobre la mesa, pero tampoco iba a renunciar a todo cuanto su sacrificio y abnegación de tantos años merecían.

Sin querer mirar a su esposo, se dirigió a la puerta con paso altivo, y solo cuando estaba a punto de abandonar la sala, con la mano en el picaporte, se volvió para repetir desde el umbral, con fría dignidad:

—Me lo debes, Joaquín. Y espero que esta vez sí cumplas con tu deber.

Cuando Áurea supo, por boca de su tía, que finalmente podría ir a la universidad el curso siguiente, se sorprendió tanto que ni siquiera supo cómo darle las gracias. Había escuchado los cuchicheos de los criados sobre una fuerte discusión entre sus tíos, cuchicheos que la visión de la mejilla herida de su tía hizo creíbles. Que el resultado de todo aquello fuera el permiso para ir a la universidad era tan inesperado como difícil de entender. Sin embargo, la irritación con que su tía recibió su gratitud hizo que aceptara la resolución sin más preguntas. Sencillamente, tomó lo que se le ofrecía cuando ya no confiaba en obtenerlo, y prefirió dejar de lado el resto de consideraciones.

—Ya veo qué pena te da dejarnos.

La voz de Paula la sobresaltó. Con cautela, Áurea levantó la cabeza de la lista que estaba elaborando, sentada en la cama. Su prima se había apoyado en el quicio de la puerta, y la miraba con aquel mohín de enfado que tan bien conocía.

—Claro que me da pena, Paula, pero no me voy al fin del mundo. Volveré en las vacaciones de cada trimestre, y pasaremos el verano juntas.

—No sé para qué vas a volver. Quédate en tu adorado Madrid, si eso es lo que quieres.

Áurea retuvo un suspiro, insegura sobre qué palabras podrían avivar el despecho de su prima. Inesperadamente, a quien más había afectado la noticia de que iría a la universidad había sido a Paula. Primero se había negado a creerlo, luego había protestado con furia, y por último había retirado la palabra a Áurea.

Hasta aquel momento.

—Lo que más querría es que tú también vinieras a visitarme de vez en cuando —tanteó, tratando de descifrar en el rostro sombrío de Paula sus emociones—. Además, tal vez tengas suerte; puede que no apruebe el examen de ingreso y tenga que quedarme en Burgos.

No hubo respuesta. Los labios de su prima siguieron apretados; sus brazos, cruzados; pero cuando el tenso silencio estaba a punto de hacer que Áurea volviera a su lista, Paula emitió un bufido despectivo y cerró la puerta a sus espaldas para adentrarse en la habitación.

—Te estaría bien empleado, por vanidosa. Además, ¿para qué querría yo ir a Madrid?

Áurea prefirió mantener la prudencia.

—Creo que tu madre quiere conocer una casa de modas de la que le ha hablado la marquesa. Si le gusta, tal vez decida acudir a menudo. Entonces, podríamos ir al teatro, y a conciertos, y si tu madre nos acompaña, también a los bailes del Palace y el Ritz, que he leído que están de moda en Madrid. Y hasta te podría enseñar el Museo del Prado.

—¿Para comprobar si las mujeres de los cuadros están desnudas?

Aquella irónica referencia sorprendió tanto a Áurea que se echó a reír.

—Si es lo que te interesa, sí.

Paula no correspondió a su risa pero su gesto pareció relajarse, y eso alivió a Áurea. Tendió la mano, indicándole que tomara asiento con ella sobre la cama, pero aunque Paula no aceptó su invitación, se acercó una silla.

—No se me ha perdido nada en Madrid, pero si mi madre quiere que vayamos, supongo que no me quedará más remedio.

—Supongo, sí. Pero sería estupendo. Te podría enseñar dónde estaba mi casa. Y hasta podrías acompañarme a conocer a doña Engracia. Estoy segura de que le encantarás; tú sí que eres la señorita en la que ella esperaba que me convirtiera. —Su prima puso los ojos en blanco, en un gesto que animó a Áurea a ir un poco más allá—. La verdad es que te voy a echar mucho de menos, Paula.

Repentinamente, los ojos de esta se oscurecieron.

—Si eso fuera cierto, no te irías.

El corazón de Áurea dio un vuelco. Comprendía la reacción de su prima, pues nadie mejor que la propia Áurea conocía el desgarró de las separaciones; aquella idea que Paula manifestaba la había pensado ella cientos de veces.

—En ocasiones la gente tiene que irse, por mucho que nos quiera. Pero mientras nos acordemos de ellos, están a nuestro lado. Es eso lo que nos ayuda a vivir.

Paula la miró con escepticismo.

—¿Sí? ¿Te ha ayudado mucho a ti acordarte de todos los que te han dejado sola?

Una punzada de dolor aceleró el pulso de Áurea. Sabía lo que su prima buscaba, pero no iba a discutir y ponerle en bandeja la excusa que perseguía para volverle la espalda y decirse que estaba mucho mejor sin ella.

—Desde luego, no sé qué voy a hacer en Madrid sin esos comentarios tuyos tan llenos de sensibilidad y comprensión —respondió con ironía, cerrando la libreta con aquella lista que no iba a poder acabar.

—Echarme de menos, según dices.

—Sí. Y si te los ahorraras, no los añoraría.

—Bueno. Yo soy así, ¿no? Siempre lo has sabido.

Áurea asintió. Paula era así, brusca y desconcertante, llena de aristas y contradicciones que habían hecho que la relación entre ambas caminara siempre en el filo de la irritación y el disgusto. Pero ese filo tenía también otra parte más serena, más cálida, en la que ambas se habían sentido acompañadas compartiendo sueños, miedos e ilusiones. A pesar de cuánto habían discutido, Paula nunca la había traicionado revelando a los demás nada que ella quisiera conservar en secreto. Tal vez no la había defendido siempre con palabras, pero a

menudo la había respaldado con los hechos. Era su familia, sangre de su propia sangre, algo que ni el tiempo ni la distancia podrían arrebatarse. Áurea podía irse así, sin más, dejando una relación tibia a sus espaldas, ignorando los sentimientos que su prima se empeñaba tan celosamente en defender. O podía tratar de hacerle comprender que la quería aunque necesitara seguir su propio camino. Pero no encontraba el modo, y al final fue Paula quien habló de nuevo.

—Creo que nunca me has perdonado cómo te recibí.

—Nunca te he guardado rencor por eso, Paula.

—¿Me creerías si te dijera que nunca te he odiado, ni siquiera entonces?

—Claro que sí.

—No. No lo harías, porque de las dos tú eres la inteligente. Y antes sí te odiaba, Áurea. Te lo dije una vez, te odiaba porque mis padres empezaron a discutir por tu culpa, y se dijeron cosas tan... Cosas que yo no tendría que haber escuchado, pero me había escondido bajo la mesa camilla, a veces lo hacía. Ya da igual, pero te odié. Creí que me ibas a quitar todo: mi habitación, mis pinturas, mis amigas del colegio... —Se detuvo para mirarla con intención—. A mi padre.

—Qué tontería —musitó Áurea, sin saber bien adónde conducía aquella confesión.

—Sí, era una tontería. Lo supe nada más verte, encogida dentro del abrigo mirándonos con ojos de carnero degollado, más muerta de miedo aún que yo. Creo que dejé de odiarte en ese mismo instante. Pero no quise reconocerlo entonces. Por si acaso, supongo.

—Por si acaso qué.

—Por si acaso eras una de esas brujas que describías en tus cuentos, y me habías engañado con tu paciencia y tu resignación. Sí, ya ves, conozco tu secreto. Muchas veces me he colado en tu habitación para leer tus historias. Estuve muy impaciente cuando no terminabas la aventura de Paulina y la hechicera que lloraba lágrimas negras. Un cuento algo oscuro, si quieres que te diga la verdad, pero me gustó. Y cada vez que me decías lo de mi talento para la pintura, me costaba mucho no gritarte que eras una hipócrita. Porque tú sí tienes talento, pero tampoco has hecho nada con él.

El discurso de su prima, tan inesperado en su fondo como en su forma, formó un nudo en la garganta de Áurea. Se inclinó para tomarle las manos.

—Quiero que vengas a verme a Madrid, Paula. Por favor.

Paula estiró las manos para soltarse, antes de responder:

—Supongo que acabaremos por hacerlo, cuando mamá asuma que se nos ha escapado el mejor partido que podría encontrar sin moverse de Burgos. ¿Sabes que el día de la subasta Roberto se fue del Círculo con Sole?

—No.

—Pues sí. Fina los vio con los marqueses, tomando un chocolate con bollos en el Suizo. Desde esa tarde, no para de hablar de él. Imagino lo tentador que debe de ser para Sole convencer a un joven de que tú no eres el ángel que él creía. Un reto a la altura de su ingenio.

—No lo estás diciendo en serio.

—Ya lo creo que sí. Ya ves, al final ni siquiera he tenido que decir a mi madre que no me interesa en absoluto. Y ahora, sigue con esa lista que estabas haciendo para alejarte de nuestras vidas sin ningún dolor.

—Paula... —protestó Áurea, desalentada. Su prima la miró desde la puerta con burla.

—Para ser tan lista, qué poco sentido del humor tienes. Está bien, siempre que me prometas que reunirás un puñado de buenos partidos para mí, trataré de convencer a mi madre de que vayamos a Madrid a visitarte. Y si esa actividad te deja algún tiempo para estudiar o escribir, hazlo. Será muy exótico, la primera universitaria de la familia. Y última, imagino.

Cuando Paula hizo amago de salir, Áurea se levantó de un brinco de la cama.

—Espera.

—¿Qué quieres ahora?

Áurea inspiró hondo hasta encontrar la voz.

—Te voy a echar de menos, Paula. Te quiero mucho.

Y cuando se abalanzó para darle un sentido abrazo, su prima no se apartó ni hizo ningún gesto de burla. Permanecieron así unos segundos, hasta que Áurea se retiró, sabiendo que su prima era poco dada a efusiones sentimentales de ningún tipo. La miró, esperando alguna respuesta cortante. Los ojos de Paula brillaban en exceso, un detalle que trató de disimular parpadeando varias veces, y que no le impidió volver a su ser.

—Si es que siempre has sido una sentimental. Ve y acaba lo que estabas haciendo. Imagino que romper con tu familia de este modo conlleva mucho trabajo.

Áurea hizo un mohín de reproche que Paula ignoró. Pero cuando su prima ya había salido de la habitación, y Áurea había retomado su libreta, la voz que llegó del pasillo la hizo sonreír.

—Yo también te quiero, Leli.

## SEGUNDA PARTE

*Madrid, septiembre de 1920*

—Y esta será la habitación que compartirá con la señorita Torres. El té se toma a las cinco y media en punto. Hoy, al ser su primer día, doña María lo tomará con usted y las demás nuevas en su saloncito privado. No se retrase, por favor. Y ahora, si lo desea, puede colocar su ropa y sus enseres en el armario. Hay algunas normas en esas cuartillas, aunque la mayoría de las reglas no las ponemos por escrito. Léalas, y pregúnteme cualquier duda que tenga. Si prefiere dejar sus maletas para más tarde, puedo mostrarle la biblioteca y los laboratorios. Ah, por cierto. —La mujer se detuvo, con la mano en el pomo de la puerta—. Bienvenida a la Residencia de Señoritas.

Áurea esperó hasta que la mujer la dejó a solas para inspirar hondo. Aún no podía creer que estuviera allí.

Mientras retiraba la aguja de su sombrero, miró el que iba a ser, si Dios quería, su alojamiento en los próximos años. Dos camas, una mesita de madera bajo la ventana, dos armarios pequeños, unos ganchos en la pared tras la puerta...

—Qué pequeña es, ¿verdad? —Áurea se volvió hacia la puerta, que se había abierto de golpe. Una desconocida morena y de aspecto decidido se había apoyado en el marco de madera—. Y los jardines también son muy pequeños. ¿A que tú también creías que esto sería un poco más impresionante?

Áurea sonrió, abriendo los cierres de su baúl. Los jardines podían ser pequeños y la habitación austera, pero a ella le parecía estar en la gloria.

La desconocida dio un paso y le tendió la mano. Áurea abandonó la retirada del papel de seda para corresponderle el saludo.

—Soy Amparo Torres, de Valencia. Y tú eres Áurea Nebreda, de Burgos, ¿verdad? Lo primero me lo ha dicho la secretaria, lo segundo se lo he escuchado a tu madre, cuando se despedía de la directora.

—Encantada. —Áurea estrechó la mano de su nueva compañera de habitación—. Pero no se lo has podido escuchar a mi madre, sino a mi tía. Mi madre murió hace años. En realidad soy de Madrid, pero he estado viviendo los últimos años con mis tíos en Burgos.

—Vaya. Siento mucho lo de tu madre. Y la joven, ¿era tu hermana?

—Mi prima.

—Sí, no os parecéis mucho. ¿Se quedan a tomar el té con la directora? Es lo que suele hacerse el primer día.

—No. Mi tía y mi prima han querido acompañarme hoy hasta aquí, pero tienen otros compromisos. Además, ya estuvo con la directora el día que vino a conocer la residencia.

—Entonces, ¿ya conoces a María de Maeztu?

—Solo un poco —replicó, desconcertada por la energía de su nueva compañera de habitación—. La he saludado al llegar con mi familia.

—Pues te encantará cuando la conozcas. No te dejes engañar por su aspecto, puede que parezca menuda, y que sonría con dulzura, pero es toda una fuerza de la naturaleza, ya lo verás. Ahora tengo que bajar a recoger un libro de la biblioteca, pero en cuanto acabemos de tomar el té te ayudaré a organizar tus cosas. ¿De acuerdo? —añadió, pero no esperó la respuesta para salir de la habitación.

Áurea aguardó hasta que el eco de los pasos de su compañera dejó de oírse en el pasillo. Entonces, siguió desempaquetando sus cosas. Aunque la joven le había resultado agradable, su marcha la alivió. De algún modo, el brío de la valenciana había intensificado la sombra de tristeza que la despedida de su prima había impreso en su ánimo.

—¿Seguro que no prefieres volver con nosotras a Burgos? —había dicho Paula en la salita donde habían aguardado la llegada de la directora de la residencia—. Esto parece tan silencioso y aburrido... O, al menos, deberías cenar con nosotras esta noche en el hotel. Seguro que la comida en una residencia es espantosa.

Áurea había mirado de reojo a su tía, antes de declinar la propuesta.

—Creo que será mejor que me integre cuanto antes en la vida de la residencia. Además, los horarios de entrada son estrictos, como ha explicado la mujer que nos ha recibido. No quiero estropearos la velada teniendo que ausentarme pronto.

—Menuda tontería, seguro que te permitirían cenar con nosotras sin problemas. Cualquiera diría que estás deseando perdernos de vista...

—Paula, no pongas a tu prima en un compromiso injusto —había intervenido su tía—. Ella está en lo cierto, las normas hay que cumplirlas desde el primer momento. Será mejor para todas que nos despedamos aquí.

El gesto dolido de su prima había hecho que Áurea se sintiera culpable, como si estuviera abandonando a su suerte a un cachorrillo indefenso.

—Solo serán tres meses, Paula. En las vacaciones de Navidad me tendrás allí, te lo prometo —había asegurado, tratando de ocultar la egoísta alegría que sentía al haber vuelto a su ciudad para hacer aquello por lo que tanto había

luchado.

Aún no se creía que lo hubiera conseguido. Cuando pensaba que en una semana comenzaban sus clases en la universidad, el estómago se le revolvía de la emoción. El día que llegó la carta confirmando su alojamiento en la Residencia de Señoritas, había tenido que encerrarse en su habitación para desahogar su emoción llorando hasta agotarse. Un absurdo, aquel llanto; pero durante días había temido que su tío se arrepintiera de haber cedido, pues nadie parecía considerarlo acertado.

—En la vida creí que aceptarías eso, Luisa. Si fuera mi hija, desde luego, no la dejaba despegarse del ruedo de mi falda hasta que acordara una boda para ella. Espero al menos que la llesves a la Teresiana. Que si fuera otra persona, no te diría yo, pero siendo quien es, debe estar con las monjas. Desde luego, si fuera mi hija... —había reprochado Justina, sin importarle que Paula y ella la escucharan, a la salida de la santa misa en la catedral, el día que comenzaban las fiestas patronales de San Pedro y San Pablo.

—Afortunadamente para ti, no es tu hija —había sido la agria réplica de Luisa.

Áurea nunca se había acostumbrado a las insinuaciones sobre su persona. ¿Quién era ella, cuál era aquel grandísimo pecado que desconocía? La música que acompañaba la aparición en la plaza de las principales figuras del Ayuntamiento, la Diputación Provincial y la Capitanía de Burgos había impedido que aquella conversación continuara, pero su desasosiego no había remitido.

No sabía si porque la directora de la Residencia de Señoritas era una verdadera «fuerza de la naturaleza», como la había descrito Amparo Torres, o por el puro y simple deleite de contrariar a Justina, su tía Luisa había decidido que aquella era la mejor opción de alojamiento, y que ella misma en persona y Paula la acompañarían en su viaje a la capital en septiembre. La despedida, que acababa de tener lugar hacía una hora escasa, no había sido emotiva pero tampoco indiferente. Era la suya una relación extraña y fragmentada, entretejida de silencios y sobreentendidos, de urbanidad y fantasmas del pasado. Pero era una relación, y en el yermo territorio de los afectos de Áurea ninguna relación era superflua, ninguna prescindible.

Se dirigió hacia la ventana, desde donde se veía aquel pequeño jardín que a ella le resultaba la viva representación de la libertad y el triunfo. Allí dondequiera que estuviera su padre, esperaba que se sintiera orgulloso de ella.

Su aclimatación a la residencia fue rápida; las normas eran claras y

terminantes, y las residentes las cumplían con disciplina. El desayuno se servía a las ocho en punto, las mañanas quedaban reservadas a la universidad, por la tarde había clases de idiomas, prácticas de laboratorio y té, y a las once se apagaban las luces de la casa.

En su primera mañana allí, una de las alumnas antiguas le mostró el comedor, la biblioteca, la secretaría y las aulas, y le explicó las normas para entrar y salir de la residencia. Luego le habló de los diferentes clubes de deporte que las residentes habían formado, animándola a participar. La eficiencia y rigor con que todo funcionaba impresionaron tanto a Áurea como el hecho de verse rodeada de una multitud de muchachas que también aspiraban a estudiar. Ciento treinta jóvenes, incluidas varias extranjeras, se repartían entre los hotelitos que integraban la residencia, y casi cuarenta de ellas acudirían a la universidad.

Entre estas últimas hizo sus primeras amistades. La misma alumna que la había guiado por la residencia le presentó, tras el desayuno, a algunas estudiantes de filosofía y letras.

—Me alegro mucho de encontrar compañeras de curso —dijo una muchacha pizpireta y bajita que le fue presentada como Susana Méndez—. Entrar el primer día sola en ese edificio me daba algo de apuro.

—No habrías entrado sola. El primer día una de las alumnas veteranas acompaña al resto —aclaró la compañera de habitación de Áurea.

La misma idea de ir todas en grupo, con sus libros bajo el brazo, hacía que Áurea deseara reír de dicha. ¿Era posible que su vida hubiera cambiado tanto? ¿Era posible aquella sensación de camaradería, de intereses compartidos, de libertad?

Una de las primeras cosas que hizo en cuanto pudo fue acudir a la residencia donde vivía doña Engracia. Aunque Áurea le había escrito a menudo, hacía casi cinco años que no la veía, y pronto descubrió que no se había preparado para aquello.

La monja que abrió la puerta la condujo hasta una galería con un suelo de baldosas deslucidas, llena de plantas tan achacosas como el propio suelo. Un olor a verdura cocida impregnaba el ambiente, y ni siquiera la luz de una mañana radiante mejoraba el sombrío aspecto de la estancia.

—Aquí la tiene.

Cuando Áurea giró sobre los talones, el alma se le cayó a los pies. Del brazo de una monja, doña Engracia caminaba torpe, encorvada como si tuviera cien años. La monja la sentó en una de las sillas cercanas a la ventana.

—Has venido.

—Claro, tata. Ya le dije que vendría en cuanto pudiera.

Se sentó junto a la anciana. Habían pasado cinco años, pero viéndola a ella

parecían muchísimos más.

—Bien, las dejo diez minutos. Engracia, sor Úrsula vendrá a recogerla para el ángelus. Después tenemos el almuerzo, así que será mejor que su visita vuelva en otro momento más conveniente —dijo la monja antes de cerrar la puerta.

—¿Has venido a buscarme?

A Áurea le dolió el tono ansioso de la pregunta. Tomó las manos de la anciana y las besó con afecto.

—No, tata, no puedo. Ahora yo también estoy en una residencia, como usted. ¿No recuerda?

Tuvo que hablarle de la Residencia de Señoritas, de su matrícula en la universidad, de cosas que ya le había contado en sus últimas cartas. Doña Engracia asentía, hacía preguntas sobre Burgos, sobre el señor Ríos, incluso sobre su padre como si aún viviera, y cuando Áurea las contestaba, volvía a repetirlas. Cuando una monja entró para llevársela a rezar el ángelus, Áurea se puso en pie con el desaliento reflejado en el rostro. Ya en la calle, se volvió hacia la puerta que la monja se disponía a cerrar.

—¿Está bien doña Engracia? Ha hablado de mi padre en presente, y he tenido que repetirle varias cosas que le quería explicar. Y tampoco recordaba casi nada de lo que le he escrito en los últimos tiempos. ¿Ha recibido mis cartas? Es posible que se hayan perdido...

La monja le dedicó una sonrisa forzada.

—La edad tiene estas cosas, pero no debe preocuparse por ello. Doña Engracia está bien aquí: le gusta rezar y no da problemas. Aquí tiene cuanto necesita. Que tenga un buen día.

—Vendré todos los martes —se apresuró a añadir Áurea—. Si hay cualquier problema, vivo en la Residencia de Señoritas. Mi nombre es Áurea Nebreda, puede preguntar por mí en la calle Fortuny, ellos me avisarán...

Se quedó hablando a una puerta cerrada.

A la semana de su llegada a Madrid, Áurea ya estaba sentada con sus nuevas amigas en las primeras filas del aula en la calle San Bernardo, a la espera de que el catedrático pasara lista a los alumnos.

Todas permanecían serias, atentas, conscientes de que muchos de los presentes creían que estaban allí por puro capricho y no merecían un sitio en los pupitres de madera, pues cederían en su empeño en cuanto recibieran la primera proposición de matrimonio.

Estaban en clase de filología hispánica, y Áurea esperaba su turno de

levantar la mano cuando un nombre de la lista hizo que diera un respingo.

—Montero Arroyo, Ignacio.

Se volvió con rapidez, pero nadie respondió al nombre; ni ese día ni los siguientes. Podía ser una insólita coincidencia de nombres, o un error en las listas, pero cuando dos semanas después la llamada al fin fue contestada, se volvió para encontrarse con aquella mirada burlona que tan bien conocía.

—Celebro ver que al fin se ha dignado gratificarnos con su presencia, señor Montero. Ya temía acabar privado del insigne honor de conocerlo —lo saludó el catedrático con algo de retranca.

—He estado indispuerto, señor. Afortunadamente, ya me he recuperado —contestó él, con una seriedad que Áurea supo fingida.

—¿Qué pasa, acaso lo conoces? —susurró Susana, arrimándose a ella.

Áurea asintió, volviéndose hacia delante.

—Es muy guapo —comentó su amiga, mirando sin disimulo hacia atrás.

Áurea no contestó. Era típico de Ignacio aparecer por allí sin previo aviso, como si fuera lo más normal del mundo estar matriculado en su misma clase y no habérselo comentado antes.

Cuando las clases acabaron, el grupo de muchachas fue el último en abandonar el aula. Así era a diario: ellas aguardaban que los jóvenes salieran primero, y ellos, reunidos en pequeños círculos en el claustro, se volvían a contemplarlas cuando aparecían. Aquel día, Áurea no pensó que todos la mirarían cuando fue directa hacia Ignacio, que charlaba con otros muchachos de espaldas a la galería.

—Hola, Áurea. —Él la recibió con su mejor sonrisa traviesa—. ¿Sorprendida de verme?

—¿Tú qué crees? Hasta donde sé, ibas a estudiar medicina.

—Era mi intención, pero si tú estabas en filosofía y letras, cómo resistirme a verte a diario.

—No empieces con tus bromas, Ignacio. ¿Qué haces aquí, acaso has dejado medicina?

—No te habrás enfadado porque no te he dicho que asistiría, ¿verdad?

—No. ¿Por qué me iba a enfadar?

—No lo sé. A veces las mujeres os enfadáis por las cosas más inesperadas. Supongo que es parte de vuestra manera de tenernos siempre pendientes de vosotras, no saber cuándo acertamos y cuándo no.

Su tono jocoso incomodó a Áurea. Ambos habían dado un paso a un lado para charlar, pero imaginaba que cualquiera de los jóvenes con los que Ignacio estaba hablando al llegar ella podría oírlos.

—Pues no, Ignacio, no estoy enfadada. Pero como parece que tienes uno de

esos días de humor extraño en que es difícil hablar contigo, me voy. Cuando quieras explicarme lo que sucede, ya sabes dónde encontrarme.

Él emitió una risilla cuando ella se dio la vuelta.

—Espera.

Solo había dado un par de pasos cuando la detuvo, agarrándola del brazo.

—Espera, Áurea. Por favor.

Enfatizó el ruego, pero Áurea miró en silencio la mano que la aferraba, hasta que él la soltó.

—Qué impulsiva eres siempre. Es verdad que he estado indispuesto, y creo que aún no estoy recuperado del todo. ¿He sido desagradable? Si es así, me disculpo.

—Te disculpas por algo que no sientes. —Se frotó la manga del vestido, mirándolo de soslayo—. Ya sabes que no me gusta que siempre me respondas con bromas. Acabo por perder la paciencia.

—Tú jamás has perdido la paciencia conmigo.

—No, y ese es el problema. Igual ya es hora de empezar.

Ignacio rio.

—Eso nunca, Áurea bonita, sabes que no lo soportaría. Está bien, ¿qué quieres saber?

—Pues lo que te he preguntado: qué haces aquí.

—Ah, bueno, eso tiene fácil respuesta: asistir a clase.

—Pero ¿de verdad estás matriculado en filosofía?

—Pues sí.

—No lo entiendo, Ignacio. ¿Has cambiado de facultad?

—Claro que he cambiado. Ya sé que confías mucho en mi talento, pero cursar a la vez medicina y filosofía es un esfuerzo excesivo incluso para alguien tan brillante como yo.

Tratando de armarse de paciencia ante el tono de sus respuestas, le preguntó por qué no le había dicho nada aquel verano en Zarauz, en aquellas jornadas de cielos cubiertos en que habían compartido bailes, té y confidencias.

—La verdad es que no se lo dije a nadie, ni siquiera a mi padre. Hasta hace un par de semanas no confesé que había dejado medicina. Claro que, qué le importa a él lo que haga, si ya tiene a Gabriel para continuar su obra...

Ante la acidez de la respuesta, Áurea se abstuvo de decir nada más. Aquel no era lugar para abordar asuntos de familia, cuando los desconocidos que los rodeaban podían escuchar sus palabras.

Como para corroborar su reticencia, la voz de Susana preguntó a sus espaldas:

—¿No nos presentas a tu amigo, Áurea?

Giró la cabeza para encontrar las sonrisas expectantes de sus compañeras. En otras circunstancias, no habría dudado en presentarles a Ignacio, pero no se fiaba del humor del joven en aquel momento. Sin embargo, mientras pensaba cómo excusarse, Ignacio se adelantó, presentándose él mismo con aquella sonrisa que empleaba cuando quería engatusar a alguien.

—¿Por qué no lo invitas a la fiesta de apertura, Áurea?

La pregunta de Susana la descolocó. No creía que llevar a Ignacio a una residencia llena de muchachas en edad casadera para tomar el té y bailar ante los ojos atentos de la directora y sus ayudantes fuera buena idea. Su sorpresa fue enorme cuando él aceptó la invitación sin que ella llegara a formularla.

—¿Cómo que de acuerdo?

—Que si tú me lo pides, iré.

Áurea se quedó confundida. ¿Se lo quería pedir? Ni siquiera había pensado acudir acompañada a la fiesta de comienzo de curso. Las normas sobre acompañantes eran estrictas, se le pedirían referencias sobre él, sus familias, sus estudios, la relación que los unía... Imaginaba que no habría muchos problemas para que Ignacio fuera aceptado, si podía considerarse un familiar, pero ¿de verdad quería tener que dar tantas explicaciones sobre él? Y, sobre todo, ¿de verdad quería que él formara parte de aquel pequeño mundo que ella sentía como un refugio acogedor?

—No tendrás más familiares a los que invitar, ¿verdad, Áurea? —preguntó más tarde Susana, después de que una Áurea llena de dudas aceptara la compañía de Ignacio para la fiesta—. Yo no tengo ningún acompañante, y no me gusta ir sola.

Se lo había preguntado como si Áurea fuera la propietaria de alguna chistera repleta de jóvenes en edad de merecer que podía sacar a su antojo, pero, al margen de Ignacio, solo conocía a Gabriel en Madrid.

—No, no tengo más. Lo siento.

El día de la fiesta en la residencia, cinco minutos antes de su comienzo, Ignacio aún no había llegado al edificio de la calle Fortuny. Áurea no podía decir que le extrañara, pues no lo había visto en toda la semana en la facultad, y tanto podía estar enfermo como habersele olvidado.

—¿Ha tenido algún problema su acompañante, señorita Nebreda? —preguntó la secretaria, revisando la lista, cuando las puertas de la casa se cerraron puntualmente a las cinco y media.

—No lo sé, doña Eulalia. No he podido hablar con él. Tal vez esté enfermo.

—Debe de ser, si no ha podido avisarla. Qué contratiempo, las mesas están dispuestas para un número concreto de personas. De todas formas, creo que he visto... —La mujer fue pasando el lapicero por encima de algunos nombres—. Ah, aquí está. Este otro joven, Gabriel Montero Sola. ¿Tal vez es familiar de su acompañante? Tengo anotado algo así.

La sorpresa hizo que Áurea tardara en contestar.

—Es su hermano. Medio hermano, por parte de padre —rectificó.

—Bien, pues él sí está. ¿No lo ha visto entrar? —Áurea negó con la cabeza y la secretaria cerró su libreta—. Imagino que él le dará alguna explicación. ¿Ha cambiado ahora de idea sobre la mesa? Ya que no tiene acompañante para bailar, podría sentarse en el paraninfo, pero si no le importa mantener la distribución inicial de los asientos, se lo agradecería.

—Claro, doña Eulalia. Prefiero no alterar nada, si es posible.

Siguió a la mujer hacia el salón, donde todo el mundo ya había ocupado su lugar. Susana la miró con gesto interrogante cuando retiró la silla. Áurea se encogió de hombros.

Vio a Gabriel cuando se levantaron para que comenzara el baile. No conocía a la muchacha a quien acompañaba, pero supuso que era una de las americanas que se alojaban en otro edificio de la residencia. Mientras la joven bailaba con otro muchacho, él se acercó a saludarla. Le preguntó por la salud de sus tíos, y ella, por la de su familia.

—Supongo que no esperabas verme aquí, ¿verdad?

—Pues no, lo admito.

—Bueno, yo a ti sí. Es decir, sabía que te alojabas aquí, aunque no estaba seguro de si acudirías hoy. He venido acompañando a Edith Carter, ¿la conoces?

Estudiante de intercambio, amiga de la hermana de uno de mis compañeros.

—Ah —dijo, porque no supo qué más decir. No tenía ni idea de que Gabriel se relacionara con las extranjeras de la residencia. Las estudiantes de intercambio, procedentes en su mayoría de universidades americanas, tenían un nivel de libertad muy superior al suyo, y no necesitaban el permiso escrito del padre o tutor cada vez que querían acudir a una fiesta.

De nuevo fue Gabriel quien rompió el silencio.

—¿Estás bien aquí? No digo solo en la residencia, sino en Madrid. ¿Hay algo que necesites?

—Pues no —se sorprendió ella—, pero gracias por el ofrecimiento.

Después charlaron sobre la fiesta, lo agradable que resultaba una jornada como aquella, la excelente supervisión que les brindaba la directora, hasta que Áurea no aguantó más la curiosidad.

—¿Sabes si le ha sucedido algo a Ignacio?

—¿A Ignacio? —Las cejas de Gabriel se alzaron en aquel gesto mitad interrogación, mitad censura, que tanto desconcertaba a Áurea—. No. Desde que dejó la residencia apenas nos vemos. Pero ¿por qué iba a sucederle algo?

Áurea le habló de la invitación que Ignacio había ignorado sin decirle una palabra.

—Bueno, ya lo conoces —fue todo lo que Gabriel contestó.

—¿Qué quieres decir con que ya lo conozco?

Él la miró con prevención ante su tono suspicaz.

—¿Cómo?

—Has dicho que lo conozco como si hubieras querido decir «qué esperabas».

—Bueno, desde luego que a estas alturas ya deberías saber cuánto te puedes fiar de él.

—Gabriel, eso no es justo. Siempre estás dispuesto a pensar lo peor de Ignacio.

—Eso sí que no es justo.

—Siempre eres muy duro con él. ¿No has pensado que puede haber enfermado, o haber tenido algún contratiempo? Tal vez perdió el tranvía, o le surgió algún compromiso de última hora. O incluso puede que se le haya olvidado, qué sé yo, pero no me parece justo que siempre des por sentado que Ignacio no es de fiar.

Áurea calló, temiendo que su energía a la hora de defender a Ignacio fuera vista por alguna de sus compañeras como una discusión. Al mirar de nuevo a Gabriel, se percató de que sus palabras le habían molestado.

—No dudo de que Ignacio habrá tenido algún problema, Áurea. Pero si

necesitas enfadarte con alguien, espero que reconozcas que es Ignacio quien te ha fallado hoy, no yo. Iba a invitarte a bailar, pero me parece que mi ofrecimiento no sería bien recibido. Si me disculpas...

Se inclinó para despedirse y se alejó sin volver a mirarla. Áurea lo vio irse, irritada. No sabía cómo lo hacía, pero siempre conseguía hacerla sentir como una niña caprichosa y voluble. Si ese era el mismo efecto que provocaba en Ignacio, no le extrañaba que la relación entre ambos hermanos fuera cualquier cosa menos cordial.

Tres días después, cuando Ignacio al fin apareció en la facultad, no pareció disgustado por haberse perdido la fiesta. Cuando Áurea le pidió una explicación, él se mostró sorprendido de que lo hubiera estado esperando.

—No creí que fuera una invitación tan exigente.

—Ignacio, las normas para acudir a la residencia son estrictas —se impacientó ella—. Cuando se invita a alguien, se responde por el comportamiento de esa persona. Después de lo que pasó, si quiero invitarte otra vez tendré que dar muchas explicaciones. Si no ibas a venir, ¿no podrías haberme llamado, al menos? Estuve preocupada.

—Pues lamento que te preocuparas, pero me alegro de no haber ido, porque si las normas de tu residencia son tan estrictas, la fiesta debió de ser un aburrimiento.

—Y si pensabas que iba a ser un aburrimiento, ¿por qué aceptaste?

Pero él no parecía inclinado a quedarse allí escuchando reproches. Áurea ya conocía aquella forma suya de mirar alrededor cuando el asunto tratado no le interesaba demasiado, y supo que no iba a conseguir nada de él, ni una disculpa. Lo único que pudo sacar en claro, y después de mucho insistir, fue que la víspera de la fiesta había pasado la noche con otros estudiantes en torno a una mesa de naipes, y que había perdido el tren de vuelta a Madrid.

—Pero ¡qué noche pasamos, Áurea, qué noche! —dijo con los ojos brillantes, antes de dejarla para entrar a clase.

Ella tuvo que respirar hondo para disipar su enfado. Cuando entró en la sala, lo hizo con la cabeza erguida y sin dignarse mirarlo.

Pero siempre que la paciencia de Áurea estaba a punto de agotarse, Ignacio reaparecía con un as en la manga al que ella no sabía resistirse. Y así, un par de días después, quiso compensarla por su ausencia de la fiesta con una invitación para tomar el té en el Ritz.

Áurea no lo esperaba; el salón de aquel hotel era uno de los centros de la

vida social de las familias bien de Madrid, y no imaginaba que Ignacio quisiera acudir a él, pero se sintió halagada. Los restos de su enojo, si aún quedaba alguno, se diluyeron en la sonrisa con que él recibió su respuesta.

—Perfecto. —Se entusiasmó—. Y podrías traer a la morena bajita que se sienta contigo en clase. No recuerdo su nombre...

—¿A Susana?

—Sí. Esa. Yo llevaré a alguno de mis amigos, ¿qué te parece? Supongo que eso no parecerá incorrecto en tu querida residencia, ¿no? ¿O también tenéis que pedir permiso para salir por la tarde?

—No se trata de pedir permiso, sino de avisar cuándo llegaremos. No seas tan condescendiente, Ignacio.

—De acuerdo, no te enfades. Nos vemos mañana, a las cinco en el Ritz.

Se tocó el ala del sombrero en un gesto levemente burlón, y se fue. Áurea lo vio salir, pensando que era muy fácil para un hombre burlarse de las normas de la residencia. Pero y qué, si tenían que avisar; Áurea se sentía orgullosa de vivir en ella. Allí las muchachas tenían su propia asociación para organizar charlas y conferencias, una enorme biblioteca, clases de filosofía que impartía la propia María de Maeztu, y la ayuda mutua de todas. Como hombre que nunca se había sometido a las limitaciones que encontraban las mujeres, Ignacio podía burlarse cuanto quisiera, pero, por primera vez en muchos años, Áurea se sentía apoyada y comprendida, y ninguna pulla iba a empañar su satisfacción.

—Es muy divertido, tu primo.

Entre risas, Susana se dejó caer junto a ella, agotada por el baile. Áurea estuvo tentada de aclarar por enésima vez que Ignacio no era su primo, pero dudaba de que el entusiasmo de su amiga le permitiera escucharla.

Sí, Ignacio era muy divertido cuando quería. En realidad, era más que eso; era ameno, ocurrente, encantador. Áurea conocía bien sus luces y sombras, sus cambios de humor; y aun conociéndolos, siempre terminaba rendida a su capacidad de fascinarla.

En cuanto los jóvenes volvieron con las bebidas que ellas habían solicitado, Susana salió a bailar con el amigo de Ignacio.

—¿A qué viene esa cara tan seria? —Ignacio inclinó la cabeza para ver su expresión—. No me digas que no te gusta el Ritz. La próxima vez tendrá que ser el Palace.

La joven abandonó la contemplación de la pista de baile.

—No estoy seria. Solo pensaba.

—Un nombre tan oportuno, Áurea... —Elevó la copa hacia ella en un brindis fingido—. Busqué su significado en un libro de nombres. Según él, las Áureas son tremendamente prácticas y muy disciplinadas, tienden a razonarlo todo, anteponen siempre la cabeza al corazón, y para ellas todo ha de tener una explicación lógica. Acepto que el resto de tu tiempo estés pensando, porque tu nombre así lo determina, pero hoy, conmigo, no. Hoy es un día para divertirse, para brindar, para disfrutar de lo jóvenes que somos y apurar la vida a tragos. Alguna vez eso cambiará, pero hoy la vida es nuestra, el mundo es nuestro, y tenemos que saborearlo, disfrutarlo, morderlo como si no hubiera mañana. Por hoy, Áurea. Y por nosotros.

Volvió a acercarse la copa, y esta vez Áurea se vio obligada a brindar con él. Un escalofrío recorrió su cuerpo al encontrarse ante aquel entusiasmo algo excesivo. Cuando el joven dejó sobre la mesa la copa que había terminado de un solo trago, ella trató de hacerlo descender de su nube de fervor.

—¿Por qué faltas tanto a clase, Ignacio? Así te será difícil aprobar.

—Me encanta saber que me echas de menos.

—Yo no te echo de menos. Son los catedráticos quienes lo hacen. Algunos son muy estrictos con la presencia en el aula.

—Estrictos... Qué bien has hablado siempre, Áurea; creo que es una de las cosas que más me gustan de ti. Háblame más así.

—Ignacio, por favor —exclamó, exasperada—. ¿Por qué no puedes tomarte nada en serio?

—¿Por qué iba a hacerlo? Ya hay aquí demasiada gente tomándose todo muy en serio, sobre todo a sí mismos. Y, además, te he invitado para disfrutar de todo esto. —Hizo un gesto con la mano, señalando las mesas que rodeaban la sala—. Del baile, del té, de los sándwiches y las tartas y los buñuelos de viento, porque pensé que te gustaría.

—Y me gusta.

—Pues entonces cambiemos de tema, por favor.

—De acuerdo. ¿Qué tal si me cuentas de una vez por qué dejaste medicina, por ejemplo?

—¡No, Áurea, no...! —Ignacio ocultó la cabeza entre sus brazos, aparentando desolación—. ¿No podríamos encontrar temas más interesantes que yo?

—Dudo de que pocas cosas te interesen más que tú mismo —replicó ella con un matiz de sequedad.

Su respuesta hizo que Ignacio riera de nuevo.

—Eso es un golpe bajo. Está bien, me rindo. Si quieres saber lo que sucedió, odiaba la clase de disección. En todas las ocasiones que me tocó

intervenir, dejé que los pobres bichos se escaparan o los lancé directamente a la calle. ¿Qué clase de médico sería, si no soporto ver las tripas de una rana? No habría aprobado nunca. Y ahora que ya he satisfecho tu curiosidad, exijo un baile que me compense por los cuatro duros que he tenido que apoquinar por una simple merienda. La próxima vez te llevaré a la pradera de San Isidro.

Áurea trató de negarse recordándole que no le gustaba bailar, pero él la tomó de la mano y tiró hacia arriba, y tuvo que ceder. Aquel extraño humor que poseía a Ignacio a veces la desconcertaba, pero eran amigos, siempre la había atraído, y de vez en cuando ceder a sus debilidades era inevitable.

*Madrid, diciembre de 1920*

—Somos un país atrasado, y siempre lo seremos si no hacemos algo más.

—No querrás que nos dediquemos a destrozarnos escapates, como las sufragistas inglesas.

—No seas simple, Susana. No todas las mujeres han tenido que protagonizar acciones violentas para reclamar sus derechos. ¿No es así, Edith?

—*Of course not*, Amparo —dijo la interpelada, con un brillo travieso en sus ojos azules—. Las feministas somos civilizadas, *my darling*.

Mientras la americana se dedicaba a explicarles la historia de los derechos de las mujeres en su país, Áurea se detuvo en la entrada del salón, escuchándola con curiosidad. Edith Carter tenía una forma de hablar muy divertida, con su manera de alargar las eses y pronunciar las vocales, pero eran las cosas que decía las que hacían que todas la escucharan sin pestañear. «Pero ¿de veras una mujer se puede volver a casar si se divorcia?» «Y los hijos, ¿se queda ella con la tutela, no se la dan al padre?» «¡Y ni siquiera necesita permiso del marido para trabajar!», decían las muchachas, boquiabiertas. Edith se reía: «Permiso ¡no!, qué... ¿Cómo lo decís? Qué absurdo.»

Áurea se hubiera quedado de buen grado escuchándola, pero su aya la estaba esperando. Todos los martes y domingos acudía a la residencia para visitarla. Si hacía bueno, se sentaban a charlar en un banco del jardín situado tras la casa. Si no, la llevaba a tomar el té en una pequeña cafetería cercana. Al principio, convencer a la anciana costó lo suyo. «¡Virgen santa, mujeres en un bar, dónde se ha visto!» Áurea tuvo que explicarle una y otra vez que era un elegante café y no un bar para que aceptara acompañarla, pero su aya nunca se sentía muy tranquila con aquella actividad.

Y al principio, ella tampoco. Salir sola en taxi de la residencia, recoger a su aya, entrar en el elegante salón y escoger entre la carta de dulces era una emancipación a la que no estaba acostumbrada. Edith Carter, que como el resto de extranjeras podía llegar dos horas más tarde que las nacionales a la residencia, y salir a cualquier fiesta que la invitaran sin solicitar permiso, se burlaba cariñosamente cuando le hablaba de aquellas actividades. Pero si para una americana aquello no tenía nada de extraordinario, para una muchacha criada en

provincias era lo más parecido a la libertad que podía imaginar.

Áurea y la americana se habían conocido cuando la propia Edith había ido a su encuentro en la biblioteca de la residencia.

—Gabriel me ha hablado mucho de ti —la saludó, pronunciando *Geibriel* de tal manera que a Áurea le costó comprender a quién se refería—. Me ha dicho que eres algo de familia suya, ¿sí? Qué graciosos, los españoles, cuánta familia son...

A Áurea le extrañó que Gabriel hablara de ella, y le intrigó la familiaridad con que Edith se refería a él. Era una joven divertida, risueña y muy decidida; un evidente contraste con la intimidante seriedad de Gabriel, pero ¿no decían que los opuestos se atraían?

Áurea abandonó aquellos pensamientos en cuanto llamó a la puerta de la residencia. Aquel era el último día que vería a su aya antes de Navidad, porque tenía que regresar a Burgos al finalizar el trimestre. La perspectiva de dejarla sola la hacía sentir rematadamente mal, pero ni siquiera estaba segura de que la anciana se hubiera enterado. En los últimos tiempos, parecía cada vez más distraída, y en más de una ocasión ni siquiera la reconocía al mirarla.

Cuando Áurea franqueó la puerta de la residencia, doña Engracia la estaba esperando en el recibidor. La joven se inclinó para besarla, pero la anciana no le devolvió el gesto. Áurea creyó que se había enterado de su salida con Ignacio al Ritz, y que la desaprobaba, pero en la fijeza con que la anciana la contemplaba encontró algo más, algo desconcertante; algo como desconfianza, o resentimiento.

—No se preocupe —quiso tranquilizarla la monja—. Seguramente está cansada de estar sentada, ha querido esperarla aquí desde hace una hora.

—Pero, tata —la regañó Áurea con afecto—, si sabe que voy a venir, para qué me espera en estas sillas tan incómodas.

—¿Te vas a ir?

No fue la seca pregunta lo que desconcertó a Áurea, sino la dureza de la mirada que la acompañó.

—Pasado mañana regreso a Burgos, tata, ya lo sabe. Pero todavía tenemos dos horas para estar juntas. ¿Va bien abrigada? Hoy el aire está frío.

La anciana rechazó con un manotazo el intento de Áurea de enderezarle el pañuelo anudado alrededor del cuello.

—No te la llevarás.

Confundida, Áurea miró a la monja.

—Hoy ha tenido un día algo inquieto, pero no se preocupe. Doña Engracia —la monja elevó la voz—, ha venido su niña, Áurea, para sacarla a dar un paseo. Tienen que irse ya, que luego el tiempo pasa volando. Venga, no me sea

remolona. Seguro que consigue que le compre uno de esos pasteles que tanto le gustan.

La anciana se mantuvo silenciosa hasta que estuvieron sentadas ante una taza de café. Pero cuando comenzó a hablar, su conversación no supuso un alivio para Áurea. Parecía haber olvidado los nombres de casi todas sus compañeras de residencia, y hasta el de la propia Áurea, pero recordaba perfectamente las anécdotas de su juventud que le dio por narrar. Áurea le dejó charlar cuanto quiso, comprendiendo que aquella tarde doña Engracia no era ella.

Sin embargo, al despedirse al final de la tarde en el vestíbulo de la residencia, le dio por gritar de nuevo que no se la llevaría, y cuando Áurea quiso abrazarla, recibió un golpe en el rostro que la sumió en la confusión más absoluta. Dos monjas se acercaron veloces para hacerse cargo de la anciana, mientras Áurea se quedaba allí de pie, paralizada en medio del recibidor como una tonta. Al llevársela de allí, los ojos de su aya la atravesaron con un resentimiento tan profundo que la muchacha no pudo contener las lágrimas.

—Hoy es uno de sus días malos, no se lo tenga en cuenta —dijo la monja del primer día, apareciendo en el recibidor.

—¿Le pasa esto a menudo? —inquirió Áurea con un hilo de voz y la mirada aún fija en la puerta por la que había desaparecido su aya.

—Son cosas de la edad, pero doña Engracia está bien atendida aquí, no se preocupe por ella.

La monja tendió el brazo, invitándola a marcharse. Áurea obedeció.

—Traeré un médico para que la vea —dijo desde la acera, abotonando las presillas de su abrigo.

Como la primera vez, se encontró hablando a una puerta cerrada.

La preocupación por su aya le empañó el ánimo en su regreso a Burgos por Navidad. Ni el hecho de que Ignacio viajara en el mismo tren, ni la charla animada de su compañera de compartimento consiguieron distraerla. Se sentía culpable por abandonar a la anciana, aunque su regreso a Burgos al fin de cada trimestre fuera una de las condiciones impuestas para permitir su ingreso en la universidad. Mientras las llanuras castellanas discurrían ante sus ojos, trató de decidir cómo obtener ayuda para su aya. Cuando llegó a casa de sus tíos, su semblante apagado fue recibido por Paula con ironía.

—Es evidente que volver a casa te hace muy feliz.

—Claro que me hace feliz.

—Pues nadie lo diría al verte. Tienes una cara que casi te llega al suelo.

—Paula, acabo de bajarme de un tren en el que la ventanilla no ajustaba, la calefacción se ha estropeado nada más pasar Villalba, y hemos estado parados dos horas por la nieve en Navalperal. Me han salido sabañones en los pies y no me extrañaría empezar a estornudar en cualquier momento. Pero con todo y con eso, me alegro mucho de estar aquí.

Sin esperar la reacción de Paula, se inclinó sobre su bolso de mano para buscar el regalo que le había llevado.

—No me hables como si te sintieras herida. Al fin y al cabo, no has escrito más que cinco cartas en tres meses.

—Tú me has mandado tres, así que estamos iguales.

—Pues no. No irás a comparar las cosas que yo puedo contarte a las que puedes contar tú. Antes de irte dijiste que cuando viajara a Madrid me enseñarías cosas, y ni siquiera te has dignado sentarte a hablarme de ellas. Casi estoy por no decirte lo de Sole y Roberto.

—En primer lugar, que yo sepa no has ido a Madrid. Y en segundo, ¿qué es lo de Sole y Roberto? —inquirió Áurea, distraída, sacando al fin de la bolsa el detalle para su prima.

—Que se han prometido —respondió Paula con satisfacción, segura de que captaría la atención de su prima por completo, como así sucedió.

Áurea se detuvo con el pequeño paquete en la mano.

—¿Cómo que se han prometido?

—¿Eso es para mí? —preguntó su prima, arrebatándole el regalo.

—Paula, ¿qué es eso de que se han prometido?

Por toda respuesta, la otra rasgó el papel de seda que protegía su regalo.

—Un poco pequeño, para ser un regalo de Navidad, pero supongo que no querías traer peso. «Eye Lash Beautifier» —leyó en la tapa de la pequeña cajita de cartón negra y dorada, antes de abrirla—. ¿Qué es? —preguntó, a la vista de la pastilla negra y alargada contenida en la cajita, y el pequeño cepillo que la acompañaba.

—Embellecedor de pestañas. Pero ¿cómo es eso de que...?

—Una vez vi algo parecido en los Almacenes Ceylán, pero olía a alcanfor. Este huele mejor. ¿Cómo se usa?

—Se pasa el cepillo sobre la pastilla y se aplica en las pestañas. Pero, Paula, ¿cómo es posible que se hayan comprometido? Si hasta hace nada apenas se conocían.

—Bueno, pues parece que lo poco que se han conocido les ha gustado. ¿Usan esto las chicas en Madrid?

—Lo usan bastantes, sí. Y ahora que lo pienso, tal vez a tu madre no le parezca bien que te lo haya traído.

—No te preocupes por mi madre, tú solo dime cómo se usa.

Áurea no consiguió obtener ni una palabra sobre el compromiso mientras se veía obligada a mostrar a su prima cómo pasar el cepillo con suavidad sobre la pastilla y aplicarlo sobre las pestañas.

—No pongas mucho, que si lo haces puedes acabar como una Dolorosa. He visto a algunas americanas llorar durante horas cuando el polvo se les mete en el ojo.

—¿De verdad son todas rubias y altas?

—¿Quiénes?

—Quiénes van a ser. Las americanas.

Áurea asintió.

—Casi todas.

—¿Y fuman? Sole dice que en París fuman todas las mujeres.

—Algunas extranjeras fuman, sí. Pero no en la residencia, a la directora no le gusta. Solo en los jardines.

—No creo que importe mucho dónde lo hagan, si lo hacen. ¿Alguna viste pantalones? Sole dice que algunas sufragistas lo hicieron en Londres y acabaron en la cárcel.

—Las americanas de la residencia llevan faldas como tú y como yo. Aunque algunas muchachas están hablando de crear equipos de hockey y baloncesto, y, la verdad, no creo que a eso puedan jugar con faldas.

—¡Jugar a deportes de chicos! Y ellos, ¿qué dicen? ¿Les gusta que sean así?

—No lo sé, Paula, pero la verdad es que son asombrosas. Son dinámicas, y atrevidas, y ríen a menudo, incluso a carcajadas... Pero oye, eso que has dicho del compromiso de Sole y Roberto, apenas puedo creerlo.

—Pues vete haciéndote a la idea, porque se casan en mayo.

—Y tu madre, ¿qué ha dicho?

—¿Qué quieres que diga? Nada. Ya te dije en la carta de octubre que mi padre y los Amat habían dejado de ser socios, y creo que la cosa no ha acabado muy bien entre ellos. Así que mi madre ha dado por bueno el final. Qué remedio... —Movié la cabeza a uno y otro lado ante el espejo—. ¿Crees que se nota el embellecedor?

La recepción de sus tíos fue más discreta que la de Paula. Durante el almuerzo, su tío se interesó por los horarios de la residencia y los permisos para salidas que había solicitado. Áurea les habló de la obra de teatro y la ópera a las que habían asistido, y la excursión cultural a Toledo prevista para primavera. Por su parte, Luisa le preguntó si necesitaba ropa nueva o algún complemento que pudieran comprar durante sus vacaciones. Áurea no necesitaba nada, pero agradeció a su tía el ofrecimiento.

—Y Ríos, ¿te envía puntualmente el dinero acordado?

—Sí, tía. De todas formas, apenas tengo gastos allí. La comida que nos sirven es suficiente, y las charlas y visitas son en su mayor parte gratuitas. Los estudios son tan exigentes que apenas salgo, así que salvo el billete del autobús o algún cuaderno de vez en cuando, apenas tengo gastos.

Le pareció que su tío había musitado algo como «qué afortunada», pero no estuvo segura y no se atrevió a preguntar. Desde el aciago día de la bofetada, Áurea nunca había sido capaz de volver a hablar con él con naturalidad.

Cuando, tras la comida, su tío se retiró a su despacho, Áurea lo miró con disimulo. Los tres meses transcurridos desde el comienzo del curso parecían haberse convertido en tres años para él. Lo encontró desmejorado, como si lo asediaran múltiples preocupaciones que no tenía fuerzas de afrontar. Las elecciones generales que acababan de celebrarse se habían resuelto con una amplia mayoría del Partido Conservador, pero tampoco aquello parecía hacerle feliz. Áurea supuso que la ruptura con los Amat había sido más dura de lo que ella entreveía. Se preguntó hasta qué punto afectaría eso al futuro de la familia, pero no supo darse una respuesta. De la charla de Paula dedujo que ese «no acabar bien» encubría una áspera ruptura mercantil que estaba teniendo consecuencias para la familia. Descubrió que la grave enfermedad de un pariente lejano del que nunca había oído hablar justificaba la cancelación de la fiesta de Navidad de ese año. También que la doncella primera de la casa había dejado su puesto, que el jardinero había sido despedido al caer enfermo, y que la sala de juegos y varias salitas de la planta baja llevaban cerradas casi desde su ausencia.

Era fácil suponer que aquella contabilidad en la que Roberto Amat no confiaba era el origen de la ruptura, como las pérdidas económicas lo eran de aquel intento de austeridad. Pero, por otro lado, su tía Luisa tenía planes para viajar a Madrid en primavera y comprar allí los vestidos para la boda de Soledad Goñi. Y no en cualquier tienda de precios ajustados, sino nada menos que en la *maison* de *madame* Paquin. Y eso no parecía casar bien con una situación precaria.

—Por supuesto, tú vendrás con nosotras, Áurea. No se te ocurra decir que te vale con cualquiera de tus viejos vestidos, porque no voy a consentir que nos pongas en evidencia.

Áurea no dijo nada por el estilo, porque en ningún momento había pasado por su cabeza estar invitada a la boda. Cuando más tarde se lo confió a su prima, Paula se echó a reír.

—Me temo que Roberto Amat debía de ser mejor partido de lo que tú y yo creíamos. La marquesa está exultante con el enlace. Quiere exponer en casa la canastilla nupcial, porque Bárbara de Amat dice que hacerlo está de moda en

Madrid. Y en cuanto a Sole, ni te cuento. Si no me ha enseñado veinte veces la botonadura de rubíes y brillantes que le va a regalar al novio, no me la ha enseñado ninguna. Y cuando nos entregó las invitaciones, insistió mucho en que tú estabas incluida. A mí me parece que quiere restregarte el excelente partido que se te ha escapado.

—Solo a ti se te puede ocurrir algo tan absurdo. Por mi parte, les deseo que todo les vaya estupendamente.

—Pero míralo por el lado bueno, al final mi madre y yo viajaremos a Madrid para comprar los vestidos, así que podremos ir juntas al teatro, y al Palace, y al Ritz. Hasta podrás presentarme a tu aya, siempre que no decidas que tus estudios son más importantes que yo, claro.

Con el tiempo, Áurea había llegado a comprender que la mordacidad de Paula pretendía ahuyentar el temor de que, en efecto, sus predicciones se tornaran reales. Le aseguró que tendría todo el tiempo del mundo para ella, que se comprarían los mejores vestidos que pudieran encontrar, y que Paula disfrutaría enormemente del té y del baile en cualquiera de los salones elegantes de la capital. Lo único que no estaba segura de poder hacer era presentarle a su aya, pues estaba perdiendo la cabeza.

—¡Pero eso es muy triste! —se compadeció Paula, en uno de aquellos raros alardes de empatía que de vez en cuando desplegaba—. ¿Por qué no le preguntas al tío Alonso qué hacer?

Áurea agradeció su preocupación, y estuvo de acuerdo en que aquello podía ser lo indicado; pero tan solo dos minutos después, la atención de Paula estaba de nuevo centrada en los vestidos que comprarían, las tiendas que visitarían y la fastuosa boda que pagaría el marqués. Y en esa ocasión, aquella capacidad de Paula para obviar las tristezas y centrarse en sus intereses fue bienvenida por Áurea. Si las dificultades económicas de la casa fueran importantes, su tía no acudiría a Madrid solo para buscar un par de vestidos, y desde luego no permitiría que Paula estuviera haciendo numerosos planes para la semana que pasarían allí. En cualquier caso, era difícil conciliar la alegría de su prima con una situación grave. Seguramente, aquello quedaría en nada y su tía volvería a dar soberbias fiestas por Navidad que serían la envidia de todos los asistentes, incluida la marquesa y su flamante y recién casada hija, la señora Soledad Goñi de Amat.

*Madrid, enero de 1921*

Tal como Paula había sugerido, la intención de Áurea durante las Navidades fue consultar la opinión de Alonso Montero sobre la salud de su aya, pero no pudo hacerlo. El día de San Esteban, Justina les comunicó que el abuelo de Gabriel había fallecido. Eso, además de avivar su envidia —«Ahora se creará muy importante, por heredar vaya usted a saber qué le habrá dejado el viejo»—, supuso que Alonso y Gabriel se marcharon a La Granja de San Ildefonso, y, días después, cuando Áurea debía regresar a Madrid para retomar el curso, aún no habían vuelto.

En cuanto a Ignacio, y salvo por la cena de Nochebuena y algún breve encuentro en el Espolón, tampoco lo había visto durante sus vacaciones, dedicado a disfrutar con sus amigos de Burgos de cualquier festejo que pudieran encontrar en la provincia. Tenía curiosidad por saber qué opinaba del compromiso de Sole, pero tuvo que esperar a que transcurrieran las dos primeras semanas de clase para averiguarlo.

—Hoy por fin ha venido tu primo —susurró Susana, cuando ya la clase había concluido y los alumnos se estaban poniendo en pie.

Mientras recogía sus libros, Áurea miró hacia la última fila. Allí estaba Ignacio, con su sonrisa despreocupada y el brazo apoyado en el respaldo de la silla contigua. Cuando ellas llegaron a su altura, se puso en pie.

—Casi había olvidado cómo me gusta este paisaje.

Susana emitió una risita tan sorprendida como complacida, pero Áurea lo miró con reproche.

—Ignacio, compórtate.

—Caray, Áurea, ¿qué tiene de malo lo que he dicho?

—Nada, salvo que si tanto te gustara el paisaje, habrías venido más a clase.

—¿Otra vez con eso? No me digas que vas a perseguirme tú más que los profesores.

Aunque Ignacio seguía sonriendo, había cruzado los brazos, y a Áurea le pareció que sus ojos no sonreían con él.

—No seas tonto —replicó con tanta indiferencia como pudo—. Lo que sucede es que la semana que viene tenemos que entregar el primer trabajo de

latín, y no estoy segura de que te hayas enterado.

La voz del bedel, recordándoles con rudeza que era hora de comer y algunos tenían casa, los obligó a bajar a la calle. Al pie de las escaleras, Ignacio la retuvo del brazo.

—¿Es cierto lo del trabajo?

Ella asintió, mientras Susana continuaba adelante, donde las demás las esperaban.

—Y si no lo entrego, ¿qué sucedería? ¿Es algo así como un trabajo voluntario para subir nota?

—No. El catedrático dijo que tendríamos que entregar tres trabajos a lo largo del trimestre. Si no lo hacemos, no podremos examinarnos.

—¿Y desde cuándo no vale con el examen de fin de curso para aprobar la asignatura? ¿De dónde se ha sacado eso de los trabajos?

Aunque Ignacio no había dejado de sonreír, Áurea le conocía lo suficiente para saber que estaba empezando a enfadarse. Pero ella no era quien establecía las normas.

—No lo sé, Ignacio, lo dijo, sin más. Si crees que no es correcto, acude al decanato. Nos vemos mañana en clase.

Áurea ya se había dado la vuelta para acercarse a Susana cuando notó el agarrón en su brazo. Se volvió, molesta por la costumbre que estaba tomando Ignacio de agarrarla para reclamar su atención. Cuando estaban solos podía pasarlo por alto, pero en la calle, a la vista de todos, resultaba violento. No le pasó desapercibida la mirada que intercambiaron Susana y las demás.

—Seguramente, tú ya lo tendrás hecho, ¿verdad?

—Son solo unas traducciones, Ignacio. Puedes hacerlas en un par de tardes sin problemas.

—Para ti es fácil decirlo, seguro que las tienes hechas.

La frase irritó a la joven, porque a ella aquel trabajo le había llevado sus buenas horas. Así que recomendó a Ignacio que se sentara todas las tardes hasta el lunes para terminarlo, y dio media vuelta antes de que contestara algo que los condujera a una discusión. Pero cuando alcanzó a sus amigas y comenzaron a andar hacia la parada del autobús, no pudo evitar mirar hacia atrás. Ignacio sonreía con malicia, y se llevó la mano a la sien a modo de saludo. Luego giró sobre los talones y se alejó en la dirección opuesta a la de ellas.

Aquella misma tarde, mientras estudiaba en la biblioteca de la residencia, una de las alumnas mayores la llamó.

—Que dice la señorita Novoa que vaya abajo, que hay un paquete para usted —susurró la joven.

—¿Para mí?

Sin imaginar quién podía enviarle algo, Áurea se guardó en el bolsillo la pluma de su padre y bajó a la portería del alojamiento. Cuando la mujer que atendía esta le entregó un ramo de flores, Áurea negó con la cabeza.

—Debe de ser un error.

—En el sobre pone su nombre.

Áurea rasgó el pequeño rectángulo que la mujer le tendía. Las normas de la residencia eran estrictas en cuanto a las relaciones con el sexo masculino, y que una muchacha que no tenía novio recibiera flores sería motivo de consideración. Pero en cuanto leyó las primeras palabras, se echó a reír.

—Es de mi primo —aclaró ante el gesto expectante de la mujer—. Bueno, es el primo de mi prima, un familiar lejano, pero familia.

—Claro —contestó ella, con un tono tan neutro que Áurea no pudo saber si la creía o no.

—Es una especie de broma —insistió, decidida a evitar cualquier sospecha—. ¿Habría algún problema si las llevo a mi habitación? Podríamos ponerlas en el salón, pero una de las muchachas americanas estornuda cada vez que tiene flores cerca, y creo que será mejor evitarle el trago.

Cuando la mujer le concedió el permiso, Áurea subió a su habitación y dejó el pequeño ramo sobre su mesa de estudio. Tendría que buscar un jarrón, o una botella, pero no creía que a Amparo le importara tenerlas en el dormitorio. Echó un último vistazo a la nota y la guardó en el cajón de su escritorio, sonriendo pese a que sabía que no debería dejarse convencer tan fácilmente.

Tengo una buena explicación para no haber ido a clase. Si me ayudas con el trabajo, te la cuento. Por favor. Por favor. Por favor.

Por favor. Por favor.

Por favor.

Ignacio

Áurea no dudó en ningún momento de que iba a ayudar a Ignacio; el joven estaba demasiado seguro de sí mismo y no le vendría mal una pequeña cura de humildad. Cuando al día siguiente la esperó a la salida de clase, le dijo que aquella tarde en la residencia había una charla en que estaba muy interesada. Al día siguiente era martes y le tocaba visitar a su aya. El miércoles iba a jugar un partido de tenis con sus compañeras, el jueves había una pequeña representación de teatro en la residencia, el viernes tenían la clase de filosofía de María de Maeztu...

Hasta el sábado no aceptó reunirse con él. Pero a los diez minutos de encontrarse, ya estaba arrepentida de haberse dejado convencer. Ignacio no

parecía dispuesto a hacer demasiados esfuerzos en la traducción del epigrama que le había tocado en suerte.

—Ignacio, esto tienes que entenderlo hasta tú.

La exasperación de Áurea ni siquiera le inmutó.

—Pero es que me encanta ver cómo pronuncias esas palabras tan extrañas.

—Estoy hablando en serio. Si no vas a esforzarte con este texto tan sencillo, yo no puedo ayudarte más.

—Venga, Áurea, que solo era una broma. A ver, *sed nihil scidisti*, que significa «pero no serviste nada». —Anotó las palabras, mirándola por encima del cuaderno—. Reconócelo, no tiene ningún sentido hablar de perfumes y comida en la misma frase.

—En tiempos de Marcial era costumbre servir perfumes a los invitados a un banquete. Por eso se burla en este epigrama.

—Absurdo, reconócelo.

Ella volvió a inspirar hondo. Ignacio aparentaba desenfado y buen humor, pero en sus palabras vibraba una impaciencia soterrada a la que Áurea era muy sensible.

—¿Has dormido mal? —le había preguntado con asombro al encontrarlo en la puerta de la facultad, viendo sus ojos enrojecidos y sus pronunciadas ojeras.

—No he dormido mal, porque no he dormido —había sido su respuesta, antes de tomarla del brazo para conducirla calle abajo—. Necesito un café.

Eran las cuatro de la tarde, una hora de lo más extraña para aparecer con la ropa arrugada y aspecto de llevar dos días en pie. Áurea había sido consciente de sus dos opciones: negarse a acompañarlo en aquel estado y volver a la residencia, o armarse de paciencia para tratar de ayudarlo. Eso era lo que finalmente había hecho: esperar hasta que el segundo café de Ignacio comenzara a hacer efecto, y desistir de regresar a la biblioteca, conformándose con la mesa del mesón donde se habían refugiado.

Sabía que, en todos aquellos años, no había aprendido a ser inmune al encanto que él era capaz de desplegar cuando quería. Por eso estaba allí, en aquel mesón que ni con la mejor voluntad podía considerar un lugar adecuado para estudiar latín: porque, aunque fuera una necedad, en el fondo se sentía halagada. Ignacio podría haber pedido ayuda a otros compañeros de clase, o de la pensión donde se alojaba, pero no lo había hecho; se lo había pedido a ella.

—Empecemos otra vez —dijo, obligándose a inspirar hondo.

Al cabo de dos horas, Ignacio había tomado tres tazas de café con una ración de empanada, y Áurea había traducido la mayor parte del texto. Cansada, se apartó de la mesa, mirándolo con seriedad.

—Ignacio, si no te aplicas no aprobarás.

—Si tú me ayudas como hoy, claro que lo haré.

—No. No vale con entregar este trabajo. ¿Qué harás cuando venga el siguiente? Y, sobre todo, ¿qué harás el día del examen, si no te has preparado para él?

—Pero ¿me ayudarás? Áurea, no puedes dejarme en la estacada. Sabes que tengo que aprobar.

—Aprobar sin esforzarse es difícil.

—Pues me esforzaré, si tú me ayudas.

Ella pasó por alto aquella frase en la que le costaba creer, y se puso en pie para recoger las cuartillas traducidas.

—Aún no me has contado qué buena razón tenías para faltar a clase.

Ignacio colocó la mano en su cintura para que le precediera en su marcha al exterior. Áurea se alegró de darle la espalda, pues temía que el escalofrío que había sentido se hubiera reflejado en su rostro. No fue hasta que comenzaron a pasear cuando le explicó esas razones.

—Unos compañeros de la pensión van a publicar un periódico, y voy a colaborar con ellos. Por eso no tengo tiempo para ir a la facultad.

—¡Un periódico! —Áurea se detuvo en seco en la acera, haciendo que los transeúntes que circulaban tras ellos tuvieran que esquivarlos—. ¿Vas a escribir en un periódico?

—Sí. Bueno, será un semanal sobre espectáculos, ya sabes: teatro, conciertos, deportes... Voy a ocuparme de encontrar anunciantes, negociar los precios con la imprenta, buscar un local y esas cosas. Y si hace falta escribir críticas, también las haré.

Áurea sintió una punzada de celos ante su segura afirmación. Ella podría escribir, pero consideraba que tenía que prepararse y esforzarse mucho. Para Ignacio, sin embargo, las cosas siempre eran más simples, y en ese momento su convicción le resultó algo insolente.

—Y si vas a participar en un periódico, ¿cuándo vas a asistir a clase y estudiar?

—Los asuntos del periódico no me llevarán todo el día —respondió él distraídamente, concentrado en divisar algún autotaxi en la parada que había al final de la calle—. Imagino que podré ir a clase algunos días, y estudiar por las tardes. De todas maneras, la universidad no lo es todo en esta vida, Áurea.

Recordando las veces que Justina se había quejado de que Alonso arrinconaba la formación de su hijo en beneficio de Gabriel, podía imaginarse las reflexiones que la nueva vocación de Ignacio provocaría en ella. Pero como la cuestión de los estudios solía traer a colación la rivalidad entre ambos hermanos, y no le apetecía tocar ese tema, decidió cambiar de asunto.

—Ya sabes que Soledad Goñi se casa, ¿verdad?

Él asintió sin interés, e indicó con la mano un Elizalde detenido en la parada.

—¿Y no te sorprende?

—No. No hay nada de sorprendente en que una mujer eche el lazo a un hombre. ¿No es eso lo que os enseñan desde niñas?

—No tengo ni idea. Yo, desde luego, he aprendido otras cosas.

—No me refería a ti, y lo sabes. Hablo de las otras.

Sin saber si aquella distinción era una especie de halago o justo lo contrario, Áurea pasó ante la portezuela que Ignacio había abierto para ella. Aún no había terminado de acomodarse en la banqueta cuando Ignacio la cerró.

—¿No me acompañas? —inquirió, sorprendida.

Él entregó dos monedas al conductor y le dio la dirección de la residencia. Luego apoyó ambas manos en el hueco de la ventanilla.

—La verdad es que se nos ha hecho muy tarde. He quedado con unos amigos aquí cerca, y, además, no quiero que tengas problemas por llegar tarde a la cena. Sé cómo son de estrictas las normas de tu residencia, y total es acompañarte para dejarte en la puerta y volverme. Si me permitieran entrar para despedirme sería diferente, pero como no soy tu novio se vería raro. Creo que mejor me quedo, ¿no te parece?

No, a Áurea no le parecía, pero como sabía que él encontraría un montón de argumentos para salirse con la suya, no lo dijo. Cuando el coche se puso en marcha, se limitó a girarse en la banqueta para verlo despidiéndose con la mano, antes de desaparecer en un callejón a sus espaldas.

Había imaginado que la acompañaría, pero no estaba sorprendida; una vez que había obtenido lo que quería, Ignacio había pasado a otro asunto; no a propósito o por maldad, sino porque así era él.

Se volvió hacia delante, contemplando los árboles que pasaban velozmente por el lado del Elizalde. Aquella era una ocasión excelente para recordarse que no podía permitirse ningún tipo de ilusión romántica sobre él.

La entrega a tiempo de la traducción no consiguió que Ignacio regresara a clase. Un par de mañanas a la semana, el joven se acercaba al claustro al acabar las clases para que ella le entregara el resumen de las lecciones que debían preparar. Luego la acompañaba hasta la parada del autobús, o si el día era agradable, daban un paseo hasta la residencia. Áurea había aprendido a ignorar las significativas miradas de Susana y las demás cuando los veían caminando

juntos.

Ella sabía que no era cosa suya, pero le habría gustado que él dedicara menos tiempo a su periódico y más a los estudios. Se decía que era porque se preocupaba por él, y no porque envidiara su atrevimiento. Pero sentada a la mesa de su habitación, mientras releía la carta en que Paula concretaba la fecha de su visita para la primera semana de marzo, no pudo evitar pensar en los relatos que había dejado de escribir al ingresar en la facultad. Le habría encantado seguir haciéndolo, pero ya no tenía tiempo; siempre había trabajos que preparar, lecciones que estudiar, charlas a las que asistir... Y, además, estaba la preocupación por su aya.

Áurea se había informado sobre los honorarios de algunos especialistas recomendados por una profesora de la residencia. Los últimos meses había ahorrado cuanto había podido, pero aún le faltaban veinte pesetas. Ya había decidido solicitar al Consejo de Familia un adelanto de su asignación cuando una inesperada oferta resolvió el problema.

—Paula me ha escrito para contarme lo que le sucede a doña Engracia. ¿Te parece bien que vaya a verla el jueves?

Áurea miró a Gabriel sin saber qué decir. Encontrarse al joven esperándola en el claustro había sido tan inesperado que, por un momento, pensó que algo malo había sucedido en su familia.

—¿Qué haces aquí? —le había preguntado con cierta ansiedad, sin pararse a considerar la escasa cortesía de la frase. La respuesta de Gabriel aumentó su asombro, pero su silencio fue interpretado de modo diferente por el joven.

—Ya sé que solo soy un estudiante de medicina. Pero uno de mis profesores ha asistido a varios congresos en París y Berlín sobre la demencia en la vejez, y pensé que podría consultarle el tema.

—Discúlpame, Gabriel, no es que no agradezca tu ofrecimiento. Es muy generoso, y una solución magnífica para mí, pero no quiero que te molestes.

—No es molestia. Y el jueves por la tarde no tengo compromisos.

El jueves por la tarde se iba a celebrar en la residencia una reunión con la presidenta de la Asociación Nacional de Mujeres Españolas, María Espinosa de los Monteros. Áurea llevaba días esperándola con ilusión, pues iban a hablar de los derechos de la mujer que la asociación defendía. Amparo, incluso más entusiasmada que ella misma, le había hecho prometer que ocuparían la primera fila para no perderse palabra de la charla. Pero estando como estaba su pobre aya, ¿qué derecho tenía a anteponer esa ocasión a la ayuda de Gabriel? Ninguno. Así que aceptó la oferta del joven, y se dijo que ya habría otros momentos para hablar de los derechos de las mujeres.

—¿En serio no vas a venir? —preguntó Amparo el día de la conferencia,

decepcionada—. Desde luego, habría esperado esto de Susana o de las demás, pero no de ti.

Áurea alzó las manos ante el espejo para colocar la horquilla que continuamente escapaba de su sombrero.

—De verdad que no puedo, Amparo. Gabriel Montero se ha ofrecido a ver a mi aya, y no era cuestión de rechazar su ayuda. Ya te he contado lo mal que la veo.

—¿Ese Gabriel es el joven que anda con Edith?

Áurea detuvo el movimiento de sus manos en su cabeza, y la miró en el espejo.

—Es familiar de mi prima, y no creo que ande con Edith, como dices.

Amparo se recostó contra el cabecero.

—Si no anda con Edith, mejor. No me importaría nada conocerlo. ¿Sabes si tiene novia?

Tras un segundo, Áurea se echó a reír y retomó su tarea.

—No creo. Gabriel es tan serio y formal que no pensará en novias hasta que termine la carrera, haya puesto su consulta y tenga clientes a diario haciendo cola ante ella.

—No me digas. Cada vez lo pones más interesante, chica.

Dejando por imposible su labor, pues el sombrero era anticuado y ninguna colocación sobre su cabeza iba a remediarlo, se volvió hacia su amiga. No pudo disimular la curiosidad que su comentario le había producido.

—¿De verdad Gabriel te parece interesante?

—Vaya pregunta, Áurea. No sé si tú conoces a muchos hombres inteligentes, formales y bien parecidos, pero yo no, así que si crees que hay muchos, considero un deber de amiga que me digas al instante dónde encontrarlos.

Áurea la miró con ironía.

—¿No eres tú la que dice que no debemos preocuparnos de novios, sino de formarnos para ser las mujeres del futuro?

—Yo no he hablado de novios, sino de hombres.

Amparo cerró el libro que estaba leyendo y abandonó la cama. Cuando se puso en pie, estirando los brazos hacia el techo, Áurea se quedó estupefacta.

—¡Tu cabello! ¿Qué te ha pasado?

Su compañera se acercó a ella para mirarse al espejo, sopesando con la mano el pelo cortado a la altura de la nuca.

—Que me lo he dejado como las americanas. Le pedí a Edith que me ayudara. ¿Te gusta?

—Bueno, sí... creo. Es tan... tan...

—¡Moderno! ¿A que sí?

—Sí, moderno —confirmó Áurea, todavía sorprendida.

—Es el estilo que está de moda en toda Europa. ¿Por qué no te animas tú también a cortártelo? Estarías muy guapa.

Áurea tomó el bolso que reposaba sobre su cama.

—No sé, me parece una decisión un poco radical.

—La libertad es radical, Áurea. La modernidad es radical. Y este es el peinado de las mujeres modernas y libres. Y radicales.

Áurea no pudo evitar sonreír ante su vehemente convicción. Amparo le dedicó una reverencia burlona antes de volver a tumbarse en la cama para seguir con su lección de pedagogía.

Mientras alcanzaba la planta baja, la relación que su amiga había establecido entre cortarse el cabello y la libertad mantuvo a Áurea pensativa. Pero cuando divisó a Gabriel en la calle, apoyado en un coche, esa sorpresa reemplazó a la anterior.

La mujer que se ocupaba de la portería anotó su nombre y la hora prevista de regreso. Áurea firmó el registro y se colocó los guantes de nuevo, contemplando el coche. En cuanto salió al exterior y comenzó a bajar la escalinata, Gabriel cruzó la calle para recibirla.

—Buenas tardes, Áurea.

—Buenas tardes, Gabriel. ¿Has venido en coche?

—Sí. Ya sé que la distancia no es mucha, pero he pensado que cuando volvamos habrá anochecido, y estas noches de cielo raso están siendo muy frías. Pero si prefieres caminar, lo dejaré aparcado aquí e iremos dando un paseo.

Ella negó con la cabeza. No temía al frío, y le gustaba caminar, pero el coche había despertado su curiosidad. Gabriel abrió la portezuela delantera para que ella se acomodara, y luego rodeó el vehículo para sentarse al volante. Áurea valoró con discreción el salpicadero de caoba y los asientos de piel beige. Una mullida manta reposaba en la banqueta trasera.

—Por si tienes frío —dijo Gabriel al ver la dirección de su mirada.

Impresionada a su pesar, Áurea rio.

—Desde luego, si cuidas así de Edith cuando sales con ella, no me extrañará que el día que deba volver a su país no quiera hacerlo.

Su broma no halló réplica, y hasta pareció haberle incomodado. Con un suave tirón, el coche se incorporó a la calzada y anduvieron muchos metros hasta que él contestó:

—Yo no cuido de Edith de ninguna manera especial. Ni salgo con ella.

Su tono sonó tan serio que Áurea contuvo las ganas de replicar que no era cierto; además del día del baile, había salido con ella dos días más. Bien se había

encargado la americana de hacerlo saber.

—Era una broma, Gabriel —prefirió decir.

—Edith es una buena persona, no querría perjudicarla de ningún modo. No me gustan las especulaciones, especialmente si implican a mujeres.

—Que era broma —repitió ella, conteniendo las ganas de poner los ojos en blanco—. Además, a mí me da igual a quién veas o dejes de ver. Es cosa tuya. ¿De dónde has sacado el coche? —preguntó para cambiar de tema.

—Es mío.

En esa ocasión fue Áurea quien se quedó sin palabras. Volvió a mirar la lujosa piel de los asientos, la palanca de cambios con su embellecedor de caoba...

—Vaya —fue cuanto acertó a replicar.

—En realidad, era de mi abuelo —explicó Gabriel, mirando hacia la izquierda antes de girar el volante para enfilar la calle de la residencia de ancianos—. Mis tíos se empeñaron en que me lo llevara. Dicen que ellos ya tienen coche, y si no lo conduzco yo se va a estropear. Así que no tuve más remedio que quedármelo.

El coche se detuvo con suavidad ante la puerta de la residencia. Áurea pensó en cómo irritaría a Justina aquella nueva posesión de su hijastro.

Tras asegurar el freno, Gabriel se apeó y rodeó el coche para ayudarla a bajar. Áurea supo que algo iba mal cuando la monja que abrió la puerta la miró con lástima. Aquel era uno de esos días malos en que su aya no reconocía a la gente, le dijo. Ni siquiera quería levantarse de la cama.

Al enterarse de que Gabriel era médico, la monja se hizo a un lado con respeto. Áurea sintió el corazón en un puño mientras pasaban ante las envejecidas puertas de madera, todas iguales salvo por los números correlativos pintados con sencillez sobre ellas. Cuando la religiosa abrió la puerta de la habitación número 7, y vio allí a su aya, tan envejecida, hundida sobre unos cojines que la hacían parecer tan poca cosa, tuvo que morderse el labio para no delatar su desolación.

—Tata, soy yo. —Se sentó en el borde de la cama, tomándola de la mano—. Me han dicho que hoy no se encuentra bien.

La anciana giró la cabeza sobre la almohada.

—¿Quién eres?

—Soy Áurea, tata —respondió con un nudo en la garganta—. ¿No me reconoce?

—¿Quién eres? —repitió ella, y su voz se endureció—. ¿Eres Teresa?

—No; soy Áurea.

La anciana soltó bruscamente su mano.

—No te la llevarás. No dejaré que te la lleves, aunque tenga que echarte de casa con mis propias manos. —Y entonces, para horror de Áurea, empezó a gritar—: ¡Ayuda, ayuda, no dejen que se la lleve!

La joven se apartó cuando la anciana comenzó a lanzar manotazos. Se puso en pie, mirando a Gabriel con gesto desolado. Mientras él se acercaba a la cama, ella aferró la cadena que colgaba de su cuello.

—Doña Engracia, soy Gabriel, el sobrino de Joaquín Nebreda. Nadie se va a llevar nada, no se preocupe.

Áurea sabía que en ocasiones las personas mayores perdían la cabeza, sabía que esas cosas sucedían, pero no aceptaba que le pasara a su aya. Ella había sido la roca de su infancia, la presencia constante que todo lo arreglaba. Era quien la reñía y la curaba, quien la arropaba y bendecía sus sueños infantiles con un beso en la frente antes de apagar la luz.

Se dio la vuelta para contemplar la austera sala. Era todo tan diferente de la luminosa alcoba donde la recordaba, con su balcón abierto a la calle de La Lealtad desde el que podían ver la verja del Retiro, con aquel olor a hierbas y jabón que impregnaba su tocador... Aquí, frente a la cama arrumbada contra una pared, solo tenía un sencillo armario de pino, una mesa camilla, un ajado butacón y tres estanterías entre el armario y la ventana, abarrotadas de papeles, recuerdos y baratijas.

Áurea pasó la mano por la balda de madera: una cajita de marfil que su padre le había traído de alguno de sus viajes, sobres que amarilleaban, un tapete de ganchillo, sus agujas de punto, varias madejas, y papeles, muchos papeles, recortes de periódico que Áurea no imaginaba por qué querría conservar...

Levantó con cuidado el extremo de una hoja del *ABC*. Era descorazonador ver aquello así, los escuetos restos de una vida cogiendo polvo, cuando doña Engracia había sido siempre el orden personificado. Mientras Gabriel manipulaba su maletín, Áurea fue separando los recortes de periódico de los restos inútiles de telas, las monedas de curso legal de las baratijas que guardaría en alguna caja. Hasta que sus manos encontraron la pequeña y amarillenta fotografía, rota por la mitad y vuelta a unir con esmero, desde la que su padre, acompañado por un muchacho tan joven como él, con la mano de una muchacha sobre su hombro, sonreía feliz y despreocupado.

Debió de hacer algún ruido, emitir alguna exclamación, porque Gabriel se volvió a mirarla.

—¿Sucede algo?

Ella volteó la fotografía de aquel grupo apoyado en una valla de madera, con el mar de fondo. «Con todo mi amor. Hendaya, julio de 1900. T. Garay.»

No se percató de que Gabriel se había acercado a ella. Para cuando se dio

cuenta, también él miraba la fotografía, y su intento de ocultarla a la espalda fue en vano.

—Le he dado una pastilla, y ahora está más tranquila. ¿Quiénes son? — preguntó, como si no hubiera advertido su tentativa.

Era ridículo que se sintiera culpable por tener aquella fotografía en las manos, pero bajó la voz para responder:

—Son mis padres.

La fotografía había sido partida justo por la figura de su madre, que ocupaba el espacio entre los muchachos, y la reconstrucción había deformado su rostro hasta hacerlo casi irreconocible. Pero incluso así, supo que se trataba de ella.

—¿Y el otro muchacho?

Áurea agradeció que Gabriel no hiciera mención a sus ojos empañados. Inspiró hondo para responder:

—No lo sé. Algún amigo, supongo. ¿Qué tal está doña Engracia?

Ambos se volvieron hacia la anciana, que había vuelto la cabeza hacia la pared. Gabriel tomó a Áurea del codo con suavidad.

—Vayamos a tomar un café.

—Así que te gusta la residencia.

Con las manos en torno a una taza de café, Áurea asintió.

—Estoy muy a gusto allí.

—Sí, Edith me ha dicho que se te ve feliz. A ella también le gusta. Es más pequeña que el *college* donde estudió, pero dice que es encantadora. Y tú le has parecido muy agradable.

—Ella también lo es —concedió, un poco desconcertada por haber sido objeto de conversación entre ellos.

—¿Y la universidad, es lo que esperabas? En mi caso, reconozco que al principio me resultó extraño encontrarme con muchachas en la clase, pero hace mucho que me he acostumbrado. Algún catedrático, sin embargo, sigue sin estar conforme...

—Mi padre siempre creyó que yo debería realizar lo que me hiciera feliz —replicó a la defensiva.

—Tu padre debió de ser una persona excepcional.

De nuevo se quedaron en silencio. Áurea apreciaba su empeño por encontrar temas de conversación con ella, pero se sentía demasiado decaída para que el esfuerzo fuera recíproco.

Por eso, la siguiente pregunta la pilló desprevenida.

—Esa fotografía... ¿no la echará de menos doña Engracia?

Las manos de Áurea se tensaron alrededor de la taza. Elevó la cabeza y encontró los ojos serios de Gabriel.

—Si la echa en falta, será que recuerda que la tenía.

Sostuvo la mirada del joven con algo de desafío. «Que me diga que he hecho mal —deseó—. Que debo devolverla. Que doña Engracia no va a recuperarse. Pienso negarme a todo.»

Pero Gabriel Montero difícilmente se dejaría arrastrar por la pena que poseía a Áurea. Al fin y al cabo, él no conocía a su aya de nada.

—Ya te dije que todavía no soy médico, y menos aún experto en vejez —comenzó él, al ver que ella no iba a añadir más—. Hablaré con mi profesor y trataré de averiguar qué es lo mejor que podemos hacer por tu aya. Pero Áurea, posiblemente deberías ir haciéndote a la idea de que algunas cosas son ley de vida. No deberías aferrarte...

—No te preocupes por eso —cortó sin mirarlo—. Ni siquiera recuerdo a mi madre, y mi padre salió un día de viaje y nunca volvió. Y yo sigo respirando. No creo que pueda decirse que sea una persona que se aferre a la gente.

Bajó la cabeza de nuevo, pues la emoción comenzaba a crecer en su pecho y no quería dejarse llevar.

—¿Por eso te has quedado la foto? —Como pasaron varios segundos sin que ella contestara, Gabriel añadió—: Mi madre murió cuando yo tenía un año. Sé que no es posible, pero a veces creo que la recuerdo.

Cuando Áurea elevó la cabeza, él ya no la miraba. Su atención permanecía fija en la pared, como si el empapelado azul y crema del café contuviera la respuesta a aquella cuestión imposible. Y aunque ella nunca hablaba de la pérdida de su madre, sucumbió a la realidad de que ambos compartían una ausencia similar.

—¿Sabes dónde está enterrada?

La pregunta lo sorprendió.

—Claro.

—¿Y has podido ir alguna vez a rezar a su tumba?

—Sí. Todos los años.

Áurea hizo girar la taza un par de veces.

—Yo no. No sé si vivió aquí en Madrid con nosotros, ni dónde murió. No sé qué le gustaba, si reía a menudo o era severa. No sé si pintaba, si tocaba el piano, si su voz era dulce ni si tenía amigas. Por no saber, no sé siquiera si me... —Calló. El nudo de la garganta no le permitió decir «quería», pero supo que Gabriel lo había comprendido, y se reprochó con dureza haber sucumbido a la compasión por sí misma.

Por fortuna, no encontró lástima en las palabras tranquilas del joven, y eso la ayudó a rehacerse.

—¿No tienes ninguna fotografía de ella?

—Una muy pequeña. Un relicario. Y la que has visto. Ni siquiera sabía que doña Engracia la tuviera. Nunca me enseñó ninguna imagen de mi madre.

—¿Dónde vivías, en Madrid?

Áurea sintió alivio por el cambio de tema. Le explicó dónde se hallaba su antiguo hogar, y charlaron sobre los paseos por el Retiro, las proyecciones de películas al aire libre que tanto la entusiasaban de pequeña, la vaquería donde su padre solía comprarle un vaso de leche después del cine... Recuerdos felices que mitigaron su anterior congoja, y que Gabriel escuchó con simpatía.

Cuando fue la hora de volver a la residencia, Áurea ya se había recuperado por completo, e incluso se permitió contemplar la enfermedad de su aya con optimismo. Gabriel le prometió que iría a verla en cuanto hablara con su

profesor, y Áurea se lo agradeció con sinceridad. Bajó del coche, sin esperar a que él la acompañara hasta la puerta, y antes de ascender los peldaños se volvió para despedirse, pero el coche ya se alejaba y solo pudo levantar la mano antes de verlo desaparecer tras la esquina. Así estuvo unos instantes, hasta que una ráfaga de aire barrió la calle, arrastrando hasta sus pies algunas hojas secas. Entonces subió los escalones para volver a su habitación.

No oyó el crujido de las hojas que Ignacio pisó al cruzar la calle y detenerse ante la escalinata. Tampoco vio la rabia que destilaron sus ojos cuando dejó caer al suelo el ramillete de flores que llevaba en la mano. Luego, tras contemplarlo en silencio, giró varias veces el zapato sobre él, como si pretendiera apagar una colilla, y tras darle un puntapié para apartarlo de la acera se fue por donde había venido.

Tras echar un vistazo al cielo encapotado, Gabriel se alzó el cuello del abrigo y recogió los libros que había dejado en la escalera. A pesar del frío, sus compañeros charlaban en la calle, dándose ánimos ante la previsible dificultad del examen de patología general, cuyo catedrático los había amenazado aquella mañana con un suspenso colectivo si seguía recibiendo respuestas estúpidas a las preguntas que formulaba en clase.

Gabriel, pensativo, cruzó entre ellos respondiendo algo ausente a las bromas que le fueron dirigidas. Acababa de hablar con su profesor de clínica médica, que no le había dado muchas esperanzas en el caso de doña Engracia.

—Calcule unos meses, señor Montero. Dos años a lo sumo, menos posiblemente si los síntomas que describe se mantienen de forma estable. Setenta y cinco años son años suficientes, no se aflija así.

No se afligía por la anciana, que a su entender vivía ya más en el pasado que en el presente, pero no tenía muchas ganas de dar aquella noticia a Áurea. No era por el dolor que aquella comunicación le causaría, pues la joven sabía que era ley de vida. Era otra cosa, aunque ni siquiera él mismo entendía qué.

Rechazó la propuesta de algunos compañeros para volver a la residencia en autobús. Después de tantas horas sentado en el aula, le apetecía caminar. Ya se había despedido de ellos cuando, a punto de enfiar el camino hacia la residencia, una voz le detuvo.

—Veo que hoy no has sacado el coche.

Se volvió con calma, y con la misma calma contestó a su hermano, que había aparecido por la esquina:

—Nunca lo hago para venir a la facultad. ¿Has asistido hoy por fin a clase?

Sería una novedad interesante.

—¿Es que me vigilas?

—Bien sabes que no. Y tú, ¿me estabas esperando?

Ignacio se encogió de hombros.

—Pasaba por aquí.

—En tal caso, ha sido una suerte que nos encontráramos —replicó Gabriel, percibiendo que aquel era uno de los días susceptibles de su hermano—. Hace frío, ¿quieres que entremos a tomar algo en la Tasca del Manco?

Sin esperar respuesta, se puso en marcha hacia el bar. Ignacio lo miró un segundo con fastidio, pero no le quedó más remedio que seguirlo.

La Tasca del Manco, como —sin demasiada imaginación— la llamaban los parroquianos por la deformidad de su propietario, era una taberna pequeña y estrecha, frecuentada por los universitarios de la calle San Bernardo a causa de su cercanía y lo económico de sus precios. A aquellas horas, sin embargo, se hallaba casi desierta. Gabriel eligió una mesa en un rincón, agradecido de que no hubiera nadie, pues cuando aquello estaba a rebosar la discreción no era posible. Después de pedir unos boquerones y dos vasos de vino, enfiló lo que imaginaba iba a ser una conversación incómoda con su hermano.

—¿Te dijo padre lo del coche? —Ignacio negó con la cabeza, y Gabriel, aunque enfadado consigo mismo por sentirse obligado a dar explicaciones, se dispuso a darlas—. Mi tío se empeñó en que me lo llevara de casa de mi abuelo, pero apenas lo utilizo.

—Dios da pan a quien no tiene dientes —replicó su hermano con sorna—. En fin, tan afortunado como siempre. Pero no, nadie me lo dijo. Te vi un día con él.

Gabriel repasó mentalmente las ocasiones en que había sacado el coche del local donde le permitían guardarlo por un módico precio. Era fácil, tan solo habían sido dos.

—Delante del Grupo Femenino —aclaró Ignacio, bebiendo su vaso—. Habías llevado a una muchacha.

—Ya. —Gabriel tomó la botella y llenó de nuevo el vaso de Ignacio, decidido a afrontar cuanto antes lo que hubiera llevado a su hermano hasta él—. ¿Qué quieres, Ignacio?

—Qué falta de cortesía, Gabriel. ¿Ni siquiera vas a preguntarme qué es de mi vida?

—¿Qué es de tu vida?

—Pues lo de siempre: voy a clase, estudio, ayudo a cruzar la carretera a las ancianitas, me las veo negras para pagar cada mes la pensión...

Gabriel tuvo que contener la impaciencia ante aquel tono burlón al que no

hallaba sentido.

—¿Puedo preguntar si te has gastado ya la asignación mensual de nuestro padre?

—Puedes —aceptó Ignacio, pinchando un boquerón con el palillo—. Aunque no tengo por qué contestarte.

—Muy bien. ¿Has venido para decirme eso, o es que tenías hambre y no sabías cómo calmarla?

—Cómo te gusta echarme en cara lo que pagas —le recriminó Ignacio sin mirarlo—. Solo porque en la familia de tu madre están podridos de dinero te crees que puedes mirar a cualquiera por encima del hombro...

—Eso no es cierto. En cualquier caso, no es una buena táctica responder así si vas a pedirme dinero. Yo soy tu hermano, pero cualquier otra persona se habría levantado de la mesa tras esa contestación.

Ignacio apenas elevó la cabeza un instante, antes de llevarse a la boca tres boquerones.

—¿Y quién te ha dicho que te pediría dinero? No quiero nada de ti, solo lo que me has quitado y es mío en justicia.

—He escuchado algo sobre cien duros tirados en la ruleta en unos minutos.

—O sea que sí me vigilas. ¿Te han hablado también del caballo que se lesionó en el hipódromo? ¿No? Pues iba en cabeza, y si no llega a ser por la mala suerte que últimamente arrastro, habría ganado. Siete a uno. Con eso habría resuelto todos mis problemas.

—Y crees que es un asunto de mala suerte que tus problemas continúen.

—Lo que creo es que mis problemas no son asunto tuyo.

Gabriel dio un trago al vaso que aún no había tocado. El seco golpeteo al depositarlo en la mesa precedió a una pregunta igualmente seca.

—¿Cuánto debes?

—Ya te he dicho que no es asunto tuyo.

Gabriel se encogió de hombros y sacó la cartera de su chaqueta.

—Como quieras. Si cambias de idea, pasa mañana por la residencia, te prestaré dinero. Pero en cuanto a esas partidas, o esas compañías con las que te han visto últimamente en el Colonial, deja de frecuentarlas. Ellas y no la mala suerte son la causa de tus deudas.

—Y ahora, supongo que esperarás que te dé las gracias por un consejo que no he pedido.

—No quiero tus gracias. Lo que quiero es que no desperdicies tu vida.

Ignacio, que ya se había puesto en pie, esbozó una sonrisa burlona.

—Casi había desistido de escucharte hacer de curilla. Muy bien, te cambio un consejo por otro, que al fin y al cabo es lo que he venido a decirte: no te

acerques a Áurea. Madrid está lleno de chicas estupendas, tan serias y aburridas como tú, y seguro que encuentras a alguna de tu gusto. Pero en cuanto a Áurea, considéralo terreno vedado.

Gabriel detuvo el conteo de las monedas y levantó la cabeza para mirarlo.

—¿Por qué?

—Porque quiero que la dejes en paz. Ella no es para ti.

—¿Y para ti?

—Bueno. Supongo que Áurea es mucho más inteligente que eso. Pero es una de las pocas personas de esta vida que no me aburren, y no quiero que nadie pretenda volverla una simplona fastidiosa como las demás.

—Esto es el colmo. —Gabriel soltó las monedas sobre la mesa, irritado—. Nos viste el otro día cuando la llevé a la residencia, ¿es eso? Por eso sabías lo del coche.

—Os vi —reconoció su hermano.

—Fui a ver a su aya, que está perdiendo la cabeza, y ahora tengo que informarle de lo que he hablado con mi profesor. ¿Tengo tu permiso para eso, o también crees que voy a perjudicarla por decirle que la mujer se va a morir más pronto que tarde?

Ignacio se colocó el sombrero, mirándose en el espejo que colgaba al fondo de la estancia hasta que quedó conforme con su imagen.

—Tú sabrás lo que haces, Gabriel. Al contrario que tú, no considero que yo deba decir a la gente cómo vivir su vida. Solo te aviso de lo que debería ser evidente para ti mismo, si lo pensaras: Áurea no es para ti. Déjala en paz.

—Las intenciones que yo tenga respecto a Áurea no son cosa tuya —replicó Gabriel con firmeza.

Pero su protesta solo arrancó de Ignacio una mirada burlona, antes de abandonar el local.

Días después, Áurea, llena de tristeza, colgó el teléfono de la salita de la residencia. La voz de Gabriel le había transmitido el poco esperanzador dictamen de su profesor. Nadie la culparía por sentirse desanimada ante la perspectiva de que su aya acabara por no reconocerla nunca más, pero ella era consciente de que en su ánimo pesaba algo más: una difusa sensación de decepción que tenía que ver con el propio Gabriel. Había prometido acudir a verla en cuanto hablara con el profesor, pero le había llevado más de quince días dar señales de vida y, cuando lo había hecho, se había limitado a llamarla por teléfono, sin verse. Era lógico pensar que estaba ocupado con sus estudios y

charlas y prácticas de laboratorio, pero eso no eliminaba la decepción que ella sentía.

Pero no pudo pensar mucho en ello, porque al día siguiente su tía y su prima llegaban a la ciudad. Áurea asistiría a sus clases por las mañanas como siempre, pero las tardes las dedicaría a su familia. En su última carta, Paula había compartido sus planes con cierto tono exigente, pero en realidad Áurea se alegraba de que quisiera incluirla en ellos. No la hacía especialmente feliz la visita a la *maison* de *madame* Paquin, pero era la primera que tenía intención de aparecer en la boda de Sole con la mayor elegancia posible.

Curiosamente, contra lo que había esperado, las dos tardes que pasaron en la *maison* le resultaron agradables. Su tía se mostró animada mientras trataba de decidir si el contraste entre un terciopelo rojo y una muselina rosada, colocados bajo la barbilla de Paula, era de su gusto. La línea del diseño, que caía en suaves capas desde la cadera hasta la pantorrilla, favorecía especialmente a su prima. Áurea fue del todo sincera al decirle lo guapa que estaba, y por la expresión satisfecha de Paula, ella también se sentía así.

Viendo los tres vestidos que encargó para Paula, además del que llevaría en la boda, Áurea supuso que las dificultades económicas de su familia no eran tantas. Su tía ni regateó ni escatimó en vestidos, zapatos y complementos, e incluso pareció decepcionada cuando Áurea no quiso añadir un vestido de día al que ya había elegido. La joven le agradeció su ofrecimiento, pero en realidad prefería ropa cómoda que no temiera estropear al mancharla con tinta en la biblioteca, y la única concesión a la moda que estaba dispuesta a hacer era el vestido para la boda.

Por supuesto, cumplieron con las diversiones planificadas por Paula. Acudieron a tomar el té al Ritz, y al *music-hall* que ocupaba las tardes del Palace ese mes. Pasearon por El Retiro y llegaron hasta la casa donde Áurea había vivido con su padre. Acudieron a una representación nocturna de *La Traviata* en el Real, a una comedia de moda en el Infanta Isabel, a un espectáculo de bailes vieneses en el Teatro de la Zarzuela, y a una película americana protagonizada por Mary Pickford en el Real Cinema. Paula se mostraba entusiasmada con todo lo que veía en la ciudad, a tal punto que dijo que se apenaba de no haber pretendido estudiar como Áurea; una frase reprimida al momento por su madre, pues por muy alegres que resultaran aquellos días, había límites que no iba a permitir.

Para Áurea era difícil conciliar la dedicación que requerían sus estudios y aquellas múltiples salidas que no le permitían pisar la biblioteca, pero la propia María de Maeztu en persona la animó a atender a su familia mientras estuvieran en la ciudad.

Su opinión fue decisiva para que Áurea aceptara la enésima propuesta de Paula: la exposición colectiva de paisajes, acuarelas y aguafuertes del Círculo de Bellas Artes, que reuniría en su apertura a lo más selecto de la sociedad madrileña.

—Venga, Áurea, que solo vamos a estar dos días más, luego podrás volver a encerrarte con tus libros hasta el día de la boda —se burló Paula afectuosamente—. Además, si me interesa tanto la exposición la culpa es tuya, por haber insistido tanto en mi talento para la pintura.

Pensando en la lección de pedagogía que le aguardaba sobre la mesa, Áurea hubiera querido negarse, pero acabó paseando del brazo de su prima por el salón del Círculo de Bellas Artes.

La jornada inaugural fue un éxito de público. Veinte minutos después de la apertura, colocarse ante un cuadro con la esperanza de apreciarlo era imposible. Sin importarles entorpecer la panorámica de las obras, mujeres con abrigo ribeteado en piel, muchachas de ligeros vestidos de seda y tul, y hombres de cabellos engominados y bigotes cuidadosamente recortados se detenían a charlar a cada paso, más atentos a ver y ser vistos que a las obras expuestas.

En cuanto se anunció el cóctel, todos dejaron sus charlas para trasladarse de sala. Paula tomó dos copas de la bandeja de *champagne* que les presentó un camarero, y tendió una a su prima. Áurea no la rechazó; no le gustaba la bebida, pero mantener algo frío en la mano resultaba un alivio. No sabía cuántos de los presentes habrían acudido interesados en el arte, y cuántos porque aquella era una de las actividades sociales obligadas para todo el que pretendiera ser considerado «alguien» en los círculos selectos de la capital, pero desde luego la exposición estaba a rebosar.

Las palabras del concejal encargado del discurso inaugural no consiguieron que cesaran los murmullos y charlas. Tampoco Paula callaba. Señalando el atrevido vestido azul de una joven situada en la primera fila, cuyos flecos dejaban al descubierto sus piernas hasta las rodillas, le susurró: «¿Crees que es extranjera? Nunca había visto algo tan atrevido.» Por la blancura de la piel de la muchacha y su cabello corto y rubio, Áurea contestó que sí, que sería extranjera. Y siguió asintiendo o negando a los comentarios de su prima hasta que, cuando el hombre al fin terminó el discurso, se volvió hacia su tía, para encontrarla demudada, blanca como la cera.

—Tía, ¿qué le sucede? ¿Se encuentra mal? —Áurea se soltó del brazo de su prima para apresurarse a tomar el de Luisa—. ¿Se ha mareado? ¿Quiere que le busque una silla?

—Mamá, ¿qué pasa? —Paula se acercó—. ¿Qué tienes?, ¿Es el calor? Si quieres, podemos salir a la calle...

Pero mientras Paula seguía inclinada y su tía apretaba los labios, Áurea volvió la cabeza para seguir la dirección de su mirada, pues había comprendido que la causa de aquel estado no era algo, sino alguien.

En el umbral que separaba la sala donde se hallaban del *hall* que conducía a la calle, casi oculto por la masa de cuerpos agitada por risas, conversaciones y confidencias, un hombre moreno, de aspecto refinado, ojos sagaces y oscuros y gesto impasible las miraba con atención.

El corazón de Áurea dio un vuelco.

Habían pasado más de veinte años desde que aquella fotografía fuera tomada, pero lo reconoció sin dudas. Ahora, bajo la enorme lámpara de bronce y cristal que iluminaba el salón, algunas hebras plateadas brillaban en sus sienes, y las marcas de expresión junto a la boca, más profundas, acentuaban su expresión de astucia. Por lo demás, apenas había cambiado desde que sonriera junto a su madre y su padre, ante el brillante mar salpicado de crestas espumosas de Hendaya.

—¿Qué haces?

Áurea se detuvo. La mano de su tía sobre su antebrazo le pareció de hielo.

—Le conozco.

—No le conoces. En absoluto. —Pero las rudas palabras parecieron dar a entender exactamente lo contrario.

—Era amigo de mis padres, ¿verdad?

Aunque su tía no contestó, su gesto endurecido la convenció de que, amigo o enemigo, si algo no era aquel hombre para su familia era un desconocido.

Pero cuando se dio la vuelta, el hombre ya no estaba.

Los ojos de Áurea recorrieron la sala, sin encontrarlo. La había mirado, y desaparecido. La conocía, Áurea lo sabía. La conocía a ella, que ni siquiera había nacido cuando la fotografía fue tomada.

Y no podía dejarlo marchar sin hacer nada.

Lo último que escuchó al alejarse fue la voz de su tía llamándola. No se detuvo. Recorrió la sala examinando los grupos que charlaban y reían, pero era como si la tierra se lo hubiera tragado. Se acercó de nuevo a la exposición, la recorrió, salió al vestíbulo.

Entonces lo vio. Había recogido su abrigo y se encaminaba a la salida.

Áurea aceleró el paso para alcanzarlo. Tenía intención de abordarlo aunque fuera en la calle, y preguntarle quién era, por qué había estado con sus padres en Hendaya. Por qué se marchaba sin hablar con ella, si era evidente que la conocía.

Pero cuando estaba a punto de pisar la acera, un grupo de hombres llegó corriendo desde el paseo del Prado.

—No salga, señorita, no salga —le gritó uno de ellos, nervioso y

descompuesto, cuando trató de sortearlos.

—Déjeme, tengo que salir. Debo alcanzar a...

—Vuelva dentro. No se exponga, la calle es un caos, la policía... ¿Cómo es posible algo así? Y aquí al lado, tan cerca...

El hombre la tomó del brazo y la arrastró hacia el interior. Antes de que Áurea pudiera reaccionar, numerosos asistentes los rodeaban, inquiriendo por lo sucedido. Las explicaciones acabaron con las risas para llenar la sala de consternación. «En la calle Alcalá...» «No, en la plaza de la Independencia, aún no había llegado a su casa.» «Dicen que veinte tiros.» «No; más, más, cuarenta; también han herido al chófer. Desde una motocicleta; no han podido hacer nada.» «Anarquistas, han tenido que ser los anarquistas. Se la tenían jurada, por la Ley de Fugas...»

Tuvo que dejar de lado toda cortesía y empujar a algunas personas para abrirse paso. Pero aún no había alcanzado la salida cuando las puertas de la exposición se cerraron.

No le quedó más remedio que regresar junto a su familia. Nada más verla, Paula se colgó de su brazo, temblando. En la sala, los hombres se llevaban las manos a la cabeza, las mujeres prorrumpían en llanto. «¿Has escuchado, Áurea? Qué horrible, qué horrible...» Áurea apenas si pudo contestar. El asesinato a tiros dentro de su propio coche de Eduardo Dato, presidente del Gobierno, político conservador como su tío, era una noticia tan increíble y dramática que, de golpe, lo ocupó todo, lo tiñó todo de incertidumbre y miedo.

Pero por terrible que aquello fuera, por espantada que debiera sentirse, lo único en lo que Áurea podía pensar era en la oportunidad perdida de conocer al hombre que podría hablarle de sus padres.

*Madrid, marzo de 1921*

El atentado alteró los planes de Luisa y Paula. Aquella noche se interrumpieron las comunicaciones con las provincias, pero imaginando que Joaquín formaría parte de la delegación que el partido enviaría al entierro, Luisa canceló sus billetes de tren y aguardó a su esposo allí.

El día del entierro, Joaquín Nebreda participó en la comitiva oficial de este, desde la Presidencia, donde el féretro fue trasladado a un armón de artillería de seis caballos, hasta la plaza de Cánovas. Ellas, por su parte, vieron el cortejo desde la casa en el paseo de Recoletos de un compañero de partido de Joaquín. Fue una jornada sombría, llena de lamentos por la muerte del presidente y quejas indignadas porque la policía todavía no hubiera detenido a los culpables. Cuando el sepelio acabó, aún tuvieron que esperar dos horas hasta que las calles se despejaron. Al salir, Luisa propuso ir paseando hasta la residencia de Áurea, pero Paula, aún atemorizada por lo sucedido, no quiso ni oír hablar de ello.

Les costó media hora encontrar un taxi que las llevara. Luego, la despedida de Áurea y su familia, en una de las salas de visita de la residencia, estuvo impregnada de la falta de ánimo que parecía haberse apoderado de la ciudad.

—¿Estarás bien? —le preguntó su tía con un tono sereno que, sin embargo, no logró ocultar su preocupación—. No me gusta pensar que te dejamos aquí, con esos asesinos sueltos por la ciudad. Tendré que hablar con la directora para saber qué medidas piensan tomar.

Áurea la tranquilizó, pues los periódicos suponían a los agresores fuera ya de la ciudad, y además la vida que hacía en Madrid, de la facultad a la residencia y de la residencia a la facultad, no parecía muy arriesgada. Paula se mostró menos serena, y directamente pidió a su prima que regresara a Burgos.

—Total, si tu aya ya ni te reconoce. Vuelve con nosotras, Áurea.

Esta se negó. La víspera del atentado, sus familiares la habían acompañado a visitar a doña Engracia. Para sorpresa de Áurea, la anciana llamó a Luisa por su nombre al verla. Pero el destello de lucidez desapareció tan súbitamente como había brotado, y la charla del aya se convirtió en una mezcla incoherente de quejas por la falta de interés de Andrés Nebreda en buscarse una novia, anécdotas sobre la vida en una hacienda de La Habana de la que Áurea nunca

había oído hablar, y comentarios sobre el asesinato del presidente Cánovas del Castillo como si este hubiera acontecido la víspera, en vez de veinticuatro años atrás. Había sido una visita extraña, incómoda, que había dejado a Paula impresionada.

—Se le ha ido la cabeza, Áurea. Para ella es como si ni siquiera hubieras nacido aún. No tienes a nadie aquí. Vuelve con nosotras.

Áurea obvió la falta de delicadeza de su prima. Aquello era cierto, pero no era lo importante. Estando allí, viéndola un par de veces a la semana, creía que podría devolver a la anciana parte de cuanto había hecho por ella desde niña. Apreciaba la buena intención de Paula al pedirle que volviera con ellas, pero era un intento condenado al fracaso.

Como siempre sucede con cualquier desgracia, la impresión causada por el atentado fue diluyéndose poco a poco en la inevitable rutina de la vida. Días después, la identificación de los asesinos contribuyó a calmar parte de los miedos de la sociedad. Aunque no todo el mundo contemplaba el ataque de la misma manera, como Áurea pronto comprobó.

—Sí, me da pena el señor Dato, pero no me extraña el final del presidente de un Gobierno que apoya la salvaje represión de los obreros de Barcelona.

—¡Virgen santa, Amparo! —exclamó Áurea, consternada—. ¿Cómo puedes decir algo así?

—Así, ¿cómo? Lo único que digo es que cuando se siembran vientos, se recogen tempestades. ¿Tú sabes a cuántos sindicalistas han ajusticiado de un tiro en la espalda, con la excusa de que se estaban fugando?

Áurea sostuvo la mirada ardorosa de su amiga. Leía los periódicos, y claro que había oído hablar de aquellas presuntas fugas a las que algunos achacaban encubrir ejecuciones sumarias. No dudaba de que, en ocasiones, la apelación al orden acababa por tapar verdaderos abusos policiales, y más en Barcelona, donde la política represiva desplegada por su gobernador militar, Martínez Anido, lo estaba haciendo tristemente célebre. Pero no podía admitir que una violencia injusta y arbitraria justificara otra igualmente injusta y arbitraria.

—Asesinar al presidente del Gobierno no es moralmente admisible, y desde luego no es una solución.

—Y yo estoy de acuerdo contigo. Solo digo que, humanamente, lo comprendo.

—Pues yo no.

Estaban en su habitación, preparándose para bajar a cenar después de haber

pasado la tarde en la biblioteca, ocupada cada una en la preparación de sus lecciones. Áurea conocía la historia de Amparo, porque se la había contado meses atrás, una noche en que ambas se sentían un tanto decaídas. Era la tercera de las cinco hijas de un modesto productor de cítricos, arruinado tras la disputa por unas tierras con un cacique rural. La difícil situación familiar la había obligado a dejar su familia para vivir con unos tíos de Guadalajara, propietarios de una ferretería, a los que Dios no había bendecido con la fortuna de tener hijos. Al principio aquella había parecido una buena solución para todos: a sus padres les había librado de una boca que alimentar y en sus tíos había mitigado un tanto el ansia que su nido vacío les producía. Pero cuando sus tíos pretendieron casarla con un empleado que había entrado allí como aprendiz y en el que confiaban a pies juntillas para llevar el negocio, Amparo se plantó: ni quería casarse, ni iba a trabajar de balde en un negocio que nadie le garantizaba heredar. Sus tíos pusieron el grito en el cielo ante su ingratitud y trataron de obligarla a aceptar el matrimonio. ¿O es que creía que iba a vivir toda la vida a su costa? Fue una situación muy desagradable, pero al final su padre había hecho valer la fuerza de su patria potestad; si las excelentes notas obtenidas por la muchacha en la escuela le permitían disfrutar de una beca, ellos no eran nadie para coartar su porvenir. Pero su padre había fallecido hacía unos meses, y ahora, allí estaba ella, repudiada por sus tíos, con su beca y sus horas de ayuda en la residencia para sufragar su alojamiento, con la incompreensión de su madre cada vez que volvía a casa, y una conciencia social extraña y algo turbulenta que Áurea no acababa de entender.

Aquella historia que Áurea, a pesar de sus muchas diferencias, sentía paralela a la suya propia, las había acercado de una manera instintiva. Pero fueran cuales fuesen los motivos y razonamientos de su compañera, esta vez ella no podía compartírselos. Mientras bajaban las escaleras hacia el comedor, le pidió que no repitiera sus palabras, pues aquella comprensión del delincuente no sería admitida en una residencia en la que, al margen de su espíritu moderno y progresista, había límites éticos que no se podían traspasar.

—Espero que esto no esté entre esos límites de los que hablas —la retó Amparo días después, tendiéndole una hoja.

Estaban en la sala de la residencia donde todas las tardes tomaban el té. Más por inercia que por temor de que fuera algo escandaloso, Áurea miró hacia los lados antes de tomarla. Su gesto de asombro hizo que Amparo sonriera satisfecha.

—Qué, ¿me acompañarás?

—¿A una manifestación ante el Congreso para reclamar los derechos de la mujer? —Áurea la miró con ojos muy abiertos—. ¿Lo dices en serio?

—Por supuesto —asintió Amparo, orgullosa—. Organizada por la Cruzada de Mujeres Españolas de tu admirada Colombine. María Espinosa de los Monteros lo comentó el día que estuvo aquí. Carmen de Burgos se ha propuesto lograr tantas adhesiones como sea posible para celebrar el primer acto público de las sufragistas españolas. Va a ser histórico, Áurea. Y yo no pienso perdmelo.

Áurea volvió a mirar la hoja. Un programa de nueve puntos que pedía la igualdad completa de ambos sexos en cuanto a derechos políticos, incluido ser electoras y elegibles; la igualdad de derechos civiles, la derogación de las leyes que impedían el acceso de la mujer a determinadas profesiones y carreras, la igualdad en el Código Penal, la investigación de la paternidad, la igualdad de derechos de hijos legítimos e ilegítimos, la participación de la mujer en los jurados, la protección estatal a los centros de instrucción moral y cívica de la mujer, y la supresión legal de la prostitución reglamentada.

—Como ves, no se han dejado nada. —Amparo volvió a sonreír ante el asombro de Áurea—. Lo han presentado a agrupaciones de estudiantes, a federaciones obreras, a las maestras de la Escuela Normal, a juntas de socorro y beneficencia... Hasta se lo han entregado a la directora de la residencia y al resto de miembros de la Junta de Estudios.

Áurea bajó el papel y le devolvió una mirada cautelosa.

—¿Y quieres que yo vaya a la manifestación?

—¡Claro! Primero firmaremos, que para eso he traído la hoja de firmas. Y luego, por supuesto, iremos a la manifestación del 31 de mayo. ¡Por nuestros derechos!

La imaginación de Áurea voló a sus recuerdos de las muchas manifestaciones reprimidas por las autoridades en los últimos tiempos.

—No parece muy prudente.

Amparo bajó el puño que había alzado y se volvió para mirarla con ceño.

—Cuando uno lucha por aquello en lo que cree, no puede pensar en términos de prudencia. ¿Qué pasa, tienes miedo?

Devolviéndole el papel, Áurea negó con la cabeza.

—No es miedo. Pero manifestarse un día ante el Congreso no me parece muy útil, la verdad. Yo creo que las cosas están cambiando para nosotras día a día, con esfuerzos como el que tú y yo hacemos para seguir nuestros estudios.

—No seas ingenua —reprochó su amiga con resquemor—. Las cosas no están cambiando. No en lo esencial. A ver si porque nosotras seamos unas privilegiadas te has creído que tenemos los mismos derechos que los hombres.

Las leyes de este país están llenas de injusticias para mantenernos atadas a la pata de la cama. ¿Te das cuenta de que si una viuda vuelve a casarse pierde la patria potestad de sus hijos? Pero si el que se casa es el viudo, la mantiene. Y nadie puede obligar a un padre que ya esté casado a reconocer a un hijo ilegítimo, pero si es la madre quien abandona a ese mismo bebé, se la encarcela. Por no hablar de salarios, cuando las obreras cobran hasta tres veces menos que los hombres por el mismo trabajo. No, Áurea, no vale con quedarnos sentadas en nuestra bonita urna de cristal creyendo que las cosas cambiarán solas o dejando que otras las cambien. Hay que actuar. Y la manifestación es solo el primer paso.

Inevitablemente, Áurea pensó en las manifestaciones de las mujeres rusas que habían anticipado la Revolución. Aquellas mujeres que pedían pan para sus hijos, arrastrando tras de sí a los hombres, habían sido el principio del fin del régimen zarista. Pero ahora el hambre campaba a sus anchas por el país. La sequía y las terribles consecuencias de la guerra, además de las requisas de grano, habían hecho que la producción agrícola se redujera brutalmente. Se preguntó si aquellas mujeres seguirían contentas de haberse manifestado.

Además, la vehemencia de Amparo la incomodaba. El país ya tenía suficientes manifestaciones y huelgas y violencia como para que ellas abrieran otro flanco. Y, sobre todo, pensaba en su tío, en lo que diría si la viera allí ante el Congreso o si la participación de su sobrina le perjudicara de algún modo ante el partido. Si su familia le había permitido, aunque fuera a regañadientes, estudiar en la universidad, era porque había unas premisas tácitas sobre comportamiento que ella no podía desconocer.

Pero como sabía que sus razones no convencerían a la valenciana, prefirió callar. Ya habría tiempo para decidir su postura, pues aún quedaban dos meses para aquella manifestación, y antes había otros acontecimientos a los que tendría que dedicar su atención. El primero, la boda de Soledad y Roberto Amat, por mucho que preferiría no tener que acudir.

Durante los días que transcurrieron hasta la boda, Áurea no vio a Ignacio ni una vez. No solo no asistió a las clases, sino que tampoco se presentó en el claustro para que ella le entregara el resumen de las lecciones que preparaba con tanto esmero. Aquellos papeles se fueron amontonando hasta el día de su viaje a Burgos. Entonces, los guardó en una carpeta y se la entregó al joven cuando acudió a buscarla para llevarla a la Estación del Norte.

Aunque Ignacio le agradeció el detalle, Áurea comprendió que sus preocupaciones en aquellos tiempos estaban muy lejos de las aulas. Bastó una

simple mención al periódico para que se lanzara a explicarle cuanto habían hecho para que el primer número estuviera en la calle. Incluida la fiesta que dieron para celebrarlo.

—Fue fantástico, Áurea. Una noche memorable, vino gente de *El Herald*o, de *El Imparcial*, el *Sol*, el *ABC*... Estuve charlando con Gómez de la Serna y con Emilio Carrère, nos animaron mucho a seguir con nuestro proyecto. ¿Y a que no adivinas a quién conocí? Nada menos que a la Argentinita, la bailarina. Alguien consiguió una guitarra, y tuvo la amabilidad de dedicarnos un baile. No recuerdo qué hora era cuando al fin salimos, pero ya había amanecido cuando me acosté.

—¿Y las ventas?

—Bueno, al principio estas cosas son difíciles, pero mejoraremos, estoy seguro. Para el próximo número voy a ocuparme de una de las columnas de espectáculos. Teatro, zarzuela, cuplés, boxeo... Así que no creo que pueda ir mucho por clase. Pero tú seguirás ayudándome, ¿verdad? Seguirás diciéndome qué han explicado los catedráticos para que pueda examinarme a fin de curso, ¿verdad, Áurea? —Se inclinó hacia ella para tomarle las manos—. Tu ayuda es muy importante para mí.

Turbada, Áurea asintió. No le gustaba la idea de Ignacio pasando las noches en teatros donde cantaban y bailaban mujeres ataviadas con tules que enseñaban más de lo que ocultaban, pero no dijo nada, y esperó unos segundos para liberar las manos de aquella unión.

Encontraron a Gabriel en el andén, aguardándolos. Tras los saludos de rigor, el joven preguntó por el estado de su aya, y se ofreció a traer una limonada que Áurea rehusó. Luego, más tarde, cuando los campos nacientes de primavera comenzaron a desdibujarse a un lado del vagón, Gabriel se sumergió en un tomo de algo que parecía un libro de texto, y no les prestó apenas atención durante el resto del viaje, a tal punto que Áurea comenzó a preguntarse si había hecho algo para molestarlo.

El sol declinaba tras la estación cuando el tren se detuvo en Burgos. Aquella noche, tras la cena, su prima se acercó a su dormitorio para preguntarle novedades de la vida en Madrid. Qué se decía del polémico discurso del rey en Córdoba, criticando el sistema parlamentario que con su juego político derribaba gobierno tras gobierno, frustrando los proyectos útiles al interés general; qué se decía de que Alfonso hubiera solicitado a la opinión pública que se agrupara en torno a él, para hacer triunfar el bien de la nación por encima de las ideas políticas; qué se decía del enfado de los liberales, de la indignación de los socialistas, del apoyo de los conservadores. Qué se decía en las tertulias sobre los rápidos avances del ejército en Marruecos...

Entre el cansancio, y la enorme sorpresa que provocó en Áurea el interés —

y el conocimiento— de su prima sobre asuntos «políticos», su respuesta fue tan escueta que Paula se ofendió.

—¿Sabes?, tengo mis motivos para preguntar. —Y luego, como si aquellos motivos solo pudieran ser transmitidos confidencialmente, bajó la voz para explicarle—: A papá le han ofrecido un puesto en el Ministerio de Fomento. Una dirección general, o un negociado, no sé bien. Empezaron a hablar con él después del atentado del presidente. Como ahora Aparicio es ministro de Instrucción, lo recomendó... Si acepta, es posible que nos traslademos a vivir a Madrid.

Áurea no supo qué la pasmó más: que su tío fuera a ocupar un cargo público en Madrid o que pretendiera trasladar a su familia con él, cuando los gobiernos en el país apenas duraban unos meses.

—¿Y va a aceptar? —preguntó, dándose cuenta de que la idea le desazonaba profundamente. Si su familia se trasladaba a la capital, la obligarían a dejar la residencia para vivir con ellos.

—Aún no nos lo ha dicho.

Y entonces, cuando ya había captado por completo la atención de su prima, Paula cambió de tema y comenzó a charlar sobre la boda, sin atender a ninguna de las preguntas que Áurea hizo sobre el asunto del ministerio.

La confirmación de que aquella era una posibilidad real la obtuvo del comportamiento de su tía en la boda de Sole. Su tranquilidad ante las especulaciones fue reveladora. «Bueno, Joaquín está pensando en ello, es una responsabilidad muy grande. Pero sería muy egoísta no querer contribuir al bien de la nación, en momentos como estos. Joaquín lleva años representando ante el ministerio a diferentes asociaciones; nadie como él conoce esos asuntos de aranceles y tasas. ¿Nosotras? Bueno, no descarto nada, ya se verá.»

Fue una hermosa ceremonia. No se podía decir otra cosa. Una ceremonia de la que sus protagonistas se sentían orgullosos. Soledad estaba regia, en su vestido de seda engañosamente sencillo, con encaje alrededor del cuello y las muñecas, perlas cosidas bajo el pecho y las caderas, y una mantilla antigua cubriendo su cabello. Roberto Amat, más sobrio, miraba alrededor con satisfacción no disimulada. Cuando Áurea se acercó para transmitirle su felicitación, sus palabras fueron recibidas con condescendencia. «Gracias, señorita Nebreda. Nos sentimos muy afortunados, y deseáramos para los demás la misma dicha que sentimos en estos momentos.» Unas certeras palabras para dejar claro que, antes de aquel acontecimiento, no había sucedido nada que nadie pudiera recordar.

Si por separado tanto Roberto como Sole estaban socialmente por encima de Áurea, con su unión la distancia se había ampliado en varios escalones. Desde

aquel momento, el comportamiento de la pareja, aunque educado y cortés, comenzó a revelar lo conscientes que eran de ello. «Ambos han hecho lo que debían —pensó Áurea—. Y lo saben.

Fue al finalizar la ceremonia y salir a la plaza de la Catedral cuando Áurea vio a Manuel Ochoa, de pie junto a un coche. Al principio no lo reconoció por su traje de paisano. La última vez que lo había visto, tres años atrás, vestía de militar. Supuso que se habría licenciado y vuelto a su vida de siempre.

Áurea no esperaba que el hombre se acercara hasta ella.

—Mi tío está en la iglesia, vendrá enseguida —le advirtió.

—Discúlpeme, no pretendía ponerla en un compromiso.

Cuando hizo amago de retirarse, Áurea lo detuvo.

—Se lo digo porque supuse que no querría encontrarlo. Me alegro de verlo de vuelta.

—Gracias. Yo también me alegro. Ni siquiera creí que me reconocería.

—No sé por qué. Está más delgado, pero por lo demás apenas ha cambiado. Aunque me sorprende verlo aquí.

Él extrajo de su bolsillo un cigarrillo ya liado, sin dejar de mirarla.

—Hace apenas un par de semanas que he vuelto. El año pasado estuve varios meses en un sanatorio en Málaga. Comida abundante, enfermeras guapas... Mucho mejor vida que la de Marruecos.

—Y ahora, ¿a qué va a dedicarse? ¿Va a retomar los estudios de maestro?

Él bajó la mirada hacia el cigarrillo, que no había llegado a encender, volteándolo entre los dedos de su mano derecha.

—Sería comenzarlos, no retomarlos. Pero no, no estoy pensando en eso.

—¿Y en qué piensa? —preguntó Áurea, impelida por la curiosidad.

El hombre la miró en silencio, y de algún modo ella supo que, en aquel momento, era invisible a aquella mirada callada. Como si, a través de ella, él estuviera viendo otras tierras, otras calles, otras personas.

—En reengancharme —contestó al fin, y entonces bajó la cabeza para volver a guardar el cigarro en el bolsillo de su chaqueta.

—¿En reengancharse! Pero ¿por qué?

Ni siquiera le importó la plena conciencia de que era una pregunta impertinente, ni de que no tenía ningún derecho a hacerla. Al principio de su conversación, le había parecido que él apenas había cambiado; pero ahora, después de aquella breve charla, se daba cuenta de que sí lo había hecho. Su piel parecía macilenta, tenía profundas ojeras, y al sostener el cigarrillo entre los

dedos Áurea los había visto temblar.

—El fatal hechizo del Rif, supongo —replicó él con sorna—. O que es difícil volver a una vida en la que no se tiene oficio.

—Pero usted tenía oficio. Quería tenerlo, al menos —rectificó.

—Querer y tener son cosas diferentes. De algo tengo que vivir. Pero me alegra comprobar que no ha perdido esa ingenuidad tan enternecedora.

—Ni usted su cinismo, por lo que veo.

El hombre se encogió de hombros. Áurea no concebía que estuviera pensando en reengancharse. Los periódicos se prodigaban en historias sobre la campaña que el general Fernández Silvestre estaba llevando a cabo en el Rif, pero costaba creer el tono heroico de aquellos relatos que describían el espíritu despreocupado con que los soldados enfrentaban las duras jornadas de marcha, entremezclando sus cánticos con el de los ruseñores, o la feroz alegría con que recibían la orden de avanzar hacia las crestas infestadas de enemigos, mientras los proyectiles silbaban sobre sus cabezas, trepando por senderos blanqueados por los huesos de cadáveres de compatriotas que, meses antes, habían intentado aquella misma conquista. Estaba segura de que la realidad era mucho más sórdida, mezquina y torpe.

—Creo que la buscan.

Las palabras del hombre la sacaron de sus reflexiones. Por encima del hombro vio a Paula acercarse. Un sentimiento de culpabilidad la asaltó. Su prima no sabía nada de lo que, años atrás, le había hecho trabar conversación con aquel hombre en el baile de Navidad, y no quería que lo supiera. Iba a despedirse de él cuando otro hombre salió del local a sus espaldas y se unió a ellos.

Tal vez por el aire de confianza con que caminaba, tal vez por el gesto demasiado formal con que Ochoa lo recibió, Áurea comprendió sin que nadie lo dijera que aquel hombre vestido con ropas civiles de impecable corte era un oficial militar.

Pero lo más sorprendente, lo que de ninguna manera ella habría podido imaginar, fue la llama que prendió en sus ojos cuando Paula se unió a ellos. Nada pudo disimular el brillo de interés que asomó a los ojos del teniente Vega mientras se inclinaba sobre la mano de su prima. Y nada pudo disimular el rubor tan sorprendido como satisfecho de las mejillas de Paula, el mismo brillo de admiración reflejado en sus ojos, en su semblante, como si toda ella fuera un espejo destinado a reflejar la fascinación de aquel hombre. Ni antes ni después, nunca en su vida, Áurea fue testigo de una atracción tan rápida y certera entre un hombre y una mujer. Apenas si pudo concentrarse en las explicaciones del teniente sobre cómo Manuel Ochoa le había salvado la vida dos años atrás, cuando las fuerzas del Cuerpo de Ingenieros tuvieron que replegarse tras haber

construido un blocao que fortificaba una loma en el camino al Arbi. De lo que, sin embargo, no pudo evitar ser consciente fue del gesto pesaroso de Paula cuando el hombre les informó de su regreso a Marruecos en tres semanas.

—Pero eso será muy peligroso —se quejó, provocando una leve sonrisa en el teniente.

—No se preocupe, señorita Nebreda. Esta es la campaña decisiva para acabar de una vez con la guerra. Somos más y más valientes, estamos mejor armados y, sobre todo, muy dispuestos a volver de allí con vida. —Y entonces hizo una breve pausa, como si dudara en atreverse a decir lo que finalmente dijo —: Sobre todo si hay alicientes para ese regreso.

La risa de Paula, sorprendida y halagada, dejó a Áurea estupefacta. Pero cuando miró a Manuel Ochoa, para ver si estaba tan sorprendido como ella, comprobó que él no reía. Su mirada se había perdido en algún punto del horizonte más allá del río a sus espaldas, y lo que Áurea adivinó en sus ojos la hizo estremecer un instante.

Iba a preguntarle por qué, por qué reengancharse, si ella había comprendido su presentimiento. Pero la llegada de sus tíos lo impidió. Áurea fue muy consciente de su sorpresa y desagrado al verlas allí, charlando con Manuel Ochoa. Pero ambos decidieron guardar las apariencias, y lo saludaron sin dar muestras de recordar los sucesos del pasado. Luisa incluso le expresó sus condolencias por la muerte de su abuela, a quien había profesado un genuino afecto. Luego, tras desearle suerte en sus nuevas andanzas africanas, le volvieron la espalda para centrarse en el teniente.

La mirada de Paula se iluminó al escuchar que él también estaba invitado a la boda. Y cuando el oficial le tendió su brazo para acompañarla dentro del edificio, y ella le dedicó una sonrisa radiante, Áurea se sintió profundamente descorazonada. No conocía de nada a aquel hombre de facciones corrientes y ademanes corteses que rondaría los treinta años, y no tenía nada contra él. Pero que Paula viera más en él, que viera futuro, posibilidad, ilusión, la hizo sentir muy inquieta. Porque cuando había mirado a Manuel Ochoa para averiguar por qué no reía, había contemplado en sus ojos oscurecidos el reflejo turbio de una tierra áspera y pedregosa, salvaje y sangrienta. Y se había estremecido con él, porque había sabido a ciencia cierta que él no creía en ninguna vuelta de aquel infierno.

Áurea siempre recordaría los meses venideros de aquel 1921 como una especie de pesadilla colectiva de la que al país le costó despertar.

Marruecos. Marruecos y todo lo que, con los años, eso implicaría. Durante el mes de mayo de aquel año, mientras Soledad y Roberto Amat disfrutaban de su viaje de novios a Siena y Milán, mientras Áurea se concentraba a marchas forzadas en sus estudios y trataba de ayudar a Ignacio a no descolgarse de los suyos, mientras Joaquín Nebreda preparaba el traslado a Madrid para comenzar a desempeñar su flamante cargo en el Negociado de Industria del Ministerio de Fomento, y Paula arañaba cada segundo al permiso del teniente Vega para dar largos paseos con él por los Cubos, fuerzas del ejército español al mando del general Fernández Silvestre protagonizaban un espectacular progreso en el Rif, fortificando casi medio centenar de posiciones en su avance hacia la bahía de Alhucemas sin apenas bajas. La opinión pública comenzó a ilusionarse con la idea de que aquel sería, de una vez por todas, el fin de la sangría de Marruecos. Y Paula comenzó a ilusionarse, pensando en «su» teniente.

Áurea tenía noticia de los avances de aquella inesperada relación a través de su propia prima. Cada dos o tres días recibía una carta de ella hablándole de Miguel Vega. Durante las tres semanas que el regimiento del teniente había permanecido en Burgos, se habían visto a diario. Luego, tras su marcha, el teniente ya le había escrito en seis ocasiones: cuatro desde Málaga, donde había visitado a unos familiares antes de embarcar hacia Melilla, y dos desde la propia ciudad de destino. ¿No era eso prometedor?

La correspondencia de Paula nunca había sido tan regular ni tan entusiasta. Su ilusión desconcertaba a Áurea. Aún no se explicaba aquella fascinación tan repentina entre dos personas sin nada que la justificara racionalmente. ¿Por qué ellos?, ¿por qué así? Nunca antes se habían visto, no tenían conocidos comunes, y a Paula el omnipresente mundo castrense de Burgos jamás le había interesado. Sin embargo, Áurea los había visto buscarse con la mirada en el almuerzo de bodas en casa de los marqueses. Los había visto bailar y charlar gran parte de la tarde, separándose solo —y de mala gana— cuando algún conocido reclamaba su atención. Y por la noche había sido testigo del brillo en la mirada de su prima, que, sentada sobre su cama y abrazada a la almohada, se empeñaba en repetir todo cuanto había salido de boca del teniente en aquella jornada.

Al día siguiente, el teniente se había presentado en casa de sus tíos con la intención —o excusa— de aclararle a Paula algunas anécdotas sobre la vida en Melilla y Xauen sobre las que ella se había mostrado interesada. Cuando Paula recibió el permiso de su madre para mostrarle el jardín, Áurea se retiró a su habitación, donde trató de ahuyentar la sensación de fatalidad que la rondaba escribiendo un relato de espíritus de los bosques con final feliz.

Luego había regresado a Madrid, como estaba previsto. A partir de entonces, fueron las cartas de su prima las que la mantuvieron al tanto de la relación. Ella volvió a sus estudios, a sus visitas a su aya, a la camaradería de sus compañeras y a las esporádicas apariciones de Ignacio a la salida de las clases, sin poder desprenderse del todo de la inquietud que la embargaba al pensar en Paula y Miguel Vega.

La única actividad que la sacó de su rutina de estudios fue la manifestación convocada por la Cruzada de Mujeres Españolas ante el Congreso de los Diputados. El último día de mayo, mientras Amparo rebuscaba en el armario la ropa más adecuada para la ocasión, le preguntó si la iba a acompañar. Si la primera vez que le había hablado de aquello Áurea ya se sintió reticente, ahora que su tío estaba en el ministerio se sintió aún más.

Pero Amparo, que a esas alturas la conocía bastante bien, jugó la única baza que podía vencer el recelo de Áurea: su admiración por Colombine. La posibilidad de conocer a aquella escritora cuya trayectoria vital Áurea admiraba desde niña pudo más que todos sus escrúpulos. Amparo le prometió que a través de alguna de las organizadoras conseguirían hablar con ella, y de ese modo la tarde del 31 de mayo Áurea se encontró accediendo del brazo de sus amigas a una Carrera de San Jerónimo repleta de grupos de mujeres expectantes, ilusionadas, vestidas para la ocasión con sus mejores galas.

Pronto comprobó que sus temores eran infundados: la jornada, sin dejar de ser reivindicativa, tenía un carácter bastante complaciente, incluso festivo. Nada más llegar, una mujer de aspecto enérgico le entregó un fajo de folletos con sus peticiones. «Sí, sí, luego os presentaré a Carmen, pero ahora os colocaréis en la puerta del Congreso, a la izquierda. Apresuraos.» Casi sin tiempo de pensar, Áurea se encontró repartiendo aquellas hojas a los diputados que accedían al edificio, mientras otros grupos de mujeres hacían lo propio con los viandantes.

Prácticamente ninguno de los hombres a quienes entregaron aquel folleto lo rechazó. Incluso el propio presidente del Gobierno, Manuel Allendesalazar, se detuvo junto a ellas y, tras echar un vistazo al folleto que Amparo le tendió sin pestañear, sonrió para decirles: «Qué duda cabe, tendrán ustedes el voto.»

Viendo las palabras de apoyo de los diputados, sus gestos amables, sonrisas y hasta piropos, era fácil sentirse optimista. Áurea, aun convencida de que

ninguno les estaba tomando realmente en serio, se encontró sonriendo a Alejandro Lerroux, el líder del Partido Republicano Radical, que se ofreció a concederles el voto en cuanto mandara, y al ministro de la Guerra, vizconde de Eza, que les dijo que con sufragistas así deberían ser ellos quienes pidieran algo.

Cuando por la noche se sentó a la mesa de su habitación para contestar a Paula y contarle lo acontecido aquel día, un pequeño rayo de optimismo se había colado entre la sensación de fatalidad que la llevaba persiguiendo todo el mes.

Pero los acontecimientos del verano dieron cuerpo a aquella fatalidad de una manera descarnada.

Áurea regresó de nuevo a Burgos en cuanto aprobó sus exámenes. En su viaje en tren, le habría gustado compartir con Ignacio su alegría por las notas obtenidas, por aquel primer curso aprobado, por estar logrando poco a poco aquella meta en la que nadie había creído. Pero dado que él no había conseguido aprobar más que una asignatura, creyó mejor callar. Bastante tendría Ignacio con explicar aquello a su padre. Además, durante el trayecto el joven se mostró silencioso, a ratos adormilado, y lo poco que Áurea consiguió que contestara tuvo un tono forzado. Al cabo de un rato, se excusó con ella alegando que la noche anterior apenas había dormido y se dirigió al vagón cafetería. Ella aceptó la excusa, aunque en sus pensamientos se coló la idea de que no habían sido las asignaturas suspendidas lo que le había quitado el sueño.

Desde el regreso a Madrid tras la boda de Sole, el joven no había vuelto a clase. Según le había dicho un día que lo encontró fuera de la facultad, *El Objetivo* le ocupaba todos sus días al completo. Y Áurea había tenido que morderse la lengua para no preguntarle qué ocupaba sus noches, pues una vez Edith, cuya hora de llegada a la residencia era más tardía que la suya, le había dicho que acababan de verlo en una tertulia en el Café Pombo. «Llegó cuando nos íbamos. Muy vistosamente acompañado.» Sabiendo por sus críticas en el periódico el tipo de teatros y salas de *varietés* que frecuentaba, Áurea no había tenido muchas dudas sobre a qué clase de vistosidad se refería la americana.

Aquel año, los planes de su familia para el veraneo eran diferentes de lo habitual. No viajarían a Zarauz hasta agosto, porque la conmemoración del séptimo centenario de la catedral de Burgos había llenado la ciudad de actos festivos, desde exhibiciones de aviación hasta concursos hípicas. El acto más esperado era el traslado de la urna con los restos del Cid Campeador y su esposa, Jimena, desde el Ayuntamiento hasta la catedral, para ser enterrados con toda solemnidad bajo el crucero.

Para asistir a la ceremonia, se esperaba la llegada a Burgos de múltiples personalidades, incluidos los reyes. La ciudad era un hervidero de actividad, preparándose para acogerlos. En la casa de sus tíos se alojarían dos subsecretarios del Ministerio de Fomento y sus respectivas esposas. Las salas de la planta baja que llevaban meses cerradas se abrieron para la ocasión. Nadie en la buena sociedad burgalesa quería perderse el acontecimiento.

Meses después, una conmocionada Áurea pensaría con horror en el brutal contraste entre la alegría de aquellas jornadas y la tragedia que por entonces estaba sucediendo en Marruecos, cuyo alcance nadie podía entonces intuir.

Las primeras noticias sobre la rebelión de las cabilas al mando de Abd el-Krim llegaron a Áurea y Paula el mismo día del solemne traslado. Aquella noche, Paula se acercó al dormitorio de su prima con el periódico vespertino en la mano.

—Estaba en el despacho de papá. Mira, habla de combates cerca de Igueriben y Annual. Miguel tenía que viajar a Dar-Drius, ¿crees que habrá tenido que entrar en acción?

Áurea levantó la mirada desde la noticia. Era difícil decir qué le sorprendía más: que ahora el periódico entrara a diario en casa de sus tíos, o que su prima supiera situar Dar-Drius en un mapa.

—No lo sé, pero no te preocupes, Paula. La noticia también dice que consiguieron desalojar a los rifeños de sus posiciones. —Y para tratar de distraerla, inquirió—: ¿Qué dice tu madre de que el teniente Vega sea ahora «Miguel»?

La broma no consiguió que Paula sonriera.

—Tengo un mal presentimiento —dijo con una gravedad que envió un escalofrío por la columna de Áurea, pues era lo mismo que ella sentía.

Pero ni toda la sensación de fatalidad que llevaba sintiendo días le había hecho anticipar el alcance de la tragedia que ya había dado comienzo en el Rif.

Al principio, fueron solo las escuetas noticias del asedio a las posiciones de Igueriben y Annual. La ciudad se llenó de rumores sobre una retirada sangrienta desde la posición de Annual a la de Dar-Drius. Las informaciones oficiales, sin embargo, solo hablaban de una retirada con bajas, un incidente doloroso pero pasajero, e insistían en que la tranquilidad era completa. Paula se volcaba sobre el periódico en cuanto llegaba a la casa, buscando alguna referencia a oficiales fallecidos o heridos. El relato de los hechos era confuso, pero nadie dudaba de que los ataques eran de extrema gravedad y las bajas, más numerosas de lo que se dejaba entrever. A finales de mes, el regreso del rey a Madrid, abandonando su veraneo, confirmó que el asunto era peor de lo que se decía. Los ministros hicieron lo propio, incluso su tío Joaquín volvió a la capital, dejándolas solas

para pasar agosto en Zarauz. La muerte en Annual del general Fernández Silvestre, comandante general de Melilla, causó una honda conmoción en su prima.

—¿Y si Miguel está en Dar-Drius? ¿Y si fue a Annual? ¿Crees que llegaría a viajar allí? No ha vuelto a escribir desde hace más de diez días. ¿Crees que le habrá pasado algo?

La mano de Áurea apretó suavemente el brazo de su prima, mientras paseaban por la arena de la playa, fría en aquella mañana grisácea de agosto.

—Aunque te haya escrito, Paula, no creo que lo que en estos momentos más preocupe en Melilla sea hacer llegar las cartas a la Península. Ten paciencia; en unos días tendrás noticias tuyas.

Sin embargo, no pudo mirarla a los ojos.

La censura que decretó el Gobierno sobre los «graves acontecimientos de Melilla» —como los llamaban los diarios— no impidió que aquel fuera el tema estrella en todos los actos sociales a los que ellas acudían. La gente se debatía entre la incredulidad y el patriotismo. Varios regimientos fueron enviados a Melilla como refuerzo. En las estaciones, la multitud ocupaba los andenes para aplaudir su marcha. Áurea y Paula fueron «reclutadas» por las damas de la Cruz Roja para repartir tabaco y escapularios a los expedicionarios, y luego para confeccionar vendas. Pero frente al mar plateado y bravo del agosto cantábrico era difícil imaginar luchas sangrientas por un pedazo de tierra yerma y rojiza. Por eso los veraneantes seguían su rutina de cotillones, *diner dansants*, matines con espectáculo y baños de mar, en la que los conciertos, funciones de teatro y bailes para recaudar donativos para los soldados eran una diversión más. Por eso Áurea conseguía tranquilizar todos los días a Paula, y evitar que se pusiera en evidencia, mostrando ansiedad por un hombre al que, hasta donde ella sabía, no le unía ninguna promesa.

Cuando, a comienzos de septiembre, Áurea tuvo que regresar a Madrid, Paula aún no había recibido noticias del teniente.

Para entonces, ya conocían la devastación sufrida por el ejército español en Marruecos. Desde Igueriben hasta el monte Arruit, pasando por Sidi-Dris, el campamento de Annual, y todas las posiciones intermedias, miles de hombres habían caído, abandonados a su suerte, destrozados para siempre por la campaña de Marruecos. No había sido un problema de batallas o posiciones perdidas, de retrocesos y reagrupamientos para volver a atacar. Había sido un problema de aniquilación de unas fuerzas desplegadas, con tanta osadía como imprudencia,

en pequeños blocaos demasiado distantes unos de otros para poder ayudarse, en lomas sin fácil acceso a fuentes de agua, ni suministros que no fueran los que les podían llevar convoyes desde otras plazas. Había sido un problema de decisiones negligentes, de errores militares, de incompetencia, favoritismos y componendas. De corrupción a gran escala, de armas vendidas a los rifeños por oficiales que pretendían mantener un tren de vida que su sueldo no alcanzaba, de intereses particulares en minas y suministros protegidos con la vida de soldados analfabetos y pobres arrastrados a cumplir su servicio militar en aquel rincón de tierra hostilmente conquistada, a pesar de su escaso interés general. Fue, en fin, un cataclismo que soliviantó a la opinión pública y provocó una terrible crisis política que la búsqueda de culpables no pudo atajar. Ante las airadas protestas parlamentarias, el Gobierno se apresuró a nombrar al general Juan Picasso para que investigara los hechos. Las primeras impresiones revelaban un desastre de tal magnitud que, diez días después, el presidente Allendesalazar dimitió. Fue sustituido, de nuevo, por Maura, que tras formar gobierno se apresuró a dictar una Real Orden aclarando que los acuerdos, planes o disposiciones del alto comisionado quedaban fuera de las investigaciones del general Picasso. El general dudó si dimitir. La opinión pública lo entendió a la perfección: «No toquemos a la cúpula militar que, tras permitir la corrupción generalizada, ordenó una campaña alocada e irracional; limitémonos a los pobres diablos a quienes el pánico impidió pensar en algo más que salvar el pellejo frente a un enemigo sediento de sangre.»

Esa comprensión, y la enorme magnitud de la tragedia, suma de miles de tragedias humanas, tantas como hombres dejaron allí su vida, iba a acabar dos años después con todo el sistema político de la Restauración. Cuando empezaron a filtrarse detalles del Informe Picasso, cuando empezó a conocerse el verdadero alcance de la devastación —más de diez mil muertos, masacrados a tiros de máuser, abiertos en canal, degollados...—, cuando comenzó a rumorearse que el propio rey estaba implicado en la toma de las nefastas decisiones que llevaron al Desastre, el capitán general de Cataluña, Miguel Primo de Rivera, se pronunció militarmente, disolvió las Cámaras y proclamó la Dictadura con el visto bueno del rey. De esa manera acabó la depuración de responsabilidades. Sin que alcanzaran a quienes habían tomado las máximas decisiones.

Pero eso sería en 1923. En aquel inicio de septiembre de 1921, cuando llegó la hora de que Áurea regresara a Madrid, lo que preocupaba a ambas primas era que todavía no sabían qué había sido del teniente Vega.

Áurea partió de Burgos con la embarazosa súplica de tratar de averiguar qué había sucedido.

—Pero ¿cómo voy a hacer eso? —A punto de subir al tren, se volvió hacia

su prima—. ¿Dónde crees que podría preguntar yo?

—En el Ministerio de la Guerra —contestó Paula con convicción, aferrando la escalerilla—. ¿No conocías al ministro?

Áurea la miró de hito en hito, preguntándose si la preocupación estaba haciendo perder el juicio a su prima.

—No. Solo te dije que le entregué un folleto en mano, el día de la manifestación de mujeres, y además ese hombre ni siquiera es ya ministro. Y aunque consiguiera que alguien me atendiera, ¿cómo iban a darme información de un teniente del que no soy familiar? Me dirán que me ocupe de mis asuntos. Si alguien puede averiguar algo es tu padre, que para eso trabaja en un ministerio. Él tendrá acceso directo a quien pueda saber algo; al menos, más que yo.

La boca de Paula tembló ligeramente.

—En estos momentos lo único que le preocupa a mi padre es saber si va a seguir o no en el ministerio cuando caiga el Gobierno. Además, no quiere que hable del tema con desconocidos. Como Miguel aún no era mi prometido...

Aquel «aún» sonó tan cargado de dolor que Áurea se alegró de tener que apartarse para dejar paso a una mujer que quería acceder al vagón. Las lágrimas de Paula siempre le generaban sentimientos de culpabilidad, aunque no fueran por su causa.

—Tengo que subir ya, Paula. De verdad que si pudiera lo haría, pero no veo cómo... Pídeselo a tu padre. Es lo mejor.

—No te preocupes, Áurea. —La voz de Luisa se sobrepuso al silbato del tren—. Yo me ocuparé del asunto.

La joven asintió y subió en busca de su compartimento. Tras depositar su bolsa de mano en la balda sobre el asiento, se asomó a la ventanilla para despedirse. Hacía calor en el vagón, y el sol centelleaba en las juntas metálicas de la pirámide que cubría el andén. Inevitablemente, pensó de nuevo en Paula y el teniente, y en la extraña permisividad de su tía Luisa ante aquel comienzo de romance tan poco ortodoxo.

Todo el mundo conocía la complicada situación de los militares que desarrollaban su carrera en la Península. La hipertrofia del escalafón, desproporcionadamente lleno de oficiales, los lentísimos ascensos por antigüedad, y los sueldos congelados durante años hacían difícil que un oficial joven pudiera mantener una familia. Marruecos, sin embargo, lo hacía todo diferente; aquel destino daba acceso a ascensos por méritos de guerra, condecoraciones, y sueldos mejorados en un cincuenta por ciento. Sin embargo, la carrera en el Rif tenía su precio, como acababan de ver. Un altísimo precio en sangre, y por eso, mientras Áurea agitaba la mano para despedirse de Paula,

seguía sin entender por qué su tía no había cortado de raíz la ilusión de su prima por el teniente.

También Luisa se preguntaba a menudo por qué no lo había hecho. Sobre todo en tardes como aquella, en que tuvo que dar el pésame a una mujer de Salas, madre de un soldado fallecido de tifus a comienzos de agosto en el monte Arruit. «Tuvo suerte el pobre, dentro de la desgracia», había contestado la mujer a sus palabras de condolencia, con un tono quedo y resignado que le había puesto los pelos de punta.

Pero la entendió. Él había muerto antes del asedio. No había compartido la cruel espera de aquella guarnición de tres mil hombres que, tras días de agonía, sin comida ni agua, abandonados a su suerte porque los que habrían podido socorrerlos se concentraban en salvar Melilla, había acabado por rendirse para verse masacrada al entregar las armas, pues los cabileños no respetaron la palabra dada. No se sabía el número de muertos ni se habían recuperado sus cadáveres. Hablar de que había sido afortunado parecía una burla cruel, pero ella comprendió lo que quería decir.

Sabiendo que en el funeral no se hablaría de otra cosa, no había permitido que su hija la acompañara. Bastante angustiada estaba ya como para que a su alrededor la gente se empeñara en comentar macabros detalles de lo sucedido.

—Es humano, Luisa. La gente habla de ello para alejar el miedo. Peor sería no permitirles hacerlo, como pretende el Gobierno.

—Pero no tienen por qué ser tan descriptivos, Alonso. En la vida he visto algo así, tal falta de discreción, de templanza. Ya ni sé dónde acudir con Paula para que no se eche a llorar...

Luisa se puso en pie para servir una copa a su hermano. La había acompañado al funeral porque ambos conocían desde niños a la desventurada madre, y ahora se habían contagiado del espíritu depresivo de la triste ceremonia.

Su hermano aceptó la copa que le tendió. Apoyó el codo en el brazo de la butaca, desalentado.

—Qué preocupación siempre, los hijos. Uno busca lo mejor para ellos, pero es tan difícil acertar...

Luisa se sentó frente a su hermano, contemplándolo con atención. Un silbido escapaba de sus labios cada vez que respiraba.

—¿Estás bien, Alonso? Te noto fatigado.

Él se encogió de hombros.

—Estoy fatigado. Hace un tiempo que no me encuentro bien del todo. Por las digestiones, ya sabes. Pero no le digas a Justina que lo he admitido, por favor. Está empeñada en arrastrarme al balneario de Puente Viesgo otra vez, y si tú le dices algo, no parará hasta que acepte.

—Tal vez no sea mala idea —sugirió ella, pensando que la tez de su hermano parecía más apagada que de costumbre.

—No, tal vez no, salvo porque entonces tendría que cerrar unos días la consulta, y ahora no puedo permitírmelo.

—¿Por qué? —inquirió, sorprendida—. Ya lo has hecho alguna vez y no ha sucedido nada.

—Sí, pero esta vez... Bueno, no es nada, cosa de unas inversiones que no han salido como esperaba. Solo que no quiero cerrar la consulta, ahora que se ha establecido en la ciudad el sobrino de Soto; mis clientes son fieles, pero si cierro y necesitan un médico...

—Haz que venga Gabriel, como otras veces.

—No. Tendría que faltar de nuevo a clase. Es su último año, y no quiero que tenga que sacrificarse por mí. —Alonso suspiró y contempló el licor de su copa—. Bastante sacrificio le impuse de niño...

Su tono derrotado inquietó a Luisa. Desde la muerte de su primera esposa, los funerales le afectaban profundamente.

—Hiciste lo que consideraste mejor como padre, Alonso. Ignacio estaba débil y Justina necesitaba dedicarse a él...

—Pero Gabriel era solo un niño, y él no tenía la culpa. Y mira hoy. Tal vez quise hacer lo correcto, pero ¿qué he conseguido? Apenas se soportan.

—No te tortures. Ahora ya no vale de nada pensarlo. Como padres, tomamos decisiones casi a ciegas, por instinto, tratando de conseguir lo mejor para ellos, pero solo el tiempo puede decir si lo hicimos bien, si acertamos...

Esa reflexión no levantó el ánimo de Alonso. Tampoco Luisa se sentía mucho mejor aquella tarde. Había hablado pensando en la carta que reposaba en el fondo de su bolso. Una carta de la señora Eugenia Álvarez de Vega en la que les informaba de que el teniente figuraba entre los prisioneros de Abd el-Krim identificados por la Cruz Roja francesa. La organización humanitaria había conseguido que algunos cautivos pudieran enviar una carta a su familia; entre ellos, Miguel Vega. Y en aquella misiva, después de tranquilizarlos sobre su estado de salud y pedir que le enviaran algo de ropa, el teniente solicitaba a sus familiares que avisaran de su situación a la señorita Paula Nebreda, de Burgos.

Luisa no podía imaginar lo que la familia pudo pensar de aquella petición, para una muchacha a quien solo habían visto una vez en la boda de un familiar. Doña Eugenia, sin embargo, transmitía la información con naturalidad,

añadiendo su deseo de que aquello tranquilizara a una amistad que tan grata debía de ser para su hijo, si en momentos como aquellos la tenía en sus pensamientos.

Luisa aún no se lo había dicho a Paula. Sabía que no podía ocultarle que el hombre estaba vivo, pero no estaba segura de cómo proceder a partir de ahí. Más de una vez, desde las primeras noticias de la debacle, se había reprochado haber permitido que Paula pasara tanto tiempo con el teniente antes de su regreso a Marruecos. Las tres semanas compartidas por ambos habían sido demasiado tiempo para considerar la relación como puramente amistosa, pero a la vez insuficientes para conseguir un compromiso formal.

Luisa se había informado en la misma boda de la situación del teniente. El segundo hijo de un primo de la marquesa fallecido unos meses antes; una familia bien relacionada, formal, de misa diaria. El hermano mayor había heredado la casa familiar en Madrid, y al teniente le había correspondido una importante cantidad de acciones y bonos. Así pues, un partido muy interesante, con la única pega de ser militar vocacional, lo que, con independencia del dinero de su familia, presagiaba una vida de sacrificios y esfuerzo.

Por eso aún no había hablado a Paula de aquella carta que la tranquilizaría. Porque no estaba segura de querer esa vida para ella.

—La vida de los oficiales tiene un valor para Abd el-Krim, Luisa —dijo su hermano, confundiendo los derroteros que habían tomado sus pensamientos—. Será solo cuestión de dinero.

Ella sonrió débilmente y asintió. No quería añadir más preocupaciones a las que ya tenía su hermano. La estancia veraniega de sus hijos no había sido nada pacífica. Si el hecho de que Ignacio dejara los estudios de medicina sin decírselo ya había sido un golpe para Alonso, que en su segundo año en Madrid no hubiera aprobado más que una asignatura de filosofía había sido la puntilla. Alonso quería que regresara a Burgos de inmediato. Justina le había echado en cara que no tuviera ninguna paciencia con su hijo menor mientras iba a pagar una estancia de Gabriel en Berlín cuando acabara la carrera.

—Iré mañana a encender dos cirios en la capilla del Santo Cristo —concluyó Luisa, desechando por el momento el recuerdo de la carta—. Y propondré al padre Miguel que dedique la misa de nueve a pedir por la liberación.

Su hermano la felicitó por la idea. Luego, comenzaron a hablar de cosas triviales. Pasaron muchos minutos hasta que Luisa se dio cuenta de que en el ánimo de su hermano pesaba algo más. Alonso se mostró reacio a contestar sus preguntas, pero ante su insistencia, acabó por explicarse:

—Hace tres días, Joaquín me escribió desde Madrid. Va a vender la fábrica.

La sensación de traición fue tan aguda que Luisa no encontró palabras. Tuvo que levantarse para servirse un vaso de agua y tratar de asimilar las explicaciones de su hermano: el negocio no era rentable y desprenderse de él resultaba lo más sensato; Joaquín lo había intentado todo para mantenerlo a flote, pero los precios habían caído en picado y el género no encontraba salida. Las obras hidroeléctricas pendientes, prometidas por la Diputación, no habían avanzado en absoluto. Las cuentas se habían llenado de números rojos y los Amat no estaban dispuestos a invertir ni un duro más en la sociedad. Su disolución era inevitable, y Joaquín había desinvertido en otros negocios, tratando de reunir el capital suficiente para recomprar a los Amat su parte. Pero, desgraciadamente, eran muchos los negocios cuyo valor se había reducido drásticamente tras el fin de la guerra europea, y el patrimonio al que Joaquín podría recurrir no bastaba para recuperar la propiedad de la fábrica e invertir en ella lo que necesitaba. Y si no podía modernizar las instalaciones, a la larga recomprarla sería tirar el dinero. Lo más sensato era vender.

—¿Sensato o cómodo, para quedarse en Madrid haciendo cuanto le venga en gana? —espetó Luisa con amargura cuando Alonso acabó.

Vio que su reacción incomodaba a su hermano. Luisa quería profundamente a aquel hombre, pero su actitud ante los problemas a veces resultaba exasperante. Era como si creyera que se evaporarían por el solo hecho de ignorarlos.

—¿Y por qué te ha escrito a ti para decírtelo? —inquirió de nuevo, esforzándose por dominar su irritación.

—Porque, como recordarás, tras vuestra boda mantuve un cinco por ciento de participación en el capital, y ahora necesita que venda mis acciones junto con las suyas.

—¿Y lo harás?

—Mujer, ¿qué quieres que haga? Yo no pinto nada de socio minoritario de los Amat. Si Joaquín ha decidido vender, tendrá sus buenas razones. Y solo es una fábrica. A nuestro padre no le habría importado que vendiera, si es lo mejor.

No era solo una fábrica, al menos no para ella. Luisa dejó el vaso junto a la jarra de agua y sin levantar la mirada preguntó:

—¿Y qué sucederá con Pedro Herrero?

—Pues no lo sé. Supongo que seguirá con los Amat, si lo creen capacitado para gestionar la empresa. O tal vez no confíen en él, o ya tengan otros administradores, o él no quiera seguir con ellos; la verdad es que no lo he pensado.

—¿Y qué hará si pierde su empleo?

—Pues se buscará otro trabajo, imagino.

—¿Fuera de Salas?

—No lo sé, Luisa —contestó su hermano, desconcertado por su insistencia—. No tengo ni idea de lo que harán los Amat ni él, y no creo que sea asunto nuestro. Al fin y al cabo, por mucho que su padre trabajara para el nuestro, solo es un empleado, ¿no?

Luisa calló, tragándose la irritación. No quería discutir con Alonso, pues a ojos vista no se encontraba bien. Pero en cuanto puso fin a la visita, se dirigió a su habitación para rescatar de su bolso la carta de doña Eugenia.

El dilema la asaltó de nuevo. ¿Debía permitir aquel romance inesperado que no había elegido o, con la cabeza fría, vetarlo? La habían educado para saber que la opción correcta era la de los intereses compartidos y sólidos que ligaban a los cónyuges, no la pasión inicial que, por impetuosa que fuera, siempre acabaría por desvanecerse. Y no tendría que plantearse dudas.

Pero lo hacía. Dudaba. La antes evidente elección entre amarse en la pobreza o evitarse en la prosperidad había ido perdiendo nitidez a cada decisión de Joaquín que la había ido decepcionando, que la había hecho sentir prescindible, una atadura excusable en vez de un apoyo, una responsabilidad obligada con la que había que cargar, que ahora incluso le llevaría a perder a Pedro Herrero.

Leyó de nuevo la carta. ¿Y si ambas opciones no fueran excluyentes? ¿Y si fuera posible una pasión que no se desvaneciera, que perdurara a lo largo de la vida de una pareja en forma de ternura y afecto a pesar de que los medios económicos fueran limitados? ¿Tenía derecho a negar a su hija la posibilidad de intentarlo, solo porque su experiencia no fuera esa? ¿O aquella duda era solo la señal de que se estaba volviendo una vieja absurda y sentimental?

Luisa no sabía qué pensar. Y se sentía demasiado mayor para aceptar que Teresa Garay pudiera haber estado en lo cierto.

*Madrid, octubre de 1921*

Durante todo el otoño, la consternación del país por la debacle colonial lo tiñó todo, lo llenó de dudas, opiniones e incertidumbre. Los debates parlamentarios, las charlas de café, incluso las clases de la facultad eran foco de las más encendidas discusiones. ¿Debía esperarse al rescate militar de los prisioneros, como quería el gobierno conservador, o era mejor negociar por ellos, como pretendía la oposición liberal? ¿Cómo debía ser la campaña iniciada para recuperar el terreno perdido y, por ende, restañar el orgullo nacional? El país se llenó de suscripciones, fiestas, colectas y postulantes a favor de los hospitales de la Cruz Roja, los heridos o los huérfanos del Desastre. Incluso un grupo de damas de la embajada americana organizó un concierto benéfico en los jardines del Liceo. Edith invitó a Susana, Áurea y Amparo a acudir el sábado al acontecimiento.

—Diez pesetas que me ahorro, porque no pienso ir —le confió Amparo a Áurea esa noche, antes de apagar la luz para dormir—. No quiero saber nada de esa caridad hipócrita.

—¿Hipócrita? ¿Por qué dices eso?

—Porque no deberíamos permitir que los sentimientos de lástima tapen lo sucedido. Por mucha pena que me den los huérfanos, si es el pueblo el que se ocupa de remediar su situación, solo estaremos dando carta blanca a este Gobierno para que siga haciendo lo que le dé la gana. Ahora todo el mundo anda recaudando dinero para esa sangría; que si mantas para los soldados, que si tabaco, que si cajas de embutidos... Por favor, si hasta aeroplanos militares están sufragando los pueblos con sus tómbolas. Pero a la gente no se le deja pensar que no se nos ha perdido nada en Marruecos.

—Eso no es cierto.

—Sí lo es. Si dices que los rifeños solo defendían su modo de vida, si dices que no entiendes qué se le ha perdido al país en África, eres sedicioso y antipatriota. El que no está de acuerdo en mandar campesinos y pastores al matadero no tiene derecho a hablar. El patriotismo exige el silencio de todos. Y el silencio es cómplice del degolladero.

—Pero no hay silencio, Amparo. El mes que viene comienzan las sesiones

parlamentarias para depurar responsabilidades y...

—Y no servirán de nada. No seas pánfila, Áurea. Se hablará del tema unos cuantos días, luego vendrá la victoria militar que con tanto bombo están preparando, y todo esto se olvidará. Los únicos que se acordarán de ello serán los miles de familias que acudan cada año al cementerio con un ramo de flores.

Áurea no quería discutir, así que se volvió para alcanzar el interruptor. Desde hacía días, su amiga no paraba de desconcertarla. Se ausentaba por las tardes sin invitarla a salir con ella, y un día incluso había olvidado que la esperaban para jugar un partido de tenis en el jardín. Al principio, Áurea había creído que andaba en relaciones con algún chico; hasta la tarde en que había entrado en la habitación con sigilo, mientras Áurea repasaba la lección de lexicología, y al volverse había colocado bajo sus narices un papel que la hizo dar un respingo.

—¿Te has afiliado a la UGT? Pero si ni siquiera has acabado tus estudios...

Amparo elevó la barbilla con orgullo.

—Eso no tiene nada que ver. Lo que sucede en este país es una vergüenza, todos los poderes al servicio de los intereses de la clase dominante, mientras quienes trabajan de verdad se mueren de hambre y miseria, y si sobreviven a eso acaban siendo utilizados como carne de cañón cuando los intereses de los poderosos están en peligro.

—Pero ¿por qué un sindicato? —preguntó Áurea con sincera incomprensión. A aquellas alturas, hacía mucho que sabía que las oportunidades no eran iguales para todos, que había injusticia, ignorancia, hambre; pero tampoco comprendía a quienes defendían ideas de revolución.

—Porque vamos a cambiar este país atrasado de una vez por todas —fue la contundente respuesta de Amparo.

Áurea apagó la luz pensando en aquel nuevo empeño de su amiga. Amparo incluso la había invitado a acompañarla alguna tarde a una de sus asambleas, algo imposible para Áurea. Y aunque respetaba el compromiso de la joven, tenía claro que las opiniones de la valenciana no tenían por qué condicionarla.

Al día siguiente, decidió acompañar a Edith al concierto.

—Estupendo —dijo la americana con aquella sonrisa de dientes blanquísimos que le provocaba un punto de envidia—. Pediré a *mistress* María que os conceda permiso hasta las diez. Lo pasaremos muy bien, ya verás.

No parecía muy considerado hablar de pasarlo bien cuando el motivo del concierto era la muerte de tantos hombres. En aquellos días de comienzos de octubre, las operaciones militares del ejército habían permitido acceder a las zonas devastadas en agosto, y el alcance de la tragedia era desolador. Meses después de su muerte, miles de cadáveres yacían abandonados al sol, ante las

ruinas de lo que habían sido las posiciones españolas. El ensañamiento que había acompañado sus muertes, todavía visible en sus cuerpos sin enterrar, era esgrimido como un arma eficazísima contra los «sensibleros», aquellos «malos patriotas» que trataban de comprender a los cabileños, de impedir que la barbarie y la venganza cambiaran ahora de bando. Como Amparo.

Edith, sin embargo, contemplaba aquella debacle con mucha más distancia. «Están muertos ya, ¿sí? No tiene remedio. Nosotros estamos vivos. Haremos cosas de vivos.»

Áurea trató de convencerse de que Edith tenía razón. Sin embargo, sus escrúpulos revivieron la víspera del concierto, al recibir una carta de Paula, breve como un telegrama, en la que le informaba de que al fin tenía noticias de Miguel Vega; no había muerto, pero figuraba entre los oficiales prisioneros de Abd el-Krim.

A Áurea se le encogió el corazón. Por supuesto, se alegraba de que el teniente estuviera vivo. Pero nadie sabía cuánto duraría aquel cautiverio, ni cómo se resolvería, pues el Gobierno no estaba dispuesto a negociar un rescate. No obstante, la angustia de Paula no tenía cabida ya que aún no estaban prometidos; nadie la entendería, y muchos la censurarían, si se dejaba llevar por sus sentimientos por un hombre que no era su novio. Si hubiera muerto, Paula habría tenido que hacer de tripas corazón y mirar hacia delante; pero, dada la presente situación, estaba en un limbo incierto para el que Áurea no veía horizonte.

La tarde del concierto, Amparo no dijo nada mientras Áurea se colocaba los guantes y el sombrero ante el espejo. Le había insistido en que las acompañara, sin éxito. No esperaba otra cosa, pues una vez que había tomado una decisión, era difícil que la valenciana cambiara de idea. Sin embargo, cuando se disponía a salir, Amparo abandonó su silencio para desearle que lo pasara bien.

—La ocasión no lo merece, pero estás muy guapa con ese vestido.

Áurea se despidió con un último intento de convencerla que sabía abocado al fracaso. En el vestíbulo la aguardaban Susana y Edith, y la otra americana que las acompañaría. Habían recibido permiso de la directora para volver a las diez de la noche. Susana aplaudió entusiasmada.

—¿Iremos a un café después del concierto?

—Puede —contestó Edith con gesto pícaro, ocultando la sonrisa.

Cuando el grupo accedió a los jardines del Liceo, Susana se colgó del brazo de Áurea con satisfacción. Bajo una carpa blanca, frente a una tarima de madera,

se había dispuesto un semicírculo de sillas adornadas con guirnaldas azules, blancas y rojas. De los árboles colgaban farolillos, brillantes como luciérnagas en el crepúsculo rosado que descendía sobre la ciudad. Hombres y mujeres vestían con elegancia y charlaban animadamente mientras *el champagne* burbujeaba en las mesitas dispuestas a la entrada de la carpa. Para Áurea resultó evidente que, sin el aval de Edith, ellas no habrían sido admitidas en aquel círculo elegante y restringido. Por eso le sorprendió tanto ver a Gabriel entre los asistentes. Al principio, creyó que solo se trataba de un hombre que se le parecía, pero cuando Edith se acercó a él, comprendió que la americana sabía perfectamente que él estaría en aquella celebración.

El programa del concierto incluía piezas de Mendelssohn, Mozart y Beethoven. Ya desde el principio las notas musicales del cuarteto de cuerda atraparon a Áurea. Sin pretenderlo, su mente se perdió en imágenes de bailes llenos de gente, tules etéreos que flotaban en el aire, destellos nacarados sobre una garganta que reía... Imágenes hermosas que a ella siempre le llenaban de una inexplicable tristeza.

Cuando concluyó el concierto, Gabriel y sus amigos se acercaron a ellas. Edith recibió su llegada con regocijo, y pronto el grupo se encontró charlando animadamente. Áurea, que todavía sentía el decaimiento que la música le provocaba, se limitó a sonreír cuando se hacía alguna broma. Aprovechando que Edith estaba entretenida, Gabriel se acercó a ella.

—No imaginaba que te encontraría aquí.

—Edith nos invitó a acompañarla. Yo tampoco esperaba verte a ti.

—Lo he decidido a última hora. ¿Tú también vas a ir al Palace? —Cuando Áurea lo miró, confusa, él aclaró—: Edith ha dicho que iríais, después del concierto.

La mirada de ella buscó a sus amigas, que charlaban con los acompañantes de Gabriel. Había estado distraída mientras todos hablaban entre sí, y esa era la primera noticia que tenía del plan.

—No lo sé. Tenemos permiso hasta las diez.

—No estaba seguro de que tú quisieras ir.

Sin saber si aquello era una censura, Áurea volvió la cabeza. La intensidad de la mirada de Gabriel la desconcertó. No supo qué contestar, y casi se alegró de que su charla fuera interrumpida por la llegada de Edith. La americana rio al escuchar la pregunta de Áurea.

—*Darling*, son solo las ocho, claro que vamos al Palace, si nos acompañan estos muchachos tan... ¿cómo lo decís? ¿Galantes?

Áurea observó cómo Edith se colgaba del brazo de *Geibriel* al hacer su pregunta, sin dejar de reír. Le maravillaba la manera desenfadada con que las

americanas trataban a los hombres. Se preguntaba cómo sería la vida en aquellos países; Edith era una joven respetable y de exquisita educación, pero no salía de su asombro cuando Áurea le explicaba que su familia no vería bien que paseara sola por la calle, o que entrara en un café sin compañía. Eso solo lo hacían las perdidas. Mujeres de mala vida, un concepto que había hecho a la americana desternillarse de risa.

Dos taxis condujeron al grupo al Hotel Palace. Áurea había estado allí más de una vez, en aquellos bailes de media tarde con buffet de tarta, pasteles, té o café; pero descubrió con asombro que todo cambiaba al caer el sol. La rotonda del hotel estaba llena de mujeres elegantemente vestidas, pero no eran las damas que solía ver allí. No tuvo dudas de que varias de ellas eran actrices o artistas de *varietés*. Las delataban sus ensayadas sonrisas, sus rostros maquillados sin discreción, sus grandes sombreros, sus dedos ensortijados. La corte de admiradores compuesta por viejos calaveras y señoritos juerguistas revoloteaba a su alrededor, tratando de satisfacer el menor de sus deseos, buscando unos favores que Áurea no sabía si concederían con la presteza que sus ligeras risas presagiaban.

No pudo evitar mirar aquella efervescencia con admiración. Uno de los amigos de Gabriel habló con el barman, y poco después todos se agrupaban alrededor de una enorme mesa redonda en un rincón del bar. En una pequeña pista al fondo del local, algunas parejas bailaban dando saltitos aquella melodía de ritmo cortado y alegre que ese verano había estado de moda en San Sebastián. «Foxtrot», dijo Edith sonriendo, sin que ella preguntara. Luego, para alborozo de Susana, pidió *dry martini* para todas.

—No creo que debamos beber eso —susurró Áurea a Susana, viendo cómo el barman tomaba la botella de ginebra de la estantería.

—Edith ha dicho que es el cóctel de moda en Nueva York. Venga, Áurea, no seas aguafiestas, ¿qué puede tener de malo una copa tan pequeña? Si hasta tiene una aceituna.

La aceituna era lo de menos, de eso Áurea estaba segura. Pero la idea de ser la conciencia moral de aquella pequeña escapada la incomodaba, pues las frases que acudían a su cabeza eran las que hubiera dicho su tía Luisa. Y ella no quería ser una aguafiestas, así que, cuando llegaron las bebidas, tomó su copa, dio un sorbo como las demás y la dejó sobre la mesa sin intención de retomarla, sin decir nada ante la exclamación de felicidad de Susana o la asiduidad con que las americanas la acercaban a los labios.

Cuando la música cambió a un ritmo más tranquilo, Edith y Gabriel salieron a la pista. También Susana y la otra americana quisieron bailar. Áurea se quedó sola en la mesa con uno de los jóvenes, un muchacho con un pequeño

temblor bajo el párpado que parecía acentuarse si ella lo miraba al contestar sus preguntas. Áurea declinó con educación su ofrecimiento de salir a la pista de baile, algo de lo que se alegró cuando las parejas cambiaron y el muchacho salió con Susana, pues era realmente torpe.

—Alfredo me ha dicho que no quieres bailar.

Áurea elevó la cabeza, aliviada de que no fuera una pregunta, porque así no debía excusarse.

—No, no quiero. Nunca bailo, si puedo evitarlo.

Gabriel rodeó la mesa para sentarse a su lado, de cara a la pista, donde los demás giraban al ritmo de un vals tradicional.

—La verdad es que no esperaba verte hoy.

Era la segunda vez que le decía lo mismo. Áurea no apartó la mirada de la pista para contestar:

—Ya. Pues si te parece mal que esté aquí, deberías haberte negado a acompañarnos. —Le pareció que su respuesta había sorprendido al joven. Incluso creyó notar un matiz herido en la voz que contestó:

—¿Por qué iba a parecerme mal? Simplemente me ha sorprendido. Sé que estás tan volcada en tus estudios que no esperaba encontrarte divirtiéndote. Eso es todo.

Áurea se debatió entre replicar que si él se divertía, todos podían hacerlo, o excusarse y reconocer que su frase había sido una necedad. Optó por lo segundo.

—Lo siento, Gabriel, he sido muy desagradable sin motivo. Es que la música siempre me pone nerviosa.

—¿Un vals te pone nerviosa?

—Sí. Sé que es absurdo, pero sí. Siempre ha sido así. Y si quieres que te diga la verdad, apenas he disfrutado del concierto. Es decir, soy capaz de apreciar la belleza de la música y eso, pero no puedo evitarlo, la música me entristece.

Él asintió y no dijo nada, aunque Áurea supuso que le resultaba extraño.

—¿Qué tal sigue tu aya?

—Igual. Hay días que no habla, otros se queda ensimismada con un libro de oraciones sin pasar ni una página en horas... Lo que más me duele es que no me reconozca. Quiero creer que, como no dice nada, tampoco sufre.

—Haces cuanto puedes, yendo a verla todas las semanas.

—Aunque no sirva de nada.

—Bueno. Nadie sabe si sirve o no. Solo ella. Y que no lo diga no significa que no se sienta confortada al verte. Yo creo que rodearse de gente que nos quiere siempre es positivo. Incluso aunque no podamos apreciar su cariño.

Por algún motivo que Áurea no supo descifrar, le pareció que la frase no se

refería a su aya. Pero cuando iba a preguntar por ello, la aparición de Ignacio en la entrada del bar le hizo olvidar su pretensión.

El joven ocupaba el centro de un bullicioso grupo que mantenía una conversación salpicada de bromas y risas. Una muchacha delgada, de cabellos morenos cortados como los de Amparo y vestido azul noche, se colgaba de su brazo con gesto meloso. El camarero que los recibió parecía conocerlos bien. Solo tuvo que hacerse a un lado al saludarlos para que el grupo enfilara con seguridad el camino del fondo del local.

Ignacio iba riendo sobre algo que había dicho la joven y no vio al grupo de Áurea hasta que casi estuvo encima de ellos. Se detuvo en seco, sin hacer caso a la protesta de su acompañante, que tironeó de él. Su sonrisa se había borrado.

—Vaya, vaya. Menuda sorpresa.

—Buenas noches, Ignacio —saludó Gabriel, poniéndose en pie.

—Más que buenas, asombrosas. Hay que ver cómo te las apañas para estar siempre tan bien acompañado...

Aunque las palabras iban dirigidas a su hermano, la mirada de Ignacio no se apartó de Áurea. Ella la sostuvo con calma. Los ojos del joven parecían vidriosos, y dedujo que la copa del Palace no sería la primera de la noche para él.

—Yo también me alegro de verte, Ignacio —contestó con aplomo—. Desde que comenzó el curso es el primer día que nos encontramos.

Él asumió la pulla sin variar el gesto.

—Cierto. Pero si llego a saber que ahora sí tienes tiempo de hacer algo más que enterrar la nariz en los libros, nos habríamos encontrado mucho antes.

—Es la primera vez que salgo a estas horas de la residencia, y ha sido por una buena causa —se excusó con rapidez; y con la misma rapidez se enfadó consigo misma, pues no tenía por qué darle explicaciones—. De todas formas, si necesitas verme, ya sabes dónde encontrarme en la facultad.

—No lo sé, porque tú has pasado curso y yo no. Y, además, la facultad me importa un bledo. Baila conmigo, Áurea.

Antes de que ella pudiera responder, Gabriel advirtió:

—Son las nueve y veinte. Áurea tiene que estar a las diez en la residencia.

El anuncio dio un matiz desdeñoso a la sonrisa de Ignacio.

—¿Desde cuándo eres la niñera de Áurea? Es solo un baile, hay tiempo de sobra.

Ella notó la fuerza con que Ignacio tomó su mano. Era más una orden que un ruego, y eso la molestó, pero veía que Gabriel se estaba enfadando y no quería ninguna discusión allí. Se puso en pie para acompañarlo hasta la pista, y la boca de la mujer del pasillo dibujó una muda «o» de despecho.

—Creo que te lo va a hacer pagar. —Áurea inclinó la cabeza hacia la joven,

que se encaminaba al fondo del local para reunirse con el resto de su grupo.

—No. Lili sabe perfectamente cómo son las cosas entre nosotros. No temas.

—No temo nada, no seas presuntuoso. Pero tienes que reconocer que has sido muy grosero, dejándola plantada en el pasillo... y obligándome a bailar contigo.

Él se encogió de hombros y, con una indiferencia que no llegó a encubrir su aspereza, preguntó:

—¿Desde cuándo Gabriel determina a qué hora tienes que irte, Áurea? Y por cierto, ¿qué haces con él?

—Nada. He ido a un concierto con unas amigas de la residencia, y allí nos hemos encontrado. Luego él y sus amigos nos han acompañado hasta aquí. Pero tenemos que regresar enseguida. Son las normas.

—Qué casualidad que os hayáis encontrado.

Esta vez fue el turno de Áurea de encogerse de hombros.

—Sí, lo ha sido. ¿Qué tal os va con el periódico? —Notó la presión en su cintura que la obligaba a disminuir la distancia entre ellos.

—No me apetece hablar del periódico.

—Pues no querrás hablar de la facultad, supongo.

—Por supuesto que no.

—Y entonces, ¿de qué quieres que hablemos?

—¿Hay que hablar de algo? ¿No podemos sencillamente disfrutar del baile, la música y la compañía?

Consciente de la impaciencia soterrada en su tono, ella hizo lo que pedía y trató de concentrarse en el momento, en la sensación de estar evolucionando en sus brazos, en la manera en que él buscaba sus ojos en la sombra cuando ella dejaba de mirarlo. Pero aunque él quería parecer conforme, Áurea tenía la impresión de que era el primero que no estaba disfrutando de la ocasión. Tal vez, de no conocerlo tanto, no habría notado la sutil tensión del brazo que la conducía por la pista. Pero lo conocía; lo suficiente para saber que verla junto a Gabriel lo había irritado profundamente.

Cuando la música cesó, Áurea se soltó de su brazo, pero apenas había comenzado a andar cuando él la detuvo.

—Deja tu grupo y ven conmigo esta noche, Áurea.

Se volvió para mirarlo, sin entender qué quería decir.

—¿Que vaya contigo? ¿Adónde?

—Al combate de boxeo que tengo que reseñar. Acompáñame. Me sentaré contigo, te explicaré las reglas de Queensberry y me ayudarás a escribir la crónica para el periódico.

—¿Qué? ¿Estás loco? —A pesar de que a esas alturas ya estaba convencida

de que Ignacio había bebido, se echó a reír—. ¿Cómo crees que voy a ir al boxeo? Es hora de volver a la residencia, ya te lo he dicho. Y, además, creo que Lili te estrangularía si me llevaras. O peor, me estrangularía a mí, y mañana tendrías que explicar a mis tíos lo sucedido.

—Y yo ya te he dicho que no te preocupes por ella —replicó Ignacio con aspereza, tomando de nuevo su mano—. Lili no es quién para opinar si yo deseo pasar un rato con mi mejor amiga.

—No puedo ir, lo sabes perfectamente. Tengo que estar de vuelta a las diez, las normas de la residencia son tajantes.

—Pues para acompañar a Gabriel bien que te las has saltado.

La sonrisa de Áurea decayó. Molesta, retiró su mano de la del joven.

—Eres injusto. He pedido permiso para asistir a un acto benéfico, no para acompañar a Gabriel. Y he aceptado bailar contigo cuando nunca bailo, y lo sabes perfectamente.

Por toda respuesta, la presión de la mano de Ignacio en su cintura se incrementó al acompañarla a la mesa. Áurea sintió un sofoco de calor en sus mejillas. Cuando alcanzaron la mesa, sus amigas ya estaban en pie, aguardándola para regresar. Ignacio se despidió de todos, se inclinó sobre la mano de Áurea en un gesto tan exageradamente formal que resultó casi hiriente, y regresó junto a una Lili que se apartó bruscamente cuando él se sentó a su lado.

Mientras abandonaban el local, Áurea mantuvo la atención en sus amigas. No quería afrontar la mirada de Gabriel, que imaginaba llena de reproche. Escuchó con comprensión a Susana, disgustada porque la velada hubiera concluido; estuvo de acuerdo con Kathy sobre la «*pleasant, delightful evening*» que habían disfrutado, y agradeció a Edith las molestias que se había tomado para hacerla posible, mientras Gabriel se encargaba de buscarles un taxi.

Solo cuando Amparo apagó la luz de su habitación, después de preguntar sin gran interés por el concierto y el Palace, se permitió pensar un poco en lo sucedido. Al cerrarse la puerta del bar a sus espaldas, había visto que Ignacio se había acercado más a Lili, que ya no parecía tan ofendida, y le decía algo al oído. No pudo evitar una punzada de pena al pensar en los días en que él acudía a la facultad para buscar sus resúmenes y acompañarla al autobús, en sus charlas alegres y aquel sentido del humor que siempre la había reconfortado y ahora, sin embargo, sentía cada vez más desapacible. Con sus días y noches absorbidas por aquel grupo de redactores, poetas de escasa suerte y musas de cuestionable mérito, su amigo parecía haber renunciado ya a terminar sus estudios. Se preguntó cuándo volverían a verse, si es que llegaban a encontrarse en aquella ciudad inquieta y revoltosa, donde ella apuraba los días tratando de ser lo que su padre quiso que fuera y él desgastaba las noches seguro de que nunca podría ser

lo que su padre pretendía.

Entonces no podía saberlo, pero solo un mes después Áurea acompañaría a ambos hermanos en un agotador viaje a Palencia. Un viaje desgraciado y doloroso, cuyas consecuencias cambiarían su futuro para siempre.

Fue una mañana gris y húmeda de mediados de noviembre. Bajo la fina llovizna que caía desde el amanecer, la calle de San Bernardo brillaba, moteada por charcos turbios que levantaban salpicaduras al paso de los estudiantes. Apenas restaban unos minutos para las nueve cuando Gabriel apareció en el claustro en busca de Áurea. Aquello puso a la joven en alerta: que Gabriel la buscara ya era raro en sí, pero que el joven no estuviera sentado en su aula cuando las clases estaban a punto de comenzar era inconcebible.

Por eso supo que algo grave sucedía, incluso antes de leerlo en sus ojos. Cuando él le preguntó por Ignacio, el corazón de Áurea se aceleró.

—No sé dónde está. No lo he visto desde hace muchos días. ¿Qué sucede, Gabriel? ¿Pasa algo malo?

El joven se llevó la mano a la nuca, en un gesto pleno de impotencia.

—No hay tiempo. Necesito encontrarlo ya. Ya mismo. Maldita sea...

Áurea jamás había visto perder la compostura a Gabriel Montero. Un súbito miedo encogió su corazón.

—¿Le ha pasado algo malo a Ignacio?

—¿A Ignacio? —Gabriel, que se había quedado mirando el suelo, elevó la cabeza. Por un instante, Áurea tuvo la impresión de que sus ojos la atravesaban sin verla—. No lo sé. No, quiero decir, a él no, pero necesito encontrarlo. Tenemos que irnos con urgencia. No estaba en la pensión ni ha venido a clase. Y no tengo tiempo... ¿No sabes dónde puede estar?

—No he vuelto a verlo desde la noche del Palace, aunque supongo que podrías preguntar en la oficina de *El Objetivo*. Pero dime de una vez qué sucede, Gabriel. Me estás asustando.

Tuvo que volver a insistir para que el joven, finalmente, le preguntara si había escuchado las noticias del accidente. Áurea no sabía de qué le hablaba, no había escuchado nada de ningún tren, pero se quedó helada al reconocer en el rostro de Gabriel una emoción muy familiar. Una emoción contenida y terrible, que espoleaba el miedo hasta convertirlo en una bola de pánico que se aferraba a la garganta y no dejaba respirar. Incluso ahora, siete años después, podía describir con absoluta exactitud cada uno de sus pensamientos la tarde que recibió la noticia de la muerte de su padre.

—¿Quién viajaba en ese tren, Gabriel?

Por un momento, creyó que el joven no iba a responder. Lo vio inspirar hondo, con fuerza, casi con rabia.

—Mi padre. Y Justina.

Hacía una hora que Gabriel había recibido un telegrama del hospital de Palencia, donde habían evacuado a algunos de los heridos. El expreso en que viajaba el matrimonio Montero, camino de Puente Viesgo, había chocado contra el tren correo procedente de Santander. Algunos vagones habían descarrilado y caído al cauce de un arroyo. No podía explicarle más: no sabía, ni le importaba, cuál de los trenes no se había detenido en su parada, ni por qué el jefe de estación no se había dado cuenta... Y que ellos tenían que irse ya, porque el texto del telegrama no ocultaba la gravedad de su estado, y el tiempo se les acababa...

«El tiempo de despedirse», se estremeció Áurea. El que ella no había tenido.

No necesitó más para ofrecerse a acompañarlo de inmediato. El periódico parecía su mejor opción. Montaron en el coche en silencio, y en ese mismo silencio recorrieron las calles hasta la oficina de *El Objetivo*. Estaba vacía, pero la portera del edificio les remitió a una taberna donde solían desayunar algunos redactores. Mientras recorrían la calle en la dirección indicada, Áurea se dio cuenta de que el miedo de Gabriel se iba transformando en resentimiento hacia aquel medio hermano, cuya vida desordenada retrasaba la marcha hacia Palencia. Comprendió que discutirían. Y temió que aquella discusión pudiera ser definitiva.

En la taberna encontraron a uno de los redactores. Por encima de su copa de coñac, les informó de que Ignacio acababa de irse a casa. No quedaba más remedio que volver a la pensión, y mientras Áurea veía crecer el enfado y la desesperación de Gabriel decidió que los acompañaría.

Él no contestó. Áurea sabía que lo que preocupaba al joven en esos momentos no era ella, sino la suerte del matrimonio, pero insistió, razonando que ella podría cuidar de Justina mientras los hermanos se ocupaban de su padre. No supo si fue su argumento lo que convenció a Gabriel, o si realmente la mente del joven estaba ocupada en otras cosas, pero consiguió lo que pretendía. De camino a la pensión, Gabriel la dejó en la residencia, y veinte minutos después Áurea montaba de nuevo en el coche, con su bolsa de mano, rumbo al hospital de Palencia.

El viaje fue tan tenso como había imaginado. Los hermanos no intercambiaron palabra desde que salieron de Madrid, pero Áurea intuyó que habían discutido. Gabriel parecía agotado y sombrío, e Ignacio apenas volvió la cabeza dos veces para contestar a sus comentarios. Durante la mayor parte del trayecto permaneció con la mirada fija en el parabrisas.

Recorrieron sin detenerse aquel camino bacheado e incómodo, hasta que la falta de combustible hizo que Gabriel detuviera el coche en una venta cercana a Boceguillas.

—Deberíais bajar para estirar un poco las piernas mientras llenan el depósito. No volveremos a parar hasta Palencia.

Áurea asintió y luego, cuando Gabriel entró en el edificio, dijo:

—No deberíamos ponernos en lo peor, Ignacio. Tal vez sus heridas no sean lo graves que imaginamos.

—O sean peores y ya estén muertos —replicó, cortante.

Áurea retuvo un suspiro. El sombrío humor de Ignacio era entendible. No debería pagarlo con ella, claro, pero cada uno luchaba como podía contra la angustia y el miedo. No había nadie que supiera eso mejor que ella.

Decidió seguir el consejo de Gabriel y bajar para estirar las piernas. Más allá de la venta, la loma daba cobijo a un apretado caserío cuajado de tejas rojas sobre el que se alzaba la espadaña de una iglesia. Se acercó hasta el último árbol del patio que conservaba sus hojas. Allí, oculta del vehículo y de la venta, estiró los brazos al cielo cuanto pudo. Luego los dejó caer de nuevo, sintiéndose impotente y cansada.

Llevaba un rato con los ojos cerrados, concentrada en la sensación del aire llenando sus pulmones, cuando oyó el chasquido metálico de la puerta del coche. Las ramas y hojas que tapizaban el suelo crujieron bajo los pasos de Ignacio. Ella permaneció inmóvil.

—No sé muy bien por qué has querido venir, pero gracias.

Áurea sintió el calor del cuerpo que se acomodó junto al suyo en el tronco. También sintió el miedo oculto en aquellas bruscas palabras.

—Sé que tal vez mi presencia no sirva de nada —respondió—. Pero cuando mi padre...

Ante la mirada endurecida de Ignacio, calló. Solo iba a decir que en aquel momento habría agradecido cualquier compañía que distrajera la pesada capa de dolor que lo había impregnado todo. Pero no podía hablar de la muerte de su padre, puesto que Alonso y Justina no habían muerto. En su lugar, dijo:

—No debes ponerte en lo peor, Ignacio. Ten fe en que tal vez todo quede en un susto.

—No seas tan insulsa como todos, Áurea. —Ignacio dio una patada a un guijarro, que salió disparado—. En los demás no me queda más remedio que aguantarlo. En ti, no.

Ella se apartó del tronco para volver de nuevo al coche. No quería ser destinataria del mal humor de Ignacio. Pero no había dado dos pasos cuando él agarró su mano con fuerza y la atrajo hacia sí.

—No te vayas —musitó, rodeándola con sus brazos hasta que Áurea se encontró estrechada contra su pecho—. Quédate conmigo.

En un primer momento, la sorpresa y el brusco tirón impidieron a Áurea hacer nada que no fuera tratar de conservar el equilibrio. Pero, casi de inmediato, la conciencia del cuerpo de Ignacio contra el suyo, su calor, la firmeza de los músculos que se tensaban en torno a ella, la turbaron. Comprendía que aquello era solo una búsqueda de consuelo, un amago de rebeldía contra una realidad que no podían combatir. Incluso sabía —y alguna vez había lamentado— que él solo la veía como una hermana pequeña; pero aun así, estar envuelta por su cuerpo era algo demasiado íntimo para permanecer calmada. Apoyó las manos contra su pecho para empujarlo, pero él no aflojó su abrazo.

—No te vayas —susurró de nuevo junto a su oído.

Y luego, sus labios se posaron con suavidad sobre la sien de Áurea. Ella no pudo evitar que un escalofrío la recorriera por completo.

La plena conciencia de estar haciendo mal la llevó a empujarlo de nuevo. Solo consiguió su propósito a medias. Los brazos de Ignacio se relajaron, pero no la soltó. Aun así, consiguió el espacio suficiente para separar la cabeza de su pecho y mirarlo. Cuando iba a hablar, él colocó un dedo sobre sus labios.

—¿Vas a decirme que esto está mal, Áurea? No lo hagas, porque no lo está. No voy a pedirte perdón, ni a decirte que no debí hacerlo.

La mano de Ignacio descendió hasta entrelazarse con la suya. Ella trató de que su voz sonara serena al decir:

—Será mejor que regresemos al coche. Gabriel estará a punto de volver.

Él asintió, pero mantuvo sus manos unidas mientras salían de detrás del árbol. Estaban a punto de alcanzar el coche cuando Gabriel salió del edificio. Acobardada, Áurea trató de soltarse, pero Ignacio no se lo permitió. Ella apretó el paso para que, al menos, su falda ocultara las manos unidas, mientras daba tirones para liberarse. Gabriel iba mirando algo que había comprado y no parecía haberlos visto.

—He traído unos bocadillos —anunció al llegar a su altura. Luego levantó la cabeza, y solo en ese momento Ignacio soltó la mano de Áurea.

—Entonces vamos ya. No perdamos más tiempo.

Ignacio rodeó el coche para alcanzar su portezuela, mientras Áurea sentía como si la hubieran atornillado al suelo. Gabriel no había dicho nada, pero al moverse Ignacio y quedar solos frente a frente había clavado en su rostro una mirada indescifrable. Áurea supo que había visto sus manos enlazadas. Los segundos que transcurrieron hasta que se movió para abrirle la puerta del coche le resultaron eternos. Al pasar ante él, no fue capaz de sostener su mirada.

El resto del viaje puso a prueba su capacidad de resistencia. Si ya de por sí

el bacheado camino era una pequeña tortura, el silencio entre los hermanos lo tornó aún más incómodo. De vez en cuando, Gabriel echaba un vistazo al asiento posterior, haciendo que el estómago de Áurea se encogiera con aprensión. A pesar del hambre que había sentido antes de parar en la venta, fue incapaz de tocar su bocadillo.

La vista de Palencia en el horizonte no supuso un alivio. Nada más llegar al hospital, el bedel que anotaba el estado de los heridos, desbordado por el trabajo, les dijo sin miramientos que tanto Justina como Alonso Montero figuraban en la lista de fallecidos del accidente.

Cuando Áurea entró en el dormitorio de su tía, Paula se echó en sus brazos sin dejar de llorar. Mientras aguardaba que su prima se tranquilizara, cruzó la mirada con Luisa. Su tía hizo un gesto para agradecerle que hubiera acudido. Aunque sus ojos estaban secos, las huellas del llanto eran visibles en su rostro. El telegrama de Gabriel notificando la muerte de Alonso y Justina la había encontrado a punto de partir hacia Palencia. Desolada, había tenido que ocuparse de lo único que podía hacer ya por su hermano y su cuñada: organizar los funerales más pomposos que pudo.

En cuanto a Áurea, su presencia en Palencia había durado un único día. Más exactamente, veintidós horas sombrías y amargas, desde que llegaron al hospital hasta que el coche con los cadáveres partió hacia Burgos. Durante esas horas se arrepintió a menudo de su impulso de acompañar a los hermanos, pues poco o nada había podido hacer por ellos. Gabriel se encargó de todos los trámites, tanto con el hospital como con la compañía ferroviaria. Habló con los médicos que habían atendido al matrimonio, se hizo cargo de las pertenencias recuperadas del vagón accidentado, telegrafió a Luisa para que se ocupara del entierro, y organizó el traslado de los cuerpos hasta el cementerio de Burgos. Por su parte, Áurea permaneció junto a Ignacio en una de las salas del hospital reservadas a los familiares. Ignacio había encajado la noticia con aparente entereza; un par de veces, Áurea vio las lágrimas asomar a sus ojos, pero el joven se dominó con rapidez y, tras esos primeros momentos, mantuvo un férreo control sobre sus emociones, sumiéndose en el silencio más absoluto.

Sintiéndose fuera de sitio, Áurea trató de ocuparse de cosas prácticas. De conseguir algo de comida para los hermanos, aunque ninguno de los dos probó nada de lo que puso ante ellos; de encontrar café para sobrellevar el anochecer, hasta que una mujer de la ciudad les ofreció habitaciones en su casa; de estar allí simplemente, por si alguien necesitaba un hombro sobre el que llorar, aunque

sabía que los hombres no lloraban, y estaba segura de que Ignacio no iba a ser la excepción. Al contrario, fue ella quien se encontró llorando varias veces. Áurea sabía bien lo que era perder a un padre; conocía —y aún recordaba— el agudo dolor que no permitía ni respirar, que no dejaba espacio para nada que no fuera la pena más densa. Ignacio no solo había perdido a su padre, sino también a su madre. Áurea no podía ni imaginar el desgarró que su amigo estaría sintiendo.

La voz de su tía la trajo de nuevo al presente.

—Espero que hayas tenido buen viaje.

Áurea asintió, y agradeció la preocupación. Su conversación recayó en los preparativos del entierro; carroza mortuoria de primera clase, con palafraneros y seis caballos. También los funerales serían de primera clase, con diez sacerdotes, procesión al tono del *Miserere rei Deus*, misa cantada, dieciséis luces a los lados del túmulo y seis en el altar mayor. Así, los tres días. No había nada más solemne que aquello. Nada menos para su hermano.

Áurea escuchó a su tía a medias. A ella, más que los muertos, le preocupaba lo que sucedería con los vivos. Su viaje no había sido bueno; en realidad, un viaje con dos hermanos que habían perdido a sus padres el día anterior no podía ser bueno en ninguna circunstancia, pero aquel había sido incluso peor, porque al amanecer había sido testigo de un nuevo motivo de distanciamiento entre los hermanos. No sabía cómo había comenzado la discusión, porque se había adormilado en el coche. Pero la habían despertado las palabras despectivas de Ignacio.

—No puedes disimularlo. Lo veo en tus ojos cada vez que me miras.

—Eso no es cierto —negó Gabriel con frialdad.

A pesar de no saber de qué hablaban, ella se mantuvo con los ojos cerrados, haciéndose la dormida.

—Nunca has sabido mentir. No piensas perdonármelo mientras vivas. Nunca me has perdonado nada.

—¿Acaso alguna vez tú has pedido perdón por algo?

—No por nacer, que es lo que seguramente tú desearías.

—Claro. Es más fácil culparme a mí de odiarte por nacer, que asumir la responsabilidad por tus comportamientos.

—¿De qué comportamientos hablas? Dilo claro de una maldita vez, Gabriel, estoy harto de tus insinuaciones y tus frases a medias. Ten las agallas de decirme eso que te reconcome por dentro

—¿Quieres que hable claro? Muy bien. Si hubieras estado haciendo lo que debías, en vez de pasando la noche en la taberna, yo habría llegado a tiempo de despedirme de mi padre.

Áurea se movió en el asiento, simulando despertar. Su gesto cortó la

disputa, pero no la tensión entre los hermanos. Desde ese momento, y hasta que llegaron a Burgos, no los escuchó volver a hablarse.

Tampoco los vio hablarse en el velatorio, ni en el funeral ni en el entierro. En todos esos momentos, permanecieron ajenos el uno al otro, relacionándose solo para resolver los detalles prácticos que requerían una decisión conjunta. Sintiendo una gran pena, Áurea no pudo sino recordar los abrazos de su aya en el velatorio de su padre, o la manera callada pero decidida en que el abogado y Gerardo Ríos la respaldaron. Y sí, fueron numerosas las personas que se acercaron aquellos días a dar su pésame a los hermanos, pues Alonso había sido un hombre querido en la ciudad; pero Áurea estaba segura de que nada podría ayudar a pasar aquel trago como compartir el dolor y la pena con un hermano. Gabriel e Ignacio, sin embargo, añadían al duelo de su orfandad el distanciamiento, cada vez más evidente, entre ellos.

Un distanciamiento del que, estaba segura, nada bueno iba a salir.

Tres días después del funeral, en el despacho del notario designado como albacea testamentario, la situación entre los hermanos no mejoró en absoluto. Para consternación de todos, cuando el notario enumeró los bienes que constituían la masa de la herencia, descubrieron que su monto era muy inferior a lo que esperaban.

—Eso no es posible —protestó airadamente Ignacio.

—Me temo que sí lo es —se disculpó el hombre, colocando sobre la mesa un legajo de papeles con el rótulo de «Eléctricas Reunidas Burgalesas»—. Le aconsejé no acudir a la ampliación de capital, pero prefirió confiar en el amigo que se lo recomendó. Y con la quiebra de la empresa...

Con la quiebra de la empresa, aquellas acciones al portador, por un valor nominal de quinientas pesetas para un capital social de dos millones, con su cédula y sus cupones y su dibujo de la imponente fachada de la fábrica, no valían siquiera el precio del papel en que se habían impreso.

—¿Y las casas?

—Hipotecadas.

A pesar de que en la consulta de Alonso nunca habían faltado pacientes, la decisión de invertir la mayor parte de su patrimonio en aquella empresa fallida le había obligado a hipotecar sus propiedades inmobiliarias. Por otra parte, el médico vocacional que era había elegido en muchas ocasiones atender a los enfermos que le necesitaban, incluso aunque no pudieran pagar sus honorarios. La consecuencia inmediata era que las casas estaban gravadas y apenas había

dinero en los depósitos bancarios.

Mientras Gabriel e Ignacio trataban de digerir aquello, Luisa giró la cabeza hacia la ventana, dolida por aquella realidad que su hermano le había dejado entrever. Alonso nunca había tenido buen olfato para los negocios, pero en su descargo razonó que, de no mediar el accidente, habría podido enderezar la maltrecha marcha de las finanzas familiares. Por desgracia, la muerte le había arrebatado aquella posibilidad.

—Lamento profundamente este desastre, señores —terminó el notario con gesto de disculpa—. De haber estado en mi mano evitarlo, lo habría hecho.

—Bueno, si le sirve de consuelo —lanzó Ignacio—, solo es un desastre para algunos. A otros no les afecta en absoluto.

Rápidamente, Luisa volvió la mirada hacia Gabriel para advertirle que no comenzara una discusión allí. Pero el joven se limitó a hacer un gesto para que el notario comenzara la lectura del testamento, sin dar muestras de que el dardo de su hermano lo hubiera alcanzado.

Al acabar el notario, se hizo un pesado silencio en la sala. Aquel documento formalizaba lo que todos sabían de antemano: los bienes que provenían de Claudia Sola pasarían íntegramente a Gabriel. En realidad, ese punto del testamento estaba obsoleto, puesto que los bienes ya habían pasado a su disposición al cumplir la mayoría de edad. En cuanto a Ignacio, le quedaban la mitad de los bienes propios de Alonso, y el escaso capital que Justina había aportado al matrimonio. Teniendo en cuenta la quiebra de la eléctrica y las hipotecas sobre los inmuebles, no tendría para vivir un año de las rentas.

Por enésima vez, Luisa se preguntó si los honestos motivos de su hermano para reservar a Gabriel el dinero de su madre no acabarían resultando calamitosos, al nutrir el resentimiento entre sus hijos. Desde luego, el rostro sombrío de Ignacio así lo daba a entender.

—¿Y qué sucederá con la consulta?

—Salvo que me digan que uno de ustedes va a continuar con ella, la ofreceremos a algún médico que desee establecerse allí. No será difícil obtener una cantidad adecuada, pues está bien situada y goza de una clientela leal y estable.

—¿Y las casas?

—Si ustedes lo desean y el banco así lo acepta, podrían hacerse cargo de la hipoteca solidariamente. En caso contrario, las tasaríamos para ponerlas a la venta. El dinero resultante, una vez descontada la cantidad correspondiente al banco y los impuestos, lo repartirían entre ustedes a partes iguales.

Ignacio ni siquiera tuvo que sopesar aquel punto.

—No quiero tener que depender de la caridad de Gabriel para mantener mi

casa. Y él no tiene ninguna intención de volver a vivir en Burgos. Táselas como propone y póngalas a la venta. —Se levantó—. Cuanto antes acabemos con esto, mejor.

Pero su intención de abandonar la sala fue interrumpida por el carraspeo del notario.

—Disculpe, señor Montero, pero aún hay un punto del que deberíamos hablar...

El punto al que se refería era la minoría de edad de Ignacio. Hasta que cumpliera veintitrés años, y dado que no había abuelos paternos o maternos que pudieran asumir la patria potestad, su tutor legítimo sería su hermano mayor.

Ignacio se opuso radicalmente. Antes muerto que dejar que Gabriel decidiera sobre su vida y su suerte.

—No digo del dinero, porque apenas me ha dejado nada. Pero ¿que sea él quien diga cómo debo vivir, a quién debo ver y qué debo pensar? No, por supuesto que no. Me niego tajantemente a que él sea mi tutor.

—Ya, señor Montero, entiendo. —El notario tomó unas hojas de la mesa y se ajustó las gafas sobre el puente de la nariz—. Pero, verá, el Código Civil es muy claro en sus términos. El artículo doscientos once...

—¡Al infierno con el artículo doscientos once!

El notario lo miró con disgusto.

—Señor Montero, perder los papeles no va a hacer que deje de ser menor de edad. Y tampoco creo que predisponga favorablemente a su familia a otras soluciones que puedan adoptarse.

Esas otras soluciones pasaban porque Gabriel renunciara a la tutela en favor de otra persona, o porque Ignacio se emancipara. Pero Gabriel no quiso ni hablar de ellas.

—Para emanciparse, Ignacio tendría que encontrar un medio estable de vida. Y para eso tendría que dejar los estudios. Pero dejar los estudios supondría no tener un oficio y, a la larga, reducir sus posibilidades de alcanzar una buena posición en la vida. Eso habría entristecido profundamente a mi padre, así que no; no se dan las condiciones para que Ignacio se emancipe. Y en cuanto a renunciar a la tutela en favor suyo, tío —inclinó la cabeza hacia Joaquín—, no voy a hacerlo. Y no porque ninguna causa legal ampare esa renuncia, que ya de por sí sería motivo suficiente, sino porque eso sería faltar a mi deber. Guste o no, soy el pariente más cercano de Ignacio; eso me otorga una responsabilidad que no voy a rehusar. Ignacio seguirá estudiando, y mientras tanto yo me haré cargo de su manutención. Es lo que mi padre habría esperado de mí, y es lo que voy a hacer.

—Así que después de arramblar con todo, quieres que lo poco que me ha

quedado también pase a tu control —resumió Ignacio con rabia—. ¿Y si yo no quiero malgastar mi dinero en la universidad? ¿No tengo derecho a opinar sobre mi vida?

—Tu manutención incluye los gastos de tu carrera y alojamiento, no vas a malgastar nada. El dinero de la herencia será colocado en un fondo para que lo recibas al cumplir los veintitrés años. En cuanto a opinar, puedes decir lo que quieras, por supuesto; pero yo voy a hacer lo que mi padre hubiera esperado de mí.

—Cuánto virtuosismo y santidad. Primero me dejas sin nada, y luego anuncias que te encargarás de pagar la matrícula, las clases, la pensión, los míseros cafés que me anime a pedirte, si me atrevo a pedirte algo, y a cambio yo deberé estarte agradecido de por vida por tu inmensa nobleza.

—No. Yo me encargo de hacer lo que debo hasta que seas mayor de edad, y tú puedes sentir lo que te dé la gana. En cuanto cumplas veintitrés años, mi obligación habrá terminado. Al fin y al cabo, esto no lo hago por ti, sino por mi padre.

Luisa pensó en algo que decir para romper el tenso silencio que siguió a la réplica de Gabriel, pero no encontró nada que pudiera mejorar la situación. Tampoco el notario ni Joaquín parecían saber qué hacer. Ignacio los estaba mirando, esperando una intervención de su parte que evitara aquello que él sentía como una humillación. Pero la ley era la ley, y si Gabriel quería acatar sus obligaciones, no había nada que objetar.

Cuando Ignacio comprendió que nadie iba a añadir nada más, esbozó una sonrisa amarga.

—Entiendo.

Luego, tomó el sombrero que había dejado en el perchero, se inclinó hacia ellos con una reverencia mordaz y abandonó el despacho sin volver a mirarlos.

Aquel fin de año, y aunque Luisa lo invitó a pasar las Navidades con ellos, Ignacio no regresó a Burgos. Creía que toda su familia le había traicionado, y la única persona a la que excusaba era a Áurea.

—Solo tú lo entiendes. Nadie más ha movido un dedo por mí, Áurea. Ni mi tío, ni mi tía, ni nadie.

Ella suponía que ese «entender», al que Ignacio daba tanto valor, surgía del hecho de que ambos eran huérfanos. A lo largo del invierno en Madrid, él la convirtió en destinataria de sus confidencias. A menudo, se presentaba en la residencia sin previo aviso. Áurea se armaba de paciencia para dejar lo que

estuviera haciendo, excusarse en recepción por no haber avisado de la visita y salir con él a la calle a pasear sin rumbo fijo o sentarse en algún banco al abrigo del viento. En aquellas tardes, cada vez que Ignacio hablaba del ultraje que suponía depender de Gabriel, la joven lo escuchaba sin llevarle la contraria, pues intuía que, de hacerlo, también habría acabado por evitarla a ella.

Y eso que a Áurea no le parecían tan terribles las condiciones impuestas por Gabriel para entregarle su asignación semanal. Solo debía acudir a clase y no jugarse el dinero en ruletas, casinos y apuestas, porque Gabriel no asumiría sus deudas. Ella no podía comprender que aquel fuera un asunto tan importante —«¿Qué hombre no juega de vez en cuando? Tú eres mujer y no lo entiendes.»—. Y sí, era cierto que Gabriel le había impedido aceptar un puesto de auxiliar en el Negociado de Aduanas, porque no veía futuro a aquellas cinco horas al día con las que pretendía vivir por su cuenta; pero, a cambio, había permitido que siguiera escribiendo en *El Objetivo* a pesar de que le restara tiempo para los estudios. Y por eso Áurea no creía que su situación fuera tan terrible.

Sin embargo, el hastío de los estudios era superior a Ignacio. Su odiado tutor le había exigido que volviera a la universidad, y era lo que había hecho. Pero en vez de entrar en el aula, aguardaba en el claustro a que Áurea saliera. Ella le entregaba sus precisos apuntes de letra redonda, y él le tomaba el pelo porque siempre estaba atenta en clase, siempre preparaba los trabajos que pedían los profesores, siempre contestaba cuando era preguntada. La joven no se ofendía porque él solía acompañar sus bromas con aquella sonrisa a medias que tan bien conocía, aunque a veces fuera más irónica que agradable, y porque a menudo, cuando nadie los miraba, tomaba su mano para que ella le escuchara con mayor atención, o retiraba de su rostro algún cabello que escapaba de las sienes, o acariciaba furtivamente su mejilla. Nunca habían hablado del abrazo en la venta, ni de la tal Lili que se había colgado de su brazo en el Palace, ni de ninguna otra de las mujeres que le acompañaban a las tertulias de los cafés o a los casinos. No hablaban de ello, pero siempre que él la acompañaba a la parada del autobús, Áurea sentía en el estómago aquel cosquilleo que le advertía que algún día el abrazo se repetiría, y que ese día ella tendría que tener muy claro qué pretendía de Ignacio, y qué aceptaría de él. Mientras tanto, se consideraban amigos; la única mujer que jamás podría considerar una amiga, decía él con convicción.

—Si alguna vez lo necesitas, puedes acudir a mí, como sea y para lo que sea. Lo sabes, ¿verdad, Áurea bonita?

Ella asentía, y aceptaba la mano que él le tendía para levantarse y regresar a la residencia. Era un ofrecimiento amable, pero Áurea dudaba de que alguna vez

necesitara utilizarlo. Y mejor si así era, porque no tenía demasiadas ganas de poner a prueba la seriedad de este, si es que algún día lo necesitaba de verdad.

Pero el asunto que más la inquietó aquel fin de año fue la relación de Paula con la familia Vega.

Durante su estancia en Burgos, Áurea había podido dedicar mucho tiempo a su prima. Los días de luto, visitas al cementerio y novenas tras el funeral les habían hecho sentirse más cercanas que nunca. Paula le había confesado que la añoraba, que cuando Áurea regresaba a Madrid se sentía muy sola. Y esta le había preguntado por lo que, más allá de la muerte de sus tíos, encogía su corazón. Así había conocido la historia de la intervención de la Cruz Roja francesa y la carta de la madre de Miguel Vega. Descubrir que, aunque su prima y el teniente solo habían pasado tres semanas juntos en Burgos, su relación había avanzado más de lo que sospechaba, la había inquietado.

—No se lo puedo decir a nadie más, solo a ti, pero ¿sabes?, la tarde anterior a su partida hablamos de la posibilidad de comprometernos. Dijo que, en cuanto regresara de Marruecos, escribiría una carta a mi padre para solicitarle que lo recibiera. Así que, aunque no hemos tenido tiempo, es como si realmente estuviéramos prometidos, ¿a que tú lo entiendes?

Ante los ojos esperanzados de su prima, Áurea asentía; aunque no acababa de entender su convicción, en una situación llena de incertidumbres era lo de menos. Queriendo ser optimista, se decía que si en un momento tan duro como su cautiverio Miguel Vega hablaba a su familia de Paula era porque estaba tan convencido de su relación como lo estaba su prima. Y aquellas Navidades decidió ahuyentar el miedo escribiendo una historia de prisioneros con final feliz. Una historia que regaló a Paula por Reyes, para que sintiera que estaba con ella a pesar de la distancia. Y también un intento de atraer una suerte que desde el principio le había parecido esquiva en aquella relación.

A finales de primavera, Luisa aceptó la invitación de doña Eugenia para asistir a la misa de aniversario del cabeza de familia de los Vega y, de esa manera, conocerse. Áurea tuvo que callar lo que opinaba de esa decisión. ¿Qué iba a suceder si el hombre no regresaba? Con lo que se iba sabiendo por la Cruz Roja de la deplorable situación de los prisioneros, aquella parecía una posibilidad muy real. Y temía que, si los peores presagios se cumplían, entre

todos acabaran por convertir a Paula en viuda sin serlo.

Durante aquella visita, ambas primas apenas se vieron. Áurea estaba ocupada preparando los exámenes finales, pero ni siquiera tuvo que excusarse, porque su prima se pasaba el día con doña Eugenia rezando en la parroquia de Santa Bárbara, donde el teniente había recibido las aguas bautismales. El primer día que, al fin, quedaron para merendar en el Palace, Áurea encontró a su tía sola, porque Paula había acompañado a doña Eugenia en la visita al monasterio de las Descalzas Reales.

—Doña Eugenia me ha solicitado su compañía, y no he sabido decirle que no. Le conforta tanto la presencia de Paula... ¿Estás disgustada por no verla?

Más que disgustada, Áurea estaba preocupada por su relación con los Vega.

Porque el asunto de los cautivos era espinoso. Desde el otoño del año anterior, el Gobierno había impulsado la recuperación militar del territorio perdido en el Desastre. En paralelo, se habían desarrollado gestiones para la liberación de los prisioneros, pero todas se habían roto. Las exigencias de Abd el-Krim incluían el cese de los ataques militares, algo que el Gobierno se negaba a aceptar, y eso hacía que las sucesivas tentativas acabaran fracasando. O tal vez el Gobierno estaba más pendiente del problema de las Juntas de Defensa, a las que pretendía someter de una vez por todas al poder civil. O lo que le preocupaba era el contenido del Informe Picasso, del que se rumoreaba que incluía indicios de responsabilidades penales de altos cargos del ejército. Lo cierto era que la opinión pública, a la que sí preocupaba, y mucho, la suerte de los cautivos, desconfiaba cada vez más de todos los partidos políticos que la representaban en el Parlamento. En aquella situación de gobiernos inestables e inoperancia política, comenzaron a escucharse más alto las voces que reclamaban una nueva organización que supiera hacer frente tanto al enemigo extranjero como al interno; ese «enemigo» compuesto por huelgas, gremios obreros, lucha sindical y debilidad gubernamental. Una nueva organización al estilo del Fascio italiano, el partido recién fundado en aquel país por Mussolini. Voces que aún eran pocas, pero que iban a crecer vertiginosamente en los siguientes meses.

—De todas maneras, Áurea —prosiguió Luisa en cuanto el camarero les sirvió las tazas—, si te he hecho venir es porque quería comentar contigo un asunto. Como ya sabes, los Vega son una familia respetable y muy bien relacionada, y han acogido a Paula con los brazos abiertos. Incluso tú estarás de acuerdo en que esta puede ser una excelente oportunidad para ella, mucho más si tenemos en cuenta sus sentimientos. Verás, he estado hablando con doña Eugenia. Ya te digo que la presencia de Paula le hace mucho bien, como si sintiera que así está haciendo algo por su hijo. Y la esperanza nos es tan

necesaria...

Áurea asintió, sin saber bien adonde las llevaba aquella conversación. Su tía aún habló unos minutos sobre la calidad de aquella familia, los sentimientos de doña Eugenia y su seguridad de que Áurea deseaba ante todo la felicidad de su prima, antes de comunicarle que había decidido trasladarse a Madrid mientras durara el cautiverio.

—Y, por supuesto, tú vendrás a vivir con nosotras.

Áurea se quedó paralizada. Que Paula y Luisa se trasladaran ya era un absurdo, pero obligarla a dejar la residencia...

—Pero ¿por qué...?

—Porque doña Eugenia no estaría de acuerdo con que sigas allí. Las residencias son para las muchachas que tienen a su familia en provincias.

—¿Y a quién le importa lo que piense esa mujer? —replicó, indignada.

—A mí —contestó Luisa, tajante—. Y si pensaras en la felicidad de tu prima, también te importaría a ti. Mientras Paula tenga la posibilidad de emparentar con los Vega, no quiero que nada nos haga avergonzarnos ante ellos. Considérate afortunada de que doña Eugenia crea tolerable que las muchachas estudien en la universidad mientras encuentran un compromiso.

Ninguno de los razonamientos y protestas de Áurea consiguió mover la voluntad de su tía. Luisa ya había comenzado la búsqueda de una casa en alquiler para después del verano. Incluso ya había hablado con María de Maeztu.

—Ha sido muy amable al permitirte seguir en la residencia hasta que nos traslademos. Incluso dejará que acudas a sus clases por las tardes aunque ya no te alojes allí. Creo que es un buen punto de equilibrio, y espero que sepas verlo como tal.

El disgusto de Áurea fue enorme. Le encantaba vivir en la residencia, le encantaba estudiar en la biblioteca, le encantaba salir del edificio por las mañanas con Susana y las demás, riendo felices a pesar del sueño y la tensión de los exámenes. Pero la decisión estaba tomada, y no hubo más que decir.

Fue aquel un verano extraño, en el que Áurea trató de convencerse de que su vida apenas cambiaría a partir de septiembre, pues le permitían seguir estudiando. Un verano extraño, en el que Paula no quiso disfrutar de ninguna de las diversiones que ofrecía la costa, y dedicó su tiempo a leer y rezar por la liberación del teniente. Un verano extraño en el que no vieron a los Montero; Ignacio había aceptado la invitación de un amigo para viajar con él a su casa de Galicia, y Gabriel, por su parte, tras aprobar el último curso de medicina, se fue a Berlín, pensionado para realizar prácticas en el laboratorio del Hospital de la Charité. Ni siquiera pudieron felicitarle por su graduación.

Fue aquel un verano extraño, el último verano de Áurea antes de su

matrimonio.

*Madrid, septiembre de 1922*

Áurea apoyó las manos en la caja. No aceptó las disculpas de la monja. No podía.

—Ya le he dicho que hicimos cuanto pudimos para localizarla. Bastante hicimos guardando sus cosas por si aparecía.

—Estoy segura de que, si hubieran explicado lo sucedido, en la residencia les habrían dado la dirección de mi familia en Zarauz.

—Pues no lo hicieron. Tal vez en esas instituciones modernas un funeral cristiano no se considere tan importante...

Áurea tuvo que morderse la lengua para no replicar que la Residencia de Señoritas era una institución tan respetable o más que aquella residencia de ancianos. Nunca le había caído bien a la monja directora; tampoco esta le caía bien a ella. Pero nada de lo que pudiera decir ahora iba a revivir a doña Engracia, ni a aliviar su sentimiento de culpa porque la anciana hubiera fallecido sola quince días antes, mientras ella estaba en Zarauz con su familia.

—Quiero ver su tumba —pidió con brusquedad.

La monja no pareció impresionada por su tono exigente.

—Tendrá que ir al cementerio de la sacramental de Santa María. Doña Engracia tenía comprado allí un enterramiento. Y en cuanto a sus cosas, si pudiera llevárselas cuando antes, se lo agradeceríamos. Las cajas ocupan espacio y, como bien sabe, esta residencia no es grande.

Una de las monjas llamó a la puerta y la directora salió para hablar con ella. Áurea se quedó a solas unos momentos. Entre la niebla que parecía haberse adueñado de su entendimiento, comprendió que no tenía sentido llevarse todas las cosas de su aya. Decidió dejar allí mismo los escasos muebles de la anciana y repartir entre las residentes las ropas en buen estado. Lo único que quería para ella era el chal con que su aya se envolvía cuando se sentaba a coser ante el fuego, el rosario de cuentas al que tanta afición tenía la mujer, y la cruz que solía llevar colgada del cuello.

Se armó de valor para bucear en las cajas. Poco a poco, fue sacando su contenido, el mismo que había visto desperdigado en la habitación cuando su aya vivía, aquella amalgama de baratijas, cordeles, hebras de lana, que tanta

lástima le causaba. Solo una cosa le llamó la atención: una caja de color granate que nunca antes había visto. Era adecuada para guardar lo que buscaba, pero al abrirla encontró más de lo mismo: recortes de periódico como los que ya había desechado, y ni rastro de la cruz o el rosario.

Pero, a punto de cerrar la tapa, advirtió que allí había algo extraño; a diferencia de las hojas amarillentas que recordaba haber visto en la habitación de su aya, aquellos recortes de prensa estaban perfectamente conservados: pulcramente cortados y doblados, preservados de la luz en su envoltorio, continuaban casi como recién salidos de la imprenta.

La curiosidad se impuso. Con cuidado, Áurea desplegó el primero de los recortes. Una crónica en el *Blanco y Negro* de un baile presidido por la reina doña Victoria. La segunda mostraba el público asistente a un campeonato de tiro al pichón. En sucesivas hojas, Áurea encontró una recepción en la embajada francesa, la gala de clausura de una exposición hispano-francesa en Zaragoza, una regata en Santander, una boda en la parroquia de Santa Bárbara, un concurso hípico en San Sebastián... Aparentemente, eran noticias sin conexión entre sí, pero que su aya las hubiera conservado tan cuidadosamente debía de tener algún sentido. Y se dispuso a revisarlas con mayor atención.

Y, entonces, el corazón comenzó a latirle con rapidez al comprender lo que aquellos recortes tenían en común. El nombre saltó de entre las letras impresas para cortar su respiración. Y con aquel rastro revisó velozmente todas las crónicas, y sí, allí estaba ella, en todas las fotografías que ilustraban aquellas noticias. Bella, sonriente, joven para siempre. Eterna en aquellas imágenes congeladas en el tiempo.

Los papeles temblaron en sus manos. De incredulidad, o disgusto, o rabia. No podía aceptar que su aya, la presencia sólida de su infancia, su refugio y consuelo, le hubiera ocultado aquellos testimonios de la vida de Teresa Garay, sabiendo como sabía cuánto habría dado Áurea por verlas.

El eco de una puerta en el corredor la hizo reaccionar. Se apresuró a recoger los recortes y revisar lo que quedaba de la caja. Halló el rosario, no así la cruz. Cuando la monja acudió a buscarla, no supo o no quiso responder a la pregunta de Áurea sobre el modesto colgante, pero la mente de la joven estaba ocupada en otras cosas y no encontró fuerzas para insistir. Poco después, con el chal sobre los hombros y la caja de madera bajo el brazo, Áurea se apresuró hacia el taxi que la aguardaba en la calle. Dolida por un silencio que ya no tenía remedio, no tuvo ánimos de dar al conductor la dirección del cementerio, y prefirió dirigirse al tibio refugio de su residencia. Un día de retraso en personarse ante una tumba de piedra y tierra no tenía importancia, cuando uno estaba acostumbrado a no poder despedirse nunca de la gente que amaba.

Al día siguiente, Áurea acudió al Ritz, donde su tía y su prima se alojaban hasta que la casa en alquiler que pretendían quedara libre. Cuando les contó lo sucedido, Luisa no dudó en dejar todo y acompañarla. A pesar del resquemor que aún sentía Áurea por obligarla a dejar la residencia, le agradeció su compañía y su ayuda.

Ella no había sido la única a quien no había agradado el traslado a Madrid. Aquel agosto, Joaquín había calificado la decisión como locura, puesto que supondría cerrar la casa de Burgos y despedir a los criados solo por un capricho de unos meses, y por una familia con la que ni siquiera estaban emparentados. En las múltiples discusiones que se produjeron, Luisa se había mostrado inflexible. Ella y Paula iban a vivir en Madrid, cerca de los Vega. Y si aquello molestaba en la divertida vida de hombre casado lejos de su hogar de Joaquín, allá él.

Cuando pasaron frente a la parroquia de San Manuel y San Benito, la que tanto había frecuentado doña Engracia cuando aún vivía en la calle de La Lealtad, Luisa pidió al taxi que se detuviera. Allí encargaron el oficio de una misa semanal por su alma, durante tres meses. Luego continuaron hasta el cementerio, para rezar un rosario ante su tumba. De pie en el sendero, mientras su tía musitaba oraciones y las cuentas pasaban entre sus dedos, Áurea recordó que ambas mujeres se conocían desde mucho antes de que ella naciera.

—Engracia trabajaba para la familia Nebreda cuando los conocí —respondió su tía a su pregunta—. Cuando tu padre se vino a vivir a Madrid, la traje con él. Yo no la había vuelto a ver desde entonces, fue sorprendente que me reconociera.

—Recordaba mejor lo sucedido hace veinte años que lo ocurrido el mes anterior.

—Cosas de la vejez, supongo. Pero deberíamos irnos ya, el taxista estará impacientándose, y no quiero tener que esperar hasta que llegue otro.

Áurea la siguió por el sombreado sendero entre panteones y túmulos. La rapidez para cambiar de tema dejaba claro que Luisa no quería hablar del pasado. Eso no la animaba a mostrarle las fotografías de su madre. Desde que había encontrado los recortes de periódico, una sensación de malestar se había adueñado de la joven. Una sensación de que algo estaba mal, más allá del dolor por la muerte de su aya o el desamparo de sentirse traicionada. Y ahora, algo de lo dicho por su tía había avivado aquel malestar, pero no sabía qué era, y la sensación se le escurría entre los dedos cada vez que trataba de apresarla.

Así pasaron días y días, mientras en el Congreso se discutían con ardor las responsabilidades del Desastre y ella se esforzaba en sumergirse en sus estudios, en aquellos libros que le ofrecían refugio ante la percepción de inestabilidad que

se había adueñado de su vida. Su amiga Amparo, viéndola a menudo distraída, quiso saber qué le pasaba, pero Áurea no podía explicar algo que ni ella misma entendía. Se decía que era por tener que dejar la residencia, pero a menudo, cuando estaba a solas en su habitación, volvía a las fotos de su madre. La veía risueña, bella e inalcanzable. Esa última idea, que ella misma tildaba de ilógica, había comenzado a manifestarse de manera recurrente en su cabeza. Inalcanzable. Era absurdo, ¿qué otra cosa iba a ser un muerto? Pero la palabra se repetía una y otra vez en su cabeza, generando una angustia para la que no tenía explicación. Cuando al fin la casa de alquiler quedó libre, y las tres se trasladaron allí, mientras Paula tomaba sus manos para hablarle con emoción de los rumores sobre una nueva negociación con los rifeños, Áurea solo podía pensar en el último sueño en que se le había aparecido su madre; un sueño que comenzaba a ser tan repetido como perturbador, y en el que la veía sin rostro, sombría, oscura, escapando de las manos que trataban de aferrarla, y la voz que siempre había escuchado cristalina y alegre le negaba toda esperanza: «Tú no, Áurea, tú no.»

No fue hasta finales de otoño cuando Áurea comprendió lo que sucedía, y al hacerlo todo su mundo se vino abajo. Todo lo que hasta entonces había creído, todo en lo que había confiado, saltó por los aires en miles de pedazos al descubrir el engaño que aquellas fotos encerraban.

Fue un martes de noviembre, un día frío y lluvioso, mientras trataba en vano de concentrarse en el libro que descansaba entre sus codos. Había estado en la biblioteca, pero el sonido de la lluvia contra el cristal la distraía continuamente, así que había decidido volver a casa. Pero allí tampoco conseguía estudiar. Tal vez por la lluvia, o tal vez por el cansancio de una noche en que sus sueños habían sido especialmente sombríos, aquel día la sensación de que algo iba mal era más intensa que de costumbre.

Por eso, cedió de nuevo a la tentación de sacar los recortes de prensa para extenderlos sobre su mesa y tratar de descifrar qué le resultaba tan angustioso en ellos. Estaba concentrada en la tarea cuando Paula entró en la habitación, buscándola. Áurea no la había saludado al llegar, algo tan extraño que su prima se había preocupado. La disculpa de Áurea se hizo esperar tanto —«Lo siento, tenía cosas que hacer»— que su prima no la creyó.

—A ti te pasa algo, digas lo que digas —replicó, mirando por encima del hombro de Áurea—. ¿Qué te tiene tan interesada? No creo que sea una de esas aburridas lecciones de antropología...

—No. —Y aunque pensó en taparlos, cuando Paula se inclinó sobre la mesa no hizo nada para evitar que viera los recortes.

—¿Qué son esos papeles?

—Fotografías de mi madre.

—¡De tu madre! Pero si decías que de ella solo tenías la fotografía de ese medallón estropeado.

—Y no tenía —repuso Áurea, sintiendo que aquel tiempo pasado le quemaba al conjugarlo, y que necesitaba compartir con alguien su descubrimiento.

Y, así, acabó por explicarle todo a Paula, desde cómo las había encontrado en la habitación de su aya hasta la rabia que había sentido al comprender que le había mentado, y la escurridiza sensación de que algo se le escapaba en esas imágenes.

—Bueno, sí parece raro que nunca te las enseñara, pero igual había olvidado que las tenía.

—¿Cuándo, cuando aún tenía la cabeza en su sitio, y yo le preguntaba por mi madre? La caja estaba con ella en la residencia, Paula. Se la llevó consigo cuando tuvimos que abandonar nuestra casa. De eso hace seis años; entonces bien que se acordó de ella.

Ante el gesto cauteloso de su prima, Áurea se detuvo, consciente de la amargura que había impregnado su voz. Cuando Paula alzó las cejas en muda solicitud de consentimiento, permitió que la joven alargara la mano hacia los recortes.

—Esta es tu madre, ¿verdad? —La mirada de Áurea siguió el dedo que señalaba la figura de una mujer joven en un salón de baile—. Ya te dije una vez que os parecís.

—Sí. Y yo sigo sin creer que sea cierto.

—Pues lo es, aunque la imagen no es muy buena. Pero yo no veo nada raro en estas fotografías... Un baile, la grada de un hipódromo, una playa que parece Santander... No sé, no encuentro nada anormal.

—No —concedió Áurea, con la vista en la gran escalinata de acceso a Santa Bárbara, donde su madre sonreía a los padrinos de un recién bautizado, una celebración a la que había asistido la reina con los infantes, según la crónica del *Blanco y Negro*—. Yo tampoco.

Pero nada más pronunciar aquellas palabras sintió una punzada en el pecho y un sudor frío descendió por su espalda.

Los infantes.

Se abalanzó sobre el recorte de la revista que sostenía Paula.

—¿Qué te pasa? —se sorprendió su prima, al ver su palidez.

—Los infantes —fue cuanto dijo con voz ahogada, porque no podía decir nada más—. Los infantes...

No uno, sino dos. Con edad para ser llevados a un bautizo. Sintió el vértigo de las cifras en su cabeza. En la fecha que se habían tomado las fotografías, la reina tenía al menos dos hijos. El matrimonio de los reyes había tenido lugar en 1906. Los nacimientos de sus hijos, prácticamente cada año. Entonces, ¿de cuándo databan aquellas crónicas? ¿1909, incluso 1910?

—No entiendo, ¿qué sucede? —dijo Paula, desconcertada por el temblor que se había adueñado de las manos de Áurea.

Pero ella no fue capaz de responder. En su lugar, volvió a agrupar los recortes de prensa y los introdujo en la caja granate. Solo entonces se volvió hacia su prima para explicar:

—En 1909 yo tenía siete años, Paula. Siete.

Ella la miró con incompreensión.

—Sigo sin entender.

Pero Áurea ya no dijo nada más. Con la caja granate bajo el brazo salió de la habitación en busca de su tía, ajena a las llamadas de Paula. Iba en busca de respuestas que había esperado toda la vida, y no estaba dispuesta a retrasarlas ni un minuto más.

Cuando Luisa escuchó la voz agitada de Áurea en la escalera, algo le dijo que el momento que tanto había tratado de evitar había llegado. Y lo que era peor: que era ella quien iba a tener que afrontarlo. Ella, que siempre había rechazado la manera en que Andrés había gestionado aquel asunto, era ella quien ahora tendría que justificar sus decisiones. Porque, por supuesto, Joaquín seguía viviendo la vida por su cuenta, de camino a alguna cena oficial o reunión trascendente del partido. Siempre había alguna excusa; incluso ahora que los liberales se preparaban para asumir el gobierno del país, seguía encontrando pretextos para aquella separación diaria que le permitía visitar sin dificultades la casa de su última amante.

La aparición de Áurea en el salón, abriendo la puerta sin pedir permiso, la fiereza con que brillaban sus ojos, la tensión de su cuerpo, confirmaron sus sospechas. En realidad, Luisa lo había esperado. Desde que el año anterior habían visto a Teo Garay la noche de la muerte del presidente Dato, había sabido que aquel momento sería inevitable.

Aun así, no quiso rendirse antes de tiempo. Riñó a su sobrina por entrar de esa manera y le pidió que, si quería hablar con ella, repitiera su aparición de una

manera educada. Pero Áurea no le hizo caso. Desde el umbral, lanzó una pregunta a bocajarro:

—¿Cuándo murió mi madre?

Llegado aquel punto, no había muchas cosas que Luisa pudiera hacer. La miró en silencio. Áurea permanecía con la mano en la tapa de una caja granate, como si la respuesta a su pregunta fuera la clave de su apertura. Pero a Luisa no le importaba su contenido; la verdadera caja de Pandora ya estaba abierta. Por ganar tiempo, pues desconocía hasta qué punto había averiguado su sobrina la verdad, preguntó:

—¿A qué viene eso ahora, Áurea?

Su sobrina la miró con reproche, como si la defraudara una reacción tan predecible. Abrió la caja con brusquedad y extrajo unos recortes de periódico que le tendió. Luisa los tomó con parsimonia. No pudo evitar un suspiro al identificar a la protagonista de aquellas fotos.

—Nunca fue muy discreta, tu madre. Hermosa y alegre, y caprichosa, mucho. Pero desde luego, discreta no.

Un ligero parpadeo delató que Áurea no esperaba aquella reflexión que no llegaba a ser respuesta. Fue el único gesto que se permitió, antes de seguir insistiendo:

—¿Cuándo murió?

Luisa encajó su rudeza con paciencia. Aquellas fotografías, que no sabía de dónde había sacado, habían puesto a su sobrina en la pista de lo sucedido. Y la joven era lista; si no afirmaba, si aún se limitaba a preguntar, era porque intuía que la respuesta era dolorosa. Pero en su fuero interno sabía la verdad. Luisa no tenía manera de suavizar aquello.

—Ten, guarda los recortes —dijo con calma, sintiendo una piedad entremezclada de algo cercano al aprecio—. Creo que, a estas alturas, intuyes la respuesta. Pero antes de que te enfades, quiero que entiendas que la decisión fue de la persona que tenía el deber de ocuparse de ti. Los demás tan solo la hemos acatado todo este tiempo.

Aquella razón, que no era excusa porque Luisa no tenía por qué excusarse de nada, no aplacó a Áurea. Su gesto se tornó incluso más rabioso al tener que insistir de nuevo.

—¿Cuándo? No murió cuando yo era pequeña, ¿verdad? Cuando se tomaron esas fotografías yo tenía al menos siete años. ¿Cuándo fue?

Luisa inspiró hondo.

—Hasta donde sé, podría perfectamente seguir viva.

—¡Imposible!

—Es una larga historia.

—Imposible —repitió Áurea tercamente, incapaz de aceptar las connotaciones de aquello.

«¡Imposible!», gritaba todo dentro de sí. Pero tal era la calma con que su tía sostenía su mirada, que no pudo seguir negándose a creer.

—Debió ser tu padre quien te contara esto —continuó Luisa—. Jamás debió dejar que los demás cargáramos con esta responsabilidad... En fin, voy a ser breve, porque con el tiempo uno ve que las cosas son más sencillas de lo que entonces parecían. Tu madre, Áurea, os abandonó cuando eras pequeña, y tu padre decidió que había muerto para vosotros. Así de simple.

Áurea sintió que el aire se le escapaba de los pulmones. Como en un fogonazo de luz, retazos sueltos de la infancia pasaron por su cabeza. Una pequeña mano que quería aferrar el vuelo de una capa. El taconeo de unos zapatos alejándose. La pequeña mano vacía, rasgando estéril el aire, y una voz familiar y tajante negándole la esperanza: «Tú no, Áurea. Tú no.»

Un torrente de lágrimas nubló su vista. No eran lágrimas de alivio, de felicidad porque su madre estuviera viva, sino de rabia e impotencia. Una rabia infinita la recorría de la cabeza a los pies. Trataba de pensar, trataba de hablar, pero no acertaba a hacerlo. Sentía un agudo dolor que le impedía respirar, la piel en carne viva, el alma desgarrada por la traición más absoluta. ¿Cuántas veces había preguntado por ella a las personas que en teoría la amaban, que en teoría la protegían, para recibir aquella respuesta —«está muerta»— que ahora se revelaba como una mentira despiadada? Su madre la había abandonado; pero su propio padre, el paradigma de la rectitud y la verdad, había sostenido hasta su muerte aquella farsa. Y con él, todos los demás. Su aya, Gerardo Ríos, sus tíos... Todos, todos ellos.

Se pasó la mano por los ojos para apartar las lágrimas y se puso en pie. Se ahogaba. Necesitaba salir de allí. Necesitaba respirar.

—¿Adónde vas, Áurea...?

La voz de su tía careció de la convicción necesaria para retenerla. Daba igual, nadie habría podido impedir que abandonara aquella sala mientras fragmentos inconexos de sus recuerdos —un tintineo de cristal, una risa ligera y algo frágil alejándose de la casa— estallaban en su interior.

Ahora sabía que esas imágenes eran recuerdos, no sueños. Y que aquellos a quienes amaba, en quienes confiaba, se los habían robado. Y lo peor no era que la hubieran desposeído de sus recuerdos. Lo peor era que, con ellos, le habían robado más, mucho más: la fe en quienes la cuidaban, la confianza en lo que había conocido, la certeza de su propia vida.

No iba a permitir que nadie le siguiera robando nada más, nunca más.

—Te han dado a base de bien. ¿Se puede saber qué has hecho? Pareces un eccehomo...

El exabrupto de Ignacio quedó ahogado en el pañuelo que Vázquez apretó contra su sien. Se lo quitó de encima de un manotazo.

—Ya te he dicho que estoy bien. Déjame en paz.

—Qué vas a estar bien, si no puedes ni abrir el ojo. —El redactor hizo amago de acercarse de nuevo al pañuelo, pero Ignacio estiró el brazo para mantenerlo a raya—. Creí que le ibas a devolver el dinero.

—Yo también lo creía. Dame eso.

Con un gesto brusco, le quitó el pañuelo y lo acercó a su ceja abierta.

—¿No cobraste tu asignación el viernes? —insistió Vázquez.

Ignacio alzó una mirada asesina hacia su amigo.

—¿Y qué, si cobré? Tenía otros gastos.

—Sí, ya imagino qué gastos... Cuando buscabas prestamista ya te dije que Gaviria no tiene mucha paciencia. Mejor hubieras ido donde Roper. Y has tenido suerte de que no se hayan ensañado, conservas todos los dientes. De momento.

Cada vez de peor humor, Ignacio se puso en pie para regresar a la pensión. Vázquez se colocó a su lado por si debía sostenerlo, pero no hizo amago de ayudarlo. Lo había encontrado sangrando por la ceja y la nariz, sentado en la acera del bar donde se reunían por las noches. El sobresalto de Vázquez había durado un par de segundos, exactamente los que le costó comprender que aquello había sido un aviso de Gaviria.

—¿Por qué no pides el dinero a tu hermano de una vez? —sugirió cuando la calle de la pensión estuvo a la vista—. El orgullo no te va a ayudar cuando te rompan las costillas.

—Antes muerto.

—Bueno, si es lo que quieres, desde luego vas por buen camino. Sabes que yo te lo prestaría si pudiera, pero estoy sin blanca.

—No te he pedido nada.

—Pues no, pero empiezan a quedarte pocas opciones. Gaviria no va en broma, Ignacio. ¿Cuánto te ha dado, una semana, dos...? Hoy ha sido solo un aviso, pero el próximo día no van a andarse con tantos miramientos. Si piensas

seguir sin hablar con tu hermano, ya puedes rezar para que ocurra un milagro...

Ignacio trató de empujar la cancela de la pensión. El movimiento le produjo un dolor agudo. Los golpes de la cara eran aparatosos, pero los que había recibido en el cuerpo eran un suplicio.

Cada vez de peor humor, rechazó la ayuda del redactor y ascendió los escalones apoyándose en la pared desconchada. Cuando la criada de la pensión abrió la puerta, estuvo a punto de cerrarla de nuevo.

—Virgen del Amor santísima, ¿qué le ha pasado?

—Un tranvía le ha pasado por encima —respondió Vázquez, empujando la puerta con el antebrazo—. Venga, quítese de en medio, Rufina, que el muchacho necesita descansar.

—¿Un tranvía? ¿Y para qué lo trae aquí? Llévelo a un hospital, que si se nos muere esta noche, a ver cómo se lo explicamos a los huéspedes...

—No diga bobadas, que no se va a morir nadie. ¿No ve que ha sido solo una pelea?

—¿Y por qué dice entonces que ha sido un tranvía? Ustedes lo que son es unos liantes, siempre están igual con sus guasas, que si por mí fuera a buenas horas les iba a dejar quedarse, debiendo lo que deben, y encima está ahí esa chica, esperándolo, que yo ya le he dicho que se vaya, que esta es una pensión honrada y decente. Pero no ha habido manera de convencerla, y es lo que yo digo: que no seamos un estirado hotel de esos de señoritingos no quiere decir que...

—Cállese de una vez, por amor de Dios. ¿Qué es eso de una chica?

—Pues lo que he dicho, que hay ahí una muchacha que quiere ver al señor Montero, pero como lo vea así lo mismo le da un pasmo.

Ignacio se volvió desde el pasillo que llevaba a su habitación.

—Vázquez, dile a Lili que hoy no tengo tiempo para historias.

—Si la Lili esa es la pelandusca que se trajo aquí el otro día, esta es otra —replicó la mujer, sin inmutarse—. Dice que es su prima. ¡Sí, claro, ahora las llaman primas! Y se creará que yo me chupo el dedo.

En aquel momento, lo único que Ignacio quería era dejarse caer en la cama y dormir. Le dolía todo el cuerpo, incluso partes que ni sabía que tenía. Pero las palabras de la vieja despertaron su recelo.

—¿Dónde está la chica? ¿En el salón?

—No, ¿cómo cree que la voy a llevar con los demás huéspedes? Está en la salita, ahí.

La criada indicó con la mano la puerta situada tras Vázquez. Los dos hombres se miraron.

—Bueno, con los gritos que hemos dado no tendré que decirle que no estás

—se consoló el redactor—. Vete preparando la explicación de a quién viste el otro día...

Pero cuando Ignacio empujó la puerta de la salita para que quedara abierta por completo, y Áurea lo saludó con voz queda, tan queda que ni supo lo que dijo, su primer pensamiento fue que habría preferido con mucho que se tratara de Lili, porque fuera cual fuese el motivo de la joven para estar allí, seguro que suponía más problemas.

—Sí que es mi prima —aclaró hacia la vieja, que se había quedado en el umbral.

—Ya. Su prima.

—Bueno, como si lo fuera, y a usted no le importa si lo es o no. —Se volvió hacia Áurea—. ¿Qué sucede?, ¿les ha pasado algo a los tíos?

Algo cohibida por la presencia del otro hombre, Áurea bajó la cabeza. Unas gotas de lluvia se deslizaron de su sombrero al suelo.

—No. Todos están bien. Necesito hablar contigo, Ignacio.

Una señal de alerta se encendió en la cabeza de él. El rostro de Áurea se mostraba serio, muy serio, y ahora se daba cuenta de que estaba empapada de la cabeza a los pies, como si hubiera estado corriendo bajo la lluvia. No se le ocurría qué podía haberle sucedido para presentar aquel aspecto, y aparecer allí, en su busca, a aquellas horas tardías, pero no podía ser nada bueno.

—Áurea, es muy tarde y, como podrás ver, no tengo el mejor de los días. Sea lo que sea, ¿no puede esperar hasta mañana?

—No —replicó la joven, dudando solo un instante ante el ojo hinchado de Ignacio—. Necesito que me ayudes. Dijiste que lo harías.

Ignacio inspiró hondo, maldiciendo la ligereza con que hablaba a veces. Sí, lo había dicho, pero esas cosas nunca se decían en serio del todo. No esperaba que Áurea fuera a tomarlas al pie de la letra, y mucho menos que lo hiciera en un día tan lamentable.

Después de luchar consigo mismo unos instantes, concedió a regañadientes:

—Está bien. —Se sentó en la butaca contigua a la de ella y rebuscó en su bolsillo una moneda. Vázquez se despidió discretamente—. Rufina, súbame una botella de aguardiente de donde Edelmiro, que seguirá abierto. Dígale que quiero el que trae del pueblo, él sabrá. Que lo anote en mi cuenta.

—Ah, no cuente conmigo, bajar al bar a estas horas como si fuera una borrachina, yo que solo me tomo media copita de ojen los domingos después de misa, si se entera doña Brígida me mata, y encima para que usted vaya diciendo que si soy esto y lo otro...

Las protestas de la mujer solo cedieron cuando Ignacio le entregó la peseta que había sacado y permiso para anotar también en su cuenta un vaso de orujo a

su salud. De mala gana, la criada tomó la moneda, echó un poco de carbón al hogar y los dejó a solas.

—No sabía adónde ir, Ignacio.

Las palabras de Áurea atrajeron su mirada. Las repetidas veces que en el pasado le había ofrecido amistad y ayuda desfilaron de nuevo por su cabeza para frenar su innata tendencia a alejarse de cualquier problema que pudiera suponerle una incomodidad.

—¿Saben los tíos que estás aquí?

—No, y no quiero que lo sepan... Es una larga historia —suspiró.

—Y supongo que me la querrás contar —suspiró él a su vez.

Y aunque no estaba segura de que aquello fuera una invitación a hacerlo, Áurea comenzó a explicar la historia de la «resurrección» de su madre. Ignacio la escuchó mientras ella exteriorizaba su rabia por sentirse traicionada, su incompreensión ante el hermético pacto de silencio que todos habían guardado; su dolor, sobre todo su dolor, por la pérdida de todas sus verdades, de todos sus referentes.

—Es como si toda mi vida fuera una enorme mentira, Ignacio. Y me aterra no saber si alguna vez conseguiré creer en alguien más.

¿Qué se dice cuando alguien se siente tan perdido que apenas reconoces en él a la persona que es? Una frase experimentada y sensata, un consejo juicioso y prudente... Pero Ignacio no estaba en condiciones de decir nada así, e iba a sugerir que tal vez no fuera para tanto cuando la puerta se abrió. La vieja Rufina entró con una botella.

—Que dice Edelmiro que, si eso, ya le baje el casco cuando la acabe.

—Como siempre hago, Rufina, como siempre hago. —Ignacio se levantó para tomar la botella y la miró con impaciencia—. Y ahora vaya a acostarse, mujer, ¿no estaba tan cansada? Que ya es muy tarde.

Tuvo que prometer que Áurea se iría en un par de minutos para que, a regañadientes, la criada aceptara retirarse. Cuando de nuevo se quedaron a solas, fue plenamente consciente de la extraña situación en que se hallaban.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó, sentándose de nuevo junto a ella, con la botella en la mano.

Era la pregunta para la que Áurea no tenía respuesta. La que no había querido hacer a su tía, la que le había llevado bajo la lluvia hasta el portal cerrado de un ausente don Gerardo, la que le había llevado hasta Ignacio. Le ardía en la garganta y no encontraba una respuesta que le permitiera desvanecerse.

—No quiero volver con mis tíos. No todavía...

—¿Entonces?

—No lo sé. Esta noche no quiero ver a nadie. Mañana... Bueno, mañana ya pensaré qué hacer.

—Tendrás que buscar algún sitio donde dormir.

—Esto es una pensión.

—Sin habitaciones libres.

—Solo será esta noche, Ignacio. El suelo, o una silla. No necesito más.

Él trató de contener su impaciencia. Con lo lista que era Áurea, costaba entender que a veces se mostrara tan ingenua. Pasar la noche juntos en la misma habitación era la peor idea que había escuchado nunca. En el mejor de los casos, su tío lo culparía por haber permitido aquella situación, en vez de llamar un taxi que la llevara a casa antes de que la cosa se les fuera de las manos. En el peor, quién sabía lo que podría pasar...

—Te ayudaré a curarte las heridas —insistió ella—. No tienen muy buena pinta.

Ignacio negó con la cabeza.

—Deja mis heridas en paz. Creo que no lo has pensado, Áurea. En cuanto mis tíos sepan dónde has pasado la noche querrán despellejarme. Y tú tendrás suerte si no te meten en las Micaelas o te hacen regresar a Burgos.

—No voy a volver con ellos, Ignacio —dijo con rotundidad—. Me dejes quedarme aquí o no, no pienso volver con ellos. Y si tú no me ayudas... —Dejó la frase en suspenso. Cuando vio que él no iba a sugerir nada, terminó con decisión—: Bueno, si no me ayudas, ya se me ocurrirá qué hacer.

Se puso en pie; Ignacio supuso que para marcharse, o al menos fingir hacerlo.

—Está lloviendo a mares —le recordó.

—No importa.

—Son más de las doce.

—Lo sé.

Ignacio la miró, erguida con lo que pretendía ser una pose digna y valiente que a él no le engañaba. ¿Qué iba a hacer si él se marchaba a su habitación? ¿Dormir en el portal? No podía dejarla sola en aquella sala donde cualquier huésped podría encontrarla. Y aún menos podía enviarla a la calle.

Disgustado como siempre que se sentía entre la espada y la pared, advirtió:

—No tengo más que una cama y una butaca pequeña.

—La butaca será suficiente.

Unos segundos después, con la incómoda sospecha de que había opuesto menos resistencia de la que debería, Ignacio se asomó al pasillo para asegurarse de que estaba desierto. Con el dedo en los labios le pidió silencio, y recorrieron el corredor hasta su habitación. Hasta que la puerta no quedó cerrada por

completo, Áurea no habló:

—Muchas gracias, Ignacio.

—Debo de haberme vuelto loco —musitó él, sentándose a la mesa camilla que ocupaba el centro de la habitación.

Abrió la botella y llenó un vaso. Sin esperar su invitación, Áurea se sentó frente a él.

—¿Qué es eso?

—Aguardiente. Destilado por la familia de Edelmiro en el pueblo. Te hace olvidar las penas en unos instantes. —Ignacio alzó el vaso y lo bebió de un trago. El escalofrío fue instantáneo—. Bueno, las penas, y casi todo lo demás.

Imitándolo, Áurea se sirvió otro vaso. Tosió violentamente cuando el líquido dulzón abrasó su garganta.

—Ya te he dicho que es aguardiente. No bebas. Y ahora que pareces empeñada en descender al inframundo como Orfeo, ¿se puede saber qué pretendes hacer a partir de mañana?

Ella giró el vaso entre las manos, mirándolo a través de las lágrimas que la tos le había arrancado.

—No lo sé. No quiero volver con mis tíos. Hablaré con el consejo, tienen que cambiar la tutela. Tiene que haber una forma de que no tenga que volver a vivir con ellos...

—No la hay. Si hubiera una forma de librarse de la tutela, ¿crees que yo seguiría dependiendo de Gabriel?

—No, pero... Tiene que haberla, Ignacio. Son solo mis tíos, no pueden decirme qué debo pensar ni sentir, ni exigirme que les esté agradecida por las mentiras de estos años...

—Bueno, pueden, porque así lo dice la ley. Yo me he planteado todas las posibilidades. Lo único que puedes hacer para librarte de ellos es rezar porque renuncien a la tutela, esperar a cumplir la mayoría de edad, o casarte. Lo primero exige suerte; lo segundo, paciencia, y lo tercero, desesperación. Yo, de momento, sigo apostando por la segunda opción, pero me acerco peligrosamente a la tercera.

Ignorando su orden de no volver a beber, Áurea llenó de nuevo su vaso. Luego, lo levantó y apuntó hacia su sien.

—¿Quién te ha dado una paliza? ¿Algún marido despechado?

—No me han dado una paliza. Solo es una ceja rota y un poco de sangre. Y tal vez alguna costilla hundida. —Se palpó el pecho a través de la camisa, apretando los dientes ante el previsible dolor. Cuando se convenció de que ninguna estaba rota, esbozó un gesto despectivo—. Un acreedor impaciente es una de las cosas más estúpidas del mundo. Lo único que puede conseguir así es

que ponga tierra de por medio y nunca más vea su dinero.

Áurea dio un par de sorbos más. Las lágrimas reaparecieron, pero esta vez no tosió. Le gustaba el calor que había comenzado a sentir en el estómago, y lo llenó de nuevo.

—¿Por qué no hablas con Gabriel?

—¿Tú también con esa monserga? A ver si os enteráis: antes muerto que en deuda con él. Ya se me ocurrirá algo... —Apuró el vaso de un trago y la miró con recelo—. ¿Se puede saber cuánto piensas beber?

Áurea miró su vaso.

—No lo sé. La has traído para eso, ¿no?

—Mañana te van a doler hasta los dientes.

—No me importa. Me siento mejor. Cada vez que pienso... Pero no. —Sacudió la cabeza, como para librarse de los recuerdos—. No voy a pensarlo otra vez. Me han mentido desde el principio, me han hecho sentir inútil, torpe y fuera de sitio, y no voy a volver con ellos. Me da igual si tengo que irme a un convento...

—Menuda novicia serías tú. No te aguantan ni dos días. Y deja ese vaso de una vez.

Áurea se puso en pie para evitar que Ignacio se lo quitara.

—Está bien, haz lo que te dé la gana. —Levantó las manos, rindiéndose—. Voy un momento a la cocina, a ver si tengo suerte y la vieja se ha ido ya a dormir. Si piensas quitarte esa ropa mojada, en el armario hay camisas y algún pijama, lo que prefieras.

Áurea asintió. Cuando se quedó a solas, rebuscó en el armario. Encontró un pijama, se cambió y extendió sobre una silla su vestido, su combinación y sus medias. Luego se enrolló alrededor la colcha y se arrebujó sobre la butaca, con la botella en la mano y las piernas apoyadas en la silla.

Cuando Ignacio regresó con carbón para el brasero, se detuvo en la puerta. Estaba más que acostumbrado a ver ropa interior de mujer, tanto puesta como quitada, pero en aquel momento la de Áurea le incomodó.

—¿Qué haces?

—Nada —replicó ella, dando un trago a la botella—. Prepararme para dormir.

—¿Vas a cenar algo?

—No tengo hambre.

—Pues entonces vete a la cama. Sabes perfectamente que no te voy a dejar dormir en la butaca. Y dame esa botella de una vez, ¿es que quieres acabar inconsciente?

—No. —Pero esta vez no se resistió cuando él le quitó la botella.

Ignacio ignoró su presencia mientras Áurea se dirigía a la cama. Se sentó en el borde, aguardando en silencio mientras él encendía el brasero con signos evidentes de dolor. Estaba pensando en el extraño y estúpido orgullo de los hombres, para los que jugarse el dinero en una partida de cartas o recibir una paliza sin protestar eran muestras de hombría, cuando se le ocurrió que podía ayudarlo.

—Yo también tengo dinero, Ignacio. Pero no podré tocarlo hasta que me emancipe de mis tíos.

—Me parece muy bien —murmuró él, incorporándose.

—No; quiero decir que si consigo librarme de su tutela, podría prestártelo...

—Lo que me faltaba.

—Tiene que haber alguna manera...

Ignacio se sirvió lo que quedaba de la botella y la miró fijamente. Claro que había una manera. Pero era tan descabellada, tan absurda, que ni debería molestarse en decirla. Y eso que lo había pensado; más de una vez, en su vida, había pensado lo cerca que tenía la solución a sus problemas. Porque sabía que Áurea se sentía atraída por él, y que tenía dinero, y que no sería una esposa convencional que le exigiera saber adónde iba ni con quién. Ella se conformaría con acudir a sus clases, aprobar exámenes y buscar alguna causa perdida que defender. Compartirían casa, pero no tendría que soportar reproches despechados ni lágrimas heridas cuando regresara. Sería una buena solución para ambos, pues tendrían la libertad que cada uno deseaba.

Y a Gabriel se lo llevarían los demonios, porque él sí estaba interesado en ella.

—Lo cierto es que hay una manera —dejó caer después de rebuscar en su interior algún reparo moral hacia aquel plan que comenzaba a dibujarse más nítido en su mente—. Pero no creo que te guste.

—¿Cuál es? —inquirió Áurea, curiosa.

Ignacio no quiso apresurarse. Aún mantenía una mínima duda, pero aquel podía ser el milagro por el que le había dicho Vázquez que rezara. Se sentó junto a ella en la cama, rozando su brazo. Interpretó como buena señal que no se apartara.

—Una manera que es una buena solución, pero que a nadie más se lo va a parecer. ¿De verdad estás dispuesta a cualquier cosa por librarte de su tutela?

—Bueno, sí. —Áurea rio, algo insegura—. Quiero decir, siempre que no sea algo inmoral o depravado.

Aquellas palabras provocaron en él una súbita excitación que lo tomó por sorpresa. Vaciló, dudando de si algo se le estaba escapando en aquel plan. Pero Áurea y él se conocían hacía muchos años. La quería; a su manera algo egoísta y

mezquina, pero la quería.

—Verás, escúchame primero antes de rechazarme —comenzó—. Áurea, no voy a decir que me haya vuelto loco de amor por ti, ni ninguna bobada por el estilo que ofendería tu inteligencia. Una vez te dije que eras una romántica, pero mi propuesta es práctica y realista, y como tal quiero que la valores. Tú quieres librarte de mis tíos, seguir en la universidad y tratar de licenciarte. Yo, por mi parte, quiero librarme de Gabriel y dejar de estudiar. No valgo para perder el tiempo entre libros cuando hay tantas cosas por vivir. Pues bien, hay una manera que nos puede dar a los dos lo que queremos: libertad para vivir a nuestro modo.

Se detuvo, dándose una última oportunidad para arrepentirse, rectificar el inesperado rumbo al que desde entonces conduciría su vida. Buscó los escrúpulos entre el afecto por ella y la necesidad de dinero, entre la vida sin compromisos que pretendía y el cálido respaldo que ella siempre le había ofrecido. No los encontró; o, si lo hizo, su mente se negó a reconocerlo.

—¿Qué modo, Ignacio? —lo alentó Áurea, al ver que no continuaba.

Última oportunidad. Ser íntegro y seguir en problemas, o solucionarlos de una vez.

La balanza se decantó.

—Que nos casemos, Áurea. Que nos casemos.

Ignacio se abalanzó sobre ella para tapar su boca. Áurea no había podido evitar la carcajada.

—Cállate, ¿quieres despertar a toda la pensión? Solo nos falta la vieja apareciendo por la puerta.

Áurea calló, aunque la agradable debilidad que sentía le provocaba ganas de seguir riendo.

—Pues no digas esas cosas tan raras...

—¿Raras? Lo que digo es que solo hay tres posibilidades: que mi tío renuncie a la tutela, cosa para la que no hay base legal...

—No —corroboró ella, aún risueña.

—Que esperes los cuatro años que te quedan hasta los veinticinco, porque incluso cuando cumplas veintitrés mi tío podría oponerse legalmente a que salgas de su casa...

—Sí —concedió, repentinamente seria al caer en aquel escollo legal en el que no había reparado hasta entonces.

—O que te cases. Esta es tu posibilidad más realista, porque antes o después acabarán casándote. Así que, dime, ¿tienes algún pretendiente a mano

por el que sientas un especial interés? ¿No? Pues entonces, me presento yo para el papel. Piensa en las ventajas de mi propuesta. Siempre hemos sido amigos, nos entendemos, nos reímos juntos. Y te gusto, siempre te he gustado, no puedes negarlo.

La afirmación sonrojó a Áurea.

—Eres un presuntuoso.

—Seguramente. Y un egoísta, y un aprovechado, y cosas peores dirán de mí, si aceptas. Pero eso ya lo sabías cuando has venido a buscarme.

Ella no lo negó.

—Pero casarnos es imposible.

—No es imposible. Es muy posible, y conveniente, si piensas sus ventajas. ¿Por qué no consideras lo que te digo?

—Porque no creo que ser amigos y reírse juntos sea suficiente.

—¿No? Yo creo que es mucho más de lo que tiene la mayoría de las personas cuando se casan. ¿O cómo era el matrimonio de mis padres, que apenas se soportaban? ¿Cómo es el de nuestros tíos? Incluso el matrimonio de Sole, o el de cualquiera de tus amigas de las Damas Negras. Buenos acuerdos patrimoniales donde el afecto no cuenta. Ninguno de ellos se quiere como lo hacemos nosotros, y, sin embargo, se casan porque les conviene. Nosotros seríamos diferentes, Áurea. Nos casaríamos para ayudarnos el uno al otro a hacer lo que deseamos. Yo trabajaría y tú seguirías estudiando, sin que nadie pudiera ya decirnos qué está bien y qué mal. ¿No crees que podría funcionar?

—No lo sé... —vaciló—. Pero de todas formas, dudo de que nos lo permitieran.

—No les quedará más remedio, si pasamos la noche juntos y mañana les mandamos una nota diciendo que nos hemos escapado porque queremos casarnos. ¿O crees que mi tía se va a arriesgar a un escándalo cuando, además, de esta manera, por fin podrá lavarse las manos respecto a ti? Tendrán dudas de qué ha sucedido, claro, pero no se arriesgarán a que haya ocurrido algo irreparable. No comprometerán así el buen nombre de la familia. Así que, si nos mantenemos firmes, acabarán por ceder.

—¿Y eso es lo que quieres, que crean que tenemos que casarnos porque me has... seducido?

—No. Lo que quiero es resolver el problema que me has planteado hoy respecto a tus tíos y, de paso, el que yo tengo con Gabriel. Y si creen eso, no les quedará más remedio que darnos el permiso. Yo no había pensado casarme, claro que no; pero si tengo que hacerlo, me parece mi mejor opción.

—¿Y de qué viviríamos?

—De mi trabajo, por supuesto. Tuve que rechazar el puesto del ministerio

porque Gabriel no me dio el permiso, pero si nos casamos lo solicitaré de nuevo. Y él ya no podrá decir nada.

¿Qué decir, ante aquellas razones? De la noche a la mañana, Áurea se encontraba con que no reconocía su propia vida. Su madre no estaba muerta. Su padre le había mentido. Y ahora estaba recibiendo la propuesta de matrimonio menos romántica que hubiera podido soñar.

—No lo sé, Ignacio —dijo de nuevo, apoyando los codos sobre las rodillas. Una curiosa flojedad comenzaba a apoderarse de ella, como si todo a su alrededor se moviera lentamente—. No creo que pueda, ahora... Es una decisión que no sé, tal vez mañana, o no sé...

—Mañana no habrá tiempo. Tienes que tomar la decisión ahora, Áurea. Si duermes aquí, muchas cosas ya no tendrán remedio.

Ella emitió un largo suspiro antes de dejarse caer sobre el colchón. Comenzaba a dolerle la cabeza y el aturdimiento estaba dejando de parecerle divertido. Comprendía la lógica de los razonamientos de Ignacio, pero todo le parecía demasiado precipitado. La amenaza de un matrimonio concertado siempre había estado presente, y lo seguiría estando en el futuro; pero en su fuero interno creía que sus tíos respetarían su «no», al menos en el par de años que le quedaban para ser considerada una solterona. ¿Era suficiente motivo para casarse ser amigos, comprenderse y aspirar a la libertad? ¿Era suficiente motivo querer ayudarse el uno al otro? Y si esos motivos no lo eran, ¿cuáles lo serían? Desde luego, no el dinero, no la posición, no la respetabilidad...

—Tienes que darme una respuesta.

Áurea cerró los ojos.

—No sé qué decirte.

—Eso no me vale, Áurea. Sí o no.

Sí o no. De repente, la joven pensó en su madre. En la música que solía tararear cuando se sentaba ante el tocador. Ahora que sabía que no era un sueño, la recordaba satisfecha mientras alguien peinaba su largo cabello y lo iba recogiendo poco a poco sobre la nuca. Más de una vez había tratado de tocarla, de acercarse a su espalda sin que la vieran, mientras ella cantaba, alegre como cada vez que salía de casa. «No, Áurea, tú te quedas. Déjame, suelta, me vas a romper el vestido... No, Áurea. No. Quita. No.»

¿De verdad había tratado alguna vez de retenerla junto a sí, o solo era su imaginación recordando cosas que jamás sucedieron?

Sin saber por qué, una lágrima resbaló desde sus ojos cerrados. Sintió su tibieza en la sien.

—¿Tan horrible es la idea, Áurea? —La voz de Ignacio sonó apenada—. Ya sé que no soy el príncipe azul soñado por nadie, que no tengo dinero ni una casa

maravillosa ni un futuro prometedor en los negocios de la familia, pero no pensaba que tú necesitarías eso.

—No lo necesito, y la idea no es horrible. Sencillamente, no es lo que... No sé, nunca había imaginado...

—¿Entonces?

—No puedo aceptar que te cases conmigo por lástima o por obligación. Me acabarías odiando.

—Jamás podría odiarte.

Áurea abrió los ojos de golpe al sentir la mano de Ignacio en su mejilla, pero no pudo reaccionar antes de que él se inclinara para besarla.

El gemido de sorpresa que escapó de su boca se perdió en aquel primer beso de su vida. Un beso con sabor a aguardiente y desquite, a pecado y rebeldía, que al acabar imprimió en su ánimo una extraña sensación de frío.

—Sí o no, Áurea —susurró él junto a sus labios—. Decídetelo.

—Sé que estás ahí. Abre de una vez.

Con un gemido de impotencia, Áurea se dio la vuelta en la cama para taparse los oídos, tratando de ignorar aquellos golpes que parecían agujerearle el cerebro. Pero fue en vano; quienquiera que estuviera aporreando la puerta con saña, no parecía dispuesto a ceder.

Cerró los ojos nada más abrirlos, heridos por la luz que entraba por la ventana. Sentía la boca seca y pastosa. Trató de volver a dormirse, pero los golpes no cesaban, y con cada uno de ellos sentía como si le estuvieran clavando un martillo en el cerebro.

Entonces, mientras apretaba la almohada sobre su cabeza para evitar la luz y el ruido, oyó la voz que, en un gruñido, exigió que quien estuviera llamando lo dejara en paz.

Y se despertó de golpe.

Se incorporó en la cama casi de un brinco, mientras Ignacio se daba la vuelta sobre el colchón y mascullaba algo que sonó a juramento. Al moverse, Áurea había notado el tacto de las sábanas sobre sus piernas desnudas; el pantalón del pijama estaba tirado en el suelo.

Más incrédula que asustada, se preguntó qué había hecho; las agudas punzadas en la cabeza le hacían sentir mareada. Ignacio se había levantado sin mirarla y se encaminaba a la puerta. Ella alzó la colcha hasta la barbilla, pegada al cabecero como si pudiera fundirse con él.

Ignacio tropezó con una silla fuera de sitio, profirió una maldición y la

arrojó lejos de sí. Aún tuvo que sortear la botella vacía que estorbaba su camino para alcanzar la puerta. Y justo entonces, cuando ya comenzaba a girar el pomo, recordó que no estaba solo en la habitación. Pero ya era demasiado tarde.

—Hola, Ignacio.

Su mano se tensó sobre la puerta entreabierta. La acercó hacia sí para impedir que Gabriel viera el interior. El frío del suelo comenzó a extenderse por todo su cuerpo.

—¿Qué te ha pasado en la cara? Pareces un...

—Un eccehomo, sí. ¿Qué quieres?

—Hablar contigo. Pero, primero, déjame pasar. No puedo decirte nada desde la puerta.

Ignacio no retiró el brazo aunque su hermano dio un paso hacia delante.

—No tengo nada que hablar contigo, y no puedes pasar.

La mirada de Gabriel escrutó la estrecha franja de habitación que la puerta entreabierta permitía ver. Ignacio se movió a la vez para tapanle la visión, pero no pudo evitar que Gabriel viera un brazo aferrando una colcha.

—Comprendo. Muy caballerosa tu protección. Tu vida amorosa me tiene sin cuidado, pero necesito hablar contigo de un asunto delicado. Un asunto de familia. Así que, por favor, vístete adecuadamente y reúnete conmigo en el vestíbulo. Buscaremos un lugar donde hablar.

Gabriel ya había comenzado a moverse cuando una súbita intuición lo hizo detenerse en seco. Áurea había desaparecido, y si había acudido en busca de Ignacio era para pedir su ayuda. Nunca se le habría ocurrido... Sin embargo, había una mujer allí.

Ignacio trató de adoptar una pose indiferente cuando su hermano volvió la cabeza para contemplarlo con atención, pero no pudo sostener su mirada. Eso fue todo cuanto Gabriel necesitó. Y aunque al ver el chispazo de comprensión en sus ojos, Ignacio trató de cerrar la puerta, no fue lo suficientemente rápido para evitar que su hermano la empujara.

El golpe contra la pared resonó en toda la pensión.

—No es lo que piensas —dijo, resignado, cuando la mirada de Gabriel se posó en Áurea, recostada contra el cabecero y con la colcha asida bajo la barbilla—. Vino en mi busca. Eran más de las doce, estaba empapada... No podía echarla a la calle.

—¡Eres un miserable! —exclamó Gabriel.

Áurea se envolvió en la colcha como pudo cuando Ignacio se abalanzó sobre su hermano. Antes de que pudiera alcanzarlo, Gabriel había esquivado el ataque y devuelto un golpe que envió a Ignacio contra la pared.

—¡Parad! —gritó Áurea, agarrando el extremo de la colcha que había

pisado, a punto de chocar con Ignacio cuando arremetió de nuevo contra su hermano—. Parad, por favor.

Ninguno de los dos le hizo caso. Un nuevo intercambio de golpes acabó con Ignacio derribado junto a la silla, sangrando de nuevo por la ceja abierta.

—¡Gabriel, déjalo en paz! —Con los dedos aferrando crispados la colcha, Áurea se interpuso entre ambos—. No fue su culpa. Fui yo quien vino en su busca.

—Calla, Áurea —masculló Ignacio, apoyándose en la pared para ponerse en pie.

—No, Ignacio. Fui yo quien te metió en este lío, no voy a dejar que te culpen de nada.

Con un gruñido de dolor, Ignacio levantó la silla caída y la enderezó. Luego se sentó y movió la mandíbula para comprobar su estado. No parecía rota, pero el dolor que estallaba en su cabeza pedía a gritos meterse en la cama con un vaso de ginebra para no salir en años.

Áurea buscó un pañuelo y se colocó tras la silla de Ignacio. Mantuvo la tela contra su rostro, deteniendo la sangre, dispuesta a intervenir si resurgía la pelea entre los hermanos.

—Soy yo quien vino en busca de Ignacio. Él no tuvo culpa de nada.

Aquella estúpida lealtad irritó a Gabriel.

—Áurea, tu vestido está tirado en el suelo. ¿Crees que a alguien va a importarle de quién sea la culpa?

—Mi vestido estaba empapado. No podía dormir con él. Ignacio solo fue amable.

—¿Así lo llamó, amabilidad?

—Ahórrate la saliva, Áurea —rogó Ignacio, retirando el pañuelo de su ceja—. Nada de lo que digas le convencerá de que no soy un monstruo que se ha aprovechado de tu ingenuidad para seducirte.

—Lo que yo piense es lo de menos. Esta mañana, mi tío me ha llamado porque Áurea se había escapado ayer y no había regresado en toda la noche. Puedes imaginar su preocupación. Mi tía estaba frenética, imaginando cualquier desgracia, y Paula no hacía más que llorar. Por supuesto, mi tío ha tratado de resolver esto en la discreción más absoluta; en cuanto me ha llamado para ponerme al corriente, he venido para pedir tu ayuda. Lo que no esperaba era esta bajeza. Pero, en fin, nada solucionamos diciéndote lo que opino de ti. Áurea, vístete, voy a llevarte a casa de mis tíos. Ellos decidirán qué hacer. Esperaré fuera.

—No —replicó ella cuando lo vio darse la vuelta—. No voy a ir a casa de mis tíos.

Gabriel se detuvo y la miró sobre el hombro.

—Me temo que no tienes elección. No voy a dejarte aquí, para que continuéis arrastrando el nombre de la familia por los suelos.

—Sí tengo elección. —Áurea posó la mano en el hombro de Ignacio, armándose de valor ante la certeza de que estaba a punto de cerrar todas sus salidas—. No estamos arrastrando nada, porque vamos a casarnos.

El anuncio cayó sobre Gabriel como una bomba. Demudado, le costó varios segundos reaccionar. Cuando preguntó si estaban bromeando, su incredulidad fue tan palpable que Áurea vaciló.

—Por supuesto que no bromea —intervino Ignacio con rabia, reteniendo la mano que ella iba a retirar de su hombro—. Vamos a casarnos. Nosotros mismos iremos a decírselo a los tíos, en cuanto estemos preparados.

Ella se quedó quieta, sin atreverse a levantar la mirada de sus manos enlazadas. Era consciente de la tensión que había inundado la habitación con el anuncio, del desafío en el gesto de Ignacio, de la provocación con que sostenía la mirada de su hermano. Conocía a Ignacio y la relación entre ambos; todo ello lo había esperado. Pero lo que no había esperado era la expresión herida de Gabriel, la dolorida sorpresa de aquel a quien se apuñala por la espalda. El valor de Áurea decreció a pasos agigantados. Las dudas que había albergado por la noche, y que la pelea había ocultado, reaparecieron con más fuerza. Pero Ignacio mantuvo el agarre firme, la determinación y el temple. Nada ni nadie los iba a detener, retó a su hermano. Y tras una última mirada plena de frustración, Gabriel se marchó para avisar a sus tíos que Áurea estaba sana y salva, y dispuesta a tirar su vida por la borda junto a Ignacio.

El salón de los Nebreda estaba sumido en la penumbra cuando Áurea e Ignacio llegaron a la casa. Luisa se preguntó cómo era posible que la sangre siempre acabara por imponerse. A pesar de la rabia que la había embargado al ser obligada a recibirla en su casa años atrás, había cosas en su sobrina que, con el tiempo, había llegado a apreciar. No era vanidosa, no era egoísta, no era mezquina. Por esos rasgos, y porque había demostrado hacia Paula un afecto sincero, había tratado de estimarla, de aconsejarla, de encauzarla; pero a la hora de la verdad, en el momento crítico, había actuado con la ligereza de su madre.

Áurea entró en el salón donde aguardaba su tía. Luisa no se anduvo por las ramas.

—Nos has decepcionado profundamente. Después de lo que hemos hecho por ti...

—No quiero perder el respeto que debo a mis mayores, pero la decepción es mutua —replicó ella, ocultando tras su impertinencia las dudas que aún sentía—. Desde el primer día que llegué a Burgos me han martilleado con exigencias de decencia y respetabilidad. Nunca me dijeron que la verdad quedara excluida de ellas, o que la mentira fuera aceptable en según qué circunstancias.

Luisa quiso acallar el descaro de su sobrina, pero no halló las palabras. Posiblemente, porque no sentía deseos de discutir. A pesar de que detestaba su osadía y terquedad, en su fuero interno había estado convencida de que Áurea no era como Teresa, y había llegado a considerar aquella diferencia como un triunfo propio.

La decisión de escapar de ellos, pasar la noche con Ignacio y enredarlo en un matrimonio forzado revelaba la herencia de su sangre. Sin embargo, también ponía fin al ingrato deber que Luisa había asumido aquellos años. En lo que respectaba a Áurea, había hecho lo que correspondía, traspasando la responsabilidad a su futuro marido. Podía lavarse las manos sin remordimiento, como había querido hacer durante tanto tiempo.

Y, sin embargo, no se sentía satisfecha.

Se puso en pie y se acercó a la ventana para entreabrir los postigos y permitir un poco de luz.

—Tu carácter irreflexivo acabará siendo tu ruina.

Áurea se movió en el sofá para escapar del efecto de los rayos de sol. Las preguntas que la rabia le habían impedido formular el día anterior —por qué todos le habían mentado, dónde estaba Teresa Garay, cómo podían haberse prestado con la conciencia tranquila a una farsa tan cruel— atenazaban su pecho. Pero no se atrevía a formularlas, porque, si comenzaba a arrojarlas como una acusación, temía que sus ganas de llorar se desbordaran. En su lugar, replicó con mordacidad:

—Alégrese. Ese ya no será su problema.

—La familia nunca deja de ser un problema aunque se reniegue de ella —rebatía Luisa, sentándose de nuevo—. En fin, tantos quebraderos de cabeza como nos creaste por tu insistencia en ir a la universidad, y ahora resulta que solo era un antojo.

—No era ningún antojo. Voy a seguir estudiando.

—¿Una vez casada? Me parece que sigues con la cabeza en las nubes. No sé si te has dado cuenta, pero hasta ahora no has tenido ninguna responsabilidad seria en la vida. Viviendo en nuestra casa, las criadas se han encargado de todo: de limpiar, comprar, cocinar, coser, planchar... Tú te has podido dedicar a leer, estudiar y ser tan extravagante como has querido, porque no tenías ninguna obligación. Creo que te engañas mucho sobre lo que supone el matrimonio, si

crees que vas a seguir así. Claro que todo esto debiste pensarlo antes de plantarte de noche en la habitación de un hombre, porque ahora ya no tiene remedio.

Lo que aquella frase parecía insinuar la hizo replicar con calor:

—Entre Ignacio y yo no ha pasado nada. Lo único que he hecho es dormir en la misma habitación que él. ¿Es ese un pecado tan terrible?

—¿Tan desastrosa ha sido tu educación que aún lo preguntas? Pero en cualquier caso, no necesitamos discutirlo, porque creo recordar que vais a resolverlo casándoos, ¿no es así?

La mordacidad de Luisa hizo mella en el ánimo de Áurea. De nada valdría explicar que su compromiso no era como otros, ni lo sería su matrimonio. Ambos habían aceptado casarse porque el enlace les daría la libertad que necesitaban. Lo que hicieran con sus vidas tras la boda ya no incumbiría a nadie más.

Su silencio casi decepcionó a Luisa. Había esperado más insolencia, más terquedad por su parte. Pero sin ella, tuvo que pasar a asuntos prácticos. Lo más adecuado sería la parroquia de San Manuel y San Benito; al fin y al cabo, Áurea había vivido más tiempo en Madrid que en Burgos. Una ceremonia sencilla antes de fin de año, solo para la familia más cercana, por respeto al fallecimiento de Alonso y Justina. El breve noviazgo se explicaría porque Ignacio y Áurea se conocían desde la infancia.

Aquellos planes no encontraron ni entusiasmo ni resistencia en Áurea. Por un momento, Luisa se preguntó si ya se habría arrepentido del compromiso. Porque ella sabía que aquella boda irreflexiva no podía acabar bien. Desde el día de su primer encuentro, Ignacio y Áurea habían tejido una relación de complicidad basada en la convicción de que ambos era dos seres dejados de lado, pero era difícil encontrar dos personas más dispares que ellos. Tal vez ahora no lo sabían, pero acabarían descubriéndolo.

Sin embargo, nadie les había obligado a tomar la decisión de casarse. Y aunque Luisa podía pensar que aquel matrimonio era una llamada al desastre, no tenía ningún motivo para enfrentar a Áurea a aquella realidad.

—En fin, no sé cómo conduciréis vuestras vidas una vez casados, pero te deseo de corazón que hayas acertado —dijo, suavizando su tono—. Si he sido alguna vez dura contigo, Áurea, he tenido buenos motivos para ello, como acaba de quedar demostrado.

Áurea supo que aquellos motivos tenían que ver con su madre. Pero aún estaba demasiado confusa y dolida para afrontar aquella conversación.

—No voy a hablar de mi madre.

—Algún día querrás hacerlo.

—Es posible. Pero no hoy.

Luisa lo aceptó. Tampoco ella estaba loca por mantener aquella charla, pero después de todo lo que había hecho por su sobrina creía que se había ganado el derecho a no ser culpada de aquello de lo que ella misma también había sido víctima. Pero eran pocas las cosas que Áurea le había pedido: que le permitiera estudiar bachillerato, que le permitiera asistir a la universidad, y ahora que no le hablara de Teresa...

Podía respetarlo.

Por el momento.

Dos semanas después, el día de la boda amaneció radiante, un día de diciembre de cielos rasos y azules, frío, puro, luminoso. El día que toda joven desea para dar el paso más importante de su vida, aseguró el cura de la parroquia, entre los buenos deseos y parabienes que los escasos asistentes dedicaron a los novios.

No era el día que Áurea había soñado.

Pero ya no tenía remedio.

## TERCERA PARTE

*Madrid, enero de 1923*

Cuando el Elizalde azul de la familia Vega se detuvo en la glorietta de Bilbao, Áurea ya estaba asomada a la ventana. Agitó la mano para saludar a Paula y cerró la ventana para bajar al portal en su busca. La había echado de menos en el mes largo transcurrido desde la boda, aunque los primeros días de casados apenas le habían dejado tiempo para pensar en nada que no fuera su nueva vida.

Abrió la puerta del portal de par en par y, más allá de su prima, sonrió por cortesía a la madre del teniente. Sabía que no le agradaba a la mujer, pero la antipatía era mutua, porque Áurea pensaba que, con la excusa del cautiverio, aquella mujer se había acostumbrado a utilizar a Paula como si fuera su dama de compañía.

Cuando el coche partió, se fundieron en un abrazo. La radiante sonrisa de Paula alivió a su prima. Parecía que la reunión que habían mantenido en el ministerio había sido alentadora. Áurea la tomó del brazo para conducirla escaleras arriba, satisfecha de que pareciera tan feliz aquella tarde.

—Qué ganas tenía de ver tu casa. Es una pena que sea un primero en vez de un principal, pero me gusta mucho la calle Sagasta...

Áurea sonrió y empujó la puerta.

—Un principal es muy caro. Bienvenida a mi humilde hogar, prima.

Con una exclamación de agrado, Paula se quitó el abrigo, los guantes y el sombrero. Áurea la condujo a su rincón favorito de la casa: una sala esquinera con un balcón orientado al oeste, donde había colocado las dos butacas floreadas regalo de boda de *madame* Roche. En aquella sala recogida y coqueta leía sus libros, repasaba sus lecciones, organizaba su vida y la encontraba Ignacio al regresar por las noches.

—¡Si hay incluso té! —Paula se echó a reír al ver la mesita colocada ante las butacas—. Qué elegante te has vuelto, Áurea.

—Te había invitado a tomar el té, ¿qué creías? Pero háblame de vuestra visita al ministro, que me tienes en ascuas. ¿Habéis podido verlo? ¿Qué os ha dicho?

La alegría de Paula fue contagiosa, desbordante.

—Ay, Áurea, que esta vez sí, que sí...

Mientras esta servía las tazas, Paula le contó cómo, gracias a Joaquín, que aún conservaba amigos y contactos en el ministerio, habían sido recibidas por el señor Chapaprieta. El ministro de Fomento, Comercio y Turismo les había confirmado oficiosamente —«máxima prudencia, nada debe saberse aún»— que el industrial Horacio Echevarrieta había partido de Madrid hacia Málaga, donde a aquellas horas ya habría embarcado.

—Al parecer lleva una cantidad de dinero muy importante, y regalos para Abd el-Krim. Y si él mismo en persona se ha decidido a viajar a Melilla, será porque esta vez sí van a liberarlos, ¿no te parece?

Áurea dejó la tetera sobre la mesa, rogando que fuera así. Los rumores de los diarios apuntaban a que el industrial vasco, en buenos términos con el jefe cabileño, conseguiría la liberación. Pero, mientras tanto, la guerra continuaba en el Rif, y siempre existía el riesgo de que una nueva escaramuza convirtiera todo en agua de borrajas.

—El señor Echevarrieta parece de fiar. Solo espero que le acompañe la suerte.

—Resulta curioso, ¿no? Que ni los políticos ni los diplomáticos hayan conseguido ablandarlo, y lo consiga ese hombre. Porque esta vez regresará, Áurea, tengo esa corazonada. Y doña Eugenia también la tiene. Y bueno, esto no puedo decirlo ante mi padre, pero me alegro mucho de que los conservadores dejaran el gobierno y llegaran los liberales. Ellos no han tenido tantos remilgos con el rescate —concluyó Paula, limpiándose el azúcar de los dedos—. Pero háblame de la vida de casada, Áurea, me muero de la curiosidad. ¿Cómo es?

—Pues cómo va a ser. Me levanto por las mañanas, desayuno, preparo la lista de los recados, decido qué hay que ordenar, comprar o limpiar; me voy a clase, regreso para almorzar, reviso que Fonsa haya ordenado o comprado o zurcido, hasta que llega la hora de acudir a las clases de la residencia. Cuando vuelvo a casa leo, o estudio, hasta que llega la hora de cenar. Y así día tras día. Todo muy normal.

—No tiene nada de normal que sigas en la facultad ahora que estás casada. Doña Eugenia está horrorizada. Pero sabes perfectamente que no me refiero a eso. ¿Cómo es... el resto?

—¿El resto? Pues no hay mucho más. Algunos días me quedo un rato con las chicas de la residencia. Juego al tenis, o vamos a alguna exposición, o...

—¡Áurea! No te burles de mí. Sabes que no hablo de eso. ¿No te habrás vuelto una de esas casadas odiosas que se creen guardianas de la moralidad de las solteras?

No pudo evitar la carcajada.

—¿Cómo puedes llamarme odiosa? No, no se trata de eso, es que no... ¿cómo decirlo? Es que es demasiado difícil de explicar, Paula.

—Jamás en la vida te he visto quedarte sin palabras. —Paula se inclinó hacia delante y bajó la voz—. Pero por lo menos dime si es desagradable, o si duele, o... No sé, dime algo.

Áurea tomó la taza con las dos manos, pensativa.

—¿Sabes? Lo que más he pensado algunas noches es que no está bien que nadie nos haya preparado para esto.

—¿Tan espantoso es? —inquirió su prima, horrorizada.

—No. Al contrario.

Sin poder evitar ruborizarse, trató de describir con sinceridad aquello para lo que no había estado preparada; el estremecimiento que recorría la piel cuando una mano apartaba lentamente las telas que la cubrían, el turbador calor que crecía entre los cuerpos unidos, la íntima desazón que agitaba el estómago, los muslos, el pecho; el deseo de ser colmada por la otra persona. Incluso ahora, mientras soplaba la superficie de su té para evitar mirar a su prima, la simple idea de que habría muchas más noches como aquellas la estremecía.

—Vaya... —suspiró Paula con voz trémula, reclinándose en su butaca—. Yo creía que a una mujer esas cosas no le gustaban. Pensaba que ibas a decirme que era un mal trago que se pasaba rápido, y me conformaba con que no resultara repulsivo. Aunque dicen que también depende del hombre. Y parece que tú no tienes quejas sobre Ignacio.

Áurea apartó la mirada, sin saber cómo responder a eso. Desde el primer día en que habían ocupado aquella vivienda, Ignacio se había revelado como un marido poco exigente. Por supuesto, no lo era en cuanto a la casa; cuando la veía ocupada revisando las labores de Fonsa o repasando las cuentas de la compra semanal, se burlaba suavemente de que se hubiera vuelto tan rápido una aburrida señora de su casa.

Que Ignacio no fuera exigente con su papel de ama de casa no era extraño; algo más chocante era que tampoco lo fuera con el de esposa. Ciertamente era lo acordado, antes de casarse: libertad para hacer aquello que ambos querían hacer. Ignacio se levantaba tarde y almorzaba en una taberna cercana al negociado. Luego acudía al periódico por las tardes, y no se veían en casa hasta la hora de la cena, o incluso Áurea ya se había acostado cuando él llegaba después de una de aquellas representaciones que reseñaba para *El Objetivo*.

En cuanto al resto... bueno, ya lo había dejado entrever. Aún se sentía impresionada por la experiencia del contacto físico. La primera noche, en el hotel donde durmieron antes de partir para Sevilla, había sentido inquietud; no estaba segura de lo que se esperaba de ella, y no se atrevía a preguntar porque,

¿cómo se preguntaban esas cosas? Ignacio, sin embargo, fue paciente. No la atosigó, no la forzó. Al final de la noche, Áurea había aprendido el significado de aquella palabra condenada por los sermones de los curas y el buen nombre de las familias: deseo. Y su piel sabía que aquel aprendizaje marcaba para toda la vida.

—Si mi madre supiera lo que me estás descubriendo —rio de pronto Paula—, no sé si seguiría queriendo hablar contigo.

La mención oscureció el semblante de la joven. Se levantó para llevar a la cocina las tazas. Su prima la siguió.

—Áurea, algún día tendrás que hablar con ella. No vas a estar evitándola toda la vida.

—No la evito.

—Mi madre ha pasado por aquí en tres ocasiones sin encontrarte. ¿Cuándo se te va a pasar el enfado?

La joven se secó las manos y dejó caer el trapo junto al fregadero. Luego se dio la vuelta.

—No estoy enfadada. Bueno, lo estaba, y mucho, pero ya no.

—Y entonces, ¿por qué no hablas con ella? Nunca te he dicho esto, pero su disgusto cuanto te fuiste de casa fue enorme. Se culpó mucho por lo sucedido. Cuando Gabriel dijo que no podían dar su consentimiento a ese matrimonio, discutieron. Aunque ya se les ha pasado. Como a ti, según dices.

—Se me ha pasado, pero no estoy preparada para esa conversación. Es... Mira, Paula, no sé explicarlo, pero aquel día sentí que mi vida era una enorme mentira. Como si estuvieras viendo un paisaje por la ventana y de pronto el vidrio estallara y solo quedara el vacío, la oscuridad donde antes habías creído ver árboles, y gente, y sol. Y te preguntas qué es real y qué inventado, porque ya no lo sabes, y dudas, dudas de todo, y de todos...

—Menos de Ignacio.

El sutil reproche no pasó desapercibido para Áurea.

—Tampoco de ti.

—Pues saliste corriendo de casa, en vez de ir a buscarme.

Áurea no respondió. A pesar del sol que aún alumbraba la glorieta, cuando regresaron a la sala la luz había decaído tanto que tuvo que encender una lámpara.

—Solo estoy esperando a armarme de valor, Paula. Ha habido tantos momentos en mi vida en que lo habría dado todo por tener a mi madre unos instantes junto a mí... Y ahora me dicen que me abandonó, que se fue y nos dejó a mi padre y a mí como a trastos viejos... He soñado tantas veces con ella, con lo que habría sucedido de seguir viva... Y si ahora también tengo que renunciar a

mis sueños, ¿qué me queda, Paula?

—Una madre —replicó ella con tranquilidad—. Te queda una madre.

A pesar del nudo en la garganta, el pragmatismo de su prima alivió tanto a Áurea que se echó a reír.

—Debes de pensar que estoy loca, con las cosas que te digo.

—Bueno, loca me lo has parecido siempre, aunque nunca tanto como el día que te comprometiste con Ignacio. Comparado con eso, esto no es nada. ¿A qué hora vendrá? No estoy segura de que me apetezca convertirme en el blanco de sus ironías.

—Supongo que hoy volverá antes de la cena. Como hay huelga de teatros, no tendrá nada que reseñar. Salvo que haya alguna velada de boxeo o alguna cosa parecida. Entonces es posible que no lo vea hasta mañana.

—Sois un matrimonio de lo más extraño.

—Tampoco es para tanto. Mientras Ignacio trabaja, yo voy a la universidad, esa es la única diferencia con los demás. Pero háblame más de la familia Vega —le pidió, deseando abandonar el asunto de su matrimonio.

El cambio de tema fue bienvenido, porque si de algo hablaba Paula por aquel entonces era de Miguel Vega, de sus cartas, del recuerdo de los días pasados en Burgos... Por absurdo que resultara, a veces Áurea envidiaba la ilusión de su prima. Sí, a lo largo de los años ella había esperado con esa misma ilusión muchos de sus encuentros con Ignacio, pero ahora, ya casada, se daba cuenta de que el momento de la expectación había sido mucho tiempo antes, cuando eran casi unos críos. Desde que había regresado a Madrid y compartido aula con él, su relación se había vuelto casi fraternal. Claro que había existido un abrazo clandestino un día de dolor e incertidumbre, y momentos de sobreentendidos, de juegos de palabras con dobles significados... Siempre, con Ignacio, la insinuación y la ambigüedad la hacían estremecerse. Pero, curiosamente, la relación entre ambos se había consumado cuando Áurea ya no lo esperaba, cuando probablemente ni siquiera lo quería. Ignacio la había convencido diciendo que se apreciaban, se querían, y aquello ya era mucho más de lo que tenían muchas parejas al casarse. Y seguro que era así; pero Áurea no podía evitar preguntarse si era todo a lo que una mujer debería aspirar.

Áurea había dicho a Paula que no estaba enfadada con Luisa. No consideraba que escudarse en sus clases y sus visitas a la residencia fuera esconderse. Amparo, por el contrario, estaba segura de ello. «¿Cuándo vas a preguntarle cómo encontrarla? ¿Y si no es cierto que te abandonó? Te mintieron

sobre su muerte, ¿por qué no sobre el resto?»

El día que acudió a la Residencia de Señoritas para anunciar su boda, la única persona a la que no pudo engañar fue a ella. La valenciana la había visto estudiar y asistir llena de ilusión a las clases de la facultad. No iba a convencerla de que aquel súbito compromiso era lo que deseaba en su vida.

Áurea había pensado callar, pero la mirada franca de su amiga acabó por vencerla. Le hizo prometer que guardaría el secreto, sabiendo que la valenciana era la discreción en persona. Su revelación provocó el asombro de la joven. Pero aunque comprendía que deseara dejar a una familia que le había mentido de aquella manera, el matrimonio de Áurea le parecía una salida tan drástica como absurda. «Casarse es la peor de las soluciones, Áurea. Que tu madre huyera, ¿no te hace pensar?»

Lo que aquellas palabras parecían insinuar sobre su padre enfadó a Áurea, y, desde luego, si pretendían que se echara atrás en su compromiso, logró el efecto contrario. Durante algún tiempo después de la boda, cada vez que se veían en las clases de la residencia, Áurea se mostraba recelosa con Amparo. La valenciana se disculpó con ella una y otra vez, pero también le pidió que reconociera que tenía razón en cuanto a su ignorancia del pasado.

Y la tenía. Áurea era suficientemente honesta para reconocerlo. Por eso un día, tres meses después de su matrimonio, decidió que era hora de afrontar la conversación que tanto había evitado.

—Celebro que te hayas decidido a dar señales de vida —fueron las palabras con que Luisa la recibió—. Paula ha ido a misa de cinco con doña Eugenia, podemos hablar tranquilas.

Áurea tomó asiento y rechazó el ofrecimiento de su tía de llamar a la criada. No quería beber ni comer nada, ni realmente estar allí. Solo quería saber, pero ni siquiera era capaz de encontrar la pregunta que desatara la explicación.

—Es fácil, Áurea —señaló su tía cuando su mutismo se prolongó demasiado—. Solo tienes que preguntar lo que quieres saber.

No era fácil, pero la joven finalmente lo hizo. Por qué.

Pero no había una respuesta breve para aquella pregunta escueta. La historia de Teresa, tal como la conocía Luisa, había comenzado en 1898, el día que Felipe Garay, antiguo socio de Cayo Montero en Cuba, había decidido regresar a su patria. Tras treinta años en la isla y la muerte de su esposa, el indiano que había llegado a poseer tres de los ingenios azucareros más grandes del oeste de la isla se quedó sin fuerzas —o deseos— para levantar de nuevo sus plantaciones, gravemente afectadas por la guerra y la falta de materias primas y repuestos que la siguió. Viudo, desolado y con dos hijos a su cargo, Felipe Garay no tuvo ganas de comprobar si acertaba al predecir que la inestabilidad del país

continuaría tras la proclamación de la independencia. Así que vendió los ingenios a un estadounidense recién llegado al calor de la victoria; la casa a un magistrado de origen español simpatizante de la independencia; y las participaciones en las minas cercanas a Santiago de Cuba a una nueva empresa de capital francés. Y sin mirar atrás, embarcó toda su vida, incluyendo sus hijos mellizos y la vieja criada que lo había acompañado desde siempre, en un vapor de la Transatlántica que los llevaría a Cádiz.

Nada más llegar a España, el indiano contactó con su amigo Cayo para que le echara una mano mientras ponía en orden su vida. Quince días después, la familia Montero recibía en su casa de Salas a aquel hombre atezado y parco en palabras, a una criada abatida que lloraba cada vez que recordaba los cañaverales de Matanzas y el batey y los cientos de hombres que, cada año, alzaban la caña en la zafra, y a los dos jóvenes más hermosos que Luisa hubiera visto nunca.

No los recordaba, a pesar de la insistencia de su madre en que los había conocido en La Habana en 1886, el día de la procesión de Santiago. Pero entonces Luisa tenía seis años, y era difícil que pudiera recordarlos, pues poco después de ese día los Montero habían regresado a Salas. El padre de Luisa había pasado la Guerra Grande, y luego la Guerra Chiquita, y sabía que la abolición definitiva de la esclavitud obligaría a los ingenios a reconvertirse para sobrevivir a la bajada de los precios que aquel mundo cada vez más competitivo traía; los obligaría a agruparse, a invertir en desmenuzadoras más potentes con rodillos de acero, en evaporadores al vacío para cocer y concentrar los jugos clarificados a menor temperatura, en centrífugadoras para separar en pocos minutos los cristales de azúcar de la melaza... Tendría que invertir muchos muchos pesos en una tierra que preveía belicosa, y por eso Cayo Montero prefirió vender sus propiedades a Felipe Garay y regresar cuando sus hijos eran aún pequeños. Por eso, ni Luisa ni Alonso tenían apenas recuerdos de aquellas tierras cercanas a La Habana que debían de haber sido un paraíso, ni en su acento: las ces y las zetas se transformaban en aquellas eses sibilantes que hacían sonreír a quienes escuchaban a los hermanos Garay.

Era imposible que los mellizos no se convirtieran en el centro de atención allá adonde fueran. Altos, esbeltos, de cabellos negros y tez cobriza, sus ojos tenían un aire levemente melancólico que contrastaba marcadamente con sus bocas risueñas. Teresa era más jovial, y su hermano, más incisivo y burlón. Pero ambos hablaban, y bromeaban, y reían de una manera que Luisa no conocía, atrapando con su vivacidad y su encanto la atención de sus conocidos.

Por aquel tiempo, el compromiso de Luisa y Joaquín Nebreda era ya un hecho. También la delicada salud de Felipe Garay, a quien los constantes viajes entre Salas, Madrid y Cadagua —donde había comenzado la construcción de una

casona que usaría como residencia de verano— agotaban de una manera que el joven médico Alonso Montero encontró preocupante.

También ellos, los Montero, tenían sus planes de traslado. Para facilitar el noviazgo de Luisa, su padre había comprado un inmueble en la calle Huerto del Rey. Ahora que era la prometida de Joaquín Nebreda, los Montero querían trasladarse a Burgos para comenzar a frecuentar aquella sociedad que, en adelante, sería la suya. A todos les pareció razonable que Teresa los acompañara, mientras su padre y su hermano viajaban a Cadagua para supervisar las obras.

Pero mientras lo aguardaban en aquella casa nueva de Burgos que llenaba de orgullo a los Montero, el corazón de Felipe Garay no fue capaz de resistir el último viaje. Nada pudo hacer su hijo por él, salvo acompañarlo en su final.

Posiblemente, en la drástica decisión de Felipe Garay de desprenderse de todo y regresar a la patria hubiera influido la debilidad de su corazón. Cayo Montero estaba convencido de ello, porque un templado atardecer de septiembre, días antes de su muerte, mientras ambos amigos paseaban por sus tierras, Felipe Garay había dicho: «Si algo me sucediera...»

No hubo más. Ninguna petición expresa. Pero fue suficiente para que, al suceder lo que Felipe presentía, Cayo se hiciera cargo de los jóvenes Garay, perdidos en aquellos bruscos cambios de su vida que los habían dejado huérfanos de familia y tierra, de hogar y referencias.

Explicar aquello a Áurea resultó fácil. Una historia de desarraigo tan similar a la suya que costaba no creer en un destino caprichoso burlándose de los pobres mortales. Lo que ya no resultaba tan fácil de explicar era lo que había venido a continuación. Luisa no podía hablarle de los meses que siguieron; aquellos meses en que, sin salir de casa, sin quitarse el luto, Teresa fue capaz de enredar entre sus piernas a Joaquín Nebreda ante sus propias narices, sin que ella llegara a sospecharlo jamás.

Seguramente hubo señales. Quizá, si ella hubiera tenido una pizca de malicia, habría recelado de aquellas visitas de su prometido que, de ser breves y esporádicas, pasaron a ser casi diarias. Seguramente, si su madre no hubiera enfermado aquel otoño, habría encontrado extraño que Joaquín nunca las visitara las tardes en que Teresa acudía a la catedral. Pero su madre estuvo muy enferma, y al principio Luisa no vio nada raro en cómo Joaquín solicitaba a Teresa que se sentara al piano, ni en los largos minutos en que permanecía pensativo mientras ella acariciaba las teclas y las acompañaba con su voz dulce y melosa, más voluntariosa que acertada, sin que las comparaciones de Teo entre su afinación y la de un grillo lo sacaran de su abstracción.

En muchas de aquellas tardes en compañía de los mellizos, también Andrés Nebreda estaba presente. El hermano mayor de Joaquín había obtenido una

cátedra en el Instituto de Burgos el año anterior. Era el intelectual de la familia, y a Luisa la acobardaban su aspecto severo y la rigurosidad de sus comentarios. Los Garay, sin embargo, se mostraban mucho menos impresionados que ella, y hablaban con él con el mismo desenfado que empleaban con los demás. Eran extraños y exóticos, y mostraban una seguridad en sí mismos ante la que Luisa se sentía poca cosa. En especial Teresa, con su risa cristalina y aquel impostado batir de pestañas que empleaba para burlarse del mundo, con la gracia de sus movimientos y la picardía de sus comentarios, la hacía sentir gris, anodina y provinciana. Andrés Nebreda solía observarlos en silencio, atento a sus bromas pero sin participar en ellas, tan pensativo como Joaquín cuando Teresa se sentaba al piano. Nada hacía presagiar que algún día ofrecería matrimonio a la joven. Mucho menos, que ella lo aceptaría.

Pero bastante antes de que eso sucediera, la sociedad burgalesa ya había comenzado a murmurar sobre los hermanos. Acompañada por su criada, Teresa acudía a menudo a rezar a la catedral, enlutada y con mantilla. Pero aquella apariencia de decoro no impedía que disfrutara de las masculinas exclamaciones de admiración que levantaba a su paso. Ligera, fue pronto la opinión de las matronas de Burgos cuyas hijas casaderas quedaban opacadas en el Espolón por el paso cadencioso de aquella muchacha a quien ni el negro de las ropas impedía destacar sobre las demás.

Y luego estaba aquella manera de moverse. Algunas advertencias llegaron a oídos de la madre de Luisa: «Camina como si bailara, esa ondulación de las caderas, ese paso marcado, medido, constante, como si lo hiciera al compás de una música que solo ella escucha... Los hombres lo ven, una especie de llamada muda a la que responden por instinto. Cuidado, cuidado con ella, Juana, ya se sabe que la sangre en aquellos lares es caliente...»

Las insinuaciones desbordaban la capacidad de actuación de la madre de Luisa, todavía incapaz de bajar a la calle sin agotarse en las escaleras. Prohibir salir a la joven tampoco era una opción: su tutela correspondía a su hermano, Teo. Era con él con quien debían razonar, a quien debían convencer de que las costumbres en la ciudad eran diferentes que en Cuba. El día que Cayo tuvo aquella charla con Teo Garay, Luisa había escuchado a escondidas. Si Teresa la hacía sentir gris, aquel joven le provocaba desconfianza. Sus maneras eran suaves, pero su sagaz mirada parecía capaz de leer todos los secretos del alma de una persona. Y no es que Luisa tuviera secretos que ocultar, salvo el de añorar a Pedro Herrero o envidiar el esplendor de Teresa. Pero no le gustaba que Teo Garay la mirara y tratara de adivinarlos.

El joven había escuchado a su padre con su acostumbrada cortesía. Había agradecido sus consejos, su preocupación, el afecto que les mostraba... y con

firmeza había rechazado la injerencia. Y aduciendo que estaban abusando de su hospitalidad, le comunicó que había decidido mudarse con su hermana y su criada a una vivienda en la calle Barrantes, desde la que verían campos, el río y el cielo, pues no acababa de acostumbrarse a la falta de luz en las callejuelas del interior de la ciudad.

Sus razones no pudieron ser replicadas por Cayo Montero. No tenía ningún tipo de autoridad sobre él. Teresa no pareció tan conforme con el traslado; ella vivía a gusto con los Montero, y no le importaba en absoluto compartir la habitación de Luisa. Pero no podía negarse a la decisión de su hermano. Unas semanas después, las veladas con Teresa al piano, con Joaquín mirándola pensativo, con Andrés erguido en una butaca y Teo sonriendo burlescamente, se habían acabado. También se acabó el contacto diario entre Luisa y su prometido.

¿Había comenzado a sospechar por entonces? Con el tiempo, Luisa había llegado a dudar, pero se inclinaba por pensar que no.

Con el traslado, los hermanos pusieron fin a su luto. Demasiado pronto, juzgó escandalizada la buena sociedad de Burgos la primera vez que Teresa apareció en el Círculo con un vestido de seda rosa oscuro. Demasiado pronto, y demasiado osada, mientras las demás jóvenes de diecisiete años vestían discretos blancos o tonos empolvados. Los cuchicheos la rodearon, pero a Teresa no le importaban. Acudió a saludar a Luisa en cuanto la vio, y lo hizo con aquel afecto que era capaz de imprimir a sus palabras cuando quería. Tras darle un abrazo, le dijo que lo único que echaba en falta en su nueva casa era a ella. Tenía una extraordinaria habilidad para hacerte sentir una persona única, especial. Luisa fue consciente de cómo atraían la atención sobre ellas en aquel baile. A pesar de las miradas censoras de las matronas de la ciudad, aceptó acompañarla aquella velada, charlar con ella entre baile y baile, ser confidente de sus ilusiones, de sus quejas, de su incipiente aburrimiento en aquella ciudad que ya comenzaba a quedársele pequeña. Empezaba a vislumbrar que a Teresa Garay la opinión de los demás no le importaba en absoluto, siempre que reconocieran su seducción. Era como si se alimentara de admiración; resplandecía cuando los rostros de los demás reflejaban fascinación y entusiasmo. ¿Eso debería haberle puesto sobre aviso? Tal vez, pero en aquella velada, Teresa no dedicó ni un minuto, ni uno solo, a Joaquín Nebreda.

Veinte años después, Luisa aún no era capaz de burlarse sin una punzada de dolor de la ingenuidad de aquellos días. Cuando Teresa se retiró, Joaquín se acercó a Luisa. Alabó su aspecto, se interesó por lo que había estado haciendo las últimas semanas. «Lamento no haber podido visitarte más a menudo. Mi padre insistió en que elaborara un informe para el presidente del partido sobre el proyecto de creación de Cámaras de Comercio. Lo necesita antes de las

vacaciones, por eso no he podido verte apenas.»

Luisa le creyó.

Tan solo una semana después, la fecha de su boda quedaba fijada para mayo.

A veces, Luisa se preguntaba por qué había hecho oídos sordos a las murmuraciones y defendido a Teresa a capa y espada, cada vez que alguna de sus amigas insinuaba que la joven era ligera y casquivana. Argumentaba que no la comprendían, que en Cuba las costumbres eran otras, que no había ninguna maldad en su trato afectuoso y franco. Eran las palabras que Teresa decía riendo, mientras se probaba ropa ante el espejo cuando Luisa acudía a visitarla. Su falta de pudor, su desparpajo cuando se inclinaba hacia delante para vestirse, con el pecho a punto de escapar del corsé más ceñido que Luisa hubiera visto jamás, la turbaban. Pero no se atrevía a mencionarlo, porque entonces Luisa sería una más de aquellas provincianas mojigatas que tanto aburrían a Teresa, y no alguien especial con libre acceso a su casa y a su vida y a sus sueños, unos sueños que hacían enrojecer a Luisa, cuando su amiga los revelaba en susurros junto a ella.

Luisa se había creído especial para Teresa. Había sucumbido a la fascinación de su vitalidad, su belleza, su descaro, de aquel mundo diferente, cálido y sensual, del que provenía. Pero aquella luz que derramaba, aquella alegría, tenía un lado oscuro y escabroso cuando las cosas no salían a su gusto. Como una flor carnívora que atrae con su esplendor a los insectos que mueren devorados porque no comprenden a tiempo el peligro de algo tan bello.

Luisa fue uno de aquellos insectos.

—Deberías llevar un corsé especial el día de tu boda —había dicho Teresa, una tarde de finales de abril en que parecía de un humor sombrío, algo completamente inusual en ella—. Tengo uno perfecto. Déjame que te lo pruebe.

La ausencia de alegría aquella tarde, las frases ácidas salpicadas por largos silencios, mantenían a Luisa desconcertada y algo temerosa. Y aunque trató de negarse, la escasa fuerza que puso en su objeción no detuvo a Teresa. No era fácil detenerla cuando algo se le antojaba. Su amiga llevaba días extraña, taciturna. Sus menciones a la boda se habían vuelto frecuentes, pero nunca revestían un tono feliz. Luisa achacaba su mal humor a que temía sentirse sola; por eso, sus visitas se habían hecho diarias. Pero verla no parecía aligerar su irritación.

Su negativa a probarse el corsé careció de convicción, porque no quería enojarla. Y sin oponerse realmente, Luisa se encontró frente al espejo del vestidor, con Teresa a su espalda desabrochando su vestido. No era la primera vez que Luisa se probaba ropa con ella, pero aquella vez intuyó un ánimo diferente en sus gestos secos. Un sudor frío bajó por su espalda cuando las palmas de la joven resbalaron por sus hombros, deslizando el vestido hacia abajo con decisión. No se atrevía a moverse mientras veía su cuerpo semidesnudo y la cabeza de Teresa inclinada tras ella, soltando los corchetes de su formal corsé. Y a medida que se aflojaban, que el aire rozaba su piel bajo la camisola, que el corsé se apartaba por completo de su cuerpo, ella se sintió líquida, floja, perdida. Las rodillas comenzaron a temblarle. Teresa la dejó un momento a solas para regresar con aquella pieza de seda rosa satinada y encaje negro que colocó sobre su cuerpo. Y entonces, lo que Luisa sintió al tacto de aquellas manos que lo acomodaban sin prisas bajo su pecho, sobre su vientre, fue demasiado. Se apartó bruscamente, muy consciente del calor que parecía quemar las zonas donde las manos de Teresa se demoraban. Mientras recogía del suelo su viejo corsé y su vestido, Teresa se recostó en el diván mirándola con sorpresa y cierto desdén, ese mismo desdén que las había sobrevolado toda la tarde sin que Luisa conociera la causa. No se atrevió a enfrentar su mirada hasta que estuvo vestida. Fue Teresa quien rompió el silencio.

—Seréis muy felices en vuestro matrimonio. Os merecéis el uno al otro.  
Eso fue todo. Luisa salió de la casa llena de incertidumbre.

En los días siguientes, Teresa se comportó como si nada sucediera. Pero sin saber de qué se trataba, Luisa sabía que algo pasaba, y la evitó. Pretextó estar enferma para no contestar sus notas e invitaciones. No volvieron a verse hasta la víspera de la ceremonia, en la casa de Huerto del Rey que sus padres le habían cedido como dote. En la habitación que iba a ser de su marido. A través de la rendija, al girar con sigilo el pomo de la puerta que comunicaba aquella habitación con la suya. Desnuda sobre la cama, con Joaquín entre sus piernas y el corsé rosado y negro tirado en el suelo. También sorprendida al ver a Luisa a través de la rendija. Pero en absoluto perturbada, ni arrepentida, ni avergonzada.

¿Qué debería haber hecho en aquel momento? La mirada fija de Teresa pareció desafiarla a que acabara de abrir esa puerta que Luisa cerró con sumo cuidado, como si haciéndolo pudiera reparar aquel matrimonio que acababa de destrozarse aun antes de empezar.

Cuando regresó al salón, las fuerzas la abandonaron. Se dejó caer sobre el sofá al que ni siquiera habían retirado aún la funda. Teo Garay se inclinó junto a ella para preguntarle si quería un vaso de agua. El sobresalto devolvió el color a las mejillas de Luisa. Lo miró aterrada y él sonrió; una sonrisa plenamente consciente que convirtió el estado de profunda conmoción en que se encontraba en la humillación más absoluta. Lo había encontrado a la salida de misa, y él había insistido en acompañarla a la casa para saber qué opinaba del cuadro que le había enviado como regalo. Su insistencia le había parecido extraña, pero había cedido. Y, al entrar, los quedos sonidos que rompían el silencio de una casa deshabitada le habían llevado escaleras arriba.

Un súbito temblor se apoderó de ella, al pensar en qué habría pasado de ser otra persona quien los hubiera encontrado. Intuyó que él lo habría impedido: aquel parecía un «espectáculo» destinado en exclusiva a su disfrute personal.

¿Y por qué? ¿Por qué ella, por qué no antes, por qué ese día, cuando ya apenas nada tenía remedio? ¿Qué les había hecho ella a los Garay, además de abrirles confiadamente las puertas de su casa y de su vida, para que le asestaran aquella puñalada definitiva? Una rabia infinita, una cólera que apenas sabía cómo controlar se apoderó de ella. Echó a Teo Garay de su casa a empujones. Cuando se quedó a solas, luchó con todas sus fuerzas contra el impulso de regresar y abrir la puerta de una patada, y gritar que los había descubierto, y golpearlos, y liberar aquella angustia que la hacía sentir mareada y débil.

Cobijada bajo la escalera, no supo si estuvo allí diez minutos o una hora, ahogada en una mezcla asfixiante de ira, desconsuelo, despecho, repugnancia... Aquel resultó el tiempo más angustiante de su vida, barajando la idea de romper el compromiso. ¿Quién no la comprendería, después de encontrarlos juntos en su propia casa? ¿Quién le diría que los hombres son así, que hay que aguantar, que

las esposas y las amantes son cosas diferentes? Pero la malsana satisfacción de imaginar la sorpresa de Joaquín, su pesadumbre, su arrepentimiento, decaía ante la realidad de que no podría hacerlo. No podía imaginarse aguantando el escándalo, los rumores, los comentarios a sus espaldas, las risas, las burlas, la conmiseración, los «por algo será» o «algo habrá hecho».

Al fin oyó pasos en la escalera. Luisa se ocultó en la sombra. Teresa bajaba apresuradamente, ajustándose el sombrero sobre la cabeza. Acababa de pisar el suelo del recibidor cuando se oyó la voz de Joaquín llamándola, furioso. Ella no se dio la vuelta, y salió de la casa dando un portazo.

Cuando sintió la presencia de Joaquín en la barandilla, Luisa salió de su escondite para colocarse ante la escalera. Su sobresalto al verla fue ostensible. Sus nudillos se blanquearon, aferrados a la madera. Parpadeó varias veces, como si no pudiera creerse que ella estuviera allí. Fue Luisa quien rompió el silencio:

—Os he visto en la habitación.

Y aunque hasta entonces había conseguido mantener a raya las lágrimas, brotaron tan bruscamente que su visión se nubló. Cerró los ojos con furia para apartarlas, y salió corriendo en busca de refugio. Lo encontró en el cuarto de baño, donde se encerró.

Nada de eso le podía contar a Áurea. Era su secreto y su vergüenza, la herida abierta por la que su matrimonio se había desangrado hasta morir, muchos años atrás. Lo único que realmente la apenaba era comprender que, estando Teresa de por medio, jamás había tenido ninguna oportunidad.

Aquella tarde había estado horas sentada en el suelo del cuarto de baño, con las rodillas contra el pecho, incapaz de permitir que él la tocara. Al principio, la voz de Joaquín había sonado confundida, casi balbuceante. «Qué dices, mujer, qué has visto, qué te pasa, por qué no abres, no te entiendo...» Luego, poco a poco, mientras Luisa se acurrucaba contra la pared, se había ido empequeñeciendo al otro lado de la puerta. Entonces habían llegado los «no lo entiendes, no es lo que piensas, no comprendes, tenemos que hablar, soy un hombre, déjame explicarte...».

Y por último, cuando nada de eso había funcionado, cuando Luisa había agotado la última de sus lágrimas y permanecía con la mirada perdida en el grifo de hierro fundido que goteaba sobre la porcelana, había llegado el arrepentimiento: «no sé qué me ha pasado, ella no significa nada, yo te quiero, te lo juro, solo ha sido esta vez, no sé qué me ha sucedido, antes de darme cuenta estaba allí, y ella ni siquiera me importa, perdóname, por favor, lo siento, lo siento, qué vas a hacer... sal, por Dios, Luisa, sal, perdóname, dime qué vas a hacer...».

Ella temblaba de frío y lástima por sí misma cuando salió.

No se atrevió a mirarlo a los ojos mientras aguantaba sus excusas, sus razones, sus peticiones de perdón. No le creía. Las horas acurrucada contra las baldosas del baño le habían dado la oportunidad de pensar. Estaba segura de que su relación venía de tiempo atrás. ¿Cuánto? No lo sabía, unos meses tal vez; y aunque no quería torturarse pensando cuándo había sido la primera vez, cómo, dónde, recordaba las frecuentes ausencias de su prometido mientras Teresa pasaba horas en la catedral.

Pero al final cedió. Mucho después, cuando ya el sol había abandonado aquella calle, cuando su madre estaría preocupada pensando dónde se habría metido. Cedió porque no tenía otra salida, porque era demasiado cobarde para anular una boda pocas horas antes de celebrarse y dejar que todo el mundo comprendiera su humillación. Porque aquel matrimonio era la meta para la que la habían preparado, porque quería formar parte de aquella sociedad a la que tanto se había esforzado en amoldarse, y no se sentía capaz de empezar otra vez. En cuanto intuyó su flaqueza, Joaquín aprovechó la oportunidad: se arrodilló ante ella, trató de tomar sus manos, de apoyar la frente en sus piernas; se lo rogó, se lo suplicó, y finalmente consiguió que ella cediera, con una condición innegociable: que jamás la volviera a ver. Y sin pestañear siquiera, él fue en busca de una Biblia a las estanterías de su despacho, y sobre el libro sagrado juró sin dudas que jamás volvería a verla.

Incumplió el juramento, por supuesto. Pero aquella tarde sus palabras sellaron para siempre el compromiso entre ambos, la unión de sus vidas ante Dios y los hombres.

Sonreír el día de su boda fue una tarea ardua, pero se sobrepuso diciéndose que ella era la esposa, y Teresa, la absurda Teresa, la insensata Teresa, una amante para la que la vida decente quedaría proscrita. Luisa aguantó sin pestañear el hecho de tener que ver a los Garay en la iglesia y en la celebración. Aguantó apretando los dientes la jovialidad de Teresa en el baile. Aguantó las miradas de embeleso que arrancaba de los invitados, la corte de admiradores que estuvo atenta a sus deseos. Cruzó con ella algunas palabras para no alarmar a sus padres, sonriendo tan falsamente como ella. Pasó el día, pasó el trago. Acabó el baile, y en su noche de bodas, en la mejor habitación del mejor hotel de Burgos, el fantasma del cuerpo gloriosamente desnudo de Teresa Garay durmió entre ellos.

Luisa no volvió a verla hasta diez meses después. Había sido muy cuidadosa tratando de no coincidir con ella en ningún lugar, y tuvo suerte. No era

ajena a los rumores que corrían por la ciudad, involucrando a los Nebreda y a algún otro incauto, pero ella se hizo siempre la desentendida. No esperaba que tuviera la desfachatez de presentarse una tarde en su propia casa, mientras Luisa reposaba su embarazo, como le había aconsejado su hermano.

El anuncio de la visita la dejó paralizada. Secamente, dijo a la criada que la excusara. Pero sin saber por qué, antes de que la mujer cerrara la puerta había cambiado de idea. Se apoyó en los brazos del sillón para levantarse pesadamente, y gritó: «¡Espera, Matilde!» La puerta volvió a abrirse.

Cuando entró en la sala, Teresa dejó la figurita del aparador con la que estaba jugueteando y se volvió. Seguía siendo la criatura más hermosa que Luisa hubiera visto nunca, pero su piel macilenta y las sombras bajo los ojos denotaban que no estaba en sus mejores momentos. Luisa prescindió de su piedad cristiana para regocijarse internamente con sus dificultades.

Pero su euforia fue prematura. Teresa vio su satisfacción y esbozó una sonrisa plena de ironía. Luego, meneó la cabeza, como si la compadeciera. Su mano se deslizó sobre la superficie de madera. Lanzó sus palabras al aire con tanta suavidad como intención:

—Las náuseas matinales me tienen agotada. Qué afortunada tú, que no las sufres.

El frío se extendió por Luisa. Un frío atroz, definitivo, que clavó las garras en su corazón para escarchar la pequeña llama de esperanza que su deseada maternidad había prendido en su matrimonio.

—No me interesan tus problemas —repuso, tratando de sonar firme.

—¿No? ¿Ni siquiera este?

Teresa colocó las manos sobre un vientre que, a diferencia del de Luisa, no mostraba ningún signo de embarazo.

—Ese menos que ninguno. No eres bienvenida en mi casa. Vete antes de que haga que te echen a patadas.

Pero su bravata no engañó a la mujer.

—Cuánta altivez. —Rio sin humor—. Antes no eras así. Pero te conozco, Luisa, no me echarás. En el fondo, quieres saber.

¿Quería saber? Luisa estaba segura de que no, pero vaciló; una debilidad que la desconcertante agudeza de su adversaria no iba a dejar pasar. Sin haber sido invitada a ello, Teresa tomó asiento frente a la chimenea apagada.

—Tenía que haber hecho caso a mi hermano y dejar esta ciudad hace ya muchos meses —dijo sin mirarla, extendiendo las manos hacia delante como si pretendiera acercarlas a un inexistente fuego—. No sé por qué no lo hice cuando pude...

—Bueno, ahora tendrás que hacerlo —replicó Luisa con malevolencia,

olvidando su propósito de no escuchar nada de lo que dijera.

—Sí, ¿verdad? —Teresa inclinó la cabeza para mirarla de soslayo—. Estoy segura de que te sientes muy orgullosa, creyendo que tú has triunfado y yo he perdido. Yo estoy segura de que hemos perdido las dos.

Luisa no sentía ningún orgullo, ningún triunfo.

—¿A qué has venido?

—He estado pensando. —Volvió la mirada al hogar vacío—. Hace meses que Teo insiste en que no aguanta más esta ciudad que le asfixia.

—Sería una gran noticia para todos que os marcharais los dos.

—A veces yo también siento que me asfixio —continuó, sin escucharla—. Es todo tan pequeño, tan mediocre, tan insignificante... Creo que tiene razón, en Madrid nos irá mejor. Es solo que ahora... —miró hacia abajo, hacia su vientre— tengo que ocuparme de esto.

Luisa no se inmutó.

—Te condenarás al infierno para toda la eternidad.

Teresa volvió la cabeza rápidamente hacia ella. Una mueca burlona iluminaba de nuevo su cara.

—Pero a ti no te importaría, ¿verdad? —Luisa mantuvo el gesto impertérrito y Teresa se reclinó en la butaca—. No te preocupes, no estoy hablando de eso que piensas. Tengo una buena solución. No sé si quiero aceptarla, pero la tengo...

De repente, Luisa se sintió agotada por aquella conversación que no conducía a ningún sitio.

—Quiero que te vayas de mi casa, Teresa. Ahora.

—Ahora quieres que me vaya de tu casa. —Se puso en pie para mirarla de frente—. Antes te morías porque te dejara entrar en la mía.

Su desfachatez soliviantó a Luisa.

—Eso fue antes de verte desnuda, fornicando con mi prometido como una ramera.

Los labios de la joven se comprimieron en una fina línea que dio a su semblante un aspecto furioso, pero sus ojos brillaron provocadoramente.

—No te reconozco en tanta vulgaridad. ¿Qué es lo que tanto te molesta, Luisa? ¿Que fuera tu prometido, o que no fueras tú?

La bofetada de Luisa las sorprendió a ambas.

—Vete de mi casa en este mismo instante —ordenó con voz descompuesta—. No sé de quién es ese hijo que, según tú, llevas, pero no es de mi marido. No se te ocurra que vayas a tener ninguna relación con mi familia ni que nadie vaya a reconocer a tu bastardo. No quiero volver a verte jamás, ¿me oyes? Jamás.

No esperó a saber si obedecería su orden. Con un rumor de telas, Luisa dio

la vuelta con celeridad para salir de la sala.

Aquella noche, cuando al fin Joaquín regresó, todo el dolor y la rabia de Luisa se concentraron en él. Mientras se servía su acostumbrada copa en el despacho, Luisa entró hecha un furioso mar de lágrimas. Se abalanzó sobre él, golpeándolo, arrojándole todas sus acusaciones antes de que se repusiera de la sorpresa. La puñalada dolía, incluso más ahora que la primera vez, porque ahora ya no era solo Luisa sino aquel hijo que estaba por llegar y al que amaba profundamente sin haberlo visto aún. Y por su hijo, por sus derechos, tensó la cuerda hasta el límite, y amenazó a su esposo con el divorcio si reconocía a aquel bastardo. Joaquín lo negó todo, lo negó con rotundidad y sin vacilaciones, mientras ella trataba de volver a golpearlo. Hasta que, agotada, derrotada, cayó sobre él. Entonces notó la forma del medallón en el bolsillo de la chaqueta. Con la guardia baja tratando de calmarla, su marido no pudo impedir que lo sacara y corriera con él hacia el fuego.

—¿Qué es esto? —preguntó mientras trataba alocadamente de abrirlo.

—Luisa...

—¿Qué es? —El cierre se aflojó. Un mechón de pelo cayó al suelo cuando sus manos lo abrieron, descubriendo la fotografía de una desafiante Teresa—. Te lo ha dado ella, ¿verdad? Has vuelto a estar con ella. Me juraste que no volverías a verla, Joaquín. Me lo juraste.

Y con un grito de rabia que le dejó la garganta en carne viva, lo arrojó con todas sus fuerzas al fuego, donde tras golpear la pantalla de hierro que lo protegía desapareció entre una nube de chispas y cenizas.

Nunca jamás volvió a verla. La inesperada noticia de su compromiso con Andrés Nebreda causó una profunda conmoción en todos ellos. Joaquín trató de presionar a su hermano para que reclusa de aquel compromiso insensato y necio.

—Está embarazada, por Dios. Y ni siquiera sabes de quién.

—Vamos a casarnos —fue la desabrida respuesta de Andrés—. Y el padre soy yo.

Un año después de la boda de Luisa y Joaquín, una segunda ceremonia tenía lugar en la familia Nebreda. El avanzado estado de gestación de Luisa, casi a término, justificó su ausencia de la misma. Los dos últimos meses de embarazo no habían sido buenos, y había tenido que guardar reposo. Era Justina, su cuñada desde hacía dos años, quien le comentaba las murmuraciones que aquella situación había generado.

—He oído que se van a Madrid. La hermana del ujier me ha dicho que Andrés ha renunciado a la plaza del instituto. Si es que ya se lo dije yo a Alonso, que Andrés frecuentaba demasiado aquella casa... Claro que los hay que piensan

que a quien frecuentaba no era a ella, sino al hermano... Ayer la mujer del talabartero me comentó que la patrona de la pensión le dijo que vio algo raro cuando acudió a visitarle el adjunto... Yo no diría una cosa o la otra, pero no me negarás que es raro que a sus veintisiete años nunca haya tenido novia, ¿no crees?

—Pues ahora está casado. Un rumor menos —cortó secamente Luisa.

Los rumores la molestaban; batallaba duramente contra su malsana necesidad de saber, porque el recuerdo de aquellas palabras en boca de Teresa aún la alteraba. Lo único que le importaba era que se fueran. Que no tuviera que volver a verla. Que los dejara solos a Joaquín y a ella para tratar de reparar aquello que Luisa sabía irreparable. El padre Anselmo la había visitado para interesarse por su salud, y sus consejos habían sido los esperados: perdón, amor marital, misericordia, absolución. Aquello solo eran pecadillos de hombre; una mujer piadosa y cristiana sabía esperar con paciencia que el marido regresara al calor del nido familiar, y recibirlo amorosamente cuando eso al fin sucedía, sin reproches ni amargura que lo alejaran nuevamente. A veces, Luisa se complacía en el sacrílego pensamiento de que Dios era hombre, porque las cargas que imponía a las mujeres eran injustas y despóticas.

Y al fin, llegó Paula. Tras un día y medio de parto, cuando Luisa ya deliraba de agotamiento y extenuación, la partera puso en sus manos a aquella criatura diminuta, sucia y arrugada que colmó por completo su corazón nada más verla. Un llanto imparable la mantuvo pegada a su hija a pesar de los intentos de la partera por separarla de ella y entregársela a la nodriza.

Su hija colmó su vida de amor. Pero, al mismo tiempo, aparecieron los miedos, la preocupación por su futuro. El embarazo de Teresa pendía sobre este como una incierta espada de Damocles.

Andrés Nebreda y Teresa se marcharon a Madrid antes del comienzo del curso escolar. El alivio que supuso la noticia para Luisa se vio empañado por la persistente duda que no conseguía eliminar. Confinada en su habitación tras el parto, Justina le contó la fuerte discusión entre Andrés y sus padres. «Le habían prohibido que continuara su amistad con Teo Garay, y él no solo les ha desobedecido, sino que se casa con la hermana. Tu suegro va a desheredarle.»

No creía que eso preocupara a Andrés; los Nebreda tenían más orgullo que dinero. Pero aquella discusión no añadía luz a la situación; al contrario, las relaciones tejidas por los Garay en su estancia en Burgos le resultaban a Luisa cada vez más incomprensibles, oscuras e inquietantes.

Los nombres de Andrés y Teresa dejaron de pronunciarse en la casa de los Nebreda y en el hogar de Luisa. Dejaron de existir para su familia. Aquella discusión borró su presencia y sus huellas; pero nunca pudo borrar los recuerdos

de Luisa. A finales de año, sucumbió a la tentación de saber algo más. Tuvo que recurrir a Pedro Herrero, a quien su encargo sorprendió, incomodó y probablemente pareció mal. Pero entonces, como otras veces después, el administrador calló para cumplir la orden de Luisa, porque pocas veces supo negarle aquello que ella deseaba.

Por él conoció que Andrés trabajaba en un instituto de Madrid, sustituyendo a un catedrático enfermo, y que los hermanos vivían muy próximos uno al otro; Teresa, con su marido y su hija, en un piso de la calle de La Lealtad cercano a los jardines del Retiro; Teo, en otro piso al comienzo de la misma calle. El dinero de los Garay era más que suficiente para mantenerlos a todos sin problemas.

La información de que el bebé de Teresa había sido niña le resultó indiferente, pues por entonces aún creía que daría a Joaquín el pretendido heredero. Luego, con los años, cuando dos peligrosos abortos acabaron de secar su esperanza, se alegró de que aquel no hubiera sido un pequeño varón con los rasgos de Teresa Garay y los Nebreda. No supo más de ellos hasta que, tres años después, Pedro le informó de que Teresa había abandonado a Andrés y a la niña.

Esta era la única información fidedigna que Luisa tenía. En cuanto a los motivos de Teresa para abandonar a su hija o cómo había discurrido la convivencia en la calle de La Lealtad, solo podía conjeturar lo sucedido. Pero Áurea no necesitaba suposiciones.

Lo que explicó a su sobrina fue lo que sabía: un matrimonio contra la voluntad de los Nebreda, una lucha de voluntades que Andrés había culminado trasladándose a Madrid, un nacimiento que había colmado de felicidad a su padre, y una convivencia de tres años de la que no podía darle más datos. También que, al abandonar a su familia, Teresa había renunciado a cualquier derecho que pudiera tener sobre Áurea. Su elección la había arrancado de la vida de su hija tan radicalmente como si hubiera fallecido, y, por tanto, eso era lo que Andrés había decidido que su hija creyera.

Luisa suponía que la drástica decisión pretendía evitar a Áurea el dolor de saber que su madre no la había querido lo suficiente para mantenerse a su lado. Una vez, había escuchado el rumor de que vivía en Buenos Aires con un diplomático. Tal vez fuera falso; no podía decirlo. Solo sabía que, cuando Áurea llegó a Burgos, once años después de la marcha de Teresa Garay, y Joaquín le explicó que creía a su madre muerta, ella había tenido sus motivos para mantener la farsa. Once años habían sido suficientes para amoldar su matrimonio al acuerdo de negocios en que ambos cónyuges sabían que se había convertido. Pero once años no bastaban para enfrentarse a aquel fantasma que, burlándose de su aceptación y conformismo, le habría retado a romper los límites de su vida; a

probar más; a asomarse a aquel abismo de efervescencia y locura y pasiones que eran el cuerpo y el espíritu de Teresa Garay.

La cobardía de Luisa había contribuido al engaño. Pero no tenía las respuestas que Áurea necesitaba. Vio la decepción que su explicación produjo en su sobrina; también su desconfianza, intuyendo que le ocultaba más de lo que contaba. Pero Luisa había sido sincera; eso era todo cuanto podía contar, porque no creía que la vida de Teresa, antes de que Áurea naciera, incumbiera a su hija.

Aquel día, Áurea salió de casa de sus tíos sintiendo que la herida, lejos de cerrarse, se había agrandado. Pasó el resto de la tarde ensimismada en la cocina, mientras el guiso de carne y patatas borboteaba sobre el fogón. Cuando Ignacio llegó, pensó en contarle lo que había averiguado, pero cuando fue a colocar dos platos sobre la mesa, él rechazó el gesto.

—Solo he venido a cambiarme de traje, hoy no me quedo a cenar. Me esperan los empresarios teatrales que llevaron *Las corsarias* a Valencia. —Áurea se volvió para guardar uno de los platos, e Ignacio elevó la voz mientras se alejaba por el pasillo—. Tienen un vodevil que dicen va a romper la taquilla. Quiero hablar con ellos, estoy seguro de que podríamos adelantar una reseña, y luego reservarles una página para el anuncio. Supongo que deberíamos subirles las tarifas, si va a ser un éxito como el de la otra vez. Tengo que hablarlo con Vázquez, pero vamos, que en mi opinión es cosa hecha. No me esperes despierta, creo que se hará tarde.

Ella nunca le esperaba despierta. Lo había hecho las primeras noches, pero su vigilia parecía molestar a Ignacio. «No pierdas sueño por mis obligaciones», le había dicho con gesto afectuoso, pero ella había sentido la tensión de la caricia sobre su mejilla.

Oyó la puerta del armario al cerrarse. Reconoció en los silbidos de Ignacio la famosa tonada de la «banderita» de aquella obra. Se acercó al fogón y tomó el trapo que había sobre los azulejos para no quemarse con el asa de hierro.

—Mañana tienes que ir al ministerio —le recordó, elevando la voz para que la escuchara desde el otro lado del pasillo. Luego colocó el puchero sobre la mesa de la cocina. A la luz amarillenta, el caldo del guiso se balanceó con reflejos irisados. Una imprevista arcada la obligó a sentarse.

—Todos los días tengo que ir al ministerio —replicó él despreocupadamente al volver a la cocina—. Si lo que te inquieta es que me quede dormido, descuida que no lo haré. Estoy más que acostumbrado a dormir poco. Además, puedo echar una cabezadita en el archivo si me ofrezco

voluntario para buscar algún expediente. A nadie le gusta bajar allí, está desordenado, lleno de polvo y muy oscuro. Estoy seguro de que incluso hay ratones. Si me lleva una hora encontrar algo, no le extraña a nadie. —Retiró ligeramente la manga de su chaqueta para mirar su reloj de pulsera—. Es tarde, me estarán esperando ya. ¿Estás bien? Te noto pálida.

Áurea calló cuando él se inclinó para darle un beso en la frente. Segundos después, la puerta de la calle se cerró sin que ella hubiera llegado a responder.

Se sirvió el guiso sin ganas de tomarlo. Estaba segura de que su malestar tenía que ver con la enorme decepción que había sentido tras las explicaciones de su tía. Tanto que le había costado reunir el valor para hablar con ella, y seguía sin saber prácticamente nada, salvo que su madre se había ido.

Ignacio no había comprendido su nerviosismo ante la cita, ni ahora le había preguntado qué tal la charla con su tía. Áurea jugueteó con la cuchara en su plato. Él no pensaba que lo de su madre fuera realmente un problema; en el fondo, no lo había pensado ni siquiera la noche en que ella había acudido a la pensión, empapada y perdida por completo. En cuanto a Paula, las conversaciones del rescate en las que participaba Horacio Echevarrieta habían conseguido, a finales de enero, la liberación de los cautivos. Pero desde que doña Eugenia se presentara en su casa para decirles, disculpándose, que Miguel Vega no deseaba que Paula acudiera a verlo por el momento al hospital de Málaga donde lo habían trasladado, tenía el ánimo por los suelos, y era Áurea quien debía tratar de consolarla a ella.

—No quiere que le veas en ese estado, es lógico. Recuerda lo que contaban los periódicos, que la gente que los vio en el barco de Axdir a Melilla lloraba porque les parecía un milagro que unos hombres que apenas eran capaces de hablar pudieran mantenerse en pie. Hasta su hermano lo dijo, que parece un esqueleto. ¿Cómo va a querer que, después de tanto tiempo, lo veas así? En cuanto recupere fuerzas, será él quien venga corriendo a buscarte.

Paula la miraba con las lágrimas a punto de caer.

—¿Y si ha cambiado de idea?

—No sé por qué iba a hacerlo.

—¿Y si ya no le intereso? ¿Y si ha conocido a otra, allá en Axdir?

—Paula, por amor bendito, estaba en un campo de prisioneros. ¿A quién crees que podría haber conocido allí?

Su prima se encogía de hombros y las lágrimas caían.

—Quiero verle, Áurea. Necesito verle.

No podía agobiarla con sus propios problemas, que, a decir de Ignacio, no eran tales porque nunca había conocido a su madre y, por tanto, no podía echarla de menos.

Áurea se sentía sola. Recién casada con el hombre que siempre la había atraído, viviendo en la ciudad de su infancia con sus familiares, rodeada de compañeras en el aula y la residencia donde siempre quiso estudiar, se sentía más sola que nunca.

Se preguntó si así serían siempre las cosas.

Paula tuvo que aguardar hasta abril para reencontrarse con Miguel Vega. Tras mucho insistir, la familia del teniente había conseguido que aceptara su traslado desde Málaga hasta el Hospital Militar de Carabanchel. Aun así, pasó un mes hasta que, por fin, Paula pudo verle unos minutos.

Por expreso deseo de su prima, Áurea las acompañó hasta el hospital, pero permaneció en los jardines mientras Luisa y Paula subían a la habitación. Le pareció que dos personas ya eran suficiente visita. Además, aunque ya no estaba enfadada, se le hacía incómodo hablar con su tía como si tal cosa. El trayecto en autotaxi había sido suficiente, por el momento, para retomar aquella relación que aún se le hacía complicado manejar con soltura.

Estaba sentada en un banco a la sombra de un arce, lidiando de nuevo con unas inoportunas náuseas, cuando vio a Manuel Ochoa salir de una puerta lateral del edificio.

Se quedó tan pasmada como si hubiera visto un fantasma. Algo comprensible, pues en su fuero interno siempre había pensado que sería uno de los caídos en Marruecos. Pero allí estaba el hombre, con un brazo en cabestrillo y un cigarro colgando del labio, más delgado incluso que antes, si tal cosa era posible. Caminaba despacio, con la cabeza gacha, como si cada paso encerrara un misterio que solo observándolo atentamente pudiera desentrañar. Áurea no lo habría saludado si él hubiera pasado de largo frente a ella. Pero justo cuando el gran tronco del arce estaba a punto de ocultarla de su camino, él elevó la cabeza y sus miradas se encontraron.

—Un encuentro inesperado —dijo el hombre, quitándose el cigarro de los labios—. Y aunque imagino que no ha venido a visitarme a mí, verla es siempre un placer.

—Qué educada mentira —respondió ella mientras él bordeaba el árbol para acercarse a donde se hallaba.

—Yo no miento nunca. Al menos, si no es necesario. ¿Está usted sola?

—No. He venido con mi tía y mi prima Paula. Hemos venido a visitar a... a un amigo de la familia.

—¿Al teniente Vega?

Áurea vaciló antes de contestar.

—Sí.

El hombre le ofreció su brazo sano.

—No pretendía ser indiscreto. Es solo que el teniente mencionó a su prima algunas veces. Pero, por favor, acompáñeme a dar mi paseo. En breve tengo que regresar dentro, y necesito respirar aire.

Ella echó un vistazo dubitativo hacia la puerta del hospital.

—No nos alejaremos mucho, ¿verdad? No quiero que mi familia se inquiete si no me ve.

—No se preocupe, no perderemos de vista la puerta. Me encantaría hacerlo; alejarme quiero decir, pero la jefa de enfermeras es capaz de movilizar a toda la brigada si no me encuentra. Es la mujer más fea que he visto en mi vida, pero una profesional impecable.

—Sigue igual que siempre, por lo que veo.

La mirada del hombre descendió hacia la mano que llevaba completamente vendada.

—No me refería... —se disculpó Áurea, horrorizada al reparar en la forma del muñón—. Perdóneme, no me había dado cuenta.

Pero Manuel Ochoa no pareció ofendido. Comenzó a pasear, con un suave gesto irónico curvando sus labios.

—No se apure. Solo eran unos dedos de la mano izquierda. En lo básico, soy el mismo. He tenido suerte.

—¡Suerte! —exclamó ella con incredulidad. Pero eso tampoco acabó con la sonrisa del hombre.

—En efecto. Suerte. He vuelto. Apuesto a que usted me creía muerto.

—Si apostar no fuera pecado, yo le apostaría que usted era el primero que no pensaba volver con vida de allí.

Él esbozó un gesto socarrón.

—Cómo me conoce. Tiene razón; estaba seguro de que, si no me encontraba una bala, sería un machete, la disentería o el tifus... Lo único por lo que he rezado muchas noches es porque fuera algo rápido. Claro que con lo que no contaba era con pasar año y medio enterrado en vida, como he estado...

Áurea lo miró de soslayo. Los ojos de Ochoa estaban fijos en algún punto del jardín ante ellos. Sus últimas palabras habían tenido un matiz sorprendido, como si en verdad no pudiera creerse su buena suerte al haber regresado. Luego sacudió la cabeza, y fijó de nuevo la atención en ella.

—He visto su mano. Se ha casado.

—Sí.

—Hombre afortunado, sin duda. Le deseo que sean muy felices.

Continuaron su paseo alrededor de los parterres. Manuel Ochoa le preguntó por su familia y sus estudios universitarios. Ella, por sus planes de futuro, ahora

que aquella mano izquierda equivaldría a una inutilidad para el servicio. El hombre le confió que le habían hablado de un puesto en el Ministerio de la Guerra, en el archivo de la Junta de Sanidad Militar; podía optar a él, pues tenía el bachillerato, y así no tendría que retirarse.

—Entonces, ¿no piensa volver a Salas?

—No. Yo ya no... No —negó definitivamente con la cabeza.

Y aunque hasta entonces había mantenido un tono animado, algo en aquella pregunta lo tornó silencioso. Mientras regresaban a su punto de partida, Áurea quiso saber si lo había ofendido de algún modo. Él la miró como si varios mundos los separaran.

—No, claro que no.

No hubo una sola palabra más hasta que alcanzaron el edificio. Pero cuando Áurea ya pensaba en despedirse de él, el hombre se detuvo para quedar frente a ella.

—Le he dicho que he tenido suerte de regresar, pero no me refería a un regreso físico. Yo soy el mismo que se fue; con tres dedos menos, pero el mismo hombre. Otros, sin embargo, han regresado en cuerpo pero no en mente. Me temo que Miguel Vega es uno de ellos. Pero debe saber que el teniente me habló de su prima muchas veces. Al principio, claro. Luego dejó de hacerlo. No tenga dudas de que la tenía en muy alta estima, pero el hombre que ha vuelto no es el que se fue. Su prima va a tener que armarse de mucha comprensión y paciencia. Dígaselo. Eso, y que él la estimaba con sinceridad.

Áurea no supo qué responder mientras el hombre le estrechaba la mano y se daba la vuelta para volver al hospital. Cuando desapareció en el interior del edificio, regresó a su sitio bajo el arce.

Los minutos que transcurrieron hasta que sus familiares regresaron los pasó sopesando lo que Ochoa había dicho. Un escalofrío bajó por su espalda al pensar que tal vez, como los propios cautivos, su prima había perdido año y medio de su vida esperando. Sus malos presagios se confirmaron cuando Paula y Luisa bajaron la escalinata del hospital.

—Está aún muy débil. —Paula no pudo retener un amago de llanto—. Apenas hemos hablado. La enfermera ha dicho que las conversaciones le agotan. Tal vez no deberíamos haber venido...

—Se ha alegrado de vernos, Paula —intervino Luisa con calma—. Ya has escuchado a doña Eugenia, que no había sonreído desde su regreso, y cuando nos ha visto entrar...

«No sé si eso ha sido una sonrisa», le confesó más tarde Paula, en el simón que las llevaba de regreso al centro de Madrid. Áurea pensó en hablarle de las palabras de Ochoa, pero el asiento trasero de un coche que crujía y traqueteaba

cada vez que atravesaban un bache no le pareció el lugar más adecuado para hablar de aquello. Cuando se apeó, Paula le recordó su promesa de acompañarlas, dos días después, a Lhardy, el único lugar donde, según los Vega, era aceptable que las mujeres almorzaran solas. Áurea asintió, y se dijo que aquel entorno elegante y agradable que tantas ganas tenía Paula de conocer sería mucho más adecuado para tratar el asunto.

Pero cuando llegó la fecha, Áurea no pudo acudir al almuerzo. De hecho, tampoco pudo ir a sus clases en la universidad. Las náuseas y mareos alcanzaron su apogeo aquella mañana. Cuando Ignacio apareció en la cocina, ella aún estaba inclinada sobre el cubo de estaño.

—¿Otra vez estás mal? —La miró con incompreensión mientras desmenuzaba sobre un tazón el pan del día anterior—. Áurea, de verdad que me empiezas a preocupar...

De espaldas a él, Áurea ni siquiera se atrevió a contestar. Cuando pudo incorporarse, tomó el cubo y salió de la cocina. Al regresar, después de haberse refrescado el rostro, la nuca y las muñecas, se sentó junto a Ignacio. El joven estaba removiendo el pan que había remojado en leche. De repente, detuvo el movimiento en seco.

—Oye, ¿no estarás...?

Calló abruptamente, con la cuchara en el aire, sobre el tazón. Áurea fijó su atención en la gota de leche que resbaló hasta la mesa, para no prestar atención al desasosiego que había teñido la voz de Ignacio. Lo había pensado. Toda la semana. Pero la víspera había encontrado una mancha de sangre en su camión, y la idea de un embarazo se había desvanecido antes de poder pensarlo.

—El cocido de la cena ha debido de sentarme mal.

—Pues me alegro de no haber cenado en casa, tienes una cara horrible. ¿Piensas ir a la facultad?

—La verdad es que no tengo muchos ánimos. Tal vez me quede descansando.

—La verdad, nunca he podido entender cómo te gustan tanto las clases. Tener que aguantar a esos viejos pedantes que no hacen sino escucharse a sí mismos cuando hablan... Lo mejor que he hecho en mi vida es dejar la universidad y empezar a trabajar. Si te encuentras mal, avisa a mi tía. Aunque hayáis discutido, estoy seguro de que vendrá. Lo de Paula te lo aconsejo menos, pero tú verás lo que haces.

Mientras Áurea colocaba una jofaina bajo el grifo de agua caliente de la

cocina económica, él se terminó el tazón de leche y luego se puso en pie.

—Hoy tampoco vendré a cenar. Es la función del Circo Americano a favor de la Asociación de Prensa, y cuando salgamos iré con los chicos a tomar algo, así que no me esperes despierta.

Se acercó a ella y le dio un beso en la frente. Áurea ni siquiera hizo caso de aquella frase con que se despedían a diario. Se sentía tan extraña que solo quería quedarse a solas. En cuanto oyó la puerta de la calle, regresó a la habitación y se tumbó en la cama.

Los primeros rayos de sol ya proyectaban un luminoso rectángulo sobre la colcha cuando la voz de Fonsa la despertó. Casi a regañadientes, Áurea se acercó a la cocina para enviarla a comprar algo de pollo. En aquellas condiciones, solo se sentía capaz de tomar algún caldo. Fonsa no estaba de acuerdo.

—Si se queda en los huesos, menudo negocio. Usted ahora tiene que comer por dos, señora. Aunque no quiera.

—¡Por dos! ¿De dónde has sacado eso?

—Ay, señora, una recién casada con mareos, ¿qué otra cosa ha de ser?

—No lo sé, pero eso no.

—¿Está segura? Mire que tengo diez sobrinos, y el ojo hecho a saber si mi cuñada está preñada. Y yo diría que usted...

—Te equivocarías —la cortó con sequedad.

Pero aquella sospecha de Fonsa fue la misma que manifestó su tía Luisa esa tarde, cuando Paula y ella acudieron en su busca, después de que no se hubiera presentado en el restaurante. Áurea desechó la pretensión con impaciencia. Luisa envió a Paula a la cocina para que Fonsa les preparara un té.

—¿Estás segura?

Áurea puso los ojos en blanco ante la repetitiva pregunta. Sin hacerle caso, su tía insistió en que la viera un médico.

—Llama al doctor Sierra, el médico de doña Eugenia. Aunque estoy segura de que no será nada, yo me quedo más tranquila.

Ante el regreso de Paula, abandonaron el tema. El resto de la tarde lo pasaron hablando de la situación de Miguel Vega. Áurea tanteó varias veces el terreno, antes de contarles el encuentro con Manuel Ochoa y las palabras que el sargento le había dicho.

—No lo entiendo, ¿qué quiere decir que no ha regresado en mente? —interrogó Paula, todavía dolida por la frialdad con que la había recibido el joven.

—Han vivido una experiencia muy dura, Paula. Supongo que quiere decir que aún recuerda demasiado lo sucedido.

—Pero eso no quiere decir que tenga que quedarse callado y mirarme fijamente cada vez que yo abro la boca. No hubo ni una frase amable, Áurea. Ni

una.

—Paula, por favor, sé razonable —la reprendió su madre al ver que las lágrimas asomaban a sus ojos—. Ya te explicó doña Eugenia que le costaba mucho hablar. Tienes que darle tiempo.

—Lo sé, pero ¿y si el tiempo se me acaba? Hace un mes cumplí veintiún años. Todas mis amigas ya están casadas. Hasta Áurea se ha casado. ¿Y si él no quiere ningún compromiso? ¿Y si me vuelvo una solterona, esperando que se decida?

La advertencia de su tía de que el hombre había pasado una experiencia dura y debía recuperarse no evitó un sentido suspiro de Paula. Áurea alcanzó la mano de su prima y le dio un afectuoso apretón. Era absurdo, pero su inquietud la hacía sentir culpable, como si no tuviera derecho a haberse casado antes que ella. Viendo que la aflicción de su hija no remitía, Luisa decidió dar por finalizada la visita, no sin antes recordar a Áurea que al día siguiente llamara sin falta al doctor Sierra.

Mientras se despedía de ellas en la puerta, Áurea le aseguró que lo haría, aunque desde luego no iba a ser al día siguiente, porque tenía que acompañar a Amparo a una conferencia en la sede de la Asociación Nacional de Mujeres Españolas. Hacía solo un mes que su amiga se había hecho socia de aquella organización feminista fundada en 1918 por María Espinosa de los Monteros, y tenía especial ilusión en escuchar a una de sus socias, Isabel Oyarzábal Smith —o Beatriz Galindo, como se había hecho llamar en la prensa años atrás, en las columnas en que aconsejaba oficios para las mujeres de clase media que necesitaran independencia económica—. Ahora, aquella palentina de raíces escocesas abogaba por educar a las mujeres sobre el significado del voto. El sufragio femenino había sido uno de los resultados del fin de la guerra en casi todos los estados europeos, y si, en su opinión, en España no se planteaba su consecución con mayor decisión, era porque la mujer no sabía qué era. Amparo había enviado a Áurea una nota con la convocatoria, con la frase «no te la puedes perder» subrayada múltiples veces.

Dos días después, Áurea estaba en el consultorio del doctor Sierra intentando recuperarse de la fuerte impresión que acababa de recibir. Hasta entonces, se había negado tercamente a considerar el motivo de su malestar. Pero interrumpir la conferencia de Isabel Oyarzábal vomitando en el pasillo la había obligado a ceder.

Sentada ante la mesa de nogal, tras vestirse de nuevo después del

reconocimiento, Áurea aguardó con paciencia el diagnóstico. Cuando el doctor acabó de anotar sus impresiones en un cuaderno de tapas azules que cerró de golpe, concluyó que la causa de sus problemas era tan sencilla de diagnosticar como fácil de comprender: estaba embarazada. Los sangrados de aquellos días no invalidaban su tesis, pero la obligarían a guardar reposo.

Si hubieran golpeado a Áurea en la cabeza con un objeto contundente, no se habría sentido más aturdida. En su fuero interno, algo que jamás había confesado a nadie, ni siquiera a Paula, siempre había soñado con una familia amplia, llena de risas y juegos, de pequeñas riñas y alegres reconciliaciones, de consoladores abrazos afectuosos. Pero la idea de ser ella misma madre, de serlo todo para una pequeña criatura indefensa, la llenaba de pánico.

La visita concluyó con una negativa estricta a que Áurea retomara las clases de la universidad. Lo que una mujer encinta necesitaba era prepararse para traer hijos al mundo, no tener la cabeza en filosofías y latines que ninguna utilidad tenían para las mujeres. Saber que al marido de Áurea esa actividad le parecía adecuada le provocó una mueca de desdén. «La juventud de hoy día ya no sabe qué hacer para escandalizar», deploró. Esas modas extranjeras no casaban con su carácter. Los últimos minutos de la consulta los pasó enumerando las funestas consecuencias de que una madre no supiera estar en su lugar, junto a sus hijos, siendo el ángel del hogar que todo hombre necesitaba a su lado. Áurea dejó de escucharle varios minutos antes de despedirse de él.

Cuando salió a la luz de la calle Lagasca, aún no sabía cómo asimilar la noticia. Hacía un día templado y luminoso, un día hermoso para una noticia que tendría que hacerla feliz. Pero cuando trataba de aislar en aquella mezcla de emociones la dicha que debería estar sintiendo, el miedo se sobreponía continuamente.

Por instinto, comenzó a andar hacia el oeste. Durante la larga caminata apenas se fijó en nada; ni en la gente con que se cruzaba y la miraba con recelo al verla sola, ni en los edificios y comercios, ni en la vibrante primavera que estallaba en los árboles del paseo de Recoletos. Pasó junto a la parroquia de Santa Bárbara y se encaminó hacia la calle Fuencarral, pero al llegar allí no se sintió con ánimos de regresar a casa y prefirió dirigirse a la Escuela Central de Maestras, en la calle del Barco.

Cuando llegó, eran más de las doce. Amparo se extrañó de verla en el claustro, después de lo sucedido en la conferencia. Cuando Áurea le confesó que estaba embarazada, no se sorprendió ni la felicitó, pero renunció a su hora de la comida para sentarse con ella en un banco de la plaza de San Ildefonso.

Si Áurea quería comprensión, no fue lo que encontró exactamente. Amparo le dejó clara su decepción porque hubiera abandonado sus ambiciones tan

pronto. Áurea protestó con energía, pues ella no había abandonado ninguna ambición; pero cuando Amparo le preguntó si se había creído que podría acudir a la facultad estando embarazada, no pudo responder.

—Y no digamos luego, cuando nazca el niño. Has elegido ser una más, Áurea. Una mujer más que corta todas sus ambiciones para depender de un hombre. Casarse ya era un paso en esa dirección, pero esto es definitivo. Espero de corazón que descubras que ser madre y ama de casa te hace feliz, porque has renunciado a todas tus aspiraciones.

Pero la ironía espoleó la rebeldía de Áurea, una rebeldía que parecía adormecida desde el día de su matrimonio.

—Eso no es cierto, Amparo. O sea, ¿que tú piensas como mis tíos, que cuando una mujer es madre no puede hacer ya nada más? Sí, es verdad que ahora tendré que ausentarme de la facultad, porque el médico me ha dicho que debo reposar, pero cuando nazca el niño...

—Cuando nazca el niño, vas a estar de pañales hasta la coronilla. Pero si estás tan segura de estar haciendo lo correcto, ¿para qué has venido a buscarme?

Áurea vaciló. Había acudido en busca de Amparo porque necesitaba a alguien que la ayudara a ver con realismo su vida, pero no se sentía con ánimo de soportar más reproches.

—No importa. No era nada.

Se ajustó los guantes, dispuesta a regresar a su casa. Pero a punto de marcharse de allí, su amiga la retuvo del brazo.

—Perdóname —pidió a regañadientes—. Tienes razón, estoy siendo muy inflexible con este asunto, pero es que no me lo esperaba. Cuando te conocí, creí que tú y yo pensábamos lo mismo, pero, desde entonces, cada cosa que has hecho... Como sea, ya no tiene arreglo. Dime qué te sucede. Si puedo ayudarte, lo haré.

Sin estar segura de que aquello fuera a ser cierto, Áurea sucumbió a la necesidad de compartir algo que le pesaba demasiado en el alma. Y le habló de su miedo a no saber ser madre, porque no había podido aprender cómo eran las madres; a no dar a su hijo el amor materno que merecía, porque ella no había podido recibirlo. Le habló de aquella ausencia para la que no había existido razón y todavía sentía como una herida en carne viva.

—Imagino que el miedo es comprensible, pero ser madre es algo instintivo, y tú no eres ella. No sé si volverás a estudiar alguna vez, pero sí sé que la mejor manera de que te quites de encima ese miedo es que la encuentres de una vez y hables con ella. Ya te lo dije, no sabes qué sucedió, y puede que haya una buena razón. No la condenes antes de tiempo, como suele hacer la sociedad con las mujeres que no aceptan sumisamente su papel. Búscala de una vez, Áurea. No sé

a qué esperas.

Áurea sí sabía a qué esperaba: a reunir el valor. Convertir un ideal del pasado en alguien de carne y hueso la aterraba, porque temía descubrir que no había motivos para el abandono. Pero no quería volver sobre ello, y prefirió preguntar a Amparo por sus profesores, sus clases y los planes que estaban haciendo en la residencia para pasar un fin de semana en Ávila. Cuando las campanas de la parroquia sonaron, marcando media hora sobre las dos, Amparo se disculpó porque debía regresar a la escuela. Al despedirse le prometió visitarla todas las semanas. Áurea agradeció sus buenas intenciones, suponiendo que no se cumplirían.

La idea de que había una vida en su interior que lo cambiaría todo, una vida indefensa y dependiente, puso un nudo en su garganta. Era una responsabilidad excesiva, algo que no había buscado voluntariamente. Y tenía la impresión de que Ignacio no lo iba a tomar bien.

Cuando entró en su casa, su tía Luisa la estaba esperando, flanqueada por una Fonsa con aspecto orgulloso.

—Yo ya se lo dije, señora, que iba a ser eso. Si tengo un ojo para los embarazos...

Áurea se mantuvo en el umbral. Seguía sin estar segura de qué decir. Ante su indecisión, fue Luisa quien se puso en pie.

—Te felicito, Áurea. Quiero que sepas que, a pesar de lo que puedas pensar, esta noticia me ha hecho sentir muy feliz.

Y para absoluta sorpresa de la joven, su tía terminó su felicitación acercándose a ella y abrazándola.

Por un breve momento al que se sobrepuso con rapidez, Áurea sintió la emoción agarrotando su garganta. Desde que se habían visto por primera vez hacía siete años, aquella era la primera muestra de afecto que recordaba haber recibido de su tía. Para disimular su desconcierto, se ofreció a servirle una copa de anís, y ordenó a Fonsa que las dejara a solas. Luisa rehusó el ofrecimiento y se sentó de nuevo en la butaca.

—Estaba preocupada por tu tardanza. He hablado con el doctor Sierra.

—Necesitaba hablar con una amiga. Es todo demasiado... inesperado.

—Inesperado... No he debido cumplir muy bien mi deber, si no esperabas algo así después de casarte. Supongo que por eso no has acudido a mí, en vez de a tu amiga. Pareces cansada. ¿Has almorzado ya?

—No tengo apetito. Solo náuseas.

—Las náuseas son muy molestas, lo sé. Yo las sufrí en mis tres embarazos, pero no por ellas debes dejar de alimentarte. —El asombro de su sobrina hizo que Luisa asintiera—. Sí, después de que Paula naciera tuve dos abortos. Nunca

te lo he contado, por supuesto, ni tampoco a ella, porque cada cosa tiene su lugar y su momento. Ahora creo que mi experiencia puede ser útil, y por eso he venido. Está bien que puedas acudir a una amiga, pero si no ha pasado antes por esto, no creo que vaya a serte de mucha ayuda. Sé bien de lo que hablo, Áurea. Desgraciadamente, en uno de los dos abortos que tuve los problemas comenzaron así. No quiero asustarte, pero el doctor Sierra ha sido muy claro conmigo. En tu caso, el reposo no es una opción sino un deber. ¿Cuándo llegará Ignacio?

—¿Por qué lo pregunta, tía?

—Porque quiero asegurarme de que toma las decisiones adecuadas. Tendrá que contratar una niñera, un ama de cría...

Áurea se levantó del asiento para enderezar el cojín que reposaba sobre la silla y que no necesitaba ser enderezado.

—El sueldo de Ignacio en el ministerio no es tan espléndido.

—Sería un sueldo más que suficiente si trabajara la jornada completa.

—Pero si trabaja más horas no podría seguir con el periódico.

—¿Ese periódico es un trabajo del que vivir?

—Vivir de eso es difícil, pero es lo que le gusta.

—Ya. Pues ahora ha llegado el tiempo de dejar de jugar a las casitas y asumir responsabilidades. Estoy segura de que él será el primero en comprender que en estos momentos hay cosas más importantes que su gusto. En cuanto nazca el niño, necesitarás un ama y una niñera. Habla con Ignacio, y explícale esto.

Áurea no pudo replicar porque en ese instante la puerta de la calle se abrió. Ambas miraron hacia el pasillo al oír la voz de Ignacio.

—Áurea, ¿estás en la sala? No me prepares cena, solo he venido a cambiarme de traje. Esta noche tengo una cita con un inversor que... —Se interrumpió al ver a Luisa—. Oh. Hola, tía. Discúlpeme, no sabía que pensara venir a visitarnos. ¿Cómo están todos en la casa?

—Todos bien, gracias, Ignacio. —Luisa aprovechó su llegada para ponerse en pie—. En realidad, ya me iba. Solo he venido para saber qué tal estaba Áurea, pero creo que ahora los dos tenéis cosas de que hablar.

Ignacio miró a Áurea con un gesto interrogante que ella fingió no ver, mientras acompañaba a su tía al recibidor. Cuando al fin la puerta de la calle se cerró, Áurea enfiló el pasillo en dirección a la habitación e Ignacio la siguió, soltando el nudo de su corbata.

—Cómo le gusta a mi tía hacerse la misteriosa. ¿Qué ha querido decir con que tenemos cosas de que hablar?

Ella se sentó en la cama para encontrar la mirada de Ignacio a través del

espejo del armario. Había comenzado a desabotonarse la camisa, preparándose para salir de nuevo esa noche. Sabía que la noticia del embarazo no le iba a agradar.

Aguardó hasta que terminó de abotonar la camisa limpia. En cuanto agachó la cabeza y se inclinó hacia el interior del armario para recoger una corbata, lo soltó a bocajarro.

—Estoy embarazada.

De espaldas a ella, Ignacio se quedó inmóvil. Tras unos instantes, repitió:

—¿Embarazada?

—Para principios de otoño.

Cuando se dio la vuelta, había recelo en sus ojos.

—¿Estás segura?

—Es lo que ha dicho el doctor Sierra. He ido hoy, por las náuseas.

—Cuando te pregunté, dijiste que no lo estabas.

—Creí que... Pensé que no, porque tuve... ¿Es eso importante, Ignacio, lo que yo dijera? El doctor no ha tenido dudas. Y me ha ordenado reposar.

—Pero no puede ser. —Se pasó la mano por el cabello y se sentó en la cama, frente a ella—. No es posible, siempre soy muy cuidadoso...

Áurea bajó la mirada. No quiso recordarle las veces que no había utilizado esas gomas higiénicas que pedía por correo a La Inglesa. A ella no le había importado, aunque Amparo había explicado una tarde en la residencia que el método de retirarse no era infalible. Sencillamente, la idea de quedarse embarazada nunca había pasado por su cabeza.

Permanecieron un largo momento en silencio. Áurea no esperaba entusiasmo ni júbilo, pero habría agradecido algo de aliento. Cuando al fin Ignacio habló, no pudo evitar que su frialdad le doliera.

—No habíamos acordado esto, Áurea. Nunca hablamos de ser padres.

—No, ya lo sé. Tampoco dijimos que no lo seríamos. En cualquier caso, ha sucedido.

—Siempre he tomado precauciones.

—Siempre no, Ignacio.

—Una vez, un par a lo sumo, ¿y te quedas embarazada?

—En primer lugar, han sido más de un par de veces. Y además, ¿qué quieres decir? Estas cosas pasan cuando se tienen relaciones. A mí también me ha costado hacerme a la idea, pero ha sucedido, y ahora no tiene sentido lamentarlo.

—Pero ¿estás segura? ¿No hay posibilidad de error?

—El médico dice que no.

—¿Y qué vas a hacer?

—No te entiendo. ¿Cómo que qué voy a hacer? No hay nada que pueda hacer ahora.

Él se levantó de la cama y comenzó a pasearse ante el armario. Áurea pensó en un tigre enjaulado que había visto una vez en un circo. La había contemplado con atención, con aquellos ojos ambarinos que parecían irreales de tan claros, y cuando ella había dado un gritito de la mano de su padre, había abierto la boca para enseñar unos colmillos enormes. Ahora, le pareció identificar la misma emoción en el cuerpo de Ignacio cuando se paró ante ella.

—Áurea, con lo que gano en el negociado podemos vivir tú y yo, pero un hijo es una historia muy diferente. No sé mucho de esto, pero imagino que tendrás que acudir a un médico, y habrá consultas que pagar, y ropas, y medicinas, y una matrona, y una nodriza, y una niñera... Y ahora mismo, el periódico todavía no da ningún beneficio. ¿Cómo quieres que lo afrontemos?

Áurea recordó las soluciones que había propuesto su tía. De alguna manera, supo que Ignacio se negaría a trabajar más horas en aquel negociado que le aburría mortalmente.

—Está mi herencia. Y tal vez no necesitemos tantas cosas.

—Tu herencia no era lo que me dijiste, y se va todos los días en vivir. Y en cuanto a las necesidades, ¿de qué pretendes prescindir, del ama, para encargarte tú del crío como si fueras una lavandera? ¿O de la niñera, para estar todo el día con un mocosito entre las faldas? ¿Ya has pensado que se acabó la universidad para ti? Yo no quiero hijos, Áurea. Son una carga que nunca he querido. Y tú lo sabías.

Ella no supo qué decir; ni habían hablado ni habían pensado en ello, sí, pero ¿qué más daba ahora? Ya no tenía arreglo.

Contuvo las lágrimas antes de que brotaran. Suspirando, Ignacio se frotó el rostro. El malestar de Áurea le incomodaba.

—Lo siento, hoy no es buen día —se excusó—. Tengo esa maldita cita, y tal vez no debería dejarte sola pero no puedo quedarme. Lo comprendes, ¿verdad?

Sobreponiéndose al momento de debilidad, Áurea tomó la corbata que Ignacio había dejado sobre la cama.

—Lo comprendo, no te preocupes. Ten. Ve a la cita antes de que se te haga tarde.

Él tomó la corbata.

—¿Estás segura?

—Estoy segura. Ve.

Ignacio no necesitó más aliento para anudársela, tomar el sombrero y marcharse. Cuando se quedó a solas, Áurea apoyó las manos en su vientre. Se

iba porque llegaba tarde, pero sobre todo se marchaba porque alejarse de los problemas era su forma de ser. La vida era más fácil sin atarse a ellos. Así era Ignacio, siempre lo había sido, y ella lo sabía. No podía decir que se hubiera casado con un extraño.

Pero se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que se convirtiera en uno.

*Madrid, junio de 1923*

Aquella primavera, casi todas las personas que Áurea conocía acudieron a visitarla. Además de Luisa, que tomó en sus manos dirigir la actividad cotidiana de Fonsa para que Áurea no tuviera que hacer nada, sus compañeras de la residencia se convirtieron en presencias habituales. Áurea agradecía la atención que le prestaban, pero encerrada en aquella casa que su tía no le permitía abandonar, la charla de sus amigas, sus planes de futuro, hacían que su aburrimiento se transformara en irritación.

Por su parte, su prima Paula bastante tenía con compadecerse de sí misma y de su dificultoso noviazgo con Miguel Vega. Tres veces a la semana, el chófer de los Vega acudía en su busca y la conducía a la residencia familiar. Allí pasaba la tarde en compañía de doña Eugenia y el hombre. En ocasiones, salían a tomar un chocolate o simplemente paseaban hasta la parroquia de Santa Bárbara. Miguel la acompañaba sin objetar nada, pero cuando estaban a solas su conversación era tan forzada que Paula acababa conteniendo las lágrimas. «No lo reconozco», comenzó a decir con mayor frecuencia a su prima, las tardes que los Vega no la requerían para sí. Áurea no se atrevió a sugerir que tal vez debería poner fin a la relación.

Pero la visita más inesperada fue la de Gabriel. El joven se presentó en la casa una tarde en que la tormenta que caía sobre la ciudad mantenía a Áurea pegada a la ventana, contemplando los relámpagos que vaciaban las calles de paseantes. Después de la boda no se habían vuelto a ver. Se había marchado para acudir a un congreso en San Sebastián sobre patología clínica e higiene terapéutica de las enfermedades tuberculosas, y luego a Berlín. Desde entonces, no habían sabido nada de él.

Cuando Fonsa anunció su visita, Áurea se sintió indecisa. Físicamente se encontraba mejor, pero su ánimo seguía vulnerable, no tenía ánimos de enfrentarse a la censura de Gabriel, y además no sabía cuándo regresaría Ignacio, ni cómo reaccionaría a la presencia de su hermano.

Gabriel interpretó correctamente la tardanza en recibirlo.

—No he venido a reprocharte nada ni a pelearme con Ignacio, si es lo que te preocupa —dijo en cuanto Fonsa salió de la sala—. Regresé a Madrid hace

unos días, y ayer supe por mi tío de tu estado. Solo quería felicitarte. Me alegro por ti, Áurea.

La calma de su voz hizo que ella se relajara ligeramente. Lo invitó a sentarse, y le preguntó por los asuntos que lo habían traído de vuelta a Madrid. Cuando supo que había regresado para trabajar en el laboratorio del Hospital General, le devolvió la felicitación.

—Gracias. Siempre he soñado con especializarme en enfermedades respiratorias.

Mientras Fonsa entraba con la bandeja del té, Áurea pensó que soñar con algo tan prosaico era propio de Gabriel. Más por llenar el silencio que por otra cosa, le preguntó por los motivos de tal sueño. Áurea no sabía que su madre había muerto de tuberculosis, y escuchar su explicación le hizo sentir incómoda.

Para cambiar de asunto, le preguntó por su estancia en Berlín. Quería saber si todas las mujeres llevaban allí el pelo corto, como decía Amparo que pasaba en Europa. Gabriel le explicó que sí, y le habló de aquella vibrante ciudad que se había convertido en la capital cultural y artística de Europa; de sus avances industriales, y sus vanguardias creativas; de la Postdamer Platz repleta de coches, y la enorme zona comercial de la Friedrichstadt; de sus veintiséis líneas de tranvía y del aeropuerto que estaban construyendo, el mayor del mundo.

También le habló, porque el contraste le había inquietado, de la asfixiada economía que sobrevivía al pago de las tremendas reparaciones de guerra que los vencedores habían impuesto al país. La ocupación de la cuenca del Ruhr por Francia y Bélgica para cobrarse por sí mismos el carbón que Alemania no había entregado, había humillado profundamente al país. Los obreros habían respondido con una huelga y los funcionarios, negándose a cumplir las órdenes de los invasores. Al feroz descenso de la producción le había seguido el aumento del paro y, sobre todo, una hiperinflación brutal que golpeaba a la población, arrojando a los más desfavorecidos a la pobreza absoluta y volatizando el ahorro de la clase media. Al poco de llegar, Gabriel había pagado un marco por enviar una carta a sus tíos; ese mismo sello, seis meses después, le había costado diez millones de marcos. Áurea absorbía con avidez sus explicaciones y escuchaba, fascinada, sus temores de que todo aquello acabara estallando en algún tipo de revuelta política incontrolable, bien por parte de los comunistas, que ya lo habían intentado un par de años antes, bien por parte de un nuevo partido, el nacionalsocialista, fundado pocos años antes al estilo del partido fascista que gobernaba en Italia, cuya afiliación crecía de manera constante.

De lo que Gabriel no le habló, sin embargo, porque le dio pudor, fue de aquel otro Berlín que despertaba de noche, de los cabarets y clubes nocturnos que poblaban el barrio de Friedrichstadt; del erotismo y amoralidad de sus

espectáculos; de la inquietante ambigüedad de los bailes a los que acudían hombres vestidos de mujeres y mujeres vestidas de hombres; de la extendida prostitución en el Tiergarten o la Kurfürstendamm que daba satisfacción a cualquier tipo de pulsión sexual que pudiera imaginarse. Una vida nocturna extrema, desquiciada, enloquecida, que Gabriel no comprendía porque él era extranjero, su moneda extranjera no perdía su valor por completo de la noche a la mañana, y él se acabaría marchando, dejando a los berlineses solos con sus dificultades, su humillación, su desesperada ansia de vivir, y aquel orgullo que luchaban denodadamente por salvar.

Cautivada por la descripción de aquella vida tan diferente a la que conocía, diluido su recelo en la sencillez con que Gabriel hablaba de sí mismo y su experiencia, Áurea no se dio cuenta de que Ignacio había regresado hasta que asomó por la puerta de la sala. Por su rigidez, comprendió que los había estado escuchando un rato, antes de dejarse ver.

Gabriel fue el primero en reaccionar, poniéndose en pie para felicitar a su hermano por su próxima paternidad. Áurea aguardó con inquietud una respuesta que no llegó. Gabriel le preguntó por su empleo, pero los archivos del negociado no era un asunto que diera mucho de sí. Finalmente, quedaron en silencio; un silencio que, si en Gabriel pareció calmado, en Ignacio resultó desafiante. Pensando en cómo llenarlo, Áurea recurrió a un asunto sobre el que llevaba días meditando.

—Gabriel, ¿podrías recomendarme un médico que me atendiera?

Antes de que el joven pudiera responder, fue Ignacio quien contestó:

—Ya hay un médico que te atiende, Áurea. ¿Para qué quieres otro?

Se acercó a ella, hasta casi rozar su hombro. Áurea tuvo que alzar la cabeza para responder:

—No me gusta el doctor Sierra.

—Es el doctor de la madre del teniente. Estoy seguro de que no habrá muchos médicos mejores que él para atenderte.

—Posiblemente —replicó, desconcertada por la intromisión de Ignacio en un tema que ella consideraba propio—. Pero no me hace sentir a gusto.

—Eso no es importante. Lo importante es que el doctor Sierra es un médico prestigioso que atiende a las mejores familias de Madrid desde hace años. No quiero menos para ti, Áurea. Y, sobre todo, no quiero un principiante que se crea el no va más de la medicina solo porque haya estado en cien congresos en un año.

Áurea se quedó estupefacta. A ella no le gustaba el doctor Sierra, y le daba igual que fuera el mejor de Madrid, porque le había molestado la manera en que la había tratado en su última visita. Todo, porque le había preguntado si en su

clínica se usaba cloroformo en los partos complicados.

Esa pregunta había hecho que el galeno la mirara de arriba abajo con desdén. Los dolores de parto tenían su utilidad, le dijo, y la mujer los soportaba con paciencia y resignación porque conducían a la satisfacción de la maternidad. Aquella analgesia, que tanto gustaba en el extranjero y obviaba la sentencia «parirás con dolor», le resultaba tan opuesta al sacrificio y abnegación que caracterizaba la maternidad que no podía sino condenarla de plano. ¿Quiénes eran ellos para intervenir en los designios del Creador?

Si a él no le había gustado la pregunta de Áurea, a ella aún menos le había gustado su respuesta. No quiso discutir con él, pero en ese mismo momento había decidido que no estaba dispuesta a ponerse en sus manos. Tampoco ahora iba a discutirlo con Ignacio; y menos en presencia de Gabriel.

Poco más había que decir, mientras Ignacio permanecía tras ella, con la mano sobre su hombro. Al parecer, sin advertir la incomodidad que se había creado entre el matrimonio, Gabriel dio por terminada la visita, y Áurea e Ignacio lo acompañaron a la puerta. Pero antes de irse, sacó del bolsillo una tarjeta que le tendió a ella.

—Este es mi contacto en el General, Áurea. Si necesitas ayuda con el tema del médico, llámame.

Los ojos de ella se posaron en la tarjeta, pero fue la mano de Ignacio quien la tomó.

—Áurea no necesita más médicos. Gracias por tu visita.

Mientras Ignacio se guardaba la tarjeta, Áurea eludió la pregunta contenida en la mirada de Gabriel. No quería enfrentamientos, así que le dio las gracias de nuevo y cerró la puerta. No acababa de acostumbrarse a aquella faceta autoritaria de Ignacio, y no le gustaba nada. Regresó a su butaca junto a la ventana sin una palabra. Él se apoyó en el quicio de la puerta, con los brazos cruzados.

—¿Por qué estaba aquí Gabriel?

Ella retomó el libro que había abandonado por la visita.

—Ha venido a felicitarte, ya te lo ha dicho. Aunque no creo que lo haga más, visto cómo lo has tratado.

—Lo he tratado como se merece. ¿Y de qué hablabais cuando he llegado? Parecíaís estar pasándolo muy bien.

—Gabriel me contaba cómo es la vida en Berlín.

—Muy interesante, por cómo lo mirabas.

Sintiendo el desafío en sus palabras, ella levantó la vista del libro.

—Pues sí, muy interesante.

—Claro. Es muy fácil tener una vida interesante cuando tienes dinero y ninguna responsabilidad que atender. Si te da la gana pasar unos meses en Berlín

haciendo lo que te plazca, lo haces.

—Eso no es justo. Estaba trabajando.

—Claro que sí. Una consulta en Burgos era poca cosa para él. Necesitaba algo más grande, como Berlín. Pues que se vaya allí. No quiero que vuelvas a recibirlo en casa.

—Ignacio, es tu hermano —exclamó, desalentada.

—No. No es mi hermano. Es solo mi medio hermano, y ninguno de los dos nos engañamos diciendo que sentimos la llamada de la sangre ni ninguna de esas estupideces. No nos entendemos, nunca lo hemos hecho, y ahora cada uno tiene su vida. No vuelvas a verlo.

Se dio la vuelta y se dirigió a la habitación. Áurea se quedó mirando al pasillo vacío con el libro en el regazo. También esa noche iba a salir. Al día siguiente, desayunaría con él antes de que se fuera al negociado, y ya no se verían hasta ese momento a media tarde en que llegaba para cambiarse de ropa y decirle que no lo esperara levantada. Sin saber por qué, se encontró pensando en las largas ausencias de su tío del hogar de los Nebreda y la distante relación que mantenía con su esposa. No pudo evitar preguntarse si así serían siempre las cosas, cuando nacía un hijo.

Si así habían sido en la calle de La Lealtad, cuando ella nació.

Ignacio salió de la casa sintiendo el vivo resentimiento que la fortuna de Gabriel siempre le provocaba. Con humor sombrío, recorrió los bares y clubes que solía frecuentar en busca de algún amigo, hasta que encontró a Vázquez en el Biarritz. El redactor, que estaba apoyado en la barra semicircular charlando con dos mujeres, lo invitó a unirse a ellos. Ignacio tomó un taburete, y cuando una de las mujeres posó la mano sobre su muslo, la apartó de malos modos. La mujer se ofendió, y obligó a su amiga a despedirse. Cuando ambas se alejaron taconeando airoosamente, el redactor se volvió hacia él, entre divertido y exasperado. Pero Ignacio ni siquiera escuchó su pregunta, y Vázquez tuvo que repetirla haciendo un gesto ante su rostro ausente.

—No me sucede nada —contestó al fin, saliendo de su mutismo.

—Claro. Por eso la Lola se ha ido bufando, porque no ha sucedido nada.

—Hoy no estoy de humor para aguantar tonterías de fulanas.

—Nunca está de humor, desde que se casó —terció el barman, sin dejar de pasar el trapo por un vaso recién lavado.

—Tú a lo tuyo, Felipe —cortó Ignacio, irritado—. Y ponme un trago de una vez.

El hombre se volvió para alcanzar una de las botellas de whisky alineadas en las estanterías a sus espaldas. Cuando las copas estuvieron servidas, Ignacio y Vázquez se acomodaron en uno de los sofás que recorrían el perímetro de la planta baja del local. Vázquez dio un trago a su copa.

—Felipe tiene razón, últimamente estas de un humor de perros. ¿Qué te pasa? Si es porque has discutido con tu mujer, ya te advertí lo que sucede cuando te casas.

—Mi matrimonio no tiene nada que ver. Es el maldito dinero.

—Querrás decir su ausencia.

Ignacio ignoró la chanza.

—Tengo que pensar en algo. Con un mocoso en camino, las horas del negociado no van a ser suficientes.

—Pues no creo que lo que sacamos del periódico vaya a serte de mucha ayuda. Con las ventas del último número, ni siquiera hemos cubierto el coste del papel y la imprenta. Alguno de los muchachos está hablando ya de dejarlo...

—Eso me da igual. Lo que me amarga es pensar en pasarme más horas encerrado en el negociado, subiendo y bajando esas malditas escaleras cada vez que a don Roque se le antoja que necesita algo del archivo y escuchando a los pobres lameculos que dicen a todo que sí para cobrar dos míseras pesetas más.

—¿Y por qué lo vas a hacer, entonces?

Ignacio fijó la mirada en el vaso y lo balanceó lentamente. La escasa luz de la lámpara danzó sobre el licor.

—Por dinero, ya te lo he dicho. Puede que yo odie el negociado, pero Áurea no tiene la culpa.

—Todas las mujeres tienen la culpa de algo. Te vuelven loco hasta que comprendes que todas son iguales y tanto da una como otra. Ahí tienes a la Gabina; cuando tenía dinero, yo era el más inteligente de los hombres. Ahora solo soy un fracasado al que no ve ningún futuro. —Vázquez elevó su vaso hacia la llamativa mujer rubia que se retocaba los labios en la mesa del rincón. Ella le contestó con un gesto desdeñoso, antes de guardar el espejito en su bolso—. Si aún no has llegado a la conclusión de que todas son iguales, ya lo harás. Pero lo que no sé es por qué insistes en trabajar en el negociado si no aguantas al fósil ese de don Roque.

—¿Todavía no te has enterado de que Áurea está embarazada?

—Sí, pero puedes pedir que te trasladen a otro negociado.

—Un negociado no es diferente a otro. Además, desde que los liberales están en el Gobierno, mi tío tiene poca influencia en el ministerio. Con tanta huelga y tanto drama de Melilla, y tanta subida de precios, no hay más que miedo y todo el mundo va a defender su silla. Lo último que les preocupa es que

yo odie mi trabajo. Don Roque y otros buitres dicen ya a las claras que se necesita mano dura para regenerar tanta incompetencia.

—Lo de la incompetencia no lo discuto, pero esto no es Italia. Aquí no tenemos un Mussolini que pueda meter en vereda a tanto inepto como nos gobierna. Aunque el rey no parece hacerle ascos a prescindir del Parlamento...

Ambos guardaron silencio unos instantes. Tampoco es que a Ignacio los asuntos políticos le importaran gran cosa, siempre que no afectaran a su modo de vida. Por hacer algo, apuró la bebida y miró hacia la puerta cerrada al fondo del local, de donde llegaban amortiguadas las risas de la Lola y su prima.

—Buenas noches, caballeros. —Un camarero se acercó a ellos, indicando con la cabeza hacia el piso de arriba. Su bandeja estaba repleta de botellas Pomery—. Hoy el jefe está generoso. Ha dicho que sirvamos una de estas a los clientes.

Vázquez emitió un silbido cuando el camarero depositó una de las botellas ante ellos.

—¿Cuánto cuesta cada una, Lorenzo, cincuenta pesetas?

—Sesenta.

—¡Sesenta! Qué escándalo. Un robo con agravante de nocturnidad. Además, a mí el *champagne* no me gusta si no hay mujeres de por medio. Prefiero el whisky.

—*Herr Metzger* ha dicho que *champagne*, y yo cumplo lo que manda. —El camarero volvió a colocar la bandeja en posición, sin ofenderse—. Por cierto, hoy han abierto la ruleta un poco antes. Por si quieren probar...

Cuando el hombre los dejó a solas, Vázquez apuró su copa e indicó la puerta del fondo.

—Subamos.

Ignacio negó con la cabeza.

—He cobrado hace dos días y casi no me queda dinero. Y, encima, Áurea se ha empeñado en que quiere ver a otro médico. A saber lo que me costará...

—Deja de pensar en tu mujer. Además, no digo subir para jugar. Metzger siempre tiene un hueco en sus negocios para personas con redaños, y hoy parece que está de buen humor. Subamos a agradecerle el gesto, y aprovechas para hablarle de tu trabajo en el negociado. Seguro que se le ocurre algo. Además, qué demonios, donde está él siempre hay alguna extranjera nueva. La última que conocí era para volverte loco. Austriaca, creo. O tal vez danesa, no estoy seguro.

—No estoy de humor para prostitutas, Vázquez.

—Eres un aguafiestas, Montero. Vamos arriba.

El redactor se puso en pie y obligó a Ignacio a imitarle. Antes de franquearles el paso, el hombre que guardaba la puerta se aseguró de que

ninguna presencia sospechosa los contemplaba. Vázquez e Ignacio ascendieron el oscuro tramo de escalera hasta la sala de juego. Una enorme lámpara de cristal presidía la estancia, iluminando una mesa de paño verde sobre la que brillaba la ruleta. A los lados, en las zonas que quedaban en penumbra, diferentes divanes y sofás se agrupaban en torno a mesas bajas de hierro y cristal. Konrad Metzger estaba sentado en la butaca más cercana a la mesa de juego, sin prestar atención a las dos mujeres que depositaban sobre el tapete montones de fichas cuyo valor era superior a lo que una familia normal gastaría en un mes. Una era polaca; Ignacio no recordaba su nombre. La otra, aquella francesa de cabellos oscuros, piel nívea y mirada lánguida, le era mucho más conocida.

—Está Camille —le susurró Vázquez al oído.

Él asintió, disimulando la punzada de ansiedad que la vista de aquella mujer le provocaba siempre. Konrad Metzger los recibió con los brazos abiertos. Desde que Ignacio había hecho la crónica de una pelea de boxeo en la que participaba un protegido del alemán, silenciando el evidente tongo que acababa de tener lugar ante las narices de todos los asistentes, el hombre siempre lo recibía así. Era un personaje expansivo y vehemente; un hombre tan entusiasta en sus saludos como hermético en las referencias a sí mismo. Había arribado a Madrid al poco de finalizar la guerra europea para abrir aquel «bar americano» especializado en cócteles exóticos. Desde el comienzo, su local se había convertido en un centro de reunión para los muchos extranjeros que habían llegado a la ciudad por la misma época, pero era muy poco lo que se sabía de él, de su pasado o de su vida. Las malas lenguas le atribuían durante la guerra algún papel como espía en Barcelona, pero nadie sabía a ciencia cierta si aquello era verdad, y, sobre todo, de serlo, nadie habría sabido decir en qué bando estaba. Manejaba otros muchos negocios, al margen del bar, y se rumoreaba que no del todo limpios. Desde luego, el juego que tenía lugar ante ellos no era legal, pero tampoco a Ignacio le parecía un pecado, cuando los mismos políticos que votaban para mantenerlo ilegalizado arrojaban en verano fichas en los casinos de San Sebastián y Santander. Y si para conseguir que se hiciera la vista gorda sobre el asunto, el alemán tenía en nómina a más de un agente, subcomisario u oficial, a Ignacio seguía sin parecerle un comportamiento demasiado censurable.

Cuando Vázquez y él se acercaron a su mesa, el hombre los saludó con su risa bulliciosa.

—Bienvenidos, señores. —Empujó hacia delante un montón de fichas verdes y blancas—. Hoy he firmado un acuerdo de negocios sobre el que tengo puestas muchas esperanzas. Jueguen a mi salud.

A Ignacio le encantaba la ruleta, pero fue la vista de los hombros desnudos de Camille lo que lo atrajo hacia la mesa. Cuando se colocó a su espalda, ella lo

miró por encima del hombro, y el reconocimiento que se dibujó en sus ojos provocó en él un escalofrío.

—*Bonsoir, monsieur* Montero —saludó aquella voz ronca y baja que siempre desataba la inquietud de Ignacio—. Hacía tiempo que no nos veíamos.

—En efecto.

El *croupier* anunció el 15 rojo. Ignacio respiró el perfume de la mujer, denso y caliente. Ella retiró ligeramente su silla, dejándole espacio, pero él no se acercó más.

—¿Hoy no va a jugar?

—No. Por lo menos, no a la ruleta.

Ella lo miró con interés. Cuando se puso en pie, Ignacio la siguió hasta uno de los divanes de la parte posterior de la sala, donde un solitario candil enfocaba un gran cuadro lleno de círculos, rectas y curvas de vivos colores que encontraba de una puerilidad irritante. «Kandinsky —había dicho una vez ella, al verle contemplando el cuadro—. *Un grand artiste.*» Ignacio había pensado que en aquellos tiempos a cualquier cosa se le llamaba arte.

Junto al brazo del diván había una cajita esmaltada. Camille la abrió, pinzó con los dedos un poco del polvo contenido y lo acercó a su nariz. Luego, exhalando un suspiro de satisfacción, se recostó en el diván.

—No le ofrezco porque, según recuerdo, no quiere probar. Aunque sus recelos me resultan absurdos. La cocaína no es opio, señor Montero. En América la toman hasta los niños cuando tienen dolor de muelas.

—No recelo; sinceramente, no veo su utilidad.

—No la ve porque usted y yo seguimos sin llegar a un acuerdo. Una lástima, porque no hay nada mejor en esta vida que hacer coincidir el placer y los negocios. Y no tenga dudas de que habría mucho placer...

Ignacio sintió la sangre acelerándose en su cuerpo. No lo podía evitar. Desde que había conocido a aquella «amiga» de Metzger en la velada de boxeo, no conseguía sacársela de la cabeza. En todas las ocasiones en que habían coincidido, los sensuales movimientos de la mujer y sus miradas displicentes lo habían mantenido tenso. Hacía semanas que se había vuelto un habitual del Biarritz, solo por verla siquiera unos segundos.

Como si adivinara sus pensamientos, ella sonrió y encogió las piernas de lado para colocarlas sobre el diván, apoyándose en el brazo de este. Ignacio no pudo evitar que su mirada pasara de las espléndidas piernas a la curva de la cadera y al magnífico seno que el escote revelaba. La mujer dejó escapar un gemido fingido y travieso.

—Siempre me ha dado mucho placer saberme contemplada, señor Montero. Tal vez, si ambos lo pensamos detenidamente, podamos llegar a un acuerdo...

Ignacio no perdió la compostura cuando ella se inclinó hacia delante, dejando que el tirante resbalara desde el hombro. Sin estar seguro de hasta dónde querría conducir su juego, tomó la copa de la mesa y le dio unos tragos sin prisa. Con una risita burlona, ella se puso en pie y colocó una mano sobre su hombro, desafiándolo a seguirla.

Inspirando hondo, Ignacio también se puso en pie. Ella pasó ante la ruleta y salió de la sala por una puerta diferente a la de la escalera. Él bajó la cabeza hacia la copa que aún sostenía. La sangre parecía rugirle en las venas. Salió del resguardo de las columnas sin saber aún si iba a seguirla. Pero antes de que tomara su decisión, Vázquez lo llamó para que se uniera a ellos. A Metzger le había interesado mucho saber que Ignacio se encargaba de las cédulas y el archivo en el Negociado de Aduanas. Estaba seguro de que se le ocurriría algún acuerdo de negocios al que Ignacio no se podría negar.

Poco antes de que los más afortunados de Madrid emprendieran su éxodo anual hacia la sierra o las playas del norte, doña Eugenia decidió que la incierta relación entre su hijo y Paula Nebreda debía resolverse de una vez por todas.

No era el enlace que había soñado para su hijo. Paula era una buena muchacha de una buena familia de provincias, pero su hijo podría haber aspirado a más. Era inteligente, apuesto, descendía de una familia de Marchena emparentada con la casa de Osuna. De no haber mediado el cautiverio...

Pero aquel año y medio de infierno había dejado huella en todos ellos. En Miguel, en quien más. Y ahora, doña Eugenia tenía que resolver la situación.

Con tal propósito, se encerró una mañana con su hijo en el salón de su casa para tratar de convencerle de que era hora de comprometerse con la joven. Doña Eugenia conjugó hábilmente la apelación a la lealtad de la muchacha y los antiguos sentimientos del hombre.

Miguel apartó la mirada cuando su madre explicó que la espera había comenzado a ser muy injusta para ella. Aquella reacción, aquel atisbo de emoción al fin, hizo florecer la esperanza en el corazón de la mujer. Insistió en que la lealtad de la joven la perjudicaba. ¿Quién creería que no había falla en ella si, después de tanto tiempo, se rompía el compromiso?

—Te ha esperado año y medio. No sería propio de ti exigir que te esperara toda la vida. Has de tomar ya una decisión.

La mujer aguardó su respuesta con el corazón en un puño. Había apelado a la conciencia de su hijo porque el psiquiatra que lo visitaba les había dicho que lo mejor sería que recuperara cuanto antes la normalidad, incluso si para ello debían forzarlo, y doña Eugenia deseaba creer que aquella era la solución. Era ella quien lo escuchaba gritar en sueños, quien acudía a su habitación de madrugada para encontrarlo empapado en sudor y presa de la angustia, una angustia que no se desvanecía ni cuando lo despertaba. El primer psiquiatra que lo había visto, perteneciente al ejército, había insinuado en una ocasión que tal vez el sufrimiento no fuera tal. Había muchas neurosis de guerra que, en realidad, eran fingidas. Con lo que se sabía del Desastre, doña Eugenia a duras penas se había contenido de abofetearlo. Habían optado porque lo viera un psiquiatra civil amigo de la familia, incluso si eso disgustaba a las autoridades.

Si le aconsejaban que forzara la normalidad para que retomara su vida,

estaba dispuesta a hacerlo. Cualquier cosa para que el hijo que recordaba volviera a ellos. Si casarse era un paso, ella le ayudaría a lograrlo. Miguel no había querido explicarles nada de su cautiverio; ni una palabra por la que pudieran entender su angustia. Lo poco que sabían lo habían conocido a través de otros cautivos que, como él, se recuperaban en el hospital. Miguel Vega era uno de los oficiales que había acompañado al general Navarro en la rendición del monte Arruit. Estaban fuera del recinto, esperando la salida de los soldados, cuando se desató la locura y, dentro de los muros, los rifeños masacraron a sus hombres desarmados. A ellos les habían encerrado en el poblado; fuera causalidad o intención, eso les había salvado la vida. Apenas sesenta de los tres mil ocupantes de la posición habían sobrevivido, conducidos a Axdir. Durante el largo cautiverio había sido tratado con dureza, incluso azotado y encadenado en más de una ocasión. Había tenido que trabajar en la construcción de carreteras bajo un sol infernal con media torta de cebada al día, y convivir con otros quince oficiales en un calabozo de veinte metros cuadrados infestado de chinches y piojos. De los algo más de seiscientos prisioneros, la mitad había fallecido antes de la liberación, por los castigos, el hambre y el tifus. Doña Eugenia sabía que no le quedarían días suficientes de vida para agradecer a Dios que Miguel no hubiera sido uno de ellos.

Recordar aquella infinita fortuna la hizo insistir con mayor convencimiento; al cabo de muchos minutos, lágrimas, reproches disimulados y apelaciones al sentido del deber de su hijo, una decidida doña Eugenia pudo llamar al chófer para que llevara una carta a la casa de los Nebreda.

El escueto mensaje de Miguel Vega, solicitando una audiencia al día siguiente, desató el nerviosismo de Paula. Aquella sería la primera vez que recibían al teniente en su casa de Madrid, y tal novedad solo podía tener dos causas: una ruptura o un compromiso formal.

Paula no sabía cuál de las dos la asustaba más.

Fue Luisa quien recibió al teniente en el salón. Imaginaba el propósito del joven, pero dado lo taciturno que se mostraba desde su regreso, cualquier cosa era posible. Y lo cierto era que ya dudaba de qué sería lo mejor para Paula. Era verdad que tenía ya veintiún años cumplidos, una edad algo tardía para comenzar de cero en busca de un noviazgo, y que la ruptura sería objeto de murmuraciones que podrían perjudicarla. Tanto si él la dejaba como si era ella quien abandonaba a un superviviente del Desastre, aquello pesaría fuertemente en sus posibilidades.

Cuando Paula se presentó en el salón, Luisa los dejó a solas. La joven se sentó en una de las butacas ante la chimenea, e invitó al teniente a hacer lo mismo. No se sentía capaz de soportar el silencio que desde su regreso rodeaba al hombre, así que comenzó a hablar de los planes de su familia para trasladarse al norte aquel verano, dejando a su prima en la ciudad.

Pero cuando las explicaciones acabaron, no supo qué más decir. Era el turno de Miguel Vega, y Paula lo miró con aprensión. Pasaron varios segundos hasta que él se decidió a hablar. Con la mirada en la alfombra y los codos apoyados en las rodillas, sus primeras palabras, que a Paula le sonaron ensayadas, fueron de disculpa por aquellos seis meses transcurridos desde la liberación. Había sido un egoísta al aceptar su amistad sin considerar los posibles inconvenientes para ella. Sentía una profunda gratitud por su paciencia, y no deseaba perjudicarla de ningún modo.

A Paula se le cayó el alma a los pies.

—¿Gratitud? ¿Es eso lo que siente, Miguel?

Sin variar su postura, él elevó la mirada hacia ella.

—Sentir algo ya es mucho.

A Paula se le erizó la piel. Los ojos del hombre mostraban tal vacío que estuvo a punto de echarse a llorar. Por primera vez en su vida, deseó poseer la insolencia de su prima. Atreverse a decir que, si no quedaba más que gratitud en sus sentimientos, lo mejor sería decirse adiós de una vez.

Pero Paula no era Áurea. La habían educado para honrar al hombre. Venerarlo. Reverenciarlo. Podía ser brusca y osada ante su prima, pero no ante su posible futuro. Incluso si el hombre firme, sólido y estable que era Miguel Vega se había quedado para siempre en Axdir, ella no podía remediarlo. Tenía que aguardar los pasos que él pudiera, o quisiera, dar.

Al cabo de unos segundos de silencio en los que Paula supo que él trataba de armarse de decisión, Miguel Vega extrajo una cajita cuadrada de su bolsillo y se arrodilló ante ella.

—Discúlpeme por no poder ofrecerle el discurso bonito que se merece. Desde que salí de aquel maldito poblacho soy incapaz de sentir apenas nada. No por usted, sino por nadie. Ni mi madre, ni mi sobrino, que antes era la luz de mis ojos... Lo intento, pero no soy capaz de encontrar dentro de mí nada más que un frío absoluto. No tengo paciencia, me irrita casi todo, apenas duermo, ni como. Trato de recordar las caras de mis hombres, y no puedo. Es la traición más terrible a su memoria. El psiquiatra lo llama neurosis, dice que solo necesito algo más de tiempo... No sé si creerle, hace ya seis meses que me siento muerto en vida... —Calló, con la cajita entre las manos y la mirada perdida.

Paula no sabía qué hacer. Si callar, si confirmar que aquello pasaría, si

levantarse y salir corriendo y gritar que el Miguel Vega al que había querido no había sobrevivido a Marruecos. Pero entonces él inspiró hondo, como si necesitara todo el oxígeno de la habitación para hablar, y su voz brotó a borbotones:

—He venido a pedirle que sea mi esposa. Porque en mi inmenso egoísmo deseo recuperar una vida a la que no tengo ningún derecho, porque yo debí quedarme allí, debí quedarme con mis hombres en aquella tierra maldita, pero no lo hice, y hoy me encuentro que tengo una vida sin tener ningún derecho a ella, porque yo debería estar muerto. ¿No lo entiende, Paula? No debe comprometerse con alguien que está muerto en vida, y, sin embargo, míreme. —Hizo un gesto con la cabeza hacia sus manos, que temblaban con la cajita—. He venido a pedirle que haga eso, exactamente eso, aunque lo único que puedo ofrecerle es un alma muerta en un cuerpo maldito.

—No diga eso —musitó Paula, impresionada por la rabia de su voz, por el temblor que no cesaba y por la misma idea de su alma muerta.

—Debe saberlo, porque no deseo engañarla. ¿Lo aceptará? ¿Aceptará este despojo de lo que un día fue un hombre?

¡Ah, qué declaración tan atroz!, pensó ella a punto del llanto. ¿Por qué le hacía aquello? Era su prometido, pero ella tenía miedo; miedo al vacío de sus ojos, a aquella impaciencia que nunca antes había visto en él, a la dureza de sus palabras y la rabia contra sí mismo que afloraba en cada mención al Desastre.

Pero también tenía otros miedos: empezar de cero, soportar las murmuraciones a sus espaldas en cuanto se conociera la ruptura, aguardar otra proposición de matrimonio que tal vez no llegara nunca y quedarse para vestir santos en la casa de la familia, una sombra en la pared de lo que pudo ser la vida que nunca disfrutaría, hasta convertirse en una de esas solteras de las que todo el mundo habla con piedad y condescendencia, la pobre señorita Nebreda, devotamente entregada a cuidar de sus padres y arreglar las flores de la iglesia...

Cuando Miguel abrió la cajita y le mostró el anillo, Paula aceptó que se lo colocara en el dedo. Luego se pusieron en pie y Miguel la abrazó. «Gracias», susurró junto a su cabello.

Paula se echó a llorar.

Ambas familias celebraron el compromiso con un almuerzo en el que acordaron que la ceremonia se celebraría a mediados de octubre. Desde ese momento, Luisa se volcó en la preparación de la boda. La única dificultad para el acuerdo de la dote y las capitulaciones matrimoniales fue el desinterés de

Miguel Vega en tales asuntos, lo que molestó a Joaquín. Había contado con que el novio apreciaría la ventajosa posición de su prometida, y le decepcionó comprobar que al teniente esas cosas le importaban más bien poco.

—Su familia ya tiene dinero de sobra, pero él vivía con poco en el ejército —explicó Luisa, mientras revisaban la lista de invitados para asegurarse de que todos los compromisos adecuados a la posición de ambas familias estaban incluidos en el encargo a la imprenta.

—Pero ahora no está en el ejército. Su hermano le ha ofrecido un empleo en sus oficinas. Si sabe lo que le conviene, aceptará; ese muchacho no tiene temple para reengancharse. Y verás si le gusta o no el dinero, en cuanto Paula empiece a gastarlo.

A Luisa le molestó la manera en la que Joaquín hablaba sobre el joven. Miguel Vega nunca contaba nada sobre Marruecos, pero una tarde, tras su habitual paseo, Paula había vuelto a su habitación llorando. Temiendo una discusión de novios, Luisa la había seguido.

—Dice que le da igual el menú del banquete. En Marruecos tuvieron que comer ratones. Tenían tanta hambre que hicieron un cepo con una lata de conservas. ¿Te imaginas, mamá, comer ratones? Y eso fue mucho después de acabar con los nueve perros que los siguieron desde el campamento. No puedo ni imaginar lo que ha pasado allí, ¿cómo no iba a cambiar su carácter después de eso?

No. Tampoco Luisa podía imaginar lo que habían pasado allí, y prefirió centrarse en las ilusiones de futuro, queriendo suponer, como decía doña Eugenia, que aquella boda iba a ser una fuente de felicidad para ambos.

En cuanto a Áurea, la noticia del compromiso de Paula le generó sentimientos contrapuestos. Por supuesto, se alegró de corazón por su prima, pero a la vez la idea de una gran boda y unos preparativos en los que ella no podría participar la hicieron sentir más encerrada y asfixiada que nunca. El doctor Sierra insistía en su confinamiento en casa; pero Áurea ya no sangraba, sus náuseas habían desaparecido y tener que permanecer entre cuatro paredes comenzaba a desesperarla. Una desesperación que la presencia de Paula y sus planes para la boda entretuvieron un tanto, pero que se volvió difícil de soportar cuando su familia se ausentó para disfrutar de su acertado veraneo.

Hacía calor aquellos días en que Áurea sentía Madrid casi desierta. Su familia no estaba, Amparo y Susana habían regresado a sus casas, e Ignacio se había marchado a Pasajes con Konrad Metzger, el alemán para quien había

comenzado a trabajar por las tardes. En cuanto a la naturaleza del trabajo en sí, se había mostrado evasivo; era algo que tenía que ver con revisar los registros de importación de algún barco del alemán, pero no había querido explicarle más. «Es algo aburrido, Áurea. Aburrido de escuchar y aburrido de explicar.» Ella había tenido que conformarse con aquello, y con la cuna de madera que una tarde llegó a la casa con una nota de Ignacio: «Para que te entretengas cosiendo, como os gusta a las mujeres.»

Si la costosa cuna era el mejor resumen del nuevo, próspero y ambiguo trabajo de Ignacio, la invitación a coser fue la gota que colmó el vaso de su paciencia. Una cálida mañana que presagiaba un día igual a los anteriores, decidió que si seguía en casa se volvería loca.

Se colocó un mantón para cubrir su embarazo, sin atender las protestas espantadas de Fonsa. Pero cuando estuvo sentada en el tranvía a Atocha, con la mirada resbalando sobre los puestos de verduras, ultramarinos, tabernas y tiendas de tejidos que dejaban atrás, se dio cuenta de que ni siquiera sabía si Gabriel estaba en Madrid.

El ordenanza del Hospital General le remitió a una sala sin apenas mirarla.

—¡Áurea! —Gabriel estaba inclinado sobre una mesa situada bajo la ventana, y se enderezó cuando ella entró en la sala—. ¿Ha sucedido algo?

—No, no. —Su voz sonó vacilante, pues fue repentinamente consciente de lo chocante que era su presencia allí—. Discúlpame por haber entrado así, pero el ordenanza me ha dicho que te buscara yo misma en la sala doce. Pero si estás ocupado puedo volver en otro momento.

—No; solo estoy esperando a uno de los cirujanos, pero parece que se retrasa. —Cerró el libro que tenía ante sí—. ¿Sabe Ignacio que estás aquí?

—No. Pero no me gusta el doctor Sierra, y aunque a él eso no le parece importante, a mí sí.

—Ignacio es tu marido.

—Pero la embarazada soy yo, ¿no?

Gabriel bajó la mirada hacia la mano que aún mantenía sobre el libro cerrado. Áurea no supo interpretar si su respuesta lo había sorprendido, molestado o convencido, pero en cualquier caso, insistió:

—Te ofreciste a ayudarme.

—Lo sé —contestó sin alzar la mirada—. Pero no me parece correcto hacerlo a espaldas de Ignacio.

Un ramalazo de enojo atravesó a Áurea. Siempre había tenido una rara habilidad para hacerla sentir poco más que una niña caprichosa.

—Es mi vida, Gabriel.

Pero él no contestó. Molesta, la joven ya iba a darse la vuelta cuando la

mano de Gabriel retuvo su codo.

—Espera. No te vayas enfadada.

—No estoy enfadada —mintió, soltándose—. Pero si no piensas ayudarme...

—No he dicho que no vaya a hacerlo. Solo que no deberías hacer las cosas a espaldas de Ignacio. Además, el doctor Sierra es un médico muy reputado. ¿Estás segura de que deseas cambiar? Tal vez sea mejor que lo pienses un poco más...

Áurea inspiró hondo, exasperada.

—Gabriel, ¿alguna vez vas a dejar de tratarme como si fuera una calamidad? Solo quiero otra opinión. La matrona es una mujer competente, no tengo dudas con ella, pero quiero saber si de verdad necesito quedarme todos los días en casa. El doctor Sierra es categórico, pero yo me siento bien. Con que solo pudiera salir a pasear unos minutos, no creo que eso pueda perjudicar al bebé. No hay nada de malo en preguntar a otro médico, ¿no crees?

—Lo que creo es que lo que yo opine no tiene importancia, porque acabarás haciendo lo que se te antoje, con mi ayuda o sin ella. Como has hecho toda la vida.

Áurea protestó por la acusación, pero Gabriel no quiso discutir. Pasó ante ella y abrió la puerta. Pero cuando Áurea, enojada, ya había comenzado a desandar el pasillo, él la llamó.

—¿Se puede saber adónde vas? No es por ahí. Acompáñame.

Una hora después, Áurea había decidido que su hijo nacería en aquel hospital con el doctor Mateu. Tal vez no tenía la reputación de Sierra, pero la manera en que la había escuchado le había hecho sentir bien de manera instantánea. No le había parecido mal que ella pasara un ratito a diario, siempre que fuera antes de que hiciera calor y descansando de vez en cuando. Áurea sintió el cielo abierto con esas palabras.

Gabriel la estaba esperando fuera de la consulta, empeñado en acompañarla a casa cuando saliera. Ella trató de rehusar, pero él insistió. Consciente de que se estaba tomando molestias que no tenía por qué, le dio las gracias al salir.

—No hay de qué. Aunque ya te lo he dicho antes: estoy seguro de que, con mi ayuda o sin ella, habrías hecho lo que se te antojara.

Áurea se detuvo y miró a ambos lados de la calzada para cruzar la calle. Ya le había dado las gracias un par de veces, y no tenía ganas de ser destinataria de otro sermón.

—Sabes mejor que nadie que esto no ha sido un capricho —razonó, desasiéndose del brazo que él le había ofrecido para subir a la acera—. No quiero dar a luz en casa. Sé que puede parecer chocante, pero en el extranjero es lo normal. Incluso a la reina le parece conveniente acudir a la Casa de Salud. Por eso está construyendo una maternidad en O'Donell.

—Yo no te lo he discutido, Áurea —replicó, tomándola de nuevo del brazo para hacerla caminar con él—. Estoy completamente de acuerdo con eso.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

Se detuvieron junto a un hombre sentado en el suelo, apoyado en la pared. «VETERANO DE MARRUECOS», rezaba el cartel al pie de la única pierna que le quedaba. Gabriel depositó una moneda en la gorra volteada, y retomaron el camino.

—Y entonces —continuó, decidida a aclarar las cosas con él—, ¿por qué me tratas siempre como si fuera una atolondrada sin remedio?

—Yo no hago eso.

—Oh, ya lo creo que lo haces. Desde el primer día que nos vimos, aunque no me conocías de nada. Y yo siempre he tenido motivos para hacer las cosas que hago, aunque sean motivos que a ti no te convenzan.

Estaba a punto de colocarse a la cola de gente que aguardaba el tranvía cuando Gabriel la agarró del brazo y la hizo volverse.

—¿Casarte con Ignacio está entre esas cosas tan motivadas que dices?

La pregunta ya habría sido suficiente para sorprenderla, pero el gesto tenso, el brillo endurecido de los ojos que esperaban su respuesta, la desconcertó.

—¿A qué viene eso?

—Contéstame. No creo que sea tan difícil.

—¿Que si tenía motivos para casarme con Ignacio? Pues claro que los tenía.

—Sí, bien fundados. Y ahora te ha dejado sola en Madrid, y él...

—Él está trabajando. Y, de todas formas, tuviera o no motivos, ¿a ti qué más te da? ¿Por qué te enfadas por eso? Si es porque Ignacio dejó los estudios, yo no tuve la culpa. Él no quería seguir estudiando, pero tú te habías empeñado...

—Me tiene sin cuidado lo que Ignacio hiciera. No es él quien...

Calló bruscamente. Áurea insistió en que se explicara, pero él sabía que había hablado de más y ya no cedió. La campanilla del tranvía acercándose los obligó a centrarse en la fila de personas ante ellos. Desde ese momento y hasta que la dejó en la puerta de su casa, no atendió ninguno de los intentos de Áurea de retomar la frase que había interrumpido. En la vida a veces se tomaban decisiones definitivas, irrevocables, que hacían que cosas que podrían haber

sido, nunca llegaron a ser. Y Gabriel era un hombre pragmático que no soñaba con imposibles.

Eso fue lo que se dijo, apartando a Áurea de su mente, aquella noche.

Eso era de lo que trataba de convencerse desde su regreso.

Áurea no vaciló en utilizar el permiso del doctor Mateu para acompañar a Fonsa en sus compras. La criada se escandalizó. «Virgen santa, pero ¿usted cree que verá alguna dama preñada en el mercado de San Ildefonso?» Pero su señora se mostró inflexible. Aprovechando el frescor de las primeras horas de la mañana, bajaban la calle Fuencarral hasta la Corredera Alta de San Pablo y, pasando junto a los puestos de fruta, verduras y pescado, alcanzaban el mercado. Fonsa se empeñaba hasta la exasperación en que Áurea la esperara en la iglesia mientras ella se dedicaba a recorrer los diferentes puestos. En la mayoría de las ocasiones, lo inútil de su esfuerzo la hacía regresar rezongando por lo bajo, con la cesta furiosamente asentada en la cadera. El desánimo de Áurea crecía a medida que la calle Sagasta, y con ella su encierro hasta el día siguiente, se iban aproximando.

Ignacio regresó a casa a mediados de julio. Se había retrasado varios días sobre lo previsto, algo que achacó al éxito del negocio que le había llevado hasta Pasajes. A tal punto estaba *Herr Metzger* contento con él, que le había encargado supervisar la desestiba de un nuevo cargamento. Calculando que eso supondría una nueva ausencia de al menos dos semanas, Áurea dejó el cepillo de plata que Ignacio le había traído de su viaje.

—¿Y qué sucede con el periódico? —preguntó. Su mano acarició distraídamente el dosel de tul que acababa de colgar sobre la cuna.

—Trataré de cumplir con ellos. El trabajo del puerto me dejará acercarme a San Sebastián y enviar crónicas de los partidos de pelota y el hipódromo. ¿Te ha gustado el cepillo?

Áurea asintió.

—Sí. Muchas gracias.

—Sabía que te gustaría. Camille dijo que preferirías una joya, pero yo sabía que no.

—¿Quién es Camille? —inquirió, desconcertada por la familiar manera en que Ignacio se había referido a una desconocida.

—Oh, nadie. Una amiga de Metzger. Cuando comenté que tenía que traer algún regalo, me dijo que a las esposas se les regalan joyas.

—No tenías que traer ningún regalo.

—Ya lo sé, pero quería hacerlo. Bien, será mejor que me cambie de ropa ya. Se está haciendo un poco tarde.

—¿Es que vas a salir esta noche? Si acabas de llegar...

—Metzger quiere explicarme algunos detalles sobre el cargamento que llegará a Pasajes.

—¿Por la noche?

A punto de salir de la sala, Ignacio se detuvo junto a la puerta.

—Los horarios de Metzger son complicados. ¿Qué pasa, Áurea, ahora vas a controlarme?

La sonrisa que acompañó su comentario parecía dar a entender que bromeaba, pero Áurea fue muy sensible a la tensión soterrada del tono. Su mirada pasó de la boca de su marido a los ojos. Lo vio parpadear dos veces con rapidez.

—No —negó con serenidad, sin dejar de mirarlo—. Claro que no. Pero pensé que querrías descansar.

—Me encantaría, pero no puedo. Metzger quiere verme, y no le gusta que sus empleados le hagan esperar. Aunque no llegaré muy tarde...

—Y yo no debo esperarte levantada. Ya lo sé, no te preocupes —concluyó ella, alisando el vestido sobre su tripa.

Ignacio cambió el peso del cuerpo de un pie al otro. La leve sonrisa se mantenía en su rostro, pero ahora adquirió un tinte de desconcierto.

—Supongo que no querrás cenar antes de salir —comentó Áurea al pasar por su lado, camino de la cocina. La negativa no la sorprendió.

Treinta minutos después, apuesto y elegante con el traje que había encargado con el primer jornal de Metzger, Ignacio dejó la casa.

Áurea se acercó a la ventana de la sala y apoyó la frente en el visillo. La insidiosa sombra que hacía tiempo rondaba su mente tomó cuerpo en los pensamientos de aquella noche: Ignacio no había preguntado ni una vez por su embarazo.

La boda de dos amigos que siempre se habían apreciado —tal vez ella siempre más deslumbrada que él— apenas había cambiado la relación entre ambos; no la había estropeado, pero tampoco la había transformado en algo más amoroso, más ardiente o pasional. Ni siquiera el hecho de haber mantenido relaciones carnales lo había hecho. Las normas y condiciones de su matrimonio eran claras, y hasta entonces a ambos les habían satisfecho.

Pero el embarazo había cambiado las reglas de juego por completo. Y Áurea sabía que ya nada volvería a ser igual.

La silueta de Ignacio perforó el círculo de luz de la farola del portal. Con pasos largos, atravesó la calzada, desapareciendo en la penumbra, camino de

aquella nueva ocupación que, sin saber del todo por qué, inquietaba a Áurea. Las normas estaban claras, se repitió, y ella las había aceptado. No había más que decir.

«Pero nunca pensamos en un hijo.»

Colocó las manos sobre su vientre. No quería reconocer, ni siquiera ante ella misma, ni siquiera en la silenciosa calma del hogar que había pretendido crear, lo asustada que se encontraba. La sensación de soledad que siempre la había rondado, esa sensación de sentirse un bicho raro y sin encaje, no era nada comparada con el pavor a no saber ser madre y no tener a nadie a quien acudir.

«Eres injusta —se reprendía a veces—. No estás sola. Tienes a Paula. Y a *madame Roche*. Y a tu tía.»

Pero a medida que los días pasaban y los movimientos del bebé eran más visibles, el miedo crecía; y con él, el peso de la ausencia que había marcado su vida. A menudo, la pregunta de qué habría sentido Teresa Garay en su embarazo se colaba en sus pensamientos, por más que ella quisiera arrancarla de su cabeza. En sus paseos junto a Fonsa se descubría preguntándose si su madre habría paseado por aquellas mismas calles, si habría visto aquellos mismos árboles mientras sentía los movimientos en su vientre. «¿Ya está otra vez con lo mismo? —gruñía Fonsa, al ver cómo se apagaba su rostro poco a poco—. Será una buena madre si deja de preocuparse por tonterías.»

Áurea quería creer en ello. Confiaba en que aún tendría tiempo para prepararse.

*Madrid, septiembre de 1923*

Cuando el ruido de un golpe despertó a Áurea de madrugada, estaba soñando que era el día de la boda de Paula y acababa de presentarse en la parroquia de San Jerónimo el Real para romper aguas entre las guirnaldas de flores blancas del altar mayor y el damasco rojo de los reclinatorios.

—Soy yo —dijo la voz ahogada de Ignacio desde el pasillo cuando ella encendió la luz de la mesilla—. Maldita sea, me he dejado la rodilla en la puta cuna...

Aún desorientada, Áurea se pasó la mano por los ojos. El reloj sobre la mesilla marcaba las cinco y media. Hacía tiempo que Ignacio llegaba tarde por las noches, pero nunca tanto como aquel día.

—Sigue durmiendo —susurró al pasar ante la puerta de la habitación—. No quería despertarte.

Queriendo o no, la había despertado y, dado lo que le abultaba la tripa, le costaría dormirse de nuevo. Se volvió hacia la izquierda, en la única postura en que ya conseguía descansar, porque boca arriba le faltaba la respiración.

Ignacio parecía estar buscando algo en la sala o la cocina, a juzgar por el ruido de cajones. Áurea aguardó a que se presentara en el dormitorio. Pero cuando los minutos pasaron y una luz seguía encendida sin que él apareciera, se impacientó.

—Ignacio, ¿qué estás haciendo? ¿Por qué no te acuestas ya?

El ruido en la cocina —o donde fuera— cesó de golpe. Pasaron varios segundos hasta que oyó su voz:

—Perdona, Áurea, creí que ya te habías dormido... Duérmete, no me voy a acostar.

—¿Cómo que no te vas a acostar?

—Lo siento, tengo que irme otra vez. Metzger quiere vernos de inmediato.

—¿De madrugada?

La incredulidad de su tono fue tal que, al cabo de unos instantes, la silueta de Ignacio se recortó en el umbral de la puerta.

—Sí. Nos ha mandado llamar para que vayamos de inmediato.

—¿A las cinco y media y sin dormir? ¿Está loco?

—No, claro que no, pero pasa algo raro.

Áurea se incorporó de nuevo. A la escasa luz de la lámpara, pudo ver los ojos vidriosos de Ignacio.

—¿Cuánto has bebido?

—Áurea, no me atosigues. Eso no tiene nada que ver.

Aquel era el inicio seguro de una discusión baldía. Áurea rectificó.

—¿Qué quieres decir con que pasa algo raro? ¿Algo raro con Metzger?

—No. Algo raro con el Gobierno. Los ministros se han reunido de madrugada en casa de García Prieto, acaban de suspenderse las comunicaciones con provincias, y la Dirección de Seguridad ha llamado a todo el personal a las comisarías. Un miembro del consejo quería hacernos creer que era por alguna cuestión internacional, pero no somos tan estúpidos. Sabemos lo que está pasando.

A Áurea no le gustó nada la ambigüedad de aquel plural que implicaba a Ignacio con gente desconocida; pero aún menos le gustaba quedarse en ascuas. No tuvo que insistir mucho para que le explicara qué era eso que «ellos» sabían que estaba pasando. La respuesta aceleró su corazón.

—¿Qué quiere decir un movimiento militar?

—Pues lo que puedes imaginar. Al parecer lo lidera el capitán general de Cataluña, Primo de Rivera. Vázquez ha recibido un aviso de un compañero diciéndole que le han llamado a su despacho. En Gobernación he escuchado que han declarado el estado de guerra en Barcelona, pero parece que también hay problemas en Zaragoza, Sevilla y algún otro sitio.

—¿Y aquí, en Madrid?

—No sabría decirte. El capitán general de Madrid ha salido de Gobernación hace una hora sin problemas, aunque todo dependerá de la fuerza que tengan. Ya se rumoreaba hace días que el descontento en el ejército era grande, pero no pensábamos que el asunto estuviera tan adelantado. No salgas hoy a la calle hasta que se aclare la situación.

Aun admitiendo que el suceso era grave, Áurea no veía qué relación tenía todo aquello con Ignacio o con su trabajo para Metzger. Las referencias a supuestos acuerdos comerciales que aquel alzamiento podía afectar no la convencieron. Pero Ignacio no quiso explicarle más.

Fue al cerrarse la puerta de la calle, después de que Ignacio se disculpara de nuevo por haberla despertado, cuando pensó que ni siquiera sabía por qué había vuelto a la casa. No para dormir, pero tampoco para cambiarse de ropa, ni para coger dinero. El tarro de cristal donde guardaba el dinero para las compras estaba en la habitación, y él ni la había pisado. Lo único seguro era que ella ya no iba a poder dormir más, así que alcanzó el chal que colgaba a los pies de la

cama, se envolvió en él y salió de la cama para dirigirse a la cocina.

Un rato después, con una taza de té en la mano, el fogón bien avivado calentando poco a poco la estancia, y la primera claridad del alba dibujando los contornos de la calle, Áurea volvió a pensar en Ignacio y su trabajo para el alemán. Un trabajo extraño, ambiguo, que le ocupaba hasta altas horas de la noche.

Y aquel día ni siquiera había dormido allí.

Sin pararse a pensar demasiado, abrió las puertas de la alacena. Allí no había nada fuera de lo normal, y tampoco parecía faltar nada, pero Ignacio había estado abriendo y cerrando cajones y sentía curiosidad por saber qué buscaba con tanto empeño de madrugada.

Se había sentado ya en su butaca de la sala cuando vio una de las puertas del aparador de la vajilla mal cerrada. Dejó el chal, se arrodilló con dificultad ante el mueble y lo abrió. Allí guardaban la sopera, las fuentes y las salseras regalo de boda; pero al ver una tapa mal colocada, supo que había algo más.

Cuando extrajo de la sopera un diminuto frasco marrón lleno de polvo, con la etiqueta «Merck», tuvo un mal presentimiento. No sabía qué era, ni por qué Ignacio lo había escondido con tanto ahínco, pero era evidente que lo había escondido, y eso quería decir que ella no estaba autorizada a contemplarlo.

Lo dejó de nuevo como lo había encontrado y cerró la puerta. Había empezado a incorporarse cuando un fuerte tirón en el vientre la hizo caer de rodillas. Aguardó apretando los labios, sujetándose la tripa, hasta que el dolor cesó. Solo fueron unos segundos, pero un sudor frío bañaba su cuerpo cuando consiguió ponerse en pie. No podían ser más de las seis, pero no dudó en despertar a la mujer que dormía en el cuarto adosado a la cocina.

—Fonsa, levanta. Tenemos que ir al hospital. Vamos, arriba, date prisa.

La criada se puso en pie de un salto. Desorientada, le costó comprender lo que Áurea demandaba. Cuando lo hizo, protestó. En su familia, de toda la vida se había dado a luz en casa, y no comprendía cómo alguien podía querer ir a un hospital sin ser pobre ni estar moribundo.

Áurea no replicó mientras otra contracción la hacía aferrarse al marco de la puerta. Cuando pasó, agarró del brazo a la mujer y la obligó a ponerse en marcha. Diez minutos después, salían de casa en busca de un vehículo que las trasladara hasta el hospital. Hacía pocos minutos que había amanecido y las calles comenzaban a ser tomadas por ciudadanos que acudían a sus quehaceres. Salvo por varios vehículos policiales que vieron, nada indicaba que el régimen parlamentario del país acabara de ser subvertido por completo.

Casi en cuanto pisó la clínica, Áurea supo que aquel nacimiento no iba a ir bien. Desde que la monja la examinó con manos expertas y, a pesar de esa experiencia, no supo ocultar un gesto de preocupación. La criatura había anunciado su presencia antes de tiempo, pero aún no estaba colocada, no había dilatación y venía de nalgas.

—Aunque la criatura no parece muy grande y usted no es estrecha. Es posible que salga de nalgas.

Áurea se obligó a no pensar en lo peor. En lo que pasaría si ella no sobrevivía e Ignacio se encontraba, de la noche a la mañana, con una criatura llorosa y absorbente de la que ocuparse. ¿Quién la criaría? Porque no podía imaginar a Ignacio atado a la casa por culpa de esa criatura, ni siquiera por unos días.

La monja fue en busca del doctor Mateu. Llegó a los pocos minutos. Con palabras suaves y gestos competentes, consiguió que la confianza de Áurea renaciera. Pero cuando, tras interminables horas de esfuerzo, el hombre dijo a una de las monjas que la criatura no nacería sola, la joven parturienta se rindió, asumiendo que todo había ido tan mal como podía ir. Tenía fiebre, estaba desvanecida por el agotamiento y el parto no avanzaba.

Afortunadamente, Mateu no se rindió. Veintidós horas después de haber ingresado en la clínica, el bebé llegó al mundo a través de una cesárea. Y tres días después, cuando ya las enfermeras se preguntaban si la madre no saldría del sueño febril en que el parto la había sumido, Áurea al fin despertó.

Trató de abrir los ojos pero no pudo. Le costó un gran esfuerzo pronunciar «agua». Había comenzado a adormecerse de nuevo cuando una mano levantó su cabeza para acercarle los labios a un vaso.

—Gracias a Dios que despiertas. No te duermas de nuevo, Áurea. Por favor.

La voz le resultó conocida. Una sombra oscurecía la habitación y, a regañadientes, se obligó a abrir los ojos. Le costó comprender que el rostro que la miraba era el de Gabriel. No pudo resistirse cuando alzó uno de sus párpados, y una luz la cegó. Trató de incorporarse sobre la almohada, pero Gabriel la detuvo colocando una mano sobre su hombro.

—No trates de levantarte. Estás mejor, pero prefiero que te examine Mateu antes de que te muevas.

Ella cedió sin protestar. Tampoco tenía fuerzas para hacer otra cosa. Gabriel estaba inclinado sobre un maletín de cuero, guardando algo en su interior. Antes de que pudiera preguntarle qué hacía allí, él se incorporó y se dirigió hacia la puerta.

Una oleada de pánico aceleró el corazón de Áurea.

—No te vayas —rogó con una voz áspera que le arañó la garganta.

Gabriel se volvió desde el umbral.

—No me voy. Solo voy a pedir a una enfermera que avise a Mateu. Y que te traigan a tu hija. Enseguida vuelvo.

Su hija. Súbitamente, todo lo que rodeaba a Áurea desapareció de sus pensamientos. El dolor y la sed. La luz amarillenta y los barrotes oxidados al pie de la cama. El pulso en la herida del vientre y el silencio que atronaba en sus oídos.

Sus ojos se cerraron de nuevo. Pero cuando Gabriel regresó, no la dejó dormir más.

—Despierta, Áurea, es importante. Sé que estás agotada, pero tienes que despertar. Hazlo por ella. Hazlo por mí.

Con un esfuerzo que nunca habría creído poder hacer, ella lo hizo.

A partir de ese momento, las enfermeras comenzaron a colocar la niña en sus brazos cada tres horas. Habían estado mal. Muy mal. Las dos. Lo supo por fragmentos de conversaciones que no ocultaban ante ella. Le recomendaron que la bautizara cuanto antes. Era un ser diminuto y enfurruñado, que lloraba mucho y levantaba unos puños apretados y rabiosos que parecían de juguete. Si decían que era suya, lo sería; pero, por más que la miraba, Áurea no alcanzaba a reconocer en ella ningún rasgo familiar.

Una mañana, tres días después de haber recuperado la conciencia, estaba embebida en la contemplación de aquella criatura ajena cuando la voz de Gabriel la sobresaltó.

—Es pequeña pero luchadora.

Áurea trató de volverse para verlo. Él puso una mano en su hombro y acercó una silla a la cabecera de la cama.

—El parto fue difícil, pero saldrá adelante. Esta niña es una guerrera. —Y tocando con el dedo índice el pequeño puñito que el bebé mantenía contra la boca, añadió—: Tiene a quién salir.

Inclinado sobre el bebé, movió la cabeza para encontrar la mirada de Áurea.

—Me han dicho que pasaste dos noches aquí cuidándome. Y has venido todos los días desde que he despertado.

Gabriel se encogió de hombros.

—¿Por qué? —insistió Áurea.

—No hay mucho personal en el hospital. Además, yo te presenté a Mateu. Si algo hubiera salido mal...

—No habría sido culpa tuya.

—Bueno. Pero prefería pensar que podía hacer algo.

Áurea aceptó la respuesta. Se sentía agotada, las ojeras eran casi el único rasgo de color en su rostro. La niña hizo un sonido extraño, una especie de

respingo ahogado. Áurea no pudo ocultar su preocupación.

—¿Cómo está la niña, Gabriel? ¿De veras que está bien? A veces me parece que le cuesta respirar.

—Fue un parto complicado. Cuantas más horas, más riesgo corre el bebé. Tu hija tiene un cierto distrés respiratorio, y aunque aún no puede saberse cómo evolucionará, me parece una niña hermosa y lo suficientemente sana para que no te preocupes más de lo necesario.

Áurea bajó la vista de nuevo hacia la criatura. Sana, no lo sabía; hermosa, desde luego, no era.

—La enfermera me ha dicho que es débil. Que tengo que bautizarla ya.

—Bueno, si quieres hazlo, pero no te angusties por ello. Si quieres, le diré a la tía que se encargue. Podrías bautizarla mañana mismo, hay aquí una capilla pequeña.

—¿E Ignacio? ¿Dónde está?

Esa pregunta puso fin a la afectuosa expresión con que Gabriel miraba al bebé. Levantó la mirada hacia ella, sin dejar de jugar con su sobrina.

—Supongo que trabajando.

—¿Ha visto a su hija?

—Sí. Vino al día siguiente del parto. Y también te vio a ti.

—¿Y qué dijo?

—Bueno, los hombres no somos de decir muchas cosas. De todas formas, yo no estuve con él. ¿Has pensado ya algún nombre? El día del nacimiento fue Santa Albina, también Santa Tecla, aunque igual prefieres santa Irene, que es mañana.

Áurea se dio cuenta de que Gabriel no quería hablar de Ignacio. Le contestó que no, que no había pensado ningún nombre. De haber sido chico, le habría gustado llamarlo Andrés, como su padre. Siendo niña, no tenía ninguna preferencia. Tampoco creía que Ignacio la tuviera. A lo largo del embarazo, no había conseguido provocar en él el más mínimo entusiasmo por aquel hijo en camino.

—Bueno, no te preocupes, ya se te ocurrirá alguno. Ahora tengo que irme. Tengo doble turno en el laboratorio y las salas. Pero vendré mañana para ver cómo estáis.

Cuando se quedó a solas, Áurea se volvió hacia la ventana. Aunque la macilenta luz de la habitación tornaba opaco el cristal, un tímido reflejo violáceo comenzaba a clarear hacia el este. Un escalofrío la estremeció al pensar que contemplar aquel amanecer había sido una cuestión de pura suerte. Si hubiera aguardado al parto en su casa, si no hubiera consultado a Mateu, ¿habría existido aquella madrugada?

—Alba —susurró para sí—. Se llamará Alba.

La decisión sorprendió a Luisa. Parecía un nombre pagano. A Paula, sin embargo, la elección le gustó, hasta que doña Eugenia opinó que aquel no era un nombre como Dios mandaba. Áurea le preguntó a santo de qué la opinión de doña Eugenia iba a tener algo que ver con su hija. Como Paula no contestó, Áurea le advirtió que, si no respetaba su decisión, no sería la madrina. Al día siguiente, cuando se llevó al bebé en brazos para bautizarlo en la capilla, Áurea no respiró tranquila hasta que le confirmaron que, desde ese día, su hija atendería al nombre de Alba Montero Nebreda; pero solo, le dijo su prima, porque doña Eugenia había descubierto en el santoral la existencia de santa María del Alba como advocación de la Virgen.

Esa tarde vio a Ignacio por primera vez desde que había despertado. No le importaba por ella que hubiera tardado tantos días, pero sí por el bebé. Ignacio le dio un beso en la frente y le preguntó qué tal se encontraba, pero se negó a tomar a Alba en brazos.

—Los bebés son cosa de sus madres. Yo no sabría qué hacer con ella.

Era cierto que los bebés eran para las madres, Áurea no pretendía que él se encargara de ella. Pero sí esperaba que acariciara a su hija, o simplemente le dijera lo bonita que era. Eso era lo que hacían los padres. Pero Ignacio no hizo nada de eso, más allá de asomarse un momento a la cuna sin gran interés. Luego se sentó junto a la cama, mirándola con el aspecto incómodo de quien está de obligada visita en una casa en la que no quiere estar. Repitió sus preguntas sobre cómo se encontraba, si necesitaba algo... Cuando Áurea le preguntó por el trabajo, respiró con alivio y le dijo que tenía que viajar un par de semanas a Valencia con Metzger. Algo sobre un cargamento de aceite y vino del sur de Italia, algo que no importó demasiado a Áurea. La cuestión era que se iba, y había hablado con su tía Luisa para que Áurea se alojara con ellos hasta su vuelta.

Ella no protestó. Por un lado, no tenía fuerzas ni ánimos. Por otro, sabía que necesitaba ayuda. Si todo iba bien, en un par de días dejaría el hospital, pero estaba agotada y dormía mal, y no podría hacerse cargo de la casa y de aquella niña llorosa con la única ayuda de Fonsa. Todas las mujeres recibían la asistencia de sus familiares tras dar a luz, y su tía era su familia. Lo más parecido a una familia que tendría en la vida.

El día que al fin recibió el alta, Luisa acudió a buscarla sin que ella hubiera tenido que pedírselo. Con su habitual eficacia, se había ocupado de todo: de que

Fonsa preparara las cosas de Áurea para aquellas semanas, de alojar también a la criada en una habitación contigua a la suya, de contratar un ama de cría en la plaza de Santa Cruz, un hallazgo del que estaba muy satisfecha. «Pasiiega. Como las de la Casa Real.»

Mostró a su sobrina la habitación luminosa y aireada que habían preparado para ella. Se había ofrecido a alojarla por su sentido del deber, pero en realidad le alegraba que Áurea hubiera aceptado. Aunque Paula todavía vivía con ella, en cinco días sería una mujer casada que partiría de viaje de novios a Portugal, y a su vuelta residiría con su marido en el hogar de los Vega. Luisa se quedaría sola entre aquellas cuatro paredes, compartiendo de vez en cuando mesa y silencio con Joaquín. Los pocos días en que se encontraran en la casa, no podría mirar a otro lado e ignorar a los desconocidos en que se habían convertido.

Aceptar la soledad era ley de vida, pero Áurea le daba la coartada necesaria para retrasarla.

El día de la boda de su prima, Áurea compartió con ella los nervios, las prisas, las contestaciones algo tensas, la ilusión. Paula estaba bellísima, con su vestido de raso blanco bordado en cristal y el velo de encaje de Bruselas de la familia Vega. Luego, la familia y el servicio salieron de la casa para dirigirse a San Jerónimo el Real, y Áurea se quedó allí con Fonsa, Alba y la nodriza. No iba a ver la iglesia, con su profusión de flores y velones, ni a probar en los salones del Ritz el *consommé en casse*, los medallones de solomillo a la *Marie-Lousie* o la tarta Waldorf que les habían dado fama. De nuevo se quedaba fuera de la familia, pero había sonreído a su prima, le había besado en ambas mejillas y deseado la mejor de las suertes antes de salir.

Era el momento soñado por Paula, y deseaba de corazón que su matrimonio estuviera a la altura de sus expectativas.

Fue una boda excepcional. La revista *Blanco y Negro* publicó una pequeña reseña de la ceremonia, destacando la belleza de la novia, la distinción del novio y la calidad de los invitados. Luisa la recortó y la colocó en la primera página del álbum de fotografías de la boda. No había emitido ningún reproche hacia Ignacio por ausentarse en un día así.

Áurea tampoco. Ni él ni ella aparecían en aquellas imágenes compartiendo la dicha de sus familiares, pero mientras ella tenía un motivo de peso, él no. Sin embargo, las servidumbres de Ignacio hacia Metzger le resultaban insignificantes, porque la salud de Alba colmaba todas sus preocupaciones. Desde su nacimiento, su hija respiraba mal, le costaba alimentarse y apenas

ganaba peso. Fonsa, algo celosa del ama, solía decir con intención:

—Pues muy pasiega y muy mujerona, pero no es que la niña esté pelechando mucho, la verdad...

Y el ama replicaba, encendida:

—Es que la nena *nun* se agarra. Con dos *tragus*, ea, a parar, que *paece* que *s'afuega*. Y luego viene la lloradera, y *cuantu* más llora, más *afuégase*, y más *fame*, y más *llorus*...

Luego, un día, Alba comenzó a toser. Ya ni quería acercarse al pecho. Consultaron con Gabriel qué hacer. Les recomendó recurrir a una cucharilla para verter en sus labios aquel alimento gota a gota. Lo hicieron, con infinita paciencia. Si vomitaba, comenzaban de nuevo.

Mañana, tarde y noche, la atención de Áurea se centraba en su hija. Pero cuando, unos días después, Alba sufrió una especie de crisis respiratoria, a tal punto que sus labios se tornaron azulados, se asustó de veras. No quiso aguardar a que llegara el médico, como recomendó Luisa, y depositó a su hija en el cochecito para dirigirse al General, con Fonsa corriendo tras ella.

A diferencia de la vez anterior, el conserje le informó de que Gabriel estaba ocupado. Áurea fue dirigida a una sala del primer piso repleta de gente. Las sillas de madera dispuestas no eran suficientes para todos, y varias personas aguardaban de pie, apoyadas en las paredes. Pero ella no tenía ganas ni tiempo de esperar, y en cuanto la puerta de la consulta se abrió, se abalanzó hacia su interior, ignorando la destemplada queja de la enfermera encargada de llamar a los pacientes.

Con paciencia y una buena dosis de mano izquierda, Gabriel aplacó a la mujer. Le sorprendió ver entrar a Áurea como un vendaval, pero lo comprendió en cuanto miró a Alba. De inmediato, mientras Áurea le describía la crisis respiratoria, retiró la toquilla de lana que protegía al bebé y examinó sus dedos. Dejó que Áurea siguiera hablando mientras tumbaba a la pequeña en la camilla y comprobaba la tirantez de la piel en los espacios intercostales.

—¿Ha tenido fiebre?

—Ayer a la tarde comenzó.

Asintió con calma y se dispuso a tomar la temperatura a la niña. Áurea lo miró hacer. De vez en cuando, Alba daba una especie de respingo, como si se quedara sin aire, y a ella el corazón le daba un vuelco. Pero Gabriel no perdió la calma y, por fin, después de unos instantes que a Áurea se le hicieron eternos, dejó el aparato con que había auscultado al bebé y le dijo que se acercara. Mientras Áurea sujetaba a su hija, él recorrió la consulta para recoger un tubo de goma, un frasco de cristal y una bata que dobló para colocarla bajo la cabeza y la espalda de Alba. La crisis era preocupante, pero podían hacer que la pequeña

estuviera más confortable.

—Por de pronto, no la abrigues tanto. No ha de enfriarse, pero esa pañoleta de lana suelta demasiadas fibras. Y necesitará que mantengas las vías respiratorias despejadas, te diré cómo hacerlo.

Gabriel le explicó cómo utilizar la goma y el agua para hacer que la niña respirara mejor, y le aconsejó colocar cazos de agua junto a las ventanas y chimeneas, en la casa.

—No puedo asegurarte que eso lo solucione. Mi especialidad no son los bebés. Pero consultaré con un colega que acaba de regresar de París. Si hay algo más que debemos hacer, él lo sabrá. —Áurea asintió mientras recomponía la ropa de Alba—. Por cierto, ¿cuándo piensa volver Ignacio?

Ella terminó su tarea antes de responder. La pregunta había sonado inocente, pero en un tema tan espinoso como era la relación entre ellos, la precaución nunca estaba de más.

—Supongo que en cuanto pueda. Escribió desde Valencia diciendo que los problemas con la aduana lo retendrían un tiempo.

—¿Estarás en casa de la tía hasta que vuelva?

—No lo sé. Estaré hasta que me sienta capaz de hacerme cargo de todo. No sé si coincidirá con su regreso.

Áurea se acercó al cochecito para dejar a Alba. Gabriel la siguió, tendiendo la mano para acariciar suavemente la cabeza del bebé, diciéndole lo bonita que era. El gesto tomó a Áurea por sorpresa, y puso un nudo en su garganta. Aquel bebé delgaducho y llorón no era bonito, pero la ternura en la voz de Gabriel había sido inconfundible.

Se quedó quieta, parada como una boba. Gabriel estaba sonriendo a Alba, y su expresión era tan afectuosa, tan tierna y protectora a la vez, que Áurea sintió un irrefrenable deseo de ser el objeto de aquel afecto.

Anonadada, se preguntó qué le estaba pasando. Nunca hasta ese momento había pensado en Gabriel como hombre. Nunca hasta entonces se había dado cuenta de lo interesante que podía resultar.

«Te habrías dado cuenta si no fueras una boba que se creía muy lista confundiendo insolencia con valentía, y sensatez con aburrimiento», le dijo algún diablillo interior, complacido en burlarse de ella.

Pero ya no tenía importancia, se dijo, poniéndose en marcha de nuevo, empujando el cochecito hacia el exterior.

«Ya nunca podrá tener importancia.»

Las dos semanas de Ignacio en Valencia se convirtieron en seis, y luego en ocho. «Desde luego, este trabajo sí se lo toma muy en serio», comentó Luisa con tono casual cuando Áurea recibió la segunda carta que retrasaba su regreso.

A ella el retraso no le importó. Con su tía estaba bien atendida, bien alimentada y entretenida, y reconocerlo era de ley. Ella la había acompañado en su salida a misa a los veinte días del nacimiento, la primera salida que debía hacerse después de dar a luz si no quería que le cayera una teja encima, en la arraigada y supersticiosa creencia de Fonsa. Después, sus paseos se hicieron diarios, salvo que Alba tuviera fiebre. Bajaban la calle hasta la plazoleta de la Iglesia y la rodeaban para acercarse a Champs-Pâtisserie, un salón de té de moda donde merendaban chocolate con bollos suizos. Por las mañanas, la acompañaba a devolver la visita a todos aquellos que se habían acercado a conocer a Alba tras su nacimiento. Y si, por el contrario, quería ser ella quien recibiera las visitas de Susana, Amparo o *madame* Roche, solo tenía que sentarse en el salón para charlar, pues Luisa se encargaba de que sus amigas se sintieran bien acogidas.

Los martes y sábados, Gabriel se acercaba a la casa. Revisaba el estado de salud de Alba, tranquilizaba a Áurea y se sentaba a charlar con ellas sobre todo tipo de asuntos. Si algún día Alba respiraba peor que de costumbre, Áurea se encontraba aguardando su llegada con impaciencia. Era muy posible que ni siquiera él pudiera hacer nada en caso de una crisis aguda, pero le confortaba saber que estaría allí si lo necesitaba. A veces, el trabajo le impedía acudir, y Áurea achacaba la decepción que sentía a la preocupación por Alba.

A mediados de noviembre, Paula regresó de su viaje de novios a Lisboa y Estoril. En cuanto desempaquetó las maletas para ocupar sus habitaciones en la casa de los Vega, acudió corriendo a verlas. La joven y su madre se fundieron en un abrazo que hizo sonreír a Áurea. Pero antes de hablarles del Tajo, la Praça do Comércio, Los Jerónimos y el parque Eduardo VII, Paula pidió ver a su ahijada.

—Qué preciosa, mi niña —dijo, acunándola con expresión satisfecha cuando Fonsa se la entregó—. Tan chiquitina, y tan bonita... ¿Quién te va a querer más que tu madrina, di?

La acunó cantando una nana. Cuando Áurea se ofreció a ocuparse del bebé, su prima no quiso ni oír hablar de ello.

—Tú la tienes todos los días. Déjame que disfrute de ella. Cómo ha crecido

en este tiempo, si ya parece que quiere hablar.

—Paula, por favor, que solo tiene dos meses.

—Ay, Áurea, qué ganas tengo de tener uno de estos para mí.

Pronto, Áurea se sintió tan conforme con la rutina de aquella casa que el telegrama anunciando la vuelta de Ignacio le causó más desazón que dicha. La mala suerte quiso que él llegara a buscarla una de las tardes en que Gabriel las acompañaba. Que aquello no le hizo gracia, Áurea lo supo nada más verlo. Posiblemente, desde la entrada había oído la voz de Gabriel, contando una anécdota del hospital. Pero no podía decir nada sobre su presencia, porque aquella era la casa de sus tíos, no la suya. A las preguntas de Luisa sobre el negocio que lo había mantenido tanto tiempo alejado de Madrid, explicó con orgullo que, gracias a su intervención, se había resuelto la enconada situación de un agente de aduanas que llevaba tiempo siguiendo de cerca los negocios del alemán.

—Metzger está tan satisfecho por cómo he manejado el asunto que me ha ofrecido dirigir la renovación del Biarritz. Vamos a construir el *dancing* más elegante de la ciudad, el local de moda de Madrid.

Áurea se sorprendió de aquel nuevo trabajo. Creía que, donde hubiera que emplear persuasión, encanto y cierta determinación egoísta, Ignacio podría triunfar; pero le preocupaba que fuera capaz de perseverar en ello, porque ya había abandonado el negociado, el periódico, la universidad y las desestibas de barcos, o lo que fuera que estuviera haciendo para el alemán. Y aunque la efervescencia y el cambio y la variedad de planes podían ser divertidos cuando eran jóvenes, ahora tenían una hija de la que ocuparse.

Aquel día, después de agradecer a su tía de corazón lo que había hecho por ella, y con un pesar que no habría creído posible un año antes, regresó de nuevo a la calle Sagasta. Esa noche, después de cenar, Ignacio y ella se sentaron en la sala mientras Fonsa acostaba a Alba. Él preguntó cómo había pasado aquellas semanas; Áurea no tenía demasiado que contar, salvo hablarle de la salud de Alba, de lo mal que dormía, de cuánto tiempo requería darle de comer...

—Bueno, ya sabes —concluyó, dándose cuenta de que el tema lo aburría—. Un bebé lo ocupa todo.

Pero Ignacio no lo sabía, porque apenas conocía a su hija, y le pareció que su papel de madre no era lo que él esperaba ver. Así que le preguntó de nuevo por Valencia; esa cuestión sí que lo animó a hablar. Explicó con todo lujo de detalles cómo había resuelto la situación, mientras Áurea asentía, intercalaba de vez en cuando un «no me digas» y le prestaba la atención que él estaba acostumbrado a recibir. Así alentado por su esposa, era el Ignacio que ella recordaba desde siempre, el que contaba anécdotas con gracia y entusiasmo; el

que le tomaba el pelo por su responsabilidad, por su afán de superación, por no saber cuándo bromeaba y cuándo hablaba en serio.

Era el Ignacio de siempre, con quien había crecido. El mismo que le dijo que casarse era lo que ambos necesitaban.

Pero ella no era la misma de siempre. Ahora era madre. Y aquella noche, por primera vez fue consciente de la diferencia.

Durante todo el final de año, las obras para la reforma del *dancing* hicieron que Ignacio apenas pisara la casa. Él conocía muchas facetas de la noche madrileña: la bohemia literaria de las tertulias sin horario, los *colmaos* donde uno acababa haciéndose cargo del convite de todos los parroquianos, los salones de la calle Alcalá donde las *divettes* bailaban y cantaban cuplés, las timbas privadas y las ruletas hasta el amanecer tras puertas vedadas... Pero Metzger pretendía mucho más que eso. Pretendía la mezcla perfecta entre el cabaret berlinés y el *nightclub* americano. Música, comida, bebida, erotismo y libertad. Un establecimiento exclusivo, reservado y hedonista, donde la *crème* de la sociedad desgastaría sus noches, sus prejuicios y su dinero —sobre todo, su dinero—, bajo la estricta seguridad de la discreción más absoluta.

Ignacio no conocía ni Berlín ni Nueva York, pero Camille sí. Y aunque contemplaba aquel proyecto con cierta ironía, se mostró dispuesta a ayudar a Ignacio en su nuevo trabajo. Como una especie de anfitriona displicente, pasaba todas las tardes por el local, acomodándose en cualquier rincón para enjuiciar las obras. Al verla llegar, Ignacio la saludaba tratando a la vez de no distraerse de su trabajo. Al cabo de un rato, algo en la obra, alguna observación que ella formulaba, acababa por atraerle junto a ella. Algunos días, cuando los obreros terminaban y ella se mostraba aburrida, lo arrastraba hasta Maxim's. Al principio, Ignacio había tenido dudas sobre la conveniencia de acompañarla a aquel local donde Camille se surtía de frascos de *poudrette*, como llamaba ella al contenido de su cajita esmaltada. La noche del golpe de Primo de Rivera, Camille le había pedido que le guardara uno de los tres frascos que acababa de comprar, pues en su bolso abultaban demasiado. En teoría, la venta y posesión sin receta de morfina, cocaína u opio estaba penada, pero no había local de moda donde no pudiera conseguirse con tranquilidad. Ignacio había sopesado el frasco unos instantes. Luego, tras guardarlo en el bolsillo de su chaqueta y a la vista de los muchos retenes policiales que recorrían las calles, había decidido que lo más prudente era dejarlo en su casa hasta el día siguiente. Lo había recuperado en ausencia de Áurea y se lo había devuelto. Ella lo había abierto con deleite,

ofreciéndole un poco, e Ignacio había estado tentado de aceptar. Finalmente había rehusado; en ese momento no necesitaba estimulantes, pero la curiosidad por los efectos de la sustancia ya había plantado sus garras en él.

En diciembre, Metzger decidió que la reapertura del Biarritz tendría lugar en primavera. El paso final era la contratación de los espectáculos que, entre baile y baile, entretendrían al público exigente, exclusivo y vestido de etiqueta que el alemán pretendía.

Metzger dio carta blanca a Ignacio para contratar en Barcelona los mejores artistas que pudiera encontrar. A Áurea no le importó que tuviera que irse de nuevo. A lo largo del último mes, los resfriados de Alba habían generado una creciente tensión entre ellos. Nadie tenía la culpa de que la niña llorara cuando tenía fiebre, pero cuando Ignacio llegaba tarde por las noches y dormía hasta bien entrada la mañana, no soportaba que su llanto lo desvelara. Áurea había comenzado a salir cada vez más temprano de casa para pasear con su hija, dejando que Ignacio durmiera. Fonsa y ella hacían las compras, se sentaban en El Retiro si el tiempo lo permitía, o visitaban a Luisa o a Paula. Cuando regresaban a mediodía, normalmente Ignacio ya no estaba.

Pero aunque a Áurea no le importaba que su marido se fuera de viaje, no esperaba que lo hiciera en Navidad. Apenas supo qué decirle cuando, cuatro días antes de Nochebuena, le anunció que no regresaría hasta después de Año Nuevo. Ella no solía celebrar aquellas fiestas, pero la ausencia le dolía por Alba.

Sin embargo, Ignacio argumentó que era el primero a quien no le agradaba pasar esas fechas fuera de casa, pero el trabajo era el trabajo. Resignada, ella le pidió que les dejara dinero antes de irse.

—¿Otra vez? Pero si hace unos días te di diez duros.

—Ignacio, eso fue hace más de dos semanas. Ayer, Fonsa tuvo que comprar al fiado en la pollería y la medicina de Alba está a punto de acabarse.

—Esta casa es un saco sin fondo con esa medicina —masculló él, sacando unos billetes de la cartera—. ¿No podrías organizarte mejor?

Cuando Paula supo que su prima estaría sola en Nochebuena, se ofreció a solicitar a doña Eugenia que incluyera a Áurea y Alba en la cena a que estaban invitados los Nebreda. Pero Áurea no quiso. No pintaba nada en la casa de los Vega, y en realidad nunca había celebrado las Navidades hasta llegar a Burgos. Sí, su aya se preocupaba de que junto a la chimenea hubiera un Niño Jesús y en la mesa, algunas viandas especiales, pero la sutil ironía de su padre despojaba a aquellos aspectos de cualquier significado profundo que doña Engracia quisiera

atribuirles.

—Tú verás. Pero qué culpa tendrá la pobre Alba de la infancia que te dieron.

Áurea no se enfadó porque, a aquellas alturas, le era fácil ignorar las reflexiones inoportunas de Paula; pero la frase la hizo meditar sobre la escueta familia en que Alba había venido al mundo.

La noche del 24 de diciembre, se sentó frente a la chimenea con un poco de pan y el plato de carne fría que le había dejado preparado Fonsa antes de irse con su familia, más preocupada por el silbido que de nuevo se escuchaba en los labios de Alba que por no estar sentada a una mesa con mantel de hilo, candelabros dorados y cubertería de plata. Pensó en los pocos mimbres con que contaba para entamar la red de afectos que pudiera hacer sentir a Alba segura y protegida.

Fue esa noche cuando, al fin, se enfrentó a la realidad de que aquella no era su única familia viva.

El día que supo que Teresa Garay no había muerto, supo también que aquel abandono era la clave de las sensaciones y recuerdos que la angustiaban desde niña. Esa ausencia explicaba sus temores, sus extrañezas, su sensación de aislamiento cuando la gente se divertía, su aversión a la música y los bailes, pues instintivamente sabía que reflejaban el mundo que su madre había elegido antes que a ella. Y por mucho que Amparo le aconsejó que buscara a su madre y hablara con ella, hizo todo lo contrario: con una férrea fuerza de voluntad plegó, dobló y encogió aquel descubrimiento hasta que fue un cachito diminuto de memoria, escondida en los confines de un pasado que había aprendido a ignorar.

Pero aquella Nochebuena con su hija, su primera Navidad juntas y solas, la imagen de Teresa Garay escapó de su encierro para inundarlo todo.

Supo que sería una noche larga al escuchar los quejidos de su hija al tratar de acostarla. De nuevo tenía fiebre. Se acomodó con ella en una butaca, sabiendo que solo podría dormir cuando Alba lo hiciera. A lo largo de la noche perdió la cuenta de las veces que tuvo que ponerse en pie para pasearse por la habitación, acunarla, tratar de calmarla. Recurrió a la cucharilla para darle de comer, la consoló, la meció, le habló suavemente, llegó a dormirse unos minutos para despertar de nuevo sobresaltada por sus lloros...

Eran más de las cinco y media cuando los ojos de Alba parecieron cerrarse al fin. Agotada, Áurea se sentó con ella en brazos con la misma cautela que si sostuviera una bomba. Y entonces, cuando se estaba preguntando qué había hecho en la vida para merecer aquello, la pequeña volvió la cabeza buscando su calor, un gesto plácido se dibujó en su rostro, y Áurea se dio cuenta de una verdad incontestable: por mucho que estuviera agotada, por mucho que la

desesperara el llanto rabioso de Alba cuando nada conseguía calmarla, ninguna fuerza en el mundo, ningún cansancio, podría obligarla a abandonarla jamás.

El contraste entre aquella certeza y su propia infancia le provocó una súbita congoja. Sin poder reaccionar, la angustia se convirtió en lágrimas. ¿Qué había tenido ella de malo para que su madre no sintiera aquel feroz instinto de protección que la haría despedazar un lobo con sus propias manos si la vida de su hija dependiera de ello?

Eran las diez de la mañana cuando Gabriel llamó a la puerta. Las huellas de la agotadora noche eran visibles en el rostro de Áurea. Antes de que él imaginara nada, le explicó que la niña había tenido una crisis, pero ya llevaba cuatro horas tranquila.

—Deberías haberme llamado. Habría venido al momento.

Con la mano aún en el quicio de la puerta, Áurea pensó que sí, que posiblemente debería haberlo hecho. Pero no quería problemas con Ignacio. La única vez que Gabriel los había visitado allí, Ignacio le había prohibido que volviera a recibirlo. Si se enteraba de que Gabriel había acudido a verlas, pondría el grito en el cielo, o algo peor.

Sin embargo, Gabriel no solo era médico, sino el tío de Alba y uno de los pocos hilos de esa red de afectos que tenía para su hija. Ignacio podía tener, o no, motivos para detestar a Gabriel, pero cortar de cuajo ese afecto y ese hilo, como él pretendía, sería injusto para la niña.

Se echó hacia atrás para franquearle el paso.

—Ahora está durmiendo, pero si tienes tiempo sería bueno que la miraras. Creo que está mejor, pero con ella nunca se sabe.

Gabriel asintió. Áurea se adentró en la casa y él la siguió hasta la cocina, envuelta en el aroma del café recién molido. Ella colocó sobre el fuego el puchero que había dejado a medio llenar. Luego sacó del armario el paño para colar, la cafetera y un par de tazas. Mientras el agua se calentaba, se sentó frente a Gabriel.

—Ignacio no está. Quiero decir, no me refiero a ahora, sino que no está en Madrid. Vuelve la semana que viene.

—Lo sé. Paula me lo ha dicho.

—¿Por eso has venido, porque lo sabías?

La pregunta era tan directa como poco diplomática. La respuesta no le anduvo a la zaga.

—He venido porque es Navidad y mi tía me dijo que estabais solas. Pero sí, si Ignacio hubiera estado no habría venido.

Sin saber por qué, esa respuesta puso un nudo en la garganta de Áurea. Se levantó para retirar el puchero, que ya hervía. Vertió los granos de café y, al

instante, el reconfortante aroma de la infusión inundó la cocina. Tapó el cazo con un paño y se volvió hacia Gabriel.

—A mí estos días no me parecen tan importantes, porque mi padre no celebraba la Navidad de una forma especial. Sin embargo, no quiero que la infancia de Alba sea como la mía. —Antes de que él pudiera responder, aclaró —: No te confundas, yo fui muy feliz con mi padre. Pero también fui una niña solitaria. Eso es lo que no quiero para mi hija. Quiero que Alba lo tenga todo: una familia que la quiera, amigos con los que jugar, la posibilidad de descubrir el mundo, de asombrarse, de preguntar...

Se volvió para ocuparse del café. Lo coló y sirvió dos tazas. Cuando tendió una a Gabriel, se sorprendió a sí misma preguntando:

—¿Alguna vez lamentas no haber tenido madre?

La respuesta de Gabriel fue cautelosa.

—Sí. Aunque estaba Justina.

—Yo no debería echarla de menos porque mi padre decía que él era las dos cosas, padre y madre. —Se sentó, envolviendo la taza con las manos—. Sin embargo, la he echado de menos todos y cada uno de los días de mi vida. Incluso ahora, que soy adulta, echo de menos una madre. No la mía, porque me abandonó, sino una madre como deben ser las madres. Una que te consuele, que te escuche, que te comprenda, que te conforte. Una para la que lo seas todo en el mundo. Lo mejor de su vida.

Calló, buscando la mirada de Gabriel. Como él no dijo nada, continuó:

—Es lo que quiero para Alba. Quiero ser esa madre en la que pueda buscar afecto, consuelo y ternura. Pero también quiero que su padre sea ese padre que le dé seguridad, que le diga que es la más bonita del mundo, la luz de sus ojos, el orgullo de su vida. Quiero que lo tenga todo, porque, ¿sabes?, yo solo tuve la mitad de esa ecuación. Y la mitad no basta.

Bebió de la taza con un gesto seco. No sabía qué le estaba sucediendo para mostrarse tan sentimental. Ni a Gabriel ni a nadie le importaba lo que ella hubiera sentido de niña, pero desde el nacimiento de Alba su estado de ánimo era así: vulnerable, inseguro y cambiante como la luz de un día de tormenta.

—¿Estás bien, Áurea?

La suave preocupación que envolvía la pregunta hizo que ella se rehiciera.

—Lo siento. —Dejó la taza sobre la mesa—. Discúlpame. No sé qué me pasa. Debe de ser porque apenas duermo, cuando Alba está así. Me asusta tanto que deje de respirar y no poder hacer nada por ella...

—Sabes que puedes llamarme siempre que me necesites.

—Sí. Lo sé. Gracias.

Se puso en pie. La excusa de recoger las tazas le permitiría un momento

para calmarse. Pero cuando quiso hacerlo, Gabriel retuvo su mano.

—¿Has pensado en buscar a tu madre?

La mirada de Áurea se quedó clavada en la unión de sus manos.

—Claro que no.

—Es la única que puede explicarte lo que sucedió —insistió él.

—¿Tú también piensas como Amparo? ¿De verdad crees que hay alguna explicación para abandonar a un hijo?

—No lo sé, yo no tengo ninguna. Pero creo que la verdad nos es necesaria para avanzar en la vida, por dolorosa que sea. Tú no eres cobarde, Áurea. Podrás afrontarlo.

Ella liberó su mano. Aquella noche había llorado mucho, compadeciéndose de la niña que había sido. No podía afrontarlo.

Un balbuceo infantil al fondo de la casa la reclamó. Aliviada, fue en busca de su hija. Cuando regresó con ella en brazos, Gabriel la tomó para examinarla. Respiraba mal, aunque no parecía tan grave como en otras ocasiones. Continuaron un rato más en la cocina, al calor de la lumbre, con Gabriel jugueteando con Alba, provocando en ella aquella sonrisa desdentada que derretía el corazón de Áurea. El nudo en su garganta reapareció. El tiempo se les pasó en un suspiro.

Cuando las campanadas de la iglesia cercana anunciaron las doce, Gabriel se dispuso a marcharse. Ella lo acompañó hasta la puerta con Alba en brazos. Antes de marcharse, él acarició de nuevo la cabecita del bebé.

—Ya sé que no soy bienvenido aquí, y no quiero ponerte en un compromiso, pero no me gustaría convertirme en un extraño para Alba.

—¿Por qué no vas a ser bienvenido? Yo no soy Ignacio.

Las palabras brotaron sin pensar, como las sintió, pero la rápida mirada que Gabriel clavó en ella la hizo consciente de lo peligroso de su respuesta. Sintió el calor ascendiendo por su rostro, pero no quiso echarse atrás. Ni Ignacio ni ella habían pretendido un matrimonio convencional. Y si ella creía que Alba necesitaba a su tío, en algún momento Ignacio tendría que aceptarlo.

—¿Estás segura?

Áurea bajó la mirada hacia su hija.

—No puedes provocar una discusión cada vez que quieras verla, desde luego —aclaró—. Pero tampoco hace falta encontrarnos aquí. Cuando Ignacio trabaja hasta tarde, suelo salir a pasear para no molestarlo. Si el día no es muy frío, me gusta sentarme ante el palacio de Cristal del Retiro. Cuando quieras ver a Alba, allí serás bienvenido.

Gabriel alargó la mano para acariciar a Alba y el corazón de Áurea se encogió con una punzada de culpabilidad. No se atrevió a levantar la cabeza

porque sintió el deseo de escucharlo decir que era a ella a quien iría a ver. Y por eso, porque no vio sus ojos, tampoco vio el anhelo que asomó a estos y que Gabriel se obligó a borrar rápidamente, mientras le daba las gracias por aquella oportunidad de estar presente en la vida de Alba.

*Madrid, primavera de 1924*

La inauguración del Biarritz, a finales de marzo, fue un éxito de público. Desde varios días antes de la fecha elegida, no quedaban entradas para el cabaret ni mesas en el restaurante. Aquella noche, Konrad Metzger no dejó de pasearse arriba y abajo del local, ufano y bullanguero. Políticos que habían formado parte del último y defenestrado gobierno parlamentario, miembros de la más rancia aristocracia, poderosos industriales de paso en Madrid, periodistas, escritores, incluso uno de los militares que formaban parte del Directorio Militar de Primo de Rivera... todos ellos aseguraron con su repetida asistencia el temprano triunfo del local.

Pero aquel triunfo hizo que los horarios de Ignacio se volvieran más y más exigentes, e incluso en algunas ocasiones ni siquiera iba a dormir a su casa.

La primera vez que eso sucedió, Áurea despertó de madrugada y no dio importancia a su ausencia. Pero cuando las horas fueron pasando, la luz aclaró las sombras de la calle y Fonsa se preparó para salir a comprar, temió que le hubiera sucedido algo.

Durante buena parte de la mañana dudó sobre qué hacer. Su intranquilidad parecía habersele contagiado a Alba, así que finalmente optó por salir con ella sin esperar a Fonsa. Ni siquiera sabía a qué altura de la calle Alcalá estaba aquel nuevo local, y tuvo que recorrer un buen trecho antes de encontrarlo.

Fue consciente de las miradas escandalizadas que la siguieron cuando empujó la puerta. También los dos hombres que barrían sin muchas ganas el local la contemplaron sorprendidos.

Áurea se presentó como la esposa de Ignacio Montero. No le pasó desapercibida la rápida mirada que intercambiaron los hombres. Explicó que quería ver a su marido, pero eso no los incentivó a hablar.

—Pero ¿está aquí, o no? —insistió con impaciencia, después de haberse explicado de nuevo.

El crujido de unos peldaños al fondo del local le hizo volver la cabeza. Una mujer morena, de rasgos angulosos y ojos claros, la miraba desde una escalera discretamente escondida tras dos macetas con palmeras.

—El señor Montero ha trabajado hasta muy tarde. No desea que lo

molesten.

Áurea disimuló como pudo su asombro ante aquella mujer extranjera. Cubría su cuerpo con una bata adamascada y llevaba chinelas de plumas, como si acabara de levantarse de la cama para atender una visita inoportuna. Los dos hombres habían retomado su labor, pero permanecían más atentos a su encuentro que al polvo que movían de lado a lado.

—Soy la esposa del señor Montero. Si, por favor, me indica dónde puedo hallarlo...

—Ya le he dicho que ha trabajado hasta muy tarde. Está durmiendo.

La mujer se cruzó de brazos y apoyó la cadera en la barandilla. Áurea estuvo tentada de preguntar con mordacidad hasta qué hora había trabajado ella.

—Y yo ya le he dicho que soy su esposa, y quiero verlo. Usted. —Se volvió hacia uno de los hombres que barrían—. ¿Dónde está?

Él indicó la misma escalera donde se apoyaba la mujer. Áurea sacó a Alba del cochecito y se encaminó hacia el piso superior.

—No le gustará que lo despierte —le advirtió la mujer con fastidio cuando pasó por su lado.

Áurea ignoró el comentario y subió. Varias puertas rodeaban el descansillo del piso superior. Acertó a la primera.

Ignacio dormía tumbado en un sofá. Áurea empujó la puerta para que se cerrara. Tras haberse asegurado de que estaba bien, podía marcharse sin hacer ruido, pero no quiso dar esa satisfacción a la mujer de abajo.

Giró una de las sillas dispuestas ante una mesa de escritorio y se sentó. Alba gorgoteaba llevándose las manecitas a la boca. Áurea llamó a Ignacio en voz baja un par de veces, luego en un tono más alto, sin resultado. Estaba casi decidida a marcharse cuando él se removió, hablando en sueños. Áurea creyó entender un nombre de mujer. En cualquier caso, volvió a llamarlo en voz cada vez más alta, hasta que finalmente se despertó sobresaltado.

El gruñido de disgusto se cortó en seco al verla. Se incorporó con rapidez, mirándola como si viera visiones.

—Creí que te había sucedido algo —explicó ella antes de que él dijera nada—. No has venido a dormir a casa.

Él se miró la camisa sin corbata, desabotonada en parte y arrugada. Luego la miró a ella, como si siguiera sin comprender qué hacía allí. Áurea añadió:

—Podías haberme enviado un recado. Me habría quedado tranquila.

Aquellas palabras parecieron hacerle reaccionar. Se excusó hablando del mucho trabajo de la noche anterior, de un problema en la ruleta y otro en el bar.

—No pretendía quedarme a dormir. Sencillamente, cerré los ojos un momento y me quedé traspuesto. —Desvió un momento la mirada hacia el reloj

del escritorio—. O, mejor dicho, los he cerrado hace un rato. No he dormido ni cuatro horas.

La tentación de inquirir si la mujer del bar también se había quedado traspuesta fue grande. Áurea se puso en pie, e Ignacio la imitó.

—Espera un momento. Te acompañaré a casa.

—No es necesario.

Pero él insistió. Con el cansancio de una noche sin apenas sueño, tomó la chaqueta y la corbata que yacían en el suelo y se las puso. Luego pidió a Áurea que aguardara un segundo allí, y la dejó a solas.

Acunando a Alba, ella se acercó a la ventana del despacho. La vista de un patio con pequeños huertos le pareció lo mejor de aquella sala grande, decorada con muebles igualmente grandes y pretenciosos. Le sorprendió la profusión de espejos de marcos recargados. No había pared sin su espejo. En conjunto, todo parecía ostentoso, excesivo y sin alma, desde la exagerada chimenea de mármol hasta la mesa de malaquita ante el diván. Regresó hacia ella. Dos vasos con restos de un líquido oscuro habían marcado medias lunas sobre un rastro de polvo. Pensativa, giró con el pie la botella caída en el suelo. Bourbon. Ni sabía lo que era.

Ignacio regresó al poco y la tomó del brazo para conducirla por el pasillo hacia una salida discreta que daba a un callejón. Pero el cochecito de Alba estaba en el bar y tenían que recogerlo. La necesidad de bajar al local y salir por la entrada principal molestó a Ignacio. Áurea lo vio apretar la mandíbula para desandar el camino ante ella.

Esa vez, los hombres que barrían el local no detuvieron su actividad al verla. Áurea colocó a Alba en su coche y salieron a la calle Alcalá. Antes de alejarse, miró hacia atrás por encima del hombro. La cortina que alguien sostenía abierta en el primer piso se movió ligeramente, pero no se cerró.

Aquella tarde, cuando Ignacio regresó al club y Camille se burló suavemente de su manera de salir corriendo tras las faldas de su mujer, tuvieron una agria discusión. Ignacio le prohibió que mencionara a Áurea o a su hija, de la misma forma que no aceptaría que Áurea le hablara de Camille. Su familia era una parte de su vida, y su amante, otra. Y cualquier hombre sabía que la calma de su vida dependía de mantenerlas completamente separadas.

En realidad, Ignacio no había pretendido pasar la noche con Camille en el club, pero un grupo de miembros de la Unión Patriótica había reservado una sala privada para celebrar la decisión de Primo de Rivera de considerarlos «la unión de hombres neutros y honrados» en que se apoyaría para gobernar el país. E Ignacio, sabiendo que aquellos hombres serían el poder en un futuro cercano, quiso encargarse personalmente de que el menor de sus deseos fuera atendido.

Pero el fuerte resfriado que arrastraba desde hacía una semana había minado sus energías. Por eso aceptó el ofrecimiento de la *poudrette* que, hasta entonces, siempre había rechazado. El resultado de la cocaína fue, sencillamente, espectacular: olvidó su fiebre y su cansancio, y cuando terminó la jornada y todos los políticos, las *danseuses* y sus empleados se fueron, se sentía tan despierto y lleno de vida que la idea de regresar a casa le resultó absurda. Y dado que Camille tampoco quería marcharse, resolver el pequeño «asunto pendiente» entre ambos había parecido una excelente idea.

Cuando despertó ante el rostro de Áurea, el corazón le había dado un vuelco. Por un momento, no supo qué era sueño y qué realidad, dónde estaba ni por qué. Luego, al decir ella que lo había esperado despierta por la noche, había recordado lo sucedido con Camille. Se sintió pillado en falta, y por ello, culpable. Y prefirió enfadarse con Áurea, porque no estaba acostumbrado a sentirse culpable de sus apetencias ni a disculparse por ellas, y no iba a dejar que nadie provocara ese efecto en él.

La consecuencia de aquella primera vez de muchas fue la entrada en la casa de una lujosa Victrola. Áurea se quedó callada cuando Ignacio levantó la tapa del mueble de caoba de patas torneadas que ella creyó un aparador, dejando al descubierto el mecanismo de un gramófono con la bocina en el interior.

—Es lo mejor del mercado. Traído directamente de Estados Unidos. Los discos están guardados aquí. —Señaló la puerta inferior del mueble—. He comprado algunos de foxtrot, de esos que están tan de moda ahora.

Cuando Áurea inquirió por el precio de aquello, Ignacio se enfadó. Pero ella no podía desentenderse del coste cuando aquella semana Fonsa había tenido que hacer de nuevo las compras al fiado.

—Bonita manera de agradecer un regalo... —le reprochó Ignacio con disgusto, extrayendo unos billetes de la cartera.

—No seas desagradable, Ignacio. Sé que tu intención era buena, pero esta semana he tenido que comprar de nuevo las medicinas de Alba, y no me parece muy prudente gastarnos el dinero en lujos. No me gusta dejar a deber.

—Y a mí no me gusta que nunca te guste nada de lo que hago.

Aquel reproche le resultó tan injustificado que no pudo replicar. Ella nunca cuestionaba a Ignacio. Pero ahora tenían una hija, y demasiado a menudo él olvidaba eso.

La Victrola se quedó en la casa, y las noches que Ignacio dormía en el club dejaron de ser extrañas. A veces, Áurea miraba aquel mueble y recordaba los

regalos que su tía solía recibir de Joaquín. Entonces Alba lloriqueaba, o comenzaba a hacer alguno de aquellos ruidos que sin ser palabras eran una llamada, y tenía que dejar de pensar en la música y los regalos y el club.

Pero poco a poco, casi sin darse cuenta, el inicial malestar que había sentido por las ausencias nocturnas de Ignacio se fue trocando en indiferencia, y luego, en alivio. Todo era más sencillo cuando él no estaba en casa, pues cuando estaba el llanto de Alba lo irritaba hasta un punto en que gritaba para hacerla callar. Sin saber nunca de qué humor regresaría del club, Áurea había aprendido a disfrutar de aquellas mañanas en las que él no estaba, cuando su hija y ella podían jugar y reír sin que nadie golpeará algo para que bajaran la voz, o emitiera un juramento porque lo habían despertado.

Sus preferidas eran las mañanas que coincidían con los días libres de Gabriel, aquellas mañanas en que, sentada ante el palacio de Cristal, lo veía llegar con una sonrisa que ella se preguntaba por qué no había descubierto en Burgos, y mientras jugaban con Alba le contaba cómo había ido su semana en el trabajo y le preguntaba qué había hecho ella. Cuando aquella Navidad había formulado la invitación a acompañarlas en sus paseos, no había esperado que Gabriel la aceptara tan a menudo, pero durante meses se vieron allí dos, incluso tres veces a la semana. Si alguna vez tenía demasiado trabajo y no aparecía cuando lo esperaba, Áurea pasaba el resto del día decepcionada, y solo la consolaba pensar que era muy posible que apareciera al día siguiente. Si se lo hubieran dicho años atrás, jamás habría creído el profundo afecto que había comenzado a sentir por él. El nacimiento de Alba le había permitido verlo bajo otro prisma, y apreciar cualidades y aspectos a los que de más joven no daba importancia. Gabriel no hablaba mucho y contenía sus emociones, pero lo que decía era sensato y discreto. Aunque Áurea fuera mujer, no empleaba con ella un tono paternalista ni pretendía demostrar a cada palabra superioridad; simplemente, la escuchaba, y cuando debía emitir su opinión, lo hacía con palabras meditadas y tranquilas, pero firmes. Nunca le iba a dar la razón si creía que no la tenía, pero tampoco iba a tratarla injustamente.

Un día que estaba sentada ante el palacio esperando a Paula, que se retrasaba, vio a Gabriel bajando por el sendero. Inevitablemente, como cada vez que se veían, sonrió. Pero la sonrisa se congeló en su cara al ver que, aquella mañana, Edith lo acompañaba.

La americana se acercó y la saludó inclinándose hacia el cochecito. Alabó lo bonita que era Alba, preguntó a Áurea qué tal se encontraba, le envidió su

tranquila y satisfecha vida de mujer casada...

Áurea sabía que tal envidia no existía. En cuanto comenzó a darle noticias de sus antiguas compañeras de la residencia, supo que de ninguna de las maneras la americana se cambiaría por ella. La excursión a Segovia de la que acababa de volver, las exposiciones del Ateneo y el Círculo de Bellas Artes, el partido de hockey que había presenciado el fin de semana... Se preguntó con resquemor si Gabriel tendría alguna intención seria respecto a ella. Estaban paseando solos, y eso únicamente se hacía con un noviazgo formal. Pero si era el caso, aquello no iba a salir bien. Por mucho que estuviera disfrutando de su beca, Edith siempre había hablado de volver a Boston.

«O tal vez lo que te pasa es que estás celosa.»

La inesperada irrupción de aquel pensamiento la dejó aturdida. No se dio cuenta de que Edith seguía hablando hasta que le tocó el brazo.

—Digo que podrías venir. La obra, ¿sí? Hemos ensayado mucho. Es muy divertida. El viernes...

La llegada de Paula interrumpió la invitación. Gabriel presentó a Edith a su prima. Paula se quejó del excesivo calor que hacía para ser comienzos de mayo y Edith les habló de la comedia de Dorothy Gish que había visto, y a la que había tenido que acompañarla una amiga porque a Gabriel le resultaba más atractiva la Academia de Medicina que el Coliseo Imperial o el Cinema Goya.

A diferencia de Paula, Áurea no rio.

Al despedirse, Edith le recordó la invitación del viernes. Áurea se lo agradeció, pero, por tentadora que fuera la idea de acudir a la residencia para disfrutar de una obra de teatro, tenía que ocuparse de Alba.

Sin embargo, cuando se quedaron a solas, Paula la sorprendió.

—¿Por qué no la dejas conmigo y vas? Sabes que me encanta tenerla, y nunca la veo con tiempo. ¿Cuánto sería, dos horas como mucho? Vamos, Áurea, no le va a pasar nada a la chiquitina por estar dos horas con su madrina, ¿verdad que sí, preciosa mía?

Alba sonrió ante los arrumacos de Paula, y Áurea sintió un cosquilleo de expectación. Nunca se había separado de Alba desde su nacimiento, pero la idea de hacer alguna actividad de adultos, rodeada de adultos y manteniendo conversaciones de adultos resultaba tan atractiva que no se atrevía ni a pensarlo. Adoraba a su hija, pero alejarse un ratito de su rutina de papillas, medicinas y paseos...

Paula apenas tuvo que insistir un par de veces más para convencerla.

Días después, el reencuentro en la residencia emocionó a Áurea. Cuando entró en la sala donde se iba a representar la obra, Susana dio un grito de alegría y se lanzó a su cuello para abrazarla. Sus antiguas compañeras la llenaron de preguntas sobre su vida de casada, su marido, su niña. Incluso María de Maeztu la reconoció y acudió a charlar con ella. A la representación habían invitado a acompañantes de las muchachas. Todo eran risas, bullicio, alegría.

«Tienen tanto por vivir...», pensó, dolida al sentirse casi vieja a su lado. Prácticamente ninguna de las presentes llevaba el cabello largo y recogido como ella; incluso las faldas eran más cortas que la suya. Solo hacía año y medio que había dejado aquello, pero parecía que hiciera muchísimo más.

No vio a Gabriel hasta el entreacto. Un problema eléctrico había retrasado su tranvía y la obra ya había comenzado cuando llegó. Ante él, Áurea quiso mostrarse alegre, pero su sonrisa tuvo un fondo melancólico que él comprendió.

—Echas de menos esto, ¿verdad?

—Bueno, es humano creer que cualquier tiempo pasado fue mejor.

—Sí, lo es. Aunque los humanos a veces somos absurdos. En ocasiones añoramos cosas que nunca nos gustaron cuando sucedían, y otras nos damos cuenta demasiado tarde de lo que hemos perdido.

—No creas que esa reflexión me anima mucho.

—Tal vez era una reflexión para mí, más que para ti —observó, con un tono que intrigó a Áurea. Hubiera querido preguntarle si sus palabras tenían que ver con Edith, pero no sabía si estaba preparada para escuchar la respuesta.

Detrás del telón se oyó un ruido, seguido de las exclamaciones y risas de las actrices. Una cabeza asomó para anunciar que necesitarían cinco minutos más para reparar el decorado. Gabriel sugirió acercarse a la mesa de los refrescos.

—La verdad es que nunca hubiera dicho que tú tuvieras algo de lo que arrepentirte. —Áurea aceptó el vaso que le tendió una de las muchachas, decidida a mostrarse tan despreocupada como Edith—. Siempre pareces tan seguro de tus decisiones...

—¿Eso parece? Solo los necios creen haber hecho siempre lo correcto.

—*Errare humanum est*, ¿verdad? —Gabriel asintió y Áurea añadió—: Pero dicen que todo tiene solución, menos la muerte.

—Menos la muerte, y el matrimonio.

Sin tener motivos, ella enrojeció. El comentario había parecido casual, pero se preguntó si algo en su comportamiento había delatado que aquella tarde, por un momento, había llegado a sentirse como la joven que, años atrás, había llegado entusiasmada a la residencia. Sin pretenderlo, al dejar a Alba y subir al taxi la había asaltado un sentimiento de libertad. Áurea no concebía la vida sin su hija, pero mientras el coche recorría las calles se había descubierto ilusionada

de una manera que apenas recordaba. Era una sensación curiosa, la ilusión. No requería un objetivo concreto, más bien al contrario: se alimentaba de la abstracta posibilidad de lo nuevo. De lo desconocido.

—No hay mucha diferencia entre pasar la tarde aquí o ir a misa con alguna amiga —se defendió, suponiendo que él censuraba aquella emoción que no sabía cómo habría llegado a detectar.

Pasaron unos segundos hasta que Gabriel se movió. Ella vio el destello en sus ojos, un destello que pareció decir «no entiendes nada». Pero justo cuando iba a hablar, Edith bajó del escenario y se acercó a ellos.

—Aún faltan unos minutos y estoy muerta de sed. Por favor, *Geibriel*, ¿podrías pedirme un poco de eso, sí? —Indicó el vaso de limonada que sostenía Áurea.

A pesar de la peluca y el maquillaje, la sonrisa de la americana le resultó a Áurea tan deslumbrante como siempre. Colgándose del brazo de Gabriel, y con un mohín coqueto, le preguntó por qué había llegado tarde. Le había reservado un asiento en primera fila que había tenido que liberar. Luego, sin soltarse de su brazo, se volvió hacia Áurea para preguntarle por su hija y su marido.

—Qué niña tan preciosa, y qué marido tan atractivo. Qué afortunada eres de tener la familia que tienes.

Áurea hizo un esfuerzo por sonreír, pero le costó. Durante unos minutos, Edith siguió hablando con Gabriel sobre personas que Áurea no conocía y recuerdos compartidos de los que, desde luego, ella no era parte. Cuando la campanilla anunció la reanudación de la obra y tuvo que volver a su asiento, lo hizo con una extraña sensación entre el disgusto y la vulnerabilidad. Durante lo que quedaba de representación, fue demasiado consciente de las sutiles sonrisas que Edith dirigía hacia la derecha del público cuando terminaba una frase o una escena. Cuando, al acabar, Gabriel se acercó de nuevo para ofrecerse a acompañarla a casa, Áurea lo rechazó.

—No te molestes. Veo que Edith tiene muchas cosas que hablar contigo, y yo tengo que pasar por casa de Paula para recoger a Alba. No creo que me dé tiempo a saludarla, así que dile de mi parte que ha hecho una doña Clarines muy divertida.

—Espera. —Gabriel dio un paso a un lado, impidiendo su marcha—. ¿Qué sucede?, ¿estás enfadada?

—Claro que no, ¿por qué iba a estarlo?

Pero su tono sonó forzado, y Gabriel alzó los hombros, como diciendo «no tengo ni idea, pero lo estás». Se habían detenido ante la salida de la sala, y los saludos de sus antiguas compañeras al pasar junto a ellos impedían cualquier explicación que Áurea hubiera querido dar. Cuando al fin el flujo de gente se

redujo y la sala fue quedando vacía, se volvió hacia Gabriel para despedirse de nuevo. Entonces descubrió que él se había acercado y la estaba mirando de una manera tan profunda, tan afectuosa, que un inesperado latigazo le encogió el estómago, enviando una oleada de calor por su cuerpo.

Y durante un interminable momento se dio cuenta de que había estado a punto de arrojarse en sus brazos.

Horrorizada, dio un paso atrás y bajó la mirada al suelo de baldosas.

—Tengo que irme. Es muy tarde.

—No, espera. Dime qué te sucede. ¿Por qué te has enfadado conmigo?

—Ya te he dicho que no estoy enfadada —replicó, zafándose del intento de Gabriel de retenerla.

No era mentira, pues no estaba enfadada sino avergonzada. Y asustada. No le costó encontrar un taxi en la calle que la llevara a casa de su prima. Alba tendió los brazos hacia ella nada más verla, y Áurea la estrechó contra su pecho con tal ardor que la niña protestó. Dio un beso a Paula para agradecerle su ayuda, y se despidió cortésmente de un adusto Miguel Vega. Al llegar a casa no dejó que Fonsa se ocupara de Alba, y fue ella quien la bañó y le dio la cena. Luego, antes de acostarse, preparó la lista de la compra y de las labores que harían al día siguiente. No les quedaban más que quince pesetas en el tarro, y anotó pedir más dinero a Ignacio. Mantuvo su mente ocupada hasta que llegó la hora de dormir, y aunque aquella noche le costó conciliar el sueño, se obligó con toda su fuerza de voluntad a olvidar la emoción que la mirada cercana de Gabriel le había provocado.

El amanecer la encontró insomne y confusa. Pero se convenció de que lo había conseguido.

Después de aquella velada, Áurea pasó muchos días sintiendo una culpabilidad ante la que no hallaba defensa. No podía engañarse. El deseo físico que había sentido por Gabriel había sido involuntario, nada que ella hubiera buscado o pretendido, pero muy real, y la horrorizaba pensar que alguien pudiera haberse dado cuenta. Durante días, evitó pasear hasta el palacio de Cristal y se sentaba frente al estanque de las Campanillas o de la casita del Pescador. Una mañana, Paula le dijo que acababa de verlo junto a la gruta, y le había preguntado por ella.

—No le he dicho nada, como me pediste. Pero Áurea, no sé por qué lo estás evitando. ¿Habéis discutido?, ¿es eso? Ya sabes que Gabriel no se ofende fácilmente, pero creo que se ha dado cuenta de que no quieres verlo.

Áurea negó que hubieran discutido, aunque no supo dar una explicación que aplacara los recelos de su prima.

En cualquier caso, evitarlo no fue suficiente.

El día que, al fin, Gabriel la encontró en El Retiro, había amanecido cálido. Sentada en su sillita, Alba jugueteaba con un gato de trapo. Fonsa charlaba con otras criadas, y Áurea meditaba cómo conseguir que Ignacio recordara entregarle dinero cada semana sin que ella tuviera que pedírselo a diario. De repente, Alba agitó el muñeco de trapo llena de alegría, mostrando aquellos dientecitos que le daban un aspecto adorable, y Áurea vio a Gabriel llegando por el sendero.

Su corazón dio un vuelco.

Lo primero que hizo fue inclinarse sobre la cabeza de Alba para besarla. Lo segundo, sentarse en el banco para fingir que le quitaba el muñeco de trapo, lo que hizo que la niña diera un grito de júbilo.

Áurea lo miró de reojo, tratando de distinguir si estaba enfadado con ella, o herido o molesto; al fin y al cabo, después de haberse visto asiduamente en aquel parque durante meses, llevaba días evitándolo sin una sola explicación. Pero Gabriel, aunque más serio que de costumbre, parecía calmado. Con cautela, le preguntó qué tal todo. Sin dejar de jugar con Alba, él respondió que Edith había vuelto a Boston para el verano. Áurea hubiera querido preguntar si la echaba de menos, si por eso parecía tan reservado aquella mañana, pero no se atrevió. Volvió a sentir envidia de la americana. Envidia de su libertad para decidir a quién ver, dónde y cómo. Envidia de que pudiera viajar a un país que no era el suyo y conseguir que un hombre como Gabriel la acompañara a su voluntad. Envidia de su belleza, de su despreocupación y de su manera de reír. Envidia de que el futuro fuera suyo, de que todas las posibilidades y todos los sueños del mundo estuvieran en sus manos.

Pero se negó a dejarse llevar por la melancolía. A pesar de Alba y de su matrimonio, veintidós años eran pocos para aceptar que su vida había acabado antes de empezar, así que buscó temas inofensivos para charlar con él. Le habló de lo que todo Madrid hablaba en aquellos momentos: de la vidente que pretendía poder resolver la horrible desaparición de las niñas de la calle Hilarión Eslava; de las Olimpiadas que se estaban celebrando en el estadio Colombes de París y en las que dos españolas, Lili Álvarez y Rosa Torras, habían llegado más lejos que sus demás compatriotas; de la visita de los reyes de Italia, Víctor Manuel y Elena, que tanto había aclamado la calle; de los encarcelamientos de afiliados a la CNT; de la conferencia que se iba a celebrar en Londres para reorganizar la economía alemana... A todos los temas, Gabriel respondió sin dejar de prestar atención a Alba.

Una punzada de lástima embargó a Áurea al sentir su distancia. Dada su

inoportuna reacción en la residencia, era lo adecuado; pero lo lamentaba. La hora de regresar a casa llegó antes de lo que hubiera deseado. Al despedirse, Gabriel le preguntó si saldría de Madrid aquel verano. Ella no lo había decidido aún. Como todos los años, *madame* Roche la había invitado a Segovia, pero le parecía que Alba era demasiado pequeña para viajar.

Entonces fue cuando Gabriel confesó la causa de su distancia durante aquel encuentro. Había aceptado una oferta de trabajo del Sanatorio de Oza, y había venido a despedirse.

—¿Oza? ¿Dónde está eso?

—En La Coruña.

A Áurea se le cayó el alma a los pies. Gabriel le explicó sus motivos: se trataba de un sanatorio para tuberculosos con planes para inaugurar unos edificios que lo harían el más grande del país, con unas colonias para niños a los que podrían ayudar los efectos beneficiosos del sol, aire puro y buena alimentación, el director se jubilaba en tres años y él podría optar al puesto...

Era absurdo sentirse traicionada, y Áurea lo sabía. Pero no pudo contenerse.

—Creí que dijiste que no querías convertirte en un extraño para Alba.

—Y no quiero.

—Pues te será difícil conseguirlo tan lejos.

Esperaba que se diera la vuelta, que dejara de jugar con Alba un segundo para mirarla a la cara. Pero no lo hizo. Con voz resignada, replicó:

—Es una buena oportunidad para mí, Áurea. —Se inclinó de nuevo sobre su sobrina, haciéndole cosquillas y besándola.

Áurea bajó la mirada cuando él se puso en pie, ocultando la desolación. Gabriel le dijo que, en caso de problemas con Alba, acudiera al General. Había hablado con don Gregorio para que supiera quién era.

—Él se encargará de que te atiendan bien.

Ella le agradeció su previsión y le deseó suerte, qué otra cosa iba a hacer. Pero cuando ya había comenzado a alejarse de ellas, al darse cuenta de que la separación era definitiva, soltó a sus espaldas:

—No ibas a aceptar esa oferta el día de la obra de teatro, ¿verdad?

Gabriel se volvió. Esa vez, su mirada enfrentó la de Áurea abiertamente. Y ella pudo ver, porque él lo permitió una fracción de segundo, el pesar en el fondo de sus ojos, la tristeza, la resignación. Pudo verlos antes de que su expresión se tornara de nuevo impenetrable.

—No la ibas a aceptar, ¿verdad, Gabriel?

Él se encogió de hombros.

—Ya no importa.

«Ya no importa, ya no importa...» Aquellas palabras se fueron repitiendo

como un eco en la cabeza de Áurea, mientras lo veía alejarse por el sendero que lo sacaría de su vida, mientras su mente trataba de descifrar qué le estaba pasando para sentirse de repente tan sola, tan abandonada otra vez.

—A mí me importa —musitó, viéndolo desaparecer tras los olmos del sendero—. Me importa, Gabriel.

Pero él ya no estaba para escuchar su confesión.

Aquel verano, Áurea rechazó la invitación de *madame* Roche y se quedó en Madrid con Alba. Fue la suya una decisión meditada. No iba a martirizarse por sus emociones; él se había ido, y ya no había nada contra lo que luchar. Lo realmente importante era que estaba casada y, por extrañas que hubieran sido las circunstancias de su matrimonio, debía tratar de que funcionara.

Eso fue lo que pretendió al quedarse en Madrid aquel verano. Pero su pretensión de dedicar esos meses a acercarse a Ignacio, a pasar más tiempo con él y compartir algo de su vida chocó con la realidad de su ausencia. Áurea había creído que aquellos meses calurosos en que medio Madrid abandonaba sus calles serían favorables a su propósito. Se equivocó.

—No sé de dónde has sacado que hay menos trabajo en el club. Seguimos teniendo cubierto el cupo de reservas. ¿Cómo voy a dejarlo para ir a un cine al aire libre? Metzger me despediría.

—Pero podríamos pasear por La Castellana antes de que entres a trabajar.

—Hace mucho calor a esas horas.

—¿Y el domingo, a bañarnos al Manzanares?

—No me gusta el río. Además, el fin de semana llega Metzger de Valencia. Tenemos muchos asuntos que tratar. Pero tal vez puedas irte unos días a La Granja, ¿no te ha invitado la Roche? Allí estaríais mucho mejor que aquí, con el fresco de la sierra...

Áurea trató de no rendirse a la primera, y todo el verano siguió intentándolo, aunque apenas consiguió acercarse a él. Ignacio la rehuía; con amabilidad algunas veces, otras sin paciencia.

Una noche especialmente calurosa, Áurea despertó poco antes del amanecer. No le sorprendió que el lado de la cama de Ignacio siguiera intacto. La claridad de un cielo de luna llena la llevó hasta la ventana abierta de la sala. Giró la butaca para sentarse a contemplar aquella noche espléndida de luz plateada que desvelaba el mundo en múltiples tonos de gris, sentir la ligera brisa que de vez en cuando rozaba su piel bajo el ligero camisón, y reflexionar sobre qué estaba haciendo con su vida.

Así la encontró Ignacio a su llegada una hora después; en la butaca, con la mirada fija en los puntitos brillantes que de vez en cuando aparecían en la noche y recorrían como lágrimas parte del firmamento hasta desaparecer en la nada.

—¿Estás dormida? —susurró desde la puerta. Cuando ella negó, entró en la sala—. Hace calor esta noche. Habrías estado más a gusto en La Granja.

Áurea llevaba reflexionando toda la noche sobre aquel acuerdo que era su matrimonio y que solo los primeros meses había parecido real. Sin que supiera del todo por qué, el embarazo había enfriado la naturaleza de su relación. Ignacio no quería hijos, le había dicho; se preguntaba si era eso, el miedo a más, la causa de que no la hubiera vuelto a tocar, de que poco a poco se hubiera ido alejando, excusándose en aquellos horarios que los hacían no verse en días.

Se permitió pensar un momento en qué habría sucedido en Segovia; en qué habría hecho de encontrar a Gabriel en una noche estrellada como aquella, envuelta en la fragancia de la retama y el brezo.

La conciencia de que un matrimonio era un camino sin vuelta atrás le dio el valor para decir lo que llevaba meditando desde que se había levantado.

—Hace casi un año que nació Alba, Ignacio.

Él asintió.

—Yo... ya me siento preparada.

Rogó en silencio que no le preguntara para qué estaba preparada. Bastante difícil se le había hecho la confesión. Los segundos que transcurrieron hasta que él respondió la convencieron de que la había entendido a la perfección. Aunque fuera para rechazarla de nuevo.

—No nos casamos para ser un matrimonio como todos, Áurea —explicó con el cansancio de quien ha dicho lo mismo cientos de veces—. Creía que los dos estábamos de acuerdo.

—¿Cómo crees que me hace sentir saber que te desagrado hasta el punto de que no soportas tocarme?

—Áurea, no me desagradas. No se trata de eso. Pero estuviste a punto de morir en el parto.

—¿Esa es tu excusa para mantenerte a distancia de mí? ¿Que te sientes culpable?

Notó el movimiento de Ignacio tras ella. Su voz al hablar tuvo un deje exasperado:

—No soy tan virtuoso como para sentirme culpable. Pero, Áurea, nos casamos sabiendo lo que hacíamos. ¿Crees que no me sería fácil tocarte, sabedor de que tengo derechos de esposo? ¿Te sentirías mejor si los exigiera como y cuando me diera la gana, como hacen los demás? Hay pocas cosas que respete en la vida, pero tú eres una de ellas. Y ahora me dices que eso no te hace sentir

bien.

—No, no me hace sentir bien. —Cerró los ojos un segundo para encontrar fuerzas en la tibieza de la brisa nocturna que no olía a retama ni a brezo—. Yo tengo necesidades, Ignacio. Necesidades de afecto, de ternura.

—Tienes a la niña.

—Hay deseos que un hijo no colma.

Él no replicó. Áurea lo sintió cambiar de postura en el asiento, incómodo. Ella, por el contrario, se sentía completamente serena. Se volvió hacia atrás para ver su expresión en la penumbra.

—¿Tendré que pedirte derechos de esposa, Ignacio? ¿Tendré que rogarte lo que a esa Camille le das con desprendimiento?

Los ojos de él destellaron en la oscuridad, molestos.

—No seas absurda, Áurea. Si vas a montar una escena de celos...

—No voy a montar ninguna escena. Solo te estoy pidiendo que tratemos de que nuestro matrimonio no se rompa antes casi de empezar.

—Tú y yo estábamos de acuerdo sobre nuestro matrimonio. No me culpes porque tu hija te haya estropeado lo que pretendías.

—Alba no ha estropeado nada —rebatíó, dolida en lo más profundo por aquella acusación—. Solo te estoy diciendo que es demasiado pronto para que nos convirtamos en extraños.

—No. —Ignacio se puso en pie bruscamente y se dirigió hacia ella—. Me estás diciendo otras cosas, cosas en las que sí te puedo complacer. ¿Es esto lo que quieres? —Áurea se sobresaltó cuando la mano de él se cerró sobre su pecho—. ¿Es lo que llamas derechos de esposa? Me parece muy bien, pero mañana no quiero lágrimas, ni llantos ni reproches, ni quiero más hijos, ni que mi vida cambie. Debes de ser la única persona en el mundo que no puede acusarme de haber querido engañarla. No es justo que ahora me condenes por mi sinceridad.

Ella ahogó un gemido cuando él la obligó a ponerse en pie y sus labios se cerraron sobre los suyos. Notó las manos soltando los botones del camisón, deslizándose sobre los hombros. Cerró los ojos y se preparó para absorber todas las sensaciones, para aceptar todas las exigencias. Se dejó ir para encontrarse en el estremecimiento y la emoción, el tacto, el pulso arrebatado, la pasión y la incertidumbre. Allí, frente a la brisa vibrante de una madrugada de verano que erizó su piel hasta que el placer y el dolor se fundieron, trató de descifrar qué sentía, qué anhelaba, qué necesitaría para no sentir que su vida había encallado en los restos del naufragio en que ella sola la había convertido.

Se encontró a sí misma, pero no de la forma que esperaba. El amanecer reveló el cuerpo de Ignacio, dormido y saciado, sobre el suyo. Y sus lágrimas de desconsuelo al pensar en el dueño de la mirada que había surcado toda la noche

su silencio.

Aquel verano de noches solitarias y calurosas en el que Ignacio acudió tres veces a su cama, antes de regresar al Biarritz para odiarse por lo que estaba haciendo, mientras Alba aprendía a ponerse de pie agarrándose a los muebles y comenzaba a dar sus primeros pasos vacilantes, y Gabriel labraba su futuro en aquel sanatorio de Oza lejos de ella, Áurea tomó sus decisiones para volver a reconocerse en la vida que vivía.

La primera fue impedir que los cuentos que inventaba para su hija cuando la acostaba se perdieran. Escribir había sido el primero de los empeños que había abandonado sin saber cuándo ni por qué. Los estudios, el matrimonio, el nacimiento de Alba... Todo podía explicarlo, y a la vez nada bastaba para entender por qué se había ido olvidando de aquel modo de sí misma.

La segunda fue cortar su melena a la altura de la nuca y ondularla, como todas las mujeres de su edad que conocía. Cuando la peluquera le mostró su nueva imagen en el espejo, el corazón le dio un vuelco al verse como sus amigas de la residencia: guapa, y joven, y con futuro.

La tercera no la podía tomar sola. A finales de agosto se le ocurrió que tal vez no fuera tan absoluta locura volver a la universidad, si Paula podía ayudarla a cuidar de Alba. El hombre que la atendió en el decanato se rascó la cabeza ante la solicitud, pues ella no aportaba permiso de ningún hombre, fuera padre, marido o tutor. Solo aceptó tramitar su cédula al comprobar que hacía dos años había aprobado varias materias de tercero.

Y ya en septiembre, cuando todo el mundo comenzaba a regresar a la ciudad añorando el fantástico veraneo que habían disfrutado, decidió sacudirse de encima el miedo de una vez por todas y buscar a su madre para hacerle aquella pregunta que tantas noches aún ponía un nudo en su garganta: por qué.

Lo que no hizo en todo el verano, porque se obligó a no hacerlo, fue contar las innumerables veces en que se descubrió pensando en Gabriel; dónde estaría en aquellos momentos, qué haría y con quién. En qué tipo de relación mantenía con Edith, si la americana viajaría a La Coruña y qué haría él entonces. En su risa callada, en su mirada amable, su generosidad y su calma. En la difusa sensación de haberse equivocado hacía años sobre él, y la clara, inequívoca y terrible sospecha de que aquello ya daba igual, porque no tenía, y nunca tendría, solución.

*Madrid, otoño de 1924*

Cuando Áurea tanteó a su prima sobre la posibilidad de ocuparse de Alba un par de días a la semana mientras ella acudía a clase, la reacción de Paula la desconcertó. Por un lado, acogió con agrado la posibilidad, pero, por el otro, una sombra de tristeza cruzó su mirada. Áurea le preguntó si le pasaba algo y Paula dijo que nada. Pero en los años que llevaban juntas, Áurea había aprendido a distinguir cuándo su prima le ocultaba algo. Al fin, tras mucho insistir, le confesó su preocupación por que, tras un año de matrimonio, aún no estuviera en estado.

—Doña Eugenia quiere que vea a un especialista que le ha recomendado el doctor Sierra. Es un médico muy prestigioso de Suiza, pero yo no quiero verlo, Áurea. No quiero.

Sabiendo cuánto deseaba ser madre, Áurea supuso que su reticencia tenía que ver con reconocer una especie de fracaso. Pero Paula fue tajante.

—No quiero porque no tengo por qué explicar mis intimidades a nadie. Y punto. ¿Cuándo empiezas las clases? Estoy deseando que me dejes a Alba todas las mañanas.

—Todas no, martes y jueves.

—Bueno. Lo que sea. Ya veremos si después de estar conmigo la chiquitina se quiere ir contigo.

Áurea le dio un abrazo, comprendiendo por el tono seco de su prima que aquello la afectaba más de lo que parecía. Sin ella, no habría podido volver a las aulas, y quería que supiera cuánto se lo agradecía. Paula se la quitó de encima de un manotazo.

—No seas pesada. Y toda esa tontería de la universidad, para dar que hablar a las chismosas. Verás cuando se entere doña Eugenia...

—¿Doña Eugenia es una chismosa?

—No seas idiota. Sabes que no quería decir eso.

Áurea se despidió, recordándole que el domingo los esperaba para la merienda del cumpleaños de Alba.

El primer año de su hija había llegado casi sin enterarse. Áurea había invitado a la celebración a sus tíos, a Paula y a Miguel, a *madame* Roche, a

Susana y a Amparo. Había hecho las paces del todo con la valenciana cuando esta escuchó los problemas que tenía para volver a la universidad. Porque al tramitar su solicitud, y ver que la firma del marido no aparecía en ella, el decanato había rechazado su inscripción. Ni corta ni perezosa, la valenciana había pedido a una compañera de la residencia que las ayudara. Victoria Kent había redactado un escrito alegando que estudiar no era uno de los actos para los que el Código Civil imponía el consentimiento del marido. La universidad había contestado que el consentimiento se exigía para contratar servicios, y aquel era el caso. El asunto había generado polémica al ser difundido en la prensa por la Asociación Nacional de Mujeres Españolas. Y aunque Áurea había acabado por aportar el consentimiento de Ignacio —obtenido a regañadientes, pues le parecía que la polémica le podía perjudicar ante Metzger—, un catedrático antiguo amigo de su padre había tenido que mediar para que su solicitud fuera aceptada.

Ignacio estuvo unos minutos en la merienda, pero pronto se fue al Biarritz. Áurea no se inmutó. Desde que habían tenido relaciones aquel verano, su humor había cambiado a peor. Áurea no se lo explicaba, pero era como si de repente nada de lo que ella hacía le agradara. Si hablaba, porque hablaba. Si callaba, porque no soportaba el silencio. Alba se mostraba muy sensible a los gritos y reacciones destempladas de su padre, y a menudo pedía a Áurea que la cogiera en brazos cuando él aparecía.

En cuanto a los demás, todos se mostraron agradables aquella tarde. Salvo, tal vez, Miguel Vega, que apenas varió el gesto serio. Aunque Áurea comprendió que no era un problema de ella o de la niña, ni siquiera de que le desagradaran las ideas liberales de Amparo. El marido de Paula contestaba a las preguntas que se le hacían, pero Áurea se dio cuenta de que su mente estaba en asuntos muy lejanos de aquella sala y la gente que la poblaba. Recordaba las palabras de Ochoa sobre el teniente, y no podía evitar sentir lástima por él. Por primera vez desde la boda, se preguntó qué sentía realmente él por Paula, y qué sentía su prima por un ser tan poco comunicativo.

Cuando la merienda acabó y todos comenzaron a marchar, Áurea acordó con Paula que le llevaría a Alba el martes después del desayuno y la recogería antes de comer.

Su regreso a la facultad ocasionó revuelo. Quien más, quien menos, había escuchado hablar del escrito de la Kent. Que en su vuelta hubiera intervenido aquella malagueña recién licenciada en Derecho le dio un halo de notoriedad que a Áurea le incomodó. Ella solo quería retomar sus estudios tratando a la vez de no descuidar a Alba. Pero aunque cada año había más mujeres en la universidad, que una casada y con una hija peleara por entrar era algo totalmente inusual; era imposible pasar desapercibida.

Cuando Áurea hizo balance de lo que estaba logrando, fue consciente de que había conseguido casi todos los propósitos que se había marcado en las solitarias madrugadas de agosto. Todas las noches, cuando Alba se iba a dormir, sacaba la pluma dorada que había pasado meses abandonada en un cajón, la colocaba perfectamente alineada en la mesa de la cocina y se sentaba, con sus cuartillas y lápices, para escribir los relatos que a ella le habría gustado leer. Luego, un par de mañanas a la semana, llevaba a Alba con Paula, y la niña se arrojaba en brazos de su madrina sin que pudiera decirse quién se sentía más feliz de las dos.

El único asunto en que no había avanzado era el de su madre. Hacía un par de meses había acudido a la Dirección General de Policía para pedir ayuda. El funcionario que la había recibido había sido amable, pero no la había tomado en serio. Su madre era mayor de edad y había desaparecido voluntariamente veinte años atrás. Salvo que fuera anarquista o hubiera cometido algún tipo de delito, no tenían motivos para buscarla. ¿Era anarquista, su madre? Áurea se había marchado frustrada.

Y aunque no cejaba en su empeño, no sabía bien cómo avanzar en él, por mucho que lo pensara cada día que tenía clases y paseaba con Alba hasta el palacio de Cristal. A medida que avanzaba el otoño, su hija iba adquiriendo seguridad en sus pasos, y un vocabulario que la hacía sonreír. Sus idas y venidas en el parque, desde el banco hasta la barandilla del estanque, mantenían a Áurea pendiente y atenta. Siempre atenta mientras estaban allí. Siempre pendiente de las personas que se acercaban por los senderos del parque.

Pero nunca aparecía a quien habría querido ver.

Un día Paula lo mencionó. «Ah, ¿no lo sabes? Me escribió la semana pasada. Está tan feliz en La Coruña... ¿Te he dicho alguna vez que es de las pocas personas que agrada a Miguel? Será porque los dos son hombres de pocas palabras. En fin, nunca he entendido esa vocación suya, pero si es lo que quiere, me alegro por él. Se lo merece.»

Áurea también se alegró por él. Aunque de ese modo ya no fueran a encontrarse por las mañanas en su banco del estanque, ni fuera a acompañarla más en sus paseos hacia la Gruta; aunque no supiera cuándo y cómo volvería a verlo, se alegraba por él.

O de eso quería convencerse.

A quien más disgustó el regreso de Áurea a la facultad fue a Ignacio. El revuelo del escrito de protesta de la Kent le resultó difícil de digerir. Aunque

ninguno de sus empleados decía nada del asunto, Ignacio estaba seguro de que cuchicheaban a sus espaldas en cuanto se daba la vuelta. Así que, cuando Áurea le explicó que aquel año trataría de aprobar tres de las asignaturas que había dejado pendientes al quedarse embarazada, y al siguiente las otras tres, Ignacio le dejó muy claro que rompería la vieja promesa de dejarla estudiar si había otra polémica semejante; y, desde luego, ya podía borrar de su cabeza aquella segunda parte de su plan que consistía en trabajar, porque de ninguna manera iba a dejar que la gente creyera que él no era capaz de mantener una familia

Pero si bien los cuchicheos a espaldas de Ignacio existían, no estaban ocasionados por los estudios de Áurea, de los que la mayoría de los empleados no había oído hablar, sino por la fogosa relación entre su encargado y Camille.

Al comenzar su relación, Metzger ya le había avisado que la francesa era posesiva y temperamental. Si Ignacio conseguía controlarla, no le importaba lo que hicieran. Al fin y al cabo, mantener amantes era, en un hombre, un asunto tanto de placer como de prestigio. Un encargado fiel y entregado a su mujer no habría casado bien con el talante del Biarritz.

Pero eso era una cosa, y otra, que las discusiones entre ambos afectaran al negocio. Primero fue la noche en que Camille se lanzó contra una de las floristas, acusándola de mantener relaciones con Ignacio. Los chismorreos entre el personal duraron días, tantos como los arañazos en la mejilla de la muchacha. Luego fue el día que Camille se encerró con Ignacio en su despacho, amenazando con tirar por la ventana la contabilidad en la que él había estado trabajando si no confesaba quién era la mujer a la que veía a sus espaldas.

A Konrad Metzger le puso al corriente de ambos incidentes el propio Ignacio. Aceptó sus disculpas, pero le advirtió que no podía permitir escándalos semejantes. Le recomendó que, si no podía con ella, se librara de la francesa cuanto antes, y que su próxima aventura la buscara fuera del personal del club. La regla número uno era, y siempre sería, discreción. No debía olvidarlo.

La semana anterior a Navidad, Ignacio despidió a la florista con dos semanas de sueldo y una carta de recomendación. También dejó de verse con Camille.

Durante el tiempo que mantuvo su propósito, se marchaba a casa nada más cerrar el local. Siempre entraba con sigilo, para no despertar a Áurea. A veces se apoyaba en el quicio de la puerta de la habitación, viéndola dormir, y una insoportable sensación de ahogo se apoderaba de él. Muchas de esas noches no lograba conciliar el sueño, y acababa recurriendo al consuelo de aquellos frascos de Merck o Boehringer que compraba discretamente en el club y escondía en su despacho, en su armario y hasta en su mesilla de noche.

Tres meses duró su fuerza de voluntad. Una noche de marzo vio a la

francesa sentada a la mesa de un general de brigada que acababa de pasar a la reserva. Ignacio llevaba días irascible, tratando de no recurrir a los frascos con la frecuencia que últimamente lo hacía. Pero al verla tomar la cajita esmaltada que siempre llevaba encima y abrir los labios con placer, algo antiguo despertó en él. Bastó una sola mirada de invitación para que la francesa abandonara la mesa y al general, y subiera con él al despacho. Una dosis de la cajita esmaltada y cinco minutos de sexo contra la mesa; eso fue todo cuanto necesitaron para comenzar de nuevo.

La fría relación entre Áurea e Ignacio saltó por los aires en primavera.

Hasta ese momento, ella había conseguido aceptar con mayor o menor resignación la situación de su vida. No tenía relaciones con Ignacio ni estaba enamorada, pero se decía que el cariño que se habían tenido de jóvenes y la existencia de Alba eran suficientes fundamentos para un matrimonio. Al fin y al cabo, y a diferencia del matrimonio, ninguna relación romántica duraba de por vida, y antes o después todas las parejas caían en la apatía afectiva. Ella tenía a su hija, sus estudios, su escritura y sus amigas. Se decía que podía vivir sin el aspecto físico y emocional de la relación con un hombre.

Aquellos meses de comienzos de 1925 habían sido benevolentes con Alba. A pesar del estado de sus pulmones, los resfriados del invierno no habían sido duros. Áurea solo había tenido que ausentarse dos semanas de clase para cuidar de su hija.

Sin embargo, cuando el tiempo ya había templado, los días eran más largos y el peligro parecía menor, Alba de nuevo comenzó a respirar mal.

Nunca había un buen momento para una enfermedad, pero aquella semana de mayo era especialmente mala, con los exámenes finales de dos de sus asignaturas. Se resignó a perder la convocatoria de filología comparada, pues con una fiebre tan alta no podía dejar a la pequeña con Paula. Pero cuando, dos días después, le tocaba presentarse ante el tribunal de bibliología, la fiebre había cedido y, aunque quejosa y respirando mal, su hija había comenzado a moverse de nuevo por la casa.

—Quiere ir, ¿verdad?

Áurea miró a Fonsa. Claro que quería. Llevaba meses asistiendo a clase y preparando aquel examen. Pero, para hacerlo, tendría que dejar a la niña y marcharse. Alba lloraría y despertaría a Ignacio. Y eso la preocupaba, porque él llevaba unos días de lo más extraño, con un humor excitable, tan pronto eufórico como rabioso. Aquel día había llegado a casa después del amanecer, pero no se

había acostado. Áurea lo sabía porque a las cinco estaba levantada, desvelada por la continua tos de su hija. Él había entrado en la casa con sigilo, sin verla en la cocina. Áurea lo había seguido a escondidas, sin saber por qué, y desde el pasillo le había visto sacar del bolsillo de su americana una botellita y distribuir su polvo blanquecino en unos papeles de fumar.

Esa vez sí había comprendido de qué se trataba: esa cocaína que las farmacias habían dejado de vender sin receta hacía pocos años, pero que se podía conseguir con facilidad en los bares y locales de moda. Había corrido a acostarse antes que él, sabiendo que se enfadaría si descubría que lo había espiado.

Miró el reloj de la sala. Faltaba una hora para que el tribunal comenzara el examen.

—Yo puedo ocuparme de ella —ofreció Fonsa al ver su indecisión—. Si no tiene fiebre me la llevaré a la compra. Y si tiene, un día sin compra tampoco es para morirse. Con unas patatas y un poco de tocino puedo apañar algo. No se preocupe, Alba estará bien conmigo.

Áurea agradeció la oferta. Solo serían tres horas, cuatro a lo sumo, pero dudaba. La mujer insistió:

—Si va a hacerlo, hágalo ahora que la niña está dormida. Si se despierta no podrá moverse de su lado. ¡Si es que tiene unas mañas...! Le tiene tomada la sobaquera, y como usted le ríe todas las gracias...

Áurea sonrió al pensar en la vena transgresora de su hija. No era una niña desobediente ni malcriada, como decía Ignacio, pero sí curiosa y resuelta. Una oleada de ternura la recorrió. Amaba a Alba más que a nada en la vida, y quería para ella un mundo diferente, un mundo a su altura, en el que su inteligencia y su voluntad fueran valiosas y nadie tuviera derecho a decidir por ella por el solo hecho de llevar pantalones. Un mundo que aún no existía y que, como siempre sostenía Amparo, no iba a llegar solo.

Eso la decidió.

Llegó a la facultad cuando la puerta del aula estaba a punto de cerrarse. Se sentó en la última fila, aguardando hasta que fue su turno de subir al estrado. No tuvo problemas con las preguntas sobre codificación y síntesis, tampoco con las bases de la bibliometría. Cuando el bedel salió para anunciar su calificación, el aprobado la decepcionó.

—Lo hizo muy bien —la consoló uno de sus compañeros—. Pero ya sabe que algún catedrático no es muy partidario de que haya tantas mujeres en su aula...

Áurea sabía eso, y también que su nota debería haber sido superior. Pero no podía pedir una revisión, porque el tribunal se había alargado en su deliberación más de lo que esperaba, y si se quedaba a esperarlos no llegaría a casa a tiempo de almorzar. En el camino de regreso se detuvo en una confitería para comprar una barra de caramelo para Alba. Su hija nunca había probado una, y sabía que le iba a encantar el dulce sabor a violetas.

Pero cuando Fonsa le abrió la puerta de casa llorando, la sonrisa se le congeló en la cara.

—Ay, señora, gracias a Dios que llega, que no sabía qué hacer...

—¿Qué pasa? ¿Le ha pasado algo a Alba?

Entre sollozos, la criada le contó que su hija estaba en su habitación, muy extraña. Áurea la apartó para correr en su busca.

Alba estaba tendida en la cama, con los ojos cerrados, llorando sin consuelo. Áurea se sentó junto a ella. Pequeños espasmos agitaban sus piernas y brazos, estaba pálida y empapada en sudor, su pecho subía y bajaba agitado, y su corazón latía mucho más rápido de lo normal.

—No sé lo que ha pasado, señora, estaba bien y la dejé para limpiar las lámparas, y cuando empezó a llorar creí que se había hecho daño con algo, pero no le vi nada... Y luego empezó a sudar y a moverse muy raro y se cayó al suelo, y yo no sabía qué hacer...

Áurea pasó la mano por la frente de su hija, absorbiendo el intenso calor húmedo que desprendía.

—¿Ha tomado algo? ¿No habrás dejado el Netol a su alcance?

—Ay, que no, señora, que no. Cuando tiró algo y el señor le gritó y la nena vino corriendo estaba a punto de sacarlo, pero empecé con las ollas para quedarme en la cocina y cuando acabé la llevé a su habitación y luego ni me dio tiempo a coger el Netol...

—¿Por qué le gritó el señor? ¿Qué había tirado?

—No lo sé. Algo que estaba en la sala, creo. El señor se puso como un loco y no me dejó ni acercarme a recoger lo que fuera. Pero la nena vino corriendo y estaba bien, señora. Asustada pero bien, que no tenía ni fiebre. Y de repente...

Una súbita sospecha hizo que Áurea incorporara a su hija. Le levantó un párpado, y luego el otro, y su piel se erizó cuando las pupilas dilatadas ni siquiera enfocaron hacia ella.

Haciendo un esfuerzo por mantener la calma, se puso en pie con ella en brazos.

—Corre a parar un coche como sea, Fonsa. Nos vamos al General.

Aquel día, Áurea pasó las peores horas de su vida. Nunca, ni siquiera la tarde que supo que su padre no regresaría jamás, había vivido algo tan angustiante. Las enfermeras se llevaron corriendo a Alba y les impidieron seguirlas. Fonsa y ella tuvieron que quedarse en una sala cuya longitud Áurea recorrió decenas, cientos de veces, mientras esperaban las noticias de los médicos.

Les había alertado de que su hija podía haber tomado cocaína. En polvo, no en jarabe. No sabía cuánta, ni siquiera si se trataba de eso. Una enfermera la había mirado de arriba abajo con incredulidad, pero Áurea no había podido explicar más. Fonsa trató de arrastrarla a la capilla para rezar pero ella no quiso moverse. A aquellas alturas, tenía mucha más fe en los médicos que en Dios.

Ya anochecía cuando al fin un médico salió a buscarla. Le dijo que la niña estaba mejor aunque todavía había peligro.

—Hemos controlado algo la taquicardia. Pero el ritmo del corazón aún es alto, sigue respirando mal, y no sabemos si algún otro órgano puede haber resultado afectado. Me han dicho que es familia de Gabriel Montero, ¿verdad?

—Es su sobrina.

—Imagino que por eso vino aquí, en vez de ir al infantil. Pero no se preocupe, la hemos colocado en una habitación vacía, para que no esté en la sala con los adultos. Supongo que querrá verla cuanto antes...

Ella asintió. El doctor sonrió y la condujo hasta una puerta en un pasillo.

—Gabriel es mi amigo, ¿sabe? Nos ocuparemos de la niña como si fuéramos él mismo.

Cuando Áurea la vio tendida en aquella cama de hospital, tan pequeña e indefensa, las lágrimas se volvieron inevitables. Se sentó en la cama para abrazarla. Alba seguía pálida y parecía agotada, pero nada más verla se agarró a ella con una fuerza que la sorprendió. Tuvo que hacer un esfuerzo para que la soltara un poco. Cuando lo consiguió, se recostó a su lado, acariciando sus cabellos, susurrándole que nunca más la iba a dejar, hasta que poco a poco Alba se fue durmiendo.

Se levantó cuando las enfermeras acudieron al amanecer para tomar la temperatura a la niña. Alba debía de seguir agotada, porque al poco se volvió a dormir. Áurea aprovechó para ir al lavabo y asearse un poco. Luego fue en busca de Fonsa, que había dormido en la sala de recepción. La despertó, le agradeció de corazón que se hubiera quedado, y la envió a casa para que descansara y a mediodía le trajera algo de ropa para cambiarse. La criada no quería marcharse y ella tuvo que insistir. Tras despedirla en la puerta, entró en la capilla. Seguía peleada con aquel Dios en el que no sabía si creer, pero a alguien debía agradecer que hubiera permitido a su hija salvarse. Y necesitaba unos instantes a

solas para recordar las decisiones que había tomado aquella noche sin apenas dormir, y reunir las fuerzas para llevarlas a cabo.

Paula apareció por el hospital antes del mediodía. Extrañada de no verlas en El Retiro, había ido a su casa, y cuando Fonsa le explicó lo sucedido, corrió hasta el hospital. Ambas primas se fundieron en un abrazo y Áurea ya no pudo contenerse.

—Pero has dicho que la chiquitina ya está bien, ¿verdad? —inquirió Paula, alarmada por el llanto de su prima.

Áurea asintió, haciendo un esfuerzo por controlarse. Alba estaba bien, y si habían quedado secuelas de algún tipo era pronto para decirlo. Cuando su prima preguntó por lo sucedido, solo le habló de una insuficiencia respiratoria que a Paula no le extrañó, pues recordaba que la niña había estado acatarrada.

Áurea no quería que se supiera la verdad. Solo había una persona con quien tenía que hablar abiertamente del asunto.

Ignacio no se presentó en el hospital hasta después del mediodía. Nada más verlo en la habitación, Áurea se llevó un dedo a los labios y lo condujo al pasillo. Alba se había dormido tras tomar un caldo y quería que descansara.

—Fonsa me ha dicho que estabais aquí. ¿La niña está mal?

Bajo la luz amarillenta de aquel pasillo, con todas sus decisiones tomadas, Áurea lo miró con tristeza. Vestía con su aspecto impecable de siempre, su rostro atractivo era el de siempre, con solo un leve rastro de los estragos que la vida que llevaba acabaría marcando en él, y se comportaba como siempre. Pero hacía meses, tal vez años, que Áurea ya no reconocía su espíritu, que no hallaba la complicidad y la afinidad que de adolescentes los había unido frente al mundo.

—Alba ha estado muy mal. Afortunadamente, se está recuperando. Aunque no gracias a ti...

—¿A qué viene eso?

—¿Qué tiró Alba, Ignacio? ¿Qué hizo para que gritaras como un loco?

La pregunta pareció pillarlo a contrapié. Vaciló, pero solo un segundo. Enseguida se apartó de su lado, irritado.

—No sé qué pretendes, Áurea. Solo he venido a ver qué tal estaba la cría. Si no quieres que me interese por ella porque quieres ser la perfecta madre coraje que te encanta ser, me lo dices y me voy. Y punto.

—No vas a manipular también esto, Ignacio. No tengo ni idea cómo o por qué, pero ayer Alba tragó algo de esa cocaína a la que tanto te has aficionado últimamente.

—¿Dices en este tiempo en que tú te has aficionado a controlarme?

—Digo en este tiempo en que te has vuelto otra persona. Una a la que no reconozco y no me gusta nada.

Aquel reproche provocó en él una mueca mordaz.

—Áurea, creo que ya te lo dije una vez, y te lo repetí hace meses, cuando te empeñaste en meterme entre tus piernas: no me casé para dar explicaciones y soportar sermones. No voy a dejar que pretendas cambiarme cuando te sientas aburrida con tu vida. Sal a comprarte un sombrero, vete a tomar el té con las amigas... Haz lo que hacéis las mujeres cuando os aburrís, pero a mí déjame en paz. En cuanto a la cría, no tomó nada, así que no quieras echarme esto encima.

Ella lo retuvo por el brazo cuando estaba a punto de irse.

—Cómo pudiste dejarla...

Él sacudió el brazo.

—¿No me escuchas? Te digo que no tomó nada. Sí, es verdad, sacó unos papeles que yo tenía en casa y los vació por toda la sala. Su hazaña me ha costado cien duros. Si la hubieras educado como Dios manda, en vez de dejarle hacer cuanto le viene en gana solo porque siempre está enferma...

—Alba tomó cocaína —repitió Áurea, obligándose a conservar una calma que estaba comenzando a perder—. No sé si fue al abrir esos papeles, no sé si le quedó algo en las manos, no sé ni me importa cuánto dinero te ha costado una travesura sin malicia... Solo sé que ha estado a punto de morir, y tú te fuiste dejándola sola en la casa con Fonsa. Eso es algo que no te perdonaré jamás.

—¿Que no vas a perdonarme que me fuera a trabajar para manteneros? —La voz de Ignacio se fue elevando poco a poco—. Y tú, santa madre abnegada, ¿dónde estabas mientras todo eso sucedía? Entretenida con unos exámenes para demostrar a todo el mundo lo lista y atrevida que eres, ¿a que sí? Áurea Nebreda, la mujer que prefiere dejar a su hija enferma con la criada antes que renunciar al lunático sueño de ser catedrática como su padre. ¿Y eres tú la que no me va a perdonar algo a mí, la digna heredera de la especialidad de tu madre, abandonar hijos?

Áurea no vaciló. Le abofeteó.

Él le devolvió el golpe sin vacilar.

—No vuelvas a hacer algo así jamás —le advirtió mientras Áurea se llevaba la mano a la mejilla, estupefacta—. No se te vuelva a olvidar que soy tu marido.

Durante los dos días que Alba permaneció en el hospital, Áurea no se separó de ella. Cuando al fin el doctor Olmedo le dijo que podían irse, ella le

agradeció de corazón que hubieran sacado a su hija adelante. Él quitó importancia a su labor, y al despedirse le pidió sonriendo: «Dígale a Gabriel que me debe una.»

Cuando entró en su casa con Alba en brazos, tenía muy claro lo que debía hacer. La estancia en el hospital le había dado tiempo para pensar y valor para tomar decisiones. Dio de comer a su hija, la acostó para echar la siesta, esperó hasta que estuvo dormida y, en cuanto creyó que su marcha no la despertaría, tomó sus guantes, el bolso y su sombrero y salió a la calle. Fonsa ni siquiera trató de convencerla de que no se marchara sola.

A diferencia de la primera vez que acudió al club, el *dancing* ya estaba abierto a aquellas horas. Fue consciente de las miradas curiosas que recibió, incluso un hombre bien vestido que fumaba junto a la cristalera del local quiso invitarla a un cóctel. Áurea rehusó con brusquedad y se acercó al barman para preguntar si Ignacio estaba en su despacho. Lo hizo con tal seguridad que el hombre no dudó de que tenía derecho a saberlo. Áurea enfiló una vez más la escalera de la vez anterior.

En esa ocasión, Ignacio no estaba solo. Cuando Áurea iba a entrar, oyó una voz airada. Por su acento dedujo que era aquel alemán para quien su marido trabajaba. Y por el tono, que aquello era más una discusión que una charla laboral.

Le pareció entender algo de un dinero ausente y unas medicinas. Iba a esperar que acabaran, pero escuchar el nombre de Alba en la voz de Ignacio la hizo olvidar su propósito.

Cuando abrió la puerta, interrumpiendo la reunión, Ignacio se quedó parado en medio de la frase. También el alemán la contempló con sorpresa. Áurea se disculpó, pero explicó que tenía algo urgente que hablar con su marido y solo necesitaría un par de minutos.

Controlando su irritación, Ignacio le presentó a su jefe, Konrad Metzger. El alemán se puso en pie y tomó su mano para besarla.

—No la conocía, *frau* Montero, y ahora comprendo por qué. Ignacio siempre ha querido mantenerla alejada de mí porque sabía que caería rendido a sus pies. Envidio que lo reclame a él. ¿Qué tal se encuentra su hija?

Áurea no había esperado la pregunta, pero le agradeció el interés y le explicó que acababan de salir del hospital y ya estaba mejor. Le pareció que su respuesta sorprendía al hombre, pero también que le relajaba un poco.

—Me alegro mucho por usted. Sin embargo —se volvió hacia Ignacio—, la próxima vez que tengas dificultad para pagar esas medicinas, habla conmigo antes de tomar dinero por tu cuenta. —Metzger tomó de nuevo la mano de Áurea entre las suyas y se inclinó para besarla—. Yo puedo ser más que generoso

cuando las cosas se me piden bien. Recuérdalo.

El hombre dio un suave apretón a su mano y Áurea esbozó una sonrisa incómoda. Luego la soltó e hizo una seña hacia Ignacio.

—Ya seguiremos más tarde.

Áurea se hizo a un lado para que saliera. En cuanto se quedaron a solas, secó la mano en la falda con disimulo y, antes de que él hablara, le dijo:

—No vengo a discutir ni a reprocharte nada, como exigiste. Solo quería decirte que mañana me voy a La Granja con Alba.

La noticia no provocó en él ninguna emoción.

—Tú sabrás.

—Sí. Solo quería que lo supieras. Si necesitas a Fonsa, la dejaré aquí para que cocine y limpie. En cuanto al dinero, lo mejor será que nos lo hagas llegar a la oficina postal una vez a la semana. *Madame* Roche es muy generosa, pero no voy a vivir a su costa. Y tampoco a la tuya; envíame dinero de lo que dejó mi padre. Te deseo que pases un buen verano, Ignacio.

No pretendía aguardar su respuesta. Nunca hasta entonces había temido que le prohibiera nada, pero después del aviso del hospital, no estaba segura de hasta qué punto iba a tomarse en serio la farsa que era su matrimonio. Sin embargo, tampoco había esperado que solamente dijera:

—Llévate ya a Fonsa. No la necesito.

Cuando salió de la sala, se apoyó en la pared para darse ánimos. Lo más difícil ya estaba hecho. No sabía si Ignacio había entendido que en su ánimo aquella separación era algo más que un simple veraneo, pero tampoco estaba segura de que le importara. El ruido de una puerta al fondo del pasillo la hizo apresurarse hacia la escalera y bajar corriendo. Cada día soportaba menos aquel mundo que estaba convirtiendo a Ignacio en lo que ya era. No quería saber qué falta de dinero había solucionado tomándolo sin permiso, ni por qué había mezclado el nombre de su hija en ello. Al pasar ante la barra del bar, vio allí a Camille. La sorpresa de la mujer al reconocerla se convirtió enseguida en desdén. A Áurea le dio igual lo que la francesa pensara; imaginó que el juego, la bebida, la cocaína o ella misma tenían su responsabilidad en los problemas de Ignacio, y no pudo evitar una punzada de lástima por su amigo de la infancia, aquel que se había perdido en algún momento de su camino hacia la vida de adultos. Pero por mucha lástima que sintiera, por mucho afecto que hubiera albergado por Ignacio en el pasado, ahora lo que más sentía era un enorme deseo de alejarse de él.

*La Granja de San Ildefonso, mayo de 1925*

Áurea supo que había acertado con su decisión nada más poner un pie en el Real Sitio. En cuanto *madame* Roche las vio y abrió los brazos para recibirlas con una sonrisa aún más amplia que su sombrero de flores. Mientras Alba exploraba el patio y ellas deshacían el equipaje, la mujer le habló de los habituales a los que esperaba que reconociera después de tantos años, los veraneantes para cuya llegada aún quedaba casi un mes, y las nuevas diversiones que podría encontrar en el Club de Campo o el Blas-Club.

Áurea no tenía humor para diversiones. Alba estaba mejor pero era el motivo de su estancia allí, y no quería dejarla en manos de nadie para disfrutar de bailes, excursiones y paseos. Pero *madame* Roche no era tonta: que Áurea hubiera puesto una conferencia telefónica para preguntar si podían adelantar su llegada, y que hubiera aparecido solo dos días después, revelaba más una huida que un veraneo. Y como Áurea no quería ocultarle nada, le contó lo sucedido. *Madame* Roche estuvo de acuerdo en que, cara a los demás, los beneficios del aire de la sierra para la salud de su hija explicarían su traslado. Pero en lo que no estaba de acuerdo era en su pretensión de confinarse en casa. Por propia experiencia, sabía que hacer vida social no le dejaría tiempo para compadecerse de sí misma.

Y, así, pocos días después de su llegada, y gracias a la insistencia de la anfitriona, Áurea y Alba ya estaban perfectamente integradas en la vida de la población. Unos días paseaban por la carretera de Segovia, o recorrían el sendero del río hacia la Boca del Asno; otros, disfrutaban del frescor del agua en las fuentes del palacio, en el estanque del Chato o en aquel gran depósito de aguas que llamaban El Mar. A veces, simplemente caminaban ante el palacio para ver el avance de las obras de reconstrucción tras el incendio, o veían a Alba jugar en la calle con los niños de la familia del conde de Albiz. Por las noches, si había algún concierto o representación, la dejaban acostada al cuidado de Fonsa y acudían para encontrarse con los viejos conocidos de doña Francisca. Luego, al regresar a la casa, Áurea se envolvía en el chal para protegerse del aire nocturno, levantaba la mirada hacia el cielo cuajado de estrellas y se decía, hasta casi convencerse, que si esa pudiera ser su vida para siempre, se conformaría.

Una mañana, mientras las hijas del boticario enseñaban a Alba a cazar mariposas en su jardín, Áurea y *madame* Roche decidieron dar un paseo hasta la fonda de Valsaín. Apenas habían salido de la localidad cuando el motor de un automóvil rompió la tranquila paz matinal.

—Qué tiempos aquellos en que una podía pasear por el campo sin sobresaltos —murmuró su amiga al ver el Dodge plateado que las rebasó, dejando a su paso un rastro de polvo.

Sonriendo, Áurea giró su sombrilla para reanudar la marcha. No habían dado ni dos pasos cuando el automóvil se detuvo en seco unos metros más allá, proyectando piedrecitas a los lados del camino.

El sol estaba alto y, aunque ella movió la sombrilla para evitar el deslumbramiento, le costó darse cuenta de quién era el hombre que se apeó. Pero cuando reconoció a Gabriel, una sonrisa se dibujó en su rostro. En aquel momento no recordó el último día que se habían visto en El Retiro, cuando él ni siquiera la había mirado a la cara para decirle que se iba. Se alegró tanto de verlo que podría haberse puesto a dar saltos de felicidad. Eso era todo cuanto sabía.

Cuando se acercó, Áurea le tendió la mano, preguntando qué hacía allí. Su corazón latió un poco más deprisa cuando él la tomó.

—He venido a pasar unos días. Me alegro de verla, doña Francisca. Tiene un aspecto magnífico.

—Vaya, vaya, el joven Sola... Hacía mucho que no nos veíamos.

—Tres años, creo recordar.

—¿Sí, verdad? Cómo pasa el tiempo. ¿Han venido sus tíos con usted?

—No, supongo que siguen en Madrid.

—Visitando amigos, entonces.

—Sí, podría decirse así.

En cuanto las formalidades del saludo se consideraron cumplidas, Gabriel le preguntó por Alba. Áurea le contó que estaba perfectamente, convertida en una especie de hermana pequeña a la que malcriar para las hijas del boticario. *Madame* Roche lo invitó a acompañarlas hasta Valsaín, pero Gabriel se excusó. Venía de un largo viaje y necesitaba dejar su equipaje y refrescarse. Lo que sí aceptó fue la invitación a cenar que le extendió la mujer. Cuando se despidieron de él y retomaron su paseo, Áurea aún seguía sonriendo.

—Veo que no te molesta que lo haya invitado —observó *madame* Roche mientras su amiga recogía algunas flores que crecían en el borde del camino.

—Claro que no. ¿Por qué me iba a molestar?

—Bueno, sé que la relación que mantiene con su hermano no es cordial.

—Su medio hermano —aclaró ella, sin pensar mucho.

—Su medio hermano —aceptó la otra, con cierta sorpresa.

Gabriel se presentó en la casa a las siete y media. Al principio, Alba se mostró tímida, pero a él solo le llevó un par de bromas y algún juego restablecer la confianza. Cuando Áurea fue a la cocina en busca de una jarra de limonada, *madame Roche* estaba terminando de preparar el jarrón con las flores silvestres que habían recogido por la mañana. Le sorprendió que la joven canturreara mientras agrupaba los vasos en una bandeja, porque no recordaba haberla oído cantar. Por tantearla, le comentó que el vestido que llevaba le favorecía especialmente. Áurea quitó importancia a su apariencia, replicando que el modelo tenía al menos tres años. Pero sonrió y, al terminar sus preparativos, se acercó al espejo del recibidor para recolocarse las ondas del cabello antes de regresar al patio donde Gabriel y la niña jugaban a descubrir insectos.

Fue una cena agradable, en la que él les habló sobre su trabajo en el sanatorio, el proyecto de los nuevos edificios que lo convertirían en el más grande de Europa, y la belleza algo melancólica de una ciudad de cristal y lluvia abrazada al océano.

Cuando la cena acabó y acostaron a Alba, *madame Roche* propuso tomar el café en el patio. Áurea condujo al invitado hasta las sillas situadas bajo el emparrado de glicinias. El aire allí tenía una cualidad pura, casi metálica, y ella pensó que en raras ocasiones había contemplado un anochecer tan hermoso. Escuchó con agrado la charla de Gabriel y *madame Roche* sobre familias del Real Sitio que ella no conocía. Después de terminar su café, la anfitriona anunció que se retiraba a su alcoba. Gabriel quiso ponerse en pie, pero ella colocó una mano en su hombro.

—Ya soy mayor para aguantar hasta tan tarde, pero estoy segura de que vosotros tenéis muchas cosas de que hablar. Cierra la cancela cuando Gabriel se vaya, Áurea.

Una vez a solas, Áurea se reclinó de nuevo en la silla, mirando hacia el cielo. Se sentía bien, feliz de una manera que hacía tiempo no sentía. Ni siquiera las palabras con que Gabriel rompió el silencio alteraron su calma.

—Olmedo me escribió para contarme lo que pasó con Alba.

La mirada de la joven continuó fija en las estrellas. Gabriel nunca había sido de dejar muchos refugios donde esconderse.

—Así que por eso has venido...

—¿No pensabas decírmelo?

—¿Y cómo iba a hacerlo? Al principio estaba demasiado preocupada, pero cuando el peligro pasó y me vine aquí, tampoco habría podido. Te fuiste sin dejarme una dirección de contacto. No he sabido nada de ti desde el pasado verano.

—A Paula siempre le preguntaba por vosotras —replicó, a la defensiva.

—Pues entonces supongo que tendrás que pedirle a ella las explicaciones oportunas. ¿Se puede saber qué te pasa? ¿Por qué estás enfadado?

—No estoy enfadado.

—Pues lo parece.

Áurea se sorprendió cuando él se puso en pie con desazón, apoyando la mano en el enrejado de la pérgola. Aquel día se había alegrado tanto de verlo que apenas había reparado en su ánimo, y aunque en la cena había hablado de La Coruña y su trabajo, sí era verdad que le había parecido más inquieto que de costumbre. Lo había achacado al cansancio del viaje, pero ahora se daba cuenta de que había algo más.

—¿Qué te sucede, Gabriel? Y no digas que nada, porque sé que no es verdad. Me gustaría ayudarte...

Él se apoyó contra la pérgola y cruzó los brazos, mirándola.

—Y pensar que era yo quien pretendía hacer de caballero andante...

La suave burla conmovió a Áurea. Sus latidos aumentaron. La mirada de Gabriel era profunda como la recordaba, y acogedora, y serena, y ella la había añorado tanto durante aquel año en que se había recuperado a sí misma que no tuvo dudas.

—Me gustan los caballeros andantes.

Él la miró con más intensidad, tratando de descifrar si la respuesta albergaba la invitación con que llevaba meses soñando, aunque fuera una locura que no debía alimentar.

Hacía un año, se había marchado a Oza desbordado. Ni siquiera sabía cuándo había comenzado a suceder, o cómo. ¿Con sus charlas en El Retiro, viéndola reír junto a él? ¿Con el nacimiento de Alba, luchando con denuedo contra el miedo a perderla? ¿Antes, al verla en Madrid llevando adelante el sueño de independencia que había defendido durante años contra todos? O incluso antes, mucho antes que eso, la primera vez que la había visto en el salón de sus tíos, luchando por demostrar valentía mientras se aferraba a su pequeña pluma de ebonita y oro, posando en él fugazmente sus ojos oscuros, graves y determinados.

Le habría gustado que alguna vez ella le pidiera ayuda, apoyo, consejo. Que lo tratara con la cercanía con que trataba a Ignacio. Le habría gustado que hablara con él antes de precipitarse a aquel matrimonio que lo había dejado noqueado. Y para no reprocharse no haber dicho más, no haber hecho más, se había marchado a Berlín y luego a Oza. Si la distancia era el olvido, había hecho cuanto estaba en su mano.

Pero no había sido suficiente.

—¿Cuánto vas a quedarte?

La voz de Áurea le hizo regresar a aquel presente fruto de una decisión repentina y poco meditada, pero que mientras se ahogaba en Oza de añoranza había parecido la única posible.

—No lo sé. —Con un suspiro, volvió a su asiento—. Voy a acudir a un congreso en Madrid en julio, pero no sé si me quedaré hasta entonces.

—¿De qué depende que te quedes, Gabriel?

Sus miradas se encontraron en la penumbra del patio. Inevitablemente, Áurea pensó en la retama y el brezo, y su piel se erizó. Estaban a una distancia tan escasa que podrían alargar el brazo y tocarse, y, sin embargo, un estado civil y sus conciencias los situaban en mundos paralelos tendentes al infinito.

—Tampoco lo sé.

Ella quiso recordar los postulados de la geometría elíptica. Quiso pensar en un mundo en que las rectas paralelas no existieran. Asintió, conforme de momento con la respuesta. Tenía un mes para descubrir qué haría a Gabriel quedarse a su lado.

Desde el principio le pareció natural pasar el día con él. Si no había ningún plan especial, se encontraban por las mañanas en el Club de Campo. Acompañaban a *madame* Roche en sus partidas de tresillo, jugaban al golf si Alba estaba entretenida con otras niñas, y se sentaban a tomar un helado en el campo de tiro mientras Gabriel le presentaba a algún veraneante recién llegado. Por las tardes paseaban hasta que *madame* Roche se declaraba muy cansada y se retiraba a su casa con Alba, enviándolos a ellos a disfrutar de los bailes del Blas-Club, los conciertos al aire libre, las obras de teatro del Infanta Isabel o cualquier otra actividad organizada en el Real Sitio.

A Áurea nunca le había gustado bailar. Sin embargo, cuando se sentaba en el club junto a Gabriel y las bombillas brillaban iluminando el local, mientras en el aire campestre reconocía la esencia de la retama y el brezo, no parecía haber nada más natural en el mundo que dejar que él tomara su mano y la condujera a la pista.

Parecía lo natural. Salir una mañana de excursión a los Siete Picos. Jugar con Alba en el laberinto de los jardines del que la niña pretendía salir atravesando setos. Dejarla echando la siesta al cuidado de Fonsa para dar un paseo por el camino de las Pesquerías Reales. Ir hasta el último pino de los jardines, o subir al mirador que llamaban del Gurugú, con su cúpula octogonal y sus altas escaleras de madera.

Parecía lo natural.

Pero no lo era.

Rodeada por el afecto de su hija, de doña Francisca, de Fonsa y del propio Gabriel, Áurea llegaba a olvidar que Ignacio existía. Solo pensaba en él los viernes, cuando iba a la oficina de Correos para descubrir que, esa semana, tampoco había llegado el dinero acordado. Pero como *madame* Roche quitaba hierro a la situación —«Bueno, mujer, habrá estado ocupado...»—, se sumía en la egoísta complacencia de dejar el problema para la semana siguiente, retrasando el momento de enfrentarse a su marido.

Por eso, la tarde que Gabriel, con la mirada fija en los pinos que protegían El Mar, le dijo que se iba al día siguiente, Áurea sintió que la vida le caía encima de golpe.

—Tendría que haberme marchado hoy mismo, el congreso empieza mañana, pero...

—Lo sé, Gabriel.

El sol estaba bajo ya, y solo algunos rayos se colaban entre los pinos para reflejarse en las aguas del estanque. Estaban apoyados en la valla, cerca de donde Alba arrastraba a Fonsa en busca de ranas.

—¿Y qué harás después? —Áurea colocó la mano sobre los ojos para evitar el sol—. ¿Cuándo vuelves a Oza?

—Aún no lo he decidido.

Ella calló. No había mucho que decir, cuando sentía que cada una de las noches compartidas en el patio bajo las estrellas era un momento robado al destino al que no tenía derecho.

Bajaron en silencio el camino que discurría por los jardines hacia las puertas que pronto cerrarían. Cuando *madame* Roche salió para saludar a Gabriel, no la sorprendió escuchar que se iba al día siguiente.

—Lamento que se vaya ya, aunque me alegro de que su permiso haya sido tan largo. Sabe que aquí tiene su casa. Pero estoy pensando, Áurea, ¿no decías que tenías que volver a Madrid para resolver ese asunto? ¿Por qué no aprovechas y viajas con Gabriel mañana?

Las miradas de ambos jóvenes se cruzaron.

—No me habías dicho que tuvieras que volver —comentó él.

—No lo recordaba —murmuró ella, apartando la mirada para que no adivinara cuánto detestaba pensar en su matrimonio.

Pero no podía pasar todo el verano viviendo a costa de *madame* Roche, ni toda la vida ignorando la existencia de Ignacio. Así que cuando Gabriel reiteró el ofrecimiento de llevarla a Madrid, aceptó. No quería regresar a Madrid ni abandonar la confortable burbuja en que vivía aquel verano; pero, viajando con él, al menos podrían retrasar el momento de la separación y apurar unas horas

más juntos, ajenos a todos y todo.

Salieron de La Granja poco después del amanecer, porque Gabriel tenía que acreditarse en el congreso a primera hora. Áurea había dejado a Alba dormida al cuidado de Fonsa. «Dile que volveré pronto. Que no crea que me he ido sin ella», había apremiado a la criada tras besar la frente de su hija, provocando la perplejidad de la mujer, que no sabía por qué iba a creer eso la niña.

Durante el viaje, aprovechó para tratar de saber algo más sobre los planes de futuro de Gabriel. La Coruña estaba tan lejos que, si lo pensaba, temía que se le escapara alguna lágrima. Pero él no supo, o quiso, decirle cuándo regresaría a Oza.

La dejó frente a su casa.

Cuando Áurea entró y la vio tan ordenada, supo que Ignacio ni siquiera estaba durmiendo allí. Como era de esperar, tampoco había dinero en el tarro. A pesar de cuánto le desagradaba volver a pisar aquel club, se armó de valor para hacerlo cuanto antes.

Sin embargo, su marido no estaba en el local de la calle Alcalá. Por supuesto, no se fió de la respuesta de la mujer que ordenaba las fichas del guardarropa, y subió a buscarlo a su despacho, en vano. Al bajar de nuevo, la mujer del guardarropa no supo decirle dónde podía estar Ignacio.

—Y Camille, ¿sabe dónde encontrarla?

—Supongo que estará en su casa.

—¿Sabe dónde vive?

La pregunta escandalizó a la mujer, que no ignoraba quién era ella, ni la relación que mantenían el encargado y la francesa. Pero Áurea no tenía tiempo que perder, y le explicó que necesitaba tratar con su marido un asunto urgente y no tenía intención de montar ningún escándalo. Una última promesa de no decir quién le había dado la dirección venció su recelo.

Camille vivía en un bien conservado edificio de piedra en la calle Fuencarral, en un tercero sobre una reputada relojería. Una buena calle, y una buena vivienda con portal propio, no el negocio oscuro y destartado de acceso que Áurea había temido. La tercera vez que llamó a la puerta sin que le abrieran, quien salió al descansillo fue la vecina de enfrente. A su pregunta de si la francesa estaba en casa, la mujer contestó con un bufido:

—No ha de estar, si no han hecho más que meter gritos toda la mañana. En

cuanto le abra, dígame que ya nos hemos cansado. Mañana mismo me voy en busca del casero para que la ponga de patitas en la calle. No se pueden consentir estos escándalos, que somos gente de bien, y cuando estamos en casa no tenemos por qué soportar los disparates de una extranjera...

Cuando la mujer cerró la puerta, confiando en que la intervención de una mujer tan distinguida como aquella hiciera recapacitar a la francesa, Áurea estuvo tentada de irse. Gritos y disparates no parecían el mejor escenario para enfrentarse a Ignacio. Pero llamó una cuarta vez, y una quinta, y una sexta. Por fin, cuando estaba a punto de desistir, la francesa abrió la puerta.

Era evidente que la había despertado, puesto que le llevó unos segundos enfocar la mirada y reconocer a Áurea.

—Necesito hablar con Ignacio.

Sin una palabra, la francesa se volvió al interior de la vivienda. Áurea la vio dejarse caer con desinterés en un diván en la sala. Cerró la puerta y la siguió. La mujer tomó algo de una cajita esmaltada y apenas la miró de reojo cuando entró.

—Su vecina me ha encargado que le diga que mañana va a hablar con el casero para echarla.

La francesa levantó la cabeza hacia el techo y permaneció así unos segundos. Luego la bajó de nuevo, agitando su cabello corto y rizado.

—Lo que le revienta a esa bruja es que su marido venga babeando como un perro cada vez que me ve. ¿Ha venido a montar una escena?

—He venido a hablar con Ignacio.

Camille se recostó en el diván, encogiéndose de hombros. A la pregunta de Áurea, se limitó a apuntar con la barbilla hacia la puerta a su derecha.

Áurea se asomó a la habitación. Tuvo que pasar por encima de la ropa y los objetos que salpicaban el suelo para acercarse a la ventana y permitir que el sol de la tarde entrara en la habitación.

El cuerpo de Ignacio se removió sobre las sábanas.

—Camille, maldita seas, cierra esa ventana...

Estaba boca abajo, con el perfil vuelto hacia la puerta y los cabellos alborotados entre los brazos. La curiosidad de Áurea se impuso al pudor que le daba mirarlo así. Solo lo había visto desnudo de noche, casi siempre a oscuras. Y era hermoso; a plena luz del sol, en aquella inconsciencia que no sabía si se debía a la cocaína o a la botella caída en el suelo, era hermoso como las estatuas renacentistas que había visto en los libros de su padre. Pero el reverso de aquella belleza masculina algo salvaje era un lado nihilista y autodestructivo ante el que Áurea no sabía qué hacer.

Se sentó en el borde de la cama.

—Camille no ha abierto la ventana, he sido yo.

La sorpresa de Ignacio al volverse y descubrirla, y comprender que había tenido la osadía de presentarse allí, fue tal que durante un largo momento no pudo decir nada. Áurea le explicó que necesitaba dinero.

—¿Dinero? —preguntó él, reaccionando al fin—. ¿Te presentas aquí para pedirme dinero? ¿Estás loca o qué te pasa? ¿Es que no hay ningún límite para ti?

—Créeme que esto no es plato de mi gusto. Pero te dije que me enviaras un giro semanalmente, y no he recibido nada.

—Y como se me ha olvidado, tienes la desfachatez de presentarte en... en...

—En casa de tu amante, puedes decirlo. No me importa.

Ignacio se puso en pie, furioso.

—Eres increíble.

Áurea desvió la mirada.

—Dijiste que no nos casamos para ser un matrimonio normal. Solo te estoy haciendo caso. Y cúbrete, por favor. Estás desnudo.

—Y tú estás loca.

—Solo quiero resolver el asunto de mi dinero, Ignacio.

—¿«Tu» dinero? Aquí no hay dinero tuyo —replicó, agachándose para recoger algo de ropa del suelo. Ella no lo miró mientras se vestía—. Lo que tú aportaste se ha ido en vivir estos tres años desde que nos casamos. El dinero que me pides para pasar tu verano sale de mi bolsillo. De mi esfuerzo y mi trabajo. Y te lo daré porque eres mi esposa y es lo que debo hacer, pero no te tolero que me atosigues, me persigas o me pongas en ridículo como has hecho hoy. Espero que te quede claro, porque es la última vez que te lo repito. Y ahora vete a casa, y deja que me vista de una puta vez. Mañana te llevaré el dinero. Camille. ¡Camille! —gritó.

Aturdida por los gritos de Ignacio preguntando a la francesa por qué la había dejado entrar, y los gritos de la francesa contestando que la culpa era suya, Áurea se deslizó hacia la puerta. Incluso antes de cerrar, ya sabía que, como solución a sus problemas, visitar a Ignacio había sido inútil. Pero había hecho lo que correspondía, sin ceder a la predicada resignación que la habría obligado a quedarse en casa lamentándose por la mala suerte de un mal marido. En el futuro, cuando mirara a su hija a los ojos, podría decir que no se había rendido, y que había puesto su pequeño grano de arena en aquel nuevo tiempo en que las mujeres habían comenzado a valerse por sí mismas.

Aunque aún no tuviera ni idea de hacia dónde la llevaría aquel tiempo.

Ignacio cumplió su palabra. Al día siguiente, un recadero del club llevó a

Áurea un paquete con trescientas pesetas. Pero aquella noche ella había comprendido que pedirle dinero solo había sido un parche y que, si volvía así a Segovia, al cabo de un mes se encontraría igual. Así que, después de valorar todas sus posibilidades, se decidió a llevar a cabo la idea que se le había ocurrido.

Gerardo Ríos se sorprendió de verla en su despacho. Ella ni siquiera perdió el tiempo en las habituales cortesías sobre estados de salud o planes de verano. Cuando le pidió trabajo como traductora, Ríos se quedó mudo. Pero durante toda la noche, Áurea se había preparado para vencer la resistencia que esperaba. Insistió en su total competencia para la tarea, y a la vez no dudó en espolpear la culpabilidad del hombre invocando el recuerdo de su padre, la rechazada tutela y las mentiras sobre la muerte de su madre. Ríos balbuceó, dudó, objetó y se defendió ante los reproches. Pero al final, probablemente para quitársela de encima, cedió y envió a su secretario en busca de una copia de la obra de Jules Romains que acababa de entregar a uno de sus traductores.

Le dio dos meses para una prueba: si salía bien, le encargaría la obra completa.

Áurea reprimió su euforia, recordándose que si pedía aquello era porque podía hacerlo. Enseguida pasó a aspectos prácticos. Su petición a Ríos de que no enviara ninguna comunicación a su casa, sino a otro nombre y dirección que le daría, hizo que el editor frunciera el ceño. El recelo se convirtió en alarma cuando ella añadió que no podría aportar el permiso escrito de su marido porque no pensaba decirle nada de aquello.

—Pero entonces el contrato no será válido.

Áurea lo miró con afecto, y aún más decisión.

—Don Gerardo, usted fue el mejor amigo de mi padre, y mi padrino. Yo no necesito más contrato que su palabra, y le pido que confíe en mí y haga lo mismo. Si necesita que le explique cuánto me equivoqué al casarme, lo haré. Pero lo único que me importa ahora es sacar adelante a mi hija.

La mera posibilidad de que Áurea comenzara a contarle intimidades de su matrimonio espantó a Gerardo Ríos. Más incomodado que convencido, aceptó. Acordaron que entregaría el trabajo en mano, y si la cosa iba bien, recibiría su salario sin necesidad de recibos. Por último, Áurea depositó ante él el fajo de escritos que llevaba consigo.

—Verá, nunca he mostrado a nadie mis relatos, así que no sé qué valor pueden tener. Lo único que le pido es que me diga la verdad. Léalos con cariño y sea sincero; solo le pido eso.

El editor accedió. Antes de despedirse, pusieron principios de octubre como fecha para la traducción, y él insistió en darle un adelanto que Áurea solo rehusó

una vez, pues lo necesitaba. Cuando abandonó el local y levantó la mirada al cielo, se preguntó si su padre estaría sonriendo tanto como ella.

Para completar su plan necesitaba una segunda ayuda: la de Amparo.

La valenciana estaba a punto de regresar a su hogar para pasar el verano cuando Áurea llegó a la residencia. Pablo, su recién estrenado novio y, antes que eso, compañero en la facultad, iba a llevarla a la estación de tren. No era que a ella le apeteciera aquel viaje, pero tenía que aplacar a su madre, enfadada porque, después de su licenciatura, pretendía seguir en Madrid con una comisión de servicios como inspectora de enseñanza, en vez de buscar una plaza de maestra cerca de su familia.

El plan de Áurea para trabajar encontró su entusiasta aprobación. A la joven le pareció perfecto que su amiga hubiera dado su nombre y dirección en la editorial.

—En cuanto llegue cualquier carta, te iré a buscar. ¿Y qué vas a hacer cuando seas independiente?, ¿te separarás de tu marido?

—No.

Aquello fue lo que Áurea dijo; lo que no dijo pero pensó fue: «Por el momento.» La idea había comenzado a rondar en su cabeza aquellos días del hospital en que la preocupación por su hija la había hecho dudar de todo, pero no conocía bien los aspectos legales de una separación, y quería esperar hasta su regreso de La Granja para informarse bien.

Pero el germen de la inquietud estaba sembrado. Y cuando llegó a su casa, rebuscó entre los libros que, años atrás, le había regalado *madame* Roche para encontrar la obra de Carmen de Burgos sobre el divorcio. En su momento era el que menos le había llamado la atención. Ahora, lo retomó buscando en Colombine los argumentos que reforzaran una decisión todavía embrionaria.

Estaba tan absorta en la lectura de aquella obra que recopilaba razonamientos de escritores de la talla de Azorín, Pío Baroja o Emilia Pardo Bazán que, cuando llamaron a la puerta, el libro resbaló de sus manos. Por un momento creyó que era Ignacio, pero mientras lo escondía bajo el cojín de la butaca pensó que él no necesitaba llamar.

No había esperado que Gabriel se atreviera a presentarse allí.

Su primera reacción fue mirar por encima del hombro, aun sabiendo que Ignacio no estaba. Gabriel la comprendió, porque le dijo que antes de buscarla había pasado por el Biarritz para asegurarse de que él estaba trabajando. La desazón de Áurea por las inevitables cautelas cedió ante la feliz realidad de verlo

allí. No le preocupó por qué acudía a buscarla, tan solo aceptó con una sonrisa su invitación a dar un paseo.

Gabriel no le explicó el motivo de su visita hasta que estuvieron sentados en la plazuela de Santa Bárbara, en un banco discreto desde el que tenían una buena visión de la calle. Áurea se quedó helada al escuchar que había conocido a Teo Garay.

—¿Cómo que lo has conocido? ¿Cuándo?

—Hace dos horas. En el Palace.

No fue capaz de decir nada mientras Gabriel explicaba cómo, mientras tomaba una copa con algunos de los participantes en el Congreso sobre Avances en el Tratamiento de la Tuberculosis, había escuchado a un botones reclamando a Teo para que atendiera una llamada en recepción. Al principio, había pensado que se trataba de una coincidencia de nombres, hasta que vio al desconocido que dejó *Le Figaro* en el brazo de su butaca y se puso en pie para seguir al chico.

—Lo reconocí por la foto que tenías. Cuando regresó al bar me presenté. Luego le hablé de ti. Le gustaría conocerte, Áurea.

Ella miró sus manos unidas sobre la falda. Curioso que ahora quisiera conocerla, cuando no lo había querido en los veinticuatro años anteriores.

—¿Dijo él eso, o es cosa tuya?

—Lo dijo. Al principio se quedó desconcertado, pero enseguida dijo que querría conocerte

—¿Y mi madre?, ¿también preguntaste por ella?

—También.

Ella cerró los ojos mientras Gabriel le contaba que Teresa Garay estaba viva y, como su mellizo, residía en París.

—Ha venido por asuntos de negocios. Si quieres verlo y hablar de tu madre, me ha dicho que estaría hasta las ocho en el bar del Palace.

A Áurea le costó reaccionar. Serían poco más de las siete, pero aunque hacía un año se había propuesto conocer a su madre, no era lo mismo el propósito que tener en sus manos, de golpe, la posibilidad real de recuperar el contacto.

Miró a Gabriel sin ocultar su incertidumbre.

—No me atrevo, Gabriel. No puedo hacerlo sola.

Él tomó su mano entre las suyas.

—No tienes que hacerlo sola. Yo iré contigo.

Media hora después entraban en el bar del Palace. Teo Garay estaba sentado en uno de los taburetes del extremo de la barra, jugueteando con un encendedor Dupont mientras charlaba con un camarero. Al oír el saludo de Gabriel se volvió con una sonrisa. Pero, al ver a Áurea, su gesto se volvió resignado.

—Desde luego, no puede negar que es hija de Teresa —dijo, guardando el encendedor en un bolsillo—. Una joven réplica, algo más flaca, con rasgos menos perfectos, pero con la mirada más decidida, la boca más sensual y, por lo que veo, igualmente fatal.

A Áurea esas palabras la incomodaron tanto como la mirada cínica que recordaba de la exposición, la noche del magnicidio de Eduardo Dato. Aquel día, desde el otro lado de la sala, le había parecido un atractivo hombre maduro con cierto aire de misterio. Ahora, viéndolo de cerca, su rostro parecía embotado y sus descarados ojos, algo saltones. Tenía una estatura media —Gabriel le sacaba una cabeza—, y su constitución no era gruesa, pero a Áurea le dio la impresión de que al hablar contraía el estómago para parecer más esbelto.

Gabriel se excusó discretamente para que charlaran a solas, aunque el hombre lo invitó a quedarse. Tampoco a Áurea le gustó verlo marchar. Con fingido estoicismo, su tío la condujo hasta una de las mesas bajas rodeadas por butacones, donde un camarero los atendió. Ella no quiso nada. Él pidió un licor Marnier.

—Es lo mejor antes de cenar. En Madrid solo lo encuentro aquí y en Pidoux.

Áurea supuso que, seguramente, en un momento así, su tía Luisa habría sabido mantener una charla cortés e intrascendente sobre los bares americanos de la ciudad; pero desde luego, ella no.

—¿Por qué se marchó de la exposición sin hablar conmigo, hace cuatro años? —comenzó sin preámbulos, porque por algún sitio había que comenzar.

El hombre sonrió. Pero era la suya una sonrisa que resultaba poco sincera.

—No me pareció que sería bien recibido.

Eso Áurea no lo podía discutir, pero aquella razón no bastaba.

—¿Por qué ahora sí y entonces no?

—Porque ese hombre, Gabriel, es muy persuasivo.

La explicación cayó sobre ella como un jarro de agua fría.

—No debió molestarlo, si usted no quería conocerme —replicó con sequedad.

—Ah, no, *ma chérie*, no te enfades. Hay hombres a los que cuesta decir no. ¿Qué dijo que era, tu cuñado? —Ella asintió—. Soltero, aunque no libre, por lo que vi. Mala competencia, una Garay. En fin... —Tomó la copa y se la llevó a los labios. Luego suspiró con deleite—. No hay como un Marnier para abrir el apetito. ¿Estás segura de que no quieres uno?

Áurea no quería, y la actitud displicente del hombre no le agradaba. La vista del perfil de Gabriel en la entrada, discretamente inclinado sobre un periódico, le dio el valor que le faltaba para preguntar a bocajarro por qué su

madre la había abandonado.

Su tío alzó las cejas ante ese ataque frontal; dejó la copa en la mesa.

—Eso deberías preguntárselo a ella misma. Yo no lo sé.

—No me mienta.

—Yo no miento, y es muy poco educado por tu parte insinuarlo. Que Teresa no era feliz con tu padre era un secreto a voces. Pero en cuanto a por qué te dejó y no te llevó consigo cuando se fue, lamento mucho no poder ayudarte. Por entonces yo me había marchado a París. No sé qué pasó entre ellos.

—¿Y nunca en veinticuatro años han hablado de ello? No le creo.

Él elevó las cejas con ironía y se acabó la copa.

—Me recuerdas a Andrés. A Teresa le va a fascinar conocerte.

La mera mención a su madre le aceleró el corazón. Por ella, por la posibilidad de conocerla, se obligó a mostrarse amable con aquel hombre que no le agradaba.

—Gabriel me dijo que mi madre vive en París.

—*Oui*. Desde hace cinco años. Aunque no tenemos mucho trato desde su vuelta.

Áurea intentó saber algo más de ella, de su vida, de las circunstancias de su marcha. Pero, sin negarse abiertamente a contestar, Teo Garay eludió sus preguntas con tanta habilidad que ella se preguntó si, en otra vida, su tío habría sido algún anfibio de piel viscosa y resbaladiza.

Frustrada tras varios intentos que acabaron en un silencio que se volvió incómodo, le dijo que tenía que marcharse ya. Era evidente que su tío no tenía gran interés en ella, puesto que no le había preguntado dónde vivía, con quién se había casado o si tenía hijos. Podían ser familia, pero eran completos extraños con pocas cosas en común y ningún interés en crearlas.

—¿Cómo puedo localizarla? —preguntó al ponerse en pie.

Él sacó una estilográfica del bolsillo de su americana y arrancó un trozo de la primera hoja del periódico de la mesa de al lado.

Cuando le tendió el papel, había anotado un número de teléfono, una dirección y un nombre. *Mistress Sanders*.

Fueron varias las posibilidades que pasaron en un momento por la cabeza de Áurea. Su madre vivía en una casa de huéspedes. O trabajaba y aquel era el contacto de su patrona. O se había cambiado el nombre para que no pudieran encontrarla.

Pero la explicación era más sencilla.

—Claro, que igual no lo sabes. —El hombre se puso en pie como ella—. Teresa se casó hace años. Steve Sanders. Bien parecido, dinámico y entusiasta, tanto que aburre, como todos los americanos que conozco. Y agregado cultural

en la embajada de Estados Unidos en París. Llámalos. Seguro que ese papanatas te recibe con los brazos abiertos.

—No ha sido lo que esperabas, ¿verdad?

—No sé si esperaba algo.

Áurea miró al organillero que tiraba de su burro hacia la parte trasera del palacio de Cristal. Deseó que hubiera alguna verbena cerca que con su música le hiciera sentir que aún estaba en La Granja.

Sin necesidad de ponerse de acuerdo, al salir del Palace habían caminado hacia El Retiro, hasta el banco en que tantas veces se habían sentado con Alba. Aquella inercia instintiva fue lo único que mitigó el malestar de Áurea.

Gabriel la miró de reojo.

—¿Puedo preguntar qué asunto tenías que resolver en Madrid?

Ella lo pensó solo un instante. Se suponía que los problemas de un matrimonio debían quedar entre ellos, pero algo en aquel anochecer temprano, en las voces del barquillero anunciando su mercancía, en las risas de las muchachas que bajaban desde el embarcadero que cerraba y las parejas que caminaban acercando sus cabezas, convertía el apoyo de Gabriel en algo indispensable para ella.

Se lo explicó. Le habló del dinero no recibido y del trato con Ríos. Y también, después de sopesarlo, le contó dónde y cómo había encontrado a Ignacio.

Cuando él no preguntó nada, comprendió que la historia de la francesa no le había sorprendido. Se reclinó en el banco, suspirando.

—Así que lo sabías, y nunca me dijiste nada...

—Creo que lo saben hasta los Vega. Pero la vida de Ignacio no es cosa mía, Áurea.

—También es mi vida.

Transcurrió un largo momento hasta que él preguntó con suavidad:

—¿Y tu vida sí podría ser cosa mía?

Áurea no se engañó achacando a la brisa del anochecer el estremecimiento que la sacudió de la cabeza a los pies. Existía el riesgo de estar imaginando intenciones que solo había en sus sueños; pero en aquellas palabras en apariencia retóricas, en apariencia inocentes, ella sintió más. Mucho más.

Y supo que su destino era aceptarlo.

—Sí, si es lo que quieres. —Y rindiéndose al vértigo del salto al vacío, añadió—: Y me gustaría que quisieras.

A su lado, Gabriel se quedó muy quieto.

—¿Estoy entendiendo bien lo que dices, Áurea?

Ella inspiró hondo, levantando la mirada hacia las hojas que se agitaban sobre ellos.

—No sé lo qué entiendes, solo sé que este año que has pasado en Oza no he dejado de añorarte ni un solo día. Ni uno.

No se atrevió a mirarlo. A veces, las palabras trastornaban el presente, creando puertas a mundos desconocidos. Era lo que ella había pretendido al sincerarse, pero acababa de darse cuenta de que si Gabriel no la seguía a ese mundo, no sabría qué hacer.

Pero la mano de Gabriel tomó la suya para elevarla hasta sus labios.

—No puede haber sido ni la mitad de lo que yo te he añorado a ti.

Áurea estuvo a punto de echarse a llorar de alivio. O de miedo, o de culpa; o de todo a la vez. «Hay cosas que no se pueden evitar porque suceden —se dijo, tratando de convencerse, tratando de perdonarse—. Sencillamente, suceden, y no hay nada que hacer.»

Permanecieron así unos instantes, con la mano de Áurea entre las de Gabriel, con su aliento templando su piel, como si temieran que cualquier movimiento pudiera desintegrar la incierta realidad que sus palabras acababan de crear.

—¿Cuándo vuelves a Oza? —preguntó ella al fin.

Sintió que la mano de Gabriel apretaba la suya con más fuerza. Esta vez, sí contestó:

—No voy a volver.

—¿Cómo que no? Dijiste que Oza era tu futuro.

—Un futuro. Habrá otros.

—Y entonces, ¿qué harás?

—No lo sé aún. Pero no voy a irme otra vez. Hablaré con el doctor Marañón. Tal vez pueda ayudarlo en la facultad, o volver al General. O tal vez colaborar con el Hospital del Rey. Ya sabes que un hospital nuevo y moderno para infecciosos es el sueño de mi vida. —Sonrió suavemente, y Áurea lo imitó—. No sé lo que haré, pero sea lo que sea y mientras tú quieras, será junto a ti.

Aún permanecieron allí un buen rato, asimilando el vuelco que acababan de dar sus vidas. Poco antes de que las puertas del parque se cerraran, Gabriel le ofreció el brazo para regresar, y Áurea se preguntó si la gente que se cruzaba en su camino podría adivinar lo diferente que el mundo se había vuelto para ellos aquella tarde. Esperaba, por el bien de los dos, que no; pero cuando entró en su casa y cedió al impulso de correr hasta la ventana para ver a Gabriel alejarse calle abajo, comprendió que le sería muy difícil ocultarlo ante la gente que la

conocía.

Apenas durmió esa noche. Se levantó cuando aún no había amanecido, preguntándose por un instante si había soñado lo sucedido la víspera. Pero el recuerdo de las palabras de Gabriel era demasiado intenso, y se estremeció al pensar que se verían de nuevo en pocas horas.

Habían acordado que él la acompañaría a llamar a su madre aquella misma mañana. Al principio, Áurea había rechazado su ofrecimiento porque eso le supondría perderse algunas ponencias del congreso. Pero él insistió y ella deseaba verlo, así que, con el feliz egoísmo de quien siente sus sentimientos correspondidos, había aceptado su apoyo.

A las diez de la mañana cruzó la glorieta hacia la calle Luchana, donde Gabriel la esperaba con el coche. Se saludaron con un discreto beso en la mejilla, conscientes de que no podían permitirse muestras de afecto en público. Una mujer vestida de oscuro los recibió en el vestíbulo de la central telefónica de la calle Hermosilla. Áurea le explicó que quería poner una conferencia a París. «A mi madre. Vive allí.» La mujer consultó en el mostrador un listado. Luego los remitió a uno de los cerramientos de caoba y cristal que rodeaban el patio.

—Tendrá que esperar un poco, pero no se impaciente. Recuerde que en esta central no hay que girar la manivela del magneto, basta que descuelgue el aparato y mencione el número del abonado en París. Espero que tenga suerte y encuentre a su madre en casa.

Áurea agradeció la ayuda, y miró a Gabriel para que la acompañara. Se había retirado hacia el mostrador para darle privacidad, pero ella lo necesitaba a su lado.

Se sentaron en el banco de madera del locutorio, y Áurea inspiró con fuerza antes de levantar aquel moderno auricular que avisaba a la telefonista con solo descolgarlo. La voz del otro lado tomó nota del número y le dijo que esperara. Sin pensar apenas, Áurea entrelazó su mano libre con la de Gabriel.

Los minutos hasta que la telefonista confirmó su conferencia a París se le hicieron eternos. Cuando al fin escuchó una voz, sintió que el corazón se le salía por la boca.

—*Bureau du Monsieur Sanders, bonjour.*

—*Bonjour, je voudrais parler à mistress Sanders, s'il vous plaît.*

Cuando preguntó quién la buscaba, y ella contestó «*sa fille*», la voz calló.

Áurea temió que colgaran, creyendo que mentía. Pero al cabo de un instante, la voz retornó.

—*Un instant, s'il vous plaît.*

Áurea apretó la mano de Gabriel.

El momento en que la escuchó, aquel primer momento después de tantos años de silencio, la hizo sentir mareada. «*Allo, allo?*», repitió aquella voz que le despertó recuerdos dormidos, dejándola por unos momentos sin capacidad de reacción.

—*Allo?... Allo, qui est à l'appareil? Allo?* Áurea, ¿estás ahí? ¿Eres tú?

Contestó que sí, que era ella. Y la escuchó reír, incrédula, a miles de kilómetros.

—Al fin...

La conversación de una madre y una hija que no se conocían había de ser por fuerza algo forzada. Teresa le preguntó si estaba casada, si tenía hijos, dónde vivía...

—Yo llevo en París cinco años, ¿sabes? Me casé con un diplomático americano.

Hablar del presente era fácil. Más fácil, al menos, que hacerlo del pasado. Áurea dejó que ambas se fueran conociendo, dando vueltas en círculos sobre la presa que era su historia. Y había comenzado a desvelarla, todavía de puntillas, todavía con cautela, preguntando a su madre en qué año se había ido de Madrid, cuando al otro lado de la línea alguien irrumpió reclamando atención.

«*Maman, maman*», llamó una voz infantil. Y la sangre de Áurea se heló en las venas cuando Teresa Garay contestó: «*Oui, ma petite?*»

Gabriel supo que algo iba mal al verla apartar el auricular.

—¿Qué pasa?, ¿se ha cortado la comunicación?

Como una sonámbula, ella devolvió el auricular a su sitio, mientras Gabriel escuchaba apagarse el débil sonido que desde París la llamaba por su nombre. Le pareció tan perdida en aquel momento que tomó su rostro entre las manos.

—¿Qué sucede?

—Tiene una hija. Mi madre tiene una hija.

Sorprendido, él se quedó tan quieto como ella. Luego, sabiendo que la rabia del abandono crecería en una oleada que la ahogaría, la estrechó entre sus brazos. Y después, cuando Áurea apartó con rabia las lágrimas y se miraron a los ojos, sucedió lo inevitable. Sin tiempo para pensar o razonar, ni siquiera para sentir temor, Gabriel se entregó al beso que había soñado durante años, un beso que Áurea le devolvió con avidez, casi con desesperación, la desesperación de saber que se había equivocado desde el principio sobre él, y ahora era rehén de sus errores.

El timbre del teléfono junto a ellos los obligó a separarse. Gabriel buscó la decisión de Áurea en sus ojos. Se comprendieron sin palabras y fue él quien descolgó el auricular.

—No, no se ha cortado, señorita... No, no recupere la conferencia. Dígale a quien llama que ya nos hemos ido.

Al mediodía, camino de La Granja, pararon el automóvil después del alto de Navacerrada, lejos del bullicio de la Fonda donde cualquier conocido camino de su veraneo los podría ver. Se adentraron para pasear por un sendero entre pinos, hasta un manantial que brotaba del suelo, cerrado en el frente por un tronco caído. Se sentaron bajo la luz filtrada por las altas copas, y allí se besaron de nuevo, a ratos con exigencia, a ratos con calma, agotando un momento que nunca sabrían cuándo podría repetirse, preguntándose qué hacer a partir de entonces sin saber qué responderse. Regresaron al coche abrazados, pendientes de que excursionistas inesperados no los descubrieran, acariciándose si escuchaban silencio y separándose si creían distinguir pasos.

La tarde comenzaba a desperezarse cuando el coche se detuvo en La Granja. Fonsa fue la primera que salió. «Ya creíamos que hoy no venía.» Alba apareció dando saltos cuando oyó la voz de Áurea. Aquella noche permitió a su hija permanecer en la mesa durante la cena de los mayores, y tras acostarla salió al patio, donde doña Francisca charlaba con Gabriel.

—No creí que el congreso fuera tan corto. ¿Hasta cuándo se quedará?

Gabriel eludió con elegancia la cuestión, sin hablarle de su abandono de Oza. Amparada en las sombras que las linternas de aceite derramaban por el patio, Áurea contempló las líneas de aquel rostro que había admirado con deseo en el viaje, mientras él se concentraba en la carretera y ella se reclinaba contra su hombro. En algún momento de la noche, temió que doña Francisca los descubriera, porque no podía reprimir el deseo ni la ternura cuando Gabriel se dirigía a ella. Él trataba de comportarse con la cordura de siempre, pero Áurea creía imposible que la intensidad del secreto que ocultaban no estallara en cada una de sus miradas, en cada una de sus palabras.

Sin embargo, cuando la mujer se retiró como todas las noches y los dejó a solas en el patio, se relajó. Podían ocultarlo, lo estaban haciendo. Y mientras pudieran hacerlo sin levantar sospechas, no tenía por qué pensar en el muro de fingimientos y mentiras y disimulos que comenzaba a alzarse ante ellos.

Doña Francisca no sospechó nada. Al principio. Desde el primer momento de la vuelta de Áurea, había notado en ella una alegría que no existía al irse.

Cuando le habló de su trabajo para Gerardo Ríos y le dijo que había localizado a su madre, pensó que eso lo explicaba todo.

Pero eso fue solo al principio.

A mediados de julio, Gabriel se marchó a Oza para cerrar allí los asuntos pendientes. Tras su marcha, Áurea fue cuidadosa tratando de comportarse como siempre. La traducción encargada por el editor no alteró sus rutinas, porque le dedicaba los momentos en que Alba dormía. El resto del tiempo continuaba saliendo de paseo con doña Francisca, visitando el Club de Campo, recorriendo con calma el Medio Punto.

Fue al regreso de Gabriel a mediados de agosto cuando doña Francisca se dio cuenta. Y no por lo que hicieron, ya que acudir a obras de teatro, bailar en el Blas-Club o participar en las diversiones de la localidad eran cosas que ya los había visto hacer juntos. No; lo diferente, lo que hizo a doña Francisca comprender, fue que, por bella que Áurea hubiera sido siempre, nunca había parecido tan luminosa como en aquellos días junto a él.

A pesar de todo, no había pensado decir nada. Pero el día de San Luis, durante la merienda que, a base de tortilla de patata y filetes empanados, la infanta ofrecía en la Boca del Asno para despedir la temporada, ambos desaparecieron para dar un paseo del que la joven regresó con algunas diminutas espigas enredadas en el cabello. Y aquella noche, cuando el chirrido de la cancela del patio anunció la marcha de Gabriel, doña Francisca dejó las cartas que la habían mantenido despierta y fue en busca de Áurea.

Ella se sobresaltó al encontrarla en el corredor a las dos de la mañana. La petición de doña Francisca le encogió el corazón. Solo se le ocurría un motivo para una charla a aquellas horas tardías. Sin embargo, cuando ambas estuvieron acomodadas sobre la cama, en vez de preguntar, acusar o advertir, como Áurea había temido, doña Francisca alargó la mano hacia el fajo de cartas que descansaba sobre la mesilla.

—Nunca te he contado por qué vine a La Granja y cerré la academia.

—No —confirmó ella, desconcertada por aquel comienzo que no se parecía en nada a lo que había temido.

—Nunca se lo dije a nadie, pero vine para pasar con Alfredo Sola sus últimos años.

—¿Con quién?

— Alfredo Sola. El abuelo de Gabriel.

Turbada, Áurea comenzó a escuchar la historia de una joven humilde que había empezado en Madrid trabajando como planchadora, y que costaba conciliar con la imagen de la mujer cultivada que tenía ante sí.

—Sé que a los jóvenes os cuesta creer que los viejos fuimos como vosotros

en el pasado, pero lo fuimos. Con nuestras ilusiones, nuestros sentimientos y nuestros proyectos de futuro. En 1884, cuando me contrataron en casa de los Sola, yo tenía diecinueve años y llevaba más de cinco trabajando como planchadora. No voy a darte detalles, porque al fin y al cabo las historias entre señores y criadas son tan viejas como el tiempo. Bastará decir que, como todas las tontas que en el mundo han sido, creí que mi caso era diferente... —Un escalofrío estremeció a Áurea. Doña Francisca sonrió con afecto—. Dijo Pascal que el corazón tiene razones que la razón no comprende, pero yo más bien diría que el corazón desecha las razones que no le apetece escuchar. En fin, déjame que continúe, luego entenderás por qué te cuento todo esto.

»Cuando entré en su casa, Alfredo Sola tenía treinta y un años, llevaba seis casado con Dolores Mendizábal y tenían tres hijos. Al principio jamás se me habría ocurrido pensar en él, ¿me entiendes? Era rico, era culto, y era el señor. Además, al poco de llegar yo me había echado novio. Un muchacho que trabajaba de aprendiz en la botica y rondaba la calle cuando las criadas de los Sola salíamos al baile los sábados por la tarde. Yo entonces era muy airosa, todo hay que decirlo. El caso fue que el muchacho me gustaba, y yo le gustaba a él, así que nos enoviamos. Fue por entonces cuando empezó aquello, lo de encontrarme al señor en las escaleras, en el lavadero o en el cuarto de planchar. Yo no creía entonces que él tuviera ninguna intención, porque, ¿qué intención iba a tener un hombre como aquel, que podía tener a cualquiera? Pero era una mirada demasiado insistente un día, una frase ambigua otro... Era atractivo, aunque supongo que los ricos siempre lo parecen. Gabriel ha heredado sus ojos; oscuros, pensativos, ojos de buena gente de los que crees que puedes fiarte, ¿verdad? —Áurea no dijo nada, y la mujer, tras esperar un par de segundos, reanudó la narración—. Le costó mucho, eso sí. Más de dos años estuvimos en aquel tira y afloja. Mi novio quiso que dejara la casa. “Dicen que el señor tiene las manos largas, no te quiero ahí”, decía. Pero yo no quise irme, porque ganaba bien y el trabajo no era malo, y supongo que entonces sentía ya algo que aún no quería aceptar... El caso fue que él insistía, y yo que no, y él que sí. Y acabamos rompiendo.

»De ahí a lo que pasó no hubo mucho trecho. No sé si el despecho, no sé si en realidad yo lo llevaba esperando meses... Ya te he dicho, una historia tan vieja como el mundo, que, como había de ser, duró lo que a la señora le costó darse cuenta y echarme. Pero duró casi dos años, porque no lo descubrió hasta 1888. Entonces me quedé en la calle, con una mano delante y otra detrás, porque cuando se vivía de servicio, el poco dinero que se ahorraba se enviaba a la familia o se dejaba para el ajuar. Y yo lo había enviado todo.

»Tuve la suerte de que una antigua compañera que trabajaba en un

ultramarinos de la calle Toledo me acogiera en su casa. Con ella se alojaba también un hermano que acababa de volver de Barcelona, donde había estado trabajando en la construcción de uno de los edificios de la Exposición Universal. Yo no sabía nada de esa exposición, pero él hablaba de muchos extranjeros y hoteles y dinero en la ciudad, como si allí ataran los perros con longaniza. Y decidí ir a Barcelona en busca de trabajo.

»Allí conocí a Pierre Roche. Yo había comenzado a trabajar como limpiadora en un hostel cerca del puerto, y él llegó un día buscando alojamiento. Pierre era, ¿cómo lo diría?, una especie de idealista. Culto, de buena familia, veinte años mayor que yo, lleno de grandiosas ideas que al primer vistazo sabías que eran imposibles... También era histriónico, depresivo, impulsivo, impaciente. E hipocondríaco. Mientras estaba alojado en el hostel, le entró la manía de que tenía una enfermedad terminal. No soportaba que nadie entrara en su habitación. Los camareros le dejaban una bandeja con comida ante la puerta, y las muchachas no entrábamos a limpiar porque, cuando lo hacíamos, nos arrojaba cosas.

»Pero los demás huéspedes empezaron a quejarse por sus ruidos y rarezas. Así que el día que la dueña nos dijo que, o entrábamos a echarlo, o las que nos íbamos éramos nosotras, me remangué el uniforme, me planté en la habitación y al primer plato que me arrojó le di tal bofetón que lo dejé sentado en la cama. Entonces abrí la ventana, le quité las sábanas y mantas, y le dije que si no se moría solo, lo iba a matar yo como no empezara a comportarse con normalidad.

»Supongo que si la amenaza surtió efecto fue porque él estaba ya aburrido de su propia farsa y tenía ganas de abandonar su encierro. Desde ese día, se pegó a mis faldas como una lapa. Me llamaba su Bradamante, su Florinda, su Carmesina... Ya me dirás, vaya piropos para una muchacha que había leído poco más que el catecismo, que no sabía yo si eran insultos o qué eran... Pero aunque lo mantenía a distancia y no le dejé tocarme ni un pelo de la cabeza, los chismorreos y las envidias se desataron. Así que, al final, la dueña me dijo que algunos huéspedes se habían quejado de que yo era una mala influencia y me tenía que marchar.

»Y esa vez, cuando de nuevo me vi en la calle, de nuevo sin ahorros ni referencias, y él me juró que no me faltaría de nada si lo acompañaba, me fui con él. Tal vez hice mal, porque no le quería, pero al fin y al cabo era el culpable de que me hubieran echado. Y debo reconocer que cumplió su promesa. Vivimos en París, Berlín, Niza, Viena, Sevilla y de nuevo París, porque no soportaba pasar mucho tiempo seguido en el mismo sitio. Nunca con lujos, pero tampoco necesidades. Trabajaba en los oficios más sorprendentes hasta que se aburría, y entonces escribía a su familia en Blois para que le enviaran dinero, y ellos lo

hacían. Siempre sospeché que para que no regresara.

»Estuvimos juntos dieciocho años. Hasta que un día, de repente, murió. Así, sin más, en una de las raras fases de su vida en que no creyó que tenía una enfermedad terminal, se murió de un ataque. Nos habíamos casado tres años antes, un día de lucidez en que se dio cuenta de que yo era veinte años más joven que él y si le sobrevivía quedaría muy desprotegida. Aun así, no me quedó mucho, apenas lo justo para regresar a Madrid y vivir unos meses. Y los elegantes vestidos que me había comprado cada vez que había tenido un cheque de su familia, y la cultura que a lo largo de dieciocho años se había empeñado en inculcarme. Porque si algo tenía Pierre, además de un tornillo suelto, era elegancia y cultura. Y eso fue lo que heredé.

La mujer hizo una pausa. Áurea, subyugada y algo confusa todavía por la intención de la charla, preguntó:

—Entonces, lo del marido catedrático...

—Bueno, seguramente Pierre te habría dicho que habría sido catedrático, de querer serlo. Pero no, solo había sido estudiante en la Sorbona. Ni yo misma sé bien cuánto de lo que contaba era cierto y cuánto, inventado; pero era culto, instruido y adoraba la literatura... Él me educó, y con eso me dio un modo de ganarme la vida. Supongo que fui enfermera, profesora y niñera más que esposa, pero a los dos nos funcionó el acuerdo. A pesar de que también hubo momentos malos con él, me dio una vida mejor de la que habría podido tener yo sola. Y de alguna manera, le quise. Tal vez no como él a mí, pero le quise.

»Cuando murió, decidí regresar a Madrid. Llegué como *madame* Roche, una viuda de la que nadie sabía nada. Estaba dando vueltas a la idea de montar una academia cuando vi de nuevo a Alfredo. Recuerdo que era el primer viernes de marzo, en la iglesia de Jesús de Medinaceli. Yo había aguardado una cola de dos horas para besar el pie del Cristo, y cuando levanté la mirada allí estaba él. Lo reconocí al momento, él a mí no. La ropa elegante, supongo. Pero no dejaba de mirarme, y finalmente se acercó, y al pararse ante mí comprendió quién era. No creas que fue una escena desagradable, después de veinte años todo estaba perdonado. Pero su esposa andaba por allí y no podíamos hablar. Cuando me pidió la dirección de mi alojamiento, se la di. Vino a verme una semana después. Le pedí ayuda en el asunto de la academia, y me aconsejó adornar un poco mi pasado y salir de Madrid, donde alguien podría reconocerme. Me habló de Burgos, donde su hija Claudia había fallecido ocho años antes. Decir que habíamos sido conocidas me daría el aval necesario entre la población de la ciudad. Así fue como acabé allí.

—Y años después, ¿lo dejó todo para cuidar a un hombre que la había seducido y permitido que su mujer la echara a la calle?

—Dicho así suena extraño, ¿verdad? Pero es que entonces no era ese hombre que dices. Era un hombre más viejo, arrepentido y deseoso de mi perdón. Y él fue quien me ayudó a establecerme en Burgos. Durante años nos escribimos con frecuencia. Me dijo que después de mi despido me había buscado. Podía ser verdad o no, pero ya no importaba. Porque gracias a que tuve que marcharme conocí a mi marido, así que no tenía nada que reprocharle. Si él no me hubiera seducido, o si su esposa no se hubiera enterado, ¿qué habría sido de mi vida? No lo sé, pero probablemente nunca habría salido del cuarto de los criados. Y seguro que no habría recorrido Europa como hice; no habría leído ni estudiado, ni aprendido a vivir sola. Así que lo que pasó entre nosotros fue una fortuna para mí.

»Cuando tres años después de mi regreso, su esposa falleció en La Granja, vine a darle el pésame. La academia iba bien, me pude permitir pasar aquí el verano, y él se sentía tan solo... Ya sabes que en el Sitio hay muchas ocasiones para disfrutar de una relación amistosa, ¿verdad? —Áurea trató de mantenerse impasible—. Después de eso, nos vimos aquí todos los veranos. Luego, cuando enfermó de gripe, pensé que no saldría adelante, y casi te diría que vine a despedirme. Pero salió, aunque muy debilitado. Y bueno, decidí quedarme a cuidarlo, esos dos años que tuvimos enteros para nosotros.

Áurea no supo qué decir. Doña Francisca había sido para ella el paradigma de la corrección, y descubrir ahora que tenía un pasado que ocultar...

—¿Y por qué me cuenta esto?

—Por varias razones. La primera, porque voy pedirte sinceridad y me parece obligado corresponderte con la misma moneda. La segunda, porque quiero que comprendas que cualquier objeción que pueda ponerte no deriva de reparos morales, escrúpulos o prejuicios que en mi caso serían hipocresía. Y la tercera, porque quiero ayudarte. Jamás revelaré nada de lo que me cuentes, pero dime, ¿qué está pasando entre Gabriel y tú?

Áurea bajó la mirada a la colcha.

—Nada.

—Áurea, por favor. No soy ciega ni tonta. Te he explicado que quiero ayudarte. ¿Acaso no confías en mí?

No era un tema de confianza, sino de que apenas sabía cómo responder. Decir que se habían besado no era la respuesta adecuada, porque lo que pasaba entre ellos era más, mucho mucho más.

—Le quiero —contestó al fin, descubriendo que la verdad era tan dolorosa como sencilla—. Y él también me quiere.

—No lo dudo. No hay más que miraros con un poco de atención. La lástima, hija mía, es que no os dierais cuenta antes de tu matrimonio.

Aquella reflexión no resultaba de mucha ayuda, pues también lo pensaba ella.

—¿Y qué quiere que haga, doña Francisca? —Bajó la voz aunque nadie fuera a escucharlas a aquellas horas de la madrugada—. Yo no puedo dejar de quererle.

—Bueno, has dejado de querer a Ignacio.

—No. Es diferente. Lo que siento por Gabriel no tiene nada que ver, no se parece en nada a lo que sentía por Ignacio. Me equivoqué al casarme, y lo supe casi desde el principio. Esto es tan diferente... ¿cómo podría hacer que lo comprendiera?

—No se trata de que yo lo comprenda. Incluso aunque lo haga, ¿de qué te servirá? Lo que tienes que preguntarte es qué sucederá luego. Cuando comencéis a esconderos, a fingir. La mentira daña siempre, aunque ahora creas que no. Primero será la ilusión, la novedad, esa emoción que sentís al veros. Pero luego, algún día, las cosas comenzarán a tener precio. Un día tú no podrás verlo porque habrá alguna actividad a la que no podrás renunciar, porque recibirás una visita inesperada, porque Alba se pondrá mal... Otro será él, que se quedará en el trabajo mientras tú lo esperas en vano... Más de un día aguardaréis que el otro aparezca sin saber lo que sucede. Habrá decepción, desconfianza, incluso celos...

—Yo confío en Gabriel.

—Y luego vendrán los sacrificios. ¿A qué vas a hacer que renuncie, Áurea? ¿A su trabajo, para estar cerca de ti? ¿A tener su propia familia? ¿A ser padre? ¿Durante cuánto tiempo vais a ser capaces de engañar al mundo? Y al final, llegará el resentimiento, cuando uno de los dos crea que sacrifica más que el otro, que deja más, que ama más. Y te insisto, no te digo esto por moralidad sino porque te quiero. Cuando veinte años después vi de nuevo a Alfredo, pude mirarle a la cara porque no había resentimiento. Pude volver junto a él porque podía hablarle de igual a igual. Porque ninguno había vencido al otro, ¿lo entiendes?

—Yo no puedo dejar de querer a Gabriel —insistió Áurea tercamente.

—No te digo que dejes de quererle. Dime, ¿cuándo vuelve a Oza? —Y sostuvo la mirada de Áurea.

—No va a volver —reconoció la joven, apartando la mirada.

—Así que ya está ahí el primer sacrificio. ¿Cuántos más hará, Áurea, antes de que el peso le sea tan excesivo que deba marcharse?

A eso no pudo responder. No había pensado en nada de eso. No había pensado en si él querría ser padre, o en qué trabajos rechazaría, o si las murmuraciones acabarían por perjudicar su carrera profesional. Era tan impresionante, tan inesperado y extraordinario sentir lo que sentía, que no quería

pensarlo.

Agradeció a su amiga que tratara de ayudarla, pero le dijo que su decisión estaba tomada, y comprendería que en esas circunstancias no quisiera tenerla en su casa. Doña Francisca suspiró.

—No seas tonta. Ya te he dicho que si hablo no es por moralidad, sino por afecto. Mi casa siempre será tu refugio, Áurea. Pero tienes que asumir que tal vez sea el único que encuentres en esta vida.

Al día siguiente, cuando la vio pensativa, Gabriel le preguntó qué le sucedía. Saber que *madame* Roche la había aconsejado que lo dejara le enojó.

—Doña Francisca no tiene derecho a entrometerse. No sé adónde nos llevará esto, Áurea, pero nos llevará juntos. Me equivoqué una vez contigo, y no voy a equivocarme más. Te quiero, eso es lo único que sé, y lo único que me importa. He solicitado mi antiguo puesto en el General.

Había alquilado una casita al final del paseo de la Castellana, un poco más allá del hipódromo; una zona de modestas viviendas separadas por jardines y terrenos, tan alejada del centro de la ciudad que Áurea no sabía si se podía considerar Madrid. Una localización donde nadie iba a encontrarlos, salvo que los buscara.

Un trabajo que era un paso atrás. Un sitio para esconderse. «¿Qué más le vas a obligar a hacer?», se preguntó, recordando las palabras de doña Francisca.

Pero en cuanto lo miró, en cuanto se sumergió en aquellos ojos oscuros que la miraban graves, se dejó arrastrar por el egoísmo y la necesidad de estar junto a él. «Ya lo pensaremos. Ya pensaremos qué hacer.»

Disfrutaron de sus últimos días de verano en La Granja. Disfrutaron de la libertad, la intimidad de las noches enlazados en el patio, a oscuras bajo las estrellas. Se tumbaron sobre el brezo, Áurea apoyando la cabeza sobre el pecho de Gabriel, envuelta en sus brazos. Buscaron refugio en los jardines para abrazarse y besarse a escondidas. Una de sus últimas noches allí, bajo una cómplice luna llena, abandonaron el patio para adentrarse en la negrura del pinar y descubrir de madrugada la medida de su deseo. Al día siguiente, ella pensó que se moriría si algún día tenía que alejarse de él.

Jamás habría pensado entonces que alejarse sería su propia elección.

A principios de octubre, según lo acordado, Áurea acudió a la editorial de Ríos para entregar la traducción encargada. Pero en cuanto la vio, el editor se la quitó de las manos.

—¡Déjate de traducciones! ¿Se puede saber por qué me hiciste creer que tus relatos eran cuentos para niñas? ¡Y yo sin leerlos hasta hace unos días! ¿Qué tiene de infantil un aviador que cae al otro lado de las líneas, más aterrado por el recuerdo que lo envió a la guerra que por los enemigos que lo buscan?

Áurea habría explicado que jamás había hablado de cuentos para niñas, pero la triple oferta del editor la dejó sin palabras: publicar el relato del aviador en *La Esfera*, escribir una columna para *Elegancias*, una de las revistas femeninas más difundidas del momento, y participar en la nueva colección de novela corta con la que Ríos iba a competir contra «La Novela de Hoy».

—Por supuesto, no cobrarás como una escritora consagrada, pero es un buen comienzo, ¿no crees?

—Claro —aceptó Áurea, todavía sin comprender bien lo que le ofrecía.

Tras el fin de «El Cuento Semanal», «La Novela Corta» y «La Novela Semanal», la colección dirigida por Artemio Precioso había quedado como líder indiscutible de aquellas novelas con formato de revista, tamaño reducido, precio económico y portadas ilustradas a todo color que agotaban cada semana en los quioscos tiradas de miles de ejemplares. Precioso tenía contratados en exclusiva a escritores de la talla de Vicente Blasco Ibáñez, Alberto Insúa, Julio Camba, Wenceslao Fernández Flórez o Ramón Pérez de Ayala. Pero Ríos tenía la corazonada de que las licencias eróticas de la colección iban a agotar la paciencia de la censura de Primo de Rivera; y si Precioso tenía problemas, él estaba dispuesto a sucederle.

A Áurea le costó asimilar que aquello no era una broma. Que Gerardo Ríos creía en ella tanto como para ofrecerle esa oportunidad. Pero era lo que estaba haciendo. Eso, poner ante ella el contrato para publicar en *Elegancias*, y entregarle doscientas pesetas al contado por el relato del aviador.

Aún sin creerlo del todo, en su vuelta a casa Áurea entró en los grandes almacenes Madrid-París. La joven que atendía el mostrador de estilográficas fue muy amable y le dio el nombre de un taller especializado que podría arreglar su pluma, aunque insistió en enseñarle algunos de los nuevos modelos que tenían,

mucho más adecuados para una mujer. Áurea dejó que se los mostrara, sonriendo ante la idea de que aquellos objetos tuvieran género. Reconoció que algunos ejemplares eran preciosos, pero la belleza no igualaba el valor que la pluma de su padre tenía para ella. Le agradeció la información del taller y se despidió. La joven la miró decepcionada, guardando las estilográficas de nuevo en sus cajas.

Áurea no quiso esperar y a continuación se acercó a la dirección recomendada. El dueño del taller —una mezcla de orfebre, mecánico y alquimista, en sus propias palabras— colocó con delicadeza la pluma sobre una peana de madera. «Bellísima —dijo con reverencia, colocándose unos guantes de algodón para desenroscar la camisa—. Le prometo que volverá a escribir como solía.»

Áurea volvió a su casa sintiéndose en una nube, sin asimilar del todo lo que había sucedido. Había acordado con Ríos que sus relatos se publicarían con el seudónimo de Bradamante, para que Ignacio no lo descubriera. Desde su regreso de La Granja, no se habían visto. Él no pisaba la casa, y solo de ciento en ciento recordaba mandarles dinero. A veces se preguntaba si las creía capaces de vivir del aire.

Le habría gustado compartir con alguien las increíbles noticias, pero los únicos a los que podría decir algo eran Amparo y Gabriel. Pero la valenciana estaba en Guadalajara, resolviendo los problemas burocráticos de su renuncia a una plaza de maestra en favor de una comisión de servicios que no acababa de llegar. Y en cuanto a Gabriel, era miércoles, y solo pasaban juntos los viernes, su día libre. Paula no había desconfiado cuando le dijo que aquel año también tendría una tarde de clases en la universidad.

—Pues mejor, así tengo a la chiquitina más tiempo para mí. Y no te des prisa por volver, si necesitas estudiar un rato en la biblioteca, quédate.

Se quedaba cuanto podía, desechando la punzada de culpabilidad que sentía cuando Paula y Alba levantaban la mano a dúo para despedirla. En vez de enfilarse hacia la facultad, tomaba la línea 8 del tranvía hasta el Hipódromo. Unas horas para estar juntos en aquella casa que Áurea trató de convertir en un hogar para ambos. Luego, cuando llegaba la hora de marcharse, Gabriel intentaba que le permitiera llevarla en coche, pero ella nunca quiso. No por temor a que alguien los viera, sino porque el trayecto en tranvía que los separaba físicamente le servía también para separarse emocionalmente. Necesitaba ese tiempo para deshacer las ligaduras que su alma iba tejiendo cuando estaban juntos, pues cada vez eran más sólidas y profundas.

Sin embargo, a pesar de sus propias cautelas, aquella tarde no pudo aguardar más. Alegando que Alba tenía una tos extraña, convenció a Fonsa de ir a verlo. No era la primera vez que lo hacían, porque al poco de volver de

Segovia, Alba había estado realmente mal y la propia Fonsa le había sugerido acudir en busca de «su cuñado, el médico».

Cuando Gabriel terminó de reconocer a la niña, Fonsa insistió en llevársela a ver los pollos que criaba el señor Fulgencio, uno de los vecinos de aquella barriada con vocación de pueblo, y dejarlos «con sus cosas». Áurea no rehusó, feliz de tener un rato a solas con Gabriel. Celebraron juntos la noticia de su trabajo y, por un momento, sintiéndose eufórica, amada y protegida, estuvo tentada de no regresar aquella noche a su casa.

La cordura se impuso. Aunque no sabía nada de Ignacio desde hacía meses, el asunto era demasiado delicado para arriesgarse. Y aunque un tiempo atrás se había dicho que se conformaba con su vida, poco a poco eso fue cambiando. A medida que los días pasaban, a lo largo de aquel fin de 1925, a lo largo de la primavera de 1926, Áurea fue gradualmente sintiendo que aquel esconderse de todos para disfrutar de unas pocas horas juntos resultaba insuficiente. Cada vez le resultaba más necesario ver a Gabriel, compartir con él las anécdotas del día, preguntarle qué tal su trabajo. Cuanto más quería olvidarlas, más recordaba las palabras de doña Francisca. Pero como Gabriel no se quejaba ni le reprochaba nada, ella posponía la certeza de que algún día tendrían que tomar una decisión, y que esa decisión tendría un precio. A veces, cuando acompañaba a Paula a rezar a la iglesia —pues la culpabilidad de estar utilizándola la había llevado a aceptar aquella actividad a la que nunca hasta entonces había dicho «sí»—, se descubría pidiendo a Dios que Ignacio no volviera. En las novenas a santa Ana, santa Isabel, santa Rita, santa Gema de Galgani, a la Virgen del Carmen, en todas las iglesias a las que su prima la arrastró, cada vez más obsesionada por un embarazo que no acababa de llegar, Áurea pedía que Ignacio no regresara del Biarritz donde, de vez en cuando, lo veían Gabriel o Miguel Vega. Cuando Paula volcaba en Alba su instinto maternal comprándole ropas, juguetes o dulces en exceso, cuando le concedía cualquier capricho sin medida, Áurea se abstenía de intervenir porque necesitaba utilizar a su prima para proseguir su relación con Gabriel. Sabía que aquello no hacía bien ni a una ni a otra, pero miraba para otro lado porque las horas junto a Gabriel se habían convertido para ella en algo tan imprescindible como el oxígeno o el agua.

Pasó mucho tiempo hasta que tuvo que tomar una decisión. El éxito de su columna semanal en *Elegancias* le permitió olvidarse de los apuros económicos. Poco a poco, perdió el miedo de llevar a Fonsa y Alba a casa de Gabriel, incluso a que la niña mencionara inocentemente aquella actividad. Al fin y al cabo, la única persona en esta vida que no aceptaría que Alba y su tío pasaran horas juntos era Ignacio, y hacía tanto que no lo veía que nunca pensaba en él. Las tardes de los domingos que Gabriel tenía libres, comenzaron a ir los tres juntos a

la Casa de Campo, al Manzanares, a la Casa de Fieras. Llegó el día en que Áurea casi olvidó que estaba casada, que aquella no era la vida que le correspondía.

Y luego, medio año después de haberlo olvidado, llegó el día en que tuvo que recordarlo.

Fue la víspera de San Juan de 1926. Áurea estaba descontando las noches que les quedaban para marcharse a La Granja cuando alguien llamó a su puerta. Alba acababa de acostarse y ella estaba a punto de cenar, así que la sorprendió encontrar ante su puerta a una inquieta Amparo.

—Es muy tarde, lo sé —se disculpó la valenciana al sorprender la mirada de Áurea hacia el reloj—. Pero necesito tu ayuda...

La hizo pasar pidiendo que bajara la voz para no despertar a la niña. Cuando Amparo le preguntó si había oído lo de las detenciones, Áurea contestó que no. Aquellos días ya no acudía a la facultad y Gabriel había tenido que cubrir las horas de un compañero enfermo, por lo que ella había pasado las mañanas enfrascada en la novela para la colección de Ríos.

No obstante, sabía cosas. Sabía del descontento entre muchos políticos «de los de antes» que habían aceptado la Dictadura como un mal menor, pero ahora, una vez tranquilizado el país, derrotado Abd el-Krim desde Navidades y encauzada la vida económica, no veían justificación para que Primo de Rivera se perpetuara en el poder nombrando un gobierno de civiles para considerar la «normalidad» del país. También sabía que dentro del propio ejército no había apoyo unánime al dictador. Lo que no sabía era que aquel día se había desbaratado un alzamiento militar que pretendía el cese de Primo de Rivera y el regreso a la misma Constitución que había suspendido tres años atrás.

Pero lo que más le costó comprender fue que Amparo necesitara su ayuda para esconder a Pablo. Y sobre todo sobre todo, qué pintaba Manuel Ochoa en todo aquello.

—Él es uno de los enlaces de los militares republicanos para la sublevación, como Pablo lo es en la CNT. Yo he sido la primera sorprendida al saber que te conocía. Luego te lo explico mejor, pero ahora tenemos que pensar algo. No podemos volver a casa; Ochoa nos ha dicho que llevan todo el día encarcelando a compañeros de Pablo, y no sabemos qué domicilios son seguros. Solo hasta mañana, mañana saldremos hacia San Sebastián, allí tenemos dónde escondernos. Lo siento, Áurea, no se me ha ocurrido otro sitio...

Áurea vaciló. Por supuesto, iba a ayudarla. La valenciana lo había hecho con ella en el pasado y ahora era su momento de devolverle el favor. Pero en

aquella casa estaba Alba, y lo más sagrado para ella era su hija. Por nada del mundo la pondría en peligro.

Sabía dónde podrían esconderse con discreción. También sabía que sería injusto poner a Gabriel en un compromiso inopinado. Y, por último, sabía que, a poco que Amparo la mirara, iba a adivinar que en su relación con Gabriel había más de lo que se apreciaba a simple vista. Pero no tenía una solución mejor.

Fonsa protestó cuando le dijo que iba a salir a aquellas horas. Lo había escuchado todo y le horrorizaba pensar que pudieran detenerla.

—No me va a pasar nada, Fonsa. Pero si no he vuelto mañana por la tarde, ve donde mi tía y pídele ayuda. Mientras tanto, confío en ti para cuidar de Alba.

El coche las aguardaba al otro lado de la glorieta, con las luces apagadas. Áurea se sentó junto a Pablo para indicarle el recorrido. La tensión, con todos atentos a posibles retenes en la calzada, los mantuvo en silencio hasta que divisaron el campo de fútbol de Chamartín. Entonces aparcaron en un solar de tierra y retrocedieron parte del camino como un grupo de amigos paseando al caer la noche.

Entraron con sigilo en el patio. Áurea tanteó bajo la baldosa rota en busca de la llave. Les había dicho que la casa era de un amigo de confianza, pero hasta que estuvieron dentro, con las cortinas echadas para que nadie pudiera verlos, no se dio cuenta de la manera en que Amparo la miraba.

—¿Qué sucede? —le preguntó guiándola a la cocina, mientras los hombres revisaban la casa para asegurarse de que todo estaba bien cerrado.

—Eres una caja de sorpresas, Áurea. Tienes la llave de la casa de un hombre, y no me habías dicho nada. ¿Quién es?, ¿le conozco? —Pero nada más acabar la pregunta, y sin que Áurea dijera nada, se llevó la mano a la boca—. ¡No puede ser! ¡Dime que no puede ser! ¿Es él?, ¿al final tenía razón Edith?

Áurea apretó los labios y abrió la fresquera.

—No tengo ni idea de lo que hablas.

—Es Gabriel, ¿verdad? Dios mío, Edith estaba segura, me lo dijo antes de irse. Por eso te invitó a la representación de teatro, para convencerte de que ellos... Y pensar que se volvió a Boston porque no conseguía que él diera un paso más en la relación... Ay, Áurea, Áurea...

Una vez que los había llevado allí, no tenía sentido mentir por algo que su amiga averiguaría en pocos minutos. Pero se sintió incómoda, y le pidió que callara mientras apañaba una ensalada con la lechuga que quedaba y un tarro de boquerones. Cuando los cuatro se sentaron a la mesa, Pablo le dio las gracias de una manera tan cálida que Áurea casi olvidó las dudas que tenía.

—Es lo menos que podía hacer por Amparo.

—Yo también quiero agradecerse —intervino Manuel Ochoa—. Al fin y

al cabo, ellos son sus amigos, pero yo...

Áurea lo miró un instante en silencio, sin comprender todavía por qué aquel hombre que se había dejado media mano para sobrevivir al horror de Annual seguía empeñado en meterse en líos.

—Considérelo el pago de una deuda de familia —dijo al fin.

—No era su deuda, así que ahora soy yo quien le debe un favor.

Áurea se encogió de hombros, suponiendo que nunca necesitarían igualar el saldo. Ni ella ni Ochoa quisieron explicar a Amparo y a Pablo de qué hablaban.

Mientras daban cuenta de la cena, Pablo le explicó cómo se había ido fraguando, desde el año anterior, aquel levantamiento fallido: algunos nombres ilustres —los generales Weyler y Aguilera, Alcalá Zamora, el conde de Romanones...—, jóvenes oficiales descontentos con la gestión de las responsabilidades de Annual, el Cuerpo de Artillería en pleno, los republicanos afines a Lerroux y Blasco Ibáñez, la izquierda catalanista, y algunos anarquistas de la CNT. Todos unidos en torno a un complot que había pecado de falta de discreción y había sido disuelto fácilmente por la policía de Primo de Rivera.

—Pero esto no quedará aquí. Cuando la cabeza del Estado secuestra el derecho del pueblo a decidir por sí mismo, cuando miente y roba, no hay más salida que la lucha —proclamó Pablo, provocando un gesto de fastidio en Amparo.

—Te recuerdo que el derecho a decidir de la mitad del pueblo seguirá secuestrado cuando hayáis echado al Borbón. —Miró a Áurea, señalando al hombre—. Estos tampoco quieren darnos derechos y voto.

—Derechos sí —rebatió él—. Pero los votos de la mujer son votos regalados a los curas.

Amparo se puso en pie para retirar los platos y su novio la siguió. Se fingía enfadada, pero Áurea la escuchó reír cuando Pablo la acorraló contra el fregadero.

Se volvió hacia Ochoa.

—Y usted, ¿cuál es su excusa para este desatino?

—No lo llame desatino. Digamos mejor que la próxima vez tendremos que convencer a más sectores de que se unan a nosotros. No será difícil, si el dictador insiste en nombrar una asamblea sin elecciones. En el ejército hay muchos oficiales enfrentados a Primo de Rivera, y no solo en el cuerpo de artilleros. Habrá más asonadas como esta, esté segura. Y alguna triunfará.

—Menudo panorama pinta. —Áurea se reclinó en la silla—. Cualquiera diría que...

Un ruido en el exterior la hizo callar. Pablo alcanzó el interruptor, pero Áurea reconoció la manera de entrar y se apresuró hacia la puerta. Cuando

Gabriel la vio en el recibidor, se quedó quieto con la llave en la mano.

—¿Qué haces aquí, Áurea? ¿Ha pasado algo?

Ella le pidió silencio con un gesto. En cuanto cerró la puerta, le contó lo sucedido, disculpándose por el abuso que era llevarlos allí, pero él la tranquilizó.

—Has hecho bien en traerlos. Hola, Pablo. —Tendió la mano para saludarlo—. Encantado de verte de nuevo. Y encantado también de conocerlo a usted, Ochoa. Aunque creo que lo recuerdo de la casa de su abuela en Salas.

—Muchos años tiene que hacer de eso.

—Sí, muchos.

Tras preguntarles sobre sus planes para salir de Madrid, extendió sobre la mesa un plano para señalar otras carreteras más seguras y envió a Áurea y Amparo a ocupar la única habitación de la casa. La valenciana protestó, pues no quería abusar de su hospitalidad, pero él se mostró inflexible.

—Allá vosotras si preferís dormir en el suelo. Nosotros, desde luego, no vamos a utilizar la cama.

Poco después, tumbadas en la oscuridad sobre la colcha, Amparo le pidió detalles de aquella historia. Y aunque Áurea dudó sobre la conveniencia de hacerlo, la necesidad de compartir lo que vivía la llevó a contárselo todo, con el detalle que no se había atrevido a dar a doña Francisca.

—Sé que puedo confiar en tu discreción, pero nadie más que vosotros y un colega de Gabriel de absoluta confianza conocéis esta dirección. No puedo permitir que Ignacio nos descubra. Lo comprendes, ¿verdad?

—¿Por quién me tomas? Seré una tumba, Áurea, lo juro. —Amparo cruzó dos dedos y los besó. Luego bostezó, mirando el techo a oscuras—. Cuando estábamos en la residencia me parecía muy interesante, ¿recuerdas?

—Sí. Como hombre, recuerdo que dijiste.

—Ajá. —Su amiga rio por lo bajo—. Sigo pensando lo mismo. —Pasaron unos minutos hasta que Amparo, medio adormilada, volvió a hablar—: Creo que tendríais que marcharos, Áurea. Salir con Alba de este país.

—Antes tendría que conseguir que Ignacio me cediera la patria potestad.

—¿Y crees que lo hará?

—No lo sé. Hace un año que casi no lo veo. Tal vez sí, ¿qué más le da lo que hagamos?

Amparo bostezó de nuevo.

—Seguro que tú conoces a Ignacio mejor que yo, pero de lo que recuerdo de él, diría que nunca te va a dar algo a cambio de nada. No necesitas la custodia para irte, Áurea, solo un pasaporte para ambas en la frontera. Tendrías que ir a París, está lleno de exiliados y, si la cosa sigue así, cada vez lo estará más. Los franceses nunca te echarían por un asunto de custodia. Y allí está tu madre.

Aquella noche de confidencias explícitas, lo único que Áurea se guardó para sí fue el hallazgo de una medio hermana. Cambió de tema.

—Y tú, ¿qué vas a hacer? Hace solo cinco meses que tienes la comisión de servicios, y decías que nunca lo dejarías todo por seguir a un hombre.

—Y no lo voy a hacer. De momento los acompañaré al norte. He pedido dos meses de permiso. En septiembre, cuando todo esté más tranquilo, ya veré qué hago. No sabemos cómo va a reaccionar el régimen ni si Pablo está en alguna lista. Lo que no voy a poder es ayudarte con las cartas de tu editor. Tendrás que darle otro contacto. Lo siento.

—No te preocupes por eso. Me las arreglaré.

No dijeron mucho más antes de caer rendidas. Despertaron de madrugada. Comenzaba a clarear cuando Amparo y los hombres abandonaron la vivienda para recoger el coche. Gabriel y Áurea aguardaron hasta que ya no escucharon sus pisadas sobre los adoquines de la calle. A solas, se abrazaron y besaron, agradecidos como siempre que encontraban un inesperado momento para ellos. Luego, antes de volver a trabajar, y por primera vez, Áurea permitió que él la llevara en coche hasta su casa. Había dormido poco y estaba cansada, y lo que más habría querido era asearse un poco y acurrucarse junto a Alba para dormir.

Pero cuando abrió la puerta, Fonsa la estaba esperando en el recibidor llena de nerviosismo, con una mantilla y un chal en las manos.

—Está en la cocina, señora. Vaya usted, yo no soy quién para echarlo. Y tome, échese esto por encima. —Le entregó las prendas con manos temblorosas—. Le he dicho que ha ido a misa de ocho.

A Áurea se le cayó el alma a los pies. Viéndola incapaz de reaccionar, Fonsa le echó la mantilla sobre la cabeza y la hizo volverse hacia el espejo.

—Venga, señora, que puede salir en cualquier momento.

Áurea se vio empujada a alzar las manos y sombrear de encaje su rostro. Reflejados en el espejo, sus ojos le parecieron más oscuros que nunca. Temió que el contraste con su palidez revelara que el miedo la dominaba. Se frotó las mejillas para darles color y, ante la puerta de la cocina, hizo acopio de fuerzas para enfrentarse a Ignacio.

—¿Qué haces aquí?

—Ya era hora. —Detuvo la cuchara para mirarla—. ¿De dónde llegas a estas horas?

—De misa.

—¿Desde cuándo vas tú a misa?

Retomó su comida mientras Áurea sentía que los latidos de su corazón podían oírse en toda la casa.

—¿Qué haces aquí, Ignacio?

—Qué voy a hacer. Vivo aquí.

—No. Hace un año que no vives aquí.

—Bueno, pues he vuelto.

—¿Que has vuelto? —Él siguió comiendo sin mirarla y ella retrocedió para cerrar la puerta de la cocina y evitar que Alba los escuchara—. Has estado viviendo más de un año fuera de aquí, supongo que con la francesa, aunque como no te he visto ni he sabido nada de ti puedes haber estado en cualquier sitio, pero lo que sí sé es que no has venido a ver cómo estábamos ni un día. ¿Y ahora te plantas aquí y me dices tan tranquilamente que vuelves?

—Tengamos la fiesta en paz, Áurea. Esta es mi casa. Y no me cargues con numeritos de esposa herida. Mucho te habrá importado lo que me pasaba, cuando solo me has buscado para pedirme dinero.

—¿Te ha echado Camille?

—A mí no me echa nadie de ningún sitio. No soportaba más sus histerias, así que me vuelvo a mi casa, donde tengo todo el derecho del mundo a estar.

Áurea lo dudó. Ni una ley tan nefasta para las mujeres como el Código Civil podía ser tan benévola con un marido que había abandonado su familia durante un año. Pero no conocía la ley en todos sus términos, tendría que preguntar en la residencia: a Victoria Kent o a Matilde Huici. Sin embargo, hasta que pudieran decirle qué hacer, no se atrevía a iniciar una disputa para la que no sabía con qué armas contaba.

Iba a marcharse para decidir cómo afrontar aquello cuando recordó que había una norma que de ninguna manera podía pasar por alto.

Se dio la vuelta, con la mano en el pomo de la puerta.

—Te advierto que no voy a tolerar cocaína en esta casa.

—Vaya humos que se te han subido en este tiempo —masculló Ignacio—. Tolerar, nada menos.

—Si veo un frasco de esos, o un papel con polvos o lo que sea, lo tiraré por el fregadero. Estás avisado.

Áurea cerró los ojos instintivamente cuando la cuchara salpicó de líquido los azulejos junto a la mesa.

—¡Maldita sea! No me hables así. Aquello fue un accidente. Ocupate de educar mejor a tu hija y no habrá problemas.

—Ya te he dicho que no quiero cocaína, y no voy a repetirlo.

—Has estado demasiado tiempo sin correa, por lo que veo.

Áurea reuló un paso al verlo levantarse.

—Si vas a vivir aquí, hay cosas que debes respetar. Y ni se te ocurra tocarme —advirtió cuando él se detuvo a su lado con rastros de alcohol en su aliento.

—Venga, Áurea, tú y yo sabemos que te encanta que te toque —le susurró al oído, colocando una mano en su cadera, que ella retiró de un golpe—. Ya tendremos tiempo de hablar, pero ahora voy a recoger mis cosas y traerlas.

Cuando se quedó a solas, Áurea se dio cuenta de que estaba temblando. Se dirigió a la habitación de Alba, a la que Fonsa estaba cambiando el camisón por ropa de vestir. La niña se incorporó sonriendo al verla entrar. Áurea se abrazó a ella un largo instante, y luego pidió a Fonsa que la ayudara a bajar del altillo una manta y una colcha. Cuando las doblaron por la mitad y las tendieron bajo la ventana del cuarto de la niña, Alba las miró sin entender nada.

—Esta tarde saldré a comprar un colchón. —Áurea se sacudió las manos en la falda. Fonsa asintió, pero apenas se atrevió a mirarla—. No puedo impedir que se quede, es mi marido.

Y nada más decir aquellas palabras, la visión de la habitación se emborronó ante ella y tuvo que salir para que Alba no la viera llorar. Se sentó en su butaca de la sala, tratando de anticipar qué iba a pasar a partir de ahora. Tratando de comprender en qué momento había olvidado que el anillo que marcaba su dedo era en realidad el grillete del que se reían algunas americanas burlonamente. Tratando de digerir que aquellos meses de independencia habían sido un espejismo, que no era libre y nunca lo sería.

«Hasta que la muerte nos separe.»

*Madrid, verano de 1926*

Al día siguiente, Áurea acudió a la residencia en busca de consejo. Victoria Kent le recomendó que hablara con Clara Campoamor, una madrileña que se había colegiado hacía poco y de la que se decía que estaba muy comprometida con la defensa de los derechos civiles de la mujer.

Una hora después, Áurea ya estaba en la plaza del Príncipe Alfonso, en un despacho junto a la cervecería El Cocodrilo, donde aguardó que la abogada pudiera recibirla. A Clara Campoamor le agradó saber que había estudiado en la Residencia de Señoritas, y charlaron un poco sobre las residentes y colaboradoras a quienes la abogada conocía y con las que se había embarcado en la aventura de fundar un club femenino, el Lyceum, al que invitó a Áurea a acudir. Mientras ella exponía su caso, la abogada iba dando golpecitos en la mesa con el capuchón de la estilográfica, concentrada en su explicación. Al acabar, esbozó un gesto de cansancio, como si aquello lo hubiera escuchado decenas de veces antes de esa mañana.

—Incluso una legislación como la nuestra tiene alguna posibilidad de garantizar ciertos derechos. Para eso se prevén las capitulaciones matrimoniales. Pero he entendido que no es su caso. —Áurea asintió y la abogada pareció resignada—. Sí, no suelo encontrarme muchas. Una lástima, a veces pienso que tendría que hacer una guía para que las mujeres sepan dónde se meten cuando se casan. En cuanto al divorcio, la mujer solo puede pedirlo si el marido está amancebado de una forma que cause escándalo público o suponga menosprecio hacia su esposa, por ejemplo teniendo a la amante en su propia casa. En el caso de la esposa, sin embargo, cualquier adulterio es causa de divorcio. Me temo que encontrarlos juntos como los encontró no sea suficiente, pues fue usted quien se personó en casa de la francesa. Tenga en cuenta que los tribunales encuentran natural la infidelidad en el hombre. Y por otro lado, en su caso hay un elemento mucho más delicado, como es la existencia de una hija. Debería pensar que siempre existe el riesgo de quedarse sin ella al separarse.

—Eso nunca —contestó Áurea, pálida como la cera.

Clara Campoamor le dirigió una mirada de simpatía.

—No digo que tenga que ser así, solo que debe valorar el riesgo.

La mujer le explicó que lo primero era ser consciente de que un divorcio era un asunto delicado. Habría que llevar un asunto tan ingrato como la infidelidad a los tribunales, con el consiguiente escándalo. Tendría que enfrentarse a preguntas desagradables, incluso escabrosas. Por otro lado, en su caso existía el riesgo de que se descubriera que trabajaba a espaldas de su marido. Eso no beneficiaría su imagen, al margen de que podrían obligarla a dejarlo y entregarle a él el dinero que había ganado.

—El dinero es lo de menos.

—Bien, me alegro, porque lo único que este divorcio le permitirá es no vivir con él. No es como en Europa, donde el divorcio le dejaría recuperar el control de sus bienes e incluso casarse. Aquí no hay nada de eso. Y, además, hay un último aspecto que, como su abogada, estoy obligada a señalarle, aunque —matizó con un gesto amable— estoy segura de que no es el caso. Si hubiera algún tipo de, digamos, «desliz amoroso» por su parte, el riesgo de perder a su hija sería elevadísimo.

Áurea trató de mantener la compostura mientras Campoamor repasaba la legislación en contra de la esposa adúltera. Cuando pisó de nuevo la calle, se sentía tan mareada que tuvo que sentarse en un banco de la plaza. Por si el Código Civil no fuera suficiente, estaba el artículo 438 del Código Penal, aquella infame desigualdad contra la que las socias del Lyceum iban a emprender una campaña en cuanto inauguraran su local. «¿Cómo un país que se dice civilizado puede aceptar que la pena para el marido que mata a su mujer adúltera o al amante sea unos meses de destierro, mientras que a la mujer que mata al marido infiel se la castiga con cadena perpetua? Es indignante, ¿a que sí?»

No solo era indignante y aberrante, era sobre todo aterrador. Áurea ya no reconocía a aquel Ignacio a quien habían transformado las drogas, la bebida, las malas compañías o el juego, o lo que fuera que lo hubiera cambiado. No le reconocía, no confiaba en sus reacciones y no soportaba que la tocara. Y de lo único que estaba segura de que no había cambiado en aquel año sin verse era el odio a su medio hermano. A Ignacio, que Áurea se fuera o no le daba igual, pero ella sabía bien que nunca nunca nunca iba a dejar que se marchara con Gabriel.

Tratando de mantener el ánimo, buscó el lado positivo de la cuestión: ahora, al menos, sabía que desde el punto de vista legal, tenía poco que hacer. Si no se atrevía a arriesgarse, Campoamor le había señalado otro camino menos heroico pero más pragmático: solucionar su separación amistosamente y conseguir que, de algún modo, él le cediera la patria potestad. Desde luego no sería fácil, porque intuía que para llegar a un acuerdo con Ignacio tendría que mentir, adular, fingir y engañar, pero podría serlo más que lograrlo en los tribunales. Como le había dicho la abogada al despedirse, con cierto humor negro, morirse

era casi lo único que podía hacer sin el permiso de su marido.

Casi peor que el trago con la abogada fue tener que explicar a Gabriel que Ignacio había regresado. Aunque él supo que algo sucedía nada más verla bajar del tranvía, mirando hacia todas partes como si temiera que alguien la hubiera seguido.

No había mucho que decir ante el hecho de su vuelta. Gabriel no la presionó, no trató de arrancarle ninguna promesa, ningún compromiso de seguir viéndose. Siempre había sabido que, antes que él, estaba Alba. Así que calló la idea que había tenido aquella semana, preparando su viaje de agosto a París para asistir al congreso internacional sobre las vacunaciones realizadas en Francia en los últimos dos años con la cepa de bacilos BCG. En un arrebató de entusiasmo, había pensado llevar a Áurea con él, incluso conseguir que conociera a su madre. La noticia de la vuelta de Ignacio lo obligaba a enfrentarse a la cruda realidad que tantas veces quería ignorar: que solo era su amante, sin ningún derecho sobre su vida.

Pero ella parecía más abatida incluso que él, así que la abrazó, la besó y le dijo: «Seguiremos juntos mientras podamos. Nunca voy a ser una dificultad en tu vida, Áurea.»

Y le desgarró saber que estaba siendo sincero por completo.

Aquel julio, Áurea se aferró al paréntesis irreal que era La Granja para no pensar en los cambios que el regreso de Ignacio provocaría en su vida. Gabriel no pudo acompañarla hasta agosto, ocupado en suplir la ausencia de su jefe, detenido por ser dirigente del Ateneo, en cuyos locales se había leído el manifiesto del fallido golpe de San Juan. Ella aguantó la ausencia refugiándose en la rutina del verano en la localidad, en el tranquilo respaldo de doña Francisca y la alegre inocencia de Alba. La llegada de Gabriel mitigó un tanto su sensación de angustia. Pero cuando él se fue a París para asistir al congreso y ellas tuvieron que regresar a Madrid, la trampa que era su matrimonio se manifestó en toda su crudeza.

Vivir con Ignacio en la casa era vivir en una perpetua desazón. Áurea trataba de mantenerse indiferente, pero no era fácil habituarse a no saber nunca cuándo y en qué estado regresaría él a casa. Su humor era tan variable que no sabía cómo dirigirse a él hasta que lo había observado durante minutos, y ni

siquiera así acertaba siempre. Los gritos eran habituales, las palabras que intercambiaban se habían reducido al mínimo necesario, y Alba se escabullía por el pasillo y se encerraba en su cuarto cuando lo escuchaba llegar.

Áurea creía que su inestabilidad tenía que ver con la cocaína, o la bebida, pero él negaba su influencia. No solo la negaba, sino que cualquier mención a ella lo enfurecía. En sus escasas conversaciones, ella trataba de no hacerlo enfadar, pero cada día que pasaba la frase «no estás bien» comenzó a aparecer más en sus labios. La respuesta a esta también se hizo recurrente: «déjame en paz», «no seas pesada», «ocúpate de criar mejor a tu hija», «olvídame». Las conversaciones solían terminar con él dando algún golpe y ella marchándose a donde no tuviera que verle. Al menos, no le exigió que regresara a la cama, ni trató de tocarla contra su voluntad. A veces, incluso, mostraba remordimientos por alguna mala contestación o un puñetazo dado contra los muebles. Pero las veces que Áurea sugirió que, tal vez, deberían separarse, la respuesta fue tajante: no.

No.

Ignacio no iba a dejar que se separara. No iba a dejar que lo pusiera en ridículo ante sus clientes y conocidos. «Pues di que lo has pedido tú. Di que ya no me soportas.» La respuesta se mantuvo invariable: no.

Aun así, Áurea mantuvo la esperanza. Todo aquel otoño, todo aquel invierno, aún creyó que lograría convencerlo. De vez en cuando desaparecía de la casa durante días, y ella rezaba para que se hubiera reconciliado con Camille, o conocido a otra. Cuando volvía, al cabo de dos, tres días, una semana, a Áurea el cielo se le venía encima al ver que su humor era más inestable que antes de irse.

Incluso Paula se dio cuenta de que algo sucedía. Una mañana en que fue a visitarlas, vio la sonrisa de Alba congelarse en una mueca de pánico al oír la puerta del cuarto de su padre. Paula no era tonta; sabía que el colchón en el que dormía Áurea junto a Alba no tenía que ver con la salud de la niña. Así que unos días más tarde, cuando Áurea la acompañó en su novena a san Gerardo, le preguntó qué sucedía. No estaba segura de que su prima fuera a contarle nada; Áurea era a veces tan reservada, tan callada para sus asuntos, que la hacía sentir entrometida por preguntar. Pero tal vez por el sosiego de aquella iglesia donde parecían estar a salvo de todo, o porque la preocupación de Paula era genuina y sincera, su prima acabó por confesar la situación de su matrimonio. A Paula no le extrañó del todo, porque cuando estaban juntas Áurea nunca hablaba de Ignacio. Siempre eran ella y Alba, nada más. Además, por retazos de conversaciones del hermano de Miguel sabía que Ignacio siempre estaba rodeado de mujeres en el club, y que era fácil verlo ganando y perdiendo grandes

cantidades de dinero en partidas de naipes a altas horas de la madrugada. De lo que no sabía nada era de sustancias que transformarían su carácter. Pero eso fue lo que Áurea le contó sobre las tardes que él se levantaba y no encontraba sus frascos marrones. Eso era lo que aterrizzaba a Alba.

Áurea incluso le confesó que eran los relatos de Bradamante los que las mantenían. Sin ellos, y con la facilidad de Ignacio para olvidarse de sus necesidades, vivirían de prestado en el barrio. Al principio, Paula creyó que se burlaba, pues admiraba aquella serie que siempre leía en *Elegancias*. Cuando comprendió que hablaba en serio, se sintió dolida por que no se lo hubiera dicho antes.

—No podía, Paula.

—Claro que podías. Si no querías hablar de tu matrimonio, puedo entenderlo. Pero que seas Bradamante y no me hayas dicho nada...

—Supongo que no encontré el momento adecuado...

Aun así, Paula le prometió dos cosas: ocuparse de Alba las mañanas necesarias para que ella pudiera escribir en aquel Lyceum al que se había suscrito en busca de apoyo y solidaridad femenina, y jamás decir nada a Ignacio. «Siempre has sabido lo que pensaba de él, si me hubieras hecho caso antes de casarte...»

Pero aunque ambas pensaran lo que pensaban de Ignacio, Áurea nunca habría imaginado que su antiguo amigo pudiera caer tan bajo.

Se quedó de piedra la tarde que Fonsa acudió a buscarla, apurada porque el sobre que guardaba bajo el colchón con el dinero para la compra semanal había desaparecido.

—Busca mejor, se habrá caído, o lo habrás puesto en otro sitio. Además, ¿por qué lo guardabas bajo el colchón?

—Ay, señora, porque trataba de que él no lo encontrara...

Aquel diciembre se cumplían cuatro años de su boda. Cuatro años en los que aquella mujer en la que confiaba como en ella misma había visto de todo en la casa. Pero la compasión con que la miró aquella vez fue tal que Áurea enrojeció de vergüenza.

Entonces recordó la hucha de estaño con el dinero que iba ahorrando cada vez que don Gerardo le pagaba. La hucha escondida entre la ropa blanca en el cuarto de su hija y que era su tranquilidad, su orgullo y su futuro. Encontrarla vacía fue la puntilla definitiva a su matrimonio. Aquella tarde, cuando se sentó para jugar con Alba y sus recortables, tuvo que hacer de tripas corazón para ocultar las lágrimas de rabia y desprecio por el completo desconocido en que Ignacio se había transformado.

Al día siguiente mandó a Fonsa con la niña donde Paula antes de que él

despertara. Cuando las vio marcharse calle abajo, se dirigió a la habitación donde dormía Ignacio.

Le costó que despertara. No había dormido más que un par de horas, y la irrupción de Áurea lo irritó. Se tapó la cabeza con la almohada entre juramentos, pero ella se la quitó. Estaba tan furiosa que ni siquiera temía su ira. A pesar de todo, cuando él se incorporó mirándola con hostilidad, quiso darle el beneficio de la duda; y, esperando que hubiera una explicación, le preguntó por el dinero de la compra. Pero Ignacio negó saber de qué le hablaba y trató de volver a dormir. A Áurea no le quedó más remedio que insistir, seguir insistiendo. Y ante su terquedad él se puso en pie, furioso, y admitió que lo había tomado para un pago urgente.

—¡Pero no tengo por qué darte explicaciones! —gritó, saliendo de la habitación para perderla de vista.

Ella lo siguió por el pasillo, hasta la sala.

—Y la hucha de Alba, ¿también se ha ido en un pago urgente? —espetó sin poder ocultar su desprecio.

No esperaba el ataque de ira de Ignacio. Se agachó por instinto para esquivar el puñetazo que hizo añicos la bombonera de cristal que les había regalado Paula por su boda. Anonadada, miró los cristales sembrados en la alfombra junto a sus manos, la sangre que manaba de los nudillos de él mientras se retorció entre maldiciones y lamentos de dolor, y la que notó gotear de su propia frente. Se puso en pie, temblando.

—Me voy a la casa de socorro. —Él intentó retenerla pero ella se zafó—. Me voy a la casa de socorro —repitió, tratando de rodearlo para que no la detuviera.

—No, espera, espera, no sé qué me ha pasado... —Irritada, Áurea volvió a escapar de aquella mano ensangrentada que pretendía aferrarla—. Ha sido un accidente, yo no quería. Espera, no te vayas, tenemos que hablar. No puedes irte así, Áurea, espérame. No tenías que haberme hablado así, no puedes hablarme así, soy tu marido.

Cuando se dejó caer de rodillas ante ella, hundiendo la cabeza en su falda, con la sangre de los nudillos manchando su ropa, Áurea fue incapaz de tender la mano hacia él, de acariciarlo o consolarlo. Le horrorizaba que la tocara, y no había compasión suficiente para luchar contra el aborrecimiento que sentía.

—Levántate, por Dios —le dijo. El desprecio de su voz fue tan claro, que él alzó la cabeza, confundido.

Si alguna vez supo Áurea que no quería salvar aquel matrimonio, fue en ese momento. Rodeándole con más fuerza sus rodillas, Ignacio le pidió otra oportunidad, que volvieran a ser el matrimonio de los primeros tiempos, antes

del nacimiento de Alba. Ella empujó sus hombros para apartarlo de sí, repitiendo que se iba a la casa de socorro, hasta que finalmente él cedió y, con un trapo envolviendo su mano, la siguió fuera de la casa para que los curaran.

El corte de Ignacio había alcanzado el tendón extensor del meñique sin romperlo. «Ha tenido suerte», le dijo el médico que lo atendió. Le cosieron los cortes y le vendaron. También curaron la esquirla clavada en la ceja de Áurea, junto a la vieja cicatriz. «Usted también ha tenido suerte. Un poco más abajo...» Nadie le preguntó qué había sucedido.

En cuanto regresaron a la casa, a aquella sala presidida por los restos de sangre aún fresca, Áurea le plantó cara, firme, porque no podían seguir así. Frente a frente, Ignacio negó con la cabeza.

—Es solo un mal momento. Pasará.

—No. No va a pasar. Démonos un tiempo. Unos meses. Ya lo hicimos antes.

—¿Crees que vas a dejarme?

Ella trató de sonar razonable.

—No estás bien, Ignacio. Esa cocaína que tomas te ha cambiado. Cuando nos casamos eras agradable, pero ahora...

—La cocaína no tiene nada que ver. Eres tú la que ha cambiado.

—¿Yo?

—Sí, tú, dándotelas de superior, mirándome por encima del hombro. Te crees demasiado buena para mí, ¿verdad? Más inteligente, más virtuosa, más elevada. Despedazando a todos los que no alcanzan el nivel de santidad que exiges porque eres incapaz de perdonar una flaqueza, de comprender una debilidad.

Áurea se puso en pie.

—Recuerdo que nunca fuiste bueno aceptando tu responsabilidad, pero a cambio tenías otras cosas valiosas. Hoy no te conozco, Ignacio. No voy a discutir más.

Pero antes de que pudiera salir de allí, él le cerró el paso.

—Pues ayúdame a cambiar. Si tú me ayudas, cambiaré. ¿Qué quieres que haga? ¿Que no beba? ¿Que no tome nada? De acuerdo, lo haré. No creas que eso me costará.

Áurea se preguntó cuántas veces en el pasado alguno de sus propósitos había comenzado con aquellas promesas. No recordaba uno que hubiera acabado bien.

—Me alegro por ti, pero el problema no es ese. El problema es el matrimonio normal que nunca quisimos ser. Es el amor que nunca has demostrado por tu hija. Es que ya no sé cuándo romperás algo y aterrorizarás a

Alba gritándole, cuándo traerás dinero, cuándo vendrás a dormir, o te irás durante meses. Es que si nos casamos para ayudarnos, no nos dimos cuenta de que éramos las personas menos adecuadas para hacerlo. Yo no soy feliz contigo, y tú tampoco lo eres haciendo de padre y marido.

—¿Y quieres dejarme porque no eres feliz? ¿Es que te has creído que alguien es feliz en esta asquerosa vida?

—No lo sé. Tú y yo nunca hemos visto la vida igual.

—Y qué pretendes, ¿que me vaya de casa?

—No. Buscaré alguna vivienda pequeña para Alba y para mí. Tú puedes seguir aquí.

—No pienso darte ni un duro para que me dejes en ridículo.

Áurea se encogió de hombros.

—De acuerdo.

En un primer momento, aquella admisión que no esperaba lo dejó sin argumentos. Ella respiró con alivio cuando lo vio salir de la sala. Se dejó caer en el sofá, preguntándose si realmente la solución iba a ser tan sencilla, cuando Ignacio regresó, mirándola con recelo.

—¿De dónde sacas el dinero?

Áurea se quedó paralizada.

—De lo que ahorro.

—Y un cuerno. En esa hucha había casi quinientas pesetas. ¿De dónde lo sacas, Áurea? ¿Qué estás haciendo?

Ella dio un paso atrás cuando él se acercó.

—Nada.

—La niña siempre tiene vestidos nuevos y su cuarto está lleno de juguetes.

—Se los compra Paula.

—¿Y tú? Vas todas las semanas a la peluquería, y en el cajón tienes medias de seda que no costarán menos de quince pesetas el par. Siempre vas impecable y no paras por casa. ¿Qué estás haciendo?

—Nada.

—Has encontrado a un hombre que te mantiene, ¿es eso?

Áurea no movió un músculo. Estaba pensando rápido, las cosas dependían de que pensara rápido, como si fuera uno de sus relatos... Y la explicación brotó casi sola.

—He encontrado a mi madre.

—¿Qué?

—Que he encontrado a mi madre —repitió, sosteniendo con seguridad aquella mirada enrojecida por la falta de sueño y otras cosas—. Ella me manda dinero cuando tú olvidas hacerlo.

—¿Tu madre? ¿La misma que te abandonó cuando tenías, cuántos, dos, tres años? ¿De la que no has sabido nada en toda tu vida?

—Pues ahora la he encontrado. Vive en París y se casó con un diplomático americano. La gente cambia. Nosotros somos el vivo ejemplo de eso. Si vas a ir a trabajar a pesar de eso —indicó con la cabeza la mano vendada—, aun puedes dormir un par de horas.

Salió de la sala antes de que él reaccionara, en busca de un cubo de agua y un cepillo para restregar las manchas. Él la estuvo mirando pensativo un buen rato, mientras ella se remangaba el vestido y se arrodillaba sobre la alfombra. Áurea aguantó su mirada hasta que se fue a la habitación y la dejó sola. Entonces, cuando escuchó la puerta del cuarto cerrarse, soltó el cepillo y escondió el rostro entre las manos, sollozando sin consuelo.

*Madrid, primavera de 1927*

La primera vez que Gabriel se enfadó seriamente con Áurea fue cuando le dijo que el corte de su ceja se lo había provocado ella misma al chocar contra una estantería.

—Ha sido una torpeza por mi parte, nada más.

—Tú no has sido torpe en la vida. Y eso no tiene ninguna pinta de ser un golpe con una estantería.

—Pues lo es. No le des importancia.

Cuando quiso abrazarlo, Gabriel se apartó.

—No me tomes por tonto, Áurea. Puedes pedirme que mienta, que finja o que no haga nada, pero no me tomes por tonto. Desde que esto comenzó te he dicho que no estás sola, que estoy a tu lado para lo bueno y para lo malo, y que respetaré tus decisiones, pero no soporto que te comportes como si no pudieras confiar en mí.

—Confío en ti.

—¿Sí? ¿Por eso me mientes?

—Confío en ti —repitió, sin saber qué más decir. De ninguna manera iba a dejar que Gabriel se enfrentara a Ignacio. Ni por Alba, ni por ella, ni por el mismo Gabriel.

Aquel enfado entre ellos al que no estaba acostumbrada no duró demasiado, pero la hizo más consciente de la precariedad de su situación. Como había augurado doña Francisca, mantener la relación con Gabriel se volvía cada día más difícil, sobre todo porque los celos de Ignacio no se habían aplacado al escuchar que el dinero procedía de Teresa Garay. Áurea siempre miraba hacia atrás cuando salía de casa, se detenía ante escaparates tratando de ver el reflejo a sus espaldas, cambiaba las paradas del tranvía que tomaba y a veces incluso desistía de hacerlo, porque no confiaba en que Ignacio no la siguiera.

Sabía que no podrían seguir así mucho tiempo. Cuanto más pensaba en las posibilidades legales desgranadas por la abogada, más recordaba las palabras de Amparo sobre un pasaporte en la frontera. A falta de la presencia de la valenciana en Madrid, buscó ayuda en las socias del Lyceum. En aquella «Casa de las Siete Chimeneas» con biblioteca, salón para conciertos de piano y sala de

té para recibir a amigas y maridos en la que se reencontró con María de Maeztu, Victoria Kent y Clara Campoamor, y conoció a muchas otras como María Lejárraga, Zenobia Camprubí, Concha Méndez o Magda Donato. Áurea no hablaba de su situación personal, pero tanteaba los conocimientos que sus nuevas amigas tenían de situaciones similares a la suya. Por una socia francesa que trabajaba en la embajada le quedó claro que sin permiso de su marido no podría obtener el pasaporte.

—Cosas de la ley. Pero su marido no se opondrá a que usted visite a su madre unos días si está enferma —le dijo con simpatía la francesa, pues aquella fue la excusa que Áurea dio para justificar su interés en el asunto—. Él le firmará el pasaporte.

Aquello la hizo pensar. Se dio cuenta de que Ignacio no se opondría a su marcha siempre que creyera que aquel asunto le aportaría a él algún beneficio personal.

Esa era la clave de la cuestión.

Que Ignacio creyera que la salida al extranjero de su mujer y su hija le sería de provecho.

Y con esa clave, el plan para huir fue dibujándose en su mente. Un plan que requería un engaño, algo de dinero y ciertas complicidades. Y, sobre todo, lo más importante, la aceptación de Gabriel.

Decidió aprovechar que ambos iban a acudir a la celebración del Corpus en el Lyceum a beneficio de la Casa del Niño. Ahora a veces tenían que hacer aquello, verse en lugares públicos fingiendo un encuentro casual, porque Áurea ya no se atrevía a ir siempre a casa de él. Cuando Gabriel llegó, ella estaba junto a Carmen Baroja en la entrada del club cobrando las dos pesetas de la entrada. En cuanto pudo, dejó su puesto y se dirigió con él al salón.

—¿Qué sucede?

El gesto de Gabriel era cauto, casi tenso. Hacía más de una semana que no se veían. Áurea sabía que odiaba tanto como ella aquella situación de no poder encontrarse con libertad, de fingir en público, de tener que limitar sus abrazos a una vez a la semana y ya no siempre. Pero él tenía su trabajo y su vida en Madrid, y por primera vez desde que ella había comenzado a esbozar su plan, se preguntó si pedirle que lo dejara todo era el precio excesivo del que había hablado doña Francisca. Sin embargo, las cosas habían llegado a un punto en que la decisión comenzaba a perfilarse inevitable. Huir hacia delante, o abandonar.

—Lo he estado pensando, Gabriel, y no quiero imponerte sacrificios, no quiero que algún día llegues a odiarme por todo lo que tuviste que dejar por mí...

—¿Ya estás otra vez con eso?

—Pero es verdad, es puro egoísmo dejar que renuncies a progresar en tu

trabajo, a la posibilidad de tener tu propia familia. Sin embargo, he pensado... Gabriel, si me fuera con Alba a París, ¿crees que podrías venir con nosotras? Sé que no tengo derecho a pedirte que dejes todo por mí, lo sé, pero es que...

Él colocó la mano sobre la de Áurea. La retiró cuando ella dirigió una rápida mirada al piano.

—Áurea, si recuerdas, el verano pasado te dije que en el congreso de París estuve charlando con Albert Calmette sobre los problemas que han tenido para producir esas cepas avirulentas del bacilo y cómo mejorar la seguridad de los cultivos. Yo tenía algunas ideas que compartí con él, y le interesaron mucho. ¿Lo recuerdas? —Ella asintió. No había comprendido casi nada de la técnica que él le había explicado, pero lo recordaba—. Lo que no te conté fue que me ofreció la posibilidad de colaborar con él, si me animaba a cambiar de trabajo. Si no acepté su propuesta al momento, fue porque tú estabas en Madrid. Y ahora, me preguntas si querría irme contigo y con Alba a París, uno de los sitios del mundo donde más se ha avanzado en el estudio de la tuberculosis. ¿Cómo no voy a querer algo que me permitiría tener a la vez todo lo que deseo en esta vida? Pero tienes que pensarlo bien. Es un paso sin vuelta atrás. Tendrías que dejar tu casa, tu familia, tus nuevas amigas, tal vez tus publicaciones... Yo he pasado meses allí, conozco gente y tendré mi trabajo. Pero Alba y tú podríais sentirnos muy solas.

Áurea había pensado en todo, hasta en eso, pero creía que era la única salida posible. Incluso aunque Ignacio aceptara separarse, Gabriel y ella siempre tendrían que esconder su relación. Siempre estarían en sus manos.

Así que lo que Gabriel objetaba no era un sacrificio mayor que perderlo. Si no podía preparar las oposiciones a catedrático, pues no lo haría. Si tenía que dejar las publicaciones de Ríos, ya encontraría otras. Su único remordimiento era pensar en Paula y su devoción por Alba. Ojalá pudiera evitar a su prima la tristeza de la separación, pero la vida le había enseñado que a veces lo único que uno podía hacer era luchar por sus propios intereses.

Desde esa tarde, se dedicó a analizar todos los cabos sueltos que pudiera tener su plan. No podía ni quería precipitarse, porque si de algo estaba segura era de que solo tendría una oportunidad.

A Gabriel le parecía mucho más sencillo tratar de conseguir pasaportes falsos. Uno de sus antiguos compañeros de la Residencia de Estudiantes, que trabajaba en un despacho de abogados, le había hablado del caso de Mercedes Pinto, la escritora canaria a la que Primo de Rivera había ordenado deportar a la

isla de Fernando Poo por reclamar el divorcio en una charla en la Universidad Central. A pesar de la orden, la mujer había escapado de su marido y del régimen, y conseguido partir hacia Uruguay con sus hijos, su amante y unos pasaportes falsos tramitados por un comandante que la había conocido de niña.

Sí; Áurea estaba de acuerdo en que, si podían sobornar a un comandante y nadie detectaba la falsificación en la frontera, aquel era un modo. Pero un modo arriesgado, y lo que más temía era dar un paso en falso; si una mujer abandonaba su casa y era encontrada, la ley la obligaba a regresar con su marido, incluso aunque eso supusiera acabar protagonizando una crónica en la página de sucesos. Si era inteligente, podría conseguir que él firmara voluntariamente el permiso para marchar.

Comenzaron a armar el plan a la vuelta del verano. En septiembre, Gabriel escribió a Calmette recordándole su pasada oferta laboral. Con la cálida contestación que recibió acudió a la Junta de Ampliación de Estudios para proponer una beca de colaboración con el Instituto Pasteur. La invitación del propio Albert Calmette en persona otorgaba muchas posibilidades a su petición, pero el secretario le recomendó que tuviera paciencia, pues la junta examinaba muchas publicaciones, méritos científicos y proyectos antes de conceder sus becas.

El papel de Áurea en el plan era más complejo: obtener la firma de Ignacio en su pasaporte. El quid del plan era hacerle creer que la presentación de Áurea y Alba en Francia era la condición impuesta por Teresa Garay para seguir enviando dinero. Las crecientes necesidades económicas de él —motivadas por la ruleta o la cocaína, ella no iba a preguntar— jugarían a su favor.

Porque de eso se trataba, de aprovechar las oportunidades que el propio Ignacio generaba. El día que comenzó a revolver cajones en busca de dinero y Áurea dejó que le quitara unos billetes que había escondido entre las medias, protestó diciendo que ese dinero se lo había mandado su madre para que se comprara un abrigo nuevo. Cuando Ignacio le preguntó de dónde sacaba el dinero su madre, Áurea le habló de su nuevo matrimonio bajo leyes americanas que le había permitido conservar el control de sus propios bienes. En otra ocasión en que encerró en el puño los billetes que Áurea ahorraba para la futura matrícula escolar de Alba, y le preguntó con desconfianza cómo podía cobrar aquel dinero en un banco sin que él tuviera que acompañarla, Áurea tomó al vuelo la oportunidad de justificar sus visitas mensuales a la editorial, y le dijo que el dinero lo recibía a través de Gerardo Ríos.

Al día siguiente, puso a su padrino sobre aviso de lo que tenía que decir si alguna vez Ignacio se presentaba allí. Aquel había sido un punto delicado, porque Áurea creía que, para tener éxito, absolutamente nadie debía saber lo que

pretendían. Dado el peculiar carácter de su acuerdo desde el principio, sin contrato ni recibos que pudieran identificar a Bradamante, a Gerardo Ríos no le extrañó la petición de fingirse el intermediario de Teresa Garay si alguna vez Ignacio le preguntaba por qué le daba dinero a su esposa. No le extrañó, pero sí le inquietó; aquellas mentiras en un matrimonio presagiaban problemas. Pero ella se mostró firme: solo le pedía una pequeña simulación, y el resto de lo que sucediera no sería su responsabilidad.

Pero ante quien más difícil resultó mantener la farsa fue ante Paula. Hubo momentos en los que estuvo a punto de flaquear, como la mañana en que, al llevar a Alba a su casa, su prima retiró ligeramente la cara cuando ella quiso darle un beso, dejando que su saludo se perdiera en el aire.

El gesto confundió a Áurea. Lo primero que pensó fue que su prima los había descubierto. En los últimos tiempos, Paula había volcado más y más cariño en Alba, y a veces Áurea se sentía una intrusa entre ellas. La mala conciencia la dejó sin saber qué hacer unos segundos, hasta que vio la marca violácea del pómulo que su prima había tratado de disimular con una gruesa capa de polvos de arroz y una exagerada onda del cabello.

El alivio de Áurea fue tal que no se percató de que su mirada seguía fija en su rostro de una manera muy poco cortés.

—No es lo que piensas, así que ni se te ocurra venir con alguna de tus bobadas —le murmuró Paula al oído, antes de plantarse una sonrisa para animar a la niña a ir a la cocina en busca de naranjada.

La pequeña salió corriendo por el pasillo, acostumbrada a la casa como si fuera suya. Áurea no pudo hacer nada cuando su prima la agarró del brazo y la obligó a seguirla hasta una salita adornada con algunos rosarios y un recargado crucifijo de nácar y plata.

—Aquí no nos molestará doña Eugenia, siéntate. —Paula tomó una de las sillas de terciopelo colocadas ante una mesa y Áurea la imitó. Por un momento, los ojos de su prima brillaron tanto que temió que fuera a echarse a llorar.

—Oye, Paula, en cuanto a eso, yo no...

—Ya te he dicho que no es lo que piensas.

—Si yo no pienso nada.

—Son las pesadillas, pero si no lo has vivido no puedes entenderlo —explicó Paula, desafiante—. Cuando comienzan, Miguel no sabe ni dónde está. Normalmente consigo despertarlo, pero a veces... En fin, se revolvió cuando quise despertarlo, y me llevé un golpe. Eso es todo. Y ni se te ocurra —alzó el dedo a modo de advertencia— insinuar nada diferente. No te lo perdonaría.

—No iba a decir nada.

—Miguel me quiere —afirmó con terquedad, aunque Áurea no había dicho

lo contrario—. Pero sufre. Y yo... —Su voz vaciló—. Es mi marido y todos los matrimonios tienen problemas. Lo resolveremos.

Pero nada más decir eso, se echó a llorar. Desconcertada, Áurea volvió a mirar el pómulo magullado de su prima, los surcos que el llanto comenzaba a marcar en la capa de maquillaje. Solo había pretendido disculparse por haberla hecho sentir incómoda. Pero Paula siguió hipando y sollozando, y, de repente, como si necesitara sacar aquello de dentro, tomó una bocanada de aire y comenzó a deshacerse en llorosas explicaciones sobre una situación de ausencia de relaciones conyugales que dejó a Áurea sin saber qué hacer ni qué decir.

—Nunca me desea, Áurea. Nunca me besa, nunca me toca. Y si soy yo la que comienza, no puede mantener lo suficiente... —Se quitó de un manotazo rabioso las lágrimas—. Sé que me quiere, de verdad que me quiere, pero esa maldita neurosis, o depresión, o lo que sea... ¿Cómo voy a ser madre, Áurea? ¿Cómo voy a tener mis propios hijos?

Áurea no supo qué hacer: tomar su mano para confortarla, levantarse para abrazarla, echarse a sus pies para disculparse por la huida con Alba que no le podía confesar... Finalmente, no hizo nada. Jamás había visto así a su prima. Hacía muchos años que sabía que su fachada brusca era solo una protección que empleaba cuando se sentía vulnerable, pero lo hacía tan bien que a menudo era fácil olvidar lo hondo que le afectaban algunas cosas. Áurea llevaba años dejándole a Alba a diario, y en todo ese tiempo aquella era la primera vez que era realmente consciente de lo infeliz que hacía a Paula la maternidad frustrada.

—Algo se podrá hacer, habrá médicos... —quiso animarla, sin tener ni idea de lo que hablaba.

—Todos unos charlatanes. Ya no sé qué hacer, Áurea. Son ya tantos años esperando que algo mejore... A veces pienso que si no fuera por mi madre, por Alba y por ti...

Ajena al puñal que acababa de clavarle, Paula sacó fuerzas de flaqueza para sonreír entre las lágrimas. Jamás en su vida Áurea se sintió más culpable que aquella mañana mientras bajaba la escalera de casa de los Vega.

Estaba en el portal, colocándose los guantes y todavía aturdida por la escena con su prima, cuando Miguel Vega entró desde la calle. Áurea no pudo evitar sonrojarse. El teniente la saludó, pero ella no pudo contestar con naturalidad. Y cuando su mirada rehuyó al hombre al pasar junto a él, Miguel Vega supo lo que sucedía.

Desde los escalones a espaldas de ella, se volvió.

—Espere, Áurea, hay una cosa que quisiera hablar con usted. —La culpabilidad se dibujó a las claras en el rostro de ella. Se disculpó alegando prisa, pero él insistió—: No le robaré más que cinco minutos, se lo prometo.

Luego la llevará el chófer a donde usted quiera.

Por aquel tono que no admitía réplica, o porque aún estaba trastornada por el llanto de su prima, Áurea se encontró acompañando al hombre calle abajo, hasta una pequeña terraza en una plazoleta cuajada de magnolios. Miguel escogió una mesa pegada a la pared del bar, alejada de los transeúntes. Pidió un café y ella, una limonada. En cuanto el camarero los dejó a solas, fue directo al grano.

—No soy hombre de muchas palabras y la diplomacia nunca ha sido mi fuerte. Así que espero que no se ofenda, pero quiero decirle que lo que suceda en mi casa y mi matrimonio no es asunto de su incumbencia.

—Mi prima sí es asunto de mi incumbencia —trató de defenderse ella, violenta porque sabía que tenía razón.

—Si lo dice porque la quiere, eso le honra, pero debe saber que en ese aspecto siempre estará por detrás de mí. No hay nada que me preocupe más en esta vida que la felicidad de Paula.

Áurea bajó la mirada hacia la mesa, incapaz de contestar.

—Sé que ha visto el golpe de Paula, incluso creo saber lo que ha pensado —continuó él—. Y ya que me mira de un modo extraño, quiero que le quede completamente claro que jamás haría daño a su prima. Jamás. No sé en qué mundo se ha criado usted, pero en el mío proteger a la esposa es el primer deber de un marido. Antes de caer en la cobardía de levantar la mano contra ella, me pegaría un tiro. Creo que no puedo ser más franco con usted.

El camarero trajo las consumiciones y Vega le pagó. Más allá de su incomodidad, Áurea no pudo evitar una punzada de compasión por aquel hombre, sabiendo que el fortuito golpe de Paula era el menor de sus males. En cuanto vio que apuraba su café, le dijo que tenía que marcharse. Él miró con escepticismo su limonada sin tocar. Ella se puso en pie, y ya estaba a punto de irse cuando él volvió a hablar.

—Tal vez he sido brusco, pero necesitaba que lo supiera, porque Paula la aprecia, y la admira, y lo que usted opine tiene mucha influencia en ella.

—Dudo de que eso sea cierto. En cualquier caso, no se me ocurriría entrometerme en su matrimonio.

Pero él no pareció escuchar su respuesta.

—Las cosas no han salido como pensaba cuando nos conocimos en Burgos —reflexionó, con la mirada fija en la mano que mantenía sobre la mesa—. Pero si hay algo que no ha cambiado en todo este tiempo, es que haría cualquier cosa por verla feliz. Cualquier cosa —repitió al cabo de unos segundos, como si eso reforzara una decisión—. Recuérdelo si alguna vez tiene dudas: haré todo lo que esté en mi mano por evitar que Paula sufra.

Áurea no quiso esperar al coche que él volvió a ofrecerle y, sin fingir siquiera una despedida cortés, se encaminó al Lyceum. Su advertencia le había puesto los pelos de punta, aunque ni siquiera estaba segura de que el teniente la hubiera dirigido a ella o a sí mismo. Mientras recorría las calles, trató de librarse de la pegajosa sensación de ahogo que aquel hombre le provocaba. Él no tenía la culpa de haber vivido una pesadilla, pero con su dolor había construido un tenebroso edificio en el que se había aficionado a vivir. Podía decir que quería evitar a Paula cualquier sufrimiento, pero era una intención hipócrita cuando él mismo era su principal causa. ¿Quién podía amar sin volverse loco a una persona que había perdido el gusto por la vida?

A pesar de la culpabilidad que aquella jornada azuzó en ella, continuó con su plan de escapar de Ignacio. El punto que más le hacía dudar era el relativo a la implicación de su madre. Había dos posibilidades: falsificar una carta, con el riesgo de que Ignacio se diera cuenta de que no tenía matasellos francés, o pedir realmente a Teresa Garay que franqueara y le devolviera la carta que la propia Áurea escribiría.

Pasó semanas sin decidirse por una de sus opciones. Desde luego, tener el respaldo de Teresa convertiría su plan en casi infalible. A veces, salía de casa con la intención de dirigirse a la centralita, pero a medio camino se daba la vuelta, porque no sabía cómo retomar la conversación que ella misma había pulverizado unos años antes.

Finalmente, decidió escribir a su madre, solicitando que le devolviera transcritas de su puño y letra y franqueadas a su dirección las hojas que adjuntaba. En aquella falsa misiva, Teresa le pediría que acudiera el verano siguiente con Alba a Hendaya para conocer a su familia. Y le prometería entregarle cierta cantidad de dinero, que sería el sueldo al que Ignacio no podría resistirse. Pretendía recibir la carta antes de fin de año, y continuar con los siguientes pasos del plan. Solo si Teresa no daba señales de vida pasaría a la opción de falsificarla ella misma.

Lo que no esperaba era que su madre diera señales de vida en persona.

*Madrid, octubre de 1927*

Cuando Áurea recibió la nota de *mistress* Hammond, la esposa del embajador de Estados Unidos, invitándola al té en honor de la aviadora Ruth Elder, que acababa de atravesar el Atlántico y aterrizar su Junkers procedente de Lisboa en el aeródromo de Getafe, pensó que alguien le estaba gastando una broma. Su duda pareció herir al formal chófer que, con la gorra de plato en el antebrazo, aguardaba su respuesta. Aún seguía parada en el recibidor tratando de comprender aquello cuando Ignacio salió del cuarto, secándose la cara con una toalla. Tuvo que pensar rápido ante su pregunta, como se había acostumbrado a hacer en los últimos tiempos. Aunque ella misma no comprendía la invitación, al instante vio que podía aprovecharla para reforzar su plan.

—Debe de ser cosa de mi madre. Ya te dije que se casó con el agregado cultural de Estados Unidos en París.

—¿Y qué?

—Pues que la mujer del embajador la conoce. Seguramente querrá darme algún recado de su parte.

—¿La mujer del embajador te va a invitar a un té de gala para hacer de recadera?

—Pues ya me dirás si se te ocurre una explicación mejor.

Cuando Ignacio se echó la toalla al cuello y se marchó para vestirse, el recelo seguía en sus ojos.

Al día siguiente, en el Rolls Royce Phantom con matrícula diplomática que había atraído las miradas de todo su barrio, Áurea cruzó la verja del palacete de La Castellana donde se ubicaba la embajada de Estados Unidos. Una secretaria con chaqueta y zapatos masculinos le informó de que *mistress* Hammond estaba ocupada con los últimos preparativos del té; pero, en vez de llevarla a la sala donde se reunirían los invitados, la condujo hasta un pequeño gabinete con papel floreado y vistas a la fuente del jardín.

Áurea se detuvo en seco al ver la figura vuelta hacia las puertas acristaladas de la terraza. Por un momento pensó en irse. Fantasear con la posibilidad de que aquello lo hubiera orquestado su madre era una cosa; la realidad de tenerla delante, después de más de veinte años de separación, otra. Pero la secretaria se

despidió y cerró la puerta, y Teresa se volvió como si aparecer allí, surgiendo de la nada, fuera lo más normal del mundo.

—Bueno, ¿no vas a decir nada? Aunque tal vez no me reconoces.

—La reconozco —admitió Áurea, indecisa en el tumulto de emociones que la asaltó.

—Bien, en tal caso, no hay presentaciones que hacer. —Teresa Garay se sentó en una de las butacas, invitando a Áurea a hacer lo mismo—. Daisy es una buena amiga. *Mistress Hammond*, me refiero. Nos ha dejado su gabinete para que estemos tranquilas. Tenemos un ratito hasta que la gente comience a salir a la terraza. Me alegro mucho de verte, Áurea. Temía que no vinieras.

—No sabía que la invitación era cosa suya.

—¿Eso habría cambiado algo? —El silencio de Áurea provocó la sonrisa de su madre—. Supongo que eso es un sí. Cuando recibí tu extraña carta pidiéndome que te enviara otra, estuve a punto de llamarte. Pero como hace dos años colgaste el teléfono sin una explicación, creí mejor venir en persona.

—No creo que sea yo quien deba dar explicaciones.

—Bueno, tampoco yo puedo hacerlo si cuelgas antes de escucharme, ¿verdad?

—A riesgo de sonar escéptica, le diré que no se me ocurre ni una sola explicación para abandonar a una hija.

—Si lo que quieres decir es que mis motivos no te van a convencer, bueno, tal vez sea así, pero hace dos años me llamaste, y supongo que entonces querías saber qué sucedió. He venido para ayudarte porque tú has pedido mi ayuda. Si lo prefieres, nos limitaremos a eso. Pero si aún quieres saber lo que pasó, estoy dispuesta a contártelo. Tú decides.

Áurea respiró hondo. Lo que más quería en relación con la mujer que tenía frente a ella era no necesitar ninguna explicación; decir que le tenía sin cuidado lo que hubiera sucedido, y que su indiferencia fuera verdad. Pero no lo era. Permaneció en silencio cuando Teresa Garay empezó a hablar, desgranando explicaciones que comenzaron con un previsible «por entonces yo era muy joven». Lo que contó sobre su viaje desde Cuba, su difícil adaptación a la sociedad que encontró, la tristeza que le producía la mezquindad con que se interpretaba cualquier cosa que ella hiciera, la dejó indiferente. Cuando mencionó a Andrés, Áurea se puso a la defensiva, dispuesta a intervenir en defensa de su padre, pero Teresa solo dijo que su proposición de matrimonio sorprendió a toda la ciudad y que ella la aceptó con ciertas dudas, sobre las que no quiso explayarse.

Luego venía la parte más espinosa, el traslado a Madrid y la convivencia de tres años, de la que no había habido más testigos que ellos mismos.

—No éramos muy compatibles, nos dimos cuenta enseguida. Los intereses de Andrés no eran los míos. A mí me gustaba bailar, reír, conocer gente, disfrutar de la vida. Él prefería encerrarse entre cuatro paredes y discutir horribles temas intelectuales que me aburrían mortalmente. Pronto comprendimos que nos hacíamos profundamente infelices, y estuvimos de acuerdo en que debíamos encontrar una solución. Al principio, Andrés estuvo conforme con la separación. Teo me dejaba su piso y él se quedaba en la casa. Pero después todo se torció...

—¿Qué se torció? —inquirió Áurea, enfadada consigo misma por no poder mantenerse indiferente.

—Todo. Yo creí... Bueno, sucedió algo que lo cambió todo, aunque yo pensé que no habría dudas de que vivirías conmigo. Ya habías cumplido tres años, pero eras todavía tan pequeña... Y aunque siempre supe que Andrés se había casado para ser padre, no pensé que me amenazaría con el divorcio.

—¿Qué lo cambió todo?

Teresa se encogió de hombros.

—Eso es lo de menos, Áurea. Lo único importante es que, cuando tu padre me amenazó con el divorcio, tuve que marcharme.

—¿Así, sin más?

—No. No fue «así sin más», con la intención que lo dices.

—Bien. ¿Así, cerrando la puerta para que no pudiera seguirte y sin volver a saber nada de mí?

—Tampoco.

—¿Y cómo fue, «madre»?

El sarcástico tono hizo que Teresa la mirara con resignación.

—Veo que entre lo que has escuchado de unos y otros, hace tiempo que decidiste que soy culpable. Pero hay muchas cosas que ignoras, Áurea. Muchas.

—Claro que sí, porque las personas más importantes de mi vida mintieron o desaparecieron —replicó ella, indignada—. Pero lo que no ignoro es lo que viví: que te fuiste, que me dejaste atrás como se deja un trapo viejo, y que te creí muerta no porque me lo dijeran, sino porque en veinte años jamás diste señales de vida.

—El mismo hecho de que te dijeran que estaba muerta debería hacerte pensar. ¿Qué necesidad tenían, si yo me había ido porque me dio la gana?

—¿La de protegerme de tu abandono, tal vez?

—La historia siempre la escriben los vencedores, pero no por ello se convierte en verdad. Andrés y yo nos separamos y dejé la casa, es cierto, pero nunca tuve intención de renunciar a ti. Un mes después, volví en tu busca. Sabía que Andrés estaba en el instituto, y la doncella me era favorable. Pero aquel día, aquella vieja no se había ido a la iglesia como hacía todas las mañanas, a saber

por qué. Siempre me había odiado y, en cuanto me vio, se encerró contigo gritando, y no hubo manera, no hubo forma de sacarte de la casa... Teo ya me había advertido que así serían las cosas, pero lloré durante días pensando en ti.

«No te la llevarás, no te la llevarás.» Los gritos de su aya en la residencia volvieron a Áurea. El golpe que le había dado al confundirla con Teresa. Vaciló; sintió como si una grieta se abriera en su convicción, pero no quiso, o no pudo, rendirse a ella. Que el recuerdo corroborara la historia no cambiaba el resultado.

—Podías haberte quedado. Por mí.

Las voces de los invitados que salían a la terraza del jardín interrumpieron su respuesta. Teresa miró un instante por encima del hombro hacia el exterior.

—No, no podía. Créeme que no podía —replicó, volviendo de nuevo la atención a ella.

—Nadie te puso una pistola en el pecho para obligarte a marchar.

—Figuradamente, Andrés lo hizo. Claro que sí.

—Figuradamente.

—Me dijo que si volvía a acercarme a ti, llevaría a los tribunales la petición de divorcio.

—¿Y qué?

—Que no podía dejar que lo hiciera. Íbamos a ser la comidilla de la ciudad durante meses. Y además de quedarme sin ti, eso habría acabado con la carrera de Steve.

—¿De quién?

—De Steve. Mi marido.

Teresa se puso en pie para servirse un vaso de agua. Áurea se alegró de no tener que encontrar su mirada en ese momento: un nombre común y otro propio, y la grieta se había sellado como por arte de magia.

—Así que, entre tu hija y la carrera de tu amante, elegiste lo segundo. ¿Fue una decisión difícil, «madre»?

Teresa regresó a su asiento, sin atender su sarcasmo.

—Creo que aún no lo entiendes, Áurea. No había ninguna elección. La posibilidad de quedarme a tu lado nunca existió. Tu padre se había encargado de eliminarla.

Áurea bajó la mirada hacia la alfombra dorada y azul. El cinismo se le había quedado trabado en la garganta, pero no soportaba la tranquila resignación de su madre. Si aquello era todo lo que iba a hacer, justificarse sin razones, no la quería escuchar. Ni siquiera fue consciente de haberse puesto en pie hasta que Teresa le ordenó:

—Siéntate.

Y tal vez por la dureza que no esperaba en la suave voz de su madre, tal vez

porque, en el fondo y aunque no pudiera admitirlo, necesitaba cerrar una herida que siempre había sangrado enmascarada, obedeció.

—Por una vez en mi vida me voy a explicar, ahora que no está ninguno de ellos para impedirlo —dijo Teresa, suavizando su voz al ver el evidente dolor en los rasgos de su hija—. Si después de esto no quieres volver a verme, estás en tu derecho. Pero yo me voy a explicar.

»Tenía dieciocho años cuando me casé con Andrés. Dieciséis menos que él, ¿sabes lo que supone eso? Un mundo, porque al margen de la edad, su preparación y su inteligencia eran muy superiores a las mías. Él quería ser padre y yo necesitaba un marido. Esos fueron los motivos de nuestro matrimonio. Me engañé creyendo que podría acostumbrarme. Pero era joven y, te hayan dicho lo que te hayan dicho, influenciabile. Esa es mi única excusa.

»De lo que hayas escuchado sobre mí, algunas cosas habrán sido ciertas, otras no. Al fin y al cabo, me apreciaba tan poca gente como la que apreciaba yo. Pero si algo fue verdad, es que te quise desde el primer momento que te vi. Y que me partió el corazón tener que dejarte con él. Pero no tenía otra salida: mi adulterio era cierto y el juicio me habría impedido volver a verte. Si vas a juzgar mi moralidad, te advierto que tenía motivos de peso.

—No soy quién para juzgar eso —replicó Áurea, tratando de no pensar en el paralelismo de sus situaciones.

—Él tenía pruebas de mi infidelidad, y yo, buenos motivos para esta —insistió Teresa, como si aquel punto fuera la clave de todo.

—Eso me da igual. Renunciaste a cualquier derecho sobre mí.

—¿Qué es renunciar a cualquier derecho? ¿A qué derechos, en este país en el que la patria potestad es del padre? La madre no puede hacer nada, no puede decidir nada. No, a lo único que renuncié fue a llevarte conmigo, y porque la vieja me descubrió y empezó a gritar como una loca llamando a los guardias.

—Lo dices como si lo que te hubieras dejado atrás fuera un pañuelo de cuello en vez de una hija —musitó, desviando la vista hacia el jardín.

Teresa la miró entre la tristeza y el afecto.

—Áurea, ¿de verdad prefieres que me rinda y abandone esta segunda oportunidad que nos ha dado la vida? Sé que estás casada, y no muy felizmente, a juzgar por la extraña carta que tengo que mandarte. ¿Tan difícil te va a ser comprender que algunos matrimonios son como cárceles? Trata de imaginar, siquiera por un momento, que tu marido no te tocara jamás, que ni se dignara hablarte por considerarte inferior, que no hubiera ninguna intimidad, ninguna cercanía, ninguna emoción. Que nunca hicieras nada bien, que continuamente te dijeran que eres ignorante, vanidosa, necia; que te castigaran constantemente con el silencio y el desdén. Que sintieras necesidad de calor, de comprensión, de

cariño, y no lo recibieras jamás. Y que te dijeran que eso sería así hasta el día de tu muerte. ¿No buscarías tú también escapar de un matrimonio así?

Áurea se estremeció. Por un momento, no había sabido si Teresa hablaba de ella o de sí misma. Pero aquel que describía no era su padre. No el padre cariñoso que había conocido, el que siempre estaba pendiente de ella, padre y madre a la vez porque Teresa no existía. Y así lo dijo. Sus palabras no perturbaron a su madre.

—Tu lealtad te honra y no voy a discutirla. Solo te pido que aceptes que tú conociste al padre, no al marido. Pero lo que yo viví fue eso, Áurea, el menosprecio de quien te demuestra continuamente que no estás a su altura ni nunca lo estarás, por mucho que te esfuerces. ¿Disfrutar de vestidos nuevos, de bailes, de la música? ¿No ser feliz encerrada en casa escuchando pomposas teorías filosóficas sobre la existencia del alma? Qué desperdicio de vida, para tu padre. Durante mucho tiempo traté de convencerme de que podría aguantarlo, pero acabé por no saber ni quién era. Solo tú me consolabas en aquellos días desesperantes. Pero por mucho amor que se tenga por un hijo, Áurea, a veces hay otras cosas... Fue entonces cuando apareció Steve. Tu padre se dio cuenta enseguida, porque es muy difícil esconder la felicidad, pero no le importaba que yo mantuviera otras relaciones, siempre que fuera discreta. Si solo hubiera sido una aventura, si yo no me hubiera enamorado, o si no hubiera pretendido llevarte conmigo, no habría pasado nada. Pero quise hacerlo. Separarme, dejarlo y llevarte conmigo. Y ese fue mi gran error. Lo único que él no iba a permitir.

Por un momento, Áurea se preguntó si su madre se burlaba de ella. ¿Acaso había adivinado lo de Gabriel, y había inventado todo aquello para que su hija, sintiéndose reflejada en su vida, perdonara el abandono?

También ella tuvo que servirse un poco de agua para aclarar sus ideas. A pesar de todo, en aquella historia había flecos sueltos. Para empezar, intuía que su madre se había casado embarazada. Parapetada tras su vaso, le preguntó, sin importarle no tener derecho a hacerlo, por qué se había quedado embarazada de Andrés si nunca le había querido.

Teresa pareció pensar la respuesta unos segundos.

—Eso no tiene que ver contigo y conmigo. Además, no creo que los hijos tengan por qué saberlo todo sobre sus padres. A veces, Áurea, ignorar algunas verdades es una bendición.

La joven se impacientó. Quería respuestas, no evasivas; y no algunas respuestas, sino todas. Y no las quería con tibieza, sino con ansiedad, con una ansiedad de la que ni siquiera había sido consciente hasta ese momento. No obstante, podría haber aceptado esa última frase de Teresa y seguir hablando de otros asuntos, seguir conociéndose poco a poco, si no hubiera sido por la

compasión que descubrió en sus ojos al terminar de hablar. Y eso, la lástima de una madre por la hija a quien, pese a sus afirmaciones, no había querido lo suficiente para soportar la vida a su lado, esa misma madre que sí se había mantenido leal a otra niña a quien llamaba *ma petite*, desató una rabia larvada durante años de mentiras, ausencias y silencios.

—¿Y tú hablas de verdades? —Se puso en pie con furia—. ¿Te crees que puedes venir aquí y, después de acusar a mi padre de martirizarte y obligarte a abandonarme, decir que lo mejor para mí es no saber más? ¿De verdad crees que puedes tirar la piedra y esconder la mano, y que yo lo aceptaré sin más solo porque me diste a luz? Ser mi madre biológica no te da ningún derecho a sembrar dudas y verdades a medias.

—Ser mi hija biológica tampoco te lo da a ser injusta. —Teresa también se puso en pie—. Si callo, es por prudencia. Si tú supieras cómo fue todo, lo entenderías.

—Pues cuéntamelo —la retó, sosteniendo su mirada—. No tengo otro modo de entender.

—A veces el conocimiento solo genera más dolor, Áurea.

—No me hables de dolor, porque fui yo quien lo perdió todo en una infancia que se acabó en cuanto me arrojaron entre extraños. ¿Crees que algo me va a doler más ahora que con cuatro años, o con trece? Dime la verdad, y deja que sea yo quien juzgue tus motivos para no haber sido mi madre.

Mucho tiempo después, recordando aquel momento, Áurea se preguntaría por qué decimos pretender la verdad si cuando la tenemos no queremos creerla. Las resignadas palabras «Bien, si es lo que quieres, la tendrás» dieron paso a la cruda revelación que dejó a Áurea incapaz de reaccionar durante muchos minutos.

Porque aunque Teresa le reveló la relación sentimental entre Teo Garay y Andrés Nebreda como si aquello fuera habitual en su mundo, Áurea sabía que no había mundo donde aquellas revelaciones no fueran un escándalo y un delito. Una relación que había comenzado en Burgos antes de la boda, y que terminó tres años después en Madrid con el abandono de Teo. Entonces, le explicó, la convivencia en la calle de La Lealtad entre un hombre despechado y la esposa que era recuerdo vivo del traidor se hizo imposible. Andrés no quería cerca a ningún Garay, y el adulterio que había conocido y consentido era su arma para quedarse con Áurea. Iba a alegarlo en el juicio de divorcio y hacer que tanto Teresa como su amante acabaran en la cárcel, pulverizando en un abrir y cerrar de ojos su futuro juntos.

Y Teresa no tenía armas para enfrentarse a aquello: ella no podía alegar la relación de Andrés y Teo porque su hermano jamás sobreviviría a la prisión por

escándalo público, a la abierta revelación de una inclinación que, dependiendo de quién la contemplara, sería calificada como viciosa, pervertida, pecadora o enferma.

—Y tu padre lo sabía. Sabía que yo jamás haría algo que habría matado a mi hermano. Lo tenía todo pensado, habría dejado que Teo y su nuevo amigo soportaran la acusación, mientras nuestro matrimonio y tu nacimiento protegían su imagen. Así que tuve que marcharme. ¿Podía haberme quedado a tu lado, manteniendo la farsa de nuestro matrimonio? Dirás que sí, pero no era posible. Él no quería permitirlo. Si se casó conmigo fue por ser padre, pero a mí no me quería allí. Nunca me quiso. Ni siquiera me soportaba. Aunque a ti te adoraba, y estaba dispuesto a afrontar todos los escándalos que hicieran falta con tal de quedarse contigo, eso es indudable —concluyó con un matiz de amargura—. Y ahora, una vez que he cumplido tus deseos, dime que esto era lo que querías saber, y que no me guardas rencor por revelarlo.

Pero Áurea no pudo decirlo, porque si no era rencor lo que sentía hacia aquella mujer que la había traído al mundo y ahora pretendía ponerlo patas arriba, se le parecía mucho. Se volvió y pensó en marcharse, pero sus pies no parecían responderle. Y estando allí de pie, sin decidir aún si odiaba a su madre o solo intentaba creer que la odiaba para ocultar la congoja de la niña abandonada que aún gritaba en su interior, se dio cuenta de que, en realidad, siempre se ignora la vida que los demás esconden a nuestros ojos. Ella tenía una vida oculta. Gabriel Montero tenía una vida oculta. La irreprochable *madame* Roche había fingido su pasado. El hombre que la había criado, educado y hecho ser quien era, ¿podía haber llevado una doble vida plagada de mentiras y falsedades? Áurea lo había conocido en el acogedor refugio de su hogar, en los ratos que compartía con ella ajenos al mundo pero, en realidad, ¿qué sabía de su vida fuera de él?

—¿Por qué crees que nos fuimos de Burgos? —La tenue voz de su madre a sus espaldas hizo que se pasara la mano por los ojos—. ¿Por qué crees que tuvo que dejar la cátedra?

Áurea se volvió.

—Ni lo sé ni me importa.

—Y me parece bien. Si para ti Andrés Nebreda fue el mejor de los padres, no debería importarte lo que los demás pensáramos de él. Pero él ya no está, y tú y yo sí, e incluso si fui culpable, o débil, si me equivoqué o fui egoísta, te pido una oportunidad de conocernos. No de arreglar el pasado, que no tiene arreglo, pero sí de permitir que exista un futuro para nosotras. Hay tantas cosas que quiero saber de ti, Áurea...

La joven sentía la cabeza a punto de explotar. Su madre le pedía una

oportunidad, pero ella no estaba segura de querer concedérsela, y no comprendió que había cedido hasta que se vio sentada de nuevo en la butaca, pidiéndole que no volviera a hablarle de la vida de Andrés ajena a la paternidad. No le había gustado Teo Garay, y la sola idea de aquel anormal triángulo amoroso bastaba para quedarse en blanco. Recordaba la foto de los tres en Hendaya, y la dedicatoria del reverso, y sentía ganas de gritar. Sabía que seguía habiendo flecos sueltos en aquella historia, pues aún no comprendía qué arrebató podía haberse apoderado de sus padres para llegar a mantener la relación física que los obligó a casarse, pero no tenía fuerzas para anudarlos. Así que dejó que su madre le contara qué había sido de su vida después de abandonar la calle de La Lealtad derretida en lágrimas, en busca de aquel Steve Sanders por el que, pese a todas sus explicaciones, Áurea seguía creyendo que la había cambiado. Dejó que le descubriera a los tres medio hermanos que tenía y a los que sí había arropado todas las noches de su vida y dado un beso al despertar: Helen, de diecinueve años y prometida al heredero de unos famosos grandes almacenes de París; Paul, de diecisiete, que pretendía seguir los pasos de su padre en el cuerpo diplomático; y Alice, de solo trece, la que había interrumpido la conversación al teléfono de Áurea, y que tanto se le parecía, según Teresa.

Le dolió. Le dolió tanto que no pudo evitar las lágrimas que llevaba conteniendo toda la tarde. O toda la vida. Teresa calló cuando su hija ocultó el rostro entre las manos. Le dolió incluso más cuando consiguió serenarse y su madre le reveló que no era cierto que no la hubiera visto en veinte años.

—Algunos veranos, al principio de marcharnos, Steve me llevó a San Juan de Luz. Yo te miraba en la playa, desde el toldo, tratando de que ni la vieja ni tu padre me vieran. Y algunas tardes te seguía paseando por el puerto, te veía comprar un helado en el quiosco... Pero cuatro años después trasladaron a Steve a Montreal, y luego a Buenos Aires, y pasó mucho tiempo hasta que regresamos a Europa. Ni siquiera supe que Andrés había fallecido hasta hace tres años. Si lo hubiera sabido, Áurea, te juro que habría vuelto para llevarte conmigo. Te lo juro. Me crees, ¿verdad?

Áurea dobló entre las manos el pañuelo que su madre le había prestado. No le importaba el juramento. Gastar energías en creerlo o rebatirlo no cambiaría la angustia que había sufrido muchos años antes, al sentir que la puerta de la calle de La Lealtad se cerraba para siempre y aquel hombre que se parecía a su padre sin parecerse en nada la arrastraba de la mano, pregonando lo feliz que viviría a partir de entonces en una familia como Dios mandaba.

—Me crees, ¿verdad? —insistió su madre.

Áurea elevó la cabeza. Sintió el leve movimiento del medallón que colgaba sobre su pecho y, por inercia, se llevó la mano a la garganta. Encontrarlo en la

casa de sus tíos era el primer recuerdo casi feliz que tenía de aquel tiempo en que había dejado de ser niña de golpe. Entonces, la imagen de su madre había sido un rayo de luz en la negrura. Ahora, no sabía lo que era.

—No lo sé. Ni siquiera sé cómo llamarte, si madre, mamá, Teresa... Creo que necesito más tiempo para hacerme a la idea.

—Por supuesto. No quiero forzarte ni presionarte. Pediste mi ayuda, y he venido a ofrecértela. Es posible que eso nos valga, de momento, ¿no crees? Para ganar tiempo, antes de comenzar de cero.

Teresa aguardó su respuesta con una sonrisa esperanzada. Áurea no tuvo fuerzas para decirle que no creía en milagros.

—Supongo.

—Entonces, dime qué necesitas.

Su madre se inclinó hacia delante y colocó una mano sobre las suyas, y Áurea no se atrevió a retirarlas. Teresa la escuchó en silencio hasta que acabó de exponer su plan. Le pareció extraño que, si Ignacio Montero realmente descuidaba a su familia como Áurea decía, necesitara urdir algo tan complicado como aquello. Supo que su hija no le decía toda la verdad; pero aunque pensara que debía haber alguna forma mejor de gestionar la situación, se sentó en el secreter de su amiga Daisy Hammond para escribir de su propio puño y letra la falsa carta de invitación a veranear en Hendaya.

—¿Prefieres llevarla ahora o que la envíe desde casa?

—Ahora —contestó Áurea sin dudar. Aquello cuadraba bien con lo que le había dicho a Ignacio.

—Nosotros veraneamos en Cannes, pero si crees que alquilar una casa en Hendaya puede serte de ayuda...

—No, no es necesario. Con la carta bastará. Y tal vez, una segunda carta en primavera, acordando el día de mi llegada.

Teresa dobló el papel, pensando en aquel plan sobre el que su hija no estaba siendo sincera.

—Yo creo que aceptar la invitación tras solo una carta puede resultar un poco sospechoso —comentó, sopesando la cuartilla plegada en cuatro—. ¿No sería mejor fingir una correspondencia regular? Yo te hablaría de tus hermanos, insistiría en que acudas a Hendaya para conocerlos, fijaríamos la fecha de vuestra llegada...

Áurea siguió con la mirada los pequeños movimientos de aquellas manos que no querían dar por finalizada la conversación. Sí, sería mejor... salvo porque mantener un intercambio habitual de cartas convertiría la ficción prevista en realidad.

—O si quieres que hable con Steve... —ofreció Teresa, al ver que no decía

nada.

—No —reaccionó ante la sugerencia—. No necesito más que las cartas. Si quieres escribir a menudo, está bien. Pero el resto es cosa mía.

—Como quieras.

Su madre le tendió el papel y Áurea lo tomó. Luego caminaron en silencio hasta el vestíbulo de la embajada. Áurea prefirió un taxi antes que montarse de nuevo en el aparatoso Phantom. Mientras un empleado llamaba un vehículo, Teresa se animó a ir un poco más allá.

—No sé bien qué intenciones tienes después de salir del país, Áurea, pero si no tienes nada decidido, quiero que sepas que estaría encantada de acogeros a ti y a la niña en París cuando os marchéis. La casa es grande, tendríais cada una vuestra propia habitación. Y podrías conocer a tus hermanos.

Áurea desechó la invitación. Ya tenía sus planes, y no le había hablado de Gabriel ni pensaba hacerlo. Además, la mención de aquellos inesperados hermanos la retraía. No se imaginaba ante ellos diciendo: «Hola, soy vuestra hermana mayor. La que vuestra madre se dejó olvidada en Madrid.»

Su cabeza era un caos cuando montó en el taxi. Dio al hombre la dirección de la casa de los Vega, y se obligó a dejar de pensar en su madre y su oferta de ayuda. Alba estaba con Paula y tenía que pasar a recogerla, y aquel era un buen momento para comentar a su prima el plan del veraneo en Hendaya. Cuanto antes comenzara la gente a creer que aquella farsa era cierta, mejor.

La primera carta de Teresa llegó un mes después. Para consternación de Áurea, contenía unas líneas escritas por Alice en las que, en un correcto castellano, le decía cuánto le gustaría conocer a su sobrina, Alba. La misiva terminaba con la insinuación de Teresa de que seguir negándose a conocer a una familia, que la esperaba con los brazos abiertos, no la predisponía a continuar enviando algo de dinero para sus gastos.

Impecable. Áurea se quitó un sombrero imaginario ante la habilidad para la ficción de su madre, que se mantuvo en las siguientes cartas. Ella dejaba los sobres cerrados y a la vista en el secreter de la sala, de donde Fonsa sabía que no debía recogerlos hasta que los veía abiertos, movidos de sitio, o simplemente desaparecían. Entonces, reconociendo en sí la sangre fría de Teresa Garay para el engaño, Áurea se burlaba de sí misma, pensando cuántos castigos se habría ahorrado en la vida de haber descubierto antes aquella capacidad.

En febrero, la confirmación de la beca de Gabriel los llevó a ocuparse de los aspectos prácticos de un traslado. Hasta que encontraran un alojamiento

cómodo para los tres, residirían en el hostel que él conocía de su estancia anterior; por mucho que su madre estuviera dando cobertura a su escapada, no se los imaginaba en la misma casa que ella y su marido diplomático. En cuanto al equipaje, ya que en su carta Teresa pedía a Áurea y Alba que pasaran con ellos el mes de junio, no podrían introducir en el baúl ropa de invierno que despertara sospechas en Ignacio, ni libros o recuerdos sentimentales que no tendrían sentido en un veraneo. La decisión de qué llevar y qué dejar ocupó parte de su tiempo en las semanas siguientes. Acordaron que los objetos que resultaran imprescindibles pero pudieran hacer sospechar los iría trasladando disimuladamente a la casa de Gabriel. No eran muchas cosas: su título de licenciatura, los artículos enmarcados de su padre, algunos recuerdos del nacimiento de Alba...

Después de un contacto constante con su madre a lo largo del invierno, en abril tuvo al fin en sus manos la carta definitiva, la que pedía sin admitir réplica que viajaran a Hendaya el 6 de junio. Aquellos días, Ignacio estaba especialmente irritable. Un pago urgente del que no quiso darle ninguna explicación lo llevó a revolver todos los cajones de la casa en un estado de agitación que casi acobardó a Áurea. Sacó de su bolso los billetes que aún tenía del último pago de Ríos, con el consuelo de pensar que ya le quedaba menos de aguantar aquello. A él le dio igual que fueran un envío para encargarse de nuevos trajes de baño para Alba y ella.

—No creo que tu madre tenga ni idea de si el bañador que llevas es viejo o no. —Le crispó comprobar que era menos de lo que necesitaba.

—Pues como no nos presentemos en Hendaya en junio, ya puedes ir olvidándote de más. Deberías pasar un día de estos por comandancia, no sea que no tengamos los papeles a tiempo.

En mayo, el pasaporte, el ansiado pasaporte para el que casi había tenido que arrastrar a Ignacio, estaba en sus manos. También los billetes de tren a Hendaya. Los del resto del trayecto hasta París los custodiaba Gabriel en su casa. Hasta la ciudad costera viajarían en coches diferentes; desde allí, en el mismo compartimento. Acordaron no hablar los días previos para no tentar a la suerte, y encontrarse directamente en la estación.

Y aunque le dolía no poder decir la verdad a Fonsa, a quien llevaría hasta Hendaya engañada, o a Paula, que regresaría de Llanes para encontrar que su adorada ahijada no estaba ya en la ciudad, fingir era necesario. Mantuvo la farsa ante Ríos, a quien acordó entregar la nueva novela en septiembre, y ante sus amigas del Lyceum, a las que explicó que pasaría un mes de verano con su madre.

Mantuvieron la farsa ante todos y extremaron las precauciones. Una y otra vez, Áurea repasó el plan que el 6 de junio las sacaría de Madrid. No encontraba

fallos.

Por eso, durante un tiempo, no comprendió que algo hubiera podido salir mal.

Conteniendo las lágrimas, Paula se puso en pie y salió a trompicones de la consulta. Si aquella matrona no iba a ayudarla, ya encontraría quien lo hiciera.

Le habían informado mal sobre la mujer. Le habían dicho que había trabajado con un médico que a su vez había trabajado en Londres con la doctora Helena Wright. Una doctora con soluciones para los matrimonios que, después de la Gran Guerra, no podían tener hijos.

La matrona casi la había echado de la consulta cuando Paula había insinuado lo que buscaba. Sin embargo, sabía que alguien solucionaba aquellos asuntos porque Sole se lo había dicho en total confianza. Probablemente se había equivocado de matrona.

Se detuvo en el recibidor del hospital. No podía salir a la calle con los ojos llorosos. Estaba tan harta de las exploraciones ginecológicas, de los brebajes en ayunas, de encender velas mañana, tarde y noche, esperando un embarazo que no llegaba... ¿Cómo iba a llegar, con soluciones tan estúpidas? Doña Eugenia creía que era su culpa, y le había hecho ver a infinidad de médicos que solo le parecían farsantes. Su madre, más amable, decía que cinco años no eran suficientes para desesperar, y todo sería cuestión de tiempo.

Pero Paula no quería esperar; quería un hijo, y lo quería ya, antes de que sus veintiséis años aumentaran a una edad en que sería imposible verla con un bebé. Una niñita como Alba, dulce y cariñosa como ella. A lo largo de los últimos meses, en muchos momentos solo el afecto de su ahijada la había salvado de la desesperación. Todo valdría la pena si al fin podía tener una hija como ella. Y por eso tenía que seguir buscando a aquella matrona que Sole le había jurado que existía.

Decidió recurrir a su primo Gabriel. Hasta entonces se había resistido, reacia a hacer a más gente partícipe de sus dificultades, pero todos aquellos años soportando inútiles pinchazos de vitaminas y conteniendo la congoja ante las madres que conducían sus cochecitos por el parque le habían arrebatado buena parte de sus escrúpulos.

Nunca había estado en su consulta del hospital. Cuando preguntó al bedel dónde se hallaba, el hombre se rascó la cabeza, inseguro de qué decirle. La remitió a una enfermera, que le informó de que Gabriel ya no trabajaba allí.

—¿Cómo no va a trabajar aquí? Si sé perfectamente que viene todos los

días...

—Sí, hasta ayer. Ayer se despidió de nosotros.

—¿Se despidió? ¿Por qué? —Trató de recordar si la última vez que se habían visto, la semana anterior, había dicho algo de eso.

—No estoy informada de ese extremo, pero supongo que habrá encontrado otro trabajo. El doctor Montero era muy apreciado en este hospital. Pero mire. — Señaló con la mano hacia un hombre de bata blanca que charlaba con una pareja de ancianos en el claustro—. El doctor Olmedo es amigo suyo. Tal vez él pueda decirle algo más.

Paula aguardó que el hombre acabara su charla, recordando que era el médico que se había ocupado de Alba aquella vez que su crisis respiratoria los había asustado tanto. Él también la recordaba como familiar de Gabriel.

Paula no le dijo que no supiera por qué Gabriel ya no estaba allí, solo que había esperado encontrarlo todavía en el hospital.

—Supongo que estará muy ocupado con el equipaje. —Sonrió—. Es la tercera vez que se va desde que lo conozco, pero no acaba de acostumbrarse a los traslados.

Paula ocultó su sorpresa. ¿Adónde se iba Gabriel, que no les había dicho nada? Con su mejor sonrisa ingenua, le preguntó si recordaba el número exacto de su casa. Él no desconfió cuando ella le dijo que la última vez que le había dado a un taxista el nombre de la calle había acabado en el extremo opuesto de la ciudad.

—Soy tan desastre para recordar direcciones... —bromeó, con un mohín de disculpa que a él le pareció encantador, y lo hizo olvidar que su amigo le había dado aquel dato solo para caso de vida o muerte.

Cuando Gabriel abrió la puerta de su casa y se quedó paralizado al verla, Paula supo que pasaba algo fuera de lo normal. La inquietó su reacción, porque Paula quería a su primo y confiaba en él a ciegas.

—¿Sucede algo, Gabriel?

—Claro que no —contestó él, con un intento de despreocupación que fracasó—. ¿Qué iba a suceder?

—No lo sé. —Ella indicó con la mano el baúl y las dos maletas a medio llenar que se veían desde la puerta—. ¿Adónde te vas?

Por incómodo que estuviera con la aparición de su prima, Gabriel no pudo mentirle descaradamente. Sopesando sus palabras, le dijo que había obtenido una beca para colaborar con un laboratorio en el extranjero.

—¿En Berlín?

—No.

—¿Dónde, entonces? ¿París?

Su silencio solo incrementó la sorpresa de Paula. No comprendía que no la hubiera llamado antes para contárselo, o al menos despedirse. Cuando Gabriel se excusó por lo mucho que tenía que hacer aún aquella tarde, ella le prometió no entretenerlo. Luego le pidió un café.

Él vaciló, reacio a alargar la visita pero incapaz de echar a su prima de casa. Fue a la cocina y, mientras, Paula echó un rápido vistazo a aquella casa vaciada. Su primo se iba al día siguiente. Como Áurea. Si los dos viajaban en el mismo tren hacia la frontera, ¿por qué no se lo habían dicho? ¿Acaso no lo sabían? Se acercó al equipaje casi terminado. Encima del escritorio quedaban un par de libros sin empacar y algunos papeles. El extremo de unos billetes crema sobresalía de un sobre sin cerrar. Paula los extrajo con cautela.

Durante unos instantes, se preguntó con desconcierto por qué Gabriel tendría tres billetes de Hendaya a París, en vez de uno. Tres idas sin vuelta, cuando viajaba solo.

Y entonces, en un fogonazo de dolor, lo comprendió todo.

Todo.

Se sintió horrorizada, engañada, burlada, herida, estafada, abandonada.

Lo que hicieran ellos le daba igual, pero Áurea se llevaba a su niña.

Cuando Gabriel salió para preguntarle si quería una o dos cucharadas de azúcar, encontró la puerta de la calle abierta y ni rastro de Paula.

Áurea miró en derredor. Estaba todo. Todo preparado, cuando aún faltaban dos horas para la salida del tren.

Se acercó al balcón, mirando la calle. Fonsa y Alba habían bajado a la confitería para comprar unas barras de caramelo para el viaje, pero Áurea no estaba tranquila; había dicho a Ignacio que el tren salía antes de su hora real, pues prefería marcharse cuanto antes de la casa y aguardar en la estación. En cuanto Fonsa y su hija subieran, llamaría a un mozo de cuerda para que las ayudara a meter todo el equipaje en un taxi y se despediría de la casa para siempre.

Cuando la puerta se abrió, creyó que regresaban.

No le dio tiempo a reaccionar.

La primera bofetada la mandó contra la butaca. No consiguió ponerse en pie antes de que Ignacio llegara al bolso.

Vio la pluma de su padre estrellarse contra la pared. El destello de oro reventado la hizo gritar. Una miríada de diminutas gotas de tinta se esparcieron en todas direcciones, como lágrimas negras anticipando su futuro. Ignacio dio un

paso hacia ella. El pasaporte y los billetes cayeron en pedazos sobre su falda.  
Luego, fue peor.

## CUARTA PARTE

*Madrid, junio de 1928*

Cuando Áurea regresó de la estación del tren, Fonsa salió a recibirla con Alba pegada a sus faldas. Nada más verla, la niña se soltó de la criada para lanzarse a los brazos de su madre.

—No ha vuelto —informó la mujer, con un temblor en la voz que revelaba el miedo que había pasado.

Áurea dejó que su hija sollozara en su hombro, acariciando su espalda para tranquilizarla. Los gritos de Fonsa y la niña al regresar y ver a Ignacio golpeándola lo habían detenido. O tal vez un atisbo de cordura se había colado entre la rabia y el resentimiento de haber averiguado que Gabriel y ella huían juntos. «¡No te mato porque sé que hay peores maneras de hacerte sufrir!», había gritado al marcharse dando un portazo. Áurea no sabía cómo había tenido la sangre fría de mantener su mentira sobre la hora de salida del tren, ni de sentarse a escribir la carta que obligara a Gabriel a marcharse y dejarla. Por fortuna, él ya se había ido y estaba a salvo. Ahora, tenían que ponerse a salvo ellas.

Ocultando el dolor que los movimientos de Alba le provocaban, envió a Fonsa a hacer la maleta tan rápido como pudiera. El autobús hacia La Granja partiría en menos de dos horas. La única luz en la negrura del día era que, en su arrebato, Ignacio no había comprobado la hora en los billetes destrozados. Tampoco le había quitado el dinero de la cartera. Era lo único que le quedaba, porque sus ahorros iban en el equipaje que guardaba Gabriel.

Pero cuando estuvo sentada en la banqueta del taxi, aferrando la mano de Alba, comprendió que había una cosa que necesitaba hacer antes de irse. Fonsa la miró con reproche al escuchar la dirección de los Vega, pero no dijo nada. Cuando el coche se detuvo ante la casa, se limitó a sujetar a Alba para impedir que saliera tras su madre.

Áurea sostuvo con altivez la mirada curiosa de la criada que la condujo a la sala de recibir. Su prima, en cambio, no pudo disimular la sorpresa al ver su rostro.

—¿Qué te ha pasado?

—¿Tú que crees?

Paula no comprendió. Lo que creía era que estaba en el tren, después de

haber descubierto la víspera los billetes. Y se sentía herida y engañada y furiosa porque Áurea huía llevándose a Alba sin haberle dicho ni una palabra. Pero ante el rostro magullado de su prima la compasión se impuso.

—¿Has tenido un accidente? ¿Por eso no te has ido?

—¿Accidente? No lo sé. ¿Podríamos llamar accidente a que tu marido te muela a palos cuando tu prima le dice que vas a irte al extranjero para no volver? Cómo pudiste hacerlo...

—Cómo pude, ¿qué? Yo no he hecho nada. Cómo pudiste tú no decirme que te ibas, que te llevabas a Alba. Sabes cuánto la quiero, y pensabas dejarme sin ella.

—Pero ¿te estás escuchando? ¿Te crees que Alba es tuya?

—¡No, ni tampoco tuya!

—¡Es mi hija!

—¡Y mi ahijada, y no tenías derecho a llevártela así como así! Pero no sé de lo que hablas, yo no le he dicho nada a Ignacio.

—Ah, claro. Qué casualidad. Tú apareces en casa de Gabriel e Ignacio me impide a palos que me vaya.

—Áurea, hace meses que no veo a Ignacio.

—Ya. Pero bueno, no te preocupes mucho, he tenido suerte. Según él, podía haberme matado tranquilamente, y sin embargo solo me he llevado unos golpes. Cinco o seis, no sé. No me ha sido fácil llevar la cuenta.

—Yo no he dicho nada a Ignacio.

—Pues es muy curioso que me haya ofrecido la separación a cambio de que Alba se quedara en esta casa. Di, ¿cuánto dinero le has ofrecido para que venda a su hija?

—Te repito que no sé de qué me hablas. Sí, me rompió el corazón saber que habíais organizado una fuga a mis espaldas, pero vine a casa...

—Cómo pudiste, sabiendo lo que sabes de Ignacio.

El desprecio de la frase provocó las lágrimas de Paula.

—¡Áurea, vine a casa! No vi a Ignacio, no le dije nada, la única persona con quien hablé fue Miguel. ¿Qué quieres, que confiese que llegué a casa llorando a mares, que me destrozó saber que te la llevabas y no me habías dicho nada? Nadie mejor que tú sabe cuánto quiero a Alba, no creo que pudiera querer más a una hija. Pero jamás te habría descubierto ante Ignacio, y eso también lo sabes...

Áurea se soltó de la mano que su prima había posado sobre su brazo.

—Pues mírame por última vez, para que puedas sentirte orgullosa de lo mucho que me has ayudado.

Paula se encogió como si hubiera recibido un golpe físico. Áurea la vio herida, vulnerable, pero en ese momento sentía tanta rabia que era incapaz de

encargarse de más dolor que del suyo. Abandonó la sala, y estaba a punto de salir a la calle cuando sintió un cosquilleo en la nuca.

—Se lo advertí. —Cuando Áurea se volvió, Miguel Vega tenía los brazos cruzados y el aspecto más apagado que le hubiera visto en tiempo—. Le advertí que haría cualquier cosa por la felicidad de mi esposa.

Se acercó a él, con la cabeza inclinada hacia la luz por si aún no había visto los moratones de su rostro. No advirtió en él complacencia ni triunfo, ni nada más allá de su habitual depresión, pero eso no la aplacó. Gracias a él, su vida acababa de hacerse añicos, y no pudo evitar que la ira la dominara.

—Alba está abajo en un taxi, y ni yo ni ella volveremos a poner un pie en esta casa. Si cree que eso va a hacer feliz a Paula, allá usted. Pero recuerdo perfectamente que lo que dijo fue que haría cualquier cosa por evitar que sufriera, así que voy a ser tan franca como lo fue usted: ese tiro del que habló es lo único que podría conseguirlo.

No miró atrás al salir de la casa. No quiso averiguar si la maldad que nunca había creído poseer había alcanzado su objetivo.

Se refugió en La Granja aquellos meses de verano, sabiendo que Ignacio no iba a dejar las cosas así. A finales de septiembre, Ríos le escribió para advertirle que su marido había presentado una demanda de divorcio. Con petición de cárcel para ella y Gabriel, control de todos sus bienes, incluidos los escritos de Bradamante cuya autoría reclamaba, y ejercicio exclusivo de la patria potestad sobre Alba.

El abogado al que los remitió Clara Campoamor, volcada desde el año anterior en la política y los derechos de la infancia, contempló con calma los papeles que Áurea puso ante él.

—No se preocupe, no habrá medidas provisionales. Y tampoco habrá un señalamiento temprano. De todos modos, si quisieran reconciliarse...

—No.

—Bien. En tal caso, será un problema probatorio. Tengo entendido que hay algún testigo...

—No lo hay.

—Entonces, nos aferraremos a eso. Y podríamos alegar infidelidad por su parte. Por lo que le entendí a Clara, los vecinos de esa mujer francesa podrían dar fe de la relación entre ambos. Aunque ya sabe que, a diferencia de la mujer, no cualquier infidelidad del marido...

—Lo sé —aceptó ella con cansancio—. Lo sé.

Luisa tuvo conocimiento de la demanda por la propia Áurea. Sabía que las primas habían discutido, su hija se lo había contado. Con Paula había sido diplomática, pero la verdad era que le había molestado la injerencia de Miguel Vega en un asunto que no era de su incumbencia. Una cosa era cuidar del buen nombre de la familia y otra, entrometerse en la vida de personas que nada les debían. Y desde luego, ofrecer dinero a Ignacio para permitir que Alba se criara en su casa rozaba, en su opinión, la indecencia.

Así que, aunque no quería discutir con su hija ni con su yerno, la tarde en que Áurea acudió a saludarla antes de regresar a La Granja, y le explicó que volvería a Madrid para preparar la defensa de su caso, le ofreció su casa para alojarse. Al principio, Áurea rechazó la oferta; no quería comprometerla, ni causar problemas con Paula ni los Vega. No le importaba ir y venir desde Segovia a menudo y alojarse en una de las pensiones que rodeaban la estación. Hasta que, tras mucho insistir, Luisa le pidió: «Acepta, por favor. No por ti, sino por mí.» Y Áurea, desconcertada, aceptó. La única condición que puso fue que no tratara de convencerla de reconciliarse con Ignacio, algo que Luisa no tenía ninguna intención de hacer.

Aquel apoyo explícito de Luisa sorprendió a todos; tal vez incluso a ella misma. Se le ocurrió que siempre se había sentido algo culpable por aquel matrimonio. Lo había aceptado sabiendo desde el principio que era un error, y eso le daba algún tipo de responsabilidad en la situación. Y si hubiera tenido alguna duda de su deber, habría cesado de golpe cuando Joaquín trató de convencerla de que no la acogiera.

—Una demanda de divorcio por adulterio, y siendo Gabriel hermano de Ignacio... ¿Es que no ves lo escandalosa que es la situación? Si alguien en el Gobierno llega a pensar que nosotros transigimos con algo así...

Luisa ni pensó en discutir. Le tenía sin cuidado lo que Primo de Rivera o cualquier miembro de su gobierno pensarán. Primero, porque todo el mundo sabía que, con la crisis económica, habían perdido la confianza de muchos de sus valedores, incluido el rey, y era cuestión de tiempo que cayeran. Y segundo, mucho más importante, porque aquel «nosotros» ya no existía. Hacía más de dos años que ella y Joaquín vivían separados, después de que los rumores sobre la enésima relación de su marido con una cupletista agotaran la paciencia de Luisa. Y no estaba dispuesta a concederle ahora el derecho a decidir a quién podía alojar en la casa que ya no compartían.

La vista del divorcio fue fijada para febrero. Pero no había finalizado aún el primer mes de 1929 cuando un nuevo intento de golpe de Estado alteró la vida del país. El que fuera presidente del Consejo de Ministros en 1922, José Sánchez Guerra, desembarcó en Valencia para formar un gobierno provisional, esperando

que las unidades militares sublevadas en Madrid detuvieran a Primo de Rivera y al rey. El golpe pretendía expulsar a Alfonso XIII del país y convocar Cortes Constituyentes. Fracasó como en 1926, pero la intensificación de la política represiva del Gobierno, que acordó destituir, exiliar o suspender de sueldo a cualquier funcionario que se manifestara hostil al régimen, hizo que durante meses la máxima preocupación de los tribunales del país fuera la posible depuración de cualquiera de sus miembros, y no que los procesos judiciales pendientes pudieran retrasarse.

El juicio se aplazó a marzo. Entonces, las manifestaciones estudiantiles contra la llamada Ley Callejo, que permitía expedir títulos universitarios a los centros de estudios privados de agustinos y jesuitas, llevaron a la destitución del rector y los decanos de la Universidad de Madrid, la toma por la Guardia Civil de sus edificios y el apedreamiento del domicilio de Primo de Rivera y la sede del *ABC*. El centro de la ciudad se llenó de barricadas, la universidad cerró, los profesores se solidarizaron con los estudiantes...

El juicio se aplazó a abril.

Mientras eso sucedía en España, en Francia Teresa Garay trataba de localizar a Áurea. Todo el verano y el otoño había esperado una llamada, una carta, alguna señal de que todo había salido bien. Cuando los meses fueron pasando sin noticias, comenzó a inquietarse. Admitía que lo más probable era que Áurea no quisiera saber nada de ella; que, una vez libre de su marido, estuviera reconstruyendo su vida en algún lugar de Europa donde nunca pensaría en la madre a la que seguía reprochando el abandono. No le había puesto condiciones para ofrecerle ayuda y, por tanto, Áurea no tenía ninguna deuda por aquel puñado de cartas en las que Teresa había volcado su intención de recuperar el tiempo perdido.

Pero ese era el problema: que Teresa había creído que estaban recuperando el tiempo perdido. La hija que descubría en las cartas, que en primavera se habían hecho semanales, era diferente de la que había conocido cara a cara; más humana, más sensible, a ratos incluso cálida. Una hija que, en reflexiones sinceras y reposadas, se liberaba de una coraza que probablemente ni sabía que vestía. Y se negaba a creer que el interés en los estudios de Paul, las preguntas sobre el compromiso de Helen o los libros de relatos que recomendaba para que Alice mejorara su castellano fueran solo parte de la simulación.

Así que no se resignó. A través de los contactos de su marido, averiguó que en la dirección de la calle Sagasta ya no vivía nadie. Dispuesta a dar con ella,

comenzó por aquel viaje de verano que ni siquiera sabía si se había producido. Con la única referencia del 6 de junio y mucha insistencia, averiguó que los únicos dos asientos que habían quedado vacíos en el trayecto de Hendaya a París correspondían a un compartimento reservado para tres personas. Luego, el director de la sucursal de Wagon Lit le proporcionó en confianza la identidad de aquel tercer ocupante que sí había viajado. Encontrar a Gabriel Montero en París no fue fácil. Y conseguir de él los datos necesarios para localizar a Áurea, aún menos.

Pero al final lo consiguió. Y en febrero se plantó en Madrid, sola porque aquello era algo que debía hacer sola, vacilando un momento ante aquel domicilio no tan lejano de la calle de La Lealtad.

Luisa se quedó de piedra al ver a Teresa Garay en la puerta de su casa.

—¿Qué haces aquí?

—Buscar a mi hija.

—No está. Se ha ido con Alba al médico.

—Muy bien. La esperaré. ¿Puedo sentarme en una sala, o me echarás a la escalera?

Luisa estuvo tentada de aceptar el reto y sacarla a empujones. La irritó comprobar que, veinte años después, la desfachatez de Teresa seguía intacta. También la irritó que siguiera siendo hermosa, que sonriera con el mismo aire irónico matizado por un leve rastro de melancolía, y que su aspecto magnífico revelara que la vida no había llegado a cobrarle el precio de su bajeza.

Pero aunque todo aquello la indignara, mantener el resentimiento después de veinte años requería un esfuerzo que no le apetecía hacer. La inercia de haberla detestado durante años pesaba, pero aún pesaba más la certeza de que, incluso sin Teresa, las cosas en su vida habrían sido exactamente iguales. Ella le había abierto los ojos, como después se los habría abierto cualquiera de las coristas, empleadas de modas, telefonistas o mecanógrafas de ministerio a quienes Joaquín había hecho regalos a lo largo de su matrimonio. Teresa había traicionado su amistad, pero no había sido el problema de su vida.

Por esa certeza, y por Áurea, y porque no tenía ganas de montar un espectáculo a beneficio de la vecina de enfrente, la hizo pasar a la salita de estar, dispuesta a dejarla en manos de la criada hasta que su sobrina regresara. Estaba a punto de marcharse cuando Teresa la detuvo.

—¿Te vas así, tan tranquila? ¿No hay nada que quieras saber, después de tantos años?

Luisa se volvió. En relación a la vida de Teresa, sabía cuanto necesitaba saber. Áurea le había hablado de su matrimonio con Sanders, los hijos que habían tenido y su residencia en París. Más que suficiente. En cuanto a los

motivos de su traición, si a eso se refería la pregunta, a esas alturas ya le daban igual. Envidia, codicia, ingenuidad, lascivia o amor; lo que hubiera llevado a Teresa a la cama de Joaquín ya no le importaba. La ofensa había enterrado su amistad —si alguna vez habían sido amigas y no meras rivales sin ella saberlo—, y le bastaba la certeza de que no iba a resucitar. La única duda que aún mantenía era la relativa a Áurea. Y aunque podía preguntar si realmente Andrés era su padre, o si lo era Joaquín, o algún otro, pensó que para qué. Qué más daba ya, si Andrés estaba muerto, Joaquín y ella vivían separados y el futuro de Paula estaba asegurado por la fortuna de Miguel Vega.

—Nada —confirmó con indiferencia—. Nada en absoluto.

Se marchó, dejándola a solas. Al regresar Áurea, se sorprendió tanto como ella por la aparición de Teresa. Luisa la vio dudar, de la mano de Alba; quizá pensando en las cartas que había dejado de escribir al desmoronarse su plan.

—Ve a verla. —Luisa tomó a la niña para quitarle el abrigo—. Ha viajado sola desde París, y tu madre no es persona de tomarse molestias por nadie. Tal vez quiera ser útil, por una vez en la vida.

Y se llevó a Alba hacia la cocina para abrir aquella caja de latón de galletas La Fortuna que tanto le gustaba. Áurea hubiera querido irse con ellas, o al menos ganar tiempo, retrasar una visita que no estaba segura de cómo afrontar. Pero no lo hizo, porque cuanto antes se desprendiera de la mala conciencia que sentía al pensar en su madre, mejor.

Teresa se puso en pie al verla e hizo un amago de abrazarla que Áurea eludió, fingiendo no darse cuenta. Se sentó frente a ella y preguntó con cortesía por el viaje, el hotel donde se alojaba, la salud de su familia... Teresa contestó de igual manera, pero nunca había sido persona de mucha paciencia; en cuanto consideró que las formalidades estaban cumplidas, encaró directamente el motivo de su viaje.

Áurea no había pensado que su madre removería cielo y tierra para encontrarla. Y mucho menos que buscaría a Gabriel para preguntarle por ella.

—Fue muy agradable conmigo, muy correcto. Y absolutamente discreto. Solo dijo que en el último momento habías decidido quedarte y él había viajado solo. Yo le hubiera creído de no ser porque vi el retrato que había en la sala. Un retrato tuyo, creo que pintado por tu prima. Me acerqué a mirarlo, y él también se acercó. Y supongo que entonces bajó la guardia, o tal vez no pudo evitarlo, pero cuando vi cómo lo miraba, comprendí lo que había entre vosotros. Esa era la pieza del rompecabezas que hasta entonces me había faltado. Y pensé que, si no contestabas ya mis cartas, tal vez no fuera porque no quisieras hablar conmigo.

Áurea calló, consciente de la pregunta omitida. Al volver a Madrid había

dado en el juzgado la dirección de Luisa y no había querido acercarse más a la calle Sagasta. Las cartas a las que su madre se refería seguirían aún en la portería del inmueble, esperando que ella pasara cualquier día. No hubo reproches a su explicación, solo un «No te preocupes, lo entiendo» que la hizo sentirse aún peor, porque ella misma no lo entendía del todo. En el fondo, intuía que aquellas cartas le daban miedo, se lo habían dado desde el principio, pero entonces las había aceptado porque eran necesarias para encubrir su huida. Porque humanizaban a su madre y la convertían en un ser corriente, con sus ilusiones, alegrías y temores, y la vida era más simple cuando sencillamente su madre era la mala de la historia. Así que cuando ya fueron inútiles porque Gabriel se había ido y a ella solo le quedaba afrontar el juicio con dignidad, había permitido que la cobardía se impusiera. La primera cobardía.

—Me preguntó por ti.

Las comisuras de los labios de Áurea temblaron levemente. Esa era la segunda cobardía, aún peor. Desde la partida del tren nueve meses, trece días y dos horas antes, no había vuelto a saber de él.

—¿Qué tal está? —quiso saber, sintiéndose boba por la insulsa pregunta.

—Por lo que dijo, está bien. Vive en un apartamento de dos habitaciones en el Boulevard du Montparnasse, y tiene un trabajo que le apasiona. Por lo que no dijo pero yo vi, me parece que sigue desolado...

Áurea apartó la mirada. No quería, no podía imaginar a Gabriel desolado. Aquel maldito 6 de junio había escrito una carta llena de mentiras para que se marchara, porque Ignacio le había dejado claro que, si alguna vez los veía juntos, lo mataría. Y fuera cierto o no, se hubiera vuelto loco hasta ese punto o no, ella no iba a arriesgarse.

«Hay peores maneras de hacerte sufrir.»

De saber la verdad, Gabriel se habría quedado a su lado. Nunca la habría dejado sola frente a Ignacio y el juicio y la amenaza de cárcel. Por eso había mentido; y, al parecer, a la perfección, porque él se había marchado y no había vuelto a tener noticias suyas.

Hasta entonces.

—Y ahora, ¿qué, Áurea?

Ella desechó el recuerdo de Gabriel. No era el momento de venirse abajo.

—Ahora, el juicio.

Puso a su madre al corriente de la demanda de divorcio. Horrorizada por una legislación que había llegado a olvidar, Teresa se ofreció a pagar la mejor defensa de Madrid. Áurea no la necesitaba: confiaba en el abogado recomendado por Clara Campoamor. «Resistencia numantina, Áurea. No hay pruebas, *ergo* no hay adulterio que valga. Si llaman a ese Miguel Vega que, según dice, la odia,

admitiríamos que usted iba a huir; pero no por un romance, sino porque temía por su vida dado el trato de su marido. Y en cuanto a él, será un héroe del Desastre, pero no me parece un testigo fiable. Déjeme estudiar bien sus puntos débiles. ¿Cómo es la neurosis que tiene? Tal vez podamos alegrarla... Déjelo en mis manos, Áurea. Haré lo necesario para que pueda vivir con su hija.»

No solo era prestigioso y experimentado en divorcios difíciles; cuando olfateaba sangre, clavaba sus colmillos en la presa para no soltarla. Lo que ella necesitaba.

—Si es tan bueno, de acuerdo. Pero Áurea, no rechaces mi ayuda sin más. Tengo dinero, y Steve tiene contactos, y me gustaría hacer algo. No soy tan necia de pretender cambiar el pasado, sé que es algo que me perseguirá cada vez que me mires, pero quiero hacer algo por ti.

Áurea rehusó el dinero y los contactos. No era lo que quería de su madre, si algo quería, cosa de la que tampoco estaba segura. Cuando la miraba, no podía evitar pensar que una infancia perdida no tenía solución. Hacer tabla rasa, empezar de cero como había dicho ella, no era posible. Pero cuando Teresa aceptó el rechazo, y solo le pidió que la mantuviera informada de los pasos que fuera a dar, con intención de regresar para la vista y apoyarla, Áurea dijo: «De acuerdo.»

Y aquella fue la primera vez que Teresa sintió que su hija comenzaba a perdonarla.

En abril, Ignacio y ella se presentaron en el juzgado. El abogado de él fue muy duro: Áurea no había sabido ser la esposa que cualquier marido necesitaba y, volcada en sus desequilibrios e histerias de mujer moderna, ni siquiera había sabido cuidar de su hija. Las crisis respiratorias de Alba, el ingreso en el hospital por tomar una sustancia tóxica mientras ella pasaba la mañana en la universidad, el revuelo de su matrícula en los periódicos, los paseos por la ciudad que incluso la llevaban a pisar con un bebé clubes como el Biarritz... A todo recurrieron para culparla.

Pero su abogado supo dar la vuelta a la acusación con el informe médico del doctor Olmedo, que hablaba de una sustancia tóxica «externa a un hogar» y de la que jamás detectó ningún indicio en la madre, mientras que al padre ni lo habían visto en el tiempo que la niña estuvo ingresada. Luego fueron Luisa, Gerardo Ríos y *madame* Roche quienes afirmaron que Áurea era una madre excelente y nunca había abandonado su hogar, a diferencia de Ignacio. Pero lo más inesperado para ella fue que Miguel Vega aceptó ante el juez que, realmente, él nunca había tenido más pruebas del adulterio que la deducción de Paula, dejando apenas sin argumentos a la acusación. La exposición fue tan favorable a los intereses de Áurea que su abogado ni siquiera consideró

necesario que la vecina de Camille testificara. El único punto sobre el que realmente no pudo argumentar con contundencia fue el de la propiedad de los relatos y novelas cortas. La escritura había tenido lugar en la intimidad de un hogar; nadie, salvo Áurea, podía jurar sobre la Biblia que Ignacio no había tenido nada que ver con aquellos escritos.

Cuando la vista acabó, Áurea abandonó la sala acompañada por doña Francisca y su tía. Mientras el abogado explicaba a la vecina de Camille por qué su testimonio no era necesario, aguardaron junto a la escalera. Áurea estaba de cara a la sala cuando Ignacio salió. Se detuvo al verla, y por un momento ella temió que fuera a acercarse. «Tranquila —su tía se colocó a su lado, respaldándola—. Si viene, yo me encargo de hablar con él.»

Pero después de mirarla unos segundos sin moverse, los labios de Ignacio dibujaron tres palabras. Áurea palideció. «Tranquila», volvió a susurrar Luisa a su lado. Entonces una muchacha muy joven, con un corte de pelo que recordaba a Louise Brooks, se levantó del banco cercano a la puerta y lo tomó del brazo. Ignacio se volvió hacia ella y la besó en la boca lentamente, a conciencia. El vestíbulo del edificio se llenó de exclamaciones escandalizadas. Áurea ni siquiera parpadeó. El revuelo hizo que el ordenanza de los juzgados saliera de su garita y los llamara al orden, pero él y la joven se separaron tranquilamente y se marcharon juntos, ignorando a los presentes, sin volver la mirada. «Confíaba en ti», había articulado él en silencio como una acusación, antes de aquel gesto desafiante que Áurea sabía dedicado a ella. Se preguntó qué contaría a Alba de todo aquello, cuando fuera mayor. Qué le diría de un padre al que no iba a conocer.

En cuanto el abogado dio las últimas instrucciones a su ayudante, salieron en busca de Teresa, que había preferido aguardarlos en una cafetería cercana, consciente de que ella no era la mejor recomendación posible en un caso de adulterio. Áurea dejó que el abogado contara cómo había transcurrido todo. Ella no tenía demasiado ánimo; a pesar del optimismo del letrado, aquella jornada había tenido que soportar la descarnada exposición de su vida ante extraños, y no conseguía desprenderse de una triste sensación de humillación y vergüenza.

Estaba escuchando la narración del juicio, con la vista perdida en los árboles del exterior de la cafetería, cuando Miguel Vega y Paula pasaron ante el local. Caminaban del brazo, con la mirada al frente. No hablaban, y su prima parecía pensativa. O triste.

Un impulso la hizo salir tras ellos.

Paula se volvió al escuchar su nombre. Su expresión al verla mostró cautela, pero no el desprecio que Áurea había temido. Aquello hizo que se decidiera; aunque había sido la intromisión de Miguel Vega la que había

desatado aquel caos, quiso tender una rama de olivo y agradecerle que no se hubiera dejado llevar por el resentimiento en su testimonio. Pero él rechazó sus palabras con dureza.

—Su agradecimiento es pura hipocresía. Me limité a los hechos, pero con pruebas o sin ellas, usted y yo sabemos que es una adúltera. Da igual lo que el juez crea probado, una absolución legal no es una absolución moral. Y dígame a su abogado que no debió molestar a Manuel Ochoa para que me pidiera que la respaldara. Su abogado debe de ser muy bueno escarbando en el pasado para haber averiguado que debo la vida a ese hombre, pero un idiota juzgando a la gente, porque a diferencia de usted, yo jamás habría mentido. Dígaselo.

Antes de que Áurea reaccionara, el hombre colocó la mano en el brazo de Paula y la obligó a retirarse de allí. Solo durante un instante las miradas de ambas se cruzaron. Áurea trató de transmitirle que no estaba enfadada con ella, que la quería y que, sobre todas las cosas, deseaba que algún día pudieran retomar su relación.

No supo si lo consiguió.

Quince días después, el juzgado dictaba la sentencia de divorcio. Áurea se quedaba con Alba. Del resto —bienes, dinero, derechos—, nada le importó.

Un mes después de la sentencia, la inactividad de su sobrina impacientaba a Luisa.

—No lo entiendo. Si hace años me hubieran dicho que alguna vez te ibas a pasar las tardes cosiendo, no lo habría creído.

Áurea anudó el hilo y cogió la aguja que sujetaba entre los labios. No quiso decirlo, pero ella tampoco lo habría creído.

—No me siento inspirada —se limitó a explicar, dando la primera puntada—. Todos los escritos que tenía se los ha quedado Ignacio. Los apuntes, las ideas, las notas... Aunque Ríos me ha dicho que existe una posibilidad de colaborar con *Mundo Femenino*. Si están interesados de verdad, comenzaré a escribir otra vez.

—Seguro que lo están, aunque solo sea por el montón de cotillas que se tirará sobre la revista para discutir si Bradamante era Ignacio o eras tú. Pero sabes que no me refería a eso.

—Pues no sé a qué se refiere, tía.

Luisa abandonó su sitio junto a la ventana para sentarse frente a Áurea.

—Claro que lo sabes. No es que quiera echarte de mi casa, estoy encantada de teneros aquí, pero no entiendo este empeño tuyo en quedarte en Madrid,

después de todo el jaleo que armaste a cuenta de tu relación con Gabriel.

Áurea fingió concentrarse en el respunte del bajo.

—Eso acabó.

—¿Sí? Pues entonces, explícame cómo has llegado a separarte y discutir con Paula solo por un capricho, porque no lo entiendo. Hace un año te ibas a marchar a París sin importarte a quién dejabas atrás ni cómo. Y hoy que puedes irte, te sientas en mi salón para hacer tarde tras tarde algo que hasta ahora odiabas. Y para de una vez. —Adelantó la mano para detenerla—. Jesús, como no haga algo contigo, vas a dejar inservibles los vestidos de la pobre Alba.

Exasperada, Áurea apartó el vestido y lo dejó a un lado del sofá.

—No hay quien la entienda. Toda la vida queriendo que cosa y rece y me case, y ahora...

—Ahora ni estás casada ni rezas ni sabes coser, y dos de esas cosas ya no tienen solución. Dime de una vez qué es tan terrible de afrontar que prefieres quedarte aquí como una mala imitación de lo que debiste ser hace años, en vez de hacer lo que ahora puedes.

Aquella no era la conversación que Áurea quería tener, así que sopesó qué clase de respuesta podía dar a su tía sin resultar desagradable. Desde el escándalo de su huida frustrada, ella había sido su mayor apoyo. No solo no le había reprochado nada, sino que le había ofrecido su casa, su ayuda y su compañía. Había dado la cara por su sobrina ante los Vega y ante Joaquín. La había ayudado a cuidar de Alba y mantenerla al margen de las habladurías. Así que si Áurea no le daba una respuesta, no era porque no quisiera hacerlo, sino porque, en realidad, ella misma no comprendía del todo qué le estaba pasando.

Pero lo intentó. Se sintió torpe al hablarle de la carta que le había escrito a Gabriel para conseguir que se marchara, de las mentiras con que había puesto fin a su relación. De sus excusas por ser cobarde y plegarse a la presión social, de la falsa intención de retomar su matrimonio. Y acabó con las palabras que se decía todas las mañanas, porque no era capaz de cuestionárselas:

—Rompí la relación con él, tía. Y ya no tiene remedio.

Luisa esbozó un gesto de cansancio.

—Lo único que no tiene remedio es la muerte.

—Sí. Es muy bonito decir eso, pero la verdad es que abandoné a Gabriel. Él habrá rehecho su vida, incluso es posible que me odie. ¿Qué quiere, que me plante en su puerta para decirle «lo siento, todo aquello que escribí era mentira y ahora quiero que hagas como si nada hubiera pasado»?

—Pues sí. Es lo que quiero. Que vayas a verlo y le digas la verdad. Y luego, que aceptes su decisión, sea cual sea. Lo que no quiero es que sigas escondiéndote aquí porque no tienes valor para afrontar lo que hiciste.

—Así que ahora soy una cobarde.

—Sí, Áurea, lo estás siendo. Tal vez lo has sido desde la primera vez que te vi en Burgos, aunque entonces no me di cuenta porque lo disimulabas bien con tu seguridad y tu descaro. Pero sí, creo que es cobardía aprovechar el primer contratiempo para alejar a quienes nos quieren.

—¿Que yo los alejo? —repitió, incrédula.

—Claro que sí. No sé cómo no lo vi antes, si lo has estado haciendo desde tu llegada. Es verdad que entonces no me porté bien contigo. Solo eras una niña asustada empeñada en ocultar lo vulnerable que era, una niña a la que no supe entender ni ayudar porque entonces solo veía a la hija de Teresa. Pero hace mucho que esa niña ya no existe, Áurea, y sin embargo estás dejando que ella decida tu vida.

—Tía, de verdad que no la entiendo.

—Yo creo que sí. Tú no confías en que la gente te quiera para siempre, Áurea. Hay una parte en ti que siempre se mantiene a la defensiva, temiendo que la defrauden. No sé, pero supongo que crees que si no confías por completo en los demás, te dolerá menos cuando te dejen. En cuanto alguien comienza a importarte demasiado, acabas encontrando motivos para enfriar la relación.

—Yo no hago eso —se defendió.

—Claro que sí. Lo hiciste con Ignacio, con Ríos, con Paula, con *madame* Roche, incluso con Gabriel. Lo estás haciendo ahora con tu madre, cosa que no te reprocho, y lo harás conmigo en cuanto creas que me he acercado a ti más de lo que estás dispuesta a permitir. Y siempre, no sé cómo, habremos sido los demás quienes no hayamos estado a la altura de tus expectativas. Estoy segura de que, en el fondo, tú sabes la verdad.

—No —negó con vehemencia, sin entender muy bien qué pretendía su tía—. No fui yo quien rechazó la tutela, ni quien cambió a su familia por una francesa, ni quien habló a Vega de mi relación con Gabriel.

—Tú dejas a los demás antes de que te dejen, Áurea. En cuanto te asustas.

—No es verdad.

—Muy bien. Solo dime una cosa: ¿de verdad no hay una pequeñísima parte de ti que esperaba que Gabriel no te hiciera caso en eso de marcharse a París? ¿De verdad nunca nunca has pensado que si te hubiera querido como te merecías, habría sabido leer todo lo que tú no decías para quedarse contigo?

—Pues no.

Pero ambas fueron conscientes de la vacilación de la respuesta. Luisa supo que habían llegado al punto que quería.

—Bien, tú sabrás. Pero si es así, entonces no hay motivo para que no vayas a verlo y le expliques lo sucedido. Tal vez tengas razón y haya rehecho su vida, o

te odie, pero vuestra relación no es solo cosa tuya, como das la impresión de creer. Sois dos, o al menos lo erais, y él tiene derecho a una explicación. Sé valiente, Áurea; si no lo haces por ti, hazlo por Alba. Y ahora, ten. —Ella estaba tan desconcertada que no se movió cuando su tía le tendió una cajita cerrada con un cordel rojo. Luisa tuvo que abrirla por ella—. Ha quedado estupenda, la verdad. Creo que nunca la había visto brillar así. No encontramos el depósito, este es nuevo, pero en el taller me han asegurado que escribirá sin problemas. Es curioso, si lo piensas: por fuera parece la misma estilográfica, pero ha habido que cambiar su interior para que funcione. Como si fuera una... ¿cómo lo llamáis los escritores, «alegoría»? —Áurea la miró con incompreensión y su tía hizo un gesto con la mano en el aire—. Bueno, alegoría de tu vida, o parábola, o lo que sea, el caso es que mandé arreglarla porque quiero que la utilices. Quiero que vuelvas a escribir, que recuperes tu vida y que dejes de esconderte en mi casa.

Áurea bajó la mirada hacia la pluma dorada, tratando de encontrar un hilo de lógica en el revoltijo de teorías que su tía le había lanzado. Su cerebro decía que eran opiniones absurdas a las que no tendría que prestar oídos, pero su corazón se había ido encogiendo al escucharla. No quería recordar a la niña de trece años que durante meses había esperado despertar de aquella pesadilla del naufragio. No quería revivir la incierta fragilidad que la había acompañado en su adolescencia, siempre temerosa de que la vida diera otra vuelta de tuerca y la arrojara de la familia que, con los años, habían llegado a ser Paula, su tía y ella. No quería pensar en Ignacio, a quien había creído su amigo, ni en Gabriel, en el afecto discreto y tenaz que había crecido hasta ocuparlo todo. No quería, y a la vez no podía dejar de pensar en todo ello.

Cerró la cajita. Pensó que aquello era tan irónico como bien merecido. Que su tía Luisa fuera la persona que mejor hubiera llegado a conocerla en el mundo.

—¿Y si fuera cierto? —vaciló, sin levantar la mirada de la cajita.

La simple duda daba por cumplido el deber de Luisa. Palmeó la mano de su sobrina, tan satisfecha de haber tenido esa conversación como de acabarla.

—Ve a París, Áurea, y habla con Gabriel. Nadie más que vosotros puede resolver esto. Además, no podrías quedarte aquí este verano, porque voy a cerrar la casa. En cuanto Paula se vaya a Llanes con los Vega, yo saldré para Salas, y no tengo intención de volver antes del invierno.

Y aunque Áurea seguía pensando en sus miedos y la forma en que se había comportado con Gabriel, sabía que ya no era momento de dar vueltas al problema sino de tomar decisiones, así que aceptó el cambio de tema, fingiendo que no se daba cuenta del alivio de su tía.

—¿Piensa pasar el otoño en Salas?

—Sí, hace tiempo que no voy, y lo necesito.

—¿Usted sola?

—Pues sí.

—¿Y el tío Joaquín?

Luisa bajó la mirada un instante hacia su mano. La alianza de oro brillaba en su anular, elegante y discreta como el primer día. Con los años, se llegaba a no sentir su tacto, solo su ausencia si alguna vez se quedaba olvidada sobre la mesilla de noche o en el aguamanil del baño. Sin saber por qué, sintió la necesidad de recordarse aquello en voz alta.

—En mi mundo, que me doy cuenta que ya no es el de tu generación y es inútil pretender que lo sea, los matrimonios no se separan, pero sí se ignoran sin remordimientos. No creas que tus miedos me son ajenos, Áurea. Los comprendo mucho más de lo que crees. En realidad, parte de lo que te he dicho podría aplicármelo a mí misma. Pero ya no es momento de arrepentirse. —Se puso en pie—. Hagamos cada una lo que debemos: tú, recuperar tu futuro; yo, perdonarme por mi pasado. Si las cosas no salen como esperas, siempre tendrás una habitación esperándote en mi casa, esté en Burgos o en Madrid.

Luisa le dio un apretón cariñoso en el hombro al pasar junto a ella, camino de la puerta. Para su sorpresa, Áurea retuvo su mano. Luego, se puso en pie y la abrazó. «Gracias, tía. Por todo», le musitó al oído. Tan conmovida como incómoda, Luisa permitió el gesto de afecto. Quién se lo hubiera dicho a ambas, trece años atrás.

*París, julio de 1929*

—*Alice, laissez-moi tranquille!*

Alba arrancó de las manos de la muchacha su gato de trapo y corrió a esconderse tras Áurea.

—No quiero jugar más con Alice, mamá. Me tira del pelo.

—Solo quiere hacerte unas trenzas. Para que puedas ir con ella a la obra de los guiñoles, ¿no tenías tantas ganas?

Alice disimuló la sonrisa cuando Áurea obligó a su hija a salir de detrás de su falda.

—*Excuse-moi.*

Pero Alba no parecía muy convencida, y las disculpas de Alice solo la atrajeron a medio camino. Teresa se levantó de su escritorio cuando Áurea se miró de nuevo en el espejo.

—No te preocupes, estás muy guapa. Creo que el coche ya está aquí. —Se acercó a la ventana del balcón para asegurarse—. ¿De verdad no quieres que te acompañe?

—Claro que no.

Aquello era algo que debía hacer sola. Llevaban nueve días en París, y hasta la víspera no había conseguido hablar con Gabriel. El primer día lo habían dedicado a acostumbrarse a la casa y la habitación que Teresa había preparado para ambas, intuyendo que Alba estaría asustada y no querría separarse de su madre. El segundo había llamado al Instituto Pasteur preguntando por él, pero estaba ocupado. El tercero y el cuarto se había paseado por la casa como un tigre enjaulado, sin querer salir por si llamaba. El quinto, viendo que ni llamaba ni se presentaba en la impresionante casa de su madre en Porte-Dauphine, acudió directamente al instituto, donde le prometieron darle el recado. El sexto y el séptimo, aguardó al límite de su resistencia.

El octavo, cuando ya había decidido que se plantaría ante su portal hasta que apareciera, Gabriel al fin dio señales de vida. Su nota le proponía encontrarse al día siguiente.

Exactamente, en una hora.

A punto de salir, Áurea volvió a mirarse en el espejo. Los nervios eran

inevitables, hacía doce meses que no se veían. Ese era el tiempo transcurrido desde su marcha hasta que, tras el juicio, había podido obtener los pasaportes en aquel país cada vez más revuelto y levantisco. Y doce meses eran demasiados para creer que todo se resolvería sin dificultades.

El coche tardó media hora en llegar al café Le Dôme. Las cinco filas de veladores y sillas de su terraza estaban repletas de hombres y mujeres elegantes y aparentemente felices que charlaban y reían sin dejar de mirar a los transeúntes. «Un sitio para ver y ser vistos», pensó Áurea con desaliento cuando el *maître* se acercó a atenderla. Lo último que necesitaba aquella tarde.

Afortunadamente, Gabriel la aguardaba en una de las mesas más discretas de la terraza. Se puso en pie cuando ella se acercó y la recibió con un formal beso en la mejilla. Áurea cerró los ojos un segundo para retener la sensación de aquella piel rozando la suya, un recuerdo del que no se había podido desprender en aquel año largo sin verlo.

Él pidió café para ambos y le preguntó si había tenido buen viaje, qué tal se encontraba Alba, qué pensaba de la ciudad, cómo transcurría la relación con su madre... Áurea comprendió su intención: que todo fuera correcto y civilizado, que no hubiera reproches, que no se pidieran explicaciones. Y se preguntó si de verdad creía que así iban a ser las cosas; si de verdad pensaba que había atravesado aquel país ajeno, sola con Alba, para tomar un café y decir educadamente cuánto se alegraba de verlo con tan buen aspecto.

Así que le espetó que parara de hacer aquello, de tratarla como si fueran simples conocidos, y supo que lo había irritado. No era la emoción que quería, pero al menos era una emoción.

—¿Quién ha conseguido que resultemos simples conocidos, Áurea?

—Tuve que hacerlo, Gabriel.

Tras la charla con su tía Luisa, le había enviado una carta explicando todo. Por qué había mentido para que se fuera. Por qué se había quedado ella en Madrid. También le había hablado de la intromisión de Miguel Vega, de la acusación de adulterio, del juicio y la sentencia. Le había hablado de todo, salvo de los golpes de Ignacio. Pero esas explicaciones escritas no parecían haber resuelto mucho. Áurea ya esperaba algo así. Durante semanas, había aguardado una carta de Gabriel, o una llamada, incluso había fantaseado con que apareciera en su puerta, dispuesto a comenzar de cero. Pero al no suceder nada, había tenido que hacer caso a su tía Luisa e ir en persona a dar la cara.

Aunque fuera para que se la partieran.

—Tuve que hacerlo, Gabriel —insistió, pensando que su enfado no era justo del todo, porque al fin y al cabo ella solo había tratado de protegerlo—. ¿No recibiste mi carta?

—La recibí —contestó él, sin dejar de remover el café.

—Pues entonces, ya sabrás por qué no pude irme hace un año.

—Lo sé.

Áurea siguió con la mirada la espiral que Gabriel insistía en dibujar en la espuma. Por tranquila que quisiera parecer, el tintineo de la cucharilla estaba consiguiendo alterar sus nervios.

—Entiendo que estés enfadado porque te dejé solo, pero ¿no piensas hacer ni un mínimo esfuerzo por arreglar las cosas?

La cucharilla se detuvo en seco. Gabriel levantó la mirada del café y clavó en ella sus ojos.

—No, Áurea, no entiendes nada.

Le molestó que pareciera tan seguro. Pues no, no lo entendía, porque él siempre había sido generoso, sereno y amable y no podía concebir que no la hubiera recibido con un abrazo, o al menos una sonrisa... salvo que doce meses hubieran sido demasiados, y ella llegara tarde.

—¿Es porque has conocido a otra?

Un destello de irritación cruzó la mirada de Gabriel.

—Áurea, no vayas por ahí —le advirtió.

Pero ella lo ignoró.

—Porque si no, no lo entiendo. Hace un año decías que no podías vivir sin mí, y hoy...

Gabriel apartó la taza hacia el centro de la mesa.

—Por segunda vez, Áurea: no.

—Si fuera eso, podría entender...

—Pero ¿quién te crees que soy, maldita sea? —La rabia de Gabriel restalló entre ambos, atrayendo la atención de la pareja situada a su lado—. Te he dicho que no vayas por ahí. Hace un año no creí ni una palabra de tu carta. Sabía que el qué dirán no te importaba en absoluto, sabía que no tenías intención de retomar tu matrimonio... Pero el hecho era que me sacabas de tu vida, porque preferías afrontar sola lo que fuera antes que confiar en mí.

Áurea miró a ambos lados de la mesa, azorada.

—Baja la voz, por favor. Y eso no fue así.

Gabriel calló, exasperado. Era el primero que odiaba perder la compostura. Había creído que Le Dôme sería un lugar neutral para tratar aquel asunto sin dejarse llevar por las emociones, pero se había equivocado.

Se puso en pie con disgusto y dejó unas monedas junto a las tazas.

—Eso fue exactamente así, pero este no es sitio para hablar. Vamos.

—¿Adónde? —preguntó ella, alzando la cabeza cuando él se colocó a su espalda para retirar la silla, temiendo que hubiera dado por finalizado su

encuentro.

—A mi casa.

Sintió tanto alivio porque quisiera seguir hablando que prefirió no darse por enterada de que aquel «mi» no era «nuestra».

Apenas hablaron mientras avanzaban por el bulevar en dirección a la iglesia de Notre Dame des Champs. Las observaciones de Áurea sobre la animación del barrio y la elegancia de los edificios no encontraron más que vagos asentimientos. En la bocacalle anterior a la iglesia, Gabriel enfiló un callejón sin salida, al fondo del cual una verja cerraba un pequeño e irregular jardín. Tras los árboles, junto a una tubería casi oculta por las rosas que colgaban de una espaldera, tres escalones de mármol blanco daban acceso a una puerta alta de hierro y cristal.

Lo siguió hasta el segundo piso, hasta el apartamento de dos habitaciones del que le había hablado su madre. Los balcones de la sala se abrían sobre el jardín, y por encima de la casa contigua se veía parte de la iglesia. Un sencillo columpio de madera, dos cuerdas sujetando un tablón, se balanceaba de un abeto situado tras el parterre de flores. Contemplando aquel lugar tan adecuado para criar a una niña de seis años, Áurea no pudo evitar preguntarse si la elección habría sido casual.

Mientras Gabriel se llevaba su abrigo, se acomodó en una de las butacas de la sala. Era una estancia luminosa y amplia, pero desangelada. Apenas había muebles ni objetos. Lo primero era lógico en una vivienda de alquiler, pero en cuanto a lo segundo, Gabriel ni siquiera había desempaquetado las dos cajas de cartón que ocupaban una de las esquinas. Sus libros permanecían allí encerrados, como si se supieran trasladados por error y esperaran de un momento a otro su vuelta a casa. Solo el retrato sobre una cajonera revelaba cierta vida.

—¿Quieres tomar algo? ¿Agua, té...?

Áurea rehusó. Lo miró, tratando de decidir cómo disculparse por algo que, según su tía, no había hecho por protegerlo a él sino por protegerse ella.

—Gabriel, lo que has dicho antes, en el café...

—He dicho muchas cosas.

Su tono seco no amilanó a Áurea.

—Me refiero a lo de que preferí estar sola antes que confiar en ti. Supongo que sí, que es posible que tenga un problema de confianza, pero no es por ti, Gabriel. La tía Luisa me dijo cosas que me han hecho pensar mucho; al principio le dije que no tenía razón, pero ahora... —Calló un momento. Él estaba apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados, y aquella postura defensiva la incomodaba—. ¿Podrías sentarte un momento, por favor? No puedo explicarme bien si estás ahí, de pie.

Sin dejar de mirarla, Gabriel descruzó los brazos y se dirigió a la butaca frente a ella.

—¿Mejor así?

—Sí, mejor, gracias. Esto no es fácil, Gabriel —se disculpó, consciente de la ironía con que él había contestado.

—Nada es fácil desde hace tiempo, Áurea. Pero no creo que sea yo quien haya puesto las cosas difíciles. Sabías que respetaría tus decisiones. Que nunca iba a ser un estorbo en tu vida. Que si me pedías que me fuera, lo haría. Lo hice. Hice lo que querías, Áurea.

—Sí. Lo hiciste.

El matiz resignado de su voz hizo que Gabriel mirara hacia la ventana con disgusto.

—Dime para qué has venido.

—Para pedirte perdón.

—Ah, muy bien. Y de todos los motivos posibles, ¿perdón por qué, exactamente?

Áurea suspiró. Gabriel no la estaba ayudando mucho. Suponía que cierto resentimiento era lógico, pero para ella las cosas tampoco habían sido sencillas.

—Por todo. Por mentirte en la carta, por hacer que abandonaras tu trabajo, por permitir que vinieras solo, por no dejar que te quedaras a ayudarme, por convencerme de que lo hacía por ti y no por mí. Son tantas cosas, Gabriel...

—Pues no te preocupes por tantas cosas. Además, mi trabajo es mejor incluso de lo que soñé. Estás perdonada.

—Es difícil creerlo, cuando ni siquiera me miras para decirlo.

Gabriel volvió la cabeza y la miró.

—Áurea, he perdonado lo que haya que perdonar. ¿Satisfecha?

—Pues no, porque estás enfadado.

—No. No estoy enfadado.

—Yo creo que sí.

—No —repitió Gabriel—. No estoy enfadado. Lo que estoy es decepcionado. Y dolido.

—¿Entonces?

—Entonces, ¿qué? Has venido a pedir perdón y te he perdonado. ¿Qué más quieres de mí?

Para ganar tiempo, o para armarse de valor, Áurea se puso en pie y se acercó al único adorno de la sala, aquel retrato que había puesto a Teresa en la pista de la verdad. Seguía allí. A pesar de la decepción y el dolor del que Gabriel hablaba, seguía allí. Y eso debía significar algo.

—¿De dónde lo sacaste?

Gabriel le vio pasar la mano por el marco de ébano que había tenido que comprar en el mercado de Las Pulgas en Sant Ouen, al poco de llegar. El anterior no era lo único que había sucumbido al traslado.

—¿Cuánto te vas a quedar en París? —preguntó a su vez, para no confesar que el retrato llevaba con él desde la subasta en Burgos.

Áurea bajó la mano y se volvió. Había llegado el momento, pero las palabras que había ensayado a solas en la casa de su madre ahora parecían insuficientes. Eran razonamientos lógicos, que trataban de ofrecer una explicación racional a algo que no la tenía, y supo que la lógica no iba a convencerlo.

—Antes de contestar, déjame explicarte algo, Gabriel —le pidió, intuyendo que su única posibilidad era hablar desde el corazón—. Según mi tía, hay una parte de mí que nunca confía por completo en los demás, como si estuviera esperando que la defraudaran. Al principio me pareció una tontería, pero después de darle vueltas ya no estoy tan segura. He estado pensando en ello durante semanas, y tal vez tenga que aceptar que, en el fondo, tengo miedos de los que no soy consciente. Miedo de resultar herida, miedo de encontrarme de nuevo sola, miedo de que la gente a la que quiero muera, miedo de no merecer el cariño de los demás... Tal vez la tía esté en lo cierto, tal vez me asusté contigo, y te obligué a dejarme porque pensaba que, antes o después, el resultado sería inevitablemente ese.

—¿Y ahora te das cuenta?

Ella lo miró con sorpresa.

—¿Vas a decirme que lo sabías? —preguntó, recelosa.

—Sí, Áurea, claro que lo sabía.

Gabriel se puso en pie para acercarse también al retrato. Cuando pasó ante ella, Áurea se apoyó en la pared. Un escaso metro físico los separaba, un espacio que ella podía disolver con tan solo tender la mano, pero había distancias que podían resultar infinitas.

Prefirió aguardar.

—En realidad —continuó él, sin mirarla—, siempre he sabido que no confías en que la gente a la que quieres siga a tu lado mucho tiempo. Cuando descubriste lo de tu madre, supuse que eso explicaba tu suspicacia, que de alguna manera inconsciente siempre habías sabido que te había abandonado, que no estaba muerta. Pero estaba tan seguro de que conmigo las cosas serían diferentes... Al fin y al cabo, me había esforzado durante años en demostrarte que podías confiar en mí. Incluso marcharme hace un año fue una manera de probarlo: si tú me pedías algo, yo lo hacía, aunque no estuviera de acuerdo. Pero luego no hubo nada, ninguna llamada, ninguna carta, como si tus sentimientos

hubieran desaparecido, como si me hubieras olvidado realmente; así que después de meses de esperar en vano, tuve que aceptar que tal vez me había equivocado contigo, y todo había acabado. Y ahora te presentas aquí y no sé qué quieres, Áurea, porque me cuentas que tienes miedo y me pides perdón, pero no me has dicho...

—Necesito que me ayudes —lo cortó, antes de perder el valor.

Gabriel permaneció de espaldas.

—Necesitas que te ayude.

—Sí. Quiero que me ayudes a confiar, Gabriel. Que me enseñes a seguir adelante cuando sienta pánico, que tengas paciencia y me hagas volver si alguna vez me asusto tanto que pretenda marcharme. Quiero que me ayudes a creer que merezco la pena, que no he tenido la culpa de que la gente a la que he amado ya no esté en mi vida. Necesito aprender a confiar, y solo tú puedes ayudarme.

Áurea calló, dudando de qué más decir. Formular aquellas palabras tan simples le había costado un mundo, pero seguían sonando insuficientes a sus oídos.

—Así que has venido a pedirme ayuda porque nadie más que yo puede hacerlo. —Gabriel se volvió hacia ella—. ¿De verdad te crees eso?

Bajo su mirada firme, Áurea se obligó a dejar quietas las manos que se estaba retorciendo.

—Sí. Creo que si tú no consigues que confíe, nadie lo conseguirá.

Los segundos que transcurrieron hasta que él contestó le resultaron eternos; el escepticismo de su voz, doloroso.

—Nunca antes te había escuchado pedir ayuda. Favores sí, a veces. Pero ayuda, nunca.

—No creo que eso sea cierto.

—Claro que lo es. —Gabriel esbozó una sonrisa sin humor—. Nunca te ha gustado deber nada a nadie, y mucho menos reconocer una debilidad. Pero a pesar de tu fobia a depender de alguien, jamás creí que pudieras pasarte un año ignorando por completo lo que había entre nosotros. Llevo trece años a tu lado, Áurea. Trece años tratando de ganarme tu afecto con constancia, discreción y paciencia, y me siento como si hubiera intentado domesticar un animal salvaje que, en cuanto bajas la guardia, se revuelve contra ti para morderte. ¿Qué quieres que te diga? Me pides ayuda, pero no sé si tengo la capacidad de ayudarte.

—Eres el único que puede hacerlo.

—Eso dices hoy.

—Eso digo hoy y lo que diré siempre, aunque te haya hecho tanto daño que no quieras darme otra oportunidad. Te quiero, Gabriel. Te quiero con toda mi alma.

Su vehemencia lo perturbó. No la miró mientras volvía a la butaca. Por un largo momento, se sintió incapaz de replicar. Habían sido demasiados meses, demasiada rabia, demasiado destierro, demasiado olvido. Escuchando en su voz la tranquila reafirmación de un afecto que a él le había arrasado la vida, se preguntó si, como el Shylock de Shakespeare, acaso Áurea pensaba que él no sangraba.

Aún batalló consigo mismo unos segundos. Si alguien le hubiera preguntado la víspera, habría contestado sin dudar que todo había acabado. Que había pasado página. Que había rehecho su vida. Pero había bastado un único segundo aquella tarde, el primer segundo de verla de nuevo, para saber que su indiferencia era mentira. En realidad, nada de lo que sentía había cambiado. Nada.

Y eso no le dejaba opciones.

—Vamos —dijo al fin, rindiéndose a la evidencia de que la respuesta se había decidido en el mismo momento en que ella había tomado el tren a París—. Te llevaré donde tu madre.

Cuando Gabriel salió de la sala, Áurea sintió que el suelo se abría bajo sus pies. Había aguardado su reacción con el corazón en un puño, pues una vez que había puesto todas las cartas sobre la mesa, no había nada más que pudiera hacer. Salvo aferrarse al amor propio que le quedaba.

—No hace falta que me lleves, puedo llamar al chófer.

Gabriel regresó trayendo su abrigo. Se lo tendió con un gesto de cansancio.

—Primera lección de confianza, Áurea: no te estoy echando. Vamos a ir a casa de tu madre, vas a hacer el equipaje en media hora, ni un minuto más, y vamos a volver aquí con Alba. Mañana tengo que madrugar, y todavía tenemos muchas cosas de las que hablar antes de acostarnos.

Áurea lo miró expectante, mientras la palabra se repetía en su cabeza.

Volver.

—¿Entonces? —preguntó, dejando que un atisbo de esperanza se colara en su miedo.

Gabriel abrió la puerta del apartamento y la tomó del brazo para bajar las escaleras.

—Todo lo que te he dicho es cierto, Áurea. Es lo que siento y lo que pienso. No hiciste bien las cosas, no fuiste justa conmigo, y hay palabras que me duelen y me dolerán durante tiempo. Por el motivo que fuera, me dejaste; no importa si fue por altruismo o por cobardía, me dejaste cuando las cosas vinieron mal dadas, y ahora me va a ser difícil volver a fiarme de ti. ¿Cómo voy a estar seguro de que no huirás al primer malentendido, a la primera discusión? No vas a ser solo tú quien desconfíe, y eso complica mucho cualquier relación. Pero a pesar

de todo, de lo que puedan decir los demás y de lo que me digo a mí mismo, no he dejado de quererte. No sé si estoy siendo insensato, débil o idiota; pero por más que lo he intentado estos doce meses, no he dejado de quererte. Así que, qué quieres que haga. En relación a ti, siempre me ha podido el corazón.

El alivio explotó en el interior de Áurea con tal fuerza que las rodillas le flaquearon. A punto de descender el último escalón, se detuvo. Gabriel no había soltado su brazo, y el tirón lo hizo volverse. Su sorpresa se perdió en los brazos que rodearon su cuello y los labios que lo buscaron. Y si por un momento vaciló, la duda se desvaneció en cuanto sus bocas se encontraron. Ella sintió unas ganas locas de reír y llorar a un tiempo cuando él estrechó su cintura con fuerza y le devolvió el beso con avidez. Se abandonó a la firmeza del cuerpo de Gabriel contra el suyo, a sus alientos entremezclándose, al pulso que latía en la garganta que sus dedos acariciaron con anhelo. Había soñado con aquel momento todas y cada una de las noches del último año, dudando de si su sueño se cumpliría alguna vez. Le había costado años entender que la lealtad, la generosidad y la comprensión eran amor más allá del deslumbramiento inicial de dos pieles que se descubren, y creía haberlo perdido en los pocos segundos en que la pluma dorada emborronó de mentiras una carta. Así que alzó las manos, las enredó en su cabello y lo acercó aún más a sí. Tenía hambre de él; hambre de su compañía, de su valor, de su afecto sereno, de su cuerpo. De las caricias que estremecían sus recuerdos y la sonrisa que había aprendido a provocar, de su manera de no tomarla muy en serio sabiéndose a la vez única e irremplazable para él. Tenía hambre de descubrirse más fuerte cuanto más vulnerable se sentía, solo porque él estaba a su lado. Hambre, avidez, necesidad, urgencia y, en el fondo, la certeza de que su destino era amarse. Así que podía hacerlo, se dijo. Podía hacer cualquier cosa si estaban juntos.

«Incluso aprender a confiar.»

El carraspeo junto a ellos los sobresaltó. Se separaron abochornados al descubrir que la vecina del primero aguardaba que la dejaran pasar. Ni siquiera habían oído sus pasos, y Gabriel se disculpó mientras se arrimaban a la pared para dejar la barandilla libre.

—*Ne vous inquiétez pas pour moi*, Gabriel. —La anciana sonrió al pasar ante ellos—. «*Si on n'aime pas trop, on n'aime pas assez*» —citó, divertida. Luego agitó la mano desde la puerta, sin dejar de sonreír—. *Bonne chance*.

Cuando se quedaron a solas, Gabriel seguía mirando la puerta. Áurea estuvo a punto de echarse a reír ante su incomodidad.

—No habrá muchas ciudades mejores que esta para reconciliarse —comentó con un punto de ironía en la sonrisa—. Parece muy agradable, tu vecina.

Gabriel buscó su mano y tiró con suavidad de ella, hasta que Áurea se apoyó de nuevo en su pecho.

—«Nuestra» vecina. Y sí, lo es. Muy agradable, y muy entrometida. Estás avisada.

Lo reconfortó sentir la piel de su frente contra los labios, el tacto de su cabello contra la mandíbula. Cerró los ojos, disfrutando del momento de intimidad, del calor de su cuerpo, del silencio que la respiración apenas se atrevía a invadir. Pero aunque había soñado durante meses con tenerla de nuevo entre sus brazos, tenía que ser realista. Aunque deseaba un futuro con ella más que nada en el mundo, ignorar el pasado no les ayudaría a construir su relación.

Se separó levemente de ella, y su aliento acarició la frente de la joven.

—Áurea, las cosas no se han resuelto como por ensalmo solo porque queramos intentarlo o nos hayamos besado, lo sabes, ¿verdad? Aún habrá problemas, y dudas y celos, y tendremos que aprender a tener paciencia y confiar.

—Sí, lo sé —aceptó ella, elevando la cabeza para mirarlo con seguridad—. Pero también sé que podemos resolver todo si estamos juntos. Tenemos lo principal para conseguirlo, Gabriel. Nos tenemos el uno al otro.

Él la había abrazado, a punto de besarla de nuevo, cuando el eco de una puerta en las profundidades de la casa les hizo detenerse.

—¿Otro vecino? —preguntó Áurea con ironía, al escuchar el crujido del escalón sobre sus cabezas.

Gabriel suspiró con resignación, la separó de su cuerpo y pasó el brazo por sus hombros.

—Debe de ser *monsieur* Brochard, el del tercero. Seguro que *madame* Renaud le ha avisado y tiene curiosidad por verte. Estaba preocupado por mí, ¿sabes? Eso de verme siempre solo y trabajando no le gustaba. Se ha empeñado en presentarme a una amiga de su nieta, así que será mejor que nos vayamos antes de que aparezca. Mis vecinos son encantadores, pero nos pueden dar la noche aquí si se empeñan en conocerte.

Áurea no pudo evitar una carcajada. Salieron abrazados al callejón, indiferentes a los vecinos y los transeúntes, fascinados por la comprensión de que la oportunidad con que habían soñado durante meses era real y estaba en sus manos. Una ligera brisa refrescaba el atardecer cuando doblaron la esquina del bulevar en busca de un taxi. Antes de que la casa se perdiera de vista, Áurea miró por encima del hombro. Frente a las flores, el tablón de madera se mecía suavemente sobre la tierra del jardín. Mientras Gabriel alzaba la mano para parar un taxi, se apoyó contra él, satisfecha y feliz.

Era el lugar perfecto para aprender a confiar.

## Epílogo

*8 de octubre de 1932*

*Círculo Radical Socialista de Madrid*

Áurea y Amparo se pusieron en pie, alarmadas cuando Carmen de Burgos resbaló en su silla. Los demás asistentes a la mesa redonda sobre educación sexual se inclinaron hacia la mujer, desconcertados. Poco después, con su ayuda, la escritora, periodista, presidenta de la Cruzada de Mujeres Españolas y de la Liga Internacional de Mujeres Ibéricas e Iberoamericanas, candidata a diputada en las elecciones del año siguiente, en las que por primera vez votarían las mujeres, y siempre ferviente activista a favor de los derechos de todas ellas, se retiraba a una sala contigua donde Gabriel y los otros médicos presentes la atendieron.

Áurea y Amparo se miraron con pesar. Aquella tarde, gracias a Gregorio Marañón, Áurea había conseguido conocer al fin, después de tantos años, a aquella mujer a quien siempre había admirado. Y a pesar del visible agotamiento y el esfuerzo que hablar le suponía por entonces, todavía pudo admirar el espíritu indómito y la arrolladora personalidad que la habían subyugado desde niña.

Colombine las había atendido con amabilidad, gratamente sorprendida porque Áurea fuera aquella Bradamante de quien había leído algún relato. Se había sentido halagada al saber que ella había sido el modelo y el espejo en que Áurea se había mirado, y la había felicitado por ser una de las primeras mujeres en utilizar aquella Ley de Divorcio aprobada en marzo por la que tanto había luchado a lo largo de su vida.

Cuando llegó la ambulancia para llevarse a Colombine a su casa, Gabriel se reunió con ellas. Escuchar que el corazón de Carmen de Burgos no iba a resistir mucho más hizo que Áurea se echara a llorar. Colombine no era familiar, ni amiga, ni tan siquiera podía considerarla compañera de profesión, porque tendrían que pasar muchos, muchísimos años para que Áurea pudiera considerarse a su altura, si alguna vez lo conseguía. Pero era, había sido, el faro que la había guiado en muchos momentos de su vida, en todos aquellos momentos en que alguien había dicho: «Las mujeres no pueden/saben/deben hacer las mismas cosas que los hombres.»

Gabriel le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia sí.

—Dice que ahora puede morir feliz, porque muere republicana.

Áurea no pudo evitar sonreír entre las lágrimas.

Abandonaron el local camino del Café Gijón, donde Amparo había quedado en reunirse con Pablo. Después de haber obtenido un acta de diputado en las elecciones de 1931, su marido no tenía intención de volver a presentarse al año siguiente. Prefería colaborar a pie de calle con el plan de la República para mejorar la capacitación pedagógica de los maestros de escuelas primarias, porque estaba convencido de que eran la piedra angular de la regeneración que el país necesitaba.

El hombre le preguntó qué tal por la mañana en el juzgado, y Áurea le habló de la firma de la demanda de divorcio. Acababan de cumplirse tres años de la separación y, con ese requisito cumplido, el juez dictaría sentencia en breve.

—Brindemos por uno de los muchos éxitos de la República —bromeó el hombre, alzando el vaso hacia ellos—. Y luego, ¿tenéis pensado casaros?

—Pablo, no seas indiscreto —censuró Amparo.

Áurea y Gabriel se miraron.

—No lo hemos pensado —mintió Áurea.

—Y en volver, ¿habéis pensado? El país necesita gente de valía, ahora más que nunca.

Aquello podía ser cierto, pero ellos habían rehecho su vida en París. Gabriel era feliz en el Instituto Pasteur y Áurea, después de mucho esfuerzo, acababa de ser admitida en la Escuela Normal Superior. En la sala de la vivienda, junto a uno de los balcones sobre el jardín, había habilitado un pequeño despacho para escribir las crónicas sobre la vida de las parisinas que estaba publicando *Mundo Femenino*. También Alba se había adaptado perfectamente a la escuela elemental a la que acudía. No querían quedarse para siempre, pero sí al menos los dos años de contrato que aún le restaban a Gabriel.

Media hora después, salieron del café. La propuesta de Pablo de acercarse al Biarritz le ganó un codazo de Amparo.

—¿Qué pasa? Si hace meses que no trabaja allí. —Pero el ceño de su mujer lo hizo volverse hacia Áurea y Gabriel con gesto de disculpa—. Vosotros ya lo sabíais, ¿no? Que se fue a Barcelona...

—Sí —admitió ella, aunque nunca había tenido muy claro si él se había ido o Metzger lo había echado—. Aunque creo que ahora está en Valencia, esta mañana en el juzgado han comentado que esa era su última dirección conocida.

—Pero como la francesa no se fue con él, y no tengo ni idea de si sigue pisando el bar, mejor vamos a otro sitio —zanjó Amparo.

Decidieron terminar la velada en el bar Chicote. Eran las tres de la mañana cuando al fin Áurea y Gabriel se despidieron de sus amigos para volver al hotel.

Hacía una noche fría y húmeda que recordaba a las del otoño en París. Gabriel le pasó el brazo por los hombros y ella se apoyó en él, paseando sin prisa calle arriba.

—Tampoco es tan diferente de aquello, ¿verdad? —Áurea contempló el gran edificio de Telefónica, secundado por edificios igualmente imponentes en aquella calle nueva que no había visto terminada hasta ese viaje.

—Es más fácil construir calles y edificios que civilización. En este país aún nos queda mucho para aprender a defender nuestras ideas sin atacar a los demás. Por ejemplo, Pablo; es un buen hombre, pero esa intransigencia que a veces muestra hace que sus buenas ideas puedan acabar ofendiendo, en vez de convenciendo.

—No es el único —lo defendió ella.

—Ya lo sé. Eso es lo que me preocupa del país. Tanta discusión y tan poco buscar lo que une... ¿Sigues queriendo marcharte mañana?

—Claro que sí —respondió Áurea, y dio las gracias al conserje que les abrió la puerta del hotel. Gabriel se detuvo para rebuscar en el bolsillo una propina—. Tengo muchas ganas de ver a Alba. Además, le prometimos a la tía acompañarla a Salas.

—¿Y seguro que va a ir?

—Claro, me lo ha recordado esta misma mañana, ¿por qué?

—Porque si pasar tanto tiempo allí sola ya era raro cuando Paula no tenía hijos, ahora que está Nicolás me parece más raro aún —comentó él mientras se encaminaban al ascensor.

—No es raro si piensas que, cuando viene, se tiene que alojar con el tío. No sé a quién de los dos le hace menos gracia, todo por las apariencias. Y en cuanto a Paula, los Vega son tan absorbentes que apenas puede verla a solas, y ya no digamos al niño. No sé ni cómo ha conseguido hoy acercarse un rato sin que alguno de ellos se le plante en el cogote. Fíjate que hasta empiezo a encontrarle a Nico un cierto parecido con el padre...

—Con el padre es muy posible.

Áurea le dio un golpe en el brazo.

—Ya me has entendido. A mí no me extraña que la tía quiera volver a Salas, después de un mes en Madrid. Allí está más acompañada. —Hizo un gesto de advertencia cuando Gabriel abrió la boca—. Sí, ya sé lo que vas a decir, pero estoy segura de que entre ellos hay algo.

Tuvieron que dejar el tema cuando el ascensor abrió sus puertas y el botones los saludó. Un rato después, a punto ya de acostarse, Áurea se tumbó en la cama y se volvió sobre su costado, mirándolo.

—¿Crees que se pondrá bien? Colombine, quiero decir.

—No. —Gabriel terminó de ponerse el pijama y se acostó junto a ella—. Creo que se ha ido a su casa para morir allí.

Áurea asintió, pensativa.

—¿Recuerdas que hace un par de años, al poco de llegar a París, vimos en una recepción a Gómez de la Serna? —Él no lo recordaba, ni siquiera recordaba la recepción—. Los periódicos no dijeron con quién estaba, pero Amparo me ha dicho que la muchacha que vimos con él, aquella que era tan alegre y tan pueril, era en realidad la hija de Carmen. Cómo tuvo que sufrir, su amante y su propia hija... —Se quedaron en silencio un instante—. Pero los perdonó. Dejó que su hija volviera a casa. ¿Sabes lo que me dijo esta tarde, antes de la charla?

—No.

—Me dijo que estaba segura de que el futuro sería de las mujeres.

—Si son como ella o como tú, estoy convencido.

—Ojalá yo también pudiera estarlo. Pero creo que sois demasiado optimistas. Creo que, por muchos años que pasen, si este bebé es chico lo tendrá mucho más fácil que su hermana.

Gabriel se inclinó para besarle la tripa, donde ella había colocado las manos.

—¿Y por qué va a ser así? Simplemente, piensa en todo lo que habéis conseguido las mujeres en los últimos años. Hay escritoras, pintoras, médicas, catedráticas, ingenieras, conductoras, diputadas, aviadoras... Hasta directoras generales de Prisiones.

—Solo Victoria Kent. No te excedas.

—Si tú has conseguido todo lo que te propusiste cuando te conocí hace dieciséis años, y parecías un ratón asustado aferrado a una pluma de oro —insistió Gabriel, envolviéndola en sus brazos—, imagínate lo que podrá hacer Alba dentro de otros dieciséis. Podrá estudiar lo que quiera, trabajar en lo que prefiera, viajar a donde le guste y votar lo que decida. Todo eso lo habéis conseguido las mujeres con mucho esfuerzo, decisión y sacrificio. ¿Por qué iba a cambiar?

Áurea pensó en las discusiones del año anterior en las Cortes entre Clara Campoamor y Victoria Kent. Mientras la que había sido su abogada defendía que se otorgara ya el voto a las mujeres, Victoria consideraba que aún no era el momento, porque el voto de la mujer sería un voto influido por los curas y, por tanto, peligroso para la República.

—Hay mucha gente que no cree que la igualdad de derechos esté bien, incluidas muchísimas mujeres —replicó con desilusión—. Mira Paula. Desde la separación, nada de lo que hago le parece bien. Casi me parece un milagro que hoy se haya acercado para que viéramos al niño.

—Bueno, tampoco es tan raro, teniendo en cuenta que recomendaste a su marido que se pegara un tiro.

—Porque es un lastre para ella. Pero Paula jamás se separará de él.

—Creo que no eres del todo justa con ese hombre. Y se te olvida el pequeño detalle de que es posible que se quieran.

—Si no se quisieran, tampoco lo dejaría. En el mundo de los Vega, el divorcio es imposible. Y vivir juntos como nosotros hacemos, un pecado mortal por el que deberían excomulgarnos.

—Bien, pero como a mí lo que piensen me tiene sin cuidado, no voy a hablar de ello. Y volviendo al tema de las mujeres, no es fácil ejercer una libertad para la que nadie te ha preparado. Es solo cuestión de tiempo que todas las mujeres opinen como tú, Áurea. De tiempo y educación.

Durante un largo rato, Áurea permaneció entre sus brazos en silencio, pensando en lo que había dicho, en Alba, y su embarazo, y la libertad de las mujeres, y el futuro de sus hijos.

—Supongo que tienes razón —aceptó al fin—. Hay tanta gente que aún nos quiere encerradas en la cocina que me da miedo que los derechos que hemos conseguido desaparezcan.

—Después de lo que ha costado conseguirlos, tendría que suceder un cataclismo para que se perdieran. Y si eso sucediera, las mujeres lucharíais otra vez hasta conseguirlos de nuevo. Tú, la primera de todas —razonó Gabriel, antes de besarla para apagar la luz.

Ella se quedó contemplando el techo a oscuras. Se vio a sí misma a la edad de Alba, inocente y confiada, sin dudar en ningún momento de que el futuro que su padre auguraba acabaría por cumplirse. Nada se había parecido a lo imaginado y, sin embargo, al cabo de todos esos años podía decir con orgullo que tenía la vida que quería tener.

—Sí —concedió al cabo de un rato, y su voz sonó segura en la oscuridad—. Sí, si alguna vez nuestros derechos desaparecen, lucharemos de nuevo por recuperarlos.

# Table of Contents

[Portada](#)

[Créditos](#)

[Contenido](#)

[Prólogo](#)

## [PRIMERA PARTE](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

## [SEGUNDA PARTE](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

## [TERCERA PARTE](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

CUARTA PARTE

42

43

Epílogo